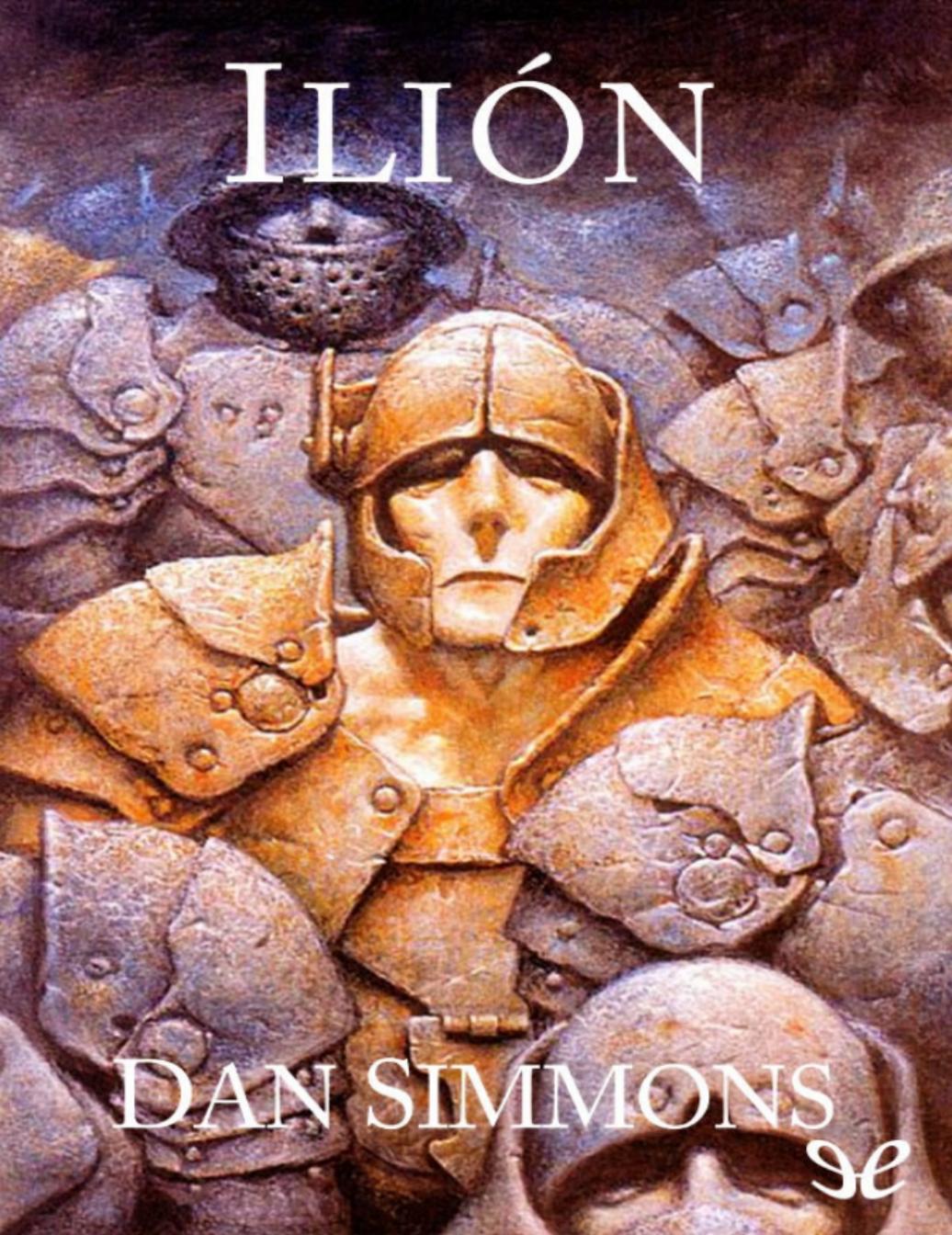


ILIÓN



DAN SIMMONS

se

L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

La historia del asedio de Troya (Ilión), reconstruida en un lejano futuro con elementos de ciencia ficción: los dioses son post-humanos que disponen de una "divina" tecnología cuántica, el Monte Olimpo está en Marte y los nuevos robots "moravecs" de más allá del cinturón de asteroides se interesan por la inusitada actividad que se observa en el planeta rojo. Mientras tanto, los últimos humanos en la Tierra viven una insulsa vida de "eloi" bajo la atenta vigilancia y supervisión de unos misteriosos Vovnix de origen desconocido. Los elementos para la más inteligente revisión de la más clásica aventura épica humana están servidos.

Dan Simmons sorprendió a todos con la reconstrucción en clave de ciencia ficción de los Cuentos de Canterbury de Chaucer, en esa maravillosa serie que se iniciaba con Hyperion. Ahora se atreve a visitar otro clásico indiscutible como la Ilíada de Homero en la nueva y espectacular serie formada por Ilión y Olimpo. En la principal trama de la novela, asistimos al desarrollo del asedio de Troya guiados de la mano de erudito Thomas Hockenberry. Se trata de un personaje misteriosamente revivido y presente en este Marte del futuro cuyo Monte Olimpo se ha convertido en la morada de los post-humanos quienes, con nombres como Zeus, Palas Atenea, Ares y otros ya conocidos, se comportan como los dioses de la saga homérica. Hockenberry tiene como misión constatar si lo que ocurre ante las murallas de Troya se ajusta precisamente a lo narrado por Homero y, desde el distanciamiento del estudioso, nos proporciona, además, una sugerente lectura comentada de la Ilíada.

Una novela absorbente, fruto de la maestría de un escritor con múltiples registros y de inusitado talento, Ilión posee una inteligente estructura narrativa que se basa con brillantez en uno de los grandes mitos literarios de la humanidad: la Ilíada de Homero, pero con la presencia de continuas y sólidas referencias literarias que van desde En busca del tiempo perdido de Marcel Proust, hasta La tempestad de William Shakespeare.

Una obra única, maravillosa e irrepetible.

L  **LIBROS**

Dan Simmons

Ilión

Ilión-Olympos - 1

Presentación

Los hoy llamados Cantos de HYPERION, formados por HYPERION (1989 - NOVA 41) y La caída de HYPERION (1990 - NOVA 42), son ya un hito en la moderna ciencia ficción. Unos años más tarde, les siguieron ENDYMION (1996 - NOVA 98) y El ascenso de ENDYMION (1997 - NOVA 120). Pero iba pasando el tiempo y Dan Simmons parecía haber olvidado esa temática de la ciencia ficción que tan brillante y satisfactoriamente supo abordar.

Profesional inteligente y polimorfo como pocos, Simmons se ha dedicado también, y siempre con gran éxito, a la novela de terror, género en el que cosechó sus primeros éxitos con LA CANCIÓN DE KALI (1985) o LOS VAMPIROS DE LA MENTE (1989) y, más recientemente incluso se ha dedicado a la novela de suspense y espionaje con THE CROOK FACTORY (1999) y EL BISTURÍ DE DARWIN (2000). Sólo THE HOLLOW MAN (1992), con disquisiciones casi metafísicas en torno a la telepatía y la soledad, podía, en cierta forma, emparentarse con la ciencia ficción. Y debo decir que, dado el peso relativo del mercado editorial en esos otros géneros, casi me temía que Simmons no volviera a la ciencia ficción.

Afortunadamente, me equivocaba.

Si pasaron seis años desde HYPERION a ENDYMION, otros seis han transcurrido desde el final de esa saga hasta el inicio de otra llamada incluso a superarla.

HYPERION venía a ser la reconstrucción de los Cuentos de Canterbury de Chaucer en clave de ciencia ficción, y la nueva saga, la formada por ILIÓN (2003) y OLIMPO (2004) podría definirse, a grandes rasgos la reconstrucción de la ILIADA de Homero en clave de ciencia ficción. Pero sólo a grandes rasgos: cualquier obra de Simmons incluye demasiados elementos para reducirla a una única caracterización...

Por eso, si junto a los Cuentos de Canterbury hallábamos en HYPERION un análisis de diversas culturas religiosas de la humanidad y la brillante intervención de un personaje como el poeta John Keats, en Ilión hay también múltiples referencias a otras obras y personajes capitales de la mejor literatura de la

humanidad: EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO de Marcel Proust, LA TEMPESTAD de William Shakespeare, sin olvidar el papel de esos humanos de la Tierra del futuro convertidos en émulos de los «eloi» de Herbert G. Wells (LA MÁQUINA DEL TIEMPO), eso sí, no enfrentados a ningún tipo de «morlock», pero sí bajo la atenta vigilancia y supervisión aquí de unos misteriosos Voynix de origen desconocido.

A partir de estos comentarios, algún lector que no conociera la obra de Simmons podría pensar que nos hallamos, con ILIÓN y OLIMPO, ante una obra que, siendo erudita, ha de resultar pesada e incómoda de leer. Nada más lejos de la realidad: los lectores que conocen a Simmons, recuerdan (diré que con suma satisfacción) el carácter absorbente y dinámico de todas sus novelas, escritas con las mejores y atrayentes técnicas de los best-sellers más al uso, pero dotadas de una profundidad reflexiva y emotiva mucho mayor. Simmons es uno de los mejores escritores de hoy y a sus obras me remito.

La trama de ILIÓN se estructura en torno a tres grandes ejes. Por una parte está esa épica aventura del asedio y conquista de Troya (Ilión), presenciada con el distanciamiento que proporcionan los comentarios de un observador como el escolástico Thomas Hockenberry. Se trata de un personaje misteriosamente revivido y presente en este Marte cuyo Monte Olimpo se ha convertido en la morada de los posthumanos quienes, gracias a su tecnología, se comportan como los dioses de la saga homérica. Curiosamente, ahora que se ha distribuido la nueva versión cinematográfica de la historia del asedio de Troya en la película de ese título dirigida por Wolfgang Petersen, es fácil constatar que la ausencia de los dioses en el film es un grave handicap (¿qué sería de la ILIADAY la ODISEA sin las intervenciones divinas?) que, afortunadamente, no lastra la novela de Simmons. La ILIADA no es sólo una historia heroica, es algo más que Homero, Simmons (éste por mediación del personaje Hockenberry) no dejan de recordarnos a cada momento: los seres humanos como marionetas en las manos de unos dioses que a veces tienen comportamientos y motivaciones sumamente humanos...

Si la reconstrucción de la aventura homérica en clave de ciencia ficción puede ser el eje central de la trama, lo cierto es que Simmons proporciona otros ejes temáticos con los que enlaza con otras obras también indiscutibles de la historia de la literatura. En nuestro mismo sistema solar, más allá de los asteroides, viven los «moravec» (en claro homenaje al famoso robotista actual Hans Moravec), entidades robóticas semiorgánicas, independientes de los humanos desde hace tiempo. Conocedores del gran incremento de la actividad cuántica que se manifiesta en Marte, los moravecs inician una expedición de la que sólo

algunos de sus miembros conocen su verdadero alcance. Eso permite a Simmons introducir a dos moravec obsesionados respectivamente con la obra de Shakespeare (los sonetos, primordialmente) y con EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO de Marcel Proust.

Y todo ello sin olvidar a esos humanos de la Tierra del futuro, que parecen aceptar gozosos y tal vez inconscientes una vida insulsa y con escaso sentido al margen de todo lo que sea lúdico. Como ya se ha dicho, se trata de un nuevo homenaje literario, en este caso a los «eloi», los ociosos personajes de LA MÁQUINA DEL TIEMPO de H. G. Wells. Dejo para los lectores interesados la búsqueda de las muchas otras referencias que la novela encierra. Es uno de los «bonos» añadidos de la misma.

Literatura dentro de la literatura, lo cierto es que, como ocurriera en HYPERION, Simmons demuestra su incuestionable maestría como narrador y su profundo conocimiento de las principales obras de los mejores escritores que le han precedido. En realidad, con un sentido casi teatral, Simmons propone un relato a tres voces que va alternando con mesura y juicio, componiendo un fresco impresionante que intriga al lector.

Como ya ocurriera con HYPERION, la separación de un año entre la publicación del original de las dos primeras partes parece casi un suplicio para el lector. En el caso de HYPERION logré evitar ese trago para el lector en español publicando en NOVA, una tras otra, las dos primeras partes, pero ahora no me he resistido a lo que me parece, según se decía, «justo y necesario», y publicamos ILIÓN, incluso antes de haber podido leer OLIMPO, la esperada continuación que ha de aparecer en el mercado estadounidense durante 2004. Aunque con Simmons, no hay ya dudas posibles: como ya ocurriera en el caso de HYPERION, es muy posible que la conclusión supere a este inmejorable inicio que es Ilión.

Sólo les diré, para terminar (o casi) que la premura en presentarles ILIÓN ha hecho que todavía no haya ganado el premio Hugo de 2004 en cuya lista de finalistas, lógicamente, se encuentra (acompañado, todo hay que decirlo, por algún que otro de los títulos que tenemos previstos en NOVA...). Mi pronóstico (y creo que no es en absoluto arriesgado) es que va a ser la ganadora, pero eso sólo lo sabremos con seguridad después del verano. Por este motivo ahora sólo puedo decirles que, de momento, ILIÓN es una de las novelas finalistas al premio Hugo de 2004. Aunque es lógico esperar que obtenga éste y posiblemente muchos más premios.

Un comentario final. Personalmente me encuentro estos últimos años añorando ese interesante periodo de la narrativa cuando los autores se conformaban con

escribir una buena novela de doscientas cincuenta o trescientas páginas. No es la moda actual. Y menos en la ciencia ficción.

Ahora cualquier libro se acerca peligrosamente al millar de páginas y algunos de los más recientes éxitos de NOVA lo demuestran, desde TRÁNSITO de Connie Willis a CRISIS PSICOHISTÓRICA de Donald Kingsbury, pasando por UN ABISMO EN EL CIELO de Vernor Vinge, sin olvidar el exagerado (en todos los sentidos) CRIPTONOMICÓN de Neal Stephenson y sus dilatadas continuaciones.

Eso crea graves problemas en las ediciones en algunas lenguas que tienden a una mayor extensión que el inglés original. Y el español es una de ellas. Aunque inicialmente planeábamos publicar ILIÓN en un sólo volumen, al ver la extensión de la traducción hemos acabado publicando la obra en dos volúmenes al igual que se ha hecho en Italia y como, muy posiblemente, se haga también en Francia. Esa dilatada extensión y las bajas tiradas de la ciencia ficción en algunos países europeos como España explican esa mala costumbre en la que hemos incurrido la mayoría de editores europeos de ciencia ficción en concreto, al menos en los últimos años. Debo reconocer que no me gusta tener que hacerlo, pero la realidad, y sus presiones, es la que acaba decidiendo.

En cualquier caso, de momento, aquí tienen ustedes la primera parte de ILIÓN (que titulamos El ASEDIO, como se ha hecho en Italia) y, en dos o tres meses, esperamos poder poner a su alcance la segunda parte, La REBELIÓN (¡y vaya rebelión...! se lo advierto), siguiendo también la senda marcada por el editor italiano.

Y nada más por ahora. Les dejo con la amena y a la vez compleja narración que Simmons ha elaborado para su regreso, por la puerta grande, a la mejor ciencia ficción de todos los tiempos. Tal vez porque se ha convertido en un tópico decir que el mayor pecado de los españoles es la envidia, no me molesta reconocer que envidia (¡y mucho!) a Simmons su excepcional maestría de narrador. Y sólo me conformo y lo, soporto gracias a la gran satisfacción que me produce leer novelas como. Ilión. Una gozada. De verdad. Que ustedes la disfruten.

Miquel Barceló

Esta novela está dedicada al Wabash College:
a sus hombres, su facultad y su legado

*Mientras tanto la Mente, de placer mermada, se
retira a la felicidad.*

*La Mente, ese Océano donde cada especie
busca con afán su parecido;
y sin embargo crea, trascendiéndolos,
muchos otros Mundos, y otros Mares;
aniquilando todo lo que está hecho
en un verde Pensamiento, en una verde Sombra.*

Andrew Marvell, *The Garden*

*Se pueden apresar los bueyes y las pingües ovejas, se pueden adquirir los
trípodes y los tostados alazanes; pero no es posible prender ni coger el alma
humana para que vuelva, una vez ha salvado la barrera que forman los dientes.*

Aquiles,
La Iliada, Canto Noveno, 405-409

Un corazón amargo que deja pasar el tiempo y muerde.

ROBERT BROWNING, *Caliban upon Setebos*

Agradecimientos

Aunque consulté muchas traducciones de la *Iliada* durante la preparación de esta novela, me gustaría expresar mi particular reconocimiento a los siguientes traductores de la obra al inglés: Robert Fagles, Richmond Lattimore, Alexander Pope, George Chapman, Robert Fitzgerald y Alien Mandelbaum. La belleza de sus traducciones es manifiesta y su talento va más allá de la comprensión de este autor.

En lo que se refiere a la poesía derivada o la imaginativa prosa relacionadas con la *Iliada*, que ayudaron a dar forma a este volumen, me gustaría agradecer especialmente el trabajo de W. H. Auden, Robert Browning, Robert Graves, Christopher Logue, Robert Lowell y lord Tennyson.

En relación con la investigación y los comentarios sobre la *Iliada* y Homero, me gustaría reconocer el trabajo de Bernard Knox, Richmond Lattimore, Malcom M. Willcock, A. J. B. Wace, F. H. Stubbings, C. Kerényi y los miembros de la *scholia* homérica, demasiado numerosos para mencionarlos a todos.

En lo referido a sus inteligentes comentarios sobre Shakespeare y el *Caliban Upon Setebos* de Robert Browning, agradezco los escritos de Harold Bloom, W. H. Auden y los editores de la *Northon Anthology of English Literature*. Por su valiosa aportación a la interpretación de Auden sobre *Caliban Upon Setebos* y otros aspectos de Calibán, remito a los lectores a *Later Auden*, de Edward Mendelson.

Las reflexiones de Mahnmut sobre los sonetos de Shakespeare fueron guiadas principalmente por el maravilloso libro *The Art of Shakespeare's Sonnets*, de Helen Vendler.

Muchos de los comentarios de Orphu de lo sobre la obra de Marcel Proust fueron inspirados por *Proust's Way: A Field Guide to In Search of Lost Time*, de Roger Shattuck.

A los lectores interesados en emular el irresistible amor de Mahnmut por Shakespeare, les recomendaría *Shakespeare: The Invention of the Human*, de Harold Bloom, y *Me and Shakespeare: Adventures with the Bard*, de Hermán Gollob.

Por los mapas detallados de Marte (antes de la terraformación), tengo una

enorme deuda de gratitud con la NASA, el Jet Propulsión Laboratory y el libro de la National Geographic Society, editado por Paul Raeburn y con prólogo y comentarios de Matt Golombek, *Un covering the Secrets of the Red Planet*. La revista *Scientific American* ha sido una rica fuente de detalles, y debo dar las gracias por sus artículos «The Hidden Ocean of Europa», de Robert T. Pappalardo, James W. Head y Ronald Greeley (octubre de 1999), «Quantum Teleportation», de Antón Zeilinger (abril de 2000) y «How to Build a Time Machine», de Paul Davies (septiembre de 2002).

Por último, doy las gracias a Cleo Richeson por los detalles acerca de cómo construir un horno de fundición con cúpula de madera.

Las llanuras de Ilión

Cólera.

Canta, oh, Musa, la cólera de Aquiles, hijo de Peleo, asesino, ejecutor de hombres destinados a morir, canta la cólera que costó a los aqueos tantos buenos hombres y envió tantas almas vitales y valerosas a la temible Casa de la Muerte. Y de paso, oh, Musa, canta la cólera de los propios dioses, tan petulantes y poderosos aquí en su nuevo Olimpo, y la cólera de los posthumanos, muertos y desaparecidos como parecían, y la cólera de los pocos humanos auténticos que quedan, por ensimismados e inútiles que puedan haberse vuelto. Mientras estás cantando, oh, Musa, canta también la cólera de esos seres pensativos sintientes, serios pero no del todo humanos que soñaban bajo los hielos de Europa, morían en la ceniza sulfurosa de Io y nacían en los fríos pliegues de Ganimedes.

Oh, y cántame, oh, Musa, a mí el pobre Hockenberry, nacido contra su voluntad... el pobre y muerto Thomas Hockenberry, doctorado en clásicas, Hockenbush para los amigos, amigos convertidos en polvo en un mundo ya olvidado. Canta mi cólera, sí, mi cólera, oh, Musa, por pequeña e insignificante que pueda ser esa cólera en comparación con la furia de los dioses inmortales, o con la ira del aniquilador de dioses, Aquiles.

Pensándolo bien, oh, Musa, no cantes nada de mí. Te conozco. Te he servido, oh, Musa, incomparable zorra. Y no me fio de ti, oh, Musa. Ni pizca.

Si voy a ser el coro reacio de esta historia, entonces puedo empezar por donde quiera. Elijo empezar por aquí.

Es un día como cualquier otro de los más de nueve años transcurridos desde mi renacimiento. Me despierto en los barracones de Escoló, ese lugar de arena roja y cielo azul y grandes rostros de piedra. Convocado por la musa, olisqueado y aprobado por los asesinos cerbéridos y transportado diligentemente veinticinco kilómetros en vertical hasta las verdes cumbres del Olimpo por la escalera mecánica de cristal a gran velocidad, (una vez en la mansión vacía de la musa)

me entrega la misión el escólico saliente de guardia, me pongo mis ropas mórficas y la armadura de impacto, me coloco al cinto el bastón táser y luego me TCEO a las llanuras nocturnas de Ilión.

Si alguna vez han imaginado el asedio de Ilión, como yo hice profesionalmente durante más de veinte años, tengo que decirles que su imaginación, casi con toda certeza, no estaba a la altura de la tarea. La mía no lo estaba. La realidad es mucho más maravillosa y terrible de lo que incluso el poeta ciego nos haría ver.

Primero está la ciudad, Ilión, Troya, una de las grandes polis armadas del mundo antiguo: a más de cuatro kilómetros de distancia desde la playa donde ahora me encuentro pero aún visible y hermosa y dominando desde su terreno elevado, con sus vertiginosas murallas iluminadas por miles de antorchas y hogueras, sus torres no tan vertiginosas como Marlowe nos hizo creer, pero todavía sorprendentes: altas, redondeadas, extrañas, imponentes.

Allí están los aqueos y dánaos y otros invasores: técnicamente no son todavía « griegos », ya que esa nación no existirá hasta dentro de dos mil años, pero los llamaré griegos de todas formas. Cubren kilómetro tras kilómetro a lo largo de la costa. Cuando yo enseñaba la *Iliada*, les contaba a mis estudiantes que la Guerra de Troya, a pesar de toda su gloria homérica, no había sido probablemente en realidad más que un asunto menor: unos cuantos miles de guerreros griegos contra unos cuantos miles de troyanos. Incluso los miembros mejor informados de la *scholia* (el grupo de expertos en la *Iliada* que se remonta hasta hace casi dos mil años) estimaron a partir del poema que no podrían haber acudido más de cincuenta mil aqueos y otros guerreros griegos en sus naves negras.

Se equivocaban. Las estimaciones demuestran ahora que hay más de doscientos cincuenta mil griegos invasores y aproximadamente la mitad de troyanos defensores y sus aliados. Evidentemente todos los héroes guerreros de las Islas Griegas vinieron corriendo a la batalla (por el saqueo), y trajeron a sus soldados y aliados y criados y esclavos y concubinas consigo.

El impacto visual es sorprendente: kilómetro tras kilómetro de tiendas iluminadas, hogueras, defensas de estacas afiladas, kilómetros de zanjas cavadas en el duro terreno de las playas (no para ocultarse y resistir, sino como defensa contra la caballería troyana) e, iluminando todos esos kilómetros de tiendas y hombres y brillantes lanzas y escudos pulidos, miles de hogueras y fuegos de campamento y piras funerarias.

Piras funerarias.

Durante las últimas semanas, la enfermedad ha asolado las filas griegas, diezmando primero burros y perros, y luego abatiendo a un soldado aquí, un criado allá, hasta que, de repente, en los diez últimos días se ha convertido en una epidemia, y ha acabado con más héroes aqueos y dánaos de lo que han hecho en meses los defensores de Ilión. Sospecho que se trata de tifus. Los griegos están

seguros de que es la ira de Apolo.

He visto a Apolo de lejos (tanto en el Olimpo como aquí), y es un tipo muy desagradable. Apolo es un dios guerrero, señor del arco plateado, « el que golpea desde lejos », y aunque es el dios de las curaciones, también es el dios de las enfermedades. Más que eso, es el principal aliado divino de los troyanos en esta batalla, y si pudiera salirse con la suya, los aqueos serían aniquilados. Proceda este tifus de los ríos llenos de cadáveres y demás aguas contaminadas o del arco plateado de Apolo, los griegos tienen razón al pensar que se la tiene jurada.

En este momento los « señores y reyes » aqueos (y cada uno de estos griegos es una especie de rey o señor en su propia provincia y a sus propios ojos) se reúnen en una asamblea pública cerca de la tienda de Agamenón para decidir un curso de acción que acabe con esta plaga. Me acerco despacio, casi reacio, aunque después de más de nueve meses de dedicar aquí mi tiempo, esta noche debería ser el momento más excitante de mi larga observación de esta guerra. Esta noche comienza en realidad la *Iliada* de Homero.

Oh, he sido testigo de muchos elementos del poema de Homero poéticamente desplazados en el tiempo, como el llamado « catálogo de naves », el listado de todas las fuerzas griegas congregadas, recogido en el Canto Segundo de la *Iliada* pero cuya reunión presencié hace nueve años durante los preparativos de esta expedición militar en Aulide, en el estrecho entre Eubea y el territorio griego. O la *Epipoleis*, la revista que pasó Agamenón al ejército, que tiene lugar en el Canto Cuarto de la epopeya de Homero pero que presencié poco después de que los ejércitos desembarcaran aquí, cerca de Ilión. Sucedió a este hecho lo que yo solía enseñar como la *Teichoskopia*, o « Vista desde la muralla », el momento en que Helena identifica a los diversos héroes griegos para Príamo y los otros líderes troyanos. La *Teichoskopia*, pertenece al Canto Tercero del poema, pero tuvo lugar después del desembarco y de la *Epipoleis* en el transcurso real de los acontecimientos.

Si es que hay un transcurso real de los acontecimientos.

En todo caso, esta noche se celebra la reunión en la tienda de Agamenón y tendrá lugar la confrontación entre Agamenón y Aquiles. Es aquí donde empieza la *Iliada*, y debería ser el centro de mis energías y mi habilidad profesional, pero la verdad es que me importa un carajo. Que posen. Que griten. Que Aquiles eche mano a la espada. Bueno, confieso que me interesa observar eso. ¿Aparecerá de verdad Atenea para detenerlo, o fue sólo una metáfora para explicar que es el sentido común de Aquiles el que intervino? He esperado toda mi vida para responder a esa pregunta y la respuesta está sólo a unos minutos de distancia, pero, extraña, irrevocablemente... me... importa... un... carajo.

Los nueve años de doloroso renacimiento y lenta memoria regresan y la constante guerra y las constantes poses heroicas, por no mencionar mi propia

esclavitud en manos de los dioses y la musa, se han cobrado su precio. Me sentiría completamente feliz si apareciera ahora un B-52 y dejara caer una bomba atómica sobre griegos y troyanos por igual. Al carajo todos estos héroes y los carros de madera en los que se desplazan.

Pero avanzo hacia la tienda de Agamenón. Éste es mi trabajo. Si no observo esto y hago mi informe para la musa, mi situación continuará siendo la misma. Los dioses me reducirán a astillas de hueso y ADN polvoriento y me recrearán a partir de ellos y eso, como ellos dicen, será todo.

Ardis Hills, Ardis Hall

Daeman se faxeó a estado sólido cerca de la casa de Ada y parpadeó estúpidamente al ver el sol rojo en el horizonte. El cielo estaba limpio de nubes y el ocaso ardía entre los altos árboles de la cordillera y hacía brillar el anillo-p y el anillo-e mientras rotaban en el cielo cobalto. Daeman se sentía desorientado porque era por la tarde y sólo un segundo antes, cuando se había faxmarchado de la fiesta del Segundo Veinte de Toby en Ulanbat, era de día. Habían pasado años desde la última vez que visitara la casa de Ada, y a excepción de en los casos de amigos a quienes visitaba regularmente (Sedman en París, Ono en Bellinbad, Risir en su casa en los acantilados de Chom, y pocos más), nunca había tenido ni idea de en qué continente o zona horaria se encontraría. Pero claro, Daeman no conocía los nombres ni las posiciones de los continentes, mucho menos los conceptos de geografía o zonas horarias, así que su propia falta de conocimiento no significaba nada para él.

Seguía siendo algo que desorientaba. Había perdido un día. ¿O lo había ganado? En cualquier caso, el aire olía distinto aquí: más húmedo, más rico, más salvaje.

Daeman miró en derredor. Se encontraba en el centro de un fax-nódulo genérico: el círculo habitual de permfalto con postes de hierro rematados por una pérgola de cristal amarillo y cerca del centro del círculo, el poste que sostenía el inevitable signo codificado que no podía leer. No había ninguna otra estructura visible en el valle, sólo hierba, árboles, un arroyo en la distancia, la lenta revolución de ambos anillos cruzándose como el soporte cardánico de un grandioso y lento giroscopio.

Era una tarde cálida, más húmeda que en Ulanbat, y el faxpad estaba situado en un prado rodeado de colinas bajas. A tres metros del círculo había un antiguo carricoche abierto de una sola rueda, para dos personas, con un servidor igualmente antiguo que flotaba sobre el hueco del conductor y un único voynix de pie entre las varas de madera.

Había pasado más de una década desde que Daeman visitara por última vez

Ardis Hall, pero ahora recordó la tremenda incomodidad de todo aquello. Absurdo, no tener tu casa en un fax-nódulo.

—¿Daeman *Uhr?*—inquirió el servidor, aunque obviamente sabía quien era.

Daeman gruñó y le tendió su ajada maleta Gladstone. El diminuto servidor se acercó flotando, recogió el equipaje con sus cuernos acolchados y lo cargó en el carruaje mientras Daeman subía a bordo.

—¿Esperamos a alguien más?

—Usted es el último invitado —repuso el servidor. Zumbó hasta su hueco hemisférico y chasqueó una orden. El voynix se enganchó a las varas y empezó a trotar hacia el sol poniente; sus oxidadas patas y la rueda del carruaje apenas levantaron polvo sobre el camino de grava. Daeman se acomodó en el cuero verde, apoyó ambas manos en su bastón y disfrutó del viaje.

Había venido no a visitar a Ada sino a seducirla. Esto era lo que hacía Daeman: seducir a mujeres jóvenes. Eso y coleccionar mariposas. El hecho de que Ada tuviera veintitantos años y Daeman se acercara a sus Segundos Veinte no suponía ninguna diferencia para él. Ni el hecho de que Ada fuera su prima hermana. Los tabúes sobre el incesto habían acabado hacia mucho tiempo. «Deriva genética» no era ni siquiera un concepto para Daeman, pero si lo hubiera sido, se habría confiado a la fermería para que lo arreglara. La fermería lo arreglaba todo.

Daeman había visitado Ardis Hill diez años antes en su papel de primo, para tratar de seducir a la otra prima de Ada, Virginia, por puro aburrimiento, puesto que Virginia tenía el atractivo de un voynix, cuando vio por primera vez a Ada desnuda. Caminaba por uno de los interminables pasillos de Ardis Hall en busca del conservatorio del desayuno cuando pasó ante la habitación de la joven. La puerta estaba entornada, y allí, reflejada en un alto espejo estaba Ada, bañándose ante una palangana con una esponja y expresión levemente aburrida (Ada era muchas cosas, pero Daeman había descubierto que no tenía al exceso de higiene). Su reflejo, el de esta mujer joven saliendo de la crisálida de su infancia, había sobresaltado al joven adulto que era sólo un poco mayor que Ada en la actualidad.

Incluso entonces, con la redondez de la infancia todavía presente en sus caderas y muslos y sus pechos de pezones en flor, Ada era una visión que merecía la pena contemplar. Pálida (la piel de la muchacha conservaba un suave tono blanco de pergamino no importaba cuánto tiempo estuviera al aire libre), de ojos grises, labios de frambuesa y pelo negro-negro que era el sueño de un erotómano aficionado. La moda era entonces que las mujeres se depilaran los sobacos, pero ni la joven Ada ni (según esperaba sinceramente Daeman) la adulta habían prestado más atención a eso que a la mayoría de las otras tendencias culturales. Congelado en el alto espejo (y clavado y montado en la bandeja de colección de la memoria de Daeman) estaba aquel cuerpo todavía

infantil pero y a voluptuoso, de grandes pechos pálidos, piel cremosa, ojos atentos, con toda su palidez resaltada por cuatro matas de pelo negro: el signo curvo de interrogación del cabello, que llevaba cuidadosamente recogido excepto cuando jugaba, que era la mayor parte del tiempo; las dos comas bajo sus brazos, y el perfecto signo de exclamación negro (inmaduro aún para ser un delta) que conducía a las sombras entre sus muslos.

En el carruaje, Daeman sonrió. No tenía ni idea de por qué Ada lo había invitado a su fiesta de cumpleaños después de todo aquel tiempo (o a la de los Veinte de quien lo estuviera celebrando) pero confiaba en seducir a la joven antes de faxear de vuelta a su mundo real de fiestas y largas visitas y asuntos esporádicos con mujeres más mundanas.

El voynix trotaba sin esfuerzo, tirando del carricoche con sólo el susurro de la grava en el suelo y el suave zumbido de los antiguos giroscopios en el cuerpo del carruaje. Las sombras se extendían por el valle, pero el estrecho carril subía la montaña, captaba los últimos rayos del sol (partidos por el siguiente pico al oeste) y luego descendía hasta un valle más amplio entre campos de cultivo. Los servidores revoloteaban sobre los sembrados, pensó Daeman, como pelotas de croquet levitando.

La carretera se desvió hacia el sur (a la izquierda para Daeman), cruzó un río por un puente cubierto de madera y prosiguió a lo largo de una colina aún más empinada para internarse en un viejo bosque. Daeman recordaba vagamente haber ido en busca de mariposas por aquel bosque hacía diez años, el mismo día en que vio a Ada desnuda en el espejo. Recordó su excitación al capturar un raro ejemplar de capa llorosa cerca de una cascada, el recuerdo mezclado con la excitación de ver la pálida piel y el pelo negro de la muchacha. Recordó la mirada que le dirigió el reflejo de Ada cuando el pálido rostro se alzó tras sus abluciones (desinteresada, ni complacida ni furiosa, inmodesta pero no descarada, vagamente clínica), y miró a Daeman, petrificado a sus veintisiete años por la lujuria, de la misma forma en que el propio Daeman estudió a su capa llorosa fruto de su captura.

El carruaje se acercaba a Ardis Hall. Estaba oscuro bajo los viejos robles y olmos y álamos de la cima de la colina, pero habían emplazado linternas amarillas a lo largo del camino y se veían filas de linternas de colores en el bosque primigenio, quizá senderos marcados.

El voynix dejó atrás la arboleda y una visión crepuscular se abrió ante ellos: Ardis Hall brillando en la cima de la colina; blancos senderos y caminos de grava serpenteando en todas direcciones; el gran jardín herbáceo extendiéndose desde la mansión a lo largo de más de medio kilómetro antes de finalizar en otro bosque; el río más allá, reflejando todavía la luz moribunda del cielo, y a través

de una abertura en las montañas, al sur, atisbos de picos boscosos (negros, carentes de luz) y luego más montañas más allá, hasta que las negras cordilleras se mezclaban con las nubes oscuras del horizonte.

Daeman se estremeció. No había recordado hasta ese momento que el hogar de Ada estaba cerca de los bosques de dinosaurios de aquel continente, fuera cual fuese. Recordó haberse sentido aterrado durante su visita previa, aunque Virginia y Vanessa y todos los demás le habían asegurado que no había ningún dinosaurio peligroso en setecientos kilómetros a la redonda. Todos lo habían tranquilizado, es decir, todos menos Ada, que con sus quince años apenas lo había mirado con aquella expresión calculadora y levemente divertida que pronto identificó como su expresión habitual. Entonces habían hecho falta las mariposas para que se atreviera a dar un paseo al aire libre. Ahora haría falta algo más. Aunque sabía que era perfectamente seguro con los servidores y voynix alrededor, Daeman no tenía ganas de ser devorado por un reptil extinto y despertar en la fermería con el recuerdo de esa indignidad.

El olmo gigante de la falda de Ardis Hall había sido adornado con docenas de linternas; unas antorchas cubrían el camino circular y los senderos de grava blanca que iban de la casa al patio. Unos centinelas voynix montaban guardia en los setos del camino y en los lindes de los oscuros bosques. Daeman vio que habían dispuesto una larga mesa cerca del olmo (las antorchas fluctuaban con la brisa de la noche alrededor del lugar de la fiesta), y que unos cuantos invitados iban congregándose para cenar. Daeman también advirtió complacido con su habitual esnobismo que la mayoría de los hombres todavía vestían túnicas blandas, albornoce y trajes de tarde de color tierra, un estilo que había pasado de moda hacía meses en los círculos sociales más importantes que Daeman frecuentaba.

El voynix recorrió el camino circular hasta las puertas de Ardis Hall, se detuvo ante un rayo de luz que brotaba de aquellas puertas y soltó las varas del carricoche tan suavemente que Daeman ni siquiera lo notó. El servidor revoloteó para recoger su maleta mientras Daeman se apeaba, contento de sentir los pies en el suelo, todavía un poco mareado por el faxeado del día.

Ada abrió la puerta y bajó las escaleras para saludarlo. Daeman se detuvo en seco y sonrió estúpidamente. Ada no era sólo más hermosa de lo que recordaba: era más hermosa de lo que hubiese podido imaginar.

Las llanuras de Ilión

Los comandantes griegos están reunidos ante la tienda de Agamenón, hay un puñado de mirones interesados, y la discusión entre Agamenón y Aquiles está poniéndose al rojo vivo.

Debería mencionar que a estas alturas me he morfeado en la forma de Biante, no el capitán peleó del mismo nombre que lucha en las filas de Néstor, sino el capitán que sirve a Menesteo. Este pobre ateniense está enfermo de tifus y, aunque sobrevivirá para combatir en el Canto Decimotercero, rara vez sale de su tienda, que está lejos, costa abajo. Por su grado de capitán, Biante tiene peso suficiente para que los lanceros y curiosos le dejen paso, permitiéndome acceder al círculo central. Pero nadie esperará que Biante hable durante el inminente debate.

Me he perdido la mayor parte del episodio en que Calcante, hijo de Téstor y el «más claro de todos los adivinos», les ha dicho a los aqueos el verdadero motivo de la ira de Apolo. Otro capitán allí presente me susurra que Calcante ha solicitado inmunidad antes de hablar, exigiendo que Aquiles le protegiera si a los reyes y jefes congregados no les gustaba lo que iba a decir. Aquiles ha estado de acuerdo. Calcante le ha dicho al grupo lo que ya sospechaba, que Crises, el sacerdote de Apolo, había suplicado el regreso de su hija cautiva, y que la negativa de Agamenón había enfurecido al dios.

Agamenón se ha enfadado por la interpretación de Calcante.

—Suelta cagarrutas cuadradas de cabra —susurra el capitán, con risa que huele a vino. El capitán, a menos que yo esté equivocado, se llama Oro y caerá a manos de Héctor dentro de unas semanas cuando el héroe troyano empiece a masacrar aqueos a puñados.

Oro me cuenta que Agamenón ha accedido hace unos minutos a devolver a la muchacha esclava, Criseida.

«La prefiero, ciertamente, a Clitemnestra, mi legítima esposa», ha gritado Agamenón Atrida, pero entonces el rey ha exigido como recompensa una cautiva igualmente hermosa. Según Oro, que es un bocazas, Aquiles ha gritado:

« Espera un momento, Agamenón, el más codicioso de todos los hombres.» Ha dicho que los argivos, otro nombre más para los aqueos, los dánaos, los malditos griegos con tantos nombres, no estaban dispuestos a entregar más botín a su jefe por el momento. Algún día, si la marea de la batalla se pone de nuevo a su favor, ha prometido Aquiles el ejecutor de hombres, Agamenón tendrá a su chica. Mientras tanto, le ha dicho a Agamenón que devuelva a Criseida a su padre y que cierre el pico.

—En ese punto el señor Agamenón, hijo de Atreo, ha empezado a cagar cabras enteras —ríe Oro, hablando tan fuerte que varios capitanes se vuelven a mirarnos con el ceño fruncido.

Yo asiento y miro hacia los círculos interiores. Agamenón como siempre, está en el centro de todo. El hijo de Atreo parece un comandante supremo de la cabeza a los pies: alto, la barba recogida en rizos clásicos, el ceño de un semidiós y ojos penetrantes, músculos aceitados, vestido con los atuendos más hermosos. Directamente frente a él en el círculo está Aquiles. Más fuerte, más joven, aún más hermoso que Agamenón, Aquiles desafía toda descripción. Cuando lo vi por primera vez en el « catálogo de naves », hace más de nueve años, pensé que Aquiles tenía que ser el humano más parecido a un dios entre todos estos hombres que parecían dioses, tan impresionantes eran su físico y su presencia. Desde entonces, he advertido que a pesar de toda su belleza y poder, Aquiles es relativamente estúpido: una especie de Arnold Schwarzenegger pero infinitamente más guapo.

Alrededor de este círculo interno están los héroes sobre los que me pasé décadas enseñando en mi otra vida. No decepcionan cuando uno se los encuentra en carne y hueso. Cerca de Agamenón, pero obviamente no de su parte en la discusión que ahora está en alza, se encuentra Odiseo. Es una cabeza más bajo que Agamenón, pero más ancho de torso y hombros, y se mueve entre los señores griegos como un carnero entre las ovejas; la inteligencia y la habilidad se le notan en los ojos y han marcado las arrugas de su rostro ajado. Nunca he hablado con Odiseo, pero anhelo hacerlo antes de que esta guerra se acabe y él se marche a sus viajes.

A la derecha de Agamenón esta su hermano menor, Menelao, el marido de Helena. Ojalá tuviera yo un dólar por cada vez que he oído a uno de los aqueos murmurar que si Menelao hubiera sido mejor amante (si hubiera tenido una polla más grande, fue como lo expresó crudamente Diomedes a un amigo hace unos tres años); en ese caso Helena no se hubiese fugado con Paris a Ilión y los héroes de las islas griegas no habrían malgastado los últimos nueve años en aquel maldito asedio. A la izquierda de Agamenón está Orestes, no el hijo de Agamenón, que se quedó en casa, malcriado, y que algún día vengará el asesinato de su padre y se ganará su propia obra teatral, sino sólo un leal lancero del mismo nombre que morirá a manos de Héctor durante la siguiente gran

ofensiva troyana.

Detrás del rey Agamenón está Euríates, el heraldo de Agamenón... que no hay que confundir con Euríates, que es el heraldo de Odiseo. Junto a Euríates se encuentra el hijo de Ptolomeo, Eurimedonte, auriga de Agamenón... y a quien no hay que confundir con el menos guapo Eurimedonte que es el auriga de Néstor (a veces admito que cambiaría gustoso todos estos gloriosos patronímicos por unos cuantos apellidos sencillos).

También en la mitad del semicírculo de Agamenón están esta noche Ajax el Grande y Ajax el Pequeño, comandantes de las tropas de Salamina y la Lócride. A estos dos nunca los confunden, excepto por el nombre, ya que Ajax el Grande parece un delantero de la Liga Nacional de Fútbol y Ajax el Pequeño un raterillo. Eurífilo, tercero en el mando de los combatientes de Argólida, se halla junto a su jefe, Estenéleo, un hombre que cecea tanto que ni siquiera es capaz de pronunciar su propio nombre. El amigo de Agamenón y el comandante supremo de los combatientes de Argolis, el sincero Diomedes también está aquí, no muy feliz esta noche, con la vista fija en el suelo y cruzado de brazos. El viejo Néstor (« el claro orador de Pilos »), se encuentra cerca de la mitad del círculo interno y parece aún menos feliz que Diomedes mientras Agamenón y Aquiles se encrespan y se insultan.

Si las cosas suceden tal como las relata Homero, Néstor hará su gran discurso dentro de unos pocos minutos, tratando en vano de avergonzar tanto a Agamenón como al furioso Aquiles para que se reconcilien antes de que su ira sirva a los troyanos, y confieso que quiero oír el discurso de Néstor aunque sólo sea por la referencia que hace a la antigua guerra contra los centauros. Los centauros me han interesado siempre y Homero hace que Néstor hable de ellos y de la guerra contra ellos de manera casual: los centauros son una de las dos únicas bestias mitológicas que se mencionan en la *Iliada*. Otra es la quimera. Anhele escucharle hablar de los centauros, pero mientras tanto me mantengo apartado de los ojos de Néstor, ya que la identidad que estoy morfeando (Biante) es uno de los subordinados del viejo, y no quiero que me haga hablar. Ahora no hay peligro: la atención de Néstor y la de todos está enfocada en el intercambio de duras palabras y rencor entre Agamenón y Aquiles.

Junto a Néstor, y obviamente sin aliarse con ningún líder, está Menesteo (que morirá a manos de Paris dentro de unas semanas si las cosas van como cuenta Homero). Veo también a Eumelo, líder de los tesalios de Feras; a Polixeno, caudillo de los epeos; a Talpio, el amigo de Polixeno; a Toante, comandante de los etolos; a Leonteo y Polipetes con sus peculiares atuendos argisanos; también a Macaón y su hermano Podalirio con unos cuantos tenientes tesalios entre ambos; al querido amigo de Odiseo, Leuco, destinado a morir dentro de unos días a manos de Antifo, y a otros que he llegado a conocer bien a lo largo de los años, no sólo de vista sino por el sonido de sus voces, además de por sus formas

distintas de combatir y alardear y hacer ofrendas a los dioses. Por si no lo he mencionado todavía, diré que los griegos aquí congregados no hacen nada a medias: aplican al máximo sus capacidades, cada esfuerzo convertido en lo que un erudito del siglo XXI llamó « el riesgo total del fracaso » .

Frente a Agamenón y a la derecha de Aquiles se encuentran Patroclo, el mejor amigo del ejecutor, cuya muerte a manos de Héctor desencadenará la auténtica cólera de Aquiles y la mayor masacre de la historia de la guerra, y Tiepólemo, el hermoso hijo del mítico héroe Heracles, que huyó de casa después de matar al tío de su padre, que pronto morirá a manos de Sarpedón. Entre Tiepólemo y Patroclo se ha colocado el viejo Fénix (amigo querido y antiguo tutor de Aquiles); susurra al hijo de Diocles, Orsiloco, que morirá muy pronto a manos de Eneas. A la izquierda del furioso Aquiles se encuentra Idomeneo, amigo mucho más íntimo del ejecutor de lo que daba a entender el poema.

Hay otros héroes en el círculo interno, por supuesto, además de incontables más en la muchedumbre que tengo detrás, pero ya captan la idea. Nadie carece de nombre, ni en el poema épico de Homero ni en la realidad diaria de estas llanuras de Ilión. Cada hombre lleva consigo el nombre de su padre, su historia, sus tierras y esposas e hijos y enseres en todo momento, en todos los encuentros marciales y retóricos.

Es suficiente para agotar a un simple intelectual.

—¡Muy bien, deiforme Aquiles, haces trampas a los dados, haces trampas en la guerra, haces trampas con las mujeres... y ahora intentas hacerme trampas a mí! —está gritando Agamenón—. ¡Oh, no, ni hablar! No vas a engañarme así. Tienes a la esclava Briseida, tan hermosa como cualquiera de las que hemos tomado, tan hermosa como mi Criseida. ¡Quieres quedarte con tu recompensa mientras yo acabo con las manos vacías! ¡Olvidálo! Prefiero entregar el mando del ejército a Ajax, aquí presente... o a Idomeneo... o al astuto Odiseo... o a ti, Aquiles... a ti... antes de dejarme engañar.

—Hazo pues —replica Aquiles—. Ya es hora de que tengamos un caudillo de verdad.

El rostro de Agamenón se vuelve púrpura.

—Bien. Echemos una negra nave al mar y llenémosla de remeros y de sacrificios para los dioses... llévate a Criseida si te atreves... pero tú tendrás que realizar los sacrificios, oh, Aquiles, ejecutor de hombres. Pero entérate, me cobraré una recompensa... y esa recompensa será tu hermosa Briseida.

El hermoso rostro de Aquiles se contrae de furia.

—¡Insolente! ¡Vas armado de desvergüenza y cubierto de avaricia, cobarde con cara de perro!

Agamenón da un paso adelante, suelta su cetro y echa mano a la espada.

Aquiles lo imita gesto por gesto y agarra el pomo de su propia espada.

—¡Los troyanos nunca nos han hecho ningún daño, Agamenón, pero tú sí! No fueron los lanceros troyanos quienes nos trajeron a esta orilla, sino tu propia avaricia... Estamos combatiendo por ti, colosal montón de vergüenza. Te seguimos hasta aquí para recuperar tu honor de los troyanos, el tuyo y el de tu hermano Menelao, un hombre que ni siquiera puede conservar a su esposa en el dormitorio...

Menelao da un paso al frente y echa mano a su espada. Los capitanes y sus hombres gravitan en torno a un héroe u otro, así que el círculo se rompe, dividiéndose en tres campos: los que pelearán por Aquiles, los que pelearán por Agamenón, y los que están cerca de Odiseo y Néstor, que parecen lo suficientemente disgustados para matarlos a ambos.

—Mis hombres y yo nos marchamos —grita Aquiles—. Volvemos a Ptía. Es mejor ahogarse en un barco vacío de vuelta a casa, derrotado, que quedarse aquí y perder la honra llenando la copa de Agamenón y aumentando el botín de Agamenón.

—¡Bien, vete! —grita Agamenón—. ¡Adelante, *deserta!* Nunca te he pedido que te quedes y luches por mí. Eres un gran soldado, Aquiles, pero, ¿qué tiene eso de especial? Es un don de los dioses y no tiene nada que ver contigo. ¡Te encantan la batalla y la sangre y dar muerte a tus enemigos, así que toma a tus lánguidos mirmidones y márchate! —escupe Agamenón.

Aquiles se estremece de furia. Está claro que se siente dividido entre la urgencia por girar sobre sus talones, tomar a sus hombres y marcharse de Ilión para siempre, y el abrumador deseo de desenvainar la espada y abrir a Agamenón como si fuera una oveja sacrificada.

—Pero entérate, Aquiles —continúa Agamenón, reduciendo su grito a un terrible susurro que oyen los centenares de hombres congregados—, te quedes o te marches, renunciaré a mi Criseida porque el *dios*, Apolo, insiste... ¡pero me quedaré a tu Briseida a cambio, y todos los hombres sabrán cuan superior es Agamenón al niño mimado de Aquiles!

Aquí Aquiles pierde el control y desenvaina su espada. Así podría haber terminado la *Iliada*, con la muerte de Agamenón o la muerte de Aquiles, o la de ambos; los aqueos hubiesen regresado a casa, Héctor hubiese disfrutado de su vejez e Ilión hubiese permanecido en pie durante un millar de años y tal vez rivalizado con la gloria de Roma. Pero en este instante la diosa Atenea aparece tras Aquiles.

La veo. Aquiles se da la vuelta, el rostro torcido, y obviamente la ve también. Nadie más puede verla. No comprendo esta tecnología de capas de invisibilidad, pero funciona cuando yo la uso y les funciona a los dioses.

No, advierto inmediatamente, esto es algo más. Los dioses han detenido otra vez el tiempo. Es su forma favorita de hablar a sus humanos favoritos sin que los

demás los oigan, pero yo lo he visto unas cuantas veces. Agamenón tiene la boca abierta (veo su saliva flotando en el aire), pero no se oye ningún sonido, no hay ningún movimiento de mandíbula ni muscular, ningún parpadeo de esos ojos oscuros. Lo mismo sucede con todos los hombres del círculo: están congelados, embelesados o abstraídos, petrificados. En el cielo, un ave marina se sostiene inmóvil en pleno vuelo. Las olas se encrespan pero no rompen en la orilla. El aire es tan denso como jarabe y todos nosotros estamos inmovilizados como insectos en ámbar. El único movimiento en este universo detenido proviene de Palas Atenea, de Aquiles y (aunque sólo se note porque me inclino hacia delante para oír mejor) de mí.

La mano de Aquiles reposa todavía en el pomo de su espada, extraída a medias de su hermosa vaina repujada, pero Atenea lo ha agarrado por el largo pelo y lo ha obligado a volverse hacia ella, así que él no se atreve a desenvainarla del todo. Hacerlo sería desafiar a la misma diosa.

Pero los ojos de Aquiles arden, más locos que cuerdos, grita en medio del denso y viscoso silencio que acompaña estas paradas temporales:

—¿Por qué? ¡Maldición, maldición, por qué ahora! ¿Por qué vienes a mí ahora, diosa, Hija de Zeus? ¿Has venido a ser testigo de mi humillación ante Agamenón?

—¡Cede! —dice Atenea.

Si nunca han visto ustedes a un dios o a una diosa todo lo que puedo decir es que son más grandes que la vida (literalmente, ya que Atenea debe medir dos metros diez), y más hermosos y sorprendentes que ningún mortal. Supongo que sus laboratorios nanotecnológicos y de ADN recombinante los hicieron así. Atenea combina cualidades de belleza femenina, presencia divina y poder puro de un modo que yo ni siquiera sabía que fuese posible antes de encontrarme devuelto a la existencia a la sombra del Olimpo.

Su mano sigue engarfiada en el pelo de Aquiles, y lo obliga a inclinar la cabeza hacia atrás y a apartarse del petrificado Agamenón y sus lacayos.

—¡Nunca cederé! —grita Aquiles. Incluso en este aire congelado que atenúa y apaga todo sonido, la voz del ejecutor de hombres es fuerte—. ¡Ese cerdo que se cree rey pagará su arrogancia con la vida!

—Cede —dice Atenea por segunda vez—. Hera, la diosa de blanca armadura me envía desde los cielos para detener tu cólera. *Cede*.

Puedo ver un destello de vacilación en los ojos enloquecidos de Aquiles. Hera, la esposa de Zeus, es la aliada más fuerte de los aqueos en el Olimpo y protectora de Aquiles desde su extraña infancia.

—No luches ahora —ordena Atenea—. Aparta la mano de la espada, Aquiles. Maldice a Agamenón si quieres, pero no lo mates. Haz lo que ordenamos ahora y te prometo una cosa: sé que ésta es la verdad, Aquiles, veo tu destino y conozco el futuro de todos los mortales: obedécenos ahora y un día

serán tuyos deslumbrantes regalos como recompensa por esta afrenta. Desafíanos y muere ahora mismo. Obedécenos a ambas, a Hera y a mí, y recibe tu recompensa.

Aquiles hace una mueca, se zafa, parece hosco pero vuelve a envainar la espada. Contemplanlos a Atenea y a él es como contemplar dos formas vivas entre un campo de estatuas.

—No puedo desafiaros a ambas, diosa —dice Aquiles—. Es mejor que un hombre se someta a la voluntad de los dioses, aunque su corazón se rompa de cólera. Pero es justo entonces que los dioses oigan las plegarias de ese hombre.

Atenea esboza la más leve de las sonrisas y desaparece de la existencia (TCEándose de vuelta al Olimpo) y el tiempo continúa su marcha.

Agamenón está terminando su arenga.

Con la espada envainada, Aquiles se planta en el centro del círculo.

—¡Tú, pellejo borracho! —exclama el ejecutor de hombres—. Tú con tus ojos de perro y tu corazón de ciervo. Tú, «caudillo» que nunca nos has guiado a la batalla ni has puesto emboscadas con los mejores aqueos; tú, que careces del valor para saquear Ilión y por eso debes saquear las tiendas de su ejército; tú, «rey» que gobierna sólo a los más abyectos de nosotros. Te prometo, te juro solemnemente que este día...

Los cientos de hombres que me rodean toman aire como si fueran un solo hombre, más sorprendidos de esta promesa de maldición que si Aquiles hubiera simplemente atravesado a Agamenón como a un perro.

—Te juro que algún día todos los aqueos echarán de menos a Aquiles —grita el ejecutor de hombres, tan fuerte que detiene los juegos de dados a un centenar de metros en el campamento—. ¡Todos ellos, todos tus ejércitos! Pero entonces, Atrida, por mucho que te aflijas, no podrás hacer nada para socorrerlos, aunque muchos sucumban y perezcan a manos de Héctor, ejecutor de hombres. Y ese día desgarrarás tu corazón y te lo comerás, desesperado, pesaroso por haber deshonrado al mejor de todos los aqueos.

Y con eso Aquiles se vuelve sobre su famoso talón y sale del círculo, internándose en la oscuridad entre las tiendas y levantando la grava de la playa. Tengo que admitirlo: es un mutis cojonudo.

Agamenón se cruza de brazos y sacude la cabeza. Otros hombres comentan su sorpresa. Néstor se adelanta para pronunciar su discurso de en-los-días-de-la-guerra-con-los-centauros-todos-permanecemos-juntos. Esto es una anomalía (Homero hace que Aquiles esté todavía presente cuando Néstor habla), y mi mente escólica toma nota de ello, pero mi atención está muy, muy lejos.

Es entonces, al recordar la mirada asesina que Aquiles le ha lanzado a Atenea justo antes de que ella, tirándole del pelo, lo obligara a someterse, que se me ocurre el plan de acción más audaz, más obviamente condenado al fracaso, más suicida y maravilloso. Por un instante me cuesta respirar.

—Biante, ¿te encuentras bien? —pregunta Oro, a mi lado.

Miro al hombre, desconcertado. Momentáneamente no puedo recordar quién es él ni quién es «Biante», olvidada mi propia identidad morfeada. Sacudo la cabeza y me aparto del círculo de gloriosos guerreros.

La grava cruje bajo mis pies sin el heroico eco del mutis de Aquiles. Camino hacia el agua y lejos de miradas indiscretas me despojo de la identidad de Biante. Si alguien me viera ahora vería al maduro Thomas Hockenberry, con gafas y todo, lastrado por el absurdo atuendo de un lancero aqueo, con lana y piel cubriendo mi equipo morfeador y mi armadura de impacto.

El océano está oscuro. *Oscuro como el vino*, pienso, pero no me hace gracia.

Tengo la abrumadora necesidad, no por primera vez, de usar mi capacidad de invisibilidad y mi arnés de levitación para salir volando de aquí, para revolotear sobre Ilión una última vez, para contemplar sus antorchas y sus habitantes condenados, y luego volar hacia el sureste a través del mar oscuro como el vino (el Egeo), hasta llegar a las islas y el continente griegos que todavía no lo son. Podría ver cómo están Clitemnestra y Penélope, y Telémaco y Orestes. El profesor Thomas Hockenberry, de niño y de hombre, siempre se llevó mejor con las mujeres y los niños que con los varones adultos.

Pero estas mujeres y niños protogriegos son más asesinos y están más sedientos de sangre que ningún varón adulto que Hockenberry conociera en su otra vida incruenta.

Dejo el vuelo para otro día. De hecho, lo descarto por completo.

Las olas llegan una tras otra, con su tranquilizadora cadencia familiar.

Lo haré. La decisión llega con la felicidad del vuelo, no, no del vuelo, sino con la excitación de ese breve instante de gravedad cero que uno pasa cuando se lanza de un lugar elevado y sabe que no va a volver a terreno sólido. Hundirse o nadar, caer o volar.

Lo haré.

Cerca de Conamara Caos

El sumergible moravec de Mahnmut el europeo iba tres kilómetros por delante del kraken y ganaba terreno, lo cual debería haberle dado un poco de confianza a la diminuta criatura robo-orgánica, pero como el kraken solía tener tentáculos de cinco kilómetros de largo, no lo hacía.

Era un agravio. Peor que eso, era una distracción. Mahnmut casi había terminado su nuevo análisis del Soneto 117, estaba ansioso por enviarlo por e-mail a Orphu en Io, y lo último que necesitaba era que se tragaran su sumergible. Estudió el kraken, verificó que la enorme, hambrienta y gelatinosa masa continuaba persiguiéndolo, y se interfirió con el reactor lo suficiente para añadir otros tres nudos a la velocidad de su nave.

El kraken, que estaba literalmente fuera de pie tan cerca de la región de Conamara Caos y sus filones abiertos, no pudo mantener el ritmo. Mahnmut sabía que, mientras ambos estuvieran viajando a esa velocidad, el kraken no podría extender por completo sus tentáculos para envolver al sumergible; pero si su pequeño sub se encontraba con algo (digamos un montón grande de algas iridiscentes) y tenía que frenar, o peor aún, se quedaba atrapado en los brillantes filamentos de basura, entonces el kraken caería sobre él como un...

—Oh, bueno, maldita sea —dijo Mahnmut, abandonando cualquier intento de buscar un símil y hablando en voz alta al silencio zumbante de la estrecha cavidad medioambiental del sumergible. Sus sensores estaban conectados con los sistemas de la nave y la visión virtual le mostraba enormes masas de algas iridiscentes delante. Las brillantes colonias flotaban a lo largo de las corrientes isotérmicas, alimentándose de las venas rojizas de sulfato de magnesio que se alzaban hacia los hielos de la superficie como múltiples raíces ensangrentadas.

Mahnmut pensó *sumérgete* y el sumergible se zambulló otros veinte kilómetros, esquivando las colonias inferiores de algas apenas por unas docenas de metros.

El kraken se zambulló tras él. Si los kraken pudieran sonreír, éste habría estado sonriendo: era la profundidad a la que cazaba.

Reacio, Mahnmut eliminó el Soneto 116 de su campo visual y consideró sus opciones. Ser devorado por un kraken a menos de cien kilómetros de Conamara Caos Central sería embarazoso. Era culpa de aquellos malditos burócratas: tenían que limpiar sus submares locales de monstruos antes de ordenar a uno de sus exploradores moravec que se presentara a una reunión.

Podía matar al kraken. Pero sin ningún sumergible recolector en mil kilómetros a la redonda, la hermosa bestia sería reducida a pedazos y devorada por los parásitos de las colinas de algas luminiscentes, por los tiburones salinos, por los gusanos de tubo que flotaban libres y por otros krakens mucho antes de que una recolectora de la compañía pudiera acercarse. Sería un desperdicio terrible.

Mahnmut apartó su visión virtual lo suficiente para echar un vistazo a su enviro-nicho, como si un atisbo de su apretujada realidad pudiera darle una idea. Lo hizo.

En su consola, junto a volúmenes encuadernados en tafetán de Shakespeare y la edición Vendler, estaba su lámpara de lava: una bromita de su antiguo socio moravec Urtzeil, hacía casi veinte años-J.

Mahnmut sonrió y reajustó su virtual en todas las longitudes de banda. Tan cerca de Caos Central tenía que haber diapiros, y los krakens odiaban a los diapiros...

Sí. Quince kilómetros sur-sureste había un banco entero, alzándose lentamente hacia la capa de hielo tan lánguidamente como las masas de cera lo hacían en su lámpara de lava. Mahnmut fijó su rumbo hacia el diapir más cercano y aceleró otros cinco nudos para asegurarse, si había seguridad posible dentro del alcance de los tentáculos de un kraken maduro.

Un diapir no era más que una masa de hielo cálido, calentado por las corriente de aire y las zonas gravitatorias templadas de las profundidades que se alzaba a través del mar Epsomsalt hacia la capa de hielo que una vez cubrió Europa en su totalidad y que ahora, dos mil años-t después de que llegara la compañía de trabajo criobot, aún cubría más del 98 por ciento de la Luna. Este diapir, de unos quince kilómetros de diámetro, se alzaba rápidamente acercándose a la superficie de hielo.

A los krakens no les gustaban las propiedades electrolíticas de los diapiros. Incluso evitaban tocarlos con la sonda de sus tentáculos, mucho más evitaban el contacto con sus brazos y fauces asesinas.

El sub de Mahnmut llegó a la masa en ascenso unos buenos diez kilómetros por delante del kraken perseguidor, frenó, morfeó su casco exterior para la fuerza del impacto, colocó sensores y sondas, y se hundió en la masa viscosa. Mahnmut usó sonar y EPS para comprobar las corrientes lenticulares y de navegación a unos ocho mil kilómetros sobre él: En unos minutos el diapir se fundiría con la gruesa capa de hielo, flotaría hacia arriba a través de las fisuras, lenticulas y

corrientes, y brotaría en una fuente de un centenar de metros de altura. Durante un breve espacio de tiempo, ese punto de Conamara Caos parecería el parque de Yellowstone de la América de la Edad Perdida, con géiseres de azufre rojo y manantiales calientes. Luego el rastro se dispersaría en la gravedad de Europa, siete veces menor que la terrestre, caería como una tormenta de nieve a cámara lenta durante kilómetros a cada lado de las lenticulas de la superficie y se congelaría en la fina y artificial atmósfera de Europa (en sus cien milibares), para añadir más eflorescencias abstractas a los ya torturados campos de hielo.

Mahnmut no podía morir en términos literales (aunque en parte orgánico, «existía» más que «vivía», y lo habían diseñado para ser duro), pero decididamente no quería convertirse en parte de una fuente o en un trozo congelado de eflorescencia abstracta durante los siguientes mil años-t. Olvidó un minuto tanto al kraken como el Soneto 116 mientras realizaba los cálculos (el ascenso del diapir, el progreso del sumergible a través de la masa viscosa, el rápido acercamiento a la capa de hielo) y luego centró sus pensamientos en la sala de motores y los tanques de lastre. Si funcionaba bien, saldría por el lado sur del diapir medio kilómetro antes del impacto con el hielo y aceleraría de inmediato para una salida de emergencia justo cuando la ola de la fuente del diapir fuera forzada por la corriente. Usaría aquella aceleración de cien kilómetros por hora para mantenerse por delante del efecto fuente: el sumergible le serviría de tabla de surf durante la mitad del trayecto hasta Conamara Caos Central. Tendría que recorrer los últimos veinte kilómetros o así hasta la base sobre la superficie cuando la ola se calmara, pero no tenía otra elección. Sería una entrada bestial.

A menos que algo hubiera bloqueado la corriente por delante. O a menos que otro sumergible viniera desde Central. Eso sería embarazoso durante los pocos segundos que pasarían antes de que Mahnmut y *La Dama Oscura* fueran destruidos.

Al menos el kraken ya no tendría nada que ver. Los bichos repugnantes se negaban a acercarse a más de cinco kilómetros de la superficie de hielo.

Tras haber introducido todas las órdenes y sabiendo que había hecho todo lo que se le ocurría para sobrevivir y llegar a la base a tiempo, Mahnmut volvió a su análisis del soneto.

El sumergible de Mahnmut (al que había bautizado hacía tiempo como *La Dama Oscura*), recorrió los últimos veinte kilómetros hasta Conamara Caos Central siguiendo una corriente de un kilómetro de ancho por la superficie del mar negro bajo un cielo negro. Un Júpiter en tres cuartos asomaba, las nubes brillaban y los bancos estaban cubiertos de colores apagados mientras un diminuto Io cruzaba la cara del gigante no muy lejos del helado horizonte. A cada

lado de la corriente, acantilados de hielo estriado se alzaban varios cientos de metros, sus caras peladas gris oscuro y rojo turbio contra el cielo negro.

Soneto 116

*No, aparta a dos almas amadoras
adverso caso ni cruel porfia:
nunca mengua el amor ni se desvía,
y es uno sin mudanza a todas horas.*

*Es fanal que borrascas bramadoras
con inmóviles rayos desafía;
estrella fija que los barcos guía;
mides su altura, mas su esencia ignoras.*

*Amor no sigue la fugaz corriente
de la edad, que deshace los colores
de los floridos labios y mejillas.*

*Eres eterno, amor: si esto desmiente
mi vida, no he sentido tus ardores,
ni supe comprender tus maravillas.*

Al cabo de tantas décadas, había llegado a odiar aquel soneto. Era una de esas cosas que los humanos recitaban en las bodas allá en la Edad Perdida. Era cursilón. Era un pasteleo. No era buen Shakespeare.

Pero encontrar los microregistros de los escritos críticos de una mujer llamada Helen Vendler (una crítica literaria que había vivido y escrito en uno de esos siglos —el XIX o el XX o el XXI; los sellos temporales del registro eran vagos en ese aspecto—), dio a Mahnmut la clave para traducir el soneto. ¿Y si el Soneto 116 no era, como había sido interpretado durante tantos siglos, una pegajosa afirmación, sino una violenta negativa?

Mahnmut volvió a repasar sus « palabras clave » anotadas en busca de apoyo. En la primera estrofa: « no, ni, nunca, ni, sin ». Luego, en los dos tercetos: « no, no, ni ». Reflejaban el nihilista « nunca, nunca, nunca, nunca, nunca » del rey Lear.

Era definitivamente un poema de negación. ¿Pero qué negaba?

Mahnmut sabía que el Soneto 116 formaba parte del ciclo del « Hombre joven », pero también sabía que la expresión « Hombre Joven » era poco más que un añadido de años posteriores y más recatados. Los poemas de amor no iban dirigidos a un hombre, sino « al joven »: ciertamente un muchacho,

probablemente no mayor de trece años. Mahnmur había leído las críticas de la segunda mitad del siglo XX y sabía que tales «expertos» interpretaban literalmente los sonetos como auténticas cartas homosexuales del dramaturgo Shakespeare. Pero Mahnmur también sabía, por obras más eruditas de épocas anteriores y de la última parte de la Edad Perdida, que esa interpretación literal motivada políticamente era pueril.

Shakespeare había estructurado un drama en sus sonetos, Mahnmur estaba seguro de ello. «El joven» y la posterior «Dama Oscura» eran personajes de ese drama. Había tardado años en escribir los sonetos; no eran el producto del calor de una pasión, sino de la madurez creativa de Shakespeare. ¿Y qué estaba explorando en estos sonetos? El amor. ¿Y cuáles eran las «verdaderas opiniones» de Shakespeare sobre el amor?

Nadie lo sabría jamás. Mahnmur estaba seguro de que el bardo era demasiado listo, demasiado cínico, demasiado sigiloso para mostrar sus verdaderos sentimientos. Pero obra tras obra, Shakespeare describió cómo los sentimientos fuertes (incluido el amor) convertían a las personas en idiotas. Shakespeare, como Lear, amaba a sus Locos. Romeo había sido el Loco de la Fortuna, Hamlet el Loco del Destino, Macbeth el Loco de la Ambición, Falstaff... bueno, Falstaff no era el Loco de nada... pero se volvió loco por el amor del príncipe Enrique y murió con el corazón roto cuando el joven príncipe lo abandonó.

Mahnmur sabía que el «poeta» del ciclo de sonetos, que a veces aparece como «Will», no era (a pesar de la insistencia de tantos obtusos eruditos del siglo XX) el Will Shakespeare histórico sino más bien otra creación dramática del dramaturgo/poeta para explorar todas las facetas del amor. ¿Y si este «poeta» era, como el infeliz conde Orsino de Shakespeare, el Loco del Amor? ¿Un hombre enamorado del amor?

A Mahnmur le gustaba esta interpretación. Sabía que la relación de «dos almas amadoras» entre el poeta mayor y el joven, no era de carácter homosexual, sino una auténtica comunión de sensibilidades, una faceta del amor honrada en días muy anteriores a los de Shakespeare. En apariencia, el Soneto 116 era una declaración evidente de ese amor y su permanencia, pero si en realidad era una negativa...

Mahnmur vio de pronto dónde encajaba. Como tantos grandes poetas, Shakespeare empezaba sus poemas antes o después de que empezaran. Pero si éste era un poema de negación, ¿qué estaba negando? ¿Qué le había dicho el joven al poeta mayor, tan cegado de amor que necesitaba una refutación tan vehemente?

Mahnmur apartó los dedos de su manipulador primario, tomó su stylus y escribió en la placa:

Querido Will:

Por supuesto que a ambos nos gustaría que el enlace de dos almas amadoras que tenemos, ya que los hombres no pueden compartir el matrimonio sacramental de los cuerpos, fuera tan real y permanente como el verdadero matrimonio. Pero no puede ser. La gente cambia, Will. Las circunstancias cambian. Cuando las cualidades de las personas o las propias personas desaparecen, el amor desaparece también. Te amé una vez, Will. Te amé de verdad, pero has cambiado, eres distinto, y por eso ha habido un cambio en mí y una alteración en nuestro amor.

Sinceramente tuyo,

El Joven

Mahnmut miró la carta y se echó a reír, pero su risa se apagó en cuanto advirtió cómo cambiaba esto todo el Soneto 116. Ahora, en vez de una afirmación de amor perpetuo, el soneto se convertía en una violenta negativa a las calabazas del joven, en una argumentación en contra de un abandono tan egoísta. La nueva lectura del soneto era:

*No, no aparta a dos almas amadoras
adverso caso ni cruel porfía (como tú afirmas):
nunca mengua el amor ni se desvía,
y es uno sin mudanza a todas horas.*

Mahnmut apenas podía contener su nerviosismo. Todo en el soneto y en el ciclo entero de sonetos encajaba ahora. Quedaba poco de este amor del enlace de « dos almas amadoras» (poco más que furia, acusaciones, incriminaciones, mentiras y más infidelidades), todo lo que sería mostrado en el Soneto 126, donde « El Joven» y el amor ideal mismo serían abandonados por los placeres descarados de la « Dama Oscura» . Mahnmut transfirió consciencia a su virtual y empezó a codificar una e-nota para su fiel interlocutor en la última docena de años-t. Orphu de Io.

Sonaron cláxons. Las luces parpadearon en la visión virtual de Mahnmut. Durante un segundo pensó: ¡*El kraken!*!, pero el kraken nunca subiría a la superficie ni entraría en una corriente abierta.

Mahnmut guardó el soneto y sus notas, borró la e-nota de la cola de salida y abrió los sensores externos.

La Dama Oscura estaba a cinco kilómetros de Caos Central y en la región de control remoto de los hangares submarinos. Mahnmut dirigió la nave a la Central

y estudió los acantilados de hielo que tenía delante.

Desde el exterior, Conamara Caos parecía igual que el resto de la superficie de Europa: un amasijo de cordilleras de presión que se alzaban heladas doscientos o trescientos metros, la masa de hielo bloqueando el laberinto de corrientes abiertas y lenticulas negras, pero luego los signos de habitabilidad se volvían visibles: la boca negra de los hangares submarinos abriéndose, los ascensores moviéndose por la cara de los acantilados, más ventanas visibles en la superficie del hielo, luces de navegación pulsando y parpadeando en lo alto de los módulos de superficie, los habitáculos y las antenas y, muy por encima de donde el acantilado terminaba, contra el cielo negro, varias lanzaderas interlunares atracadas en la pista de aterrizaje.

Naves espaciales aquí en Caos Central. Muy inusitado. Mientras Mahnmut terminaba de atracar, fijaba en modo de espera las funciones de su nave y empezaba a separarse de los sistemas del sumergible, pensaba: *¿Para que demonios me han llamado?*

Terminado el ataque, Mahnmut revivió el trauma de limitar sus sentidos y su control a los torpes confines de su cuerpo más o menos humano y dejó la nave, caminó sobre el hielo iluminado de azul y tomó el ascensor de alta velocidad hasta los habitáculos situados en las alturas.

Ardis Hall

Una comida para una docena de personas sentadas a la mesa bajo el árbol iluminado por linternas: venado y jabalí silvestre, trucha de río, ternera de los rebaños de ganado que pastaban entre Ardis y los prados lejanos, caldos de los viñedos de Ardis, maíz fresco, calabaza, ensalada y guisantes del huerto, y caviar faxeado desde algún lugar.

—¿De quién es el cumpleaños y quién cumple Veinte? —preguntó Daeman mientras los servidores repartían la comida entre la docena de comensales de la larga mesa.

—Es mi cumpleaños, pero no celebro mis Veinte —respondió el hombre guapo y de pelo rizado llamado Harman.

—¿Disculpe? —Daeman sonrió sin comprender. Aceptó un poco de calabaza y pasó el cuenco a la dama que tenía al lado.

—Harman está celebrando su cumpleaños anual —dijo Ada desde la cabecera de la mesa. Daeman estaba físicamente agotado, pero qué hermosa estaba ella con aquel bronceado y la túnica de seda negra.

Daeman sacudió la cabeza, todavía sin comprender. Los cumpleaños anuales pasaban inadvertidos, no se celebraban.

—Así que no están celebrando un Veinte cumpleaños esta noche —le dijo a Harman, haciendo un gesto con la cabeza al servidor flotante para que volviera a llenar su copa de vino.

—Pero celebro mi cumpleaños —insistió Harman con una sonrisa—. El noagésimo noveno.

Daeman se detuvo, asombrado, y luego miró en derredor rápidamente, pensando que se trataba de una especie de broma de aquel grupo de provincianos: desde luego una broma de mal gusto. Nadie bromeaba con sus noventa y nueve años. Daeman sonrió débilmente y esperó el remate de la broma.

—Harman habla en serio —dijo Ada animadamente. Los demás invitados guardaron silencio. Desde el bosque se oyó la llamada de las aves nocturnas.

—Yo... lo siento —consiguió decir Daeman.

—Me muero de ganas por llegar. Tengo un montón de cosas que hacer.

—Harman recorrió caminando ciento cincuenta kilómetros de la Brecha Atlántica el año pasado —dijo Hannah, la joven amiga de pelo corto de Ada.

Daeman ahora estaba seguro de que se estaban quedando con él.

—No se puede recorrer caminando la Brecha Atlántica.

—Pero yo lo hice —Harman comía maíz de la mazorca— Únicamente hice un reconocimiento. Sólo, como dice Hannah, ciento cincuenta kilómetros, y luego de vuelta a la costa norteamericana. Pero desde luego no fue difícil.

Daeman volvió a sonreír para demostrar que era un buen deportista.

—¿Pero cómo pudo llegar a la Brecha Atlántica, Harman *Uhr*? No hay fax-nódulos cerca.

No tenía ni idea de qué era la Brecha Atlántica, ni siquiera de qué era Norteamérica, y no estaba del todo seguro del emplazamiento del océano Atlántico, pero estaba seguro de que ninguno de los 317 fax-nódulos estaba cerca de la Brecha. Había faxceado por cada uno de aquellos nódulos más de una vez y nunca había visto la legendaria Brecha.

—Caminé, Daeman *Uhr*. Desde la costa oriental norteamericana, la Brecha corre directamente por el paralelo cuarenta hasta lo que los humanos de la Edad Perdida llamaban Europa. España era la última nación-estado donde llega la Brecha, creo. Las ruinas de la antigua ciudad de Filadelfia (puede que la conozca como Nódulo 124, en la mansión de Loman *Uhr*) está sólo a unas cuantas horas de camino de la Brecha. Si hubiera tenido valor, y hubiera llevado comida suficiente, habría podido ir caminando hasta España.

Daeman asintió y sonrió y siguió sin tener absolutamente ni idea de qué hablaba aquel tipo. Primero la obscenidad de alardear de sus noventa y nueve años, luego toda esta cháchara sobre paralelos y ciudades de la Edad Perdida y caminar. Nadie caminaba más de unos cientos de metros. ¿Para qué hacerlo? Todo lo que era de interés humano se encontraba cerca de un fax-nódulo y las pocas rarezas lejanas (como la Ardis de Ada), se podían alcanzar en carruaje o en droshky. Daeman conocía a Loman, naturalmente: recientemente había celebrado el Tercer Veinte de Ono en la cara mansión de Loman, pero todo el resto del soliloquio de Harman eran paparruchas. El hombre obviamente se había vuelto loco en sus últimos días. Bueno, el último fax a la fermería y la Ascensión pronto se encargarían de eso.

Daeman miró a Ada, su anfitriona, con la esperanza de que ella interviniera para cambiar de tema, pero Ada sonreía como si estuviera de acuerdo con todo lo que Harman había dicho. Daeman contempló la mesa en busca de ayuda, pero los otros invitados habían estado escuchando amablemente (incluso con aparente interés), como si aquella cháchara fuera parte de su regular conversación provinciana a la mesa.

—La trucha está bastante buena, ¿verdad? —le dijo a la mujer que tenía a su izquierda— ¿Estaba buena la suya?

Una mujer sentada al otro lado de la mesa, una fornida pelirroja probablemente entrada ya en su Tercer Veinte apoyó su más que prominente papada en el puño y le dijo a Harman:

—¿Cómo era? La Brecha, quiero decir.

El hombre del pelo rizado y el profundo bronceado se hizo de rogar, pero los otros miembros de la mesa (incluida la joven rubia por cuya trucha había inquirido Daeman y que había ignorado groseramente la pregunta) le pidieron a Harman que hablara. Por fin él accedió con un gracioso movimiento de la mano.

—Si nunca han visto la Brecha, es una visión fascinante desde la orilla. Tiene unos ochenta metros de ancho: una grieta que se extiende al este hasta donde alcanza la vista, estrechándose más y más hacia el horizonte hasta que parece sólo una franja brillante que se pierde allí donde el océano se encuentra con el cielo.

Caminar por ella es... un poco extraño. La arena de la playa no está húmeda al borde de la Brecha. No hay olas que la alcancen. Al principio toda tu atención se centra en uno u otro de los bordes... al internarte en sus profundidades, te das cuenta de pronto del brusco corte del agua, como una pared de cristal que separara al caminante de los vaivenes de la marea. Hay que tocar la barrera: nadie podría resistirlo. Esponjosa, invisible, cede levemente a la presión, fría por el agua que hay al otro lado, pero impenetrable. Sigues caminando sobre la arena seca... a lo largo de los siglos el fondo del mar sólo ha sentido la humedad de la lluvia, y por eso la arena y la tierra son sólidas, las criaturas y plantas marinas se han secado, disecadas hasta el punto de parecer fosilizadas.

» Una docena de metros más adelante, las paredes contenidas de agua a ambos lados se alzan por encima de tu cabeza. Las sombras se mueven en el interior. Ves peces pequeños nadando cerca de la barrera entre el aire y el mar, y luego la sombra de un tiburón, y luego el pálido brillo de una anémona, cosas flotantes que no puedes identificar del todo. A veces las criaturas marinas se acercan al borde de la Brecha, la tocan con sus frías cabezas, y luego se dan la vuelta rápidamente, como alarmadas. Un kilómetro más allá y el agua está tan por encima de tu cabeza que el cielo se vuelve más oscuro. Una docena o más de kilómetros y las paredes de agua a cada lado se alzan más de treinta metros sobre ti. Las estrellas salen en la rebanada de cielo que puedes ver, incluso de día.

—¡No! —dijo un hombre delgado de pelo rubio que estaba al extremo de la mesa. Daeman recordó su nombre: Loes—. Estás bromeando.

—No —respondió Harman—. No bromeo —sonrió de nuevo—. Caminé unos cuatro días. Dormía de noche. Volví cuando me quedé sin comida.

—¿Cómo sabías si era de día o de noche? —preguntó la amiga de Ada, la atlética joven llamada Hannah.

—El cielo es negro y las estrellas se ven en el cielo diurno —dijo Harman—, pero las franjas de océano a cada lado contienen todo el espectro de luz, de azul brillante arriba a negro oscuro en el fondo de la Brecha.

—¿Encontraste algo exótico? —preguntó Ada.

—Algunos barcos hundidos. Antiguos. De la Edad Perdida y anteriores. Y uno que podría ser... más nuevo. —Sonrió otra vez—. Fui a explorar uno de ellos: un casco enorme y oxidado que emergía de la pared norte de la Brecha, tendido sobre su costado. Entré aprovechando un agujero en el casco, subí por las escalerillas, me abrí paso por los suelos ladeados iluminándome con una pequeña linterna que llevaba, hasta que de pronto, en un espacio grande (creo que se llamaba bodega) allí estaba la Brecha, desde el techo hasta el suelo, una pared de agua, repleta de peces. Acerqué la cara a la fría pared invisible y vi mejillones, moluscos, serpientes de mar y formas de vida cubriendo todas las superficies, alimentándose unas de otras, mientras que en mi lado sólo había sequedad, óxido viejo, y los únicos seres vivos éramos yo y un pequeño cangrejito blanco que obviamente había emigrado, como yo, desde la orilla.

Se alzó viento y agitó las hojas del alto árbol que los protegía. Las linternas se bambolearon y su rica luz se esparció por el mantel de seda y algodón y los peinados y las manos y las caras cálidamente iluminadas alrededor de la mesa. Todos estaban embelesados. Incluso Daeman sintió interés, a pesar de que aquello no eran más que tonterías. Las antorchas en sus pebeteros a lo largo del camino fluctuaron y chisporrotearon con la súbita brisa.

—¿Qué hay de los voynix? —preguntó una mujer sentada junto a Loes. Daeman no recordaba su nombre. ¿*Emme*, tal vez?—. ¿Hay más o menos que en tierra? ¿Centinelas o móviles?

—No hay voynix.

Todos los comensales parecieron tomar aire. Daeman sintió la misma súbita inquietud que había experimentado cuando Harman anunció que cumplía noventa y nueve años. Sintió un arrebató de vértigo. Tal vez el vino era más fuerte de lo que pensaba.

—No hay voynix —repitió Ada en un tono no tanto de asombro como de tristeza. Alzó su copa de vino— Un brindis —dijo. Los servidores se acercaron flotando para llenar las copas. Todos alzaron las suyas. Daeman parpadeó para espantar el mareo y se obligó a mostrar una sonrisa agradable y sociable.

Ada no pronunció ningún brindis, pero todos (incluso, después de un instante, Daeman) bebieron el vino como si lo hubiera hecho.

El viento había arceciado al final de la cena, las nubes se movían para oscurecer los anillos p y e, y el aire olía a ozono y a las cortinas de lluvia que cubrían las oscuras montañas al oeste, así que el grupo se trasladó al interior y

luego se dividió mientras las parejas se encaminaban a sus dormitorios o a diversas alas y habitaciones para divertirse. Los servidores reprodujeron música de cámara en el conservatorio sur, la piscina cubierta de la parte trasera de la mansión atrajo a unas cuantas personas, y había un buffet de medianoche servido en el mostrador curvo del porche de observación de la primera planta. Algunas parejas se fueron a sus habitaciones privadas para hacer el amor, mientras que otras encontraron un lugar tranquilo para desplegar sus turín e irse a Troya.

Daeman siguió a Ada, que había acompañado a Hannah y al hombre llamado Harman a la biblioteca del segundo piso. Si Daeman quería que su plan para seducir a Ada antes de que terminara el fin de semana tuviera éxito, tenía que pasar con ella cada minuto disponible. Sabía que la seducción era a la vez una ciencia y un arte: una mezcla de habilidad, disciplina, proximidad y oportunidad. Sobre todo de proximidad.

Caminando junto a ella, Daeman notó el calor de su piel a través de la seda negra y marrón que llevaba. Su labio inferior, advirtió de nuevo después de una década, era enloquecedoramente carnoso, rojo, hecho para ser mordido. Cuando alzó el brazo para mostrar a Harman y Hannah la altura de los estantes de la biblioteca, Daeman contempló el sutil y suave movimiento de su pecho derecho bajo su fina vaina de seda.

Había estado en una biblioteca otras veces, pero nunca en una tan grande. La sala debía de tener más de treinta metros de largo y la mitad de esa altura, con un entresuelo que ocupaba tres paredes y escalerillas deslizantes en ambos niveles para alcanzar a los volúmenes más altos e inaccesibles. Había alcobas, huecos, mesas con grandes libros abiertos sobre ellas, zonas para sentarse aquí y allá, e incluso estantes de libros sobre el gran ventanal de la pared del fondo. Daeman sabía que los libros físicos aquí almacenados tenían que haber sido tratados con nanoquímica no-descompositiva muchos, muchos siglos antes, probablemente hacía milenios (aquellos artilugios inútiles estaban hechos de cuero y papel y tinta, por el amor del cielo), pero la sala con sus paneles de caoba y sus charcos de luz, los antiguos muebles de cuero y las paredes de libros acechantes seguía oliendo a viejo y a deterioro a la sensible nariz de Daeman. No era capaz de imaginar por qué Ada y los otros miembros de su familia mantenían aquel mausoleo en Ardis Hall, o por qué Harman y Hannah querían verlo esta noche.

El hombre del pelo rizado, que decía estar en su último año y que sostenía haber caminado por la Brecha Atlántica, se detuvo asombrado.

—Es maravilloso, Ada.

Subió por una escalerilla, la deslizó a lo largo de una estantería, y tendió una mano para tocar un grueso volumen de cuero.

Daeman se echó a reír.

—¿Cree que la función lectora ha regresado, Harman *Uhr*?

El hombre sonrió, pero pareció tan confiado que, por un segundo, Daeman casi esperó ver el dorado tropel de símbolos correrle por el brazo mientras la función lectora señalaba el contenido. Daeman nunca había visto en acción la función perdida, naturalmente, pero había oído a su abuela describirla y a otra gente mayor describiendo lo que disfrutaron sus tatarabuelos.

Ninguna palabra fluyó. Daeman apartó la mano.

—¿No desearía tener la función lectora, Daeman *Uhr*?

Daeman se oyó reír una vez más aquella extraña velada y fue agudamente consciente de que las dos mujeres jóvenes lo miraban con expresiones a caballo entre la diversión y la curiosidad.

—No, por supuesto que no —dijo por fin—. ¿Para qué? ¿Qué podrían decirme estas cosas viejas que tuviera importancia alguna para nuestra vida actual?

Harman siguió subiendo por la escalerilla.

—¿No siente curiosidad acerca del motivo por el cual ya no se ven posthumanos en la Tierra y por saber adónde fueron?

—En absoluto. Volvieron a sus ciudades en los anillos. Lo sabe todo el mundo.

—¿Por qué? —preguntó Harman—. Después de moldear nuestros asuntos durante milenios, de vigilarnos, ¿por qué se marcharon?

—Tonterías —dijo Daeman, quizás un poco más refunfuñón de lo que había pretendido—. Los posts siguen vigilándonos desde arriba.

Harman asintió, como iluminado, y deslizó la escalerilla unos metros por su guía metálica. La cabeza del hombre casi tocaba ahora la parte inferior del entresuelo de la biblioteca.

—¿Y los voynix?

—¿Qué pasa con los voynix?

—¿Se ha preguntado alguna vez por qué estuvieron inmóviles durante tantos siglos y están tan activos ahora?

Daeman abrió la boca, pero no tenía nada que decir a ese respecto. Al cabo de un momento, consiguió farfullar:

—Esa historia de que los voynix no se movían antes del fax final es una tontería absoluta. Mitos. Cuentos populares.

Ada avanzó un paso.

—Daeman, ¿te has preguntado alguna vez de dónde vienen?

—¿Quiénes, querida?

—Los voynix.

Daeman se rio sinceramente y con ganas.

—Por supuesto que no, señora mía. Los voynix siempre han estado aquí. Son permanentes, fijos, eternos... se mueven, a veces no están a la vista, pero siempre siguen presentes, como el sol o las estrellas.

—¿O los anillos? —preguntó Hannah con su suave voz.

—Exactamente. —A Daeman le complació que ella lo comprendiera.

Harman sacó un pesado libro de las estanterías.

—Daeman *Uhr*, Ada me ha contado que es usted todo un experto en lepidópteros.

—¿Cómo dice?

—Un experto en mariposas.

Daeman sintió que se ruborizaba. Siempre era agradable que reconocieran las habilidades de uno, incluso los desconocidos, incluso aquellos desconocidos que no estaban del todo en sus cabales.

—Un experto no, Harman *Uhr*, solamente un coleccionista que ha aprendido un poco de su tío.

Harman bajó la escalerilla y llevó el pesado libro a la mesa de lectura.

—Entonces esto debería interesarle.

Abrió el volumen. Página tras página aparecieron pintorescas representaciones de mariposas.

Daeman se acercó, sin habla. Su tío le había enseñado los nombres de unos veinte tipos de mariposas y él había aprendido de otros coleccionistas los nombres de unas cuantas de las mariposas que había capturado. Extendió la mano para tocar la imagen de una Cola de Golondrina Tigre Occidental.

—Cola de Golondrina Tigre Occidental —dijo Harman, y añadió—: *Pterourus rutulus*.

Daeman no comprendió las dos últimas palabras, pero se quedó mirando al hombre mayor, sorprendido.

—¡Usted las colecciona también!

—¡Qué va! —Harman tocó una imagen familiar, dorada y negra—. Monarca.

—Sí —dijo Daeman, confundido.

—Almirante Rojo, Fritularia Afrodita, Campo de Media Luna, Azul Común, Dama Pintada, Febo Parnasiana —dijo Harman, tocando una imagen cada vez. Daeman conocía dos o tres nombres.

—Entiende usted de mariposas —dijo.

Harman negó con la cabeza.

—Nunca se me había ocurrido que los tipos distintos de mariposa tuvieran nombre, hasta ahora.

Daeman miró la mano gruesa del hombre.

—Tiene usted la función lectora.

Harman volvió a negar con la cabeza.

—Nadie tiene ya esa función palmar. Como tampoco nadie tiene la función comunicadora o de la geoposición ni los accesos de datos ni puede autofaxearse en los nódulos.

—Entonces... —empezó a decir Daeman, y se detuvo confundido. ¿Se estaba

burlando de él aquella gente por algún motivo? Había venido a pasar el fin de semana en Ardis Hall con buenas intenciones (bueno, con la intención de seducir a Ada, pero todo por diversión), y ahora este... ¿juego malicioso?

Como si notara su creciente furia, Ada le puso los delgados dedos sobre la manga.

—Harman no tiene la función lectora, Daeman *Uhr* —dijo suavemente—. Recientemente ha aprendido a *leer*.

Daeman se la quedó mirando. Aquello no tenía más sentido que celebrar el nonagésimo noveno cumpleaños o farfullar sobre la Brecha Atlántica.

—Es una habilidad —dijo Harman en voz baja—. Como aprender los nombres de las mariposas o sus fabulosas técnicas como... conquistador de damas.

Esta última frase hizo que Daeman parpadeara. *¿Tan conocida es mi otra afición?*

Hannah intervino.

—Harman ha prometido enseñarnos este truco... a leer. Podría sernos útil. Tengo que aprender a moldear antes de hacer más y quemarme.

¿Moldear? Daeman no imaginaba qué tenía eso que ver con quemarse o adquirir la función lectora. Se lamió los labios y dijo:

—No tengo ningún interés en estos juegos. ¿Qué quieren de mí?

—Necesitamos encontrar una nave espacial —dijo Ada—. Y hay motivos para creer que puedes ayudarnos.

Olimpo

Cuando termina mi turno la noche del enfrentamiento entre Aquiles y Agamenón, me teleporto cuánticamente de vuelta al complejo escólico del Olimpo, grabo mis observaciones y análisis, transfiero los pensamientos a una piedra verbal y la llevo a la pequeña habitación blanca de la musa, que da al Lago de la Caldera. Para mi sorpresa, la musa está allí, hablando con uno de los otros escólicos.

El escólico se llama Nighthenheler y es un hombretón amigable que, según he sabido a lo largo de los cuatro años que lleva residiendo aquí, vivió y enseñó en una universidad y murió en el Medio Oeste americano a principios del siglo XX. Al verme en la puerta, la musa pone fin a su conversación con Nighthenheler y lo despide, haciéndolo salir por la puerta de bronce hacia la escalera mecánica que baja en espiral por el Olimpo hasta nuestros barracones y el mundo rojo de abajo.

La musa me indica que me acerque. Dejo la piedra verbal en la mesa de mármol que tiene delante y retrocedo, esperando ser despedido sin una palabra, como es la dinámica habitual entre los dos. Sorprendentemente, ella toma la piedra verbal mientras sigo aquí y la rodea con la mano cerrando los ojos para concentrarse. Yo espero. Confieso que estoy nervioso. Tengo el corazón desbocado y las manos, unidas a la espalda mientras permanezco de pie en una especie de parodia profesional de la posición de descanso de un soldado, sudorosas. Decidí hace años que los dioses no pueden leer la mente, que su increíble percepción de los pensamientos humanos, héroes y escólicos por igual, proviene de alguna ciencia avanzada en el estudio de los músculos faciales, movimientos oculares y demás. Pero podría estar equivocado. Tal vez son telépatas. Si es así (y si se molestaron en leerme la mente durante mi momento de epifanía y decisión en la playa después del enfrentamiento entre Agamenón y Aquiles), entonces soy hombre muerto. Otra vez.

He visto a escólicos que disgustaron a la musa, que no es en modo alguno una de los dioses más importantes. Hace unos años (el quinto año de asedio, en

realidad), había un escólico del siglo XXVI, un asiático regordete e irreverente con el poco habitual nombre de Bruster Lin. Y aunque Bruster Lin era el erudito más brillante y reflexivo de todos nosotros, su irreverencia fue su final. Literalmente. Después de uno de sus comentarios más irónicos, referido al combate mano a mano entre Paris y Menelao (el vencedor se lo lleva todo) con lo que el resultado de aquel combate singular habría zanjado la guerra. La lucha a muerte entre el amante de Helena de Troya y su esposo aqueo (orquestrada delante de dos ejércitos animando, con Paris hermoso con su armadura dorada y Menelao temeroso con el ojo puesto en los negocios) nunca llegó a consumarse. Afrodita vio que su amado Paris iba a ser convertido en carne picada, así que bajó y lo apartó del campo de batalla y lo llevó de vuelta con Helena, donde, como los liberales infructuosos de todas las épocas, Paris se mostró mejor guerrero en la cama que en el campo de batalla. Así que después de uno de los divertidos comentarios de Bruster Lin sobre el episodio Paris-Menelao, la musa (a quien no le hizo gracia) chasqueó los dedos y los billones y trillones de obedientes nanocitos del cuerpo del indefenso escólico se condensaron y explotaron hacia afuera en un gigantesco salto nanolemming, despedazando al todavía sonriente Bruster Lin en un millar de jirones sangrantes delante del resto de nosotros y enviando su cabeza aún sonriente a nuestros pies, mientras permanecíamos firmes.

Fue una seria lección que nos tomamos al pie de la letra. Nada de comentarios. Nada de hacer chistes con el serio asunto del deporte de los dioses. El precio de la ironía es la muerte.

La musa abre los ojos y me mira.

—Hockenberry —dice, su tono el de una burócrata de mi siglo a punto de despedir a un oficinista de rango medio—, ¿cuánto tiempo llevas con nosotros?

Sé que la pregunta es retórica, pero cuando te interroga una diosa, aunque sea una diosa menor, uno responde incluso a las preguntas retóricas.

—Nueve años, dos meses, dieciocho días, diosa.

Ella asiente. Soy el escólico superviviente más antiguo. O, más bien, soy el escólico que ha sobrevivido más tiempo. Ella lo sabe. Tal vez este reconocimiento oficial de mi longevidad es mi elegía antes de ser eliminado con una explosión de nanocitos.

Siempre había enseñado a mis estudiantes que había nueve musas, todas hijas de Mnemosine: Cléis, Euterpe, Talía, Melpómene, Terpsicore, Erato, Polimnia, Urania y Calíope, cada una patrona, al menos según la tradición griega posterior, de una expresión artística como la flauta o la danza o la narración o el canto heroico. Pero en mis nueve años, dos meses y dieciocho días sirviendo a los dioses como observador en las llanuras de Ilión, he informado, visto y oído sólo a una musa: esta alta diosa que está sentada delante de mí tras la mesa de mármol. Con todo, a causa de su voz estridente, siempre he pensado que es Calíope,

aunque el nombre significaba originalmente « la de la voz hermosa ». No puedo decir que esta musa solitaria tenga una voz hermosa (es más un claxon que un órgano a mis oídos), pero desde luego he aprendido a saltar cuando ella dice « rana » .

—Sígueme —dice, levantándose de manera fluida y saliendo por la puerta privada de su blanca habitación de mármol.

La sigo de un salto.

La musa tiene el tamaño de los dioses: es decir, más de dos metros pero perfectamente proporcionada, menos voluptuosa que algunas de las diosas pero con la constitución de una triatleta femenina del siglo XX, e incluso en la gravedad reducida del Olimpo, tengo que esforzarme para mantener el ritmo mientras ella cruza los verdes jardines entre los edificios blancos.

Se detiene ante un nexo de carro. Digo « carro » y es vagamente parecido a un carro: bajo, levemente en forma de herradura, con un hueco a un costado que permite a la musa montarse. Pero carece de caballos, riendas y auriga. Se aferra a la barandilla y me llama.

Vacilante, con el corazón latiendo salvajemente ahora, subo y me sitúo a un lado mientras la musa pasa sus largos dedos por una cuña de oro que podría ser una especie de panel de control. Las luces parpadean. El carro zumba, chasquea, es envuelto de pronto por una red de energía, y se eleva del suelo girando a medida que asciende. De repente un par de « caballos » holográficos aparecen delante del carro y galopan como si estuvieran tirando del carro a través de él. Sé que los caballos holográficos obedecen a la necesidad griega y troyana de identificación, pero la sensación de que son animales reales tirando de un carro real a través del cielo es muy fuerte. Me agarro a la barra de metal y me sujeto, pero no hay ninguna sensación de aceleración, aunque el disco de transporte se agita y se sacude, gira una vez a treinta metros sobre el modesto templo de la musa y luego acelera hacia la profunda depresión del Lago de la Caldera.

¡El carro de los dioses!, pienso y achaco el indigno pensamiento a la fatiga y la adrenalina.

He visto estos carros un millar de veces, por supuesto, volando cerca del Olimpo o sobre las llanuras de Ilión mientras los dioses corren de un lado a otro ocupándose de sus asuntos sagrados, pero siempre desde el suelo. Los caballos parecen más reales desde ese ángulo y el propio carro parece más insustancial cuando vas en él, volando a treinta metros sobre la cima de una montaña (volcán, en realidad) que ya de por sí se eleva unos veinticinco mil metros por encima del suelo del desierto.

La cima del Olimpo debería carecer de aire y estar cubierta de hielo, pero el aire aquí es tan denso y respirable como veinticinco kilómetros más abajo, donde los barracones de los escólicos se agrupan en la base de los acantilados volcánicos, y en vez de hielo, la amplia cima está cubierta de hierba, árboles y

edificios blancos lo suficientemente grandes y majestuosos para que la Acrópolis parezca un excusado en comparación.

La figura en forma de ocho del Lago de la Caldera, en el centro de la cima del Olimpo, tiene cerca de cien kilómetros de diámetro y la atravesamos a velocidad casi supersónica, gracias a algún campo de fuerza o algún artificio de magia divina que impide que el viento nos arranque la cabeza al mismo tiempo que ahoga el sonido. Cientos de edificios, cada uno rodeado de hectáreas de hierba cuidada y jardines, los hogares de los dioses, supongo, rodean el lago, por cuyas aguas azules grandes autotrirremes de tres filas de remos navegan lentamente. El escólico Bruster Lin me dijo una vez que calculaba que el Olimpo tenía el tamaño de Arizona, y que su cima cultivada era aproximadamente igual a la superficie de Rhode Island. Me resultó extraño escuchar comparar cosas de aquí con estados de ese otro mundo, de ese otro tiempo, de esa otra existencia.

Agarrado a la fina barandilla con ambas manos, miro más allá de la cima de la montaña. El espectáculo es sobrecogedor.

Estamos a tanta altura que puedo ver la curvatura del mundo. Al noroeste, el gran océano azul se prolonga en ese cuerno invertido del horizonte. Al noreste se extiende la costa, y se me antoja que incluso desde esta distancia puedo ver las grandes cabezas de piedra que marcan el límite entre tierra y mar. Al norte está la guadaña del archipiélago sin nombre, apenas visible desde la orilla de nuestros barracones escólicos, y luego nada más que azul, todo el camino hasta el polo. Al sureste diviso otras tres altas cumbres volcánicas recortadas sobre el horizonte, obviamente más bajas que la del Olimpo pero, al contrario que éste, con su clima controlado, blancas de nieve. Una de ellas, supongo, debe ser el Helicón, hogar de mi musa y sus hermanas, sí es que las tiene. Al sur y suroeste, durante cientos de kilómetros, distingo una sucesión de campos cultivados, y luego bosques salvajes, y luego desierto rojo más allá, luego quizás otra vez bosques, hasta que la tierra se funde con las nubes y la neblina y por mucho que parpadee o me frote los ojos no distingo ningún detalle.

La musa hace virar nuestro carro y desciende hacia la orilla oeste del Lago de la Caldera. Ahora veo que las motas blancas que advertí al cruzar el lago son enormes edificios blancos con columnas y escalinatas al frente, adornadas con gigantescos pies y decoradas con estatuas. Estoy seguro de que ningún escólico ha visto esta parte del Olimpo... o al menos no la ha visto y ha vivido para contárnoslo a los demás.

Descendemos cerca del más grande de los gigantescos edificios, el carro toca tierra y los caballos holográficos desaparecen de la existencia con un parpadeo. Hay varios cientos más de carros celestes aparcados en la hierba.

La musa saca de su túnica lo que parece ser un medallón.

—Hockenberry, me han ordenado que te lleve a un sitio donde no puedes estar. Una de las deidades me ha ordenado que te entregue dos artículos que

podrían impedir que te aplasten como a un insecto si te detectan. Póntelos.

La musa me tiende dos objetos: un medallón con una cadena y lo que parece ser una capucha de cuero. El medallón es pequeño pero pesado, como si estuviera hecho de oro. La musa extiende la mano y desliza una parte del disco en el sentido de las agujas del reloj con respecto a la otra.

—Es un teleportador cuántico personal como el que utilizan los dioses —dice en voz baja—. Puede teleportarte a cualquier lugar que visualices. Este disco TC en concreto te permite seguir el rumbo cuántico de los dioses cuando cambian de fase a través del espacio de Plank, pero nadie (excepto la deidad que me lo entregó) puede ver tu rumbo, ¿Comprendes?

—Sí —digo; la voz casi me tiembla. Yo no tendría que tener este objeto. Será mi muerte. El otro «regalo» es peor.

—Esto es el Casco de la Muerte —dice ella, colocando el casco de cuero repujado sobre mi cabeza, pero dejándolo envuelto alrededor de mi cuello como si fuera una capucha—. El Casco de Hades. Lo fabricó el propio Hades y es la única cosa en el universo que puede ocultarte de la visión de los dioses.

Parpadeo estúpidamente al oír esto. Recuerdo vagas notas eruditas sobre «el Casco de la Muerte», y me acuerdo de que el propio nombre de Hades (Áides en griego) significaba «el invisible». Pero por lo que sé, Homero menciona el Casco de la Muerte de Hades sólo una vez, cuando Atenea se lo pone para ser invisible al dios de la guerra, Ares. *¿Por qué demonios me prestaría una cosa así una diosa? ¿Qué esperan que haga por ellos?* Las rodillas me flojean sólo de pensarlo.

—Ponte el casco —ordena la musa.

Torpedamente, tiro del grueso cuero. Hay aparatos insertados en el tejido, chips de circuitos, máquinas nanotecnológicas. El casco tiene un visor transparente y flexible y una malla que cubre la boca; cuando tiro de la capucha, el aire parece ondear extrañamente a nuestro alrededor, aunque mi visión sigue clara.

—Increíble —dice la musa. Mira más allá de mí. Me doy cuenta de que he conseguido el objetivo de todo muchachito adolescente: auténtica invisibilidad, aunque no tengo ni idea de cómo el casco oculta todo mi cuerpo a la vista. Mi impulso es salir corriendo como alma que lleva el diablo y esconderme de la musa y de todos los dioses. Me reprimo. Tiene que haber alguna pega. Ningún dios ni diosa, ni siquiera mi musa menor, le daría a un simple escólico tal poder sin salvaguardas.

—Este aparato evitará que te vean todos los dioses excepto la diosa que me autorizó a dártelo —dice suavemente la musa, mirando el aire vacío a la derecha de mi cabeza—. Pero esa diosa puede verte y localizarte en cualquier parte, Hockenberry. Y aunque el medallón apaga el sonido, el olor e incluso los latidos, los sentidos de la diosa están por encima de tu comprensión. Quédate cerca de mí en los próximos minutos. Camina con cuidado. No digas nada. Respira lo más

livianamente que puedas. Si te detectan, ni yo ni tu divina patrona podremos protegerte de la ira de Zeus.

¿Cómo respira uno liviano y suavemente cuando está aterrado? Pero asiento, olvidando que la musa no puede verme ahora. Ella espera, todavía mirando con la cabeza un poco ladeada como si me buscara con su visión divina Croo:

—Sí, diosa.

—Pon tu mano en mi brazo —ordena ella bruscamente—. Quédate junto a mí. No pierdas el contacto. Si lo haces, serás destruido.

Pongo la mano sobre su brazo como una tímida debutante escoltada a una fiesta de pedida. La piel de la musa está fría.

Una vez estuve en el edificio de montaje de vehículos del Centro Espacial Kennedy, en cabo Cañaverall. La guía dijo que a veces se formaban nubes bajo el tejado situado a docenas de metros por encima del suelo de asfalto. El edificio de montaje cabría perfectamente en un rincón de esta inmensa sala donde ahora nos encontramos y nunca repararías en él: parecería los bloques de un juego de construcción infantil en una catedral.

Uno dice «dioses» y piensa en los dioses importantes, los principales: Zeus, Hera, Apolo y unos cuantos más. Pero hay cientos de dioses en esta sala y la mayor parte de la habitación está vacía. A lo que parecen ser kilómetros de altura, una cúpula dorada (los griegos no descubrieron los principios de la cúpula, así que esto contrasta con la arquitectura clásica de los otros grandes edificios que he visto en el Olimpo), dirige acústicamente la conversación a todos los rincones del espacio.

El suelo parece hecho de oro pulido. Los dioses se apoyan en barandas de mármol y se asoman desde entresuelos que forman círculos. Las paredes albergan cientos y cientos de nichos en arco, cada uno con una escultura de mármol blanca. Las estatuas de los dioses presentes aquí ahora.

Hologramas de aqueos y troyanos fluctúan aquí y allá, muchos de ellos de tamaño natural, a todo color, imágenes tridimensionales de los hombres y mujeres mientras discuten o comen o hacen el amor o duermen. Cerca del centro de la sala, el suelo de oro baja hasta un hueco más grande que cualquier combinación de piscinas de tamaño olímpico, y en este espacio fluctúan y flotan más imágenes en tiempo real de Ilión: amplias vistas aéreas, primeros planos, barridos, imágenes múltiples. Pueden oírse los diálogos como si los griegos y los troyanos estuvieran en esta misma sala. Alrededor de esta piscina de visión, sentados en tronos de piedra y acomodados en cojines y de pie con sus togas como de caricatura, están los dioses. Los dioses importantes. Los peces gordos, los dioses conocidos por los eruditos.

Los dioses menores se apartan mientras la musa se acerca a esta piscina

central, y yo me apresuro para seguir su paso, mi mano invisible temblando en su brazo dorado, mientras trato de que mis sandalias no chirrien, de no tropezar, estornudar ni respirar. Ninguna de las deidades parece reparar en mí. Sospecho que sabré muy pronto si alguna de ellas lo hace.

La musa se detiene a unos pocos metros de Palas Atenea y yo me quedo tan cerca que me siento como un niño de tres años agarrado a la falda de su madre.

Hay una feroz discusión en curso, mientras Hebe, una de las diosas menores, se mueve entre los demás, sirviendo alguna especie de néctar dorado en sus copas divinas. Zeus está sentado en su trono y me basta con mirarlo para tener claro que aquí es el rey, el que impulsa las nubes de tormenta, dios de dioses. No es ninguna, caricatura, este Zeus, sino una realidad imposiblemente alta cuya presencia barbuda, ungida y palpablemente regia hace que la sangre se me convierta en líquido viscoso y asustado.

—¿Cómo podemos controlar el curso de esta guerra? —exige a todos los dioses mientras mira a su esposa, Hera, con ojos asesinos—. O el destino de Helena, si diosas como Hera de Argos y Atenea, guardiana de los soldados, siguen interviniendo, como al detener la mano de Aquiles cuando iba a derramar la sangre del hijo de Atreo.

Vuelve su mirada tormentosa hacia una diosa recostada sobre un montón de cojines púrpura.

—Y tú, Afrodita, con tu risa constante, siempre defendiendo a ese niño bonito de Paris, espantando a los espíritus malignos y desviando lanzas bien arrojadas. ¿Cómo puede la voluntad de los dioses —y, lo más importante, la voluntad de Zeus— manifestarse si las diosas seguís mediando y protegiendo a vuestros favoritos a expensas del Hado? A pesar de todas tus maquinaciones, Hera, Menelao puede llevarse a Helena a casa... o quizá, quién sabe, Ilión prevalecerá. No es cosa de unas cuantas diosas decidir esos asuntos.

Hera cruza sus finos brazos. Con tanta frecuencia en el poema Hera es nombrada como « la diosa de los niveos brazos » que casi espero que los suyos sean más blancos que los de las otras diosas, pero aunque la piel de Hera es bastante lechosa, no lo es más en apariencia que la de Afrodita o que la de su hija Hebe o que la de ninguna otra diosa de las que veo desde mi punto de observación próximo a la piscina de imágenes... a excepción de la de Atenea, claro está, curiosamente bronceada. Sé que estos párrafos descriptivos son una característica de la poesía épica de Homero: Aquiles es mencionado repetidamente como « el de los pies ligeros », Apolo como « el que mata desde lejos », y el nombre de Agamenón suele ir precedido por « el Atrida » o « rey de hombres »; los aqueos son « de fuertes brazos » y sus naves « negras » o « cóncavas », y así sucesivamente. Estos epítetos se repiten para responder a las exigencias del hexámetro dactílico más que para describir. De ese modo, el bardo, al cantar, respetaba la medida utilizando frases-fórmula. Siempre he

sospechado que algunas de esas frases rituales (como la de la «aurora de rosáceos dedos») eran también muletillas que proporcionaban al bardo unos cuantos segundos para recordar, si no inventar, los siguientes versos de acción.

Con todo, mientras Hera responde a su mando, le miro los brazos.

—Hijo de Cronos, temida Majestad —dice, los blancos brazos cruzados—, ¿de qué demonios estás hablando? ¿Cómo te atreves a considerar que todos mis esfuerzos son estériles? Me está costando sudores, sudores inmortales, lanzar los ejércitos aqueos, regalar los egos de estos héroes varones lo suficiente para impedir que se maten unos a otros antes de matar a los troyanos, y me cuesta grandes dolores (mis dolores, oh, Zeus) causar dolores aún mayores al rey Príamo y los hijos de Príamo y la ciudad de Príamo.

Zeus frunce el ceño y se inclina hacia delante en su incómodo trono, abriendo y cerrando sus enormes manos blancas.

Hera descruza los brazos y alza exasperada las manos al cielo.

—Haz lo que quieras, siempre lo haces, pero no esperes que ninguno de los inmortales te alabemos por ello.

Zeus se pone en pie. Si los otros dioses miden dos metros y medio o tres, Zeus debe medir tres metros y medio. Su ceño está más que fruncido y no empleo ninguna metáfora cuando digo que truena:

—¡Hera... mi querida, amada, insaciable Hera! ¿Qué te han hecho Príamo y los hijos de Príamo para que estés tan furiosa, seas tan implacable y quieras hacer caer la ciudad de Ilión? —Hera permanece en silencio, las manos a los costados, con lo que parece aumentar la furia real de Zeus—. ¡Es más apetito que furia, diosa! —ruge—. No quedarás satisfecha hasta que derribes las puertas de Troya, rompas sus murallas y te los comas crudos. —La expresión de Hera no contribuye a desmentir esta acusación—. Bueno... bueno... —truena Zeus, casi rezongando, de una manera demasiado familiar en los maridos a lo largo de los siglos—, haz lo que quieras. Pero una cosa más, y recuérdalo bien, Hera: cuando llegue el día en que yo decida destruir una ciudad y consumir a sus habitantes, una ciudad que tú ames, como yo amo Ilión, entonces ni siquiera se te ocurra intentar oponerte a mi furia.

La diosa avanza en tres rápidos pasos y me recuerda un depredador saltando, o a un ajedrecista viendo su oportunidad y aprovechándola.

—¡Sí! Las tres ciudades que más amo son Argos, Esparta y Micenas de los anchos caminos, de calles tan amplias y regias como las de la aciaga Ilión. Puedes saquearlas todas para contento de tu corazón de vándalo, mi señor. No me opondré a ti. No me enfrentaré a tu voluntad... de poco me serviría de todas formas, ya que eres el más fuerte de los dos. Pero recuerda esto, oh, Zeus: aunque soy tu consorte, también nací de Cronos y por tanto merezco tu respeto.

—Nunca he sugerido lo contrario —murmura Zeus, ocupando de nuevo su duro asiento.

—Entonces dejémonos en este punto —dice Hera, ahora con más dulzura—. Yo a ti y tú a mí. Los dioses menores obedecerán. ¡Rápido ahora, esposo mío! Aquiles ha dejado el campo por el momento, pero una tregua inestable apacigua los terrenos de batalla entre troyanos y aqueos. Encárgate de que los troyanos rompan esta tregua y causen los primeros daños, no sólo a sus juramentos, sino a los afamados aqueos.

Zeus reflexiona, gruñe, se agita en su asiento, pero ordena a la atenta Atenea:

—Baja rápidamente a los campos de batalla entre troyanos y aqueos. Te ordeno que te encargues de que sean los troyanos los primeros en romper la tregua y causar daño a los afamados aqueos.

—Y humillar a los argivos en su triunfo —apunta Hera.

—Y humillar a los argivos en su triunfo —ordena Zeus, cansado.

Atenea desaparece en un relámpago de TC. Zeus y Hera abandonan la sala y los dioses empiezan a dispersarse, hablando en voz baja entre sí.

La musa me indica que la siga con un sutil gesto con el dedo y me guía fuera del salón de encuentros.

—Hockenberry —dice la diosa del Amor, reclinada en los cojines de su diván, mientras la gravedad (leve como es) da énfasis a toda su blanca y sedosa voluptuosidad.

La musa me ha conducido a esta otra sala del Gran Salón de los Dioses, esta habitación oscura en la que sólo brillan un brasero que arde lentamente y algo que se parece sospechosamente a una pantalla de ordenador. Me ha susurrado que me quitara el Casco de la Muerte y me he sentido aliviado al quitarme la capucha, pero aterrado de volver a ser visible.

Entonces ha entrado Afrodita, se ha aposentado en el diván y ha dicho:

—Eso será todo hasta que te llame, Melete.

Y la musa se ha marchado por una puerta secreta.

Melete, he pensado. No una de las nueve musas, sino un nombre de una época anterior en que se creía que las musas eran tres: Melete de « la práctica », Mneme del « recuerdo », y Aoide de...

—Hockenberry, te he visto en el Salón de los Dioses —dice Afrodita, sacándome de mi ensimismamiento erudito— y si te hubiera delatado a nuestro señor Zeus, ahora serías menos que cenizas. Ni siquiera tu medallón TC te habría permitido escapar, pues yo podría seguir tu rumbo de cambio de fases a través del tiempo y el espacio. ¿Sabes por qué estás aquí?

Afrodita es mi patrona. Es la que ordenó a la musa que me entregara estos artilugios. ¿Qué hago? ¿Me arrodillo? ¿Me postro en el suelo en presencia de la divinidad? ¿Cómo me dirijo a ella? En mis nueve años, dos meses y dieciocho días aquí, mi existencia nunca había sido reconocida por otro dios que mi Musa.

Decido inclinar levemente la cabeza, evitando mirar su belleza, los pezones sonrosados que se notan a través de la fina seda, la suave curva del vientre que proyecta sombras en ese triángulo de tejido oscuro donde se encuentran sus muslos.

—No, diosa —digo por fin, pero he olvidado la pregunta.

—¿Sabes por qué fuiste escogido como escólico, Hockenberry? ¿Por qué tu ADN quedó exento de disrupción nanocítica? ¿Por qué, antes de ser elegido para la reintegración, tus escritos sobre la guerra fueron añadidos al simplex?

—No, diosa.

¿*Mi ADN está exento de disrupción nanocítica?*

—¿Sabes qué es un simplex, sombra mortal?

¿*El virus del herpes?*, pienso.

—No, diosa —digo.

—El simplex es un sencillo objeto matemático, un ejercicio de lógica, un triángulo o trapecioide plegado sobre sí mismo —dice Afrodita—. Sólo que combinado con múltiples dimensiones y algoritmos que definen nuevas áreas nociónales, creando y descartando regiones posibles de espacio-n, los planos de exclusión se convierten en contornos inevitables. ¿Lo entiendes ahora, Hockenberry? ¿Comprendes cómo se aplica esto al espacio cuántico, al tiempo, a la guerra de abajo, a tu propio destino?

—No, diosa. —La voz me tiembla esta vez. No puedo evitarlo.

Hay un roce de seda y alzo la mirada lo suficiente para ver a la hembra más hermosa que existe acomodando sus bellos miembros y sus suaves muslos sobre el diván.

—No importa —dice—. Tú, o el mortal que fue tu molde, escribió un libro hace varios miles de años. ¿Recuerdas su contenido?

—No, diosa.

—Si dices eso una vez más, Hockenberry, voy a abrirte desde la entrepierna al cuello y usaré literalmente tus tripas para hacerme unas ligas. ¿Entiendes eso?

Es difícil hablar sin saliva en la boca.

—Sí, diosa —consigo decir, oyendo el seco ceceo.

—Tu libro, de 935 páginas, trataba de una sola cosa: *Menin*. ¿Recuerdas ahora?

—No, di... Me temo que no recuerdo eso, diosa Afrodita, pero estoy seguro de que tienes razón.

Levanto la cabeza lo suficiente para ver que ella está sonriendo, la barbilla apoyada en la mano izquierda, el dedo alzado a lo largo de la mejilla hasta una perfecta ceja oscura. Sus ojos son del color del coñac caro.

—Cólera —dice ella en voz baja—. *Menin aede thea*... ¿Sabes quién ganará esta guerra, Hockenberry?

Tengo que pensar rápido. Sería un escólico muy malo si no supiera cómo

termina el poema (aunque la *Iliada* acaba con los ritos funerarios por Patroclo, el amigo de Aquiles, no con la destrucción de Troya, y no hay ninguna mención a ningún caballo gigantesco excepto en los comentarios de la *Odisea*, que es otro poema distinto), pero sí finjo saber cómo acabará esta guerra, y está claro por la discusión que acabo de oír que el edicto de Zeus de que no debe informarse a los dioses del futuro como se dice en la *Iliada* sigue vigente... quiero decir, si los propios dioses no saben qué pasará a continuación, ¿no estaría yo poniéndome por encima de los dioses, incluyendo el Hado, al decirselo? La soberbia no ha sido nunca un tributo que estos dioses recompensen. Además, Zeus (el único que sabe la historia completa de la *Iliada*) ha prohibido a los otros dioses que pregunten y a todos los escólicos que discutan otra cosa que no sean los acontecimientos ya pasados. Fastidiar a Zeus no es un buen plan para sobrevivir en el Olimpo. A pesar de todo, parece que estoy exento de la disrupción nanocítica. Por otro lado, creo por completo a la diosa del Amor cuando dice que convertirá mis tripas en ligas.

—¿Cuál era la pregunta, diosa?—es todo lo que consigo decir.

—Sabes cómo termina el poema de la *Iliada*, pero desafiaría la orden de Zeus si te lo preguntara —dice Afrodita, su pequeña sonrisa desaparece, sustituida por algo parecido a un puchero—. Pero puedo preguntarte si ese poema predice esta realidad en concreto. ¿Lo hace? En tu opinión, escólicio Hockenberry, ¿gobierna Zeus el universo, o lo gobierna el Hado?

Oh, mierda, pienso. Cualquier respuesta acabará conmigo sin tripas y con esta hermosa mujer (diosa) usándolas como ligas viscosas.

—Tengo entendido, diosa, que aunque el universo se doblega a la voluntad de Zeus y debe obedecer los caprichos de la fuerza divina llamada Hado, el *kaos* todavía tiene algo que ver en las vidas de dioses y hombres.

Afrodita emite un sonido suave y divertido. Todo en ella es tan suave, apetecible, excitante...

—No esperaremos a que el caos decida esta competición —dice, la voz despojada de todo regocijo—. ¿Viste a Aquiles retirarse de la batalla hoy?

—Sí, diosa.

—¿Sabes que el ejecutor de hombres ya le ha rezado a Tetis para que castigue a sus amigos aqueos por la vergüenza que Agamenón le ha hecho pasar?

—No he sido testigo de esa oración, diosa, pero sé que sigue el rumbo del... del poema.

Esto sí puedo decirlo. Es un acontecimiento ya pasado. Además, la diosa marina Tetis es la madre de Aquiles y todo el mundo en el Olimpo sabe que él ha pedido su intervención.

—En efecto —dice Afrodita—. Esa perra gorda de pechos húmedos ya ha estado en el Gran Salón, y se arrojó a los pies de Zeus en cuanto el viejo loco regresó de su encuentro con los etíopes del río Océano. Le suplicó, por el bien de

Aquiles, que garantizara victoria tras victoria a los troyanos, y el viejo carcamal accedió, poniéndose así en ruta de colisión con Hera, campeona principal de los argivos. De ahí la escena de la que fuiste testigo.

Permanezco de pie con los brazos extendidos, las palmas hacia abajo, la cabeza levemente inclinada, mientras contemplo a Afrodita como si fuera una cobra, pero sabiendo que si ella decide atacarme, el golpe será mucho más rápido y más letal que el de ninguna cobra.

—¿Sabes por qué has sobrevivido más que ningún otro escólico? —pregunta Afrodita.

Incapaz de hablar sin condenarme, niego levemente con la cabeza.

—Todavía estás vivo porque he previsto que ejecutes un servicio para mí.

El sudor que corre por mi frente me hace cosquillas y me pica en los ojos. Más sudor me empapa las mejillas y el cuello. Como escólicos, nuestro deber jurado (mi deber durante los últimos nueve años, dos meses y dieciocho días) es observar la guerra en las llanuras de Ilión sin intervenir jamás, observar sin cometer ningún acto que pudiera cambiar el resultado de la guerra o la conducta de sus héroes de ninguna forma.

—¿Me has oído, Hockenberry?

—Sí, diosa.

—¿Te interesa oír cuál será este servicio, escólico?

—Sí, diosa.

Afrodita se levanta del diván y ahora inclino la cabeza, pero oigo el roce de su túnica de seda, incluso la suave fricción de sus suaves muslos blancos frotándose levemente mientras se aproxima; puedo oler el aroma a perfume y hembra limpia mientras permanece tan cerca. Había olvidado por un momento lo alta que es una diosa, pero me acuerdo de nuestras respectivas alturas cuando se alza sobre mí, sus pechos a centímetros de mi cabeza gacha. Por un instante debo combatir la necesidad de enterrar mi cara en el valle perfumado entre esos pechos, y aunque sé bien que eso sería mi último acto antes de una muerte violenta, sospecho en este momento que bien merecería la pena.

Afrodita coloca la mano sobre mi tenso hombro, toca el duro cuero repujado del Casco de la Muerte y luego pasa las yemas de sus dedos por mi mejilla. A pesar de mi miedo, siento una poderosa erección sacudiéndose, alzándose, reafirmandose.

El susurro de la diosa, cuando se produce, es suave, sensual, levemente divertido, y estoy seguro de que ella sabe el estado en que me encuentro, lo espera como es debido. Baja la cabeza y se inclina tan cerca que noto el calor de su mejilla irradiando contra la mía mientras me susurra dos sencillas órdenes al oído.

—Vas a espiar a los otros dioses para mí —dice suavemente. Y entonces, apenas audible por el redoble de mi corazón—: Y cuando sea el momento

adecuado, vas a matar a Atenea.

Conamara Caos Central

Contando a Mahnmut, había cinco moravecs galileanos en la cámara de reuniones presurizada en lo alto de la placazona. La criatura mecánica europea le resultaba familiar (el integrador primero Asteague/Che, con base en Pwyll), pero los otros tres le resultaban más extraños que los krakens al provinciano Mahnmut. El moravec ganimediano era alto, elegante como todos los ganimedianos, atávicamente humanoide, envuelto en negro buckycarbono y mirando con ojos de mosca; el calistano era de un tamaño y un diseño más parecidos a los de Mahnmut: de un metro de altura, sólo vagamente humanoide, con sintepiel e incluso un poco de carne real bajo la clara cobertura de polimido, y sólo treinta o cuarenta kilogramos de masa; la criatura ioniana era... impresionante. Un moravec de uso pesado y antiguo diseño, construido para soportar toros de plasma y géiseres de sulfuro, la entidad con base en Io medía al menos tres metros de altura y seis de longitud, y tenía la forma de un cangrejo de herradura terrestre: blindado, con un desordenado montón de apéndices morfeables, impulsores, lentes, flagelos, antenas, sensores de amplio espectro y facilitadores. Estaba obviamente acostumbrado al duro vacío: su superficie estaba erosionada y arañada, vuelta a pulir y reparada tantas veces que parecía tan llena de agujeros como la propia Io. Aquí, en la sala de reuniones presurizada, usaba potentes repulsores de fuente para no taladrar el suelo. Mahnmut se mantenía a distancia del ioniano, frente a él en la placa de comunión.

Ninguno de los demás se presentó, ni a través de infrarrojos ni por tensorrayo, así que Mahnmut hizo lo mismo. Se conectó a los umbilicales nutrientes en su hueco de la placa, y esperó.

Por mucho que le gustara respirar cuando podía permitirse el lujo de hacerlo, a Mahnmut le sorprendió que la sala estuviera presurizada a 700 milibares sobre todo, estando allí el ganimedano y el ioniano, que no respiraban. Entonces Asteague/Che empezó a comunicarse a través de micromodulación de ondas de presión de la atmósfera (en inglés de la Edad Perdida, nada menos) y Mahnmut

advirtió que la sala estaba presurizada por cuestiones de intimidad, no de comodidad. El habla-sónica era la forma de comunicación más segura del sistema galileano, e incluso el blindado obrero durovac de Io había sido retroequipado para acomodarse a ello.

—Quiero daros las gracias a todos por dejar vuestros deberes para venir aquí hoy —empezó a decir el de Pwyll, el integrador primero—, sobre todo a los que habéis viajado desde fuera de este mundo para estar presentes. Yo soy Asteague/Che. Bienvenidos, Koros III de Ganimedes, Ri Po de Calisto, Mahnmut de la investigación del polo sur, aquí, en Europa, y Orphu de Io.

Mahnmut giró sorprendido e inmediatamente abrió un canal.

¿Orphu de Io? ¿Eres entonces mi viejo interlocutor shakespeariano, Orphu de Io?

En efecto, Mahnmut. Es un placer conocerte en persona, amigo mío.

¡Qué extraño!; ¿Cuáles eran las probabilidades de que nos encontráramos de esta manera, en persona, Orphu?

No tan extraño, amigo mío. Cuando me enteré de que ibas a ser invitado a esta expedición suicida, insistí en ser incluido.

¿Expedición suicida?

—... después de más de cincuenta años jupiterinos sin contacto con los posthumanos —estaba diciendo Asteague/Che—, unos seiscientos años terrestres, hemos perdido la pista de lo que están haciendo los pH. Es hora de enviar una expedición sistema adentro, hacia el fuego del campamento, y averiguar cuál es el estatus de estas criaturas y calibrar si son una amenaza directa e inmediata para los galileanos. —Asteague/Che hizo una breve pausa—. Tenemos motivos para sospechar que lo son.

La pared situada tras el integrador europeo era transparente, por ella se veía la masa de Júpiter sobre los campos helados iluminados por las estrellas. Se volvió opaca y entonces mostró las diversas lunas y mundos moviéndose en su danza fija alrededor del lejano sol. La imagen se centró en el sistema Tierra-Luna-anillos.

—Durante los últimos quinientos años ha habido cada vez menos actividad en los espectros de frecuencia modulada, gavitrones y neutrinos en los anillos de habitáculos polares y ecuatoriales de los posthumanos —dijo Asteague/Che—. Durante el último siglo, ninguna. En la Tierra misma, sólo hay rastros residuales... posiblemente debidos a actividad robótica.

—¿Existe todavía el grupo de humanos originales? —preguntó Ri Po, el pequeño calistano.

—No lo sabemos —respondió Asteague/Che. El integrador pasó la mano por el teclado y una imagen de la Tierra llenó la ventana, Mahnmut sintió que se le paraba la respiración. Dos tercios del planeta estaban iluminados por el Sol. Mares azules y unos cuantos rastros de continentes marrones eran visibles bajo

las masas móviles de nubes blancas. Mahnmut nunca había visto la Tierra, y la intensidad del color le resultó casi abrumadora.

—¿Es una imagen en tiempo real?—preguntó Koros III.

—Sí. El Consorcio de las Cinco Lunas ha construido un pequeño telescopio óptico de espacio profundo justo en la parte frontal exterior del magnetodisco jupiterino. Ri Po estuvo implicado en el proyecto.

—Pido disculpas por la baja de resolución —dijo el calistiano—. Ha pasado más de un año jupiterino desde que nos dedicamos a la astronomía de luz visible. Y este proyecto fue apresurado.

—¿Hay rastros de los originales?—dijo Orphu de Io. *Los descendientes de tu Shakespeare*, por tensorrayo a Mahnmut.

—No se sabe —contestó Asteague/Che—. La mayor resolución es inferior a dos kilómetros y no hemos visto ningún signo de vida humana-original ni de artefactos, aparte de ruinas previamente localizadas. Hay un poco de faxactividad de neutrinos, pero puede ser automática o residual. En realidad, los humanos no nos preocupan ahora. Los post-humanos sí.

¿Mi Shakespeare? ¡Querrás decir nuestro Shakespeare!, tensorrayó Mahnmut al gran ioniano.

Lo siento, Mahnmut. Por mucho que me gusten los sonetos (incluso las obras teatrales de tu bardo) mi preferido es Proust.

¡Proust! ¡Ese esteta! ¡Estás bromeando!

En absoluto. En el espectro subsónico del tensorrayo se produjo un estertor que Mahnmut interpretó como la risa del ioniano.

El integrador abrió imágenes de algunos de los millones de habitáculos orbitales moviéndose en su danza de anillos alrededor de la Tierra. Muchos eran blancos, otros plateados. Por brillantes que parecieran en la pesada luz, tan cerca del Sol, también parecían extrañamente fríos. Y vacíos.

—No hay lanzaderas. No hay evidencias de faxeo de neutrinos anillos-a-Tierra. Y el puente-convoy de materiales pesados acelerando entre los anillos y Marte (observado en fecha tan reciente como hace veinte años jupiterinos, doscientos cuarenta y tantos años anillo Tierra/pH) ha desaparecido.

—¿Crees que los posthumanos han desaparecido?—preguntó Koros III—. ¿Que habrán muerto? ¿O emigrado?

—Sabemos que hubo un cambio en su uso de energía, cronoclástico, cuántico y gravitacional —dijo el integrador. La unidad era más alta y un poco más humanoide que Mahnmut, cubierta de brillantes materiales amarillos. Su voz era suave, calmada, cuidadosamente modulada—. Nuestro interés se centra en Marte.

La imagen del cuarto planeta llenó la ventana.

El interés que Mahnmut sentía por Marte era marginal en el mejor de los casos, y las imágenes que tenía del planeta eran de la Edad Perdida. Este mundo

no se parecía a las fotos y holos de aquella época.

En vez de un mundo rojo oxidado, la imagen reciente de Marte revelaba un mar azul que cubría la mayor parte del hemisferio norte, el río del Valle Marineris era una cinta azul de muchos kilómetros de ancho que conectaba con ese océano. Gran parte del hemisferio sur seguía siendo marrón rojizo, pero había también grandes manchas de verde. Los Montes Tharsis, en realidad volcanes, seguían del suroeste al noreste en oscura procesión (uno con una visible columna de humo), pero el Monte Olympus se alzaba ahora a unos veinte kilómetros de una enorme bahía que trazaba un arco en el océano norteño. Nubes blancas se amontonaban y agrupaban en la mitad iluminada de la imagen y brillantes luces resplandecían cerca de la Llanura de Hellas más allá del borde oscuro del exterminador. Mahnmut vio un huracán girando al norte de la costa de la Planicie Chryse.

—Lo terraformaron —dijo Mahnmut en voz alta—. Los posts terraformaron Marte.

—¿Cuándo? —preguntó Orphu de Io. De todos modos, ninguno de los galileanos sentía particular interés por Marte, ni por ninguno de los Mundos Interiores, (a excepción de por su literatura), así que aquello podía haber sucedido en cualquier momento de los dos mil quinientos años terrestres transcurridos desde la ruptura entre los moravecys y la humanidad.

—En los últimos doscientos años —dijo Asteague/Che— Tal vez en el último siglo y medio.

—Imposible —Koros III fue rotando— Marte nunca podría ser terraformado en tan poco tiempo.

—Sí, imposible —convino Asteague/Che—. Pero ahí está.

—Entonces los post emigraron allí —dijo Orphu de Io.

Respondió el pequeño Ri Po:

—Creemos que no. La resolución de nuestras observaciones de Marte ha sido un poco mejor que la de la Tierra. Por ejemplo, a lo largo de las costas...

La pantalla mostró una zona a lo largo de una península serpenteante al norte de donde los anchos ríos del Valle Marineris (más bien un largo mar interior, en realidad) desembocaban en una bahía, atravesaban un istmo, y luego se vaciaban en el océano del norte. La imagen se centró. Donde la tierra se encontraba con el mar (a trozos montañas desiertas de color rojo y en el resto llanuras verdes y pobladas de bosques), diminutas manchas negras seguían la línea de la costa. La imagen se centró una vez más.

—¿Son... esculturas? —preguntó Mahnmut.

—Cabezas de piedra, creemos —dijo Ri Po. La imagen cambió: la silueta de una de las imágenes difusas sugería un ceño, una nariz, una barbilla atrevida.

—Esto es ridículo —dijo Koros III—. Tendría que haber millones de estas cabezas de la isla de Pascua para cubrir toda la costa del océano norte.

—Contamos cuatro millones, doscientas tres mil quinientas nueve —dijo Asteague/Che—. Pero su construcción no está terminada. Tened en cuenta que esta foto fue tomada hace unos meses, durante la aproximación más cercana de Marte.

De una miríada de diminutas formas difusas surgió lo que podía ser una gran cabeza de piedra sobre ruedas. La cara pétreo miraba hacia el cielo, sus ojos sombríos contemplaban directamente el telescopio espacial. Las diminutas figuras parecían sujetas a la cabeza por múltiples cables que tiraban de ella, pensó Mahnmut, como los esclavos egipcios que tiraban de los bloques de una pirámide.

—¿Trabajadores humanos? —preguntó Orphu—. ¿O robots?

—Creemos que ni una cosa ni otra —dijo Ri Po—. El tamaño no encaja. Y fijaos en el color de las figuras en las bandas de análisis espectral.

—¿Verde? —dijo Mahnmut. Le gustaban los rompecabezas literarios, no los reales—. ¿Robots verdes?

—O una especie de pequeños humanoides verdes hasta ahora desconocidos —dijo con seriedad Asteague/Che.

Orphu de Io se estremeció con una risa subsónica.

—HV —dijo en voz alta.

[?], envió Mahnmut.

Hombrecillos verdes, transmitió Orphu de Io por la banda común, y se estremeció otra vez.

—¿Por qué hemos sido convocados? —le preguntó Mahnmut a Asteague/Che—. ¿Qué tiene que ver con nosotros esta terraformación?

El integrador devolvió la transparencia a la ventana. Las franjas de Júpiter y las llanuras de hielo de Europa a la luz de la tarde parecían apagadas y mudas después de todos los vibrantes azules y blancos del interior del sistema.

—Vamos a enviar un equipo a Marte para investigar esto e informar —dijo Asteague/Che—. Habéis sido elegidos. Podéis decir que no ahora. —Los cuatro permanecieron en silencio en todas las frecuencias de comunicación—. He dicho «informar» —continuó el integrador—, pero no necesariamente «volver». No tenemos ningún modo seguro de haceros regresar al sistema jupiterino. Por favor, indicad si queréis ser sustituidos en esta misión. —Los cuatro permanecieron en silencio—. Muy bien —dijo el integrador europeo—. Descargaréis los detalles específicos sobre la expedición dentro de unos minutos, pero dejadme comentar los puntos principales. Usaremos el sumergible de Mahnmut para la exploración del planeta. Ri Po y Orphu cartografiarán desde la órbita mientras Mahnmut y Koros III van a la superficie. Nos interesa especialmente la actividad en y alrededor del Monte Olympus, el volcán más grande. La actividad de cambios cuánticos en esa zona ha sido grande e inexplicable. Mahnmut llevará a Koros III a la costa, y nuestro amigo de

Ganímedes hará la exploración.

Mahnmut sabía por sus archivos y lecturas que los humanos de la Edad Perdida indicaban que querían interrumpir aclarándose la garganta. Hizo amago de aclararse la suya.

—Tienes que perdonar mi estupidez, pero ¿cómo llevamos a *La Dama Oscura* (mi sumergible) a Marte?

—No es ninguna pregunta estúpida —dijo el integrador—. ¿Orphu de Io?

El gigantesco cangrejo blindado giró sobre sus repulsores de modo que diversas lentes negras miraron a Mahnmut.

—Han pasado siglos desde que enviamos algo sistema adentro. Todo lo que enviáramos a la antigua usanza necesitaría medio año jupiterino para llegar. Hemos decidido usar las tijeras.

Ri Po se agitó en su hueco de la placa.

—Creía que las tijeras iban a utilizarse sólo para exploración interestelar.

—El Consorcio de las Cinco Lunas ha decidido que esto tiene prioridad —dijo Orphu de Io.

—Supongo que se usará algún tipo de nave espacial —intervino Koros III—. ¿O vais a lanzarnos uno tras otro, desnudos, como pollos disparados por un trebuchet?

El rumor subsónico de Orphu sacudió la placa. Obviamente le había gustado la comparación de Koros.

Mahnmut tuvo que acceder a la red común. Un *trebuchet* era un arma de asedio humana de la Edad Perdida, de los días anteriores a sus civilizaciones de Nivel Dos (prevapor), mecánica pero mucho más potente que una mera catapulta, capaz de lanzar grandes pedruscos a más de un kilómetro.

—Hay una nave espacial —dijo Asteague/Che—. Ha sido diseñada para llegar a Marte en unos cuantos días y configurada para que quepa en ella el sumergible de Mahnmut. La nave tiene un sub-sistema de entrada atmosférico para el sumergible de Mahnmut... *La Dama Oscura*.

—Llegar a Marte en unos cuantos días —repitió Ri Po—. ¿Cuáles son los factores delta-v para dejar el tubo de flujo de Io?

—Poco menos de tres mil gravedades —dijo el integrador—. *Ges terrestres*.

Mahnmut, que nunca había experimentado una carga gravitatoria más grande que la de Europa (una séptima parte de la g-terrestre), intentó imaginar veintiuna mil de tales ges. No pudo.

—Durante la aceleración, la nave, incluida *La Dama Oscura*, estará envuelta en gel —dijo Orphu de Io—. Estaremos tan cómodos como chips de circuitos en un molde de gelatina.

Estaba claro que Orphu había participado en la planificación de la nave y Ri Po en la observación de los dos mundos. Koros III probablemente había sido advertido de antemano sobre su papel al mando de la expedición. A Mahnmut le

pareció que solamente a él lo habían dejado fuera de los preparativos de la misión, probablemente porque su función (dirigir *La Dama Oscura* a través de los mares marcianos) era poco importante. Tal vez, se dijo, debiera abandonar aquella expedición, después de todo.

¿Proust? tensorrayó al gran ioniano.

Lástima que no vayamos a la tierra, amigo mío. Podríamos visitar Stratford-on-Avon. Y comprar una jarrita de recuerdo.

Era una vieja broma entre ellos, pero en el contexto actual volvía a tener gracia. Mahnmut tensorrayó una decente imitación de la pesada risa de Orphu y el gran artefacto se agitó tan pesadamente en respuesta que los otros cuatro pudieron oírlo a través del denso aire.

Ri Po no se reía. Obviamente, estaba calculando.

—El impulso de una tijera nos daría una velocidad inicial de unas dos décimas partes de la velocidad de la luz, e incluso después de una drástica deceleración magnética sistema adentro, tendremos una velocidad de acercamiento de una milésima de la velocidad de la luz... más de trescientos kilómetros por segundo. Llegaremos a Marte con bastante rapidez, aunque esté al otro lado del Sol, como ahora. ¿Pero ha pensado alguien en cómo vamos a frenar una vez lleguemos allí?

—Sí —dijo Orphu de Io, dejando de sacudirse—. Hemos pensado en eso.

Incluso después de treinta años jupiterinos de existencia, Mahnmut no tenía a nadie de quien despedirse en Europa. Su compañero de exploración, Urtzweil, había sido destruido en un accidente cerca del Cráter Pwyll dieciocho años-J antes, y Mahnmut no había intimado con ninguna otra entidad consciente desde entonces.

Dieciséis horas después de la conferencia, Conamara Caos Central ordenó a los esforzados remolcadores orbitales que sacaran a *La Dama Oscura* de una ruta abierta y la pusieran en órbita, donde moravecs de durovac, supervisados por Orphu de Io, introdujeron el sumergible en el Martefacto y dejaron que los viejos remolcadores de inducción lunares llevaran éste hasta Io. Mahnmut y los otros tres moravecs de la expedición habían discutido brevemente el nombre que iban a darle al aparato, pero la imaginación les falló, el impulso les faltó y, como la mayoría de las naves espaciales construidas por los moravecs en los miles de años transcurridos desde que comenzara la navegación espacial, la nave era poco elegante según los clientes clásicos, al menos. Tenía ciento quince metros de eslora y estaba compuesta principalmente por vigas de buckycarbono, con un arrugado tejido de escudo de radiaciones envolviendo los nichos modulares, sondas olfateadoras semiautónomas, docenas de antenas, sensores y cables. La nave era claramente distinta a las máquinas del sistema jupiterino, sobre todo por

su brillante núcleo bipolar magnético y sus vistosos deflectores externos. Dentro de su morro abultado había cuatro campanas de motor de fusión y los cinco cuernos del achicador Matloff/Fennelly. Una protuberancia de diez metros de ancho en la popa sujetaba la vela de boro plegada. Ni el achicador ni la vela harían falta hasta la deceleración del viaje y los motores de fusión no tenían nada que hacer en la fase de aceleración de la misión.

Mahnmut se quedó dentro de *La Dama Oscura* (ahora repleta de gel), mientras que Koros III y Ri Po se situaron a sesenta metros de distancia, en el módulo de control delantero que consideraban el puente. El plan era que Ri Po se encargara de pilotar durante su breve salto hacia dentro, mientras que Koros III servía como comandante titular de la expedición. El plan también requería que el ganimediano se trasladara al sumergible de Mahnmut poco antes de que *La Dama Oscura*, vaciada de gel, fuera lanzada a la atmósfera marciana. Una vez en los océanos de Marte, Mahnmut actuaría como taxista, llevando a Koros III al punto de desembarco que el comandante ganimediano escogiera para su acción de espionaje. Koros había descargado varios detalles de la misión que no concernían a Mahnmut.

Orphu de Io se había instalado en su hueco en el casco exterior de la nave, detrás de los diez toros solenides y delante de los puntales de las velas, y estaba conectado al puente y el sumergible por todo tipo de imaginables enlaces de voz, datos y comunicación. La mayor parte de su conversación no técnica la mantenía con Mahnmut.

Sigo interesadísimo en tu teoría de la construcción dramática de los sonetos, amigo mío. Espero que vivamos lo suficiente para que analices más el ciclo.

¡Pero Proust!, respondió Mahnmut. ¿Por qué Proust cuando puedes pasarte toda la existencia estudiando a Shakespeare?

Proust fue tal vez el explorador definitivo del tiempo, la memoria y la percepción, replicó Orphu.

Mahnmut hizo un sonido de estática.

El magullado ioniano emitió su sacudida a través de la línea de audio.

Espero convencerte de que ambos pueden ser disfrutados y de ambos puede aprenderse, Mahnmut, amigo mío.

El mensaje de Koros III llegó por la línea común: *Quizá queráis aumentar la anchura de banda de las líneas visuales. Nos acercamos al toro de plasma de Io.*

Mahnmut abrió todos los enlaces visuales tal como se le pedía. Prefería ver los acontecimientos externos a través de las lentes de Orphu de Io, pero en aquel momento las vistas más interesantes estaban en las cámaras de proa de la nave, y no necesariamente en los espectros de luz visible.

Aceleraron hacia la gran superficie a parches amarillos y rojos de Io, llegando a la luna desde debajo del plano de la elíptica y preparados para pasar por encima de su polo norte justo antes de volar hacia el tubo de flujo Io-Júpiter.

Durante el breve viaje desde Europa, Orphu y Ri Po habían descargado la información pertinente sobre aquella región del espacio de Júpiter. Criatura de Europa, Mahnmut siempre se había concentrado principalmente en el sonar y en la leve percepción visual dentro de los negros océanos de allí, pero ahora percibía la esfera magnética joviana como el lugar ruidoso y abarrotado que era. Al mirar hacia delante en las bandas de radio decamétricas, vio el toro de plasma Io-Júpiter y, en ángulo recto al toro, el tubo de flujo de Io extendiéndose como unos anchos cuernos en los polos norte y sur de Júpiter. Más allá de Júpiter y sus lunas, más allá de la magnetopausa, Mahnmut notó cómo la proa combatía las turbulencias que chocaban como grandes olas blancas en un arrecife oculto, oyó las ondas Langmuir corriente arriba cantando en la oscuridad magnética más allá de ese arrecife, y detectó las ondas acústicas iónicas chisporroteando después de su largo viaje cuesta arriba desde el Sol. El Sol mismo era poco más que una estrella muy brillante desde el espacio de Júpiter.

Ahora, mientras la nave remontaba Io y se internaba en el tubo de flujo, Mahnmut oyó el coro en modo Whistler y los siseos que la pequeña luna hacía mientras atravesaba su propio toro de plasma, comiendo su propia cola, prácticamente. Pudo ver las profundas bandas de emisiones ecuatoriales y tuvo que reducir el rugido de radio kilométrico y decamétrico que procedía del tubo de flujo mismo. Todo el espacio galileano era un horno de radiación dura y actividad electromagnética (Mahnmut había pasado toda su existencia con este rugido de fondo en sus oídos virtuales), pero pasar del toro al tubo de flujo tan cerca de Júpiter envió violentas cascadas de torturados electrones siseando alrededor de la nave como *banshees* que gritaran para entrar en una casa asediada. Era una experiencia nueva y a Mahnmut le pareció un poco enervante.

Cuando estuvieron dentro del tubo de flujo, Koros gritó: « ¡Aguantad! », antes de que los canales de sonido quedaran ahogados por el rugido del huracán.

El toro de plasma de Io era un gigantesco donut de partículas cargadas que se sacudían dentro de la cola de dióxido sulfúrico, sulfido de hidrógeno y otros gases que eran dejados atrás (y luego acumulados de nuevo) por la violenta luna que era el hogar de Orphu. Mientras Io aceleraba en su rápida órbita de 1,77 días alrededor de Júpiter, atravesando el campo magnético del gigante gaseoso y surcando su propio toro de plasma, creaba una enorme corriente eléctrica entre Júpiter y ella misma, un cilindro de doble cuerno e impulsos magnéticos increíblemente concentrados llamado el tubo de flujo de Io. El tubo conectaba los polos magnéticos sur y norte de Júpiter y creaba salvajes auroras allí, mientras que los cuernos del tubo de flujo mismo llevaban una corriente constante de unos cinco megaamperios y producían constantemente más de dos billones de vatios

de energía.

El Consorcio de las Cinco Lunas había decidido hacía algunas décadas que sería una lástima despilfarrar dos billones de vatios de energía.

Mahnmut vio cómo el polo norte de Io fluctuaba bajo ellos. La materia eyectada por varios volcanes sulfúricos (sobre todo de Prometeo, al sur, cerca del ecuador de la luna), se alzaba a ciento cuarenta kilómetros de altura por encima de la magullada superficie, como si la violenta luna les estuviera disparando, intentando hacerlos volver antes de que alcanzaran el punto sin retorno.

Demasiado tarde. Ya estaban allí.

En el vídeo común de proa, las guías de navegación superpuestas de Ri Po mostraban su propia introducción en el tubo de flujo y proyectaban su alineamiento con la tijera. Júpiter se abalanzó hacia ellos, cubriendo rápidamente la visión como una muralla de muchas vetas.

Las hojas físicas de la tijera (un acelerador de ondas magnético de brazo dual, giratorio, insertado dentro del acelerador de partículas natural del tubo de flujo de Io) tenían ocho mil kilómetros de largo, sólo un fragmento de la longitud del tubo de flujo: más de medio millón de kilómetros curvos que conectaban el polo norte de Io con el polo norte de Júpiter.

Pero la tijera podía moverse. Como le había explicado a Mahnmut Orphu de Io:

—El momento angular puede ser una cosa esplendorosa, mi pequeño amigo.

La nave que albergaba el amado sumergible de Mahnmut se había aproximado a Io y el tubo de flujo (incluso después de la plena aceleración concedida por los remolcadores iónicos) a una velocidad de unos 24 kilómetros por segundo, menos de 86.000 kilómetros por hora. A esa velocidad, harían falta más de cuatro horas para atravesar la distancia del tubo de flujo entre el polo norte de Io y el de Júpiter, años-t para llegar a Marte. Pero no tenían ninguna intención de continuar a aquel paso de tortuga.

La nave entró en el chisporroteante y rugiente campo del tubo de flujo, encontró el vértice de la tijera, se alineó con la hoja superior, y entonces usó las propiedades aceleradoras del mismo tubo para lanzar el solenoide que era la nave espacial a través de los cinco kilómetros de cable del acelerador superconductor bipolar. En cuanto la nave entró en la primera puerta como una torpe pelota de croquet que atraviesa la primera de varios miles de metas, la hoja del acelerador-tijera empezó a abrirse con una velocidad angular diferencial cercana (y teóricamente incluso superior) a la velocidad de la luz. Cabalgaron un látigo ondulante en un segundo y luego pasaron a la punta del siguiente, usando tanta energía de aquellos dos billones de vatios como el acelerador-tijera podía conseguir.

La nave (y todo lo que había dentro) pasó de cero-g a casi tres mil ges en dos

con seis segundos.

Júpiter se alzó ante ellos, pasó y quedó atrás en un parpadeo. Mahnmut redujo todos sus monitores para poder apreciar su partida.

—¡Yaaajuuuuu! —gritó Orphu desde el casco externo.

La nave y el sumergible se tensaron, crujieron, gruñeron y gimieron por la fuerza-g, pero estaban hechos de materia dura (*La Dama Oscura* misma había sido construida para soportar varios millones de kilogramos de presión por centímetro cuadrado en los mares profundos de Europa), igual que aquellos moravecs.

—¡La leche! —dijo Mahnmut, con intención de enviar el comentario sólo a Orphu de Io, pero emitiendo a sus tres colegas.

—En efecto —respondió Ri Po.

Las tórridas luces polares de Júpiter (el brillante óvalo auroral que rodeaba el polo norte del gigante gaseoso, acompañado por la ardiente huella de Io donde el tubo de flujo se encontraba con la atmósfera) destellaron bajo ellos y desaparecieron a popa.

Ganímedes, que segundos antes se encontraba a un millón de kilómetros al otro lado del sistema, se abalanzó hacia ellos, quedó atrás y se perdió de vista.

—Uruk Sulcus —dijo Koros III por la banda común, y por un momento Mahnmut pensó que el moravec-comandante se estaba atragantando o maldecía antes de captar el matiz levemente sentimental de su voz por lo demás fría, y entonces se dio cuenta de que Koros debía de estar refiriéndose a alguna región de Ganímedes (una bola de nieve sucia y apenas entrevista que quedaba atrás), que debía ser su hogar.

La diminuta luna de Himalia, que ninguno de ellos había visitado (ni les importaba) pasó agitándose como una luciérnaga con las alas ardiendo.

—Hemos atravesado el frente de choque principal —informó Ri Po con su acento sin inflexiones de Calisto—. Salimos de la charca local por primera vez... al menos este moravec.

Mahnmut miró sus pantallas. Según los indicadores de Ri Po estaban ya a cincuenta y tres diámetros de Júpiter y seguían acelerando. Mahnmut tuvo que consultar bancos de memoria desacostumbrados y ver que Júpiter tenía un diámetro de casi 142.000 kilómetros antes de comprender su velocidad. La nave trazaba un arco sobre el plano de la elíptica, pero Mahnmut recordó vagamente que el plano era para que la gravedad del Sol los capturara de nuevo y los hiciera caer hacia Marte, que estaba al otro lado del Sol en este momento. En cualquier caso, pilotar no era asunto suyo. Su trabajo empezaría cuando desembarcaran en el océano de Marte, y navegar allí parecía bastante sencillo: rica luz solar, temperaturas cálidas, aguas poco profundas sin presión de importancia, estrellas por las que guiarse de noche, satélites geoposicionarios que pondrían en órbita para poder navegar durante el día, casi ninguna radiación en comparación con la

superficie de Europa. ¡Nada de krakens! Nada de hielo. ¡*Nada de hielo!* Todo parecía demasiado natural, si los posthumanos eran hostiles, había bastantes posibilidades de que los moravecs no sobrevivieran al viaje a Marte ni a la entrada en la atmósfera, y aunque lo hicieran, había todavía más probabilidades de que nunca pudieran regresar a sus hogares en el espacio de Júpiter. Pero Mahnmut no podía hacer nada al respecto ahora. Sus pensamientos empezaron a centrarse en el Soneto 127.

—¿Estáis todos bien?—preguntó Koros III.

Todos informaron que estaban bien. Hacía falta algo más que unos cuantos millares de gravedades sobre sus respectivos pechos para acabar con aquella tripulación. La moral era alta.

RI Po empezó a informar acerca de otros hechos de navegación y espaciales, pero Mahnmut ya no prestaba atención. Estaba atrapado en el campo de gravedad del Soneto 127, el primero de los dedicados a la «Dama Oscura» .

Ardis

Daeman durmió bien y soñó con mujeres.

Le resultaba ligeramente divertido, si no extraño, soñar sólo con mujeres el día que no se acostaba con una. Era como si requiriese carne cálida y femenina junto a él cada noche, y su subconsciente la suministrara cuando sus esfuerzos diarios fracasaban. Cuando despertó tarde, en su cómoda habitación de Ardis Hall, el sueño se deshizo en jirones, pero quedó de él lo suficiente (además de la habitual erección matutina) para traerle un recuerdo del cuerpo de Ada, o alguien muy parecida a Ada: cálida, de piel blanca, perfumada, con nalgas rotundas y pechos redondos y muslos sólidos. Daeman anhelaba la conquista del fin de semana venidero y tenía pocas dudas esta hermosa mañana de que tendría éxito.

Más tarde, ya duchado, afeitado, vestido impecablemente al estilo que consideraba rural informal (pantalones de algodón de rayas blancas y azules, chaleco de lana, chaqueta pastel, camisa de seda blanca y corbata de piedra de rubí, con su bastón favorito y con zapatos de cuero negro un poco más recios que sus habituales zapatillas) desayunó en el conservatorio iluminado y descubrió, para su satisfacción, que Hannah y aquel tal Harman se habían marchado por la mañana temprano. «A preparar el vertido de la tarde», fue la críptica explicación que dio Ada y a Daeman no le interesó lo suficiente para pedir explicaciones. Se alegraba de que el tipo se hubiera marchado.

Ada no sacó a colación absurdos como los libros o las naves espaciales, sino que pasó con él toda la mañana, haciéndole de guía, familiarizándolo de nuevo con las muchas alas y pasillos de Ardis Hall, sus bodegas y pasadizos secretos y antiguos desvanes. Él recordó un recorrido similar en su primera visita y a la púber Ada-niña guiándolo por una desvencijada escalera hasta la plataforma del jinker del tejado. Daeman, atento como siempre a tales revelaciones, medio entrevió el cielo de todo hombre joven en su falda arremangada mientras ella subía ante él: recordaba perfectamente los muslos lechosos y las sombras oscuras y punteadas.

Esa mañana subieron la misma escalera hasta la misma plataforma. Los tabloncillos de caoba todavía brillaban, sobresaliendo entre gabletes hasta un alero situado a veinte metros sobre el sendero de grava donde los voynix se alzaban como escarabajos erguidos y oxidados. Daeman se apartó del borde sin barandilla, pero Ada ignoró el peligro y se acercó hasta el límite, para contemplar con tristeza la pradera y la lejana línea del bosque.

—¿No darías cualquier cosa por tener un jinker que funcionara? —dijo ella—. ¿Aunque sólo fuera unos cuantos días?

—No. ¿Por qué?

Ada hizo un gesto con sus manos de largos dedos.

—Incluso con un jinker infantil, podrías sobrevolar el bosque y el río, remontar esas montañas hasta el oeste, volar durante días y días lejos de aquí, lejos de cualquier fapuerto.

—¿Por qué querría nadie hacer eso?

Ada lo miró un instante.

—¿No sientes curiosidad? ¿Por lo que hay ahí?

Daeman se arregló el chaleco como si se estuviera limpiando migajas.

—No seas absurda, querida. Ahí no hay nada de interés: desierto, ninguna persona. Vaya, todo el mundo que conozco vive a unos kilómetros de un fapuerto. Además, hay *Tyrannosaurus rex* por ahí fuera.

—¿Un tiranosaurio? ¿En nuestro bosque? —dijo Ada—. Tonterías. Nunca hemos visto uno por aquí. ¿Quién te ha dicho eso, primo?

—Tú lo hiciste, querida. La última vez que estuve de visita, hace medio Veinte.

Ada negó con la cabeza.

—Debí quedarme contigo.

Daeman pensó en aquello, en sus años de ansiedad por la idea de volver a visitar Ardis, en las pesadillas a causa de los tiranosaurios que había tenido durante años, y sólo pudo hacer una mueca.

Ada pareció leer sus pensamientos y sonrió levemente.

—¿Te has preguntado alguna vez, primo Daeman, por qué los posts decidieron mantener nuestra población en un millón? ¿Por qué no un millón uno? ¿O novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve? ¿Por qué un millón?

Daeman parpadeó, intentando encontrar la relación entre la charla sobre los jinkers infantiles de la Edad Perdida y los dinosaurios y la población humana que era la misma desde... bueno, desde siempre. Tampoco le gustó que les recordara a ambos que eran primos, ya que las antiguas supersticiones a veces inhibían las relaciones sexuales entre familiares.

—Me parece que ese tipo de especulaciones provocan indigestión, incluso en un día tan hermoso como éste, querida —dijo—. ¿Pasamos a un tema más feliz?

—Por supuesto —respondió Ada, bendiciéndolo con la más dulce de las sonrisas—. ¿Por qué no bajamos a buscar a algunos de los otros invitados antes del almuerzo y nuestro viaje al sitio del vertido?

Esta vez, ella fue la primera en bajar la escalera.

Los servidores flotantes sirvieron el almuerzo en el patio norte y Daeman habló amigablemente con algunos de los jóvenes (parecía que varios invitados más habían faxeado para el «vertido» de la tarde, fuera lo que fuese), y después de la comida muchos de los invitados encontraron camas en la casa o cómodos sillones a la sombra en los jardines donde reclinarse mientras se cubrían los ojos con paños turín. El tiempo habitual bajo el turín era de una hora, así que Daeman se acercó hasta la linde de los árboles, atento a las mariposas mientras caminaba.

Ada se reunió con él cerca del pie de la colina.

—¿No usas el turín, primo Daeman?

—No —dijo él, y se dio cuenta de que había sido más brusco de lo que pretendía—. Me he acostumbrado a esas cosas después de casi una década, pero no abuso de ellas. ¿Tú también te abstienes, Ada, querida?

—No siempre —contestó la joven. Hacía girar un parasol de color albaricoque mientras caminaba, y la suave luz le daba a su tez pálida un brillo hermoso—. Compruebo los acontecimientos de vez en cuando, pero me parece que estoy demasiado ocupada para volverme adicta como tanta gente hoy en día.

—Parece que hay turín por todas partes.

Ada se detuvo a la sombra de un olmo gigantesco con anchas ramas bajas. Bajó el parasol y lo cerró.

—¿Lo has probado?

—Oh, sí. Se puso de moda en mis Veinte. Me pasé varias semanas disfrutando del... exceso de todo eso. —No pudo evitar por completo el disgusto que le causaba el recuerdo—. Desde entonces, no.

—¿Te opones a la violencia, primo?

Daeman hizo un gesto neutral.

—Me opongo a su... sustitución.

Ada se rio en voz baja.

—Precisamente ése es el motivo de Harman para no probarlo nunca. Los dos tenéis algo en común.

La idea era tan improbable que la única respuesta de Daeman fue apartar hojas muertas del suelo con la punta de su bastón.

Ada miró al sol en vez de utilizar la función temporal de su palma.

—Se despertarán pronto. «Una hora bajo el paño equivale a ocho horas de turgente experiencia.»

—Ah —dijo Daeman, preguntándose si lo había dicho con doble intención. Su expresión, siempre amable pero un tanto pícaro, no daba ninguna pista—. Eso del vertido... ¿durrará mucho?

—Está previsto que dure casi toda la noche.

Daeman parpadeó sorprendido.

—¿Seguro que no acabaremos durmiendo al raso en el río o donde vaya a tener lugar ese acontecimiento? —se preguntó si dormir bajo las estrellas y anillos mejoraría sus posibilidades de pasar la noche con la joven.

—Habrá provisiones para aquellos que quieran quedarse toda la noche en el sitio del vertido —dijo Ada—. Hannah promete que será bastante espectacular. Pero la mayoría de nosotros volverá a la mansión poco después de medianoche.

—¿Habrá vino y otras bebidas en el... ah... vertido? —preguntó.

—Con toda seguridad.

Ahora le tocó a Daeman el turno de sonreír. Que los demás se quedaran viendo el espectáculo, él le serviría a Ada bebidas durante toda la noche, seguiría su «turgente» línea de sugerente conversación, la acompañaría a casa (con suerte y la planificación adecuada irían solos los dos en un pequeño carruaje), vertería la fuerza plena de sus no poco considerables poderes de atención sobre ella y, con sólo un poquito de suerte adicional, esta noche no tendría que soñar con mujeres.

A última hora de la tarde, la veintena aproximada de invitados a la mansión (algunos farfullando sobre los acontecimientos experimentados con el turín durante el día, cómo Menelao había sido alcanzado por una flecha envenenada o una tontería por el estilo) fueron reunidos por un puñado de serviciales servidores y todos salieron hacia el «sitio del vertido» en una caravana de droskies y carruajes.

Se las había arreglado para ir en el carruaje principal con su anfitriona, y Ada señalaba árboles interesantes, claros y arroyos mientras avanzaban y zumbaban a lo largo de cuatro o más kilómetros por el sendero de tierra hacia el río. Daeman ocupó más espacio en su lado del banco de cuero rojo de lo que le correspondía dada su agradable redondez, y fue recompensado con el contacto del muslo de Ada contra el suyo durante todo el viaje.

Su destino, vio cuando salían del risco de piedra caliza sobre el valle fluvial, no era el río, exactamente, sino un afluente del canal principal, una charca de unos cientos de metros de diámetro, donde la erosión y las riadas habían creado un amplio escudo de arena (una especie de playa). Allí habían levantado una elevada y frágil estructura de troncos, ramas, escalerillas, caños, rampas y escaleras. A Daeman le pareció un burdo patíbulo, aunque nunca había visto un patíbulo de verdad, naturalmente.

Había antorchas en el poco profundo afluyente y la endeble estructura se alzaba mitad sobre la arena, mitad sobre el agua. Un centenar de metros más allá, bloqueando aquel canal del río, había una estrecha isla llena de cicadáceas y helechos de pelo de caballo, donde los pájaros y pequeños reptiles voladores alzaban el vuelo con una algarabía de gritos y un frenético aleteo. Daeman se preguntó tontamente si habría mariposas en la isla.

En una zona herbosa de la playa habían levantado pintorescas tiendas de seda, sillones y largas mesas de comida. Los servidores flotaban de un lado a otro, a veces gravitando sobre las cabezas de los invitados que llegaban.

Caminando tras Ada al bajar del carruaje, Daeman reconoció a algunos de los trabajadores del extraño andamiaje: Hannah en la cima, atando más elementos estructurales, con un pañuelo rojo alrededor de la cabeza; el demente, Harman, sin camisa, sudando, con una piel extrañamente bronceada mantenía un fuego contenido a unos tres metros bajo Hannah; otros jóvenes, presumiblemente amigos de Hannah y Ada, corrían de un lado a otro entre las rampas de madera y las escaleras, llevando pesadas cargas de arena y más ramas y piedras redondas.

Un fuego ardía con fuerza en el núcleo de barro de la estructura y las chispas se alzaban al sol del atardecer. Todas las acciones de los trabajadores parecían llenas de sentido, aunque Daeman no le encontraba ninguno al alto montón de palos y canales y barro y arena y llamas.

Un servidor llegó flotando y le ofreció una bebida. Daeman la aceptó y se fue en busca de un asiento a la sombra.

—Esto es la cúpula —explicó Hannah al grupo de invitados más tarde—. Llevamos trabajando en ella una semana, trayendo materiales río abajo en canoas. Cortando y doblando ramas para que encajen.

Fue después de una buena cena. La luz del sol todavía iluminaba las altas montañas en la vertiente cercana al río, pero el valle en sí estaba en sombras y ambos anillos brillaban con fuerza en el cielo oscuro. Las chispas saltaban y flotaban hacia los anillos y el bufido de los fuelles y el rugido del horno eran muy fuertes. Daeman tomó otra copa, la octava o la décima de la tarde, y ofreció una segunda a Ada, quien negó con la cabeza y volvió su atención hacia Hannah.

—Hemos entretejido la madera para darle forma de cesta y hemos cubierto el centro del horno, el pozo, con barro refractario. Lo hicimos a paletadas, mezclando arena seca, bentonita y agua. Luego hicimos bolas con la masa de barro, las envolvimos en hojas mojadas para impedir que se secaran, y cubrimos el pozo del horno con el material. Eso es lo que impide que toda la cúpula de madera se prenda fuego.

Daeman no tenía ni idea de lo que estaba hablando la mujer. ¿Por qué

construir una estructura grande y llamativa de madera y luego prenderle fuego por el centro si no quieres que arda? Aquel lugar era una casa de locos.

—Básicamente —continuó Hannah—, nos hemos pasado los últimos días alimentando el fuego principal y apagando todos los otros pequeños iniciados por el horno. Por eso lo hemos construido cerca del río.

—Maravilloso —murmuró Daeman, y fue en busca de otra bebida mientras Hannah y sus amigos (incluso el insufrible Harman) seguían parlotando, usando términos absurdos como «lecho de roca», «cinturón de viento», «tobera» (que según explicaba Hannah era una especie de entrada de aire en su horno cubierto de barro, cerca de la cual una joven llamada Emme seguía trabajando en los fuelles), «zona de fundición» y «arena moldeadora» y «espita» y «agujero de escoria». A Daeman todo aquello le parecía bárbaro y vagamente obsceno.

—Y ahora ha llegado el momento de ver si funciona —anunció Hannah. Su voz revelaba a la vez agotamiento y entusiasmo.

De repente, los invitados tuvieron que echarse atrás en la orilla arenosa del río. Daeman se apartó hacia el prado cercano a las mesas, mientras todos los jóvenes (y aquel maldito Harman) iniciaban un frenesí de acción. Las chispas volaron más altas. Hannah corrió hasta el borde de la llamada cúpula mientras Harman se asomaba a las llamas contenidas por el horno de barro de abajo y gritaba esto y lo otro. Emme siguió manejando los fuelles hasta que no pudo más y fue relevada por el hombre delgado llamado Loes. Daeman escuchó por encima a Ada explicar sin aliento aún más detalles a sus amigos. Captó términos como «tubo de explosión» y «puerta de explosión» y «escoria congelada» (aunque las llamas ardían más altas y más calientes que antes) y «presión de explosión». Daeman se apartó otros diez o quince pasos.

—¡Temperatura de dos mil trescientos grados! —le gritó Harman a Hannah. La mujer delgada se secó el sudor de la frente, hizo algún ajuste en la cúpula de arriba y asintió. Daeman agitó su bebida y se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que pudiera estar con Ada a solas en el carruaje que los llevaría de vuelta a Ardis Hall.

De repente se produjo una conmoción que hizo que Daeman levantara la cabeza de su bebida seguro de que vería toda la estructura en llamas y a Hannah y a Harman ardiendo como muñecos de paja. Pero no. Aunque Hannah usaba una manta para apagar las llamas de la escalerilla situada bajo la parte superior de la cúpula (espantando a serviciales servidores e incluso a un voynix que se había acercado para proteger a los humanos del peligro), Harman y otros dos habían terminado de hurgar dentro del feroz horno y acababan de abrir una «espita», permitiendo que lo que parecía ser lava amarilla fluyera hasta la playa por los canales de madera.

Algunos de los invitados se abalanzaron hacia delante, pero los gritos de Hannah y el calor que emanaba del flujo de metal líquido los obligaron a

retroceder.

Los canales rudamente tallados y alineados humearon pero no se incendiaron mientras el metal rojo amarillento fluía viscosamente desde la estructura de la cúpula, dejaba atrás las escaleras y se vertía en un molde en forma de cruz situado en la arena.

Hannah bajó corriendo una escalera y ayudó a Harman a sellar el agujero. Los dos se asomaron al horno a través de una portilla, hicieron algo (Ada se lo estaba explicando a un invitado) al « agujero de escoria » (diferente de la espita, advirtió Daeman vagamente) y entonces la joven y el hombre mayor (que pronto sería un hombre mayor y muerto, pensó Daeman cruelmente) saltaron desde la estructura de la cúpula a la arena y corrieron a mirar el molde.

Más invitados corrieron hasta la playa. Daeman se acercó sin ganas, depositando su bebida en la bandeja de un servidor que pasaba.

El aire estaba muy frío junto al río, pero el calor del molde al rojo vivo en la arena golpeó el rostro de Daeman como un feroz puño.

La materia fundida se solidificaba en una masa roja y gris en forma de cruz.

—¿Qué es esto? —preguntó Daeman en voz alta—. ¿Alguna especie de símbolo religioso?

—No —respondió Hannah. Se quitó el pañuelo y se secó el rostro sudoroso, manchado de hollín. Sonreía como si estuviera loca—. Es el primer molde de bronce desde hace... ¿cuánto, Harman? ¿Mil años?

—Probablemente el triple —le dijo el hombre mayor tranquilamente.

Los invitados murmuraron y aplaudieron.

Daeman se echó a reír.

—¿Para qué sirve? —preguntó.

Harman lo miró.

—¿Para qué sirve un bebé recién nacido? —dijo el hombre sudoroso, el torso desnudo.

—Precisamente por eso lo digo —contestó Daeman—. Ruidoso, exigente, apestoso... inútil.

Los otros lo ignoraron mientras Ada abrazaba a Hannah, Harman y los demás trabajadores, como habría hecho si hubieran realizado algo de valor. Los invitados se arremolinaron. Harman y Hannah subieron las escaleras y empezaron a chismorrear, asomándose a las portillas y hurgando en el horno con barras de metal como si hubiera más producción de esa lava. Evidentemente, se dijo Daeman, aquel espectáculo de pirotecnia iba a continuar toda la noche.

Daeman sintió de pronto ganas de orinar, dejó atrás las mesas, pensó primero hacerlo en el pabellón cubierto, y luego decidió (de acuerdo con el espíritu de toda aquella tontería pagana) responder a la llamada de la naturaleza al fresco. Subió el desnivel de hierba camino de la oscura línea de árboles tras una mariposa monarca que pasó aleteando junto a él. No había nada fuera de lo

común en ver una monarca, pero era tarde y había pasado además la estación para que estuviera por ahí revoloteando. Daeman dejó atrás al último voynix y se adentró bajo las altas ramas de olmos y cicadáceas.

Alguien, posiblemente Ada, gritó algo desde la ribera del río, a treinta metros de distancia, pero Daeman ya se había desabrochado los pantalones y no quiso parar. En vez de darse la vuelta para responder, avanzó otros veinte pasos o así para ocultarse en la oscuridad del bosque. Aquello sólo requería un minuto.

—Ahhh —dijo, todavía observando las alas anaranjadas de la mariposa a tres metros de él mientras el chorro de orina caía sobre el oscuro tronco de un árbol.

El enorme alosaurio, de nueve metros de largo del morro a la cola, surgió de la oscuridad a cuarenta kilómetros por hora, agachándose bajo las ramas mientras cargaba.

Daeman tuvo tiempo de gritar pero decidió volver a subirse los pantalones antes de darse la vuelta y correr expuesto de esa manera. A pesar de toda su lujuria, Daeman era un hombre modesto. Alzó su pesado bastón de madera para combatir a la bestia.

El alosaurio apresó el bastón y el brazo por igual. Le arrancó el brazo por el hombro. Daeman gritó de nuevo e hizo una pirueta en medio de una fuente de su propia sangre.

El alosaurio lo derribó y le arrancó el otro brazo (lo lanzó al aire y lo pilló al vuelo como si fuera un aperitivo), y luego procedió a sujetar el torso sin brazos pero que aún se sacudía con una pata enorme y con garras, hasta que se preparó para bajar de nuevo su terrible cabeza. De manera casi juguetona el monstruo mordió a Daeman y lo partió por la mitad, tragándose del tirón la cabeza y la parte superior del torso. Las costillas y la columna crujieron y desaparecieron en las fauces del animal. Entonces el alosaurio engulló las piernas y la mitad inferior del torso del hombre, lanzando alrededor pedazos de carne como haría un perro con una rata.

El zumbido del fax comenzó entonces, mientras dos voynix corrían y mataban al dinosaurio.

—Oh, Dios mío —gimió Ada, deteniéndose al borde de los árboles mientras los voynix terminaban su sangrienta tarea.

—Qué carnicería —dijo Harman. Indicó a los otros invitados que retrocedieran—. ¿No le advertiste que permaneciera dentro del límite de los voynix? ¿No le hablaste de los dinosaurios?

—El preguntó por los tiranosaurios —dijo Ana, la mano todavía cubriéndole la boca—. Le dije que no había ninguno por aquí.

—Bueno, eso es verdad —dijo Harman.

Tras ellos, el crisol continuaba rugiendo y lanzando chispas de hollín al cielo cada vez más oscuro.

Ilión y Olimpo

Afrodita me ha convertido en espía, y sé cuál es el castigo que los mortales hemos aplicado siempre a los espías. Sólo puedo imaginar qué me harán los dioses. Pensándolo bien, prefiero no hacerlo.

Esta mañana, el día después de convertirme en agente secreto de la diosa del amor, Atenea se teleporta cuánticamente desde el Olimpo y se morfea en un troyano, el lancero llamado Laudoco. Obedeciendo la orden de Zeus de que los guerreros de Ilión deben ser quienes rompan la actual tregua, busca al arquero Pándaro, hijo de Licaón.

Usando el casco de invisibilidad de Hades y el medallón de teleportación privado que me dio mi musa, me TCEO tras Atenea, luego me morfeo en un capitán troyano llamado Equepolo y sigo a la diosa disfrazada.

¿Por qué elegí a Equepolo? ¿Por qué me resulta familiar el nombre de este capitán sin importancia? Entonces me doy cuenta de que a Equepolo sólo le quedan unas horas de vida; si Atenea tiene éxito al utilizar a Laódoco para romper la paz, este troyano (al menos según Homero) recibirá una lanzada de los argivos en el cráneo.

Bueno, el señor Equepolo podrá recuperar su cuerpo y su identidad antes de que eso suceda.

En la Iliada de Homero esta ruptura de la tregua sucedió justo después de que Afrodita apartara a Paris de su combate singular con Menelao, pero en la realidad de esta guerra de Troya, esa no-confrontación entre Menelao y Paris sucedió hace años. Esta tregua es algo más mundano: algunos de los representantes del rey Príamo se reúnen con algunos de los heraldos de los aqueos; ambos bandos llegan a algún complicado acuerdo para dejar de luchar debido a alguna fiesta o algún funeral o alguna otra cosa por el estilo. Si me preguntan a mí, uno de los motivos por los que este asedio ha durado casi una década es debido a tanto tiempo descontado de la lucha: los griegos y troyanos tienen tantas celebraciones religiosas como nuestros hindúes del siglo XXI, y tantas fiestas como un empleado de correos americano. Uno se pregunta cómo

consiguen matarse unos a otros entre tantas festividades y sacrificios a los dioses y celebraciones funerarias de diez días.

Lo que me fascina ahora, tan poco tiempo después de haber jurado rebelarme contra la voluntad de los dioses (sólo para encontrarme siendo mucho más peón de su voluntad que antes), es la cuestión de con qué rapidez y con qué precisión pueden desviarse los acontecimientos reales de esta guerra de los detalles del relato de Homero. Hasta ahora las diferencias (la secuencia de la Reunión de los Ejércitos, por ejemplo, o el momento de la abortada batalla entre Paris y Menelao) han sido de poca importancia, fácilmente explicables por la necesidad de Homero de incluir ciertos acontecimientos pasados en el corto lapso del poema, que se sitúa en el décimo año de la guerra. Pero, ¿y si los acontecimientos toman realmente un curso diferente? ¿Y si me acerco a, pongamos por caso, Agamenón esta mañana y clavo esta lanza (la lanza del pobre y condenado Equepolo, cierto, pero una buena lanza de todas formas) en el corazón del rey? Los dioses pueden hacer muchas cosas, pero no pueden devolver a la vida a los mortales muertos (ni a los dioses muertos tampoco, por paradójico que eso parezca).

¿Quién eres, Hockenberry, para frustrar el Destino y desafiar la voluntad de los dioses?, me interroga una vocecita debilucha y académica que he escuchado y seguido la mayor parte de mi vida real.

Yo soy yo, Thomas Hockenberry, es la respuesta de mi yo contemporáneo, fragmentado como está, *y ahora mismo estoy harto de estos matones prepotentes que se llaman a sí mismos dioses.*

Ahora, en mi papel de espía más que de escólico, me acerco lo suficiente para escuchar el diálogo entre Atenea (morfeada como Laudoco) y ese bufón (pero buen arquero) que es Pándaro. Hablando como un guerrero troyano a otro, Atenea-Laudoco apela a la vanidad del idiota, le dice que el príncipe Paris lo cubrirá de regalos si mata a Menelao, e incluso lo compara con el arquero por excelencia, Apolo, si tiene la habilidad para conseguir este tiro.

Pándaro se traga el anzuelo, la caña y el sedal (Atenea prendió el corazón del loco en su interior, fue la manera en que un buen traductor describió este momento), y hace que algunos de sus amigos lo oculten de la vista con sus escudos mientras prepara su largo arco y escoge la flecha perfecta para el asesinato. Durante siglos, los escólicos (los expertos en la *Iliada*) han discutido el tema de si los griegos y troyanos usaban o no veneno en sus flechas. La mayoría de los escólicos, y yo incluido, decían que no: esa conducta simplemente no estaba a la altura del alto concepto del honor en la batalla que tienen estos héroes. Nos equivocábamos. Sí que emplean veneno. Y un veneno letal y rápido, por cierto. Eso explica por qué tantas de las heridas mencionadas en la *Iliada* eran tan rápidamente fatales.

Pándaro dispara. Es un tiro brillante. Sigo la flecha mientras vuela cientos de

metros, traza un arco y luego se abalanza directamente hacia el pelirrojo hermano de Agamenón. La flecha atravesará a Menelao mientras permanece al frente de sus combatientes contemplando a los heraldos discutir en tierra de nadie. Es decir, lo atravesará si no interviene ninguna deidad amiga de los griegos.

Una lo hace. Con mi visión aumentada, veo a Atenea abandonar el cuerpo de Laudoco y TCearse al lado de Menelao. La diosa está jugando un doble papel: engaña a los troyanos para que rompan la tregua y luego corre a asegurarse de que uno de sus favoritos, Menelao, no resulte muerto. Embozada de la cabeza a los pies, invisible para amigos y enemigos pero visible para este escólico, aparta la flecha como una madre aparta una mosca de su hijo dormido (creo que he plagiado esa imagen, pero ha pasado tanto tiempo desde que *leí* el libro de la *Iliada*, traducido o en versión original, que no puedo estar seguro).

Con todo, a pesar de su gesto protector de desvío, la flecha alcanza al hombre. Menelao grita de dolor y cae, con la flecha asomando de su cuerpo justo por encima de la entrepierna. ¿Ha fallado Atenea?

Se produce la confusión. Los heraldos de Priamo corren tras las líneas troyanas y los negociadores aqueos se protegen tras los escudos griegos. Agamenón, que ha estado empleando el tiempo de la tregua para pasar revista a sus tropas, que se extienden fila tras fila (tal vez la inspección está pensada para imponer su liderazgo esta primera mañana tras el motín de Aquiles), llega a tiempo de encontrar a su hermano revolviéndose en el suelo, mientras capitanes y tenientes se congregan a su alrededor.

Manejo mi pequeño bastón. Aunque el bastón parece el tipo de maza que un comandante troyano menor podría llevar, no es propiedad del capitán Equepolo: es mío, de uso estándar por los escólicos. Es una especie de micrófono direccional, que detecta y amplifica el sonido hasta cuatro kilómetros de distancia y transmite la información a los auriculares que llevo cada vez que estoy en las llanuras de Ilión.

Agamenón le está haciendo a su hermano moribundo un responso cojonudo. Lo veo mecer la cabeza y los hombros de Menelao en sus brazos y lo oigo disertar sobre la terrible venganza que él, Agamenón, descargará sobre los troyanos por el asesinato del noble Menelao, después de lo cual lamenta cómo los aqueos (a pesar de la sangrienta venganza de Agamenón) perderán valor, renunciarán a la guerra y llevarán sus negras naves de vuelta a casa cuando Menelao haya muerto. Después de todo, ¿qué sentido tiene rescatar a Helena si su marido engañado está muerto? Abrazando a su gimoteante hermano, Agamenón hace de profeta;

—Pero las tierras de Priamo alimentarán los gusanos con tu carne y pudrirán tus huesos, oh, hermano mío, mientras yaces muerto ante las murallas infranqueadas de Troya, fracasada tu misión.

La mar de alegre todo. Justo lo que un moribundo quiere escuchar.

—Espera, espera, espera —gruñe Menelao entre dientes—. No me entierres tan rápido, hermano mayor. La punta de la flecha no está alojada en ningún punto mortal. ¿Ves? Se ha clavado en mi cinturón de bronce y me ha dado en el mango del amor que pretendía perder, no en las pelotas ni en el vientre.

—Ah, sí —dice Agamenón, frunciendo el ceño ante la herida donde la flecha apenas ha penetrado levemente. Casi parece decepcionado. Todo el responso es caca de vaca ahora y parecía que se lo había estado trabajando un rato.

—Pero la flecha está envenenada —jadea Menelao, como intentando alegrar a su hermano. El pelo rojo de Menelao está empapado de sudor y hierba, pues el casco dorado salió rodando cuando cayó.

Tras ponerse en pie y soltar los hombros y la cabeza de su hermano tan rápidamente que Menelao habría vuelto a caerse al suelo si sus capitanes no lo hubieran sujetado, Agamenón manda llamar a Taltibio, su heraldo, y le ordena que busque a Macaón, el hijo de Asclepio, el médico del propio Agamenón, y bastante bueno por cierto, ya que se supone que Macaón aprendió su oficio de Quirón, el amistoso centauro.

Ahora parece cualquier campo de batalla de cualquier época: un hombre caído gritando y maldiciendo y gimiendo mientras el dolor empieza a fluir a través de la conmoción inicial de la herida, amigos arrodillados alrededor, indefensos, inútiles, y luego la llegada del médico y sus ayudantes, dando órdenes, arrancando la punta de bronce de la carne, sorbiendo veneno, colocando vendas limpias sobre la herida, mientras Menelao sigue gritando como el típico cerdo en el sacrificio.

Agamenón deja a su hermano al cuidado de Macaón y se va a arengar a sus hombres a la batalla, aunque los aqueos (incluso sin Aquiles en sus filas) parecen airados y furiosos y hoscos y con poca necesidad de que los espoleen para ir al combate.

Veinte minutos después del aciago disparo de flecha de Pándaro, la tregua se ha acabado y los griegos atacan las líneas troyanas a lo largo de cuatro kilómetros de polvo y sangre.

Es hora de que salga del cuerpo de Equepolo antes de que al pobre hijo de puta le den con una lanza en plena frente.

No recuerdo mucho de mi vida real en la Tierra. No recuerdo si estuve casado, si tuve hijos, dónde viví. Sólo tengo imágenes borrosas de un estudio repleto de libros donde leía y preparaba mis clases. Tampoco recuerdo la pequeña facultad donde enseñaba en West-Central, Nueva York, de la que sólo conservo imágenes de edificios de ladrillos y piedra en una colina con una maravillosa vista al este. Una de las cosas más raras de ser escóico es que los

fragmentos de recuerdos no-esencialmente-escólicos regresan después de meses y años, lo cual puede ser uno de los motivos por los que los dioses no nos permiten vivir mucho. Yo soy la excepción.

Pero recuerdo las clases y los rostros de mis estudiantes, las charlas, algunas discusiones alrededor de una mesa ovalada. Recuerdo a una mujer de rostro juvenil preguntando: «Pero ¿por qué duró tanto tiempo la guerra de Troya?» También recuerdo haberme sentido tentado de señalarle que ella se había criado en una época de comida rápida y guerras rápidas —McDonald's y la guerra del Golfo, Arby's y la guerra al terrorismo—, pero que en aquellos días antiguos, los griegos y sus enemigos no tenían más intención de apresurarse en la guerra que de apresurarse con una buena comida.

En vez de insultar los momentos de atención de mis estudiantes, le explicaba a la clase cómo aquellos héroes agradecían la batalla, cómo una de sus palabras para el combate era *charme*, que proviene de la misma raíz de *charo*, «alegría». Les leía una escena donde dos guerreros se enfrentan y son descritos como *charmei gethosunoi*: «regocijándose en la batalla». Les explicaba el concepto griego de *aristeia*; el combate guerrero contra guerrero o en pequeño grupo, donde un individuo puede demostrar su valor, y lo importante que era para los antiguos y cómo la gran batalla a menudo se detenía para que los soldados de cada bando pudieran ser testigos de tales ejemplos de *aristeia*.

—¿Entonces lo que, o sea, quiere decir —tartamudeó una estudiante de rostro juvenil, el cerebro encajando en su sitio, el tartamudeo ilustrando ese modo irritante de hablar y el defecto de pensamiento que se extendió como un virus entre los jóvenes americanos durante el final del siglo XX—, o sea, que la guerra, o sea, habría terminado mucho antes si no se hubieran, o sea, parado cada dos por tres para ese arista-como se llame?

—Exactamente —dije yo con un suspiro, mirando el antiguo reloj Hamilton de la pared con la esperanza de ser liberado.

Pero ahora, después de más de nueve años viendo la *aristeia* en acción, puedo decir con certeza que esos combates singulares tan amados por los troyanos y los argivos sí que son uno de los motivos de este asedio prolongado, infinito, lento como la melaza. Y como les pasaba incluso a los turistas americanos más sofisticados que viajaban demasiado tiempo por Francia, una de mis necesidades más imperiosas era volver a la comida rápida: o, en este caso, a la guerra rápida. Un pequeño bombardeo, una pequeña invasión aerotransportada, bim, bang, gracias señora, de vuelta con Penélope.

Pero no hoy.

Equépolo es el primer capitán troyano en morir durante el ataque aqueo.

Tal vez se debe a que el hombre está todavía aturdido y desorientado después

de que yo tomara prestado su cuerpo, pero mientras su grupo de combatientes troyanos se enzarza con un grupo griego liderado por Antíloco, el hijo de Néstor, buen amigo de Aquiles, el pobre Equepolo es lento a la hora de levantar su lanza y por eso Antíloco dispara primero. La punta de bronce de la lanza golpea el casco de cola de caballo de Equepolo justo en el borde y le atraviesa el cráneo, sacándole un ojo y derramando los sesos del hombre entre sus dientes. Equepolo cae, como le gusta decir a Homero, como una torre derribada.

Ahora comienza una dinámica que he visto demasiado a menudo, pero que nunca deja de fascinarme. Los griegos y troyanos luchan por motivos de honor fundamentalmente, es cierto, pero el botín es su segunda, y no muy a la zaga, motivación. Estos hombres son guerreros profesionales: matar es su trabajo y saquear es su paga. Una gran parte del honor y el saqueo consiste en la sofisticada y hermosa armadura (el escudo, la coraza, las grebas, el cinturón de guerra) de sus enemigos caídos. Capturar las armas de un enemigo es el equivalente griego heroico de las cabelleras cortadas por los guerreros sioux, y mucho más lucrativo. Como poco, la armadura protectora de un capitán está hecha de precioso bronce, y (para los oficiales más importantes) a menudo repujada de oro y decorada con pedrería.

Y así comienza la lucha por la armadura del capitán Equepolo.

Un comandante aqueo llamado Elefenor se abalanza, agarra a Equepolo por los tobillos y empieza a arrastrar el ensangrentado cadáver entre la confusión de lanzas y espadas y escudos que entrechocan. He visto a Elefenor en el campamento aqueo a lo largo de los años, lo he visto pelear en escaramuzas menores, y tengo que decir que el nombre le viene al pelo: es enorme, con hombros gigantescos, brazos poderosos, muslos pesados. No es el cuchillo más afilado del cajón de luchadores de Agamenón, pero sí un combatiente grande, fuerte, valiente y útil. Así Elefenor, el hijo de Calcodonte, que cumplió treinta y ocho años este junio pasado, comandante de los abantes y señor de Eubea, arrastra el cadáver de Equepolo tras la pantalla de atacantes aqueos y empieza a desnudar el cuerpo.

Entonces Agenor, un guerrero troyano, hijo de Antenor, padre de Arquéloco (a los cuales he visto en las calles de Ilión), se interna entre los aqueos en liza y ve las costillas expuestas de Elefenor mientras el grandullón se agacha bajo la protección de su escudo para terminar de desnudar el cadáver de Equepolo. Agenor salta hacia delante y clava su lanza en el costado de Elefenor, rompiendo las costillas y convirtiendo el corazón del hombre en una masa informe. Elefenor vomita sangre y se desploma. Más combatientes troyanos se abalanzan, respondiendo al ataque aqueo, mientras Agenor libera su lanza y empieza a despojar a Elefenor de su cinturón de guerra y su escudo y su coraza. Otros troyanos se llevan el cuerpo casi desnudo de Equepolo hacia las líneas troyanas.

La lucha empieza a girar alrededor de estos hombres caídos. El aqueo

llamado Ajax (Ajax el Grande, el llamado Ajax Telamonio de Salamina, a quien no hay que confundir con Ajax el Pequeño que comanda a los locrisios), avanza, envaina su espada y utiliza su lanza para abatir a un troyano muy joven llamado Simoisio, que se había adelantado para cubrir la retirada de Aenor.

Justo una semana antes, en la seguridad amurallada de los tranquilos parques de Ilión, morfeado como el troyano Estenelo, y yo había estado bebiendo vino y compartiendo historias con Simoisio. El muchacho de dieciséis años (que nunca llegó a casarse, ni a acostarse siquiera con una mujer) me había hablado que su padre, Antemión, le puso el nombre del río Simoi, que corre junto a su modesto hogar, a menos de un kilómetro de las murallas de la ciudad. Simoisio todavía no había cumplido seis años cuando las negras naves de los aqueos aparecieron por primera vez en el horizonte y, hasta hace unas semanas su padre se había negado a permitir que el sensible muchacho se uniera al ejército ante las murallas de Ilión. Simoisio me confesó que le aterraba morir: no tanto por la muerte en sí, dijo, sino por morir antes de tocar el pecho de una mujer o sentir cómo era estar enamorado.

Ahora Ajax el Grande suelta un grito y arroja su lanza, haciendo a un lado el escudo de Simoisio y alcanzando el pecho del muchacho por encima de la tetilla derecha, destrozándole el hombro y haciendo asomar la punta de bronce hasta que sobresale un palmo tras la espalda del muchacho. Simoisio cae de rodillas y se queda mirando asombrado: primero a Ajax y luego la lanza que sobresale de su pecho. Ajax el Grande coloca su pie calzado con sandalias sobre la cara de Simoisio y libera la lanza, permitiendo que el cuerpo del muchacho caiga de cara en el polvo empapado de sangre. Ajax el Grande se golpea la coraza y ruge para que sus hombres le sigan.

Un troyano llamado Antifo, apenas a veinte pasos de distancia, arroja su lanza contra Ajax el Grande. La lanza falla su objetivo pero alcanza en la ingle a un aqueo llamado Leuco mientras éste ayuda a Odiseo a despojar el cadáver de otro capitán troyano. La lanza atraviesa la ingle de Leuco y sale por su ano, la punta arrastra rizos de colon e intestino gris y rojo. Leuco cae sobre el cadáver del capitán troyano pero vive otro terrible momento, agitándose, agarra la lanza y trata de arrancarla de su ingle pero sólo consigue verter más entrañas sobre su propio regazo. Mientras tira de la lanza, Leuco grita y tira también del brazo ensangrentado de su amigo Odiseo.

Leuco muere por fin, los ojos vidriosos, una mano agarrada a la lanza de Antifo y la otra todavía sujeta a la muñeca de Odiseo. Éste se zafa de la tenaza del muerto y se da media vuelta, los ojos oscuros ardiendo bajo el borde de su casco de bronce, y busca un enemigo: cualquier enemigo. Odiseo arroja su lanza y corre tras ella. Más aqueos lo siguen hacia la brecha que abre entre las líneas tucras.

La primera lanzada de Odiseo mata a Democoonte, hijo bastardo del rey de

Troya, Príamo. Yo estaba en la ciudad hace nueve años, la mañana en que Democoonte llegó para ayudar a defender Ilión. Era voz común que Príamo había puesto al joven a cargo de su famoso establo de caballos de carreras en Abidos, una ciudad situada al noreste de Troya, en la orilla sur del Helesponto, para mantenerlo apartado de la vista de su esposa y sus hijos legítimos. Los caballos de Abidos eran los más rápidos y más hermosos del mundo, y se decía que Democoonte consideraba un honor ser considerado jefe de los establos a una edad tan temprana. Ahora, ese joven troyano está a punto de volver la cabeza hacia el enloquecido grito de guerra de Odiseo cuando la punta de la broncínea lanza lo alcanza en la sien izquierda y atraviesa su cabeza y sale por la sien derecha, derribándolo al suelo y clavando su cráneo destrozado en el costado de un carro volcado. Democoonte nunca supo qué lo golpeó.

Los tucros se retiran ahora, replegándose ante la furia de Odiseo y Ajax el Grande, tratando de arrastrar consigo a sus nobles muertos si es posible, abandonándolos cuando no.

Héctor, el más grande luchador de Ilión y también el hombre más honrado, salta de su carro y se bate en retirada, intentando instar a los troyanos para que aguanten, pero el ataque aqueo es demasiado fuerte e incluso Héctor cede terreno, mientras urge a los hombres a mantener la disciplina. Los troyanos luchan y se revuelven y arrojan sus lanzas mientras se retiran.

Morfeado como un lancero troyano poco importante, me repliego más rápido que la mayoría, manteniéndome fuera del alcance de las lanzas, sin temor a ser considerado un cobarde. Antes, me cubrí de la vista de los mortales y empecé a avanzar hacia donde pudiera ver a Atenea tras las líneas aqueas (pronto se le unió Hera, ambas diosas invisibles para los hombres), pero la lucha estalló demasiado rápidamente y su escalada fue demasiado feroz, así que dejé las líneas del frente tras la caída de Equepolo, confiando en que mi visión ampliada y el micrófono direccional me mantengan en contacto con los acontecimientos.

De repente todo se congela. El aire se espesa. Las lanzas se paran en el aire, la sangre cesa de manar. Los hombres a quienes les faltan segundos para morir obtienen una moratoria de la que nunca sabrán mientras todo sonido cesa, todo movimiento se detiene.

Los dioses juegan otra vez con el tiempo.

Apolo llega primero, su carro TCEándose en existencia no lejos de Héctor. Luego el dios de la guerra, Ares, aparece, habla furioso con Atenea y Hera un minuto; usa su propio carro para sobrevolar las líneas de batalla y aterriza cerca de Apolo. Afrodita se reúne con ellos, mira hacia mí (hacia donde yo finjo estar petrificado en mi sitio como los demás mortales) durante apenas un instante antes de sonreír y hablar a sus dos aliados en el amor a los troyanos, Ares y Apolo. La miro por el rabillo del ojo mientras la diosa señala y gesticula hacia el campo de batalla como un George Patton de tetas grandes.

Los dioses han venido a luchar.

Apolo alza la mano, el sonido regresa con estrépito, el tiempo comienza de nuevo como un *tsunami* de polvo y movimiento, y la matanza se reemprende con furor.

Cráter París

Ada, Harman y Hannah esperaron los dos días que se consideraban habitualmente el mínimo intervalo decente tras una visita a la fermería, y luego faxearon hasta Cráter París para encontrar a Daeman. Era tarde y estaba oscuro y hacía frío allí, y (lo descubrieron en cuanto salieron de debajo de la fachada del León Guardado del fax-nódulo) estaba lloviendo. Harman les encontró un barouche cubierto y un voynix tiró de ellos a lo largo del lecho de un río seco lleno de cráneos blancos, dejando atrás kilómetros de edificios desmoronados.

—Nunca he estado en Cráter París —dijo Hannah. A la joven, apenas a dos meses de su Primer Veinte, no le gustaban las grandes ciudades. CP era uno de los fax-nódulos más poblados de la Tierra, con unos 25.000 residentes semipermanentes.

—Es un motivo por el que nos faxeé al nódulo del León Guardado en vez de a un puerto llamado Hotel Inválido, que está más cerca de donde vive Daeman —dijo Ada—. Todo en esta ciudad es antiguo. Merece la pena tomarse tiempo para echar un vistazo.

Hannah asintió, pero vacilante. Hilera tras hilera, los edificios de piedra y acero, la mayoría cubiertos de brillante siempreplás, parecían vacíos y oscuros y resbaladizos con la lluvia. Los servidores y los brilloglobos flotaban aquí y allá por las calles oscuras, los voynix permanecían quietos y silenciosos en las esquinas, pero se veían muy pocos humanos. Claro que como señaló Harman, eran más de las diez de la noche. Incluso una ciudad tan cosmopolita como Cráter París tenía que dormir.

—Esto sí que es interesante —dijo Hannah, señalando hacia la estructura que se alzaba unos trescientos metros sobre la ciudad.

Harman asintió.

—Es de principios de la Edad Perdida. Algunos dicen que es tan antigua como Cráter París, tal vez incluso tan antigua como la ciudad que había aquí antes del cráter. Es un símbolo de la ciudad y de la gente que la construyó hace mucho tiempo.

—Interesante —repitió Hannah. De trescientos metros de altura, la burda reproducción de una mujer desnuda parecía hecha de algún polímero claro. La cabeza quedaba a veces oculta por nubes bajas, y luego era brevemente visible, y Hannah vio que su rostro carecía de rasgos a excepción de una mueca abierta entre labios rojos. Negros muelles retorcidos de quince metros de longitud caían en espiral como rizos desde la cabeza esférica. Las piernas estaban abiertas, los pies ocultos tras los oscuros edificios del oeste, pero los muslos abultaban tan gruesos y anchos como Ardis Hall. Los pechos eran enormes, globulares, caricaturescos; se llenaban y se vaciaban alternativamente con líquido rojo foto luminiscente que hervía y cuyos niveles ahora subían y ahora bajaban en cascada por el interior del vientre y las piernas y luego subían de nuevo por los brazos levantados y el rostro sonriente. La luz brillante del vientre y los pechos y los enormes glúteos teñía de un rojo rubí la parte superior de una estructura más alta que rodeaba el cráter.

—¿Cómo se llama? —pregunto Hannah.

—*La Putain énorme* —dijo Ada.

—¿Qué significa?

—Nadie lo sabe —dijo Harman. Ordenó al voynix que girara a la izquierda en un puente desvencijado y luego pasara a lo que una vez fue una isla cuando el agua fluía en el río de cráneos secos, hacia las ruinas de un edificio que una vez debió de ser bastante grande. Ahora una baja cúpula resplandeciente de luz púrpura se alzaba dentro de las paredes caídas como un huevo extraño en un nido de piedras dispersas.

—Espera aquí —le dijo Harman al voynix, y condujo a las dos mujeres entre las ruinas hacia la cúpula transparente.

Una losa de piedra blanca de unos dos metros de altura se alzaba en el centro del lugar. Había canalillos en la base de la losa y canales en el suelo de piedra. Detrás y por encima de la losa se alzaba una burda estatua de un hombre desnudo, tallada en la misma roca blanca. El hombre empuñaba un arco con una flecha encajada.

—Esto es mármol —dijo Hannah, pasando la mano por la superficie del bloque. Entendía de piedras—. ¿Qué es este lugar?

—Un templo a Apolo —contestó Harman.

—He oído hablar de estos nuevos templos —dijo Ada—, pero nunca había visto ninguno. Me pareció raro: unos cuantos altares en los bosques, como una especie de broma o algo así.

—Hay templos como éste por todo Cráter París y en las otras grandes ciudades —dijo Harman—. Templos en honor a Atenea, Zeus, Ares... todos los dioses de las historias de los turín.

—Los canalillos y canales... —empezó a decir Hannah.

—Para que corra la sangre de los animales sacrificados —dijo Harman—.

Sobre todo ovejas y ganado vacuno.

Hannah se apartó de la losa y se cruzó de brazos.

—La gente no... matará los animales, ¿no?

—No —respondió Harman—. Tienen a los voynix para hacer eso. Hasta ahora.

Ada se quedó en la puerta abierta. La lluvia caía por el brillante portal, convirtiéndolo en una cascada teñida de púrpura.

—¿Que era este sitio... antes? Las ruinas.

—Estoy seguro de que era un templo de la Edad Perdida —dijo Harman.

—¿A Apolo? —Hannah estaba rígida, los brazos cruzados con fuerza contra su cuerpo.

—No lo creo. Entre los escombros de por aquí hay trozos y piezas de estatuas: no son dioses, ni personas, ni voynix... no del todo... son demonios, creo. Una antigua palabra era « gárgola » ... pero no estoy seguro de lo que significa.

—Salgamos de aquí —dijo Ada—. Vamos a buscar a Daeman.

Cruzando el río de cráneos y al oeste de nuevo hacia el cráter, los amplios bulevares terminaban donde los edificios de la Edad Perdida estaban coronados por estructuras más nuevas y más altas, algunas muy nuevas, probablemente de menos de mil años de antigüedad, un entramado de negro buckylazo y tribambúes brillantes por la lluvia. Hannah activó una función para encontrar a Daeman, y el rectángulo de luz flotante sobre su palma izquierda brilló ahora en ámbar, ahora en rojo, luego de nuevo en verde mientras tomaban escaleras y ascensores de un nivel de calle a un nivel de entresuelo, de un nivel de entresuelo a la explanada colgante de quince pisos sobre los antiguos tejados, luego hacia arriba desde el nivel de las explanadas hasta los pabellones residenciales. Hannah se detuvo a mirar en el rail de la explanada, hipnotizada como la mayoría de los visitantes la primera vez que contemplaban el ojo rojo sin parpadear a kilómetros y kilómetros por debajo en el círculo negro sin fondo del cráter; Ada tuvo que apartarla agarrándola por el codo y la condujo al siguiente ascensor y a la escalera.

Sorprendentemente, fue una persona, no un servidor, quién respondió a la puerta de la domi de Daeman. Ada presentó a su grupo, y la mujer, que parecía estar a mitad de la cuarentena como les pasaba a todos los tres y cuatro Veintes, se identificó como Marina, la madre de Daeman. Los condujo por pasillos cálidamente pintados y por escaleras interiores y a través de salas comunes hasta las zonas privadas del lado del cráter del complejo de domi.

—El servidor trajo el mensaje de que veníais, por supuesto —dijo Marina, deteniéndose ante una hermosa puerta de caoba tallada—, pero no se lo he dicho a Daeman. Todavía está... perturbado... por el accidente.

—¿Pero no lo recuerda, verdad?—dijo Harman.

—Oh, no, por supuesto que no —respondió Marina. Era una mujer atractiva y Ada notó el parecido con su hijo en el pelo rojo y la constitución agradablemente fornida—. Pero ya sabe lo que se dice de esas cosas... las células recuerdan.

Pero si no son las mismas células, pensó Ada. No dijo nada.

—¿Trastornará a Daeman el hecho de vernos?—preguntó Hannah. A Ada le pareció más curiosa que preocupada.

Marina hizo un gracioso movimiento de indiferencia con la mano, como diciendo «ya veremos». Llamó a la puerta y la abrió cuando la voz apagada de Daeman los invitó a pasar.

La habitación era grande y estaba tapizada con telas de ricos colores, tapices de seda flotantes y cortinas de encaje alrededor de la zona donde dormía Daeman, pero la pared del fondo era toda de cristal y daba a un porche privado. Las lámparas de la amplia habitación emitían una luz tenue, pero la ciudad brillantemente iluminada de más allá del balcón se curvaba a ambos lados, y constelaciones de linternas, globos de luz y suaves luces eléctricas eran visibles a un kilómetro de distancia en el cráter oscuro. Daeman estaba sentado en un cómodo sillón junto a la ventana sacudida por la lluvia, contemplando el panorama como si reflexionase. Parpadeó al ver a Ada, Harman y Hannah, pero luego les indicó que se acercaran al círculo de muebles blandos. Marina se excusó y cerró la puerta tras ella mientras los tres tomaban asiento. Las puertas de cristal estaban abiertas y el frío aire que entraba a través de las pantallas olía a lluvia y bambú mojado.

—Queríamos ver cómo estabas —dijo Ada— Y yo quería disculparme en persona por el accidente... por no haber cuidado mejor de mi invitado.

Daeman sonrió y se encogió de hombros, pero sus manos temblaban levemente. Las apoyó en las rodillas, cubiertas por una bata de seda.

—Lo único que recuerdo es algo grande que se abría paso entre los árboles... y el olor a carroña, de eso sí me acuerdo... y luego despertarme en el nido-tanque de la fermería. Los servidores me dijeron lo que había pasado, naturalmente. Sería divertido si la idea no fuera tan... inquietante.

Ada asintió, se acercó más, y le tomó de la mano.

—Te pido disculpas, Daeman *Uhr*. Los alosaurios han venido a la mansión sólo muy raras veces en las últimas décadas y los voynix siempre están allí para protegernos...

Daeman frunció el ceño pero no retiró la mano de la suya.

—Evidentemente, no hicieron un buen trabajo al protegerme.

—Es extraño —dijo Harman, cruzando las piernas y tamborileando en los brazos de papel corrugado de su sillón—. Muy extraño. No puedo recordar la última vez que un voynix falló al proteger a un humano en una situación semejante.

Daeman miró al hombre mayor.

—¿Está usted acostumbrado a situaciones en que los animales recombinados se comen a las personas Harman *Uhr*?

—En absoluto. Me refería a situaciones en que los seres humanos corren peligro.

—Pido otra vez disculpas —dijo Ada—. El fallo de seguridad por parte de los voynix fue inexplicable, pero mi propio descuido fue inexcusable. Lamento que tu fin de semana en Ardis Hall se estropeará y que tu sentido de la armonía fuera perturbado.

—Perturbado, sí... tal vez una palabra inadecuada para describir el ser devorado por un carnívoro de doce toneladas —dijo Daeman, pero sonrió levemente, e inclinó la cabeza más levemente todavía para dar a entender que aceptaba la disculpa.

Harman se inclinó hacia delante y unió las manos, subiéndolas y bajándolas para darse énfasis mientras hablaba.

—Teníamos un asunto sin terminar por discutir, Daeman *Uhr*...

—La nave espacial. —Ahora el tono irónico de Daeman se convirtió en sarcasmo.

Harman no se detuvo. Sus manos unidas se alzaron y cayeron con las sílabas.

—Sí. Pero no sólo una nave espacial... es el objetivo definitivo, por supuesto... sino cualquier forma de máquina voladora. Jinker. Sonie. Ultraligero. Cualquier cosa que nos permita explorar entre fax-puertos...

Daeman se arrellanó en su asiento, apartándose de la intensidad de Harman, y se cruzó de brazos.

—¿Por qué insiste en esto? ¿Por qué me molesta con esto?

Ada le tocó el brazo.

—Daeman, Hannah y yo habíamos oído, de personas distintas, que en una fiesta reciente en Ulanbat (hace cosa de un mes, creo), les dijiste a algunos conocidos nuestros que una vez conociste a alguien que mencionó haber visto una nave espacial... y a alguien que habló de volar entre nódulos...

Daeman consiguió parecer a la vez desconcertado e irritado por un instante, pero luego se echó a reír y negó con la cabeza.

—La bruja —dijo.

—¿Bruja? —repitió Hannah.

Daeman abrió las manos en un eco del gracioso gesto de indiferencia de su madre.

—La llamábamos así. He olvidado su verdadero nombre. Una loca. Obviamente en su último Veinte... —dirigió una mirada hacia Harman—. La gente empieza a perder el contacto con la realidad en sus últimos años.

Harman sonrió e ignoró la pulla.

—¿No recuerda el nombre de esa mujer?

Daeman hizo de nuevo el mismo gesto, con menos gracia esta vez.

—No.

—¿Dónde la viste? —preguntó Ada.

—En el último Hombre Ardiente. Hace año y medio. He olvidado dónde se celebró... en algún lugar frío. Seguí a unos amigos de Chom cuando se faxearon allí. Las ceremonias de la Edad Perdida nunca me interesaron mucho, pero había muchas jóvenes fascinantes en esa reunión.

—¡Yo estuve allí! —dijo Hannah, los ojos brillantes—. Fueron unas diez mil personas.

Harman sacó una hoja de papel muy doblada de un bolsillo de su túnica y empezó a desplegarla sobre la otomana acolchada que había entre ellos.

—¿Recuerdas qué nódulo?

Hannah negó con la cabeza.

—Era uno de los nódulos medio olvidados. Uno de los vacíos. Los organizadores enviaron el código del nódulo como un día antes de que comenzara la ceremonia. Creo que allí no vivía nadie. Era un valle rocoso rodeado de nieve. Recuerdo que estuvo encendido todo el día, toda la noche, durante los cinco días del Hombre Ardiente. Y el frío. Los servidores habían emplazado un campo de Planck sobre todo el valle y calentadores aquí y allá por el valle mismo, así que no era incómodo, pero no se permitía que nadie fuera más allá del perímetro del valle.

Harman miró su ajada y doblada hoja de micropergamino. La página estaba cubierta de líneas retorcidas, puntos y runas arcanas como las que se veían en los libros. Señaló con un dedo un punto cerca del pie.

—Aquí. En lo que era la Antártida. Un nódulo llamado « El Valle Seco » .

Daeman lo miró sin expresión.

—Esto es un mapa en el que llevo trabajando cincuenta años —dijo. Harman—. Una representación bidimensional de la Tierra con todos los fax-nódulos conocidos y sus códigos. La Antártida era el nombre en la Edad Perdida de uno de los siete continentes. He registrado siete fax-nódulos antárticos, pero sólo uno de ellos (este valle seco del que he oído hablar pero no he visitado nunca) está libre de hielo y nieve.

Esto obviamente no hizo nada para iluminar a Daeman. Incluso Ada y Hannah parecían confusas.

—No importa —dijo Harman—. Pero si el sol brillaba todo el día y toda la noche, este valle seco es el fax-puerto probable. Durante los veranos polares, hay días en los que el sol no se pone.

—El sol no se pone en junio en Chom —dijo Daeman, manifiestamente aburrido—. ¿Está cerca de su valle seco?

—No —Harman señaló un punto próximo a la parte superior del mapa—. Estoy bastante seguro de que Chom está en esta gran península de aquí arriba,

sobre el círculo ártico. Cerca del polo norte, no del polo sur.

—¿El polo norte? —dijo Ada.

Daeman miró a las dos mujeres.

—Y yo que creía que la bruja del Hombre Ardiente estaba loca.

—¿Recuerda algo más que dijera esa mujer, esa bruja? —preguntó Harman, obviamente demasiado entusiasmado para sentirse insultado.

Daeman negó con la cabeza. Parecía cansado.

—Sólo cháchara. Habíamos estado bebiendo mucho. Era la noche de la quema y llevábamos despiertos días y noches bajo aquella maldita luz, robando unas cuantas horas de sueño en una de las grandes tiendas naranja. Fue la última noche y suele haber orgías la última noche y pensé que tal vez ella... pero era demasiado vieja para mi gusto.

—¿Pero habló de una nave espacial? —Harman estaba visiblemente intentando ser paciente.

Daeman volvió a encogerse de hombros.

—Alguien... un joven, aproximadamente de la edad de Hannah, comentó el hecho de que no teníamos sonies para volar desde el último fax, y esta... bruja... que había estado muy callada pero que también estaba muy borracha, dijo que sí que teníamos, que había jinkers y sonies si sabías dónde buscarlos. Dijo que ella los usaba a menudo.

—¿Y la nave espacial? —insistió Harman.

—Dijo que había visto una, eso es todo —respondió Daeman, frotándose las sienes como si le dolieran—. Cerca de un museo. Le pregunté qué museo era, pero no contestó.

—¿Por qué llamas bruja a esa mujer mayor? —preguntó Hannah.

—No empecé yo. Todo el mundo la llamaba así —Daeman parecía un poco a la defensiva—. Creo que es porque dijo que no había faxeado, sino que había llegado caminando, cuando estaba claro que no podía haberlo hecho... no había otros nódulos ni estructuras en el valle y el campo de Planck se selló.

—Es verdad —dijo Hannah—. Ese último Hombre Ardiente puede que haya sido en el lugar más remoto al que he faxeado jamás. Lamento no haber visto a esa mujer allí.

—Sólo recuerdo que estuvo dos noches —dijo Daeman—. La primera y la última. Y se mantuvo apartada, excepto durante aquella absurda conversación.

—¿Cómo sabías que era vieja? —preguntó Ada en voz baja.

—¿Quieres decir aparte de por su evidente locura?

—Sí.

Daeman suspiró.

—Parecía vieja. Como si hubiera ido a la fermería demasiadas veces.

Hizo una pausa y frunció el ceño, pensando sin duda en su reciente visita al lugar.

—Parecía más vieja que nadie que yo haya visto jamás. Creo que incluso tenía esas marcas en la cara.

—¿Arrugas? —dijo Hannah. La muchacha parecía envidiosa.

Daeman sacudió la cabeza.

—Alguien que estaba junto al fuego la llamó por su nombre esa noche, pero no puedo... Yo había estado bebiendo también, sabéis, y no había dormido.

Hannah miró a Ada, tomó aliento y dijo:

—¿Pudo ser Savi?

Daeman alzó rápidamente la cabeza.

—Sí. Creo que eso era. Savi... sí, eso parece. Era raro. —Vio que Harman y Ada intercambiaban una mirada de inteligencia—. ¿Qué? ¿Es importante? ¿La conocéis?

—La Judía Errante —dijo Ada—. ¿Has oído esa leyenda?

Daeman sonrió, cansado.

—¿Sobre la mujer que de algún modo no llegó al último fax hace mil años y que está condenada a vagar por la tierra desde entonces? Por supuesto. Pero no sabía que la mujer de la leyenda tuviera un nombre.

—Savi —dijo Harman—. Savi es su nombre.

Marina llegó con dos servidores que traían jarras de vino caliente especiado y una bandeja de quesos y pan. El incómodo silencio fue interrumpido con charlas intrascendentes mientras comían y bebían.

—Faxearemos hasta allí por la mañana —les dijo Harman a Hannah y Ada—. Al valle seco. Puede que quede alguna pista.

Hannah sostenía su jarra humeante con ambas manos.

—No veo cómo. Ese Hombre Ardiente fue, como ha dicho Daeman, hace más de dieciocho meses.

—¿Cuándo es el siguiente? —preguntó Ada. Nunca asistía a aquellas ceremonias de la era de la demencia.

Fue Harman quien contestó:

—Eso nunca se sabe. El Cabal del Hombre Ardiente fija la fecha y la notifica a la gente sólo días antes del acontecimiento. A veces se celebran con meses de intervalo. A veces con una docena de años. El del valle seco fue el último. Si has ido a alguno de los tres anteriores, te invitan. Yo no fui porque estaba caminando por la Brecha Atlántica.

—Quiero ir con vosotros a buscar a esa mujer —dijo Daeman.

Los demás, incluida su madre, lo miraron con sorpresa.

—¿Te sientes preparado? —preguntó Ada.

Él ignoró la pregunta.

—Me necesitaréis para identificar a la mujer si la encontráis. A esa... Savi.

—Muy bien —dijo Harman—. Agradecemos su ayuda.

—Pero faxearemos por la mañana —dijo Daeman—. No esta noche. Estoy cansado.

—Por supuesto —dijo Ada. Miró a Hannah y Harman—. ¿Faxeamos de vuelta a Ardis?

—Tonterías —dijo Marina—. Seréis nuestros invitados esta noche. Tenemos cómodos domis para invitados en el nivel superior. —Captó la sutil mirada de Ada en dirección a Daeman—. Mi hijo ha estado muy cansado desde el... accidente. Puede que duerma diez horas o más. Si os quedáis como invitados, podréis marcharos juntos cuando se despierte. Después de desayunar.

—Por supuesto —repetió Ada. Había siete horas de diferencia entre Cráter París y Ardis (todavía no era la hora de la cena allá en Ardis Hall), pero como todos los viajeros de fax, estaban acostumbrados a adaptarse a los horarios locales,

—Os mostraremos vuestras habitaciones —dijo Marina, guiándolos mientras los servidores gemelos flotaban a su lado.

Las «habitaciones» eran en realidad pequeños domis, sofisticadas suites situadas un nivel por encima del habitáculo de Marina y Daeman y a las que se llegaba por medio de una amplia escalera de caracol. Hannah aprobó la suya pero luego salió a explorar por su cuenta Cráter París. Harman dio las buenas noches y desapareció en su domi. Ada cerró la puerta, inspeccionó los interesantes tapices, disfrutó de la vista del cráter desde el balcón (la lluvia había cesado y la luna y los anillos eran visibles entre las nubes dispersas) y luego entró y ordenó una cena ligera a los servidores. Después se dio un baño y se relajó en el agua cálida y perfumada durante media hora o más, sintiendo cómo el dolor de la tensión abandonaba sus músculos.

Había conocido a Harman hacía apenas doce días, pero parecía que hiciera mucho más tiempo. El hombre y sus intereses la fascinaban. Ada había acudido a una fiesta del solsticio de verano en la mansión de un amigo cerca de las ruinas de Singapur, no porque le gustaran las fiestas (tendía a evitar faxear y acudir a las fiestas cuando podía, y viajaba solamente a las casas de viejos amigos cuando se celebraban reuniones pequeñas), sino porque su joven amiga Hannah iba a ir y la había instado a que asistiera. La fiesta del solsticio fue divertida, a su modo, y mucha de la gente era interesante, ya que su amigo acababa de celebrar su cuarto Veinte (Ada siempre había disfrutado de la compañía de personas mayores que ella). Entonces conoció a Harman, con quien tropezó cuando salía de la biblioteca de la casa. El hombre era callado, incluso reticente, pero Ada entabló conversación con él usando algunas de las tácticas que sus amigos más listos habían usado con ella para conseguir que hablara más.

Ada no sabía qué pensar del truco que Harman había empleado para aprender a leer sin una función (no había confesado su habilidad hasta otra reunión en casa de otro amigo seis días antes de la reunión en Ardis Hall), pero cuanto más pensaba Ada en ello, más sorprendida estaba. Ada siempre se había considerado bien educada: se sabía todas las canciones y leyendas habituales, había memorizado las Once Familias y a todos sus miembros, conocía muchos de los fax-nódulos de memoria, pero la amplitud de conocimientos y la curiosidad literaria de Harman la dejaba sin habla.

El mapa que había colocado delante de Daeman (tan poco apreciado por la curiosa y aventurera Hannah) seguía sorprendiendo a Ada. Nunca se había topado con el concepto de «mapa» antes de que Harman le mostrara los diagramas hacía menos de una semana. Fue Harman quien le explicó que el mundo era una esfera. ¿Cuántos de los amigos de Ada sabían eso? ¿Cuántos de ellos se habían preguntado siquiera por la forma del mundo en el que vivían? ¿De qué servía aquel arcano fragmento de conocimiento? El «mundo» era tu hogar y usabas la red de faxes para ver a tus amigos y sus hogares. ¿Quién pensaba jamás en la forma de la estructura física que se extendía más allá de la red de faxes? ¿Y por qué iban a hacerlo?

Ada supo ya aquel primer fin de semana con Harman que el interés del hombre por los posthumanos que habían partido hacía tanto tiempo bordeaba la obsesión. No, se corrigió Ada, recostada en la cálida bañera y moviendo burbujas de sus pechos a su garganta con sus largos y pálidos dedos, *es una verdadera obsesión para Harman. No puede dejar de pensar en los posthumanos: dónde están, por qué se marcharon. ¿Con que sentido?*

Ada no sabía la respuesta, naturalmente, pero había llegado a compartir la apasionada curiosidad de Harman, abordándola como un juego, una aventura. Y él seguía haciendo preguntas que hacían que cualquier otro de los amigos de Ada simplemente se riera: *¿Por qué hay sólo un millón de humanos? ¿Por qué eligieron los posts ese número? ¿Por qué nunca uno más, ni uno menos? ¿Y por qué cien años asignados a cada uno de nosotros? ¿Por qué nos salvan incluso de nuestra propia estupidez para que podamos vivir cien años?*

Las preguntas eran tan simples y tan profundas que resultaban embarazosas: era como oír a un adulto preguntar por qué tenemos ombligo.

Pero Ada se había unido a la búsqueda de una máquina voladora, quizá de una nave espacial para poder viajar hasta los anillos y hablar con los posthumanos en persona, y ahora a esta leyenda de la Judía Errante, y cada día que pasaba traía más excitación.

Como Daeman siendo devorado por un alosaurio.

Ada se ruborizó, vio cómo su pálida piel se arrebolaba hasta la línea del agua y las burbujas. Aquello había sido terriblemente embarazoso. Ninguno de los otros invitados recordaba que hubiera sucedido nunca algo similar ¿Por qué no

habían ofrecido los voynix una protección mejor?

¿Qué son exactamente los voynix?, le había preguntado Harman doce días antes en el complejo de la casa del árbol, cerca de Singapur. ¿De dónde vienen? ¿Los construyeron los humanos de la Edad Perdida? ¿Son un producto de la demencia rubicón? ¿Los crearon los posts? ¿O son ajenos a este mundo y tiempo y están aquí por sus propios motivos?

Ada recordó su incómoda risa aquella tarde mientras estaban sentados en la terraza, el champán en la mano, cuando él hizo aquella pregunta tan absurda, tan serio. Pero ella no había podido responderla entonces, ni sus amigos en los días siguientes, aunque su risa fue más nerviosa aún que la suya propia, y ahora Ada, después de toda una vida de ver voynix cada día, los miraba con una curiosidad cercana a la alarma. Hannah había empezado a reaccionar de la misma forma.

¿Qué sois?, se había preguntado esa noche cuando salieron de su birlocho en Cráter París y dejaron allí al voynix, aparentemente sin ojos, el caparazón oxidado y la capucha correosa mojada por la lluvia, sus hojas asesinas retractadas pero sus manipuladores acolchados extendidos y enroscados, todavía sujetando las guías de su carruaje.

Ada salió del baño, se secó, se puso una fina bata y les dijo a los servidores que la dejaran. Salieron a través de una de sus membranas de pared osmóticas. Ada se asomó al balcón.

La habitación y el balcón de Harman estaban a la derecha de los suyos, pero la intimidad de los porches quedaba asegurada por un estrecho entramado de pantallas de fibra de bambú que se extendía tres palmos más allá de la barandilla del porche. Ada se acercó a la partición, se quedó en la barandilla un instante, contempló el ojo rojo del cráter de abajo, alzó la mirada hacia el cielo despejado con sus estrellas y anillos móviles, y entonces pasó la pierna por la barandilla sintiendo el suave y mojado bambú contra la carne del interior de su muslo un segundo antes de sacar el pie, descalzo, y palpar el camino a lo largo del fino borde de la división.

Durante un segundo quedó unida al porche solamente por la presión de los dedos de sus manos y sus pies, palpando a ciegas alrededor de la partición del otro lado para encontrar el saliente paralelo, sintiendo la gravedad tirar de ella hacia el vacío. *¿Cómo sería caer hacia este magma ardiente, saber que estaría muerta al cabo de unos segundos de caída libre terribles?* Nunca lo sabría. Si se soltaba ahora, si sus pies descalzos y sus dedos resbalaban, nunca recordaría los siguientes segundos y, minutos después, despertaría en los tanques de la fermería. Los posthumanos no concedían a los humanos recuerdos de sus propias muertes.

Ada apretó los pechos contra el borde de la partición, luchó por recuperar el equilibrio y pasó la pierna izquierda hasta que su pie descalzo encontró el estrecho borde de bambú que corría hasta el porche de Harman. No se atrevió a mirar para ver si Harman estaba fuera, en el balcón, o en la puerta de cristal:

toda su atención estaba concentrada en impedir que sus pies resbalaran, que sus pies no se deslizaran por el mojado y resbaladizo tribambú.

Llegó al porche y lo rebasó, aferrándose a la barandilla con tanta fuerza que los brazos le temblaron. Al sentir que su fuerza menguaba en un arrebatado postadrenalínico de debilidad, pasó rápidamente la pierna izquierda, sintiendo que la bata se le abría, y se arañó el interior del muslo con una junta de la barandilla.

Harman estaba sentado con las piernas cruzadas en un diván de cojines blancos, mirándola. Su balcón estaba iluminado por una vela única protegida por un cristal.

—Podrías haberme ayudado —susurró ella, sin saber por qué lo decía ni por qué susurraba. Vio que Harman tampoco llevaba otra cosa que una fina bata de seda, atada flojamente.

Él sonrió y negó con la cabeza.

—Lo estabas haciendo bien. Pero, ¿por qué no dar la vuelta y llamar?

Ada tomó aire y, por respuesta, aflojó el cinturón de su bata y la dejó abierta. El aire que llegaba de las alturas del cráter era frío, pero con corrientes de aire más cálido imbuidos en la brisa mientras ella acariciaba la parte inferior de su vientre.

Harman se levantó, se acercó a ella, la miró a los ojos y le cerró la bata, atándosela sin apenas rozarla con los dedos.

—Me siento honrado —dijo, también susurrando ahora—. Pero todavía no, Ada. Todavía no.

La tomó de la mano y la acercó al diván.

Cuando los dos estuvieron tumbados lado a lado, Ada parpadeando sorprendida y sonrojada por algo parecido a la humillación (aunque no estaba segura de si era por el rechazo o por su propio atrevimiento), Harman rebuscó tras el sillón y sacó dos paños turín de color crema. Dobló cada uno para que los microcircuitos bordados estuvieran adecuadamente en posición.

—Yo no... —empezó a decir Ada.

—Lo sé. Pero sólo por esta vez. Creo que algo importante está a punto de ocurrir. Vamos a compartirlo.

Ella se tumbó en los suaves cojines y dejó que Harman ajustara el turín en sus ojos. Notó que él se acostaba junto a ella, la mano derecha suavemente posada sobre su mano izquierda.

Imágenes y sonidos y sensaciones fluyeron.

Las llanuras de Ilión

Los dioses han venido a jugar. Más concretamente, han venido a matar.

La batalla lleva un rato en marcha con el dios Apolo atacando a los troyanos, con Atenea acicateando a los argivos y otros dioses recostados a la sombra de un árbol en la colina más cercana, riendo a ratos mientras Iris y sus otros criados les sirven vino. He visto al jefe tracio Píroo, un valiente aliado troyano, matar a Diore, el de los ojos grises con una piedra. Diore, comandante del contingente epeo de los griegos, cayó sólo con un tobillo roto después de que el enardecido Píroo lanzara la piedra, pero la mayoría de los camaradas de Diore retrocedieron, Píroo se abrió paso entre los pocos que quedaron para proteger a su capitán caído, y (ahora indefenso, el tobillo aplastado) el pobre Diore tuvo que quedarse allí tendido mientras Píroo atacaba, atravesaba el vientre del tracio con su larga jabalina y le sacaba las entrañas al hombre, enganchándolas en la punta afilada y retorciéndola mientras Diore gritaba.

Éste era el sabor de la última media hora de batalla y fue un alivio cuando Palas Atenea alzó la mano, obtuvo permiso de los otros dioses y detuvo en seco el tiempo y el movimiento.

Con mi visión ampliada (ampliada por las lentes de contacto de los dioses) ahora puedo ver a Atenea cruzar la tierra de nadie y preparar al hijo de Tideo, Diomedes, como máquina de matar. Lo digo casi literalmente. Como los propios dioses, y como yo, Diomedes el hombre será ahora en parte máquina, con sus ojos y su piel y su misma sangre ampliados por las nanotecnologías de alguna era futura muy superior a mi corto lapso de vida. Tras congelar el tiempo, Atenea coloca lentes de contacto similares a las mías en los ojos del aqueo, que le permitirán ver a los dioses y, de algún modo, refrenar un poco el tiempo cuando se concentre en el meollo de la acción, lo que triplicará (a los ojos sin amplificación de los testigos) su tiempo de reacción. Homero escribió que Atenea puso «al hombre en llamas» y ahora comprendo la metáfora: usando la nanotecnología imbuida en su palma y su antebrazo, Atenea está ocupada convirtiendo el campo electromagnético latente que rodea el cuerpo de

Diomedes en un verdadero campo de fuerza. En infrarrojo, el cuerpo y los brazos y el casco y el escudo de Diomedes arden de repente «con fuego incansable como la estrella que arde en la cosecha». Ahora advierto, al ver a Diomedes brillar con el denso ámbar del tiempo congelado por los dioses, que Homero debió de estar refiriéndose a Sirio, la Estrella Perro, la más brillante en el cielo griego (y troyano) a finales de verano. Está en el cielo esta noche.

Mientras sigo mirando, Atenea también inyecta miles de millones de máquinas moleculares nanotecnológicas en el muslo de Diomedes. Como siempre que se produce una nanoinvasión, el cuerpo humano la interpreta como una infección y la temperatura de Diomedes sube al menos cinco grados. Veo el ejército invasor de máquinas moleculares subir del muslo a su corazón, pasar de allí a los pulmones y brazos y piernas de nuevo; el corazón hace que su cuerpo brille todavía con más fulgor en mi visión infrarroja.

A mi alrededor, la muerte en el campo de batalla es contenida a la fuerza durante estos minutos extendidos. Diez metros a mi izquierda veo a un carro congelado en una burbuja de polvo y sudor humano y saliva equina. El auriga troyano (un hombre bajo y tranquilo llamado Fegeo, hijo del principal sacerdote troyano del culto al dios Hefesto y hermano del recio Ideo; en mis disfraces morfeados, he compartido el pan y el vino con Ideo una docena de veces en los últimos años), está petrificado en el acto de inclinarse por la parte delantera del carro, sujeto al borde con la mano izquierda, una larga jabalina en la derecha. Ideo está junto a su hermano, detenido en el acto de azuzar a los caballos inmovilizados mientras agarra las rígidas riendas con la otra mano. El carro ha sido detenido en el acto de atacar a Diomedes, todos los jugadores humanos son inconscientes de que la diosa Atenea lo ha parado todo mientras juega a las muñecas con su campeón elegido, vistiendo a Diomedes de campos de fuerza y lentes de contacto de ultravisión y nanoaumentadores como si fuera una preadolescente jugando con su Barbie. (Recuerdo a una niña pequeña jugando con muñecas Barbie, quizás una hermana de mi propia infancia. No creo que tuviera ninguna hija propia. No estoy seguro, naturalmente, pero los recuerdos que han vuelto a lo largo de los últimos meses son como añicos de cristal con reflejos nublados en ellos.)

Estoy lo suficientemente cerca del carro para ver el júbilo del combate cincelado en el rostro bronceado de Fegeo, y el miedo petrificado en sus ojos pardos que no pestañean. Si Homero contó esto correctamente, Fegeo estará muerto dentro de menos de un minuto.

Veo a otros dioses congregándose en el lugar de la batalla como cuervos carroñeros. Allí está Ares, dios de la guerra, cobrando solidez a mi lado de las líneas de batalla, acercándose al carro detenido en el tiempo que contiene a Ideo y su hermano condenado. Las palmas de Ares abren su propio campo de fuerza tras el carro petrificado que lleva a los dos hermanos hacia la muerte.

¿Por qué le importa a Ares lo que les suceda a estos dos? Ciertamente, a Ares no le hacen ninguna gracia los griegos: obviamente ha aprendido a odiarlos en esta guerra y los mata a través de sus instrumentos o por su propia mano cuando puede, pero, ¿por qué esta evidente preocupación por Fegeo o su hermano Ideo? ¿Es sólo un movimiento para contrarrestar la estrategia de Atenea al proteger a Diomedes? Este juego de ajedrez con seres humanos de verdad que caen y gritan y mueren se me antoja decadente, una obscenidad. Pero la estrategia sigue intrigándome.

Entonces recuerdo que el dios de la guerra es medio hermano de Hefesto, el dios del fuego, también nacido de la esposa de Zeus, Hera. El padre de Fegeo e Ideo, Dares, ha prestado largos y fieles servicios al dios del fuego dentro de las murallas de Troya.

Esta guerra idiota es más complicada y absurda que la guerra de Vietnam que medio recuerdo de mi juventud.

De repente, Afrodita, mi nueva jefa, se TCEa y cobra existencia treinta metros a mi izquierda. También está aquí para ayudar a los troyanos y disfrutar de la matanza. Pero...

En los últimos segundos detenidos antes de que el tiempo reemprenda su marcha, recuerdo que si la lucha real sigue el camino del viejo poema, la propia Afrodita resultará herida por Diomedes en la próxima hora. *¿Por qué acude a la batalla sabiendo que un mortal la herirá?*

La respuesta es la misma que me han recordado contra mi voluntad durante los últimos nueve años, pero ahora el hecho me golpea con la fuerza y la luz de una explosión nuclear: *¡Los dioses no saben qué va a pasar a continuación!* Parece que nadie más que Zeus puede ver la lista que tiene preparada el Hado.

Todos los escólics somos conscientes de esto: no nos está permitido, pues lo prohíbe Zeus, discutir acontecimientos futuros con los dioses, y ellos tienen prohibido preguntarnos por los cantos futuros de la *Iliada*. Nuestra tarea es sólo confirmar que el libro de Homero haya sido fiel a los acontecimientos del día que se nos encomienda observar y registrar. Muchas veces Nightenhelser y yo, mientras contemplamos a los Hombrecitos Verdes empujar sus caras de piedra hacia la orilla mientras el sol se pone en el mar, hemos comentado esta paradoja de la ceguera de los dioses respecto a los acontecimientos futuros.

Yo sé que Afrodita será herida hoy, pero la diosa misma no lo sabe. ¿Cómo puedo utilizar esta información? Si se lo dijera a Afrodita, Zeus lo sabría: no sé cómo, pero sé que lo sabría, y a mí me desintegraría y Afrodita sería castigada de una forma menor. *¿Cómo puedo usar el conocimiento de que Afrodita, la diosa que me ha dado estos regalos para que espíe, será, tal vez, herida por Diomedes en este día?*

No tengo tiempo para encontrar la respuesta. Atenea termina de jugar con Diomedes y suelta su tenaza sobre el espacio y el tiempo.

La luz real y el terrible ruido y el violento movimiento se reanudan. Diomedes se abalanza, el cuerpo y la cara y el escudo resplandecientes, la luz evidente para los otros mortales, visible para compañeros aqueos y enemigos troyanos.

Ideo completa el movimiento de azuzar los caballos. El carro se abalanza y rueda hacia la línea griega, directamente hacia el sobresaltado Diomedes.

Fegeo arroja su lanza contra Diomedes; falla por un pelo, la punta pasa por encima del hombro izquierdo del hijo de Tideo.

Diomedes, la piel arbolada, la frente ardiendo, sudorosa y febril por el calor de la batalla, arroja su propia lanza. Vuela recta y alcanza de lleno a Fegeo en el pecho (« entre las tetillas », creo que cantó Homero en griego). Fegeo cae hacia atrás, golpea el suelo y rueda varias veces, la lanza se rompe y se astilla mientras el cadáver se detiene en el polvo del carro en el que viajaba cinco segundos antes. La muerte, cuando viene, viene rápida en las llanuras de Ilión.

Ideo salta del carro, gira y se pone en pie, espada en mano, preparado para proteger el cuerpo de su hermano.

Diomedes empuña otra lanza y se abalanza de nuevo, obviamente dispuesto a acabar con Ideo de la misma manera que acaba de matar al hermano del joven. El troyano se da la vuelta para huir, dejando el cuerpo de su hermano en el polvo, lleno de pánico, pero Diomedes lanza con fuerza y tino, dirigiendo la larga vara hacia el centro de la espalda del joven que corre.

Ares, el dios de la guerra, vuela hacia delante (*literalmente* vuela hacia delante, usando el mismo tipo de arnés de levitación que los dioses me han suministrado) y detiene otra vez el tiempo, protegiendo a Ideo de la lanza, detenida ahora a treinta centímetros de la espalda del joven. Luego Ares extiende su campo de fuerza alrededor de Ideo y reanuda el tiempo lo suficiente para que el campo de energía rechace la lanza de Diomedes. Después Ares teleporta cuánticamente al aterrado joven y lo saca por completo del campo de batalla para ponerlo a salvo en algún lugar. Para los aturridos y aterrizados troyanos, es como si un parpadeo de negra noche les hubiera arrebatado a su camarada.

Así que el hermano de Ares, Hefesto, el dios del fuego, no habrá perdido a sus dos sacerdotes futuros, pienso yo, pero luego doy un salto para ponerme a cubierto mientras la batalla se reanuda y más griegos siguen a Diomedes a la brecha creada por la muerte de Fegeo. El carro vacío avanza sin rumbo por las llanuras rocosas y es capturado por los jubilados aqueos.

Ares regresa, Tceándose en semisolidez, una alta forma divina, para intentar animar a los troyanos y gritando con voz de dios para que se reagrupen y rechacen a Diomedes. Pero los troyanos están divididos: algunos corren aterrizados ante el avance del ardiente Diomedes, otros giran para obedecer la vibrante voz del dios. De repente, Atena cruza levitando por encima de las cabezas de griegos y troyanos, agarra a Ares por la muñeca y le susurra algo

urgentemente al enfurecido dios.

Los dos se TCean y se marchan.

Miro de nuevo a mi izquierda y la diosa Afrodita (invisible para los griegos y troyanos que combaten y maldicen y mueren a su alrededor) me indica con la mano que los siga.

Me pongo el Casco de la Muerte y me vuelvo invisible para todos los dioses excepto para Afrodita. Luego pulso el medallón que llevo al cuello y me TCeo detrás de Atenea y Ares, siguiendo sus pasos a través del espacio-tiempo tan fácilmente como seguiría unas pisadas en la arena mojada.

Es fácil ser un dios. Si tienes el equipo adecuado.

No se han teleportado muy lejos, a unos quince kilómetros, hasta un lugar sombreado en las riberas del Escamandro, al que los dioses llaman Janto, el caudaloso río que atraviesa las llanuras de Ilión. Cuando cobro solidez y me TCeo a unos quince pasos de ellos, Ares vuelve la cabeza y me mira directamente. Durante un instante sé que el Casco de Hades ha fallado, que me ven, que estoy muerto.

—¿Qué pasa? —pregunta Atenea.

—Me ha parecido sentir algo. Una sacudida. Una sacudida cuántica.

La diosa vuelve sus ojos grises hacia mí.

—Aquí no hay nada. Veo en todo el espectro de cambio de fase.

—Yo también —replica Ares y aparta su mirada de mí. Dejo escapar un tembloroso suspiro lo más silenciosamente que puedo; el Casco de Hades todavía me emboza. El dios de la guerra empieza a caminar de un lado a otro por la ribera del río—. Zeus está en todas partes hoy en día.

Atenea camina junto a él.

—Sí, Padre está furioso con todos nosotros.

—Entonces, ¿por qué lo provocas?

La diosa se detiene.

—¿Provocar, cómo? ¿Defendiendo a mis aqueos de la matanza?

—Preparando a Diomedes para que lleve a cabo una masacre —dice Ares. Advierto por primera vez el tono rojizo del pelo rizado del alto dios, de musculatura perfecta—. Eso es peligroso, Palas Atenea.

La diosa se ríe suavemente.

—Llevamos nueve años interviniendo en esta batalla. Es el juego, por el amor de Dios. Es lo que *hacemos*. Sé que planeas intervenir en defensa de tu amada Ilión hoy mismo, masacrando a mis argivos como si fueran ovejas. ¿No es peligrosa... la activa intervención por parte del dios de la guerra?

—No tan peligrosa como armar a un bando u otro con nanotecnología. No tan peligroso como dotarlos de campos de cambio de fase. ¿En qué estás pensando,

Atenea? Intentas convertir a estos mortales en dioses como nosotros.

Atenea vuelve a reírse, pero se pone seria cuando advierte que su risa enfurece más a Ares.

—Hermano, mi ampliación de Diomedes es breve, lo sabes. Sólo quiero que sobreviva a este encuentro. Afrodita, tu querida hermana, ya ha instado al arquero troyano Pándaro para que hiera a uno de mis favoritos, Menelao, e incluso mientras hablamos susurra al oído del arquero: *Mata a Diomedes*.

Ares se encoge de hombros. Sé que Afrodita es su aliada y su instigadora. Como un niño pequeño caprichoso (un niño pequeño y caprichoso de tres metros de altura con un campo de energía pulsante), encuentra una piedra plana y la lanza al agua.

—¿Y qué importa si Diomedes muere hoy o el año que viene? Es mortal. Morirá.

Ahora Atenea ríe abiertamente.

—Por supuesto que morirá, mi querido hermano. Y por supuesto que la vida o la muerte de un simple mortal no tienen ninguna consecuencia para nosotros... ni para mí. Pero debemos jugar al *Juego*. No dejaré que esa perra de Afrodita impida la voluntad de los Hados.

—¿Cual de nosotros conoce la voluntad de los Hados?—replica Ares, todavía haciendo un puchero, los brazos cruzados sobre su poderoso pecho.

—Padre lo hace.

—Eso dice él—dice el dios de la guerra con una mueca.

—¿Dudas de nuestro amo y señor?—el tono de Atenea es casi burlón.

Ares mira alrededor rápidamente y, por un segundo, temo haberme descubierto al hacer ruido donde estoy, de pie, en un peñasco plano, pues temo dejar mis huellas en la arena. Pero la mirada del dios de la guerra pasa de largo.

—No demuestro ninguna falta de respeto hacia nuestro Padre—dice Ares por fin, y su voz me recuerda a la de Richard Nixon cuando hablaba al micrófono oculto del Despacho Oval que sabía que estaba allí. Poniendo sus mentiras *on the record*—. Mi respeto y lealtad y amor son todos para Zeus, Palas Atenea.

—A lo cual sin duda nuestro Padre responde recíprocamente—comenta Atenea, sin ocultar ya el sarcasmo.

De repente, Ares alza la cabeza.

—¡Maldita seas!—exclama—. Me has traído aquí para apartarme del campo de batalla mientras los malditos aqueos siguen matando a más troyanos míos.

—Por supuesto.—Atenea pronuncia las dos palabras en tono de burla, y fugazmente creo que voy a ser testigo de algo que no he visto en todos los años que llevo aquí: una batalla cuerpo a cuerpo entre dos dioses.

En cambio, Ares da una patada a la arena en una muestra final de petulancia y se TCEa. Atenea se ríe, se arrodilla junto al Escamandro y se echa agua fría en

la cara.

—Idiota —susurra, para sí misma, supongo, pero lo tomo como una declaración dirigida hacia mí, protegido únicamente por el campo de distorsión del Casco de Hermes. «Idiota» me parece una valoración muy adecuada de mi estupidez.

Atenea se Tcea de vuelta al campo de batalla. Al cabo de un minuto dedicado a temblar por mi propia estupidez, cambio de fase y la sigo.

Los griegos y troyanos siguen matándose unos a otros. Qué noticia.

Busco al otro escólico visible en el campo. Para el ojo inexperto, Nightenhelser no es más que otro soldado de infantería troyano que se mantiene apartado de lo peor de la lucha, pero veo el delator brillo verde con el que los dioses nos han marcado a los escólicos cuando estamos morfeados, así que me quito el Casco de Hades, me morfeo en Falces (un troyano que morirá a manos de Antíloco y tal y tal), y me reúno con Nightenhelser, que se encuentra en un promontorio bajo contemplando la matanza.

—Buenos días, escólico Hockenberry —me dice cuando me acerco. Hablamos en inglés. Ningún otro troyano está lo bastante cerca para oírnos por encima del estrépito del bronce y el rumor de los carruajes, y los miembros de ambas coaliciones están acostumbrados a extraños lenguajes tribales y dialectos.

—Buenos días, escólico Nightenhelser.

—¿Dónde has estado durante la última media hora o así?

—Me he tomado un descanso —digo. Suele pasar. A veces la carnicería llega a ser demasiado incluso para nosotros los escólicos y nos Tceamos lejos de Troya para pasar una horita tranquilos o para tomar un buen vaso de vino—. ¿Me he perdido mucho?

Nightenhelser se encoge de hombros.

—Diomedes atacó hace unos veinte minutos y fue alcanzado por una flecha. Justo según lo previsto.

—La flecha de Pándaro —digo yo, asintiendo. Pándaro es el mismo arquero teucro que hirió antes a Menelao.

—Vi a Afrodita incitar a Pándaro —dice Nightenhelser. El hombretón tiene las manos en los bolsillos de su burda capa. Las capas troyanas no tienen bolsillos, naturalmente, así que Nightenhelser se los ha cosido.

Esto sí que era noticia. Homero no cantó que Afrodita instara a Pándaro a disparar a Diomedes, sólo que hiriera a Menelao para que la guerra continuara. El pobre Pándaro es literalmente un muñeco de los dioses este día... su último día.

—¿Una herida grave la de Diomedes? —pregunto.

—En el hombro. Esténelo estaba presente y le sacó la flecha, que no estaba

envenenada. Atenea se Tceó en la lucha un minuto antes, tomó a su mascota Diomedes y puso energía en sus miembros, « sus pies y sus manos luchadoras» .

Nightenhelser estaba citando alguna traducción de Homero con la que no estoy familiarizado.

—Más nanotecnología —digo—. ¿Ha encontrado Diomedes al arquero y lo ha matado ya?

—Hace unos cinco minutos.

—¿Soltó Pándaro ese interminable discurso antes de que Diomedes lo matara? —pregunto. En mi traducción favorita, Pándaro se lamenta por su destino en unos cuarenta versos, mantiene un largo diálogo con un capitán troyano llamado Eneas (sí, ese Eneas), y los dos atacan a Diomedes en un carro, arrojando lanzas al herido aqueo.

—No —dice Nightenhelser—. Pándaro sólo dijo « carajo» cuando la flecha falló su objetivo. Luego saltó al carro con Eneas, disparó una flecha que atravesó el escudo y la coraza de Diomedes (pero no le hirió), y dijo « mierda» un segundo antes de que la lanza de Diomedes le diera entre los ojos. Otro caso, supongo, de licencia poética de Homero en los discursos.

—¿Y Eneas? —Ese encuentro es crucial para la historia, además de para la *Iliada*. No puedo creer que me lo haya perdido.

—Afrodita lo salvó hace un minuto —confirma Nightenhelser. Eneas es el hijo mortal de la diosa del amor y ella lo cuida con mimo—. Diomedes aplastó el hueso de la cadera de Eneas con una roca, igual que en el poema, pero Afrodita protegió a su chico herido con un campo de fuerza y se lo está llevando del campo. Diomedes se quedó bien jodido.

Me cubro los ojos con la mano.

—¿Dónde está ahora Diomedes?

Pero veo al guerrero griego antes de que Nightenhelser pueda señálmelo, a unos cien metros de distancia, en el centro de una refriega, muy por detrás de las líneas troyanas. Hay una bruma de sangre en el aire alrededor del brillante Diomedes y un montón de cadáveres a cada lado del aqueo, que se sacude, golpea, apuñala. El aumentado Diomedes parece abrirse paso a través de oleadas de carne humana para alcanzar a Afrodita, que se aparta lentamente.

—Jesús —digo en voz baja.

—Sí —responde el otro escólico—. En los últimos minutos ha matado a Astinoo e Hipirón, Abante y Poliido, Janto y Toon, Equemón y Cromio... todos los Pares capitanes.

—¿Por qué de dos en dos? —pregunto, pensando en voz alta.

Nightenhelser me mira como si yo fuera un alumno algo torpe de una de sus clases de 1890.

—Iban en *carro*, Hockenberry. Dos hombres por carro. Diomedes los mató cuando los carros lo atacaron.

—Ah —digo, cortado. Mi atención no está centrada en los capitanes teucros asesinados, sino en Afrodita. La diosa acaba de detenerse en su retirada de las líneas troyanas, todavía llevando al herido Eneas, y ahora se vuelve a un lado y a otro, claramente visible para los asustados troyanos que huyen del ataque de Diomedes. Afrodita obliga a los combatientes troyanos a volver a la lucha con puñaladas de electricidad y titilantes empujones de campo de fuerza.

Diomedes ve a la diosa y, enloquecido, se abre paso a través de una última línea protectora de troyanos para enfrentarse a la diosa misma. No habla, sino que prepara su larga lanza. Afrodita levanta un campo de fuerza como si nada, todavía llevando al herido Eneas, y está claro que no le preocupa el ataque de un simple mortal.

Ha olvidado las modificaciones que le ha hecho Atenea a Diomedes.

Diomedes da un salto hacia delante, el campo de fuerza de la diosa chisporrotea y cede, el aqueo avanza con su larga lanza y la vara y la punta atraviesan el campo de fuerza personal de Afrodita, el peplo de seda y la carne divina. La punta de la lanza, afilada como una navaja, corta la muñeca de la diosa de modo que asoman el músculo rojo y el hueso blanco. Icor dorado, más que sangre roja, chorrea en el aire.

Afrodita contempla la herida durante un segundo y entonces grita: un chillido inhumano, algo enorme y amplificado, un rugido femenino surgido de una batería de amplificadores de un concierto de rock del infierno.

Retrocede, todavía gritando, y suelta a Eneas.

En vez de continuar su ataque a Afrodita, Diomedes desenvaina la espada y se dispone a decapitar al inconsciente Eneas.

Febo Apolo, señor del arco plateado, se Tcea y solidifica entre el enloquecido Diomedes y el teucro caído y mantiene al aqueo a raya con un pulsante hemisferio de campo de plasma. Cegado por la sed de sangre, Diomedes acomete contra el campo de fuerza, su propio campo de energía choca contra el escudo defensivo amarillo de Apolo. Afrodita sigue mirándose la muñeca herida y parece a punto de desmayarse y quedarse allí tirada, indefensa, delante del airado Diomedes. La diosa es incapaz de concentrarse lo suficiente para Tcearse mientras siente tanto dolor.

De repente su hermano Ares llega en un ardiente carro volador, apartando a troyanos y griegos por igual mientras ensancha la huella de plasma del navío para que aterrice junto a su hermana. Afrodita farfulla y gime de dolor, intentando explicar que Diomedes se ha vuelto loco.

—¡Sería capaz de combatir con el Padre Zeus! —chilla la diosa, desplomándose en los brazos del dios de la guerra.

—¿Puedes pilotar esto? —inquire Ares.

—¡No! —Afrodita se desmaya. Cae en brazos de Ares, todavía acunándose la mano izquierda herida con la mano derecha, ensangrentada... o icoriada.

Verlo es extrañamente perturbador. Los dioses y las diosas no sangran. Al menos no lo han hecho en los nueve años que llevo aquí.

La diosa Iris, la mensajera personal de Zeus, aparece en el campo de batalla entre el carro y el campo de fuerza de Apolo, donde el dios sigue protegiendo al caído Eneas. Los troyanos han retrocedido con los ojos desorbitados de espanto y los campos de energía solapados mantienen a raya a Diomedes. El aqueo irradia calor y furia en visión infrarroja, como un guerrero de lava latiente.

—Llévala con su madre —ordena Ares, colocando a la inconsciente Afrodita en el suelo del carruaje sin caballos. Iris alza el vehículo de energía hacia el cielo y lo cambia de fase fuera de la vista.

—Sorprendente —dice Nighthelser.

—Jodidamente fantástico —digo yo. Es la primera vez en mis más de nueve años aquí que he visto a un griego o un troyano atacar con éxito a un dios. Me vuelvo hacia Nighthelser, que me mira escandalizado. A veces me olvido de que el escólico pertenece a un siglo anterior al mío—. Bueno, pues lo es —digo a la defensiva.

Quiero seguir a Afrodita al Olimpo y ver qué ocurre entre ella y Zeus. Homero escribió al respecto, naturalmente, pero ya ha habido suficiente disparidad entre el poema y los acontecimientos reales de hoy para picar mi interés.

Empiezo a separarme de Nighthelser (quien contempla los acontecimientos tan embelesado que no advierte mi marcha) y me preparo para colocarme el Casco de Hades y girar los controles del medallón TC personal. Pero algo sucede en el campo de batalla.

Diomedes deja escapar un grito de guerra tan fuerte como el grito de dolor de Afrodita, que todavía resuena, y entonces el aqueo aumentado ataca de nuevo a Apolo y Eneas. Esta vez, el cuerpo nano-reforzado de Diomedes y su espada en fase atraviesan las capas exteriores del escudo de energía de Apolo.

El dios permanece inmóvil mientras Diomedes ataca y se abre paso a través del titilante campo de fuerza, como un hombre que empuja nieve invisible.

Entonces la voz de Apolo resuena con una amplificación que debe ser audible a cuatro o cinco kilómetros.

—¡Piensa, Diomedes! ¡Retrocede! Ya basta de esta locura mortal... guerrear con los dioses. No somos de la misma raza, humano. Nunca lo fuimos. Nunca lo seremos.

Apolo aumenta de tamaño, de sus imponentes tres metros de altura pasa a convertirse en un gigante de más de seis.

Diomedes detiene su ataque y retrocede, aunque es imposible decir si lo hace por miedo o por puro agotamiento.

Apolo se agacha y vuelve opacos los campos de fuerza a su alrededor y alrededor del caído Eneas. Cuando la niebla negra desaparece, un minuto más

tarde, el dios se ha ido, pero Eneas sigue allí tendido, herido, con la cadera rota, sangrando. Los guerreros troyanos corren a formar un círculo en torno a su líder caído y abandonado antes de que Diomedes lo mate.

No es Eneas. Sé que Apolo ha dejado un holograma táctil tras él y se ha llevado al auténtico príncipe herido a las alturas de Pérgamo (la ciudadela de Ilión), donde las diosas Leto y Artemisa, la hermana de Ares, usarán su medicina divina nanotecnológica para salvarle la vida a Eneas y restañar sus heridas en cuestión de minutos.

Me dispongo a regresar al Olimpo cuando de repente Apolo se TCEa de vuelta al campo de batalla, oculto a la visión de los mortales. Ares, que todavía arenga a los troyanos tras su casco defensivo, alza la cabeza cuando llega el otro dios.

—Ares, destructor de hombres, asaltante de murallas, ¿vas a dejar que ese puñado de mierda te insulte de esa forma? —Invisible a los aqueos, Apolo señala al jadeante Diomedes, que se recupera.

—¿Insultarme a mí? ¿Cómo me ha insultado?

—Idiota —trueno Apolo con frecuencias ultrasónicas audibles solamente a los dioses y los escólicos y los perros de Troya, quienes responden con un terrible aullido—. Ese... ese *mortal* acaba de atacar a la diosa del amor, tu hermana. Le ha seccionado los tendones de su muñeca inmortal. Diomedes incluso me ha atacado a *mí*, uno de los dioses más poderosos de los posthumanos. ¡Atenea lo ha transformado en una especie de suprahumano para convertir en el hazmerreír de todos a Ares, dios de la guerra, hediondo de sangre!

Ares vuelve la cabeza hacia el jadeante Diomedes, que ha estado ignorando al dios desde que fracasó en su intento por atravesar el campo de fuerza.

—¿Se burla *de mí*? —chilla Ares con un grito que todos pueden oír desde aquí al monte Olimpo. He advertido a lo largo de los años que Ares es bastante estúpido para tratarse de un dios. Lo está demostrando hoy—. ¿¿Se atreve a mofarse *de mí*!?

—Mátalo —exclama Apolo, todavía hablando en ultrasonidos—. Córtale la cabeza y cómetela.

Y el dios del arco plateado se TCEa.

Ares se está volviendo loco. Decido que no puedo marcharme todavía. Quiero desesperadamente TCEar de vuelta al Olimpo y ver hasta qué punto está malherida Afrodita, pero esto es demasiado interesante para perdmelo.

Primero, el dios de la guerra se morfea en el corredor Acamas, príncipe de Tracia, y corre de un lado a otro entre los teucros congregados, instándolos a volver a la batalla y expulsar a los griegos del saliente que han creado al seguir a Diomedes hasta las líneas troyanas. Luego Ares se morfea en Sarpedón y tiente a Héctor: el héroe se contiene de luchar con extraña reticencia. Avergonzado por lo que piensa que son acusaciones de Sarpedón, Héctor se reúne con sus

hombres. Cuando Ares ve que Héctor está arengando al cuerpo principal de combatientes troyanos, el dios se vuelve él mismo y se une al círculo de luchadores que mantienen a los griegos alejados del holograma del inconsciente Eneas.

Confieso que nunca he visto una lucha tan feroz en los nueve años que llevo aquí.

Si Homero nos enseñó algo, es que el ser humano es un receptáculo débil, un envoltorio carnoso de sangre y tripas sueltas a punto de ser desparramadas.

Se están desparramando ahora.

Los aqueos no esperan a que Ares tenga una nueva oportunidad, sino que atacan con carros y lanzas siguiendo el salvaje liderazgo de Diomedes y Odiseo. Los caballos relinchan. Los carros se astillan y vuelcan. Los jinetes conducen sus monturas hacia una muralla de lanzas y brillantes escudos. Diomedes arde de nuevo en primera línea, llamando a sus hombres a la batalla mientras mata a todo troyano que se pone a su alcance.

Apolo vuelve al campo de batalla en un remolino de bruma púrpura y suelta al curado Eneas (el Eneas auténtico) en la refriega. El joven ha sido sanado y más que eso: fluye con luz igual que hizo el modificado Diomedes cuando Atenea terminó con él. Los troyanos, que atacan ya siguiendo a Héctor, sueltan un alarido conjunto al ver a su príncipe resucitado y contraatacan.

Ahora son Eneas y Diomedes quienes lideran la lucha en bandos opuestos, matando capitanes enemigos a puñados, mientras Apolo y Ares instan a más troyanos a unirse a la pelea. Veo como Eneas mata a los descuidados gemelos aqueos, Orsiloco y Cretón.

Ahora Menelao, recuperado de su herida, hace a un lado a Odiseo y acomete contra Eneas. Oigo reírse a Ares. Al dios de la guerra le encantaría que el hermano de Agamenón, el verdadero marido de Helena, el hombre que inició esta guerra al maltratar a su esposa, cayera muerto este día. Eneas y Menelao se detienen a la distancia de un brazo, los otros combatientes se apartan para respetar su *aristeia*, las lanzas de los dos guerreros fintan y avanzan, fintan y avanzan.

De repente, Antíloco, el hermano de Néstor, buen amigo del casi olvidado Aquiles, salta para colocarse hombro con hombro junto a Menelao, obviamente temeroso de que la causa griega muera con su capitán si él no interviene.

Enfrentado a dos ejecutores legendarios en vez de a uno, Eneas retrocede.

A doscientos metros al este de esta confrontación, Héctor ha atacado la línea aquea con tal ferocidad que incluso Diomedes retrocede con sus hombres. Con su visión aumentada, Diomedes ve a Ares (invisible a los demás) luchando al lado de Héctor.

Todavía quiero marcharme, para ver cómo está Afrodita, pero no puedo irme ahora. Veo que Nighthelser toma notas frenéticamente en su ansible grabador.

Esto me da risa, ya que los miles de nobles troyanos y argivos que combaten aquí son todos tan analfabetos como niños de dos años. Si descubrieran las anotaciones de Nightenhelser, incluso en griego, no significarían nada para ellos.

Todos los dioses intervienen en la acción ahora.

Hera y Atenea cobran existencia con un parpadeo, la esposa de Zeus obviamente insta a Atenea a que participe en la lucha. Atenea no se resiste. Hebe, la diosa de la juventud y servidora de los dioses mayores, aparece en un carro volador. Hera toma el control, y Atenea también salta a bordo, dejando caer su peplo mientras se ciñe la loriga. La camisa de batalla de Atenea brilla. Levanta un chispeante escudo de energía de amarillo brillante y pulsante rojo, y su espada envía rayos de luz a la Tierra.

—¡Mira!

Es Nightenhelser que me grita por encima del fragor. Cae un relámpago auténtico proveniente del norte, una alta capa de oscuros estratocúmulos se alza a doce mil metros o más en el cálido cielo de la tarde. La nube de pronto cobra la forma del rostro de Zeus.

—ADELANTE PUES, ESPOSA E HIJA —ruge el trueno de la tormenta—. ATENEA, A VER SI ERES RIVAL PARA EL DIOS DE LA GUERRA. ¡ABÁTELO SI PUEDES!

Nubes negras gravitan sobre el campo de batalla mientras la lluvia y los truenos golpean a troyanos y argivos por igual.

Hera hace descender el carro sobre las cabezas de los griegos, más abajo todavía para abatir a los troyanos como alfileres de cuero y bronce.

Atenea salta a un carro real junto al agotado Diomedes y su fiel auriga, Estenelo.

—¿Has acabado por hoy, mortal? —le grita a Diomedes; la última palabra rezuma sarcasmo—. ¿No le llegas a tu padre ni a la suela de los zapatos que te detienes cuando tus oponentes mantienen así el terreno?

Indica el lugar donde Héctor y Ares barren a los griegos con su carga.

—Diosa —le jadea Diomedes—, el inmortal Ares protege a Héctor y...

—¿NO TE PROTEJO YO A TI? —ruge Atenea, de cuatro metros y medio de altura y creciendo, alzándose sobre el brillo en extinción de Diomedes.

—Sí, diosa, pero...

—¡Diomedes, alegría de mi corazón, mata a ese troyano y al dios que lo protege!

Diomedes parece sobresaltado, incluso horrorizado.

—Los mortales no podemos matar a los dioses...

—¿Dónde está escrito eso? —trueno Atenea y se inclina sobre Diomedes, inyectándole algo nuevo, transfiriéndole energía de su campo divino personal. La diosa agarra al indefenso Estenelo y lo arroja a diez metros del carro. Atenea empuña las riendas del carro de Diomedes y fustiga los caballos, dirigiéndose

hacia Héctor y Ares y todo el ejército troyano.

Diomedes apresta su lanza como si en efecto planeara matar un dios: a Ares.

Y Afrodita quiere utilizarme a mí para que mate a la propia Atenea, pienso, el corazón desbocado de terror y excitación. Las cosas pueden pronto ser muy distintas de lo que Homero predijo, aquí, en las llanuras de Troya.

Sobre el cinturón de asteroides

La nave empezó a decelerar en cuanto dejó la magnetosfera jupiterina, de manera que su gran arco balístico sobre el plano de la eclíptica hasta Marte, al otro lado del Sol, tardaría no varias horas sino varios días. Eso les venía bien a Mahnmut y a Orphu de Io, ya que tenían muchas cosas sobre las que discutir.

Poco después de su partida, Ri Po y Koros III, desde el módulo de control de proa, anunciaron que iban a desplegar la vela de boro. Mahnmut contempló a través de los sensores de la nave cómo se desplegaba la vela circular y los seguía siete kilómetros por detrás, sujeta por ocho cables, y luego extendía su radio completo de cinco kilómetros. A Mahnmut le pareció un círculo negro sacado del campo estelar mientras observaba el vídeo de popa.

Orphu salió de su nido en el casco y reptó por el cable principal, a lo largo del toro solenoide, y luego por los cables de apoyo como un Quasimodo en forma de herradura, comprobándolo todo, tirando de todo, impulsándose por chorros de reacción sobre la superficie de la vela para comprobar grietas o rendijas o imperfecciones. No encontró nada anómalo y volvió a la nave con una extraña e imperiosa gracia en gravedad cero.

Koros III ordenó que dispararan el achicador magnético modificado Matloff/Fennelly y Mahnmut sintió y registró las energías de la nave cambiando mientras el aparato colocado en la proa de la nave generaba un radio de campo achicador de 1.400 kilómetros, absorbiendo iones sueltos y concentrándose en recolectar viento solar.

¿Cuánto va a tardar esto en hacernos decelerar lo suficiente para detenernos en Marte?, preguntó Mahnmut por la línea común, pensando que respondería Orphu.

Fue el imperioso Koros III quien respondió: *A medida que la velocidad de la nave disminuya y la zona efectiva del achicador aumente, manteniendo siempre la temperatura de la vela para que no exceda su punto de fusión de dos mil grados Kelvin, la masa de la nave igualará 4×10^6 , y por tanto la disminución de nuestra velocidad actual de 0,1992 c a 0,0001 c (el punto de colisión inelástico) requerirá*

23,6 años estándar.

¡Veintitrés coma seis años estándar!, exclamó Mahnmut por la línea común. Era más tiempo de discusión de lo que había esperado.

Eso nos frenaría sólo a una velocidad aceptable de 300 kilómetros por segundo, dijo Koros III. *Una milésima de la velocidad de la luz no es nada despreciable cuando vamos hacia dentro del sistema.*

Parece que el aterrizaje en Marte va a ser duro, dijo Mahnmut.

Orphu emitió un sonido rugiente por la línea.

El navegante calistano se puso en comunicación: *No vamos a depender solamente de la deceleración de la vela de boro ionizado*, Mahnmut. *El viaje real requerirá poco menos de once años estándar. Y nuestra velocidad al entrar en la órbita de Marte será inferior a sesenta kilómetros por segundo.*

Eso está mejor, dijo Mahnmut. Estaba en la cabina de control de *La Dama Oscura*, pero todos sus sensores y controles familiares estaban apagados. Era extraño estar recopilando datos que no fueran de su propio soporte vital en los sensores de la nave más grande. *¿Qué crea la diferencia?*

El viento solar, dijo Orphu a través de la línea dura del casco-cuna. *Aquí su media es de 300 km/sg con una densidad iónica de 10^6 protones/m³. Empezamos con medio tanque de hidrógeno jupiterino y un cuarto de tanque de deuterio, vamos a obtener más hidrógeno y deuterio del viento solar con el absorbedor Matloff Fennelly y dispararemos los cuatro motores de fusión de la proa justo después de pasar el Sol. Ahí es donde la auténtica deceleración empezará a hacer efecto.*

No veo la hora de que llegue el momento, dijo Mahnmut.

Yo tampoco, respondió Orphu de Io. Emitió de nuevo aquel ruido, entre el rumor y el estornudo. Mahnmut pensó que el enorme moravec o bien no tenía sentido del humor o lo tenía enormemente agudo.

Mahnmut leyó *À la recherche du temps perdu*, de Proust, mientras la nave pasaba a unos 140.000.000 kilómetros del Cinturón de Asteroides.

Orphu había descargado el idioma francés con todas sus complicaciones además de la novela y la información biográfica sobre Proust, pero Mahnmut acabó leyendo el libro en cinco traducciones al inglés porque el inglés era el idioma perdido en el que concentró sus propios estudios en el último siglo-t y medio y se sentía más cómodo juzgando la literatura en ese idioma. Orphu se rio de esto y le recordó al pequeño moravec que comparar a Proust con el Shakespeare que tanto amaba Mahnmut era un error, que eran tan diferentes en sustancia como el rocoso mundo terraformado sistema adentro al que se dirigían

y sus familiares lunas de Júpiter, pero Mahnmut lo leyó de nuevo en inglés de todas formas.

Cuando terminó (sabiendo que había sido una multilectura rutinaria, pero ansioso por empezar el diálogo) contactó con Orphu por tensorrayo, ya que el moravec ioninano estaba fuera de su nido, comprobando de nuevo los cables de la vela de boro, atado firmemente a cables de seguridad esta vez a causa del aumento de la deceleración.

No sé, dijo Mahnmut. *No lo veo así. A mí todo esto me parecen los devaneos de un esteta.*

¿Esteta? Orphu giró uno de sus tentáculos comunicadores para conectar con el tensorrayo mientras sus manipuladores y flagelos estaban ocupados soldando un cable conector. Para Mahnmut, que lo veía en vídeo, el arco de soldadura blanco parecía una estrella contra la negra vela que había detrás de la torpe masa de Orphu. *Mahnmut, ¿hablas de Proust o de su narrador-Marcel?*

¿Hay alguna diferencia? Incluso mientras enviaba la sarcástica pregunta, Mahnmut sabía que estaba siendo injusto. Había enviado a Orphu cientos, quizá miles de e-mails a lo largo del último medio siglo-t, explicando la diferencia entre el Poeta, llamado «Will» en los sonetos, y el artista histórico llamado Shakespeare. Sospechaba que Proust, denso e impenetrable, sería igualmente complejo cuando se trataba de identificar autor y personajes.

Orphu de lo ignoró la pregunta y envió: *Admite que te ha encantado la visión cómica de Proust. Es, por encima de todo, un escritor cómico.*

¿Había una visión cómica? He visto poco humor en la obra, Mahnmut — hablaba en serio. El sentido del humor humano no le era extraño a Mahnmut ni a los moravec: incluso los primeros robots espaciales, autoevolutivos y tenuemente sentientes, creados y enviados por la raza humana antes de la pandemia rubicón, habían sido programados para comprender el humor. La comunicación con los seres humanos (la comunicación real, bidireccional) habría sido imposible sin humor. Era algo tan humano como la furia o la lógica o los celos o el orgullo: elementos todos que había encontrado en la interminable novela de Proust. *¿Pero Proust y sus protagonistas vistos como un escritor cómico de personajes cómicos? Mahnmut no lo veía así, y si Orphu estaba en lo cierto, era un fallo importante. Había sido Mahnmut quien había pasado décadas encontrando el humor y la sátira en las obras del bardo, Mahnmut quien había sacado a la luz incluso la más leve ironía de los sonetos de Shakespeare.*

Escucha, dijo Orphu mientras corría por uno de los tensos cables de vuelta a la nave, los propulsores de reacción latiendo. *Lee esta parte de Un amor de Swann otra vez. Es cuando Swann, enamorado de la infiel y casquivana Odette, utiliza toda su habilidad como chantajista emocional para impedir que vaya al teatro sin él. Escucha el humor aquí, amigo mío.* Descargó el texto.

—Te juro —le dijo, poco antes de que ella se marchara al teatro—, que al pedirte que no vayas no esperaré, si fuera un hombre egoísta, solamente que rehusaras, pues tengo un millar de otras cosas que hacer esta noche y me sentiría atrapado yo mismo, o más bien molesto, si, después de todo, me dijeras que no vas a ir. Pero mis ocupaciones, mis placeres no lo son todo: debo pensar también en ti. Puede llegar el día en que, al verme irrevocablemente apartado de ti, tengas derecho a reprocharme no haberte advertido en la hora decisiva en que sentí que estaba a punto de juzgarte, uno de esos juicios severos que el amor no puede resistir mucho tiempo. Verás, tu *Nuit de Cléopâtre* (¡vaya título!) no tiene nada que ver con el asunto. Lo que debo saber es si en efecto eres una de esas criaturas del más bajo grado de mentalidad e incluso de encanto, de esas despreciables criaturas que son incapaces de perdonar un placer. Y si lo eres, ¿cómo podría nadie amarte?, pues no eres ni siquiera una persona, una entidad claramente definida, imperfecta pero al menos perfectible. Eres un agua informe que correrá por cualquier pendiente que se le ofrezca, un pez carente de memoria, incapaz de pensamiento, que pasa toda su vida en su acuario y continuará golpeándose cien veces al día contra la pared de cristal, confundiéndola siempre con el agua. ¿Te das cuenta de que tu respuesta tendrá el efecto...? No diré de hacer que deje de amarte inmediatamente, por supuesto, sino de hacer que seas menos atractiva a mis ojos cuando me dé cuenta de que no eres una persona, de que estás por debajo de todo en el mundo y eres incapaz de elevarte un centímetro. Obviamente, habría preferido pedirte de manera casual o sin importancia que no vayas a tu *Nuit de Cléopâtre* (ya que me obligas a ensuciar mis labios con un nombre tan abyecto) con la esperanza de que vayas de todas formas. Pero, al haber decidido plantearte ese tema, para obtener tan drásticas consecuencias de tu respuesta, me pareció más honorable hacerte la debida advertencia.

Mientras tanto, Odette había mostrado signos de emoción e incertidumbre cada vez mayores. Aunque no comprendía el significado de este discurso, entendió que debía ser incluido en la categoría de « arengas » y escenas de reproche o súplica, como su familia le permitía en el trato con los hombres, sin prestar atención a las palabras que se susurraban, para concluir que no servirían a menos que estuvieran enamorados, y que como estaban enamorados, era innecesario obedecerlas, ya que más tarde sólo estarían más enamorados. Y por eso habría escuchado a Swann con la mayor tranquilidad si no hubiera advertido que se estaba haciendo tarde, y que si seguía hablando mucho más ella « nunca », como él le dijo con una sonrisa amistosa, obstinada aunque levemente abatida, « llegaría a tiempo para la Obertura » .

Mahnmut se rio con ganas en los estrechos confines de la sala de control presurizada de *La Dama Oscura*. Ahora lo captó. El humor era brillante. Había leído aquel párrafo la primera vez concentrándose en la emoción humana de los celos y en el esfuerzo evidente del personaje, Swann, por manipular la conducta de la mujer llamada Odette. Ahora estaba... claro.

Gracias, le dijo a Orphu mientras el moravec de quince metros en forma de cangrejo de herradura se acomodaba en su nido. *Creo que ahora percibo el humor. Me gusta. No se parece en nada al tono y el lenguaje y la estructura de Shakespeare, pero en cierto modo es... lo mismo.*

La obsesión por el enigma de lo que significa ser humano, sugirió Orphu. *Tu Shakespeare mira todas las facetas de la humanidad a través de la reacción a los acontecimientos, encontrando lo profundo e interno a través de personajes que se definen como acciones. Los personajes de Proust se sumergen en el recuerdo para ver las mismas facetas. Tal vez tu bardo es más parecido a Koros III, que nos conduce en esta expedición. Mi dulce Proust es más parecido a ti, envuelto en la crisálida de La Dama Oscura y sumergiéndose en las profundidades, buscando la geografía de arrecifes y el duro fondo y otros seres vivos y todo el mundo a través de la ecolocalización.*

Mahnmut reflexionó acerca de aquello varios ricos nanosegundos. *No comprendo cómo tu Proust resolvió este enigma... o más bien, cómo intentó resolverlo, a través de la inmersión en la memoria.*

No sólo en la memoria, Mahnmut, amigo mío, sino en el tiempo.

A decenas de metros de distancia, protegido por el casi invulnerable e impenetrable doble casco de su sumergible y el de la nave que lo llevaba, Mahnmut sintió como si el ioniano hubiera extendido un apéndice y lo hubiera tocado de alguna manera personal y profunda.

El tiempo está separado de la memoria, murmuró Mahnmut a través de su línea privada, hablando ahora sobre todo para sí mismo, *¿pero está alguna vez la memoria separada del tiempo?*

¡Exactamente!, tronó Orphu. *Exactamente. Los protagonistas de Proust, principalmente el narrador «Yo» o «Marcel», pero también, nuestro pobre Swann, tienen tres oportunidades para escudriñar y resolver el tupido enigma de la vida. ¡Sus tres intentos fracasan, pero de algún modo la historia en sí tiene éxito, a pesar de los fallos de su narrador e incluso de su autor!*

Mahnmut reflexionó sobre esto en silencio durante un rato. Cambió su visión de cámara externa a cámara externa, mirando más allá de las complejidades de la nave y su aterradora vela circular, hacia «abajo», hacia las rocas, hacia el Cinturón. Deseó que la imagen ofreciera ampliación total y allí la tuvo.

Un asteroide solitario giraba contra la negrura. No había ningún peligro de impacto. No sólo su nave estaba ya a 150.000.000 de kilómetros por encima del

plano de la eclíptica y dejaba atrás el Cinturón a velocidad cegadora, sino que aquel asteroide (consultó a los bancos de astronavegación de Ri Po e identificó la roca como Gaspra) se alejaba de ellos. Seguía siendo un minimundo de tamaño apreciable (los datos cotejados indicaban que Gaspra medía 20 x 16 x 11 kilómetros) y la ampliación, equivalente a pasar a una distancia de unos 16.000 kilómetros, mostraba una masa irregular en forma de patata y una complicada sucesión de cráteres. Más interesante, había elementos sin duda artificiales en la imagen: líneas rectas marcadas en la roca, brillos en los cráteres oscuros, claras fuentes de luz en la «nariz» aplastada del asteroide.

Rocavecs, dijo Orphu en voz baja. Seguramente miraba el mismo vídeo. *Hay unos cuantos miles de millones dispersos por el Cinturón.*

¿Son hostiles como dice todo el mundo? En cuanto envió esta pregunta, Mahnmut temió que lo tachara de ansioso.

No lo sé. Supongo que lo son: decidieron evolucionar en una cultura mucho más competitiva que la que nosotros creamos. Se dice que temen y aborrecen a los posthumanos y que nos odian a los moravecs externos. Koros III tal vez sepa si las leyendas sobre su ferocidad son ciertas.

¡Koros! Y, ¿por qué?

No muchos moravecs lo saben, pero dirigió una expedición a las rocas hace unos sesenta años-t para Asteague/Che y el Consorcio de las Cinco Lunas. Nueve moravecs lo acompañaron. Sólo regresaron otros tres.

Mahnmut reflexionó un instante. Deseó saber más sobre armas; de haber querido los *rocavecs* matarlos en aquel momento, ¿poseían un arma de energía o un misil hipercinético capaz de alcanzar la nave? Parecía improbable a su velocidad actual de más del 0,193 de la velocidad de la luz. Mahnmut le dijo a Orphu: *¿Cuáles son las tres formas con las que los personajes de Proust intentaron resolver el enigma de la vida... y fracasaron?*

El gran moravec del espacio profundo se aclaró la garganta virtual. *Primero, siguieron el camino de la nobleza, el título, los derechos de nacimiento y la hidalguía*, dijo Orphu. *Marcel, el narrador, sigue esta vía durante unas doscientas páginas. Al menos cree que la aristocracia más importante es la nobleza de carácter. Pero todo resulta vacío.*

Sólo fachada, dice Mahnmut.

Nunca es sólo fachada, amigo mío, envía Orphu, su vibrante voz más animada en la línea privada. *Proust veía esa fachada como el pegamento que mantiene unida la sociedad... cualquier sociedad, en cualquier época. La estudia a todos los niveles a lo largo del libro. Nunca se cansa de sus manifestaciones.*

Yo sí, dijo Mahnmut tranquilamente, esperando que su sinceridad no ofendiera a su amigo.

El estertor de Orphu, vibrando en el subsónico incluso estando en línea,

convenció a Mahnmut de que no lo había hecho.

¿Cuál fue el segundo camino que intentó seguir para responder al enigma de la vida?, preguntó Mahnmut.

El amor, dijo Orphu.

¿El amor?, repitió Mahnmut. Había bastante en las más de tres mil páginas de *En busca del tiempo perdido*, pero todo parecía tan... falto de esperanza.

El amor, tronó Orphu. *El amor sentimental y la lujuria física.*

¿Te refieres al amor sentimental que Marcel (y Swann, supongo) sentían por su familia, la abuela de Marcel?

No, Mahnmut: el sentimentalismo por las cosas familiares, por la memoria misma, y por la gente que pasa a formar parte del reino de las cosas familiares.

Mahnmut miró el asteroide llamado Gaspra. Según la barra de datos de Ri Po, Gaspra tardaba unas siete horas estándar en girar completamente alrededor de su eje. Mahnmut se preguntó si un lugar semejante podría ser alguna vez para él o para algún ser sentiente fuente de familiaridad, del sentimentalismo. *Bueno, los mares oscuros de Europa lo son.*

¿Cómo dices?

Mahnmut sintió que sus capas orgánicas le cosquilleaban cuando se dio cuenta de que había hablado en voz alta por la línea privada. *Nada. ¿Por qué no condujo el amor a la respuesta sobre el enigma de la vida?*

Porque Proust sabía (y sus personajes descubren) que ni el amor ni su más noble prima, la amistad, sobreviven jamás a las cuchillas entrópicas de los celos, el aburrimiento, la familiaridad y el egoísmo, dijo Orphu, y por primera vez en su comunicación directa, a Mahnmut le pareció que había cierta tristeza en la voz del gran moravec.

¿Nunca?

Nunca, dijo Orphu y emitió un profundo suspiro. *¿Recuerdas las últimas líneas de Un amor de Swann? «¡Pensar que malgasté años de mi vida, que esperaba morir, que tuve mi mayor historia de amor con una mujer que no me atraía, que ni siquiera era mi tipo!»*

Me di cuenta de eso, dijo Mahnmut, *pero no sabía en ese momento si se suponía que era algo terriblemente gracioso u horriblemente amargo o insosteniblemente triste. ¿Qué era?*

Las tres cosas, amigo mío, envió Orphu de Io. *Las tres.*

¿Cuál era el tercer camino de los personajes de Proust para descubrir el enigma de la vida?, preguntó Mahnmut. Aumentó el flujo de O₂ de su cámara para despejar los tentáculos arácnidos de tristeza que amenazaban con acumularse en su corazón.

Dejémoslo para otra ocasión, dijo Orphu, percibiendo tal vez el estado de

ánimo de su interlocutor. *Koros III va a aumentar el radio del achicador y puede que sea divertido ver los fuegos artificiales en el espectro de rayos-X.*

Dejaron atrás la órbita de Marte y no hubo nada que ver; Marte, claro, estaba al otro lado del Sol. Dejaron atrás la órbita de la Tierra un día más tarde y no hubo nada que ver; la Tierra estaba lejos en la curva de su órbita en el plano de la eclíptica, muy por debajo. Mercurio era el único planeta visible en los monitores mientras pasaban como una exhalación sobre él, pero para entonces el rugido y el resplandor del Sol llenaba todas sus pantallas visoras.

Mientras pasaban sobre el Sol a un perihelio de sólo 97.000.000 kilómetros (los filamentos radiadores dejaban una pista de calor) la vela de boro fue desmontada, recogida y plegada para guardarla en su domo de popa. Orphu ayudó a los manipuladores remotos en la tarea y Mahnmut vio en las pantallas de la nave cómo su amigo corría de un lado a otro, sus cicatrices y marcas visibles bajo la ardiente luz solar.

Dos horas antes de disparar los motores de fusión, Koros III sorprendió a Mahnmut invitando a todo el mundo a reunirse en el módulo de la sala de control, cerca de los cuernos del achicador magnético.

No había ningún corredor interno en la nave. El plan era que Koros pasara a *La Dama Oscura* a través de cables y asideros en cuanto la nave terminara de decelerar y estuviera en la órbita marciana. Mahnmut dudaba respecto a hacer el viaje a través del casco hasta la sala de control.

¿Por qué debemos reunimos físicamente para hablar?, le preguntó a Orphu por su línea privada. *Y tú no cabes en el módulo de la sala de control, de todas formas.*

Puedo flotar en el exterior; veros a todos a través de la portilla, conectar cables al módulo de control para establecer una comunicación segura.

¿Por qué es eso mejor que una conferencia en multifrecuencia?

No lo sé, dijo Orphu, *pero disparemos los motores dentro de ciento catorce minutos, así que, ¿por qué no me acerco a la bodega de la nave y te recojo?*

Eso es lo que hicieron. Mahnmut no tenía ningún problema con el vacío y la radiación dura, naturalmente, pero la idea de desconectarse de la nave y quedarse atrás de algún modo lo inquietaba. Orphu se reunió con él en la bodega de carga y Mahnmut tuvo un inolvidable atisbo de *La Dama Oscura*, completamente iluminada por los cegadores rayos del Sol, contenida en la bodega de la nave como un tiburón salino en el vientre de un kraken.

Orphu usó sus manipuladores para colocar a Mahnmut en un nicho protegido en su caparazón y se fue agarrando a los cables para hacer el viaje hasta el propulsor de reacción alrededor del oscuro vientre de la nave, siguiendo sus

costillas de toros y vigas, y avanzó por el casco superior. Mahnmut contempló los motores de fusión esféricos, sujetos a la proa como diseños de último momento, y comprobó la hora: faltaban setenta y cuatro minutos para la ignición.

Mahnmut estudió el material ultrainvisible que rodeaba la nave propiamente dicha: un envoltorio absolutamente negro y poroso que hacía que todo el casco, menos los motores de fusión, la vela de boro y otros artilugios sacrificables, fuera teóricamente invisible tanto para la mirada como para el radar, el radar profundo, los reflejos gravitónicos, el infrarrojo, los UV y las sondas de neutrinos. *¿Pero qué diferencia habrá si usamos nuestras cuatro columnas de llama de fusión durante dos días?*

La sala de control tenía una compuerta. Mahnmut ayudó a Orphu a conectar su cable protegido, y luego atravesó la compuerta y volvió a respirar aire a la antigua usanza.

—Esta nave lleva armas —dijo Koros III sin más preámbulos: hablaba a través del aire. Sus ojos multifacetados y su negro caparazón humanoide reflejaban las luces halógenas rojas.

El tercer moravec en la pequeña sala de control presurizada (el diminuto calistiano, Ri Po) se colocó en la tercera punta del triángulo de moravecs.

¿Oyes esto?, subvocalizó Mahnmut por su línea privada con Orphu. El enorme ioniano era visible a través de las ventanas de proa.

Oh, sí.

—¿Por qué nos dices esto ahora? —le preguntó Mahnmut a Koros III.

—Me ha parecido que el ioniano y tú teníais derecho a saberlo. Vuestra existencia está en juego.

Mahnmut miró al piloto.

—¿Sabías lo de las armas?

—Sabía lo de las armas defensivas insertadas en la nave —repuso Ri Po—. No he sabido hasta ahora que se llevarían armas a la superficie. Pero es una deducción lógica.

—A la superficie —repitió Mahnmut—. Hay armas en la bodega de *La Dama Oscura* —no era en realidad una pregunta.

Koros III asintió con aquella antigua señal de confirmación humanoide.

—¿De qué clase? —exigió saber Mahnmut.

—No tengo libertad para decirlo —dijo, estirado, el alto ganimediano.

—Bueno, tal vez yo no tenga libertad para transportar armas en mi sumergible —replicó Mahnmut.

—No tienes autoridad alguna en la materia —dijo Koros III. Su voz parecía más triste que imperiosa.

Mahnmut se rebulló.

Tiene razón, dijo Orphu y Mahnmut advirtió que el ioniano había hablado por la línea común. *Ninguno de nosotros tiene capacidad de decisión en este punto. Tenemos que continuar.*

—Entonces, ¿por qué decirnoslo? —insistió de nuevo Mahnmut.

Fue Ri Po quien contestó.

—Llevamos observando Marte desde que dimos la vuelta al Sol. Desde esta distancia, nuestros instrumentos confirman las actividades cuánticas detectadas desde el espacio jupiterino... pero la intensidad es varias magnitudes superior a lo que estimábamos. Este mundo es una amenaza para todo el sistema solar.

¿Cómo es eso?, preguntó Orphu. *Los posthumanos experimentaron con cambios cuánticos durante siglos en sus ciudades orbitales alrededor de la Tierra.*

Koros III sacudió la cabeza de aquella extraña manera humana, aunque «extraña» no era la palabra que acudía a la mente de Mahnmut cuando contemplaba a la alta figura negra brillante con sus resplandecientes ojos de mosca.

—No hasta ese punto —dijo el jefe de la misión—. La cantidad de cambios de fase cuánticos que han tenido lugar en Marte ahora mismo es igual a un agujero abierto en el tejido del espacio-tiempo. No es estable. No es un ejercicio sano de tecnología cuántica.

¿Tiene algo que ver con los voynix?, preguntó Orphu. Todo lo que la mayoría de los moravecs jupiterinos sabían de los fabulosos voynix era que el planeta Tierra había irradiado una actividad de cambios de fase cuántica sin precedentes cuando se mencionaron por primera vez las criaturas en las comunicaciones de neutrinos posthumanas hacía más de dos mil años-t.

No sabemos si los voynix tienen algo que ver ni si, de hecho, están todavía en la Tierra, envió Koros por la banda común.

—Repetiré que considero éticamente imperativo informaros a todos de que hay armas a bordo de esta nave y a bordo del sumergible. La decisión de usar estas armas no será vuestra. La responsabilidad será solamente mía cuando esté a bordo de esta nave, y de Ri Po para defender la nave cuando Mahnmut y yo hayamos bajado a la superficie del planeta. La decisión de usar armas letales en Marte será sólo mía.

—¿Las armas de la nave no son ofensivas entonces? ¿No se usarán contra objetivos en Marte? —preguntó Mahnmut.

—No —dijo Ri Po—. Las armas de a bordo son sólo defensivas.

Pero ¿a bordo de La Dama Oscura hay armas de destrucción masiva?, preguntó Orphu de Io.

Koros III hizo una pausa, sopesando obviamente sus órdenes contra el deseo de saber de la tripulación.

—Sí —dijo por fin.

Mahnmut intentó decidir cuáles podrían ser esas armas de destrucción masiva. ¿Bombas de fisión? ¿Armas de fusión? ¿Emisores de neutrinos? ¿Explosivos de plasma? ¿Aparatos antimateria? ¿Bombas de agujero negro para hacer reventar planetas? No tenía ni idea. Sus siglos de existencia no le habían aportado ninguna experiencia con otras armas que las redes, sondas y galvanizadores necesarios para espantar a los krakens o capturar la vida marina de Europa.

—Koros —preguntó en voz baja—, ¿llevaste armas en tu misión a las rocas hace algunas décadas?

—No —respondió el ganimediano—. No hubo necesidad. Por muy belicosos y feroces que se hayan vuelto los moravecs asteroidales en su reciente evolución, no supusieron ninguna amenaza a la existencia de todos los seres sentientes del sistema solar —Koros III proyectó la hora: sólo faltaban cuarenta y un minutos para que se dispararan los motores de fusión. *¿Alguna otra pregunta?*

Orphu tenía una: *¿Por qué estamos en modo ultrainvisible si nos acercamos a Marte dejando cuatro rastros de fusión que nos iluminarán como una supernova, visibles día y noche para que nos localice cualquier cosa que tenga ojos en la superficie de Marte? Espera... estás intentando obtener una respuesta. Estás intentando provocar que nos ataquen.*

—Sí —dijo Koros—. Es la forma más sencilla de calibrar sus intenciones. Los motores de fusión se desconectarán cuando estemos todavía a dieciocho millones de kilómetros de Marte. Si para entonces no han intentado interceptarnos, lanzaremos por la borda los motores, los toros solenoides y todos los aparatos externos, y entraremos en la órbita marciana con contramedidas pasivas que oculten nuestra localización. Ahora mismo no sabemos si los posthumanos (o las entidades que hayan terraformado Marte y residan ahora allí, sean quienes sean), tienen una civilización técnica o postécnica.

Mahnmut reflexionó sobre esto. Iban a desprenderse de toda forma de propulsión que pudiera llevarlos de regreso a casa.

Yo diría que la actividad masiva de cambio de fase cuántica es signo de algo bastante tecnológico, dijo Orphu.

—Tal vez —dijo Ri Po—. Pero hay sabios idiotas en el universo.

Con esa críptica declaración, la reunión terminó, se extrajo la atmósfera de la sala de control, y Orphu llevó a Mahnmut de vuelta a su sumergible en la bodega de la nave.

Los cuatro motores se encendieron según lo previsto. Durante los dos días siguientes, Mahnmut estuvo sujeto a su sillón de alta-g mientras la nave deceleraba en el plano de la elíptica hacia Marte a más de 400 ges. La bodega en

torno a *La Dama Oscura* fue de nuevo llenada de gel de alta-g, pero sus compartimentos vitales no, y el peso y la falta de movilidad se volvieron agotadores para Mahnmut. No podía imaginar la tensión que sentiría Orphu en su cuna del casco. Marte y todas las imágenes de proa quedaban oscurecidas por el cuádruple resplandor solar de los motores, pero Mahnmut pasó el tiempo comprobando en vídeo el casco, las estrellas a popa, y releiendo partes de *À la recherche du temps perdu* y encontrando conexiones y disparidades con sus amados sonetos shakesperianos.

El amor de Mahnmut y Orphu por los idiomas y la literatura humanas de la Edad Perdida no era tan inusitado. Más de mil cuatrocientos años-t antes, los primeros moravecs que fueron enviados al espacio jupiterino para explorar las lunas y contactar con los seres sentientes que se sabía que habitaban la atmósfera de Júpiter fueron programados por los primeros posthumanos con sofisticadas cintas pleno-sensoras de la historia humana, la conducta humana y las artes humanas. El rubicón ya había tenido lugar, naturalmente, y antes de eso la Gran Retirada, pero seguía habiendo algo de esperanza en la salvación de la memoria y los archivos del pasado humano, aunque los últimos 9.114 humanos al estilo antiguo de la Tierra no pudieran ser salvados por el último fax. En los siglos pasados desde que se perdiera el contacto con la Tierra, el arte humano y la literatura humana y la historia humana se habían convertido en las aficiones de miles de moravecs de durovac y de los establecidos en las lunas. El antiguo compañero de Mahnmut, Urzweil (que fue destruido en una avalancha de hielo bajo el cráter helado europeo de Tyre Macula dieciocho años-t antes) era un apasionado de la guerra de Secesión americana. El sombrero azul de infantería de la Unión de Urzweil seguía todavía en el cajón, bajo la mesa de trabajo de Mahnmut, junto a la lámpara de lava aislada por gel que el propio Urzweil le había regalado.

Al contemplar la llamarada filtrada de los motores de fusión de proa en su monitor de vídeo, Mahnmut intentó relacionar la imagen del Marcel Proust histórico (un hombre que se pasó en cama los tres últimos años de su vida, en su famosa habitación forrada de corcho, rodeado de galeradas que llegaban constantemente, viejos manuscritos y botellas de pociones adictivas, recibiendo ocasionalmente visitas de un prostituto y de los trabajadores que montaban uno de los primeros teléfonos sin operadora de París) con el Marcel-narrador de la agotadora obra de percepción que era *En busca del tiempo perdido*. Los recuerdos de Mahnmut eran prodigiosos: podía recuperar el callejero de París en 1921, descargar cada fotografía y dibujo o pintura jamás hechos por Proust, contemplar el Vermeer que hizo que el personaje de Proust se desmayara, cotejar cada personaje de los libros con cada ser humano real que Proust había llegado a conocer... pero nada de todo esto le ayudaba mucho a comprender la obra. El arte humano, Mahnmut lo sabía, simplemente trascendía a los seres

humanos.

Cuatro caminos secretos a la verdad del enigma de la vida, había dicho Orphu. El primero (la obsesión de los personajes de Proust con la nobleza, la aristocracia, con los estratos superiores de la sociedad) era obviamente un callejón sin salida. Mahnmut no tenía que abrirse paso a través de tres mil páginas de cenas como había hecho el protagonista de Proust para darse cuenta de eso.

El segundo, la idea del amor como la clave al enigma de la vida, fascinaba a Mahnmut. Ciertamente, Proust (como Shakespeare pero de una manera completamente distinta) había intentado explorar todas las facetas del amor humano (heterosexual, homosexual, bisexual, familiar, colegial, interpersonal), además del amor por los lugares y las cosas y la vida misma. Y Mahnmut había tenido que estar de acuerdo con el análisis de Orphu de que Proust había rechazado el amor como verdadera vía hacia una comprensión más profunda.

El tercer camino para Marcel había sido el arte (el arte y la música) pero aunque eso había llevado a Marcel a la belleza, no le había llevado a la verdad.

¿Cuál es el cuarto camino? Y si les falló a los héroes de Proust, ¿cuál era el verdadero camino entre las páginas y detrás de ellas, desconocido para los personajes pero quizás entrevisto por el propio Proust?

Todo lo que Mahnmut tenía que hacer para averiguarlo era abrir la línea con Orphu. Perdidos quizás en sus propios pensamientos, los dos amigos se habían comunicado muy poco durante aquel último día de deceleración. *Me lo dirá más tarde*, pensó Mahnmut. *Y tal vez para entonces lo captaré yo mismo... y veré si tiene relación con el análisis de Shakespeare de lo que hay más allá del amor.* Ciertamente el bardo había rechazado el amor sentimental y el romántico y el físico al final de los sonetos.

Los motores de fusión dejaron de rugir. La liberación de la alta-g y el ruido y la vibración transmitidos por el casco fueron algo aterrador.

Inmediatamente los esféricos motores de fuel fueron expulsados, alejados de la trayectoria de la nave por pequeños cohetes.

Liberando vela y solenoide, dijo la voz de Orphu por la línea común. Mahnmut vio por varias señales de video del casco como esos componentes eran lanzados al espacio.

Mahnmut volvió al vídeo de proa. Marte era ya claramente visible, sólo a dieciocho millones de kilómetros por delante y bajo ellos. Ri Po proporcionó superposiciones de la trayectoria en la imagen. Su acercamiento parecía perfecto. Pequeños impulsores iónicos internos continuaban frenando la nave y preparándose para inyectarla en una órbita polar.

No hay registros de radar ni otros sensores durante nuestro descenso, dijo Koros III: *Ningún intento de intercepción.*

Mahnmut pensó que el ganimediano era muy digno pero que tendía a decir

obviedades.

Recibimos datos a través de nuestros sensores pasivos, dijo Ri Po.

Mahnmut comprobó los indicadores. Si hubieran estado aproximándose a, digamos, Europa, las pantallas habrían mostrado emisiones de radio, gravitónicas, de microondas y un puñado de otras emisiones relacionadas con la tecnología procedentes de la luna habitada por los moravecs. Marte no mostraba nada. Pero el mundo terraformado estaba sin duda habitado. El telescopio montado en la proa detectaba ya imágenes de las casas blancas del Monte Olympus, los tajos rectos y curvos de las carreteras, las cabezas de piedra alineadas a la orilla del Mar del Norte, e incluso algunos atisbos de movimiento y actividad individuales, pero no tráfico radiado, ni ningún relé de microondas, ni firmas electromagnéticas propias de una civilización tecnológica. Mahnmut recordó la expresión que Ri Po había utilizado: *¿Sabios idiotas?*

Preparados para entrar en la órbita de Marte dentro de dieciséis horas, anunció Koros. *Observaremos desde la órbita durante otras veinticuatro horas. Mahnmut, prepara tu sumergible para ignición deorbital dentro de treinta horas.*

Si, dijo Mahnmut por la línea común, reprimiendo el impulso de decir «señor».

Marte pareció bastante tranquilo durante la mayor parte de las veinticuatro horas que estuvieron en órbita polar a su alrededor.

Había seres artificiales en el Cráter Stickney, en Fobos, (máquinas mineras, lo que quedaba de un acelerador magnético, domos rotos y exploradores robóticos) pero estaban fríos y polvorientos y ajados y tenían más de tres mil años de antigüedad. Quien había terraformado Marte en el último siglo no tenía nada que ver con los antiguos artefactos de la luna interior.

Mahnmut había visto imágenes de Marte cuando era el Planeta Rojo (aunque siempre le había parecido más naranja que rojo), pero ya no era rojizo-anaranjado. Al pasar sobre el polo norte, la vista telescópica ofrecía imágenes de hasta un metro de longitud de lo que quedaba del casquete polar: sólo un charco de agua helada, una isla blanca en el azul Mar del Norte.

Espirales de nubes se movían sobre el océano que cubría más de la mitad del hemisferio norte. Las tierras altas eran todavía anaranjadas y la mayor parte de las masas de tierra eran marrones, pero el sorprendente verde de los bosques y prados era visible sin necesidad de recurrir al telescopio.

Nada ni nadie desafió la nave: no hubo llamadas de radio, ni búsqueda o adquisición de radar, ningún tensorrayo ni láser ni sonda de neutrinos modulados. A medida que los tensos minutos se convertían en largas horas de silencio, los cuatro moravecs contemplaron las imágenes y se prepararon para el descenso de *La Dama Oscura*.

Obviamente había vida en Marte: vida humana o posthumana, por su aspecto,

junto con la de otra especie al menos: los movedores de cabezas de piedra, posiblemente humanos, pero bajos y verdes en las fotos del telescopio. Navíos de blancas velas se movían a lo largo de la costa norte y por los cañones llenos de agua del Valle Marineris, pero no eran muchos. Unas cuantas velas más eran visibles en el cráter que formaba el mar que antes había sido la Planicie de Helias. Había claros signos de habitabilidad en el Monte Olympus, y al menos una escalera de alta tecnología movedora de personas o un ascensor a lo largo de los flancos de ese volcán, y fotografías de media docena de máquinas voladoras cerca de la caldera de la cima del Olympus, y unos cuantos atisbos de unas casas blancas y jardines en las altas laderas de los volcanes de Tharsis —Monte Asraeus, Monte Pavonis y Monte Arsia—, pero ningún signo de una extensa civilización planetaria por el momento. Koros III anunció por la línea común que calculaba que no vivían más de tres mil personas de pálido aspecto humano en los cuatro volcanes, junto con tal vez veinte mil trabajadores verdes congregados en diez ciudades a lo largo de las costas.

La mayor parte de Marte estaba vacía. Terraformada pero vacía.

Difícilmente puede ser un peligro para todas las formas de vida sentientes del sistema solar entonces, ¿no?, preguntó Orphu de Io.

Fue Ri Po quien respondió: *Mira el planeta a través del mapa cuántico.*

—Dios mío —dijo Mahnmut en voz alta en su vacío nido-ambiente. Marte era un cegador destello rojo de actividad de cambio cuántico, con líneas de flujo que convergían en el volcán principal, el Monte Olympus.

¿Podrían los escasos vehículos voladores estar causando este caos cuántico?, preguntó Orphu. *No se registran en el espectro electromagnético y desde luego no tiene impulsión química.*

No, dijo Koros III. *Aunque las pocas máquinas voladoras entran y salen del flujo cuántico, no lo generan. O al menos no son su fuente primaria.*

Mahnmut contempló un minuto más el extraño mapa cuántico superpuesto antes de aventurar una sugerencia a la que llevaba días dándole vueltas. *¿Tendría sentido contactar con ellos a través de la radio o por otro medio? ¿Aterrizar abiertamente en el Monte Olympus? ¿Ir como amigos en vez de como espías?*

Hemos considerado ese curso de acción, dijo Koros. *Pero la actividad cuántica es tan intensa que consideramos imperativo recopilar más información antes de revelarnos.*

Recopilar información y llevar estas armas de destrucción masiva lo más cerca posible del volcán, pensó Mahnmut con cierta amargura. Nunca había querido ser soldado. Los moravec no estaban diseñados para combatir y la idea de matar a seres sentientes luchaba con una programación tan vieja como su especie.

De todas formas, Mahnmut preparó a *La Dama Oscura* para el descenso.

Puso el sumergible en energía interna y separó todos los umbilicales de soporte vital de la nave, permaneciendo conectado sólo a través de los cables de comunicación que serían cortados cuando salieran de la bodega. El sumergible había sido envuelto en ultrasilencio y un pak-reactor de impulsores rodeaba la proa y la popa del sub; Koros III controlaría los impulsores durante la fase de entrada y luego los expulsaría. Por último, un círculo de paracaídas que frenaría su caída después de la reentrada, también controlado y expulsado por Koros III. Sólo después de llegar al océano guiaría Mahnmut su sumergible.

Preparado para bajar al sumergible, dijo Koros III desde la cubierta de control.

Permiso para subir a bordo concedido, repuso Mahnmut, aunque su comandante titular no había pedido permiso alguno. No era europeo y desconocía el protocolo. Mahnmut vio la advertencia de que las puertas de la bodega de la nave se abrían y exponían *La Dama Oscura* de nuevo al espacio para que Koros pudiera hacer la transferencia por medio del cable guía.

Mahnmut conectó el enlace de video del casco donde se alojaba Orphu. El ioniano advirtió la atención. *Adiós por un tiempo amigo mío*, dijo Orphu. *Volveremos a vernos.*

Eso espero, dijo Mahnmut. Abrió la compuerta inferior del sumergible y se preparó para hacer volar los últimos cables comunicadores.

Esperad, dijo Ri Po. *Algo se acerca desde el borde del planeta.*

El video de la sala de control mostró a Koros III apartándose de la compuerta que acababa de abrir y regresando a los instrumentos. Mahnmut apartó el dedo del botón que armaba la pirotecnia de la línea de comunicación.

Algo se aproximaba desde Marte. En aquel momento era sólo un *blip* en el radar. El telescopio de proa giró para captarlo.

Debe haber sido lanzado desde el Olympus mientras estábamos fuera de la línea de visión, dijo Orphu.

Ahora nos sigue, dijo Ri Po.

Mahnmut siguió las frecuencias mientras su nave empezaba a llamar. El *blip* no contestó.

¿Veis eso?, preguntó Koros III.

Mahnmut lo veía. El objeto tenía menos de dos metros de longitud: era un carro abierto sin caballos y rodeado por un brillante campo de fuerza. Había dos humanoides en el vehículo abierto, un hombre y una mujer, la hembra al parecer lo guiaba y el varón, más alto, simplemente estaba allí de pie, mirando hacia delante como si pudiera ver la nave envuelta en invisibilidad a unos ocho mil kilómetros de distancia. La mujer era alta y regia y rubia; el hombre tenía el pelo gris corto y una barba blanca.

La risa de Orphu estremeció la línea común. *Se parece a las imágenes de*

Dios, dijo. No sé quién es su novia.

Como si oyera este insulto, el hombre de la barba gris alzó el brazo.

La imagen de vídeo destelló y murió en el mismo instante en que Mahnmut fue lanzado contra las correas de su sillón de alta-g. Sintió que la nave se estremecía dos veces, terriblemente, y luego empezaba a girar salvajemente mientras las fuerzas centrífugas lo arrojaban con fuerza a la derecha primero, hacia arriba después y por último hacia la izquierda.

¿Está bien todo el mundo?, gritó por todas las líneas. *¿Podéis oírme?*

Durante varios mareantes segundos la única respuesta fue el silencio y el ruido de la línea. Luego la tranquila voz de Orphu llegó a través del rugido de la estática. *Puedo oírte, amigo mío.*

¿Estás bien? ¿Está bien la nave? ¿Les hemos disparado?

Estoy dañado y cegado, dijo Orphu mientras la estática siseaba y chisporroteaba. *Pero he visto lo sucedido antes de que la explosión me cegara. No les hemos disparado, pero la nave está... medio destruida, Mahnmut.*

¿Medio destruida?, repitió Mahnmut estúpidamente. *¿Qué...?*

Una especie de lanza de energía. La sala de control... Koros y Ri Po... muertos. Desintegrados. Toda la proa destruida. La cubierta superior dañada. La nave gira dos veces por segundo y empieza a quebrarse. Mi propio caparazón se ha resquebrajado. Mis jets de reacción han desaparecido. La mayoría de mis manipuladores también. Estoy perdiendo energía e integridad en la coraza. Aparta el sumergible de la nave... ¡rápido!

¡No sé cómo!, gritó Mahnmut. *Koros tenía el subsistema de control. Yo no sé...*

De repente la nave se estremeció de nuevo y las líneas de vídeo y comunicación se cortaron por completo. Mahnmut oyó un violento siseo a través del casco y advirtió que era la nave separándose de él. Conectó las cámaras del sumergible y vio sólo brillo de plasma por todas partes.

La Dama Oscura empezó a dar tumbos y a retorcerse más salvajemente, aunque Mahnmut no sabía si era con la nave moribunda o por su cuenta. Activó más cámaras, los impulsores subacuáticos del sumergible y el sistema de control de daños. La mitad de los sistemas no funcionaban o respondían con lentitud.

¿Orphu? No hubo respuesta. Mahnmut activó los máseres omnidireccionales, intentando un enlace por tensorrayo. *¿Orphu?*

Ninguna respuesta. Los vuelcos aumentaron. La bodega de *La Dama Oscura*, presurizada para la llegada de Koros, perdió de repente toda su atmósfera, haciendo girar al sumergible más salvajemente.

Voy por ti, Orphu, llamó Mahnmut. Hizo volar la compuerta y se soltó las correas. Tras él, en alguna parte, bien en la nave que se desgajaba o en *La Dama Oscura* misma, algo explotó y lo hizo chocar violentamente contra el panel de control y luego lo hundió en la oscuridad.

El valle seco

Por la mañana, después de un buen desayuno preparado por los servidores de la madre de Daeman en sus apartamentos de Cráter París, Ada y Harman y Hannah y Daeman faxearon hasta el lugar del último Hombre Ardiente.

El fax-nódulo estaba iluminado, naturalmente, pero fuera del pabellón circular era noche profunda y el aullido del viento resultaba audible incluso a través del campo de fuerza semipermeable. Harman se volvió hacia Daeman.

—Éste era el código que tenía: veintiuno ochenta y seis. ¿Te parece correcto?

—Es un maldito pabellón de fax-nódulo —gimió el hombre más joven—. Todos parecen iguales. Además, está oscuro ahí fuera. Y vacío. ¿Cómo voy a saber si es el mismo lugar que visité hace dieciocho meses, de día, con una multitud de otras personas?

—El código parece correcto —dijo Hannah—. Yo seguí a otra gente, pero recuerdo que el nódulo del Hombre Ardiente tenía un número alto, no uno al que yo hubiera faxeado antes.

—¿Y tenías qué? —preguntó desdeñoso Daeman—. ¿Dieciséis años, entonces?

—Era poco mayor —dijo Hannah. Su voz era fría. Mientras que Daeman era una masa pálida, Hannah tenía los músculos bronceados. Como reconociendo esta diferencia (aunque Daeman nunca había oído que hubiera dos seres humanos que lucharan físicamente fuera del drama del paño de turín), dio un paso atrás.

Ada ignoró la quisquillosa conversación y se acercó al borde del pabellón, presionando el campo de fuerza con sus delgados dedos. El campo onduló y se combó, pero no cedió.

—Esto es *sólido* —dijo—. No podemos salir.

—Tonterías —contestó Harman. Se reunió con ella y ambos empujaron y sondearon, apoyando su peso contra el elástico campo de energía, que de todas formas no cedió. No era semipermeable después de todo: o al menos no a los objetos físicos como los seres humanos.

—Nunca había oído hablar de nada igual —dijo Hannah, uniéndose a ellos para apoyar el hombro contra la pared invisible—. ¿Qué sentido tiene levantar un campo de fuerza en un pabellón fax?

—¡Estamos atrapados! —dijo Daeman, poniendo los ojos en blanco—. Como ratas.

—Idiota —dijo Hannah. Por lo visto aquel día no se llevaban bien—. Siempre puedes faxear y largarte. El portal está aquí mismo, detrás de ti, y sigue funcionando.

Como para demostrar el argumento de Hannah, dos servidores esféricos de uso general atravesaron el titilante fax-portal y flotaron hacia los humanos.

—El campo no nos deja salir —les dijo Ada a los servidores.

—Sí, Ada *Uhr* —dijo una de las máquinas—. Lamentamos el retraso en venir a ayudarles. Este fax-nódulo se... usa raramente.

—¿Y qué? —dijo Harman, cruzándose de brazos y mirando al servidor líder con el ceño fruncido. La otra esfera se había acercado flotando a uno de los cubículos de suministros en la columna blanca del pabellón—. ¿Desde cuándo están sellados los fax-nódulos? —continuó Harman.

—Mis disculpas de nuevo, Harman *Uhr* —dijo el servidor con la voz casi masculina utilizada por todos los servidores de uso general en todas partes—. El clima exterior es inhóspito en extremo en esta época del año. Si se aventuraran ustedes a salir sin termopiel, sus posibilidades de sobrevivir serían escasas.

El segundo servidor extrajo cuatro termopiel del cubículo y flotó hacia los cuatro humanos, para ofrecer a cada persona aquellos trajes moleculares más finos que el papel.

Daeman sostuvo el traje con ambas manos, perplejo.

—¿Es una broma?

—No —respondió Harman—. Me he puesto uno antes.

—Y yo también —dijo Hannah.

Daeman desplegó la termopiel. Era como sujetar humo.

—Esto no me cabrá encima de la ropa.

—No es para eso —dijo Harman—. Tiene que ir pegado a la piel. Tiene capucha también, pero podrás ver y oír a través de ella.

—¿Podemos llevar nuestra ropa normal encima? —preguntó Ada.

Había un atisbo de preocupación en su voz. Después de su inútil exhibición de la noche anterior, no se sentía muy aventurera. Al menos no cuando se trataba de desnudez.

El primer servidor respondió:

—Excepto el calzado, no es aconsejable llevar otras capas, Ada *Uhr*. Para que la termopiel sea efectiva, debe ser plenamente osmótica. La ropa reduce su eficacia.

—Será una broma —dijo Daeman.

—Siempre podríamos faxear de vuelta a casa y ponernos nuestra ropa de invierno más gruesa —dijo Harman—. Aunque no estoy seguro de que valga para las condiciones climatológicas de ahí fuera —miró hacia la pared del campo de fuerza. El aullante viento era audible y aterrador.

—No —dijo el segundo servidor—, las chaquetas y abrigos y capas estándar no serían adecuadas aquí, en el Valle Seco. Podemos facturar ropa de clima extremo más modesta y regresar con ella dentro de treinta minutos si lo prefieren.

—Al diablo —dijo Ada—. Quiero ver qué hay ahí fuera.

Se dirigió al centro del pabellón, tras el fax-portal mismo, y empezó a desnudarse a la vista de todos. Hannah dio cinco pasos y se unió a ella, quitándose la túnica y los pantalones globo de seda.

Daeman se rio un momento. Harman se le acercó, le tocó el brazo y lo condujo al otro lado del círculo, donde también empezó a desnudarse. Mientras se desvestía, Daeman miró varias veces por encima del hombro a las mujeres: la piel de Ada brillaba rica y plena a la luz de los halógenos del techo; Hannah era esbelta y fuerte y bronceada. Hannah alzó la cabeza mientras se subía la termopiel por las piernas y miró a Daeman con el ceño fruncido. Él apartó los ojos rápidamente.

Cuando los cuatro se reunieron de nuevo en el centro del pabellón, con sólo las botas o los zapatos sobre la termopiel, Ada se echó a reír.

—Estas cosas revelan más que si fuéramos desnudos —dijo.

Daeman se agitó, cortado por el acierto de la declaración, pero Hannah sonrió a través de su máscara. La termopiel era más pintura que ropa.

—¿Por qué tenemos colores diferentes? —preguntó Daeman. Ada era amarillo vivo; Hannah naranja; Harman de un azul intenso; Daeman verde.

—Para que se identifiquen unos a otros con facilidad —respondió el servidor como si le hubieran hecho la pregunta a él.

Ada volvió a reírse: aquella risa libre, tranquila, inconsciente, que hizo que ambos hombres se volvieran a mirarla.

—Lo siento —dijo—. Es que es... es bastante obvio, incluso desde lejos, quién de nosotros es quién.

Harman se acercó al campo de fuerza y colocó su mano azul contra él.

—¿Podemos pasar ahora? —les preguntó a los servidores.

Las máquinas no respondieron, pero el campo de fuerza tembló levemente, la mano de Harman lo atravesó y luego su cuerpo azul pareció moverse a través de una cascada de plata y pasó al otro lado.

Los servidores siguieron a los cuatro a la ventosa oscuridad.

—No necesitamos vuestra escolta —les dijo Harman a las máquinas.

Daeman advirtió que la voz del otro hombre se perdía con el viento, pero que podía oírla claramente a través de la capucha de termopiel. Había algún tipo de aparato de transmisión auditiva y auriculares en el traje molecular.

—Pido disculpas, Harman *Uhr* —dijo el primer servidor—, pero sí que la necesitan. Por la luz.

Ambos servidores estaban iluminando el abrupto terreno con múltiples haces de luz que surgían de sus cuerpos.

—Ya he usado estas termopielas otras veces, en las montañas altas y el lejano norte. Llevan un dispositivo para ampliar la luz en las lentes de la capucha. —Se tocó la sien, palpo un instante—. Aquí. Ahora puedo ver perfectamente. Las estrellas son brillantes.

—Oh, cielos —dijo Ada mientras conectaba su visión nocturna. En vez de los pequeños círculos de luz que creaban los haces de los servidores, todo el Valle Seco era ahora visible, todas las rocas y los peñascos resplandecían. Cuando alzó la cabeza, las titilantes estrellas la dejaron sin respiración. Cuando la volvió, el pabellón de fax-nódulo iluminado brillaba, era un horno rugiente de luz.

—Esto es... maravilloso —dijo Hannah. Se apartó veinte pasos del grupo, saltando de roca en roca. Estaban en el fondo de un amplio valle rocoso, con acantilados graduales a cada lado. Sobre ellos, los campos nevados brillaban azules y blancos a la luz de las estrellas, pero el valle en sí estaba despejado de nieve. Las nubes se movían ante las estrellas como ovejas fosforescentes. El viento aullaba alrededor, agitándolos aunque estuvieran quietos.

—Tengo frío —dijo Daeman. El recordete joven se movía de un lado a otro. Sólo llevaba zapatillas.

—Podéis regresar al pabellón y dejarnos —les dijo Harman a los servidores.

—Con el debido respeto, Harman *Uhr*, nuestra programación para proteger a las personas no nos permite dejarlos aquí solos, corriendo el riesgo de ser heridos o de perderse en el Valle Seco —dijo uno de los servidores—. Pero nos apartaremos un centenar de metros, si lo prefieren.

—Lo preferimos —dijo Harman—. Y apagad esas malditas luces. Son demasiado brillantes para nuestras lentes de visión nocturna.

Ambos servidores obedecieron y se marcharon flotando hacia el pabellón del fax-nódulo. Hannah los guio por el valle. No había árboles, ni hierba, ningún signo de vida aparte de los cuatro seres humanos de colores vivos.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Hannah, saltando sobre lo que podría haber sido en verano un pequeño arroyo... si es que el verano llegaba alguna vez a ese lugar.

—¿Es éste el sitio del Hombre Ardiente? —preguntó Harman.

Daeman y Hannah echaron un vistazo alrededor. Finalmente, Daeman habló:

—Podría ser. Pero había, ya sabes, tiendas y pabellones y excusados y flujodomos y el campo de fuerza sobre el valle y grandes calefactores y el

Hombre Ardiente y luz diurna y... era diferente entonces. No hacía tanto frío. — Saltó torpemente de un pie a otro.

—¿Hannah? —inquirió Harman.

—No estoy segura. Aquel lugar también era rocoso y desolado, pero... Daeman tiene razón, parecía diferente con miles de personas y a la luz del día. No lo sé.

Ada encabezó la marcha.

—Vamos a desplegarlos para buscar algún signo de que el Hombre Ardiente se celebró aquí... fuegos de campamento, montoncillos de rocas... algo. Aunque no creo que encontremos a vuestra Judía Errante aquí esta noche, Harman.

—Shhh —dijo Harman, mirando por encima de su hombro azul a los lejanos servidores, y advirtiéndoles que estaban transmitiendo su conversación de todas formas—. Muy bien —dijo con un suspiro—, vamos a desplegarlos, digamos unos treinta metros, y busquemos cualquier cosa que...

Se detuvo cuando una forma grande, sólo vagamente humanoide, apareció en un cañón lateral. La criatura se abrió paso entre las rocas con gracia torpemente familiar. Cuando estuvo a diez metros, Harman dijo:

—Vuelve. No necesitamos a ningún voynix.

Uno de los servidores respondió, la voz sonando en sus oídos aunque la esfera flotaba tras ellos.

—Debemos insistir, damas y caballeros. Éste es el más remoto y hostil de todos los fax-nódulos conocidos. No podemos correr el riesgo de que algo les haga daño.

—¿Hay dinosaurios? —preguntó Daeman, nervioso.

Ada se echó a reír de nuevo y abrió los brazos y las manos a la oscuridad y el aullante frío.

—Lo dudo, Daeman. Tendrían que ser de alguna dura raza recombinada invernal de la que nunca he oído hablar.

—Cualquier cosa es posible —dijo Hannah, señalando una gran roca próxima a la entrada de otro cañón lateral, a unos cincuenta metros a la derecha—. Eso de ahí podría ser un alosaurio esperándonos.

Daeman dio un paso atrás y estuvo a punto de tropezar con una roca.

—No hay ningún dinosaurio aquí —dijo Harman—. No creo que haya ningún ser vivo. Hace demasiado frío. Si dudáis de mí, quitaos las capuchas un segundo.

Los otros así lo hicieron. Los auriculares moleculares resonaron con sus exclamaciones.

—Quédate atrás hasta que se te llame —instruyó Hannah al voynix. La criatura retrocedió treinta pasos.

Emprendieron el ascenso del valle, hacia el noroeste, siguiendo los Indicadores de dirección de sus palmas. Las estrellas se estremecían por la fuerza del viento y de vez en cuando los cuatro tuvieron que acurrucarse al

socaire de un gran peñasco para no salir volando. Cuando la furia del viento disminuyó su intensidad, volvieron a desplegarse.

—Ahí hay algo —dijo la voz de Ada.

Los otros corrieron a reunirse con la forma amarilla a una treintena de metros al sur. Ada estaba contemplando lo que a primera vista parecía una roca más, pero cuando Daeman se acercó, vio el pelo quebradizo o el pelaje, los extraños apéndices aleteantes y los agujeros negros u ojos. La cosa parecía haber sido tallada en madera ajada.

—Es una foca —dijo Harman.

—¿Qué es eso? —preguntó Hannah, arrodillándose para tocar la figura inmóvil.

—Un mamífero acuático. Las he visto cerca de las costas... lejos de los faxnódulos. —También él se arrodilló y tocó el cadáver del animal—. Se ha secado... momificado, es la palabra. Puede que lleve aquí siglos. Milenios.

—Así que estamos cerca de una costa —dijo Ada.

—No necesariamente —respondió Harman, poniéndose en pie y echando un vistazo en derredor.

—Eh —dijo Daeman—. Recuerdo ese peñasco grande. El pabellón de la cerveza estaba situado justo debajo. —Correteó hacia el peñasco situado cerca de la pared del acantilado.

—¿Estás seguro? —preguntó Ada cuando lo alcanzaron. Sólo había una losa de roca alzándose hacia las frías estrellas ardientes y las veloces nubes. Todos miraron al suelo en busca de signos de la tienda o de las hogueras o huellas de las máquinas, pero no había nada.

—Fue hace año y medio —dijo Harman—. Los servidores probablemente limpiaron bien y ...

—Oh, Dios mío —lo interrumpió Hannah.

Todos se volvieron velozmente. La joven ataviada de naranja miraba hacia el cielo. Alzaron la cabeza, justo cuando advertían el juego de luces de colores en las rocas a su alrededor.

El cielo nocturno estaba lleno de cortinas de luz danzante y titilante: bandas de azules y amarillos y rojos bailarines.

—¿Qué es esto? —susurró Ada.

—No lo sé —respondió Harman, también susurrando. La luz continuó rebulléndose en las porciones de cielo limpias de nubes. Harman se quitó la capucha de termopiel—. Dios mío, es casi igual de brillante sin la visión nocturna. Creo que vi algo parecido hace décadas cuando estuve...

—Servidores —interrumpió Daeman—, ¿qué es esta luz?

—Una forma de fenómeno atmosférico asociado con las partículas cargadas del Sol cuando interactúan con el campo electromagnético de la Tierra —dijo la voz de la lejana máquina—. Ya no disponemos de los datos concretos de la

explicación científica, pero recibe varios nombres, incluyendo...

—Muy bien —dijo Harman—. Ya es suficiente... eh —había vuelto a colocarse la capucha y contemplaba la losa de roca que tenían delante.

Había complejas muescas en la roca. No parecían haber sido hechas por el viento ni por otras causas naturales.

—¿Qué es esto? —preguntó Ada—. No se parece a los símbolos de los libros.

—No —respondió Harman.

—¿Algo del Hombre Ardiente? —dijo Hannah.

—No recuerdo que hubiera muescas en la roca cerca de la tienda de la cerveza —dijo Daeman—. Pero tal vez los servidores arañaron la superficie al retirar el material después de la celebración.

—Tal vez —dijo Harman.

—¿Deberíamos seguir buscando por aquí? —preguntó Ada—. ¿Intentamos buscar algún signo de que esa mujer que persigues estuvo aquí? ¿O de que incluso estuvo aquí el Hombre Ardiente? Tal vez queden algunas cenizas.

—¿Con este viento? —rio Daeman—. ¿Después de año y medio?

—Un pozo —dijo Ada—. Una hoguera. Podríamos...

—No —dijo Harman—. Aquí no vamos a encontrar nada. Faxeemos a algún lugar cálido y comamos algo.

Ada volvió su cabeza amarilla para mirar a Harman, pero no dijo nada.

Los dos servidores se les habían acercado flotando y el voynix se alzaba detrás.

—Nos vamos —le dijo Harman al servidor—. Podéis usar los haces de vuestras linternas para guiarnos hacia el fax-pabellón.

Era poco más de mediodía en Ulanbat y el habitual centenar de invitados se congregaba en la fiesta del Segundo Veinte de Tobi en la planta septuagésimo novena de los Círculos del Cielo. Los jardines colgantes se agitaban y susurraban con la brisa que llegaba flotando desde el desierto rojo. Un puñado de hombres y mujeres jóvenes que no habían advertido su ausencia en los últimos días saludaron a Daeman, pero éste siguió a Harman, Hannah y Ada mientras buscaban algo caliente que comer con los dedos en la larga mesa del banquete y un servidor les ofrecía vino frío. Harman los hizo apartarse de la multitud y dirigirse a una mesa de piedra cerca de la baja muralla que marcaba el perímetro del círculo. Doscientos cincuenta metros más abajo, caravanas de camellos guiadas por servidores y seguidas por voynix avanzaban por la dura Autopista de Gobi.

—¿Qué ocurre? —dijo Ada mientras se sentaban a comer a la sombra del jardín—. Sé que allí pasó algo.

Harman empezó a hablar, se detuvo, y esperó a que un servidor pasara

flotando de largo.

—¿Os habéis preguntado alguna vez si ese servidor utilitario es el mismo que habéis visto en otro lugar? —preguntó—. Todos parecen iguales.

—Eso es absurdo —dijo Daeman. Entre bocados a un muslo de pollo, se lamía los dedos y tomaba vino helado.

—Tal vez —dijo Harman.

—¿Qué viste allí en la oscuridad? —preguntó Hannah—. ¿Aquellas marcas en la roca?

—Eran números —dijo Harman.

Daeman se echó a reír.

—No, no lo eran. Conozco los números. Todos conocemos los números. Eso no eran números.

—Eran números escritos con palabras.

—No se parecen a los galimatías de los libros —dijo Ada—. A las palabras.

—No —dijo Harman—. Creo que era el tipo de escritura que la gente hacía a mano. Las palabras estaban todas entrelazadas y conectadas y gastadas por el viento. Sospecho que las escribieron en el último Hombre Ardiente. Pero pude leerlas.

—Palabras —rio Daeman—. Hace un momento acabas de decir que eran números.

—¿Qué decían? —preguntó Hannah.

Harman miró de nuevo alrededor.

—Ocho-ocho-cuatro-nueve —dijo en voz baja.

Ada sacudió la cabeza.

—Parece el código de un fax-nódulo, pero es demasiado alto. Nunca he visto ningún código que empezara con dos ochos.

—No hay ninguno —dijo Daeman.

Harman se encogió de hombros.

—Tal vez. Pero cuando acabemos aquí, voy a intentar ese nódulo central.

Ada contempló el lejano horizonte. Los anillos eran visibles por encima de ellos, dos cadenas lechosas cruzando un cielo celeste claro.

—¿Por eso conservaste las cuatro termopieles en vez de arrojarlas a la papelera de eliminación, como nos dijeron los servidores que hicieramos?

—No sabía que te hubieras dado cuenta —dijo Harman. Sonrió y bebió vino—. Intenté hacerlo con disimulo. Supongo que no soy muy bueno con los secretos. Al menos los servidores y a habían faxeado para marcharse.

Como siguiendo una clave, un servidor se acercó flotando para volver a llenar sus vasos. La pequeña máquina esférica flotaba más allá de la muralla, a doscientos cincuenta metros por encima del terreno amarillo rojizo, mientras sus diestros brazos manipuladores servían el vino en sus copas.

Si Harman no hubiera insistido en que se pusieran sus termopieles y se las colocaran bajo la ropa antes de faxear, podrían haber muerto.

—Santo Dios —gimió Daeman—, ¿dónde estamos? ¿Qué pasa?

No había ningún pabellón de fax-nódulos. El código 8849 los había llevado directamente a la oscuridad y el caos. El viento aullaba. Había hielo bajo sus pies. Los cuatro chocaban con cosas duras a cada paso que daban en la ululante oscuridad. Incluso el fax-portal había desaparecido tras ellos.

—¡Ada! —gritó Hannah—. ¡La luz!

Sus capuchas proporcionaban luz nocturna, pero ninguno la llevaba puesta en este momento y no parecía haber luz ambiental que aumentar en aquella negrura absoluta.

—Estoy intentando encender... ¡ya!

La pequeña linterna que le había pedido prestada a Tobi derramó un fino haz en la noche, iluminando una puerta abierta cubierta de escarcha, bloques de hielo de diez centímetros de largo, olas heladas de hielo en el suelo. Ada movió la luz y tres rostros la miraron, la sorpresa claramente visible en cada uno de ellos.

—No hay ningún pabellón —dijo Harman en voz alta.

—Todo fax-nódulo tiene su pabellón —respondió Hannah—. No puede haber ningún portal sin pabellón nódulo. ¿No?

—No así en los antiguos tiempos —dijo Harman—. Había miles de nódulos privados.

—¿De qué está hablando este tío? —gritó Daeman—. ¡Salgamos de aquí!

Ada había dirigido la luz hacia el lugar por donde habían faxeado. No había ningún portal. Se encontraban en una pequeña habitación con estantes y mostradores y paredes, todo cubierto de hielo. Al contrario que todos los fax-pabellones, no había ningún pedestal en el centro de la sala, el fax-nódulo con la placa de códigos. Y eso significaba que no había ninguna salida, ninguna forma de volver atrás. Un millón de copos de hielo bailaron en el rayo de luz de la linterna. Más allá de las paredes, el viento aullaba.

—Daeman, lo que dijiste antes parece ser verdad —dijo Harman.

—¿Qué? ¿Qué dije antes?

—Que estamos atrapados, atrapados como ratas.

Los ojos de Daeman se movieron de un lado a otro y el rayo de luz de la linterna se dirigió hacia las paredes heladas. El viento aulló con más fuerza.

—Parece igual que el viento del Valle Seco —dijo Hannah—. Pero allí no había edificios, ¿no?

—No lo creo —contestó Harman—. Pero sospecho que estamos en la Antártida.

—¿Dónde? —dijo Daeman. Los dientes le castañeaban—. ¿Qué es una... antártida?

—El lugar frío donde estuvimos esta mañana —dijo Ada.

Atravesó la puerta, dejando a los otros sumidos en la oscuridad durante un momento. Se apresuraron a seguirla y corrieron tras ella como patitos.

—Hay un pasillo aquí —dijo Ada—. Cuidado dónde pisáis. El suelo tiene un palmo de nieve y hielo.

El pasillo congelado conducía a una cocina helada, la cocina helada a un salón helado con sofás volcados cubiertos de nieve. Ada pasó el rayo de luz de la linterna por una pared de ventanas triplemente cubiertas de hielo.

—Creo que sé dónde estamos —susurró Harman.

—Eso no importa ahora —dijo Hannah—. ¿Cómo salimos de aquí?

—Esperad —dijo Ada, dirigiendo el rayo de la linterna al suelo para que las caras de todos quedaran iluminadas por la luz reflejada desde abajo—. Quiero saber dónde crees que estamos.

—Según la historia que he oído, la mujer que estoy buscando... la Judía Errante, tenía una casa, un domi, en el monte Erebus, un volcán de la Antártida.

—¿En el Valle Seco? —preguntó Daeman. El joven no paraba de mirar por encima del hombro la oscuridad que tenía detrás—. ¡Dios, me estoy *congelando*!

Hannah se movió tan rápidamente sobre el hielo hacia Daeman que éste se tambaleó y casi resbaló.

—Tonto, tienes que ponerte la capucha de la termopiel —dijo ella—. Todos tenemos que hacerlo. Nos vamos a congelar si no lo hacemos. Además, estamos perdiendo un montón de calor corporal a través del cuero cabelludo.

Le sacó de la camisa la capucha verde de termopiel y se la colocó.

Todos se apresuraron a imitarla.

—Esto está mejor —dijo Harman—. Ahora puedo ver. Y oigo mucho mejor... los auriculares del traje reducen el aullido del viento.

—Estabas diciendo antes que esta mujer tenía una casa en un volcán... ¿cerca del Valle Seco? ¿Lo suficientemente cerca como para que caminemos hasta el fax-pabellón que hay allí?

Harman hizo un gesto de indefensión con las manos.

—No lo sé. Me preguntaba si es así como apareció en el Hombre Ardiente, caminando sin más, pero no conozco la geografía de este lugar. Puede que esté a mil kilómetros de aquí.

Daeman contempló las ventanas negras y heladas donde el viento agitaba las hojas a prueba de rotura.

—Yo no voy a salir de aquí —dijo llanamente—. Por nada del mundo.

—Por una vez, estoy de acuerdo con Daeman —dijo Hannah.

—No comprendo nada —dijo Ada—. Dijiste que la mujer vivió aquí hace mucho tiempo, hace siglos y más siglos. ¿Cómo pudo...?

—No lo sé —contestó Harman. Tomó la linterna de Ada y empezó a recorrer el siguiente pasillo. Se detuvo ante lo que parecían ser barrotes blancos. Mientras los otros observaban, volvió al salón, asió el trozo de mueble más pesado que

pudo encontrar (una pesada mesa cuyas patas se rompieron al liberarla), y regresó para aplastar los trozos de hielo uno tras otro, abriendo un camino en el pasillo cubierto.

—¿Adónde vas? —llamó Daeman—. ¿De qué va a servir salir de aquí? Nadie ha estado ahí fuera en un millón de años. Sólo vamos a congelarnos cuando...

Harman abrió de una patada la puerta situada al fondo del pasillo. La luz escapó. Y el calor. Los otros tres se movieron tan rápidamente como les fue posible sobre la traicionera superficie.

Era muy parecida a la habitación en la que habían faxeado, un espacio sin ventanas y de unos seis metros cuadrados. Pero al contrario de la otra habitación, ésta era cálida, iluminada, y estaba libre de nieve y hielo. Y al contrario que la otra habitación también, ésta estaba casi ocupada por un disco metálico circular de más de tres metros de diámetro. La cosa flotaba silenciosamente a tres palmos del suelo de hormigón, y un campo de fuerza titilaba como un dosel de cristal sobre la superficie superior del círculo plateado. En esa superficie había seis marcas rodeadas de un suave material negro: cada marca tenía la forma de un ser humano con dos asideros o controladores donde deberían estar las manos.

—Parece que alguien esperaba a dos personas más —le susurró Hannah.

—¿Qué es esto? —dijo Daeman.

—Creo que es un sonie... también llamado un AFV —respondió Harman, la voz apagada.

—¿Qué? —preguntó Daeman—. ¿Qué significa eso?

—No lo sé —dijo Harman—. Pero la gente de la Edad Perdida solía volar en ellos.

Tocó el campo de fuerza: se dividió como azogue bajo sus dedos, fluyó alrededor de su mano, engulló su muñeca.

—¡Cuidado! —dijo Ada, pero Harman ya se había puesto de rodillas y luego se tumbó sobre el estómago, colocándose sobre el disco y el material negro. Su cabeza y su espalda se alzaron levemente sobre la curvada superficie superior de la máquina.

—Se está bien —dijo—. Es cómodo. Y cálido.

Eso fue suficiente para los demás. Ada fue la primera en subirse al aparato, tenderse sobre el estómago y agarrar las dos asas.

—¿Son algún tipo de control?

—No tengo ni idea —dijo Harman, mientras Hannah y Daeman subían al disco y ocupaban las impresiones exteriores, dejando vacías las dos formas del centro.

—¿No sabes cómo pilotar esta cosa? —preguntó Ada, un poco más nerviosa esta vez—. ¿Por los libros? ¿Por tus lecturas?

Harman negó con la cabeza.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo? —preguntó Ada.

—Experimentando. —Harman retorció la parte superior de su asa derecha. Allí había un solo botón rojo. Lo pulsó.

La pared ante ellos desapareció como si la hubieran hecho volar hacia la noche antártica. El frío viento y la nieve revoletaron a su alrededor en una cegadora implosión, como si el aire de la habitación hubiera sido barrido y la tormenta hubiera venido a ocupar su lugar.

Harman abrió la boca para decir: « ¡Agarraos!» Pero antes de que pudiera hablar, el disco saltó de la habitación a una velocidad imposible, presionando las suelas de sus botas contra el metal y haciendo que todos ellos se aferraran salvajemente a las asas.

La burbuja del campo de fuerza que se cerró sobre sus cabezas los mantuvo vivos mientras el sonie, el AFV, el *plátano*, salía volando del volcán blanco con sus edificios ajados y cubiertos de hielo aferrados a la vertiente que daba al mar. Las lentes de visión nocturna de las capuchas de termopiel les mostraron el bosque de abetos a lo largo de la costa que había vuelto al hielo y la muerte, el equipo robótico abandonado y olvidado en la curvatura de la bahía, y luego el mar blanco: el mar congelado.

El disco se niveló a unos trescientos metros sobre ese mar congelado y se alejó de la tierra.

Harman soltó una de las asas el tiempo suficiente para activar el indicador de dirección de su palma.

—Noreste —les dijo a los demás a través de los comunicadores de sus trajes.

Ninguno respondió. Todos estaban agarrándose y temblando demasiado para comentar la dirección hacia la que se encaminaba la máquina mientras los llevaba a la muerte.

Lo que Harman no dijo en voz alta fue que si los antiguos mapas que había estudiado eran correctos, no había nada en esa dirección a lo largo de miles de kilómetros. Nada.

Diez minutos de vuelo y el disco empezó a perder altitud. Habían dejado atrás el hielo y ahora volaban sobre agua negra cuajada de icebergs.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Ada. Odiaba el temblor de su voz—. ¿Se está quedando esta cosa sin energía... combustible... lo que sea que utilice?

—No lo sé —respondió Harman.

El disco se estabilizó a menos de treinta metros sobre el agua.

—¡Mirad! —exclamó Hannah. Soltó una mano de su asidero para señalar ante ellos.

De repente la espalda de algo enorme, vivo, cuajado de edad, la carne dura y arrugada, rompió el frío mar, su cabeza mamífera irradiando como sangre latiente en su visión nocturna amplificadas. Un chorro de agua se abalanzó hacia

ellos y Harman olió a pescado en el aire fresco que permitía pasar el campo de fuerza.

—¿Qué...? —empezó a decir Daeman.

—Creo que se llamaba... ballena, así es como se pronunciaba...

Pero creí que se habían extinguido hacia milenios, antes del último fax.

—Tal vez los posthumanos la trajeron de vuelta *durante* el último fax —dijo Ada a través de los intercomunicadores.

—Tal vez.

Siguieron surcando el mar, siempre en dirección este-noroeste, y al cabo de unos cuantos minutos más el disco mantuvo su altitud y los cuatro pasajeros empezaron a relajarse un poco, adaptándose, como han hecho siempre los humanos desde tiempo inmemorial, a una situación nueva y extraña. Harman se había tendido de costado y contemplaba las brillantes estrellas visibles entre las nubes dispersas. Ada lo sobresaltó al gritar.

—¡Mirad! ¡Ahi delante!

Un gran iceberg había cobrado forma en el oscuro horizonte y el disco se abalanzaba directamente hacia él. La máquina había pasado de largo o por encima de otros icebergs, pero ninguno tan ancho (se extendía kilómetros de lado a lado como una centelleante muralla blanquiazul en su visión nocturna), ni tan alto: estaba claro que la cima de aquella cosa monstruosa superaba su altitud actual.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Ada.

Harman sacudió la cabeza. No tenía ni idea de la velocidad a la que iba el sonie (ninguno de ellos había viajado más rápido que en un droshky tirado por voynix), pero iba lo bastante veloz, lo sabía, para que el impacto los destruyera.

—¿Tienes otros controles en tu asidero? —preguntó Hannah. Su voz era extrañamente tranquila.

—No —respondió Harman.

—Podríamos saltar —dijo Daeman desde atrás, a la izquierda de Harman. El disco se ladeó un poco cuando Daeman se apoyó en las rodillas y codos, la cabeza dentro de la burbuja del campo de fuerza.

—No —dijo Harman, en tono imperativo—. No durarías ni treinta segundos en ese mar, aunque sobrevivieras a la caída... cosa que no harías. Túmbate.

Daeman se tumbó de nuevo sobre el vientre.

El disco no redujo la velocidad ni cambió de rumbo. La cara del iceberg (Harman calculó que tendría al menos cuatro kilómetros de diámetro) se abalanzó hacia ellos y se hizo más alta. Harman calculó que se alzaba al menos noventa metros sobre el agua. Lo golpearían a dos tercios de su fría cara.

—¿No hay nada que podamos hacer? —dijo Ada, convirtiendo la pregunta en una declaración.

Harman se quitó la capucha y la miró. El aire frío no era tan malo dentro de

la cabina del campo de fuerza.

—No lo creo —respondió—. Lo siento.

Tendió la mano derecha para tomar la mano izquierda de ella. Ada se quitó la capucha de la termopiel para mirarlo a los ojos. Entonces los dos entrelazaron los dedos unos breves segundos.

Escasos cientos de metros antes de la feroz colisión, el disco volador redujo de nuevo velocidad y ganó altitud. Rozó la cúspide del iceberg apenas a tres metros y viró a la derecha hasta volar con rumbo sur sobre la superficie helada. Volvió a frenar, gravitó, y se posó sobre la superficie, la nieve siseando bajo su calentada parte inferior.

Harman y los demás permanecieron un instante en silencio donde estaban, aferrados a las asas, sin compartir sus pensamientos.

La burbuja del campo de fuerza desapareció y de repente el terrible frío y el viento le quemaron la cara a Harman. Se puso la capucha a toda prisa, mirando a Ada mientras ella hacía lo mismo.

—Deberíamos bajarnos de esta cosa antes de que decida llevarnos a otro lugar —dijo Hannah en voz baja por el comunicador.

Así lo hicieron. El viento les hizo perder el equilibrio, se aplacó, los volvió a empujar. La nieve que revoloteaba les cubrió las ropas y las capuchas.

—¿Y ahora qué? —susurró Ada.

Como respuesta, una doble hilera de bengalas de ultrarrojos se encendió, perfilando un sendero de tres metros de ancho que se extendía durante un centenar de metros a partir del disco, hacia la nada.

Caminaron juntos, apoyándose unos en otros para oponerse al viento. Si las bengalas no hubiesen brillado tanto en su visión nocturna, le habrían dado la espalda al viento y se habrían perdido en cuestión de segundos... perdido hasta caer por el borde del iceberg que se encontraba en algún lugar de su derecha.

El camino terminaba en un agujero en la superficie. Habían tallado escalones en el hielo que desaparecían hacia otro brillo rojo, mucho más abajo.

—¿Vamos? —dijo Hannah.

—¿Qué otra opción tenemos? —gruñó Daeman.

Los escalones estaban resbaladizos, pero habían colocado una especie de cuerda de escalada en la pared derecha, con ganchos metálicos y lazos, y los cuatro se agarraron a la cuerda mientras descendían. Harman llevaba contados cuarenta escalones cuando la escalera pareció terminar en una pared de hielo. No, los escalones continuaban a la derecha, hacia abajo (cincuenta escalones esta vez), y luego a la izquierda y de nuevo hacia abajo cincuenta más, todo el descenso iluminado por espaciadas bengalas infrarrojas colocadas en el hielo.

Al pie de los escalones, un corredor se internaba en las profundidades del

iceberg, el camino iluminado ahora por bengalas verdes y azules además de rojas. De vez en cuando se encontraban con encrucijadas, pero una opción estaba siempre a oscuras, la otra iluminada. Una vez tuvieron que subir por un corredor que ascendía lentamente; en otra ocasión descendieron un centenar de metros o más. Los giros y encrucijadas y opciones se volvieron demasiado laberínticos para llevar la cuenta.

—Alguien nos está esperando —susurró Hannah.

—Cuento con ello —contestó Ada.

Salieron a un amplio salón, quizá de unos veinte metros en su punto más ancho, el techo de hielo a diez metros sobre ellos con varias entradas salpicando las paredes y conectadas por escaleras de hielo, el suelo graduado en distintos niveles. Los calentadores fijos en pedestales brillaban anaranjados y había diversas fuentes de luz clavadas en las paredes, suelos y techos. En una de las plataformas bajas había lo que parecían ser pieles de animales, cojines, y una mesita baja con cuencos de comida y jarras y copas para beber. Los cuatro se congregaron en torno a la mesa pero contemplaron dubitativos su contenido. Nadie se sentó en los cojines ni en las pieles.

—Está bien —dijo una voz de mujer tras ellos—. No está envenenada.

Había salido de una puerta alta situada cerca de la plataforma y ahora descendía en zigzag por las escaleras hacia ellos. Harman tuvo tiempo de apreciar el pelo de la mujer (gris y blanco, una opción casi inaudita excepto entre unos cuantos excéntricos) y su cara: marcada con arrugas como había dicho Daeman. Aquella mujer era vieja de una manera que ninguno de ellos (excepto Daeman en el último Hombre Ardiente) había visto jamás, y el efecto inquietó incluso a Harman, con sus noventa y nueve años.

Aparte de su evidente vejez, la mujer era bastante atractiva. Su paso era firme y vestía una túnica azul corriente, pantalones de cordón y botas recias. El único toque de excentricidad era la capa de lana roja que llevaba sobre los hombros. El modelo de la capa era complicado, no se sabía si un cuadrado o un trenzado. Mientras bajaba la plataforma para acercarse a ellos, Harman advirtió el oscuro objeto metálico que llevaba en la mano derecha.

Como si advirtiera ella misma el objeto por primera vez, la mujer lo alzó hacia ellos.

—¿Sabe alguno que es esto?

—No —dijeron Daeman, Ada y Hannah a coro, en voz baja.

—Sí —dijo Harman—. Es una especie de arma de la Edad Perdida.

Los otros tres lo miraron. Habían visto armas en los dramas del paño turín (espadas, lanzas, escudos, arcos y flechas), pero nada tan parecido a una máquina como esa cosa negra y roma.

—Correcto —dijo la mujer—. Se llama pistola y sólo hace una cosa: mata.

Ada avanzó un paso hacia la anciana.

—¿Vas a matarnos? ¿Nos has traído hasta aquí para matarnos?

La anciana sonrió y depositó el arma sobre la mesa, junto a un cuenco de naranjas.

—Hola, Daeman —dijo—. Me alegro de volver a verte, aunque no estoy segura de que me recuerdes de nuestro último encuentro. Estabas en un estado bastante avanzado de ebriedad.

—Te recuerdo, Savi —dijo Daeman con frialdad.

—Y todos vosotros —continuó la anciana—. Harman, Ada, Hannah... bienvenidos. Has sido persistente siguiendo las pistas, Harman.

Se sentó sobre las pieles, hizo un gesto, y uno tras otro los cuatro se sentaron alrededor de la mesa con ella. Savi tomó una naranja, la ofreció y empezó a pelarla con una afilada uña cuando los demás la rechazaron.

—No nos conocemos —dijo Harman—. ¿Cómo sabes mi nombre... nuestros nombres?

—Has dejado una buena estela tras tu paso... ¿cuál es el título honorario que usáis ahora? Harman *Uhr*.

—¿Estela?

—Caminar lejos de los fax-nódulos para que los voynix tuvieran que seguirte. Aprender a leer. Buscar las pocas bibliotecas que quedan en el mundo... incluida la de Ada *Uhr* —asintió en dirección a Ada y la joven asintió a su vez como respuesta.

—¿Cómo sabes que los voynix me siguieron a alguna parte? —preguntó Harman.

—Los voynix te vigilan —dijo Savi. Partió la naranja en gajos, puso de dos en dos en cuatro paños de lino y se los ofreció. Los cuatro aceptaron esta vez—. Yo te vigilo —terminó de decir, mirando a Harman.

—¿Por qué? —Harman miró los gajos y recogió el paño—. ¿Por qué me espías? ¿Y cómo?

—Son dos preguntas distintas, mi joven amigo.

Harman tuvo que sonreír. Nadie que conociera lo había llamado joven desde hacía mucho tiempo.

—Entonces responde a la primera —dijo—. ¿Por qué me espías?

Savi terminó el segundo gajo de naranja y se lamió los dedos. Harman advirtió que Ada estudiaba a la anciana con fascinación, mirando sus dedos arrugados y sus manos manchadas por la edad. Si Savi se dio cuenta de la inspección, la ignoró.

—Harman... ¿puedo dejar el *Uhr*? —No esperó ninguna respuesta, sino que continuó—. Harman, ahora mismo eres el único ser humano de la Tierra, en una población de más de trescientas mil almas... el único ser humano aparte de mí, que sabe leer un lenguaje escrito. O que quiere hacerlo.

—Pero... —empezó a decir Harman.

—¿Trescientas mil personas? —interrumpió Hannah—. Somos un millón. Siempre hemos sido un millón.

Savi sonrió pero negó con la cabeza.

—Querida, ¿quién te ha dicho que hay un millón de seres humanos vivos en la Tierra hoy?

—Bueno... nadie... Quiero decir, todo el mundo lo sabe...

—Exactamente —dijo Savi—. Todo el mundo lo sabe. Pero no hay ningún mecanismo para contar la población.

—Pero cuando alguien pasa a los anillos... —continuó Hannah, mostrando su confusión.

—Se permite que nazca otro niño —terminó Savi—. Sí, Eso he advertido durante el último milenio o así. Pero no sois una población de un millón. Sois bastantes menos.

—¿Por qué iban a mentirnos los posts? —preguntó Daeman.

Savi alzó una ceja.

—Los posts. Ah, sí... los posts. ¿Has hablado con algún posthumano recientemente, Daeman *Uhr*?

Daeman debió considerar que la pregunta era retórica, porque no contestó.

—Yo sí que he hablado con posthumanos —dijo Savi en voz baja.

Esto hizo que los otros guardaran silencio. Esperaron, expectantes. Una idea semejante era (al menos para Hannah y Ada) literalmente sobrecogedora.

—Pero eso fue hace mucho tiempo —dijo la anciana, hablando en voz tan baja que los otros se inclinaron hacia delante para oírla mejor—. Hace mucho, mucho tiempo. Antes del último fax. —Sus ojos, de un azul sorprendente un segundo antes, ahora parecían nublados, distraídos.

Harman negó con la cabeza.

—Yo fui el que oyó la historia que se cuenta sobre ti: la judía Errante, la última de la Edad Perdida. Pero no lo comprendo. ¿Cómo puedes vivir más allá de tu quinto Veinte?

Ada parpadeó por la rudeza de Harman, pero a Savi no pareció importarle.

—En primer lugar, este lapso de vida de cien años es un añadido relativamente reciente a la humanidad, queridos míos. Es algo que se les ocurrió a los posts sólo después del último fax. Sólo después de que lo estropearan todo, nuestro futuro, el futuro de la Tierra, en aquel desastroso fax final. Sólo siglos después de que mis nueve mil ciento trece compañeros humanos postrubición fueran faxeados a la corriente de neutrinos para nunca regresar (*aunque los posts prometieron que lo harían*), sólo después de ese... genocidio, vuestros preciosos posthumanos reconstruyeron la población nuclear de vuestros antepasados y se les ocurrió la idea de cien años y una población rebaño teórica de un millón de personas...

Savi se detuvo y tomó aliento. Obviamente estaba agitada. Tomó aire de

nuevo e indicó las jarras que había sobre la mesa.

—Tengo té, por si os interesa. O un vino muy fuerte. Yo voy a tomar vino.

Así lo hizo, sirviéndolo con manos temblorosas. Indicó las copas. Daeman negó con la cabeza. Hannah y Ada tomaron té. Harman aceptó una copa de vino tinto.

—Harman —empezó a decir la anciana de nuevo, más controlada ahora—, hiciste dos preguntas antes de que me desviara de la respuesta. Primero, por qué he reparado en ti. Segundo, por qué he sobrevivido tanto tiempo.

» La respuesta a la primera pregunta es que me interesa todo aquello en lo que están interesados los voynix y lo que les alarma, y ellos están interesados en ti y les alarma tu conducta a lo largo de las últimas décadas...

—Pero, ¿por qué van los voynix a reparar en mí o a preocuparse por mí...? —empezó a decir Harman.

Savi alzó un dedo.

—A tu segunda pregunta, puedo decir que he vivido todos estos siglos durmiendo gran parte del tiempo y ocultándome cuando estoy despierta. Cuando me muevo es, o bien con un sonie (habéis disfrutado de un viaje en uno) o a través de faxes secretos, moviéndome entre los muros de los nódulos actuales, usando las antiguas matrices de campofaxes.

—No comprendo —dijo Ada—. ¿Cómo puedes faxear en secreto?

Savi se puso en pie. Los otros la imitaron.

—Comprendo que ha sido un día muy ajetreado para vosotros, mis jóvenes amigos, pero tenéis muchas cosas por delante si decidís seguirme. Si no, el sonie os devolverá al pabellón de fax-nódulos más cercano... en lo que solía ser Sudáfrica, creo. Es vuestra elección —miró a Daeman—. Cada uno de vosotros debe elegir.

Hannah apuró su té y soltó la copa.

—¿Y qué vas a mostrarnos si te seguimos, Savi *Uhr*?

—Muchas cosas, hija mía. Pero ante todo, os enseñaré a volar y faxear a dos lugares de los que nunca habéis oído hablar... dos lugares con los que nunca habéis soñado.

Los cuatro se miraron unos a otros. Harman y Ada asintieron, acordando que seguirían a la mujer.

—Sí, cuenta conmigo —dijo Hannah.

Daeman pareció sopesar su decisión en silencio un instante. Luego dijo:

—Iré. Pero antes, quiero un poco de ese vino fuerte, después de todo.

Savi le llenó la copa.

Órbita baja de Marte

Mahnmut resetó sus sistemas e hizo una rápida valoración de daños. Nada lesivo en sus componentes orgánicos ni cibernéticos. La explosión había causado una rápida despresurización de tres tanques de lastre de proa, pero doce permanecían intactos. Comprobó los relojes internos; había estado inconsciente menos de treinta segundos antes del reseteo y estaba todavía conectado virtualmente a su sumergible a través de las bandas habituales. *La Dama Oscura* informaba de salvajes cabriolas, algún daño menor en el casco, sobrecarga en los sistemas monitorizadores, temperaturas en el casco por encima del punto de ebullición, y de una docena de problemas más, aunque nada exigía la atención inmediata de Mahnmut. Trató de restablecer las conexiones de vídeo, pero todo lo que pudo ver fue el interior al rojo vivo de la bodega de la nave espacial, las puertas abiertas y, a través de esas puertas, las estrellas dando tumbos.

¿Orphu?

No hubo respuesta en la banda común ni en ninguno de los canales más ser o de tensorrayo. Ni siquiera estática.

La compuerta seguía abierta. Mahnmut se puso una mochila de reacción personal y cables de cuerda de microfilamentos irrompibles y salió por la compuerta, combatiendo las fuerzas vectoriales de los giros de la nave agarrándose a los asideros que conocía después de décadas de trabajo en las profundidades marinas. Comprobó en su casco que las puertas de la bodega de carga del submarino estaban completamente abiertas, calculó cuánto espacio necesitaría y luego escogió al azar algunas de las máquinas cuidadosamente colocadas por Koros y las expulsó del sub, de la nave espacial que se desintegraba entre burbujas de metal fundido y plasma brillante. Mahnmut no sabía si estaba eyectando las armas de destrucción masiva que Koros planeaba llevar a la superficie (*¡En mi nave!*, pensó con la misma ira que antes), o si estaba expulsando equipo que necesitaría para sobrevivir si alguna vez llegaba a Marte. En ese momento, no le importaba. Necesitaba el espacio.

Tras atar la cuerda a las abrazaderas del casco de *La Dama Oscura*,

Mahnmut se lanzó al espacio, cuidando de no chocar con las puertas desvencijadas de la bodega de carga.

Una vez fuera y a salvo a cien metros de la nave, rotó para ver por primera vez los daños.

Era peor de lo que pensaba. Como había descrito Orphu, toda la proa de la nave espacial había desaparecido: la sala de control y todo lo demás en diez metros a la redonda. Eliminado como si nunca hubiera existido. Sólo una nube brillante de plasma que se disipaba alrededor de la proa indicaba dónde habían estado Koros III y Ri Po.

El resto del fuselaje de la nave se había resquebrajado y fragmentado. Mahnmut imaginaba cuáles habrían sido los catastróficos resultados si los motores de fusión, los tanques de hidrógeno, el achicador Matloff-Fennelly y otros artilugios de propulsión no hubieran sido expulsados poco antes del ataque. La explosión secundaria sin duda los habría volatilizado a Orphu y a él.

¿Orphu? Mahnmut utilizaba ahora la radio además del tensorsrayo, pero la antena reflectora se había desgajado del casco con el relé máser. No hubo respuesta.

Tratando de evitar los fragmentos voladores, gotas de metal brillante, y lo peor de la nube de plasma en expansión mientras se mantenía en línea para que los tumbos no lo atrajeran a la nave moribunda, Mahnmut usó los impulsores de reacción para sobrevolar el casco de la nave. Los giros eran ahora tan feroces (estrellas, Marte, estrellas, Marte) que Mahnmut tuvo que cerrar los ojos y usar el radar de la mochila para encontrar el camino por el casco.

Orphu estaba todavía en su hueco. Mahnmut sintió una momentánea alegría (la firma del radar mostraba que su amigo estaba intacto y en su sitio), pero luego abrió los ojos y vio la carnicería.

La explosión que había arrancado la proa había quemado y quebrado el casco superior de la nave hasta la posición de Orphu y, tal como había dicho el ioniano, resquebrajado y ennegrecido un tercio de su pesado caparazón. Los manipuladores de proa de Orphu habían desaparecido. Le faltaban las antenas de comunicación delanteras. Y los ojos. Los últimos diez metros del caparazón superior de Orphu estaban agrietados.

—¡Orphu! —gritó Mahnmut por tensorsrayo directo.

Nada.

Usando hasta la última de sus habilidades informáticas, Mahnmut calibró los vectores implicados y se lanzó hacia el casco superior, con los diez propulsores disparando microestallidos para ajustar su peligrosa trayectoria, hasta que quedó a un metro del mismo. Sacó la herramienta-k del cinturón de la mochila y disparó un pitón al casco, luego le ató la cuerda, asegurándose de que no se enrollara. Tendría que soltarse al cabo de un momento.

Tras tensar la cuerda y balancearse colgado de ella como el brazo de un

péndulo, Mahnmut se lanzó en arco hasta la cuna de Orphu... aunque cráter calcinado parecía una descripción más acertada dadas las actuales circunstancias.

Agarrado al caparazón de Orphu, con las piernas colgando salvajemente ante él, Mahnmut pegó un disco de conexión al cuerpo de su amigo, justo delante de donde habían estado sus ojos.

—¿Orphu?

—¿Mahnmut? —La voz de Orphu era cascada pero fuerte. Sobre todo, parecía sorprendido—. ¿Dónde estás? ¿Cómo contactas conmigo? Todos mis comunicadores se han estropeado.

Mahnmut sintió el tipo de alegría que sólo unos pocos personajes de Shakespeare experimentaban alguna vez.

—Estoy en contacto contigo. Línea dura. Voy a sacarte de aquí.

—¡Eso es una idiotez! —tronó la voz del ioniano—. Soy inútil. No...

—Calla —replicó Mahnmut—. Tengo un cable. Tengo que atarte con él. ¿Dónde...?

—Hay una abrazadera a unos dos metros de mi bulto sensor —dijo Orphu.

—No, no la hay. —Mahnmut odiaba la idea de clavar un pitón en el cuerpo de Orphu, pero lo haría si tenía que hacerlo.

—Bueno... —empezó a decir Orphu, y guardó unos terribles segundos de silencio mientras asimilaba la extensión de sus heridas—. Más adelante, entonces. Lo más lejos de los daños. Justo encima del amasijo impulsor.

Mahnmut no le dijo a su amigo que los impulsores externos también habían desaparecido. Dio la vuelta, encontró el conector y ató la cuerda de microfilamentos con un nudo muy seguro. Si había una cosa que el moravec Mahnmut tenía en común con los marineros humanos que le habían precedido durante milenios en los mares de la Tierra, era el arte de atar un buen nudo.

—Aguantate —dijo Mahnmut por la línea de conexión—. Voy a sacarte. No te preocupes si perdemos contacto. Hay un montón de fuerzas vectoras en marcha ahora mismo.

—¡Esto es una locura! —exclamó Orphu, la voz todavía chillona a través de la conexión—. No hay espacio en *La Dama Oscura* y no serviré de nada si me llevas allí, así que...

—Calla —repitió Mahnmut con calma, y añadió—: amigo mío.

Mahnmut disparó todos los impulsores de la mochila de reacción, soltando la cuerda del pitón al hacerlo.

Los impulsores sacaron a Orphu de su hueco en el casco. El giro de la nave hizo el resto, enviando a ambos moravecs a un centenar de metros de distancia.

Con los cómputos delta-v nublando su campo de visión, Marte y las estrellas todavía alternándose cada medio segundo, Mahnmut dejó que la cuerda se tensara y luego disparó los impulsores, gastando energía a un ritmo feroz, hasta

equiparar las velocidades de giro y auparse por el largo cable hasta *La Dama Oscura*.

La masa de Orphu era increíble, empeorada por los giros, pero el cable era irrompible y en ese momento también lo era la voluntad de Mahnmut. Los acercó a la bodega abierta y el submarino que esperaba.

La nave espacial empezó a romperse por la tensión, y pedazos de la popa se desgajaron y pasaron volando sobre Mahnmut mientras permanecía aferrado al caparazón de Orphu, dos toneladas de metal que no alcanzaron la cabeza del moravec más pequeño por poco menos de cinco metros. Mahnmut tiró de ambos.

No sirvió de nada. La nave se rompía alrededor de *La Dama Oscura*, las explosiones seguían resquebrajando la cubierta mientras los gases de reacción y las cámaras presurizadas internas iban cediendo. Mahnmut nunca llegaría al submarino antes de que quedara destrozada del todo.

—Muy bien —murmuro Mahnmut—. La montaña tiene que ir a Mahoma.

—¿Qué? —exclamó Orphu, alarmado por primera vez.

Mahnmut había olvidado que la conexión seguía operativa.

—Nada. Agárrate.

—¿Cómo puedo agarrarme, amigo mío? Mis manos y brazos han desaparecido. Agárrate tú a mí.

—Bien —dijo Mahnmut, y activó todos los impulsores que tenía. Gastó con tanta rapidez los suministros de energía que tuvo que pasar a la reserva de emergencia.

Funcionó. *La Dama Oscura* emergió de la oscura bodega de la nave sólo segundos antes de que el vientre del navío espacial empezara a romperse.

Mahnmut se alejó más, viendo las gotas de metal fundido salpicar el pobre y ajado caparazón de Orphu.

—Lo siento —susurró Mahnmut mientras agotaba el combustible para apartar el sumergible de la moribunda nave.

—¿Sientes qué? —preguntó Orphu.

—Nada —jadeo Mahnmut—. Te lo diré más tarde.

Tiró, empujó, impulsó, e izó al estilo moravec al gran ioniano hasta la bodega de carga casi vacía. Se estaba mejor en la oscuridad de la bodega: las estrellas/planeta/estrellas/planeta que giraban salvajemente ya no producían en Mahnmut vértigo visual. Metió a su amigo en el principal hueco de carga y activó las tenazas ajustables.

Orphu ya estaba seguro. Era probable que los tres (*La Dama Oscura* y los dos moravecs) estuvieran condenados, pero al menos acabarían su existencia juntos. Mahnmut conectó los comunicadores del submarino al puerto de línea dura.

—Ahora estás a salvo —jadeó Mahnmut, sintiendo que las partes orgánicas de su cuerpo se acercaban a la sobrecarga—. Ahora voy a cortar la

comunicación.

—Qué... —empezó a decir Orphu, pero Mahnmut había cortado la línea portátil y fue pasando mano sobre mano hasta la compuerta de la bodega de carga. Todavía funcionaba.

Con sus últimas fuerzas, se aupó al corredor interno lleno de vacío hasta el nicho medioambiental y cerró la escotilla, pero no presurizó la cámara, sino que conectó el soporte vital. El O₂ fluyó. Los comunicadores sisearon con la estática. Los sistemas de la nave informaron de los daños sufridos; eran soportables.

—¿Sigues ahí? —dijo Mahnmut.

—¿Dónde estás tú?

—En mi sala de control.

—¿Cuál es la situación, Mahnmut?

—La nave está esencialmente girando hasta hacerse pedazos. El submarino está más o menos intacto, incluyendo el envoltorio silencioso y los impulsores de proa y popa, pero no tengo ni idea de cómo controlarlos.

—¿Controlarlos? —Entonces Orphu comprendió—. ¿Sigues intentando entrar en la atmósfera de Marte?

—¿Qué otra opción tenemos?

Hubo un segundo o dos de silencio mientras Orphu reflexionaba al respecto. Finalmente, dijo:

—Estoy de acuerdo. ¿Crees que podrás pilotar este cacharro hasta la atmósfera?

—Ni hablar —dijo Mahnmut, casi alegre—. Voy a descargar todo el software de control que puso Koros y te voy a dejar pilotar a ti.

Por la conexión llegó aquel ruido a medias entre el rumor y el estornudo, aunque a Mahnmut le costaba creer que su amigo se estuviera riendo en aquel preciso momento.

—No lo dirás en serio... Estoy ciego... no sólo me faltan los ojos y las cámaras, sino que tengo quemada toda la red óptica. Soy un caos. Esencialmente, soy un poquito de cerebro en una cesta rota. Dime que estás bromeando.

Mahnmut descargó los bancos de programación que el submarino tenía sobre los impulsores externos añadidos, los paracaídas... todo aquel jaleo críptico. Activó todas las cámaras del casco del submarino pero tuvo que apartar la mirada. Los giros eran tan terribles y producían tanto vértigo como antes. Marte llenaba el campo de visión: casquete polar, mar azul, casquete polar, mar azul, un poco de campo negro, casquete polar... y verlo hacía que Mahnmut se sintiese mareado.

—Ya —dijo cuando terminó la descarga—. Yo seré tus ojos. Te daré los datos de navegación que el submarino pueda extraer del software de reacción. Tú estabilizanos y pilota.

Esta vez no hubo duda de que se reía.

—Claro, por qué no —dijo Orphu—. Demonios, la caída bastará para matarnos.

Los anillos de impulsores de *La Dama Oscura* empezaron a disparar cumpliendo la orden de Orphu.

Las llanuras de Ilión

Diomedes, empujado literalmente a la batalla por una Atenea ataviada para la guerra, envuelta en una nube y manejando sus caballos, se abalanza para atacar a Ares.

Nunca he visto nada parecido. Primero Afrodita es herida por el ampliado argivo, el hijo de Tideo, y ahora el mismísimo dios de la guerra ha sido retado por Diomedes a un combate singular. *Aristeia* con un dios. Increíble.

Ares, como es su costumbre, había prometido a Zeus y Atenea esta misma mañana que ayudaría a los griegos y ahora, acicateado por las puyas de Apolo y su propia naturaleza traicionera, ha empezado a atacar sin cuartel a los argivos. Hace unos minutos, el dios de la guerra, ha matado a Perifante (hijo de Oquesio, el mejor luchador que tenía que ofrecer el contingente eolo de los griegos) y está a punto de despojar a Perifante cuando alza la cabeza y ve que el carro guiado por Atenea se cierne sobre él. La diosa está oculta por una capa de invisibilidad. Ares debe saber que algún dios o diosa lleva el carro, pero no tiene tiempo para intentar ver a través de la nube de oscuridad: está demasiado ansioso por matar a Diomedes.

El dios golpea primero, arrojando su lanza con la precisión que sólo un dios puede conseguir. La lanza vuela y rebasa el borde del carro, directa al corazón de Diomedes, pero Atenea extiende la mano en su nube de oscuridad y la desvía. Momentáneamente, todo lo que Ares puede ver incrédulo es cómo su lanza forjada por un dios sigue volando hasta que su punta de aleación de tungsteno se clava en el suelo rocoso.

Ahora, mientras el carro se acerca, le toca el turno a Diomedes: se asoma y se abalanza con su lanza de bronce ampliada de energía. El campo de Planck de invisibilidad de Palas Atenea permite al arma humana atravesar en primer lugar el campo de fuerza del dios de la guerra, luego el ornado cinturón del dios de la guerra, luego las divinas entrañas del dios de la guerra.

El grito de dolor de Ares, cuando se produce, hace que el anterior aullido de Afrodita parezca un susurro. Recuerdo que Homero describió el ruido como « un

grito espantoso, como el de nueve o diez mil soldados enfurecidos en el fragor de la batalla». También resulta ser una descripción que se queda corta. Por segunda vez en este día sangriento, ambos ejércitos detienen el sombrío asunto de su matanza por temor mortal ante tan divino ruido. Incluso el noble Héctor, concentrado ahora en nada más noble que abrirse paso entre la carne argiva para asesinar a un Odiseo que se bate en retirada, detiene su ataque y vuelve la cabeza hacia el ensangrentado terreno donde Ares ha sido herido.

Diomedes salta del carro que conduce Atenea para terminar el trabajo con Ares, pero el dios de la guerra, todavía rebulléndose de dolor divino, se agita, crece, cambia y pierde su forma humana. El aire alrededor de Diomedes y los otros griegos y troyanos que luchan por el cadáver ahora olvidado de Perifante se llena de pronto de tierra, despojos, trozos de tela y cuero, mientras Ares abandona su forma de dios humanoide y se convierte... en otra cosa. Donde el alto dios Ares se encontraba hace un minuto, ahora se alza un retorcido ciclón de negra energía de plasma, su electricidad estática descargándose en relámpagos que golpean al azar a argivos y teucros por igual.

Diomedes detiene su ataque y retrocede, su ansia de sangre temporalmente frenada por la furia del ciclón.

Entonces Ares desaparece, TCEándose con las entrañas contenidas sólo por sus propias manos ensangrentadas, y el campo de batalla queda casi tan inmóvil como si los dioses hubieran vuelto a detener el tiempo. Pero no: los pájaros siguen volando, el polvo sigue posándose, el aire se sigue moviendo. La inmovilidad ahora se debe al asombro; nada más y nada menos.

—¿Has visto alguna vez algo semejante, Hockenberry? —La voz de Nighthenelser me sobresalta. Me había olvidado de que estaba aquí.

—No —respondo. Permanecemos en silencio un momento hasta que la mortífera batalla se reemprende, después de que la forma embozada de Atenea desaparezca del carro de Diomedes, y entonces empiezo a apartarme del otro escófico—. Voy a morfear y ver cómo se toma esto la familia real en las murallas de Ilión —le digo a Nighthenelser antes de desaparecer de su vista.

Me morfeo, en efecto, pero es sólo un truco para cubrir mi auténtica desaparición. Oculto por el polvo y la confusión en las filas troyanas, alzo el Casco de la Muerte sobre mi cabeza y, activando el medallón, me TCEo tras el herido Ares, siguiendo su pista cuántica a través del retorcido espacio hasta el Olimpo.

Emerjo del cambio cuántico no en las verdes praderas del Olimpo ni en el Salón de los Dioses, sino en un enorme espacio similar a la sala de control de un hospital de finales del siglo XX. No se parece a ninguna otra estructura o espacio interior que yo haya visto en el Olimpo. Hay puñados de dioses y otras criaturas

visibles en el espacio de aspecto estéril, y durante medio minuto después del cambio de fase contengo la respiración (una vez más) mientras mi corazón redobla a la espera de comprobar si estos dioses y sus sicarios son capaces de detectar mi presencia.

Evidentemente, no.

Ares está en una especie de mesa de reconocimiento con tres entidades o criaturas humanoides pero-no-del-todo-humanas flotando sobre él y curándolo. Las criaturas puede que sean robots, aunque más estilizados y de apariencia más orgánica que ningún robot de los que se imaginaban en mi época, y veo que uno de ellos le ha insertado una sonda mientras otro pasa un brillante rayo ultravioleta a lo largo del vientre abierto de Ares.

El dios de la guerra se sigue sujetando las tripas con las manos ensangrentadas. Parece dolorido y asustado y fastidiado. Parece, en otras palabras, humano.

A lo largo de la pared blanca, depósitos gigantescos se elevan seis metros o más, llenos de un borboteante fluido violeta, con diversos umbilicales y filamentos, y... dioses: altos, bronceados, de forma humana, en diversos estadios de lo que podrían ser reconstrucciones o descomposiciones. Veo cavidades orgánicas abiertas, huesos blancos, músculos estriados, el mareante destello de un cráneo desnudo. No reconozco las otras formas-dioses, pero en el tanque más cercano flota Afrodita, desnuda, los ojos cerrados, el cabello flotando, el cuerpo perfecto excepto por la muñeca y la mano casi cercenadas de su brazo perfecto. Un revoltijo de gusanos verdes traza espirales en torno a los ligamentos y tendones y huesos de ese brazo, devorando o suturando o ambas cosas. Aparto la mirada.

Zeus entra en la larga sala y cruza el espacio entre los monitores sanitarios sin diales, dejando atrás robots de lo que parece carne sintética, dioses que inclinan la cabeza y se apartan reverentes. Por un instante, la cabeza del gran dios gira hacia mí, los sorprendentes ojos bajo las cejas grises me miran directamente, y sé que he sido descubierto.

Espero el trueno de Zeus y el estallido del relámpago. Nada sucede. Zeus se vuelve (¿está sonriendo?) y se detiene delante de Ares, que sigue encogido en la mesa de reconocimiento, entre máquinas flotantes y seres robóticos ocupados en la cura. Se detiene ante el dios herido con los brazos cruzados, la toga en su sitio, la cabeza gacha, con la barba recortada y las cejas grises sin recortar, el pecho desnudo irradiando fuerza y luz broncea, la expresión fiera: parece más el director de colegio irritado que un padre preocupado, diría yo.

Ares habla primero.

—Padre, ¿no te enfurece ver tanta violencia humana, tanta sangre? Somos los dioses duraderos e inmortales, pero sufrimos heridas e insultos, a causa de nuestras divinas discusiones y voluntades en conflicto, cada vez que tratamos a

esos apestosos mortales con un ápice de amabilidad. Y ya es bastante malo que tengamos que combatir a esos nanoenloquecidos hijos de puta, mi señor Zeus, pero también tenemos que combatirte *a ti*.

Ares toma aliento, hace una mueca de dolor y espera. Zeus no dice nada, pero sigue mirando con mala cara como si reflexionara sobre las palabras del dios de la guerra.

—Y *Atenea* —jadea el dios herido—. Has dejado que esa muchacha vaya demasiado lejos, oh, hijo de Cronos. Desde que hiciste nacer de tu propia cabeza a esa hija del *caos* y la destrucción, siempre has dejado que se salga con la suya, nunca has bloqueado su intrépida voluntad. Y ahora ha convertido al mortal Diomedes en una de sus armas y lo ha empujado a arremeter contra nosotros los dioses.

Ares está excitado y furioso. La saliva vuela. Todavía veo los amasijos grises y azulados de sus intestinos en lo que parece ser sangre dorada.

—Primero incitó a ese... a ese... *mortal* a que atacara a Afrodita, cercenando su muñeca y derramando su sangre divina. Los ayudantes del Curador me han dicho que estará en la cuba un día entero, recuperándose. Luego *Atenea* lanzó a Diomedes contra mí, nada menos que *contra mí, el dios de la guerra*, y su cuerpo nanoaumentado fue tan rápido que habrían tenido que tenerme en las tinas durante días o semanas, quizás incluso hubiese necesitado resucitación, de no haber sido yo aún más rápido. Si hubiera ensartado mi corazón en la punta de su lanza, todavía estaría agitándome entre los cadáveres humanos allá abajo, sintiendo más dolor del que siento, intentando resistirme pero siendo derrotado por el mero bronce de los mortales, débil como un fantasma sin aliento de nuestros días de la antigua Tierra y...

—¡YA BASTA! —grita Zeus, y no sólo detiene la diatriba de Ares, sino que paraliza a todos los dioses y robots—. No quiero oír más tus quejas, Ares, embustero, traicionero pedo de gorrión, miserable excusa de hombre, mucho menos que dios.

Ares parpadea al oír esto, abre la boca pero (sabiamente, creo) decide no interrumpir.

—Escucha tus gemidos y tus quejas por ese pequeño corte —se mofa Zeus desplomando sus poderosos brazos y abriendo una mano gigantesca como si se dispusiera a borrar de la existencia al dios de la guerra con una orden—. Tú... Te odio más que a la mayoría de los gusanos elegidos para convertirse en dioses cuando llegó nuestro Cambio, miserable hipócrita. Cobarde amante de la muerte y las batallas sombrías y el sangriento torbellino de la guerra. Tienes la dureza de tu madre, Ares, y su furia... confieso que apenas puedo dominar a Hera, sobre todo cuando toma decisiones sobre algún proyecto querido, como masacrar a los aqueos hasta el último hombre.

Ares se dobla como si las palabras de Zeus le estuvieran lastimando, pero

sospecho que la causa del dolor es realmente el robot esférico que cierra la herida de su abdomen con lo que parece ser una máquina de coser portátil de potencia industrial.

Zeus ignora las atenciones de los médicos y camina de un lado a otro, plantándose a dos metros de donde yo estoy antes de darse media vuelta y volver a detenerse ante el encogido y dolorido Ares.

—Espero que sean los consejos de tu madre, los deseos de Hera, los que te hagan sufrir como buen «dios de la guerra»... —percibo el sarcasmo divino en las palabras de Zeus—. Yo preferiría verte muerto...

Ares alza la cabeza, sorprendido y aterrorizado.

Zeus se ríe de la expresión del dios de la guerra.

—¿No sabías que podemos morir? ¿Morir más allá de la reconstrucción en el tanque o la recomresurrección? Podemos, hijo mío, podemos.

Ares agacha la cabeza, confundido. La máquina casi ha terminado de volver a su sitio las divinas entrañas y está cosiendo los últimos músculos.

—¡Curador! —trueno Zeus, y algo alto y no muy humano emerge de detrás de las borboteantes tinas. Es más centípedo que máquina, con múltiples brazos, cada uno con varias articulaciones, y unos ojos rojos como de mosca a tres metros de altura de su cuerpo multisegmentado. Cintas y aparatos y extraños componentes orgánicos cuelgan de arneses colocados alrededor del gigantesco cuerpo de insecto del Curador.

—Sigues siendo mi hijo —dice Zeus al cariacontecido dios de la guerra. La voz del Señor del Trueno es más suave ahora—. Eres mi hijo como yo soy hijo de Cronos. Para mí te parió tu madre. —Ares extiende la mano ensangrentada como para agarrar el brazo de Zeus, pero el dios mayor ignora el gesto—. Pero confía en mí, Ares. Si hubieras nacido de algún otro dios, créeme si te digo que hace tiempo que te hubiese lanzado a ese oscuro y profundo abismo donde los Titanes se revuelcan todavía hoy.

Zeus indica al Curador que avance, se da media vuelta y sale del salón.

Yo retrocedo un paso (lo mismo hacen los otros dioses presentes) mientras el gigantesco Curador alza a Ares con cinco de sus brazos, lo lleva al tanque vacío, le coloca varias fibras y tentáculos y umbilicales, y lo mete en el borboteante líquido violeta. En cuanto su cara está bajo la superficie, Ares cierra los ojos y los gusanos verdes salen de las aberturas del cristal y se ponen a trabajar en el masacrado vientre del dios.

Decido que es hora de marcharme.

Estoy aprendiendo el ritmo de la teleportación cuántica con este medallón. Imagino con claridad el lugar al que quiero ir, y el aparato me TCea allí. Imagino claramente el campus de mi universidad en Indiana en los últimos años

del siglo XX. El aparato no hace nada. Suspirando, imagino el dormitorio escólico en la base del Olimpo.

El medallón me lleva de inmediato. Cobro existencia (aunque no visibilidad a causa del Casco de Hades) ante los rojos escalones, frente a las puertas verdes del barracón de piedra roja.

Ha sido un día condenadamente largo y todo lo que quiero es encontrar mi camastro, quitarme todos estos atavíos y dormir. Que Nightenhelser informe a la musa.

Como si mis pensamientos la hubieran convocado, veo que la musa cobra existencia a dos metros de mí y hace a un lado las puertas del barracón. Me sorprende. La musa nunca había venido a los barracones: siempre subimos en el ascensor de cristal para verla.

Seguro de que la tecnología o lo que sea de Hades me oculta, la sigo a la sala común.

—¡Hockenberry! —grita con su poderosa voz de diosa.

Un escólico joven llamado Blix, un erudito homérico del siglo XXII al que le han asignado el turno de noche en Ilión, sale de su habitación en el primer piso frotándose los ojos y con aspecto estúpido.

—¿Dónde está Hockenberry? —exige saber mi musa.

Blix niega con la cabeza, la boca abierta. Duerme con calzones y una camiseta manchada.

—¡Hockenberry! —insiste la impaciente musa—. Nightenhelser dice que fue a Ilión, pero no está allí. No se ha presentado ante mí. ¿Has visto a alguno de los escólicos del turno de día?

—No, diosa —dice el pobre Blix, inclinando la cabeza en una especie de aproximación a la deferencia.

—Vuelve a la cama —dice la musa, disgustada. Sale al exterior, contempla la costa colina abajo hacia donde los hombrecillos verdes se esfuerzan tirando de las cabezas de piedra, y entonces se TCEa con un suave golpe de aire inspirado.

Yo podría seguir su pista a través del espacio de cambio de fase, pero... ¿para qué? Está claro que ella quiere recuperar el casco y el medallón. Con Afrodita en el tanque, para ella soy un cabo suelto: apuesto a que, aparte de Afrodita, sólo la musa sabe que con estos aparatos estoy equipado para ser espía.

Y quizá ni siquiera la musa sabe para qué planea utilizarme Afrodita...

Para espiar a Atenea y luego matarla.

¿Por qué? Aunque las duras palabras de Zeus a su hijo Ares sean ciertas (que los dioses pueden morir la Verdadera Muerte), ¿es posible que un simple mortal pueda causarla? Diomedes ha hecho todo lo posible hoy.

Y ha puesto a dos de los dioses fuera de combate, flotando en tanques con gusanos verdes que trabajan en ellos.

Sacudo la cabeza. De pronto me siento muy cansado y confuso. Mi esfuerzo

por desafiar a los dioses, hace ahora veinticuatro horas, ha terminado. Afrodita me hará eliminar mañana a esta hora.

¿Adónde ir?

No puedo esconderme de los dioses mucho tiempo, y si se entera de que lo estoy intentando, Afrodita se hará unas ligas con mis tripas mucho antes. En cuanto la diosa del amor vuelva mañana a la acción, me verá... me encontrará.

Puedo TCear de vuelta al campo de batalla ante Ilión y permitir que mi musa me encuentre. Puede que sea mi mejor opción. Aunque se apropie de mis cosas, probablemente me permitirá vivir hasta que Afrodita salga del tanque. ¿Qué tengo que perder?

Un día. Afrodita estará en el tanque un día, y ninguno de los otros dioses puede verme hasta que ella vuelva. *Un día.*

Efectivamente, me queda un día de vida.

Con eso en mente, finalmente decido adónde voy.

Mar del Polo Sur

Los cuatro viajeros decidieron comer por fin.

Savi desapareció en uno de sus túneles iluminados unos minutos y regresó con platos calientes: pollo, arroz recalentado, pimientos al curry, y tiras de cordero a la parrilla. Los cuatro habían picoteado en Ulanbat unas horas antes, pero ahora comieron con entusiasmo.

—Si estáis cansados —dijo Savi—, podéis dormir aquí esta noche antes de que nos marchemos. Hay dormitorios cómodos en algunas de las habitaciones cercanas.

Todos dijeron que no estaban cansados: era sólo media tarde según la hora de Cráter París. Daeman miró alrededor, engulló el cordero a la parrilla que estaba masticando, y dijo:

—¿Por qué vives en un...? —Se volvió hacia Harman—. ¿Cómo lo llamaste?

—Un iceberg —contestó Harman.

Daeman asintió y masticó y se volvió hacia Savi.

—¿Por qué vives en un iceberg?

—Este hogar concreto mío puede que sea el resultado de... digamos... la nostalgia de una vieja. —Cuando vio que Harman la miraba intensamente, añadió—: Estaba en una especie de período sabático en un iceberg muy parecido a éste cuando el último fax se hizo sin mí, hace más de diez veces el lapso de vida que se os permite.

—Creía que todo el mundo fue almacenado durante el último fax —dijo Ada. Se limpió los dedos en una hermosa servilleta de lino pardo—. Todos los millones de humanos al viejo estilo.

Savi negó con la cabeza.

—Millones no, querida. Éramos poco más de nueve mil cuando los posts hicieron su último fax. Por lo que yo sé, ninguno, y muchos eran mis amigos, fue reconstituido después del Hiato. Todos los supervivientes de la pandemia éramos judíos, ¿sabes?, a causa de nuestra resistencia al virus rubicón.

—¿Qué son los judíos? —preguntó Hannah—. ¿O, más bien, qué eran los

judíos?

—Principalmente una creación racial teórica —dijo Savi—. Un grupo genético semidistinto surgido debido al aislamiento cultural y religioso a lo largo de varios miles de años.

Hizo una pausa y contempló a sus cuatro invitados. Sólo la expresión de Harman sugería que tenía una leve idea de lo que estaba diciendo.

—En realidad no importa —dijo Savi en voz baja—. Pero por eso oíste que hablaban de mí como « la Judía Errante », Harman. Me convertí en un mito. Una leyenda. La expresión « Judía Errante » sobrevivió a su significado.

Sonrió de nuevo, pero sin humor.

—¿Cómo perdiste el último fax? —preguntó Harman—. ¿Por qué te dejaron atrás los posthumanos?

—No lo sé. Me he hecho a mí misma esa pregunta durante siglos. Tal vez para que pudiera actuar como... testigo.

—¿Testigo? —dijo Ada—. ¿De qué?

—Hubo muchos extraños cambios en el cielo y la Tierra en los siglos anteriores y posteriores al último fax, querida. Tal vez los posts consideraron que alguien (aunque fuera sólo un ser humano antiguo) debería ser testigo de esos cambios.

—¿Muchos cambios? —dijo Hannah—. No entiendo nada.

—No, querida, no lo entiendes, ¿verdad? Tú y tus padres y los padres de tus padres habéis conocido un mundo que no parece cambiar en absoluto, a excepción de la sustitución de algunos individuos... y sólo al ritmo constante de un siglo por persona. No, los cambios de los que estoy hablando no fueron visibles, desde luego. Pero ésta no es la Tierra que conocieron los humanos antiguos originales ni los primeros posts.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó Daeman, y por su tono se veía lo poco que le interesaba la respuesta.

Savi lo barrió con sus claros ojos grises.

—Para empezar, una nimiedad, sin duda, algo insignificante en comparación con todo lo demás, pero importante para mí, al menos: no hay otros judíos.

Les mostró el camino a las zonas de cuartos de baño privados y sugirió que se quitaran las termopiel para el viaje.

—¿No las necesitaremos? —preguntó Daeman.

—Hará frío hasta llegar al sonie —respondió Savi—. Pero nos las arreglaremos. Y después no las necesitaréis.

Ada se quitó la termopiel y estaba de vuelta en la habitación principal, tendida en el sofá, contemplando las paredes de hielo y reflexionando sobre todo aquello, cuando Savi salió de una recámara distinta. La mujer mayor llevaba unos pantalones más gruesos que antes, botas más fuertes y más altas, una capa forrada, una gorra encasquetada, el pelo recogido en una cola de caballo gris, a

la espalda una ajada mochila caqui que parecía pesada. Ada nunca había visto a ninguna mujer vestirse así y se sintió fascinada por el estilo de la anciana. Advirtió que le fascinaba Savi en general.

Harman también estaba fascinado, al parecer, pero por el arma que aún era visible en el cinturón de Savi.

—¿Sigues pensando en matarnos? —preguntó.

—No —dijo Savi—. Al menos de momento. Pero hay otras cosas a las que hay que disparar de vez en cuando.

El trayecto desde el interior del iceberg y por la superficie hasta el sonie fue frío, en efecto (el viento seguía ululando y la nieve arremolinándose), pero la máquina estaba cálida bajo la burbuja de su campo de fuerza. Savi ocupó el puesto principal que Harman había ocupado durante el vuelo de llegada y Ada se situó a su derecha. Cuando Savi pasó la mano por la capucha negra bajo el asa apareció un panel de control holográfico.

—¿De dónde ha salido eso? —preguntó Harman desde su lugar a la izquierda de la anciana. Una marca de ocupante seguía vacía entre Daeman y Hannah.

—Habría sido un desastre si hubieras intentado pilotar el sonie de camino hacia aquí —dijo Savi. Se aseguró de que todos estuvieran bien colocados y sujetos en posición tendida; luego giró el mando, la máquina zumbó gravemente y se alzaron verticalmente doscientos metros o más sobre el hielo, hicieron una pirueta invertida (el campo de fuerza los mantuvo sujetos en su sitio pero pareció que no había nada más que aire entre ellos y la terrible muerte si caían al hielo azul y el mar negro tan por debajo), y entonces la máquina se enderezó, osciló a la izquierda, y ascendió firmemente hacia las estrellas.

Cuando la máquina volaba hacia el noroeste a gran velocidad y una altitud respetable, Harman preguntó:

—¿Puede esto ir hasta allí?

Señaló con el brazo izquierdo, los dedos apretando el campo de fuerza elástico que tenía encima.

—¿Adónde? —dijo Savi, todavía concentrada en las imágenes holográficas. Alzó los ojos—. ¿Al anillo-p?

Harman estaba casi de espaldas, contemplando el anillo polar que se movía de norte a sur sobre ellos, las decenas de miles de componentes individuales resplandeciendo en el aire fino y límpido a esa altura.

—Sí —dijo.

Savi negó con la cabeza.

—Esto es un sonie, no una nave espacial. El anillo-p está alto. ¿Para qué querías ir hasta allí arriba?

Harman ignoró la pregunta.

—¿Sabes dónde podríamos encontrar una nave espacial?

La anciana volvió a sonreír. Observando a Savi con atención, Ada advirtió la

diversidad de expresiones de la mujer: las sonrisas verdaderamente cálidas, las que no tenían ningún calor, y ésta, amable, que sugería frialdad o ironía.

—Tal vez —dijo, pero su tono no daba pie a más preguntas.

—¿Conociste de verdad a los posthumanos? —preguntó Hannah.

—Sí —dijo Savi, alzando levemente la cabeza para hacerse oír por encima del zumbido del sonie mientras avanzaban hacia el norte—. Sí que conocí a algunos.

—¿Cómo eran? —La voz de Hannah era un poco triste.

—En primer lugar, todos eran mujeres.

Harman parpadeó.

—¿Sí?

—Sí. Muchos de nosotros sospechábamos que sólo unos cuantos posts bajaban a la Tierra, pero que usaban formas diferentes. Todas femeninas. Tal vez no había ningún posthumano varón. Tal vez no conservaron el género mientras controlaban su propia evolución. ¿Quién sabe?

—¿Tenían nombres? —preguntó Daeman.

Savi asintió.

—La que conocí mejor... bueno, la que vi más... se llamaba Moira.

—¿Cómo eran? —volvió a preguntar Hannah—. Su personalidad. Su aspecto.

—Preferían flotar a caminar —dijo Savi, críptica—. Les gustaba hacer fiestas para nosotros, los antiguos. Solían hablar en acertijos délficos.

Hubo un minuto de silencio sólo interrumpido por el viento que corría sobre el casco de policarbono y la burbuja del campo de fuerza. Finalmente, Ada dijo:

—¿Bajaban mucho de sus anillos?

Savi volvió a negar con la cabeza.

—No mucho. Muy raramente, hacia el final, en los últimos años antes del último fax. Pero se rumoreaba que tenían algunas instalaciones en la Cuenca Mediterránea.

—¿La Cuenca Mediterránea? —preguntó Harman.

Savi sonrió y Ada pensó que era una de sus sonrisas de diversión.

—Mil años antes del último fax, los posts secaron un mar que había al sur de Europa: hicieron una presa entre una roca llamada Gibraltar y la punta del norte de África, y nos lo prohibieron. Convirtieron gran parte en granjas, o eso nos dijeron los posts, pero un amigo mío se coló allí antes de que lo descubrieran y expulsaran, y dijo que había... bueno, ciudades podría ser la mejor descripción, si algo de estado sólido puede ser llamado una ciudad.

—¿Estado sólido? —dijo Hannah.

—No importa, hija.

Harman se tumbó de nuevo, apoyándose en los codos. Sacudió la cabeza.

—Nunca he oído hablar de esa Cuenca Mediterránea. Ni de Gibraltar. Ni... ¿cómo dijiste? El norte de África,

—Sé que has descubierto unos cuantos mapas, Harman, y has aprendido a leerlos... más o menos —dijo Savi—. Pero eran mapas pobres. Y antiguos. Los pocos libros que los posthumanos dejaron y que subsisten en esta época analfabeta son inconcretos... inofensivos.

Harman volvió a fruncir el ceño. Volaron hacia el norte en silencio.

El sonie los llevó de la noche polar a la luz de la tarde, lejos del oscuro océano, y a través de una tierra que desde las alturas sólo podían imaginar y a una velocidad que sólo podían soñar. El anillo-p se desvaneció a medida que el cielo se fue haciendo azul y el anillo-e apareció al norte.

Sobrevolaron tierra oculta por nubes altas y blancas, luego vieron picos elevados cubiertos de nieve y valles glaciares muy por debajo. Savi hizo descender al sonie al este de los picos y volaron a unos pocos cientos de metros por encima de bosques tropicales y sabanas verdes, todavía moviéndose tan rápidamente que aparecieron más picos como puntos en el horizonte para convertirse en montañas en segundos.

—¿Esto es Suramérica? —preguntó Harman.

—Solía serlo.

—Y eso, ¿qué significa?

—Significa que los continentes han cambiado un poco desde que se dibujaron los mapas que has visto —dijo la anciana—. Y han tenido varios nombres desde entonces también. ¿Mostraban los mapas que viste una masa de tierra conectada a la llamada Norteamérica?

—Sí.

—Ya no existe.

Tocó los símbolos holográficos, retorció el mando, y el sonie voló más bajo. Ada se apoyó en los codos, el pelo contra la burbuja, y miró alrededor. En silencio, a excepción del roce del aire sobre la burbuja de fuerza, el sonie volaba por encima de las copas de los árboles: cicadáceas, helechos gigantescos y antiguos árboles sin hojas pasaron de largo. Al este se alzaban colinas que se convertían en altos picos. Grandes animales avanzaban como borrones móviles cerca de ríos y lagos. Pastaban animales con morros improbables, veteados de blanco, marrón, pardo, rojo. Ada no pudo identificar ninguno de ellos.

De repente, un rebaño de herbívoros echó a correr a treinta metros bajo el sonie. Llevados por el pánico, los animales intentaban salvar la vida. Tras ellos corrían seis criaturas parecidas a aves, enormes, de dos metros y medio de altura o más, calculó Ada, con un plumaje salvaje que partía de los picos más grandes y las caras más feas que Ada hubiese visto. Los herbívoros corrían rápido, a cincuenta o sesenta kilómetros por hora, calculó Ada en los pocos segundos que pasaron antes de que el sonie los perdiera de vista, pero las aves se movían más

rápido, quizás a ochenta kilómetros por hora, cuatro veces más rápido que cualquier droszky o carruaje en el que Ada o los otros tres hubieran viajado jamás.

—¿Qué...? —empezó a decir Hannah.

—Aves Terroríficas —dijo Savi—. *Phorushacos*. Después del rubicón, los ARNistas tuvieron unos cuantos siglos locos para jugar. Es adecuado, ya que las auténticas Aves Terroríficas deambularon por estas llanuras y montañas hace unos dos millones de años, pero esa clase de mierda, como vuestros dinosaurios al norte, crea el caos en la ecología. Los posts prometieron limpiarlo todo durante el Hiato del último fax, pero no lo hicieron.

—¿Qué es un arnista? —preguntó Ada. Los animales (las aves terroríficas de pico rojo y las presas por igual) se habían perdido ya de vista tras ellos. Rebaños mayores de animales más grandes eran visibles ahora al oeste, acechados por seres parecidos a tigres. El sonie remontó el vuelo y se dirigió al pie de las colinas.

Savi suspiró, como si estuviera cansada.

—Artistas del ARN. Independientes de la recombinación. Rebeldes sociales y bromistas graciosos con tanques regen-piratas y secuenciadores.

Miró a Ada, luego a Harman, luego a Daeman y Hannah.

—No importa, hijos —dijo.

Volaron otros quince minutos sobre bosques brumosos y luego giraron al oeste para aproximarse a una cadena montañosa. Las nubes se movían en torno a los picos de las montañas, bajo ellos, y la nieve se agitaba alrededor del sonie, pero de algún modo el campo de fuerza mantenía los elementos a raya.

Savi tocó la imagen brillante, el sonie perdió velocidad y viró al oeste, hacia el sol poniente. Iban a mucha altura.

—¡Oh, cielos! —exclamó Harman.

Ante ellos, dos afilados picos se alzaban a cada lado de una estrecha horquilla cubierta de terrazas de hierba y ruinas verdaderamente antiguas, muros de piedra sin techo.

Un puente (también de la Edad Perdida pero obviamente no tan antiguo como las ruinas de piedra), corría desde uno de los afilados picos en forma de diente hasta el otro, por encima de las ruinas. No había ninguna carretera más allá del puente colgante (la autopista terminaba en una pared de roca a ambos lados) y los cimientos estaban hundidos en la roca entre las ruinas.

El sonie sobrevoló el lugar.

—Un puente colgante —susurró Harman—. He leído sobre ellos.

Ada era buena estimando el tamaño de las cosas, y supuso que el puente medía casi kilómetro y medio de longitud, aunque la pasarela se había roto en una docena de sitios; dejaba ver sus tripas oxidadas y el vacío. Supuso que las dos torres (con restos de antigua pintura naranja pero casi por completo cubiertas de

óxido) median más de doscientos cincuenta metros. La cima de cada una de ellas sobrepasaba las montañas de los extremos. Las torres dobles estaban verdes debido a algo que parecía ser hiedra desde la distancia, pero cuando el sonie se acercó, Ada vio que era artificial: burbujas verdes y escaleras y parches de material flexible parecido al cristal se enroscaban en torno a las torres y los pesados cables de suspensión, incluso en torno a los cables de apoyo, y colgaban libres sobre la carretera destrozada. Las nubes bajaban desde el alto pico y se mezclaban con la bruma que se alzaba de los profundos cañones bajo las ruinas de la cima, enroscándose y rebulléndose en torno a la torre sur y oscureciendo la carretera y los cables colgantes de allí.

—¿Tiene nombre este lugar?—preguntó Ada.

—La Puerta Dorada de Machu Picchu —dijo Savi, mientras tocaba los controles para acercarse.

—Y eso, ¿qué significa?—preguntó Daeman.

—No tengo ni idea —respondió Savi.

El sonie circundó la torre norte (naranja oscuro y óxido viejo bajo la brillante luz de sol más allá de las nubes) y flotó lenta, cuidadosamente, hasta la cima, donde se posó sin ningún sonido.

El campo de fuerza se apagó. Savi asintió y todos salieron, se despezaron, miraron alrededor. El aire era frío y muy ligero.

Daeman se acercó al oxidado borde de la cima de la torre y se asomó. Como había nacido y había crecido en Cráter París, no tenía miedo a las alturas.

—Yo en tu lugar procuraría no caerme —dijo Savi—. Aquí no hay ninguna fermería de rescate. Si te mueres lejos de los fax-nódulos, te quedas muerto.

Daeman retrocedió apresuradamente, tanto que casi se cayó en su prisa por apartarse del borde.

—¿Qué dices?

—Digo lo que digo —respondió Savi, echándose la mochila al hombro—. Aquí no hay ninguna fermería. Intenta permanecer vivo hasta que vuelvas.

Ada miró hacia arriba, donde ambos anillos eran visibles en el cielo azul.

—Creía que los posthumanos podían faxearnos desde cualquier parte si nosotras... nos metíamos en problemas.

—A los anillos —dijo Savi, la voz monótona—. Donde la fermería os cura.

—Sí —dijo Ada débilmente.

Savi negó con la cabeza.

—No hay ninguna fermería en los anillos. Y no son los posts los que os faxean cuando sucede algo malo para reconstruirlos. Es todo un mito. Propaganda. O, con más franqueza: caca de la vaca.

Harman abrió la boca para hablar pero fue Daeman quien lo hizo.

—Yo estuve allí —dijo furioso—. En la fermería. En los anillos.

—En la fermería, sí —dijo Savi—. En los anillos, no. No te curaron los

posthumanos. Si están allí arriba, les importas un rábano. Y no creo que estén allí ya.

Los cuatro se encontraban en la oxidada cima de la torre, a más de doscientos metros sobre la carretera destruida, a trescientos metros por encima de la garganta verde y las ruinas de piedra.

El viento que llegaba de los picos más altos los azotaba y les agitaba el pelo.

—Después de nuestro último Veinte, subimos a unirnos a los posts... — empezó a decir Hannah, con un hilo de voz.

Savi se echó a reír y los condujo hacia un irregular glóbulo de cristal situado en el extremo oeste de la cima de la antigua torre.

Había habitaciones y antecámaras y escaleras que descendían y escaleras móviles petrificadas y habitaciones más pequeñas a la salida de las cámaras principales. A Ada le pareció extraño que el cielo y las torres anaranjadas y los cables colgantes y los retazos de jungla y carretera de abajo no se vieran teñidos de verde a través del material y que la luz del sol no se filtrara verdosa, pues el cristal verde, de algún modo, dejaba pasar bien los colores.

Savi los condujo de un módulo verde a otro, de un lado de la torre bifurcada a otro, a través de finos tubos que tendrían que haberse agitado con la fuerte brisa, pero no lo hacían. Algunas de las cámaras se extendían nueve o diez metros más allá de la torre, y Ada no tenía ni idea de cómo el glóbulo verde estaba unido al acero y el hormigón.

Algunas de las habitaciones estaban vacías. En otras había... artefactos. Una serie de esqueletos de animales se recortaban contra las montañas en una sala. En otra, lo que parecían ser réplicas de máquinas ocupaban mostradores y colgaban de alambres. En otra más, cubos de plexiglás contenían fetos de un centenar de criaturas, ninguna de ellas humana, aunque inquietantemente parecidas a los humanos. En otra sala, deslucidos hologramas de campos estelares y anillos se movían a través de los observadores.

—¿Qué es esto? —preguntó Harman.

—Una especie de museo —dijo Savi—. Creo que faltan las exposiciones más importantes.

—¿Creado por quién? —preguntó Harman.

Savi se encogió de hombros.

—No creo que por los posts. No lo sé. Pero estoy segura de que el puente (o el original de este puente, puede que sea una réplica) se alzó una vez sobre las aguas cerca de una ciudad de la Edad Perdida en lo que era entonces la costa oeste del continente situado al norte de aquí. ¿Has oído alguna vez algo parecido, Harman?

—No.

—Tal vez lo he soñado —dijo Savi con una risotada triste—. La memoria me juega malas pasadas después de todos estos siglos de sueño.

—Mencionaste antes que habías dormido durante siglos —dijo Daeman, en un tono que a Ada le pareció brusco—. ¿A qué te referías?

Savi los había conducido por una larga escalera de caracol dentro del tubo de cristal verde sujeto entre los cables de suspensión, y ahora indicó una hilera de algo que parecían ser ataúdes de cristal.

—Una forma de criosueño —dijo—. Sólo que no es frío... lo cual es una estupidez, porque eso es lo que significa «crio» originalmente. Algunas de estas crisálidas todavía funcionan, todavía congelan el movimiento molecular. No mediante frío, sino mediante una especie de microtecnología que extrae energía del puente.

—¿Del puente? —dijo Ada.

—Todo esto es un receptor de energía solar —explicó Savi—. O al menos las partes verdes lo son.

Ada contempló los polvorientos ataúdes de cristal y trató de imaginar dormirse dentro de uno de ellos y esperar... ¿qué? ¿Años antes de despertar? ¿Décadas? ¿Siglos? Se estremeció.

Savi la estaba mirando y Ada se sonrojó. Pero Savi sonrió. Una de sus sonrisas sinceramente divertidas, pensó Ada.

Subieron a un largo cilindro de cristal verde que colgaba de un ajado y oxidado cable de suspensión, más grueso que la altura de Harman. Ada caminó con cuidado, tratando de sostenerse por pura fuerza de voluntad, temerosa de que su peso combinado hiciera caer el cilindro, el cable, el puente entero. De nuevo vio a Savi mirándola. Esta vez no se ruborizó, sino que frunció el ceño, cansada del escrutinio de la anciana.

Los cuatro se detuvieron al cabo de un minuto, alarmados. Parecía que habían entrado en una sala de reuniones llena de gente: había gente de pie en el perímetro de la sala, hombres y mujeres con extraños atuendos, gente sentada a las mesas y de pie ante paneles de control, gente que no se movía ni se volvía a mirar a los recién llegados.

—No son reales —dijo Daeman, aproximándose al hombre más cercano, vestido con un traje azul oscuro y con una especie de tela en la garganta. Daeman le tocó la cara.

Los cinco caminaron de figura en figura, mirando a los hombres y mujeres vestidos con ropa extraña, con extraños peinados e inusitados adornos personales: tatuajes, joyas raras, pelo y piel secos.

—Leí que en otros tiempos los servidores tuvieron forma humana... —empezó a decir Harman.

—No —respondió Savi—. Esto no son robots. Sólo son maniquies.

—¿Qué? —dijo Daeman.

Savi explicó la palabra.

—¿Sabe quiénes se supone que son? —preguntó Hannah—. ¿O por qué están aquí?

—No —dijo Savi. Se apartó mientras los otros exploraban.

Al fondo de la cámara, colocada en un hueco de cristal, como si ocupara un lugar de honor, la figura de un hombre reposaba en un adornado sillón de madera tapizada de cuero. Incluso sentado, no cabía duda de que era más bajo que la mayoría de los otros maniqués masculinos de la sala. Iba ataviado con una especie de túnica parda que parecía un vestido corto, sujeta con un cinturón hecho de basta lana o algodón. Los pies de la figura estaban calzados con sandalias. El hombre debería haber sido cómico, pero sus rasgos (el pelo gris, rizado y corto, la nariz aguileña y los feroces ojos que miraban osadamente desde debajo de unas pobladas cejas) eran tan poderosos que Ada tuvo que acercarse al maniquí con cautela. Los antebrazos del hombre, musculosos, con muchas cicatrices, los dedos gruesos, que asían con tranquilidad pero con fuerza el brazo del sillón de madera, todo en la figura daba la impresión de fuerza contenida, fuerza de voluntad además de física, tanto que Ada se detuvo a dos metros de la figura. El hombre era bastante mayor de lo que los humanos decidían parecer en esta época: entre el Segundo Veinte de Harman y la ancianidad de Savi. La túnica del hombre era lo suficientemente escotada para que Ada pudiera ver el vello gris de su ancho y bronceado pecho.

Daeman se abalanzó hacia delante.

—Conozco a este hombre —dijo, señalando—. Ya lo había visto.

—En el drama turín —dijo Hannah.

—Sí, sí —dijo Daeman, chasqueando los dedos en un intento por recordar—. Su nombre es...

—Odiseo —dijo el hombre de la silla. Se levantó y avanzó un paso hacia el sobresaltado Daeman—. Odiseo, hijo de Laertes.

Marte

—Se está estabilizando —le dijo Mahnmut a Orphu a través de la conexión—. Ritmo de giro reducido a una revolución cada tres segundos. El cabeceo y la guiñada se aproximan a cero.

—Voy a intentar acabar con los giros —dijo Orphu—. Avisame cuando tengas el casquete polar en la retícula.

—Bien, no... va a la deriva. Maldición. Qué destrozo. —Mahnmut intentaba cotejar la irregular imagen de video con el borrón blanco del casquete polar marciano a través de una nevada de residuos a la deriva y plasma aún brillante.

—Sí —dijo Orphu desde la bodega—. Estoy destrozado.

—No hablaba de ti.

—Lo sé. Pero sigo estando destrozado. Daría la mitad de mi biblioteca de Proust por recuperar uno de mis seis ojos.

—Ya te conectaremos algún apoyo visual —dijo Mahnmut—. Demonios. Volvemos a girar.

—Deja que gire hasta justo antes de entrar en la atmósfera —dijo Orphu—. Ahorra energía y combustible. Y, no, no vamos a arreglar esto de la visión. Hice una comprobación de daños después de que me enchufaras aquí, y no son sólo los ojos y las cámaras lo que falta. Estaba mirando hacia la proa cuando la nave fue alcanzada, y el destello quemó todos los canales hasta el nivel orgánico. Mis nervios ópticos internos son ceniza.

—Lo siento —dijo Mahnmut. Sintió náuseas y no era sólo por los giros. Al cabo de un minuto dijo—: Nos estamos quedando sin todo lo que es consumible: aire, agua, combustible de reacción. ¿Estás seguro de que quieres quedarte dentro de este campo de escombros?

—Es nuestra mejor posibilidad —dijo Orphu—. En el radar, somos otro pedazo de la nave espacial destruida.

—¿Radar? —preguntó incrédulo Mahnmut—. ¿Viste quien nos atacó? Ha sido un maldito carro ¿Te parece que un carro tiene radar?

Orphu rumió una risa.

—¿Crees que un *carro* puede arrojar una lanza de energía como la que desintegró un tercio de la nave, incluyendo a Koros y Ri Po? Y, sí, Mahnmut, vi ese carro: fue lo último que veré jamás. Pero no creo ni por un segundo que fuera un carro de verdad con un hombre y una mujer gigantescos viajando en el vacío. Ni hablar. Demasiado bonito... demasiado increíble.

Mahnmut no tuvo nada que responder a eso. Deseó que Orphu redujera los giros (el submarino volvía a inclinarse y a derrapar de nuevo), pero en el campo de escombros todo daba vueltas, así que tenía sentido que ellos también.

—¿Quieres hablar sobre los sonetos de Shakespeare? —preguntó Orphu de Io.

—¿Me la estás metiendo doblada, tío? —a los moravecs les encantaban las frases coloquiales de los antiguos humanos, cuanto más escatológicas mejor.

—Sí —dijo Orphu—. Te la estoy metiendo doblada, amigo mío.

—Espera un momento, espera un momento —dijo Mahnmut—. Los restos empiezan a brillar. Y nosotros también. Acumulamos ionización.

Le agradó que su voz conservara la calma. Ante ellos, trozos grandes de la nave espacial brillaban en un rojo oscuro. La proa de *La Dama Oscura* empezaba a brillar también. Los sensores externos de *La Dama Oscura* empezaron a informar que la temperatura del casco aumentaba. Estaban entrando en la atmósfera de Marte.

—Es hora de enderezarnos —dijo Orphu, que recibía los datos del casco del sumergible y hacía lo que podía con la descarga de control parcial de Koros III mientras disparaba los impulsores adjuntos al submarino y realineaba el giroscopio—. ¿Se acabaron los vuelcos?

—No del todo.

—No podemos esperar. Voy a darle la vuelta a este montón de hierro oxidado antes de que nos incendiemos.

—Este «montón de hierro oxidado» se llama *La Dama Oscura* y puede que nos salve la vida —comentó Mahnmut fríamente.

—Vale, vale —convino Orphu—. Avisame cuando la marca sesgada del monitor de vídeo de popa se centre en el brazo de Marte sobre el polo. Empezaré a controlar los giros entonces. Dios, lo que daría por recuperar uno de mis ojos. Lo siento, es la última vez que lo digo.

Mahnmut observó el monitor. A causa de la nube de residuos que se ensanchaba cada vez más, las únicas indicaciones en las que podía confiar para guiar a Orphu los últimos treinta minutos procedían del propio Marte. Incluso las dos pequeñas lunas eran invisibles. Ahora los impulsores resonaban huecamente y el submarino dañado giraba despacio; la cámara de proa perdía su visión de Marte y mostraba plasma brillante, metal calentado al rojo vivo y un millón de esquivas relucientes que una vez fueron su nave espacial y sus compañeros de viaje.

La masa anaranjada, roja, marrón y verde de Marte llenó la cámara de proa

y la marca sesgada que Orphu había indicado a Mahnmut que buscara en el monitor se alzó, cruzando la costa cubierta de nubes, mostrando mar azul, luego blanco...

—Casquete polar —informó Mahnmut—. Ahí está el brazo superior.

—Muy bien —respondió Orphu. Todos los impulsores martillearon—. ¿Ves el polo norte en la cámara de proa?

—No.

—¿Alguna estrella reconocible?

—No. Sólo más ionización en el casco.

—Lo suficiente para gobernar —dijo el ioniano—. Ahora voy a usar el anillo de impulsores de popa como cohetes de freno.

—Koros III iba a usar el gran subsistema de reacción de la proa para reducir la velocidad en la reentrada, y luego expulsarlo antes de que golpeáramos la atmósfera —dijo Mahnmut. El brillo de popa era ahora de un rojo más profundo.

—Yo voy a conservar esos impulsores más pesados mientras entramos en la atmósfera —dijo Orphu.

—¿Por qué?

—Ya verás.

—¿No es posible que, si conservamos esos impulsores, exploten cuando se calienten durante la reentrada?

—Es posible —gruñó el ioniano.

—Estamos bastante fastidiados —dijo Mahnmut—. ¿Alguna posibilidad de que nos rompamos cuando se desgaje material ardiente del casco?

—Claro, existe esa posibilidad —dijo Orphu. Disparó los impulsores de hierro pesado.

Mahnmut sintió que se apretaba contra su asiento de aceleración durante treinta segundos y luego se relajó cuando el ruido y la vibración cesaron. Oyó un pesado golpe en el momento en que el anillo de control de altitud fue lanzado al espacio.

Una bola de fuego pasó ante la cámara de proa, aunque la cámara mostraba ahora lo que tenían detrás, y a que entraban en la atmósfera de popa.

—Estamos entrando en la atmósfera —dijo Mahnmut, y notó que su voz no era tan calmada como antes. Nunca había estado en una atmósfera planetaria real y la idea de todas aquellas moléculas apretujadas añadía intranquilidad a su náusea—. El subsistema expulsado acaba de ponerse al rojo blanco y se ha incendiado. La popa empieza a brillar. Lo mismo ocurre con el paquete de reacción de proa, pero menos. La mayor parte de las ondas de choque y de calor parecen estar alrededor de nuestra cola. ¡Uf!... ahora caemos detrás del campo de residuos, pero todo arde ante nosotros. Es como si estuviéramos en medio de una enorme tormenta de meteoros.

—Bien —dijo Orphu—. Aguanta.

Lo que fuera la nave de los moravecs golpeó la ahora densa atmósfera marciana tal como Mahnmut había descrito a Orphu: como una tormenta de meteoritos cuyos fragmentos mayores pesaban varias toneladas y se extendían varias decenas de metros. Un centenar de bolas de fuego corrieron por el pálido cielo marciano y una sacudida de graves explosiones sónicas quebró el silencio del hemisferio norte. Las bolas de fuego cruzaron el casquete polar norte como una bandada de feroces pájaros y continuaron hacia el sur a través del Mar de Tetis, dejando largos rastros de vapor de plasma tras su paso. Curiosamente, parecía que volaran en vez de caer.

Apenas unos milenios antes, la atmósfera de Marte, prácticamente inexistente, estaba compuesta en su mayor parte por monóxido de carbono. De unos ocho milibares, no era nada en comparación con la presión de 1.014 milibares de la Tierra al nivel del mar. En menos de un siglo, mediante un proceso que ninguno de los moravecs comprendía, el planeta había sido terraformado hasta lograr unos muy respirables 840 milibares.

Las bolas de fuego recorrieron el hemisferio norte en desordenada formación, dejando huellas sónicas tras su estela. Algunas de las piezas más pequeñas (lo bastante grandes para soportar a la feroz entrada en la atmósfera pero lo suficientemente pequeñas para rebotar en el denso aire) empezaron a desintegrarse a unos ochocientos kilómetros al sur del polo. Contemplado desde el espacio, habría parecido que una deidad disparaba una andanada de enormes balas trazadoras de ametralladora al océano norte de Marte.

La Dama Oscura era una de esas balas trazadoras. El material de camuflaje en torno a la popa y dos tercios del casco se incendiaron y se unieron a la estela de plasma que dejaba atrás el sumergible en su caída. Las antenas externas y los sensores se quemaron. Luego el casco empezó a humear y a resquebrajarse y a desgajarse.

—Ah... —dijo Mahnmut desde su asiento antiaceleración—, ¿no deberíamos soltar los paracaídas?

Sabía lo suficiente del plan de aterrizaje de Koros como para estar al corriente de que los paracaídas de fibra de buckycarbono tenían que desplegarse a quince mil metros de altura para hacerlos bajar con suavidad hasta la superficie del océano. La última vez que Mahnmut vio el océano, antes de que los ópticos de popa se quemaran, se convenció de que estaban a menos de quince mil metros y de que caían muy rápido.

—Todavía no —gruñó Orphu. El ioniano no tenía ningún asiento antiaceleración en la bodega y parecía que las gravedades de la deceleración le estaban afectando—. Usa tu radar para saber nuestra altitud.

—El radar ha desaparecido —dijo Mahnmut.

—Lo intentaré.

Sorprendentemente, funcionó. Mostró la huella de una superficie sólida (bueno, agua líquida) que se acercaba a ellos a una distancia de ocho mil doscientos metros, ocho mil metros, siete mil ochocientos metros. Mahnmut transmitió la información a Orphu.

—¿Soltamos ahora los paracaídas?—preguntó.

—Los otros restos no van a desplegar paracaídas.

—¿Y?

—¿De verdad quieres bajar flotando bajo un dosel, para aparecer en todos los sensores?

—¿Sensores de *quién*?—replicó Mahnmut, pero comprendió el argumento de Orphu. Con todo...—. Cinco mil metros —dijo—. Velocidad tres mil doscientos kilómetros por hora. ¿De verdad queremos chocar contra el agua a esta velocidad?

—En realidad, no —dijo Orphu—. Aunque sobreviviéramos al impacto, quedaríamos enterrados bajo cientos de metros de cieno. ¿No dijiste que este océano tiene sólo unos centenares de metros de profundidad?

—Sí.

—Voy a hacer girar tu nave ahora —dijo Orphu.

—¿*Qué*?

Pero entonces Mahnmut oyó el pesado encendido de los impulsores (de algunos solamente) y el giroscopio gimió, aunque el ruido fue más un rechinar que un zumbido.

La Dama Oscura, inició un doloroso vuelco, girando la proa. El viento y la fricción tiraron del casco, arrancando los últimos sensores situados en mitad de la nave y quebrando una docena de compartimentos. Mahnmut desconectó las ululantes alarmas.

Ahora caían de proa. Uno de los últimos registros de vídeo mostró las salpicaduras en el océano (sí cabe llamar «salpicaduras» a las columnas de vapor y plasma de dos mil metros causadas por los impactos) y Mahnmut comprendió que les tocaría el turno en cuestión de segundos.

Describió los impactos a Orphu y dijo:

—¿Paracaídas? ¿Por favor?

—No —dijo Orphu, y disparó los impulsores principales que deberían haber sido expulsados en órbita.

Las fuerzas de deceleración arrojaron a Mahnmut hacia las correas que lo sujetaban y le hicieron desear tener el gel de aceleración que habían usado en la maniobra de onda en el Tubo de Flujo de Io. Más columnas de vapor se alzaron alrededor del sumergible, en picado, como columnas corintias que pasaran de largo, y el océano llenó la pantalla. Los impulsores rugieron y giraron, disminuyendo su velocidad. Mahnmut vio que la anilla de depósitos se desprendía y volaba tras ellos en el instante en que el rugido cesó. Estaban sólo a unos miles

de metros sobre el océano y la superficie parecía tan dura como la superficie helada de Europa.

—Para... —empezó a decir Mahnmut, gimiendo ahora abiertamente y sin avergonzarse por ello.

Los dos enormes paracaídas se desplegaron. La visión de Mahnmut se volvió roja, luego negra.

Golpearon el Mar de Tetis.

—¿Orphu? ¿Orphu?

Mahnmut, rodeado de oscuridad y silencio, intentaba que sus bancos de datos entraran en línea. Su nicho medioambiental estaba intacto, El O₂ todavía fluía. Eso era sorprendente. Sus relojes internos indicaban que habían pasado tres minutos desde el impacto. Su velocidad era cero.

—¿Orphu?

—Aruggghh. —Un ruido a través de la conexión—. Cada vez que intento dormir, me despiertas.

—¿Cómo estás?

—*Dónde* estoy sería más acertado preguntar —rezongó Orphu—. Me solté del nicho. Ni siquiera estoy seguro de que esté todavía en *La Dama Oscura*. Si lo estoy, el casco está roto: estoy dentro de agua. Agua salada. Espera, tal vez me haya orinado encima.

—Sigues conectado por el cable —dijo Mahnmut, ignorando el último comentario del ioniano—. Probablemente estés todavía en la bodega. Estoy recibiendo algunos datos del sonar. Estamos hundidos en el fondo de cieno, pero sólo un metro o cosa así, a unos ochenta metros de la superficie.

—Me pregunto en cuántos trozos estaré —musitó Orphu.

—Quédate ahí —dijo Mahnmut—. Voy a soltarme y bajaré a verte. No te muevas.

Orphu soltó su temblorosa risa.

—¿Cómo voy a moverme, viejo amigo? Todos mis manipuladores y flagelos han ido a ese gran cielo moravec de las alturas. Soy un cangrejo sin pinzas. Y no estoy demasiado seguro de tener caparazón. Mahnmut... ¡espera!

—¿Qué? —Mahnmut se había soltado y se estaba quitando umbilicales y cables de control virtual.

—Si... de algún modo... consigues llegar hasta mí, suponiendo que el corredor interno no esté aplastado y las puertas del casco no estén completamente combadas o soldadas por el calor de la entrada... ¿qué vas a hacer conmigo?

—Ver si estás bien —dijo Mahnmut, soltando los cables ópticos. En los monitores, de todas formas, todo era oscuridad.

—*Piensa, viejo amigo* —dijo Orphu—. Me sacas de aquí... si no me descuejaringo en tus manos... ¿y luego qué? No cabré por tus corredores de acceso interno. Aunque me sacaras del submarino, no quepo en tu nicho y desde luego no podré aferrarme al casco. ¿Vas a caminar mil kilómetros por el fondo del océano llevándome a cuestas?

Mahnmut vaciló.

—Sigo funcionando —continuó Orphu—. O al menos sigo comunicándome. Incluso me fluye O₂, a través del umbilical, y recibo algo de energía eléctrica. Debo de estar en la bodega, aunque esté inundada. ¿Por qué no pones en marcha *La Dama Oscura* y nos llevas a algún sitio más cómodo antes de intentar que volvamos a reunirnos?

Mahnmut salió al aire externo e inspiró profundamente varias veces.

—Tienes razón —dijo por fin—. Cada cosa a su tiempo.

La Dama Oscura se estaba muriendo.

Mahnmut había trabajado en aquel sumergible —en varios iguales sucesivamente y en progresivos modelos— desde hacía más de un siglo terrestre, y sabía que era duro. Adecuadamente preparado, podía soportar muchas toneladas métricas de presión por centímetro cuadrado y las tensiones de la aceleración de 3.000-g del tubo de flujo, pero el duro y pequeño submarino solo era tan fuerte como su parte más débil, y las tensiones energéticas del ataque en la órbita de Marte habían excedido la tolerancia de la parte más débil.

El casco tenía grietas y quemaduras irreparables. En aquel momento, estaban enterrados de proa. La mayor parte del submarino se encontraba hundida en más de tres metros de cieno y lecho marino y sólo unos cuantos metros de la popa sobresalían del barro, el casco y el bastidor estaban retorcidos, las puertas de la bodega de carga retorcidas e inalcanzables, y diez de los dieciocho tanques de lastre se habían roto. El pasillo interno que comunicaba la sala de control de Mahnmut con la bodega estaba inundado y parcialmente bloqueado. Fuera, dos tercios del material de camuflaje habían ardido y arrasado todos los sensores externos. Tres de los cuatro equipos de sonar estaban estropeados y el cuarto sólo emitía señales intermitentes. Únicamente uno de los cuatro equipos principales de propulsión seguía operativo y los pulsadores de maniobra eran un caos.

A Mahnmut le preocupaba más la avería de los sistemas de energía de la nave: el reactor primario había sido dañado por la subida de energía durante el ataque y funcionaba con un ocho por ciento de eficacia; las células de almacenamiento estaban en reserva. Eso era suficiente para mantener un mínimo de apoyo vital, pero el convertidor de nutrientes había desaparecido y sólo les quedaban unos cuantos días de agua potable.

Finalmente, el conversor de O₂ estaba estropeado. Las células de combustible no producían aire. Mucho antes de que se quedaran sin agua o comida, Mahnmut y Orphu se quedarían sin oxígeno. Mahnmut tenía reservas internas de aire, pero sólo suficientes para un día-t o dos si no las recargaba. Todo lo que podía esperar era que, puesto que Orphu trabajaba en el espacio durante meses seguidos, una cosa tan insignificante como carecer de oxígeno no le perjudicara. Decidió preguntárselo al ioniano más tarde.

Más informes de daños llegaban a través de los sistemas IA del submarino que todavía funcionaban. Si se le concedía un mes o más en un muelle helado de Conamara Caos con una docena de moravecs de servicio trabajando, *La Dama Oscura* podría salvarse. De lo contrario, sus días (ya se midieran en soles marcianos, días terrestres o semanas europeas) estarían contados.

Manteniéndose en contacto con el casi silencioso Orphu a través de los cables, temiendo que su amigo dejara de existir sin advertírselo, Mahnmut le pasó el informe más positivo que logró componer y lanzó una boya periscopio. La boya ascendió a partir de la sección de la popa que sobresalía del cieno y funcionaba aún.

La boya en sí era más pequeña que la mano de Mahnmut, pero contenía una amplia gama de sensores de imágenes y datos. La información empezó a llegar.

—Buenas noticias —dijo Mahnmut.

—El Consorcio de las Cinco Lunas manda una misión de rescate —tronó Orphu.

—No tan buenas.

En vez de descargar los datos no visuales, Mahnmut los resumió para conseguir que su amigo siguiera escuchando y hablando.

—La boya funciona. Mejor aún, los satélites de comunicaciones y posición que Koros III y Ri Po colocaron en órbita siguen allí. Me pregunto por qué las... personas que nos atacaron no los borraron del espacio.

—Nos atacaron un Dios del Antiguo Testamento y su amiguita —dijo Orphu—. Puede que no se dignen reparar en satélites de comunicaciones.

—Creo que más parecían griegos que personajes del Antiguo Testamento —dijo Mahnmut—. ¿Quieres los datos que estoy recibiendo?

—Claro.

—El MPS nos sitúa en la parte sur de la Planicie de Chryse del océano norte, a unos trescientos cuarenta kilómetros de la costa de Xanthe Terra. Tenemos suerte. Esta parte de Acidalia y el mar de Chryse es como una enorme bahía. Si nuestra trayectoria se hubiera desviado unos cuantos kilómetros al oeste habríamos chocado contra las montañas de Tempe Terra. La misma desviación al este, Arabia Terra. Unos cuantos segundos más de vuelo al sur sobre las cordilleras de Xanthe Terra y...

—Seríamos partículas en la atmósfera superior —dijo Orphu.

—Eso es —dijo Mahnmut—. Pero si sacamos de aquí a *La Dama Oscura*, podremos llevarla hasta el delta del Valle Marineris si es necesario.

—Se suponía que Koros y tú teníais que desembarcar en el otro hemisferio —dijo Orphu— Al norte del monte Olimpus. Tu misión era explorar y llevar este aparato al Olimpus. No me digas que el submarino está en condiciones de hacernos rodear la península de Tempe Terra...

—No —admitió Mahnmut. En realidad, tendrían más suerte si *La Dama Oscura* aguantaba y seguía funcionando el tiempo suficiente para llevarlos a la tierra firme más cercana, pero no iba a decírselo al ioniano.

—¿Alguna otra buena noticia? —preguntó Orphu.

—Bueno, hace un día muy bonito en la superficie. Todo es agua líquida hasta donde puede ver la boya. Olas moderadas de menos de un metro. Cielo azul. Temperaturas de más de veinte grados...

—¿Nos están buscando?

—¿Cómo dices?

—La... gente... que nos atacó, ¿nos está buscando?

—Sí —dijo Mahnmut—. El radar pasivo mostró varias de esas máquinas voladoras...

—Carros.

—... varias de esas máquinas voladoras sobrevolando el mar en los miles de kilómetros cuadrados que dejó la huella del impacto.

—Buscándonos —dijo Orphu.

—No hay ningún registro de búsqueda de radar o de neutrinos —dijo Mahnmut—. Ninguna búsqueda de energía espectral...

—¿Pueden encontrarnos, Mahnmut? —La voz de Orphu era monótona.

Mahnmut vaciló. No quería mentirle a su amigo.

—Posiblemente —dijo—. Casi con toda certeza lo harían si estuvieran utilizando energía moravec, pero no parece el caso. Están sólo... *mirando*. Tal vez con ojos y magnetómetros.

—Nos encontraron muy fácilmente en la órbita. Nos apuntaron.

—Sí.

No había ninguna duda de que el carro o sus ocupantes disponían de algún tipo de aparato localizador de objetivos efectivo a ocho mil kilómetros de distancia.

—¿Has recuperado la boya?

—Sí —dijo Mahnmut. Pasaron varios segundos de silencio roto únicamente por el crujido del casco dañado, el siseo de la ventilación y el golpeteo de varias bombas que trabajaban en vano por achicar el agua de las secciones inundadas—. Tenemos varias cosas a nuestro favor —dijo Mahnmut por fin—. Primero, hay toneladas y toneladas de residuos de metal de la nave en nuestro rastro, y es un rastro largo. Los primeros impactos no fueron tan al sur del casquete polar.

» Segundo, hemos caído de proa, y la única sección que sobresale de los

sedimentos, la popa, conserva algunos fragmentos de material de camuflaje. Tercero, hemos reducido energía hasta el punto de que no originamos ninguna lectura. Cuarto...

—¿Sí? —dijo Orphu.

Mahnmut estaba pensando en el moribundo suministro de energía, las menguadas reservas de aire y agua y el dudoso sistema de propulsión.

—Cuarto, ellos siguen sin saber por qué estamos aquí.

Orphu tronó suavemente.

—Creo que nosotros tampoco lo sabemos, viejo amigo —Después de aproximadamente un minuto sin comunicación, Orphu añadió—: Bueno, tienes razón. Si no nos encuentran en las próximas horas, puede que tengamos una posibilidad. ¿O hay alguna otra mala noticia?

Mahnmut vaciló.

—Tenemos un ligero problema con nuestro suministro de aire —dijo por fin.

—¿Hasta qué punto es serio?

—No estamos produciendo ninguno.

—Bueno, eso sí que es un problema —dijo el ioniano—. ¿Cuánto hay en reserva?

—Unas ochenta horas. Para nosotros dos, quiero decir. El doble, probablemente más, si es sólo para mí.

Orphu tronó levemente a través del intercomunicador.

—¿Sólo para ti? ¿Estás pensando en pisar mi toma de aire, amigo mío? Mis partes orgánicas también necesitan aire, ya lo sabes.

Durante un segundo Mahnmut se quedó sin habla.

—Creía... eres un moravec de durovac... pensaba...

—Pensabas que me paso meses en el espacio sin sacar tajada de Io —suspiró Orphu—. Produzco mi propio oxígeno a partir de las células de combustible internas, usando los fotovoltaicos de mi caparazón para darles energía.

Mahnmut sintió que su pulso disminuía. Había posibilidades de supervivencia si Orphu no necesitaba el aire de la nave.

—*Pero* mis fotovoltaicos están destruidos —dijo Orphu suavemente—, y las células de combustible no han producido O₂ desde el ataque. Sobrevivo gracias al suministro de la nave. Lo siento, Mahnmut.

—Mira —dijo Mahnmut rápidamente, con fuerza—. Pensaba mantener el aire en marcha para los dos, de todas formas. No es ningún problema. He hecho los cálculos: nos quedan unas ochenta horas al ritmo de consumo actual. Y puedo reducirlo. Toda esta sala de control y mi nicho están inundados. Los sellaré. Ochenta horas, y luego vendremos a por aire. Su búsqueda habrá terminado ya.

—¿Estás seguro de que puedes sacar a *La Dama Oscura* del cieno? —preguntó Orphu.

—Absolutamente seguro —mintió Mahnmut, impertérrito.

—Voto porque nos quedemos inmóviles en el fondo marino durante... digamos... tres soles, tres días marcianos, setenta y tres horas o así, para ver si de verdad han cancelado la búsqueda con los carros. O doce horas después de nuestro último contacto por radar con ellos. Lo que pase primero. ¿Nos dejará eso tiempo suficiente para salir del barro y subir a la superficie, dejando además algo de energía y oxígeno?

Mahnmut miró su pared virtual de luces rojas de alarma y disfunción.

—Setenta y tres horas debería ser tiempo de sobra —dijo—. Pero, si se marchan antes, es mejor que subamos a la superficie y nos dirijamos a la costa. *La Dama* puede ir a unos veinte nudos por la superficie con el reactor a este nivel, así que, en cualquier caso, tardaremos un día y medio en llegar a tierra, sobre todo si somos quisquillosos con respecto a nuestro punto de destino.

—Tendremos que dejar de ser quisquillosos —dijo Orphu—. Muy bien, parece que de lo único que tenemos que preocuparnos durante el próximo par de días es del aburrimiento. ¿Jugamos al póquer? ¿Trajiste las cartas virtuales?

—Sí —dijo Mahnmut, sonriendo.

—No le robarás a un moravec ciego, ¿verdad? —dijo Orphu. Mahnmut se detuvo en el proceso de descargar el tapete verde—. Estoy *bromeando*, por los clavos de Cristo —prosiguió Orphu—. Mis nódulos visuales han desaparecido, pero aún conservo la memoria y parte del cerebro. Juguemos al ajedrez.

Tres soles eran 73,8 horas y Mahnmut no quería permanecer tanto tiempo en el lecho marino. El reactor estaba perdiendo energía más rápido de lo que había calculado (las bombas consumían más de lo previsto) y todo el soporte vital flirteaba con el colapso.

Durante el primer período de sueño, Mahnmut pasó a energía interna, se armó de palanquetas y equipo para cortar y bajó por los estrechos corredores hasta la bodega. Los espacios interiores estaban inundados, el pasillo vertical sin energía y negro como boca de lobo. Mahnmut activó las lámparas de su hombro y nadó hasta lo más hondo. El agua era aquí mucho más cálida que en el mar de Europa. Las vigas y mamparos se habían desmoronado y bloqueaban los últimos diez metros de camino. Mahnmut los cortó con el soplete. Tenía que comprobar en qué estado se hallaba Orphu.

A dos metros de la compuerta, Mahnmut se detuvo. El impacto había combado el mamparo de proa, casi aplanándolo. El corredor, ya de por sí estrecho, se había reducido a un espacio de menos de diez centímetros de diámetro. Mahnmut veía la compuerta de la bodega (cerrada, combada y retorcida) pero no podía alcanzarla. Tendría que abrirse paso a través de uno o de ambos mamparos de presión y luego probablemente usar el soplete para cortar la compuerta misma. Sería un trabajo de seis o siete horas, y había un problema básico: el soplete consumía oxígeno, igual que Orphu y él. Lo que utilizara el soplete provendría de su suministro de aire.

Mahnmut flotó varios minutos cabeza abajo en la oscuridad, con el cieno arremolinándose delante de sus lentes ante los haces gemelos de sus lámparas del hombro. Tenía que decidirse. En cuanto Orphu despertara y advirtiera lo que estaba haciendo, el ioniano trataría de disuadirlo. Y la lógica dictaba ceder a la disuasión. Aunque consiguiera atravesar los mamparos en seis o siete horas, Orphu tenía razón: Mahnmut no podría mover al enorme moravec mientras siguieran atrapados en el lecho marino. Incluso los primeros auxilios se verían limitados a los recursos y sistemas que Mahnmut mantenía a bordo para sí mismo: tal vez no funcionarían con el enorme moravec de durovac. Si Mahnmut conseguía liberar a *La Dama Oscura* del cieno y llegar a la superficie, ése sería el mejor momento para llegar a Orphu... aunque tuviera que cortar las puertas de la bodega desde el casco exterior. Entonces habría O₂ de sobra. Y podría sacar a Orphu si era preciso, encontrar un modo de atarlo al casco exterior, a la luz y el aire.

Mahnmut se dio media vuelta y subió nadando por el corredor ladeado y retorcido de regreso a su espacio personal. Dejó el equipo cortador. *Más tarde.*

Acababa de ocupar su asiento cuando la voz de Orphu llegó a través del comunicador.

—¿Estás despierto, Mahnmut?

—Sí.

—¿Dónde estás?

—En los controles. ¿Dónde si no?

—Sí —dijo Orphu, su grave voz parecía cansada y vieja a través de la conexión—. Pero estaba soñando. Me ha parecido notar una vibración. He pensado que podrías estar... no sé.

—Vuelve a dormir —dijo Mahnmut. Los moravecs dormían, aunque sólo fuera para soñar—. Te despertaré para la comprobación dentro de dos horas.

Mahnmut hacía subir la boya periscopio unos segundos cada doce horas, escrutaba rápidamente los cielos y el pacífico mar, y la recuperaba. Las máquinas voladoras seguían surcando el cielo día y noche al final de las primeras cuarenta y nueve horas, pero más al norte, cerca del polo.

Mahnmut se sentía relativamente cómodo. Su sala de control y el nicho adyacente estaban ilesos, cálidos y sólo un poco ladeados hacia proa. Podía moverse si lo deseaba. Varias de las otras recámaras habitables se habían inundado (incluidos el laboratorio científico y el antiguo cubículo de Urtzweil), pero aunque las bombas achicaron en poco tiempo el agua de tres compartimentos, Mahnmut no se molestó en llenarlos de aire. De hecho, lo primero que hizo después de su conversación inicial fue conectar su umbilical de O₂ y vaciar su nicho y la sala de control. Se dijo que lo hacía para ahorrar

oxígeno, pero sabía que el motivo era en parte que se sentía culpable de estar tan cómodo mientras Orphu sentía dolor (dolor existencial, al menos) y flotaba en la oscuridad inundada de la bodega.

Mahnmut todavía no podía hacer nada al respecto, no con tres cuartas partes del submarino clavadas en el suelo del océano, pero entró en el laboratorio científico al vacío y recogió comunicadores y otras cosas que necesitaría si alguna vez conseguía liberar al ioniano.

Y liberarme a mí mismo, pensó Mahnmut, aunque estar separado de *La Dama Oscura* no le parecía libertad. Todos los criobots de los profundos mares de Europa tenían imbuida la semilla de la agorafobia, el auténtico terror a los espacios abiertos, y sus evolucionados descendientes moravecs la habían heredado.

Al segundo día, después de su octava partida de ajedrez, Orphu dijo:

—*La Dama Oscura* tiene una especie de aparato de escape, ¿no?

Mahnmut tenía la esperanza de que Orphu desconociera aquel hecho.

—Sí —dijo por fin.

—¿De qué clase?

—Una pequeña burbuja salvavidas —dijo Mahnmut, de un humor de perros por tener que hablar de aquello—. No mucho más grande que yo. Para soportar grandes presiones y llevarme a la superficie.

—Pero, ¿tiene una bengala de señalización, su propio sistema de soporte vital, algún tipo de sistema de propulsión y navegación? ¿Agua y comida?

—Sí —dijo Mahnmut—, ¿y qué?

Tú no cabrías y no puedo tirar de ti.

—Nada —dijo Orphu.

—Odio la idea de dejar *La Dama Oscura* —dijo sinceramente Mahnmut—. Y no quiero pensar en eso ahora. No durante días y días.

—Muy bien,

—Lo digo en serio.

—Muy bien, Mahnmut. Sólo sentía curiosidad.

Si Orphu se hubiera burlado de él en aquel momento, Mahnmut podría haberse metido en la burbuja de salvamento y haberse marchado. Estaba furioso con el ioniano por sacar a colación aquel tema.

—¿Quieres jugar otra partida de ajedrez? —preguntó Mahnmut.

—Ni hablar del peluquín —contestó Orphu.

Sesenta y una horas después del impacto contra el agua, sólo había un carro visible en el radar, pero volaba a ochenta kilómetros sobre ellos y diez al norte. Mahnmut recuperó la boy a periscopio en cuanto pudo.

Estaba escuchando música por el intercom (Brahms) y, allá en su bodega

inundada, Orphu estaba presumiblemente haciendo lo mismo.

De repente, el ioniano preguntó:

—¿Te has preguntado alguna vez por qué los dos somos humanistas, Mahnmut?

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes, humanistas. Todos los moravecs evolucionaron o bien hacia nosotros, los humanistas con nuestro extraño interés por la antigua raza humana, o hacia los tipos más interactivos como Koros III. Ellos son los que forjan las sociedades moravec, los Consorcios de las Cinco Lunas, los partidos políticos... lo que sea.

—Nunca me había fijado —dijo Mahnmut.

—Te estás quedando conmigo.

Mahnmut guardó silencio. Empezaba a darse cuenta de que, en casi un siglo y medio de existencia, había conseguido permanecer ignorante de casi todo lo importante. Conocía únicamente los fríos mares de Europa (que nunca más volvería a ver) y aquel sumergible, al que le quedaban horas o días de existencia como entidad en funcionamiento. Eso y los sonetos y las piezas teatrales de Shakespeare.

Mahnmut estuvo a punto de echarse a reír a través del comunicador. *¿Qué podía ser más inútil?*

Como si volviera a leerle la mente, Orphu dijo:

—¿Qué diría el bardo de esta situación?

Mahnmut observaba las lecturas de energía y los niveles de consumo. No podían esperar las setenta y tres horas. Tendrían que intentar liberarse en las próximas seis horas o así. E incluso en tal caso, si no conseguían soltarse inmediatamente, era posible que el reactor dejara de funcionar del todo, se sobrecargara, y...

—¿Mahnmut?

—Lo siento. Estaba adormilado. ¿Qué pasa con el bardo?

—Debe de tener algo que decir sobre naufragios —dijo Orphu—. Me parece recordar que había montones de naufragios en Shakespeare.

—Oh, sí —dijo Mahnmut—. Montones de naufragios. *Noche de reyes, La tempestad*, la lista sigue y sigue. Pero dudo que haya nada en sus obras que nos sirva en esta situación.

—Háblame de alguno de esos naufragios.

Mahnmut negó con la cabeza en el vacío. Sabía que Orphu estaba intentando hacer que apartara la mente de su realidad actual.

—Háblame de tu amado Proust —dijo—. ¿Dice el narrador Marcel algo de estar perdido en Marte?

—Pues sí —dijo Orphu con un levisimo atisbo de humor.

—Estás bromeando.

—*Nunca* bromeo con *À la recherche du temps perdu* —dijo Orphu, en un tono que casi, no del todo, convenció a Mahnmüt de que el ioniano hablaba en serio.

—Muy bien, ¿qué dice Proust sobre sobrevivir en Marte? —preguntó Mahnmüt. Faltaban cinco minutos para que desplegara la boya periscopio de nuevo y los iba a llevar a la superficie aunque el carro estuviera sobrevolando a diez metros sus cabezas.

—En el volumen tercero de la edición francesa, el volumen quinto de la traducción al inglés que te descargué, Marcel dice que, si de pronto nos encontráramos en Marte y nos crecieran un par de alas y un nuevo sistema respiratorio, no dejaríamos de ser nosotros mismos —dijo Orphu—. No mientras tuviéramos que usar los mismos sentidos. No mientras estuviéramos lastrados con la misma consciencia.

—Estás bromeando —dijo Mahnmüt.

—*Nunca* bromeo sobre las percepciones del personaje de Marcel en *À la recherche du temps perdu* —repitió Orphu en un tono que indicó a Mahnmüt que en efecto estaba bromeando, pero no en lo referente a esa extraña referencia a Marte—. ¿No leíste las ediciones que te envié al principio de nuestro viaje sistema adentro?

—Lo hice. De verdad. Pero me salté los dos últimos miles de páginas.

—Bueno, no me extraña —dijo Orphu—. Escucha, aquí hay un párrafo que viene después de lo de desarrollar alas y pulmones nuevos en Marte. ¿Lo quieres en inglés o en francés?

—En inglés —respondió Mahnmüt rápidamente. Tan cerca de una terrible muerte por asfixia, no quería la tortura añadida de tener que escuchar francés.

—*El único viaje auténtico, la única Fuente de la Juventud* —recitó Orphu—, *se encontraría no en viajar a tierras extrañas sino en tener otros ojos, en ver el universo a través de los ojos de otra persona, de un centenar de otras personas, y ver los cientos de universos que cada uno de ellos ve, que cada uno de ellos es.*

Mahnmüt olvidó en efecto su inminente asfixia durante un minuto mientras reflexionaba sobre esto.

—Ésa es la cuarta y última respuesta de Marcel al enigma de la vida, ¿verdad, Orphu? —El ioniano permaneció en silencio—. Quiero decir —continuó Mahnmüt—, que dijiste que en los tres primeros intentos Marcel fracasó. Intentó creer en la notoriedad. Intentó creer en la amistad y el amor. Intentó creer en el arte. Nada de esto funcionó como elemento trascendente. Así que éste es el cuarto intento. Esta... —no encontró palabra ni frase adecuadas.

—Consciencia escapando de los límites de la consciencia —dijo Orphu tranquilamente—. La imaginación rompiendo los límites de la imaginación.

—Sí —jadeó Mahnmüt—. Comprendo.

—Tienes que hacerlo —dijo Orphu—. Ahora eres mis ojos. Tengo que ver el universo a través de los tuyos.

Mahnmut guardó silencio un minuto, rodeado por el siseo del umbilical de O₂

Luego dijo:

—Vamos a intentar subir *La Dama Oscura*.

—¿La boya periscopio?

—Al infierno con ellos si siguen allí arriba esperando. Prefiero morir peleando que asfixiarme aquí en el cieno.

—Muy bien —dijo Orphu—. Has dicho « intentar» . ¿Hay alguna duda de que puedas sacarnos del cieno?

—No tengo ni puñetera idea de si podremos librarnos de esta mierda —dijo Mahnmut, conectando con la mente los interruptores virtuales, subiendo a rojo la energía del reactor, armando los impulsores y piro—. Pero vamos a intentarlo con todas nuestras fuerzas dentro de... dieciocho segundos. Agárrate, amigo mío.

—Puesto que mis asideros, manipuladores y flagelos han desaparecido, supongo que lo dices en sentido retórico.

—Agárrate con los *dientes* —dijo Mahnmut—. Seis segundos.

—Soy un moravec —dijo Orphu, ligeramente indignado—. No tengo dientes. ¿Qué estabas...?

De repente la comunicación se cortó con el rugir de todos los impulsores, el tronar de los mamparos quebrándose y cediendo y el gran gemido de *La Dama Oscura* intentando librarse de la resbaladiza presa de Marte.

Ilión

Esta ciudad (Ilión, Troya, la ciudad de Príamo, Pérgamo) es más hermosa de noche.

Las murallas, cada una de más de treinta metros de altura, están iluminadas con antorchas y braseros en las almenas, y se recortan a la luz de los cientos de hogueras del ejército troyano acampado en la llanura. Troya es una ciudad de altas torres, la mayoría iluminadas hasta bien entrada la noche, con las ventanas cálidas de luz, los patios brillantes, las terrazas y balcones calentados por velas y hogueras y más antorchas. Las calles de Ilión son anchas y están cuidadosamente pavimentadas (una vez intenté meter la hoja de mi cuchillo entre las piedras y no pude) y muchas reciben la luz de los portales abiertos, con antorchas colocadas en los huecos de las paredes, y de las hogueras donde cocinan los miles y miles de soldados extranjeros y sus familiares que viven aquí ahora, aliados de Troya todos.

Incluso las sombras de Ilión están vivas. Hombres y mujeres jóvenes de clase baja hacen el amor en los callejones oscuros y las terrazas en penumbra. Perros bien alimentados y gatos eternamente astutos se deslizan de sombra en sombra, de los callejones a los patios, acechando los bordes de las calles más anchas, donde fruta y verdura, pescado y carne que han caído de los carros del mercado diario son suyos para comer, y luego vuelven a las sombras y la oscuridad de los callejones bajo los viaductos.

Los residentes de Ilión no tienen miedo a morir de hambre o sed. Con las primeras alarmas de la llegada de los aqueos (muchas semanas antes de que las negras naves llegaran hace más de nueve años), cientos de reses y miles de ovejas fueron conducidos a la ciudad. Se vaciaron las granjas en un radio de seiscientos kilómetros cuadrados de la ciudad. Sigue llegando ganado regularmente, y la mayoría de la carne llega a pesar de los tibios esfuerzos de los griegos por impedirlo. La fruta y la verdura llegan fácilmente a Ilión traídas por los mismos astutos granjeros y comerciantes que venden comida a los aqueos.

Troya fue construida en este lugar hace muchísimos siglos principalmente

por el enorme acuífero que hay debajo (la ciudad tiene cuatro pozos gigantescos, siempre frescos y profundos). Pero para mayor seguridad, Príamo ordenó hace tiempo que un afluente del río Simoi, que corre al norte de Ilión, fuera desviado por los canales fácilmente defendibles y los viaductos subterráneos hasta la ciudad. Los griegos tienen más problemas para obtener agua fresca que los residentes de Ilión, quienes técnicamente sufren un asedio.

La población de Ilión (probablemente la mayor de la Tierra en esta época) se ha duplicado desde que comenzó la guerra. Primero, para protegerse llegaron a la ciudad los granjeros y pastores y pescadores y otros ciudadanos de las llanuras de Ilión. Tras ellos llegaron los ejércitos de los aliados de Troya: no sólo los combatientes, sino a menudo sus esposas e hijos y sus padres y sus perros y su ganado.

Estos aliados pertenecen a grupos diferentes: los «troyanos» que no son de Troya misma, los dárdanos, y otros de las ciudades más pequeñas y zonas adyacentes de Ilión, como los leales soldados del monte Ida, que está al norte, en Licia. También están aquí los adrasteos y otros combatientes de lugares situados a muchas leguas al este de Troya, además de los pelagos de Larisa, al sur.

De Europa han venido los tracios, payones y cicones. De las orillas meridionales del mar Negro han venido los halizones, que viven cerca del río Halis y están relacionados con los herreros chalibes de las antiguas leyendas. Se oyen en la ciudad canciones de campamento y maldiciones de los paflagos y etenos, un pueblo del norte del mar Negro, los probables tatarabuelos de los futuros venecianos. De Asia Menor han venido los desastrados misios; Enomo y Nastes son dos misios a los que he tratado y que, según Homero, morirán a manos de Aquiles en la batalla fluvial que tendrá lugar. Será una matanza tan terrible que no sólo el Escamandro fluirá rojo durante meses, sino que el río se atascará con los cadáveres de todos los hombres que Aquiles masacrará, incluidos los cuerpos de Nastes y Enomo.

También, reconocibles por sus salvajes cabellos y sus extrañas armas de bronce, y por su olor, están los frigios, mayones, carios y licios.

La ciudad está llena y maravillosamente viva y es estrepitosa todo el día, todos los días, a excepción de dos o tres horas. Es la ciudad más hermosa y más grande del mundo: de esta época o de cualquier época de la historia de toda la humanidad.

Pienso esto mientras yazgo desnudo junto a Helena de Troya, en su cama; las sábanas huelen a sexo y a nosotros, la brisa fresca entra a través de las hinchadas cortinas. En alguna parte un trueno ruge mientras se acerca la tormenta. Helena se agita y susurra mi nombre.

—Hock-en-beee-rry...

Entré en la ciudad a última hora de la tarde después de TCear desde el hospital de los dioses en el Olimpo, sabiendo que la musa me estaba buscando para matarme y que, si no me encontraba aquel día, Afrodita lo haría cuando saliera de su tanque de curación.

Tenía pensado mezclarme con los soldados que contemplaban la última de las batallas de aquel largo día (allí a lo lejos, al sol de la tarde, en medio del polvo, Diomedes seguía masacrando troyanos), pero cuando vi a Héctor regresar a la ciudad con sólo parte de su habitual retén, me morfeé en uno de los hombres que conocía (Dolón, un lancero y explorador de confianza, que pronto morirá a manos de Odiseo y Diomedes), y seguí a Héctor. El noble guerrero entró por las Puertas Esceas (las puertas principales de Ilión, hechas de fuertes planchas de roble y tan altas como diez hombres del tamaño de Ajax), y fue inmediatamente asaltado por las esposas e hijas de Troya, que le preguntaban por sus maridos e hijos y hermanos y amantes.

Ví el alto penacho rojo de Héctor atravesar la multitud de mujeres, su cabeza y sus hombros sobresaliendo del mar de rostros suplicantes, y lo vi cuando finalmente se detuvo para hablar a la creciente muchedumbre.

—Rezad a los dioses, mujeres de Troya —fue todo lo que dijo antes de girar sobre sus talones y encaminarse al palacio de Príamo. Algunos de sus soldados cruzaron las altas lanzas y le cubrieron la retirada conteniendo a la gimiente masa de mujeres troyanas. Yo me quedé con los últimos cuatro miembros de su guardia y en silencio acompañé a Héctor hasta el magnífico palacio de Príamo, construido ancho, como decía Homero, y brillante con sus porches y columnatas de mármol pulido.

Nos apoyamos contra la pared (las sombras de la tarde ya se arrastraban hacia los patios y dormitorios) y montamos guardia mientras Héctor se reunía brevemente con su madre.

—Nada de vino, madre —dijo, rechazando la copa que ella le había ordenado servir a un criado—. Ahora no. Estoy demasiado cansado. El vino podría menguar las pocas fuerzas que me quedan para la matanza que vendrá esta noche. Además, estoy cubierto de sangre y polvo y de toda la suciedad de la batalla. Me avergonzaría alzar una copa en honor a Zeus con unas manos tan sucias.

—Hijo mío —dijo la madre de Héctor, una mujer a la que yo había visto actuar con calor y buen corazón a lo largo de los años—, ¿por qué has dejado la lucha si no es para rezar a los dioses?

—Eres tú quien debe rezar —dijo Héctor. Tenía el casco a su lado, sobre el diván. El guerrero estaba en efecto sucio, con la cara manchada de capas de tierra y sangre convertidas en un lodo rojizo por el sudor, y se sentaba como sólo

hacen quienes están exhaustos, con los antebrazos en las rodillas, la cabeza gacha, la voz apagada—. Ve al altar de Atenea, reúne a las más nobles de las más nobles mujeres de Ilión, y escoge el peplo más hermoso que puedas encontrar en el palacio de Priamo. Extiéndelo sobre las rodillas de la estatua de oro de Atenea y promete sacrificarle doce vacas no sometidas todavía a yugo en su templo si se apiada de Troya. Pide a la sombría diosa que salve a nuestra ciudad y nuestras esposas troyanas y nuestros hijos indefensos del terror de Diomedes.

—¿A eso hemos llegado? —susurró la madre de Héctor, inclinándose hacia delante y tomando en las suyas las ensangrentadas manos de su hijo—. ¡Finalmente hemos llegado a eso!

—Sí —dijo Héctor, y se puso en pie con esfuerzo y recogió su casco y salió de la habitación.

Con los otros tres lanceros, seguí al agotado héroe mientras recorría los seis bloques de la ciudad hasta la residencia de Paris y Helena, un gran complejo con su puñado de terrazas y torres residenciales y patios privados.

Héctor se abrió paso entre guardias y criados, subió las escaleras, y abrió de golpe la puerta que conducía a las habitaciones de Paris y Helena. Yo casi esperaba ver a Paris en la cama con su consorte robada (Homero cantó que la lujuriosa pareja se había ido directamente a la cama horas antes, cuando Paris había sido apartado de su lucha con Menelao), pero en cambio, Paris alzó la cabeza mientras acariciaba la armadura de batalla y Helena permanecía sentada cerca, dirigiendo a las criadas en su bordado.

—¿Qué coño estás haciendo? —rugió Héctor al otro hombre, más pequeño—. ¿Sentado aquí como una mujer, como un niño llorón, jugando con tu armadura mientras los auténticos hombres de Ilión mueren a centenares, mientras el enemigo rodea la ciudadela y llena nuestros oídos de gritos de batalla extranjeros? Levántate, hijo de puta. ¡Levántate antes de que Troya sea convertida en cenizas alrededor de tu cobarde culo!

En vez de ponerse en pie de un salto, indignado, el noble Paris sonrió.

—Ah, Héctor, merezco tus maldiciones. Nada de lo que dices es injusto.

—Entonces mueve el culo y ponte esa armadura —dijo Héctor bruscamente, pero la furia de su tono se había apagado de pronto, y a fuese por la fatiga o por la tranquila negativa de Paris a defenderse.

—Lo haré —dijo Paris—, pero óyeme primero. Déjame que te diga una cosa.

Héctor permaneció en silencio, tambaleándose levemente sobre sus pies calzados con sandalias. Llevaba el casco emplumado bajo el brazo izquierdo, en cuya mano sostenía una lanza larguísima que había tomado del sargento de nuestra pequeña guardia. Ahora Héctor usó el asta de esa lanza para sostenerse.

—No me quedo en mis habitaciones sólo por furia o por resentimiento —dijo Paris, indicando a Helena y sus criadas como si fueran parte del mobiliario—.

Sino por pena.

—¿Pena? —repitió Héctor, despectivo.

—Pena —dijo Paris de nuevo—. Pena por mi propia cobardía de hoy... aunque fueron los dioses quienes me arrancaron de la lucha con Menelao, no mi propia voluntad. Y pena por el destino de nuestra ciudad.

—Ese destino no está escrito en piedra —replicó Héctor—. Podemos detener a Menelao y a sus enloquecidos lacayos. Ponte la armadura. Vuelve conmigo a la batalla. Todavía queda otra hora de luz. Podemos matar a muchos griegos a la luz ensangrentada del sol poniente y a otros más en el oscuro crepúsculo.

Paris sonrió y se puso en pie.

—Tienes razón. La batalla me alcanza ahora incluso a mí: el mayor amante del mundo, no su mayor guerrero. El destino y la victoria cambian, ¿sabes, Héctor?, ahora de una forma, luego de otra, como una fila de hombres desarmados bajo una andanada de flechas enemigas.

Héctor se puso el casco y esperó, en silencio, desconfiando obviamente de la promesa de Paris de volver al combate.

—Ve tú —dijo Paris—. Yo tengo que ponerme esta armadura. Ve tú, ya te alcanzaré.

Héctor guardó silencio al oír estas palabras, reacio a marcharse sin Paris, pero la hermosa Helena (y sí que era hermosa) se levantó de su asiento y cruzó el suelo de mármol para tocar el antebrazo manchado de sangre de Héctor. Sus sandalias emitieron suaves sonidos sobre el frío mármol.

—Mi querido amigo —dijo, la voz temblándole de emoción—, mi querido hermano, tan querido por mí (zorra como soy, viciosa, una perra maléfica, un horror femenino que hiela la sangre), oh, cómo desearía que mi madre me hubiera ahogado en el oscuro mar Jónico el día que nací antes que ser la causa de todo esto —se vino abajo, apartó la mano de Héctor y rompió a llorar.

El noble Héctor parpadeó, levantó la mano libre como para tocarle el pelo, la apartó rápidamente, y se aclaró la garganta, cortado. Como tantos héroes, el gran Héctor era torpe con las mujeres. Antes de que pudiera hablar, Helena continuó, todavía llorando, entre hipidos y sollozos.

—Oh, noble Héctor, si los dioses han ordenado en efecto todos estos terribles años de sangre vertida por mí, desearía haber sido la esposa de un hombre mejor, un guerrero antes que un amante, un hombre con voluntad para hacer más por esta ciudad que llevarse a su esposa a la cama en la larga tarde de su perdición.

Paris hizo amago de dar un paso hacia Helena entonces, como para abofetearla, pero su proximidad al alto Héctor lo contuvo. Los soldados que estábamos junto a la pared fingimos no ver nada ni tener oídos.

Helena miró a Paris. Sus ojos estaban rojos y brillantes. Siguió hablándole a Héctor como si Paris (su secuestrador y segundo esposo putativo) no estuviera en

la habitación.

—Éste... se ha ganado el desprecio de los hombres de verdad. No tiene ni firmeza de ánimo ni agallas. No las tiene ahora... ni las ha tenido nunca. —Paris parpadeó y sus mejillas enrojecieron como si lo hubieran abofeteado—. Pero recogerá los frutos de su cobardía, Héctor —continuó Helena, ahora escupiendo literalmente las palabras, su saliva manchando el suelo de mármol—. Te juro que recogerá los frutos de su debilidad. Por los dioses, lo juro.

Paris salió de la habitación.

Helena se volvió hacia el guerrero cubierto de suciedad.

—Pero ven y siéntate en esta silla, junto a mí, querido hermano. Tú eres quien más ha sido golpeado por toda esta lucha... y todo por mí, Héctor, puta como soy. —Se sentó en el diván cubierto de cojines e indicó con la mano un sitio a su lado—. Nosotros dos estamos unidos por el destino, Héctor. Zeus plantó la semilla de un millón de muertes, de la condenación de nuestra época, en cada uno de nuestros pechos. Mi querido Héctor. Somos mortales. Los dos moriremos. Pero tú y yo viviremos durante un millar de generaciones en sus cantos.

Reacio a seguir escuchando, Héctor se dio la vuelta y salió de la habitación colocándose el casco empenachado, que destelló con los oblicuos rayos del sol de la tarde.

Mirando una última vez a Helena sentada, la cabeza gacha, apreció sus brazos pálidos y perfectos y la suavidad de sus pechos, visibles bajo el fino peplo, alcé mi lanza (la lanza del explorador Dolón) y seguí a Héctor y a sus otros tres leales lanceros.

Es importante que lo cuente tal como sucede. Helena se agita, susurra mi nombre, pero vuelve a dormirse. *Mi* verdadero nombre. Susurra «Hock-en-beee-rry», y es como si me hubieran atravesado el corazón con una lanza.

Y ahora, acostado junto a la mujer más hermosa del mundo antiguo, quizá la mujer más hermosa de la historia (o al menos la mujer por quien ha muerto el mayor número de hombres) recuerdo más sobre mi vida. Sobre mi antigua vida. Sobre mi vida real.

Estuve casado. Mi esposa se llamaba Susan. Nos conocimos cuando estudiábamos en la universidad de Boston, nos casamos poco después de graduarnos. Susan era inspectora de enseñanza media, pero casi no trabajó después de que nos mudáramos a Indiana, donde empecé a dar clases en la Universidad DePauw, en 1972. No tuvimos hijos, pero no por falta de ganas. Susan estaba viva cuando enfermé de cáncer de hígado y me ingresaron en el hospital.

¿Por qué demontres estoy recordando esto ahora? Después de nueve años de no tener casi ningún recuerdo personal, ¿por qué recuerdo a Susan ahora? ¿Por

qué ser ahora acuchillado por los afilados fragmentos de mi antigua vida?

No creo en Dios con «D» mayúscula y, a pesar de su evidente corporeidad, no creo en los dioses con «d» minúscula; no como fuerzas reales del universo. Pero sí que creo en la puta diosa Ironía. Engaña constantemente. Governa a hombres y dioses y a Dios por igual.

Y tiene un perverso sentido del humor.

Como Romeo acostado junto a Julieta, oigo el trueno acercarse hacia nosotros desde el suroeste, resuena en el patio, el viento agita las cortinas de las terrazas a ambos lados del gran dormitorio. Helena se agita pero no se despierta. Todavía no.

Cierro los ojos e intento dormir unos minutos más. Los noto irritados, como si tuviera arena bajo los párpados. Me estoy haciendo demasiado viejo para permanecer despierto tanto tiempo, sobre todo después de hacer el amor tres veces a la mujer más hermosa y sensual del mundo.

Después de dejar a Helena y Paris, seguimos a Héctor hasta su casa. El héroe que nunca había huido de una batalla en su vida huía de la tentación que representaba Helena: corría a casa con su esposa Andrómaca y su hijo de un año.

En mis nueve años de observar y deambular por Ilión, nunca había hablado con la esposa de Héctor, pero conocía su historia, todo el mundo en Ilión conocía su historia.

Andrómaca era hermosa por derecho propio (no se la podía comparar con Helena o las diosas, eso era cierto, pero era bella de una manera más humana) y también pertenecía a la realeza. Procedía de la zona del ámbito troyano conocida como Cilicia en Tebas, y su padre era el rey local, Eetión, admirado por la mayoría, respetado por todos. Vivían en las faldas del monte Placos, en un bosque famoso por su madera; las grandes Puertas Esceas de Ilión estaban construidas con madera cilícea, igual que las torres de asedio que los griegos tenían a menos de cuatro kilómetros de distancia.

Aquiles había matado a su padre. Abatió a Eetión en combate cuando el aqueo de los pies ligeros condujo a sus hombres contra las ciudades troyanas poco después de que los griegos desembarcaran. Andrómaca tenía siete hermanos (ninguno de ellos guerrero, sino pastores de ovejas y bueyes) y Aquiles acabó con ellos el mismo día, después de buscarlos por los campos y perseguirlos hasta darles muerte en las rocas bajo el bosque. El plan de Aquiles era obviamente no dejar con vida a ningún varón de la familia real cilícea. Esa noche, Aquiles hizo que sus hombres vistieran el cadáver de Eetión con la armadura de bronce y lo incineró con respeto. Luego levantó un montículo sobre las cenizas del viejo rey. Pero los cadáveres de los hermanos de Andrómaca

permanecieron en los campos y bosques, pasto de los lobos.

Enriquecido con el saqueo de una docena de ciudades, Aquiles todavía exigió el rescate de un rey por la reina de Eetión, la madre de Andrómaca, y lo recibió. Ilión era todavía rica entonces, y libre para negociar con sus invasores.

La madre de Andrómaca regresó a los salones de su palacio vacío en Cilicia y allí (según la frecuente narración que Andrómaca hacía de su aciaga historia), «Artemisa, con una lluvia de flechas, la abatió».

Bueno, en cierto modo.

Artemisa, hija de Zeus y Leto y hermana de Apolo, es la diosa de la caza (la vi ayer mismo en el Olimpo), pero es también la diosa que preside los nacimientos. En un pasaje de la *Iliada*, un irritado Apolo le grita a su hermana, delante de su padre Zeus: «Te deja que mates a las madres en el parto», refiriéndose a que Artemisa es responsable de causar la muerte en los partos además de servir como comadrona divina a las mujeres mortales.

La madre de Andrómaca murió nueve meses después de ser secuestrada como rehén por Aquiles el día que murió Eetión, el padre de Andrómaca. La madre de Andrómaca murió de parto intentando traer al mundo al hijo del asesino de su marido.

Decíme que la puta diosa Ironía no gobierna el mundo.

Andrómaca y su bebé no estaban en casa. Héctor corrió de habitación en habitación, mientras los cuatro lanceros esperábamos protegiendo la entrada pero sin interferir. El héroe estaba claramente preocupado y más ansioso de lo que yo le había visto jamás en el campo de batalla. De vuelta al umbral, detuvo a dos criadas que entraban.

—¿Dónde está Andrómaca? ¿Ha ido al Templo de Atenea con las otras nobles esposas? ¿A la casa de mi hermana? ¿A ver a las esposas de mi hermano?

—Nuestra señora ha ido a la muralla, amo —dijo la más vieja de las criadas—. Todas las mujeres troyanas se han enterado de la terrible lucha del día, de la ira de Diomedes y de cómo la fortuna se ha vuelto contra los hijos de Ilión. Tu esposa ha ido a la gran puerta de Troya para ver lo que pueda ver, para saber si su amo y señor aún vive. Corrió como una loca, amo, mientras el aya corría tras ella llevando a tu hijo.

Apenas pudimos seguir el ritmo de Héctor que volaba hacia las Puertas Esceas. A una manzana de la muralla me di cuenta de que yo no debería estar con él. Aquel acontecimiento (el encuentro de Héctor y Andrómaca en las almenas) era demasiado importante. Demasiados dioses lo estarían contemplando. La musa podía estar allí buscándome.

A varios cientos de metros de las puertas, me despisté de los lanceros y me mezclé con la multitud de una calleja secundaria. Las sombras eran ahora

profundas, el aire más fresco, pero las altas torres de Ilión seguían iluminadas por el sol que se ponía por el oeste.

Elegí una de aquellas torres y subí por su serpenteante escalera interior, todavía morfeado como anónimo lancero. Nadie importante.

La torre estaba construida más o menos como un minarete (aunque el Islam quedaba aún a milenios de distancia en el futuro) y yo fui la única persona en el estrecho balcón circular cuando llegué arriba. El sol me daba en los ojos, pero polarizando mis filtros visuales y ampliando el foco de las lentes de contacto que me dieron los dioses, obtuve una clara visión de la reunión en la muralla.

Andrómaca corrió por el parapeto y se abalanzó hacia su esposo, los pies girando en el aire cuando él la levantó en vilo y le devolvió el abrazo. El pulido casco de bronce de Héctor resplandeció en el dorado sol de la tarde. Otros soldados y las preocupadas esposas que había en la muralla se apartaron para que su líder y la esposa de éste tuvieran un poco de intimidad. Sólo el aya de Andrómaca, con el bebé de un año en brazos, se quedó cerca de la pareja.

Yo podría haber escuchado su conversación con mi bastón teledirigido, pero decidí observar el movimiento de sus bocas y estudiar sus expresiones. Después del arrebató de alivio al ver a su esposo guerrero vivo e ileso, Andrómaca frunció el ceño y empezó a hablar rápida, urgentemente. Recordé del relato de Homero, en líneas generales, lo que estaba diciendo: hacía un resumen de sus penalidades, de su soledad después de que Aquiles asesinara a su padre y sus hermanos. Leyéndole los labios capté algunas de las palabras que dijo:

—Tú eres ahora mi padre, Héctor, y mi noble madre también. Ahora eres mi hermano, mi amor. ¡Y también eres mi marido, joven y cálido y viril y vivo! ¡Apiádate de mí, esposo mío! No me abandones. No vuelvas a las llanuras de Ilión a morir allí y a dejar que arrastren tu cadáver tras un carro aqueo hasta que la carne se te suelte de los huesos. ¡Quédate aquí! Combate *aquí*. Protege nuestra ciudad luchando en la torre, *aquí*.

—No puedo —dijo Héctor, el casco destellando mientras negaba lentamente con la cabeza.

—Sí que puedes —vi decir a Andrómaca, el rostro retorcido de amor y miedo—. Tienes que hacerlo. Acerca tus ejércitos a ese cabrahigo, ¿lo ves? Ahí es donde nuestra amada Ilión es más vulnerable al ataque. Tres veces han intentado ya los argivos abrirse paso por ese punto, esperando derrotar nuestra ciudad, tres veces sus mejores guerreros se han abierto camino... los dos Ayax, el Mayor y el Menor, Idomeneo y el terrible Diomedes. Tal vez algún oráculo les mostró nuestras debilidades. ¡Combate *aquí*, esposo mío! ¡Protégenos *aquí*!

—No puedo.

—Puedes —exclamó Andrómaca, zafándose de su abrazo—. ¡Pero no quieres!

—Sí —vi decir a Héctor—. No quiero.

—¿Sabes qué me sucederá, noble Héctor, cuando mueras tu noble muerte y te conviertas en comida para los perros aqueos? —Vi a Héctor dar un respingo, pero guardó silencio—. ¡Me convertirán en la puta de algún sudoroso comandante griego! —gritó Andrómaca, tan fuerte que la oí a media manzana de distancia—. ¡Me llevarán a Argos como botín, como esclava de Ajax el Grande o Ajax el Pequeño o el terrible Diomedes o algún capitán menos importante que me follará a su capricho!

—Sí —dijo Héctor, la mirada dolorida pero firme—. Pero yo estaré muerto, y la tierra que me cubra apagará tus gritos.

—Sí, oh, sí —gimió Andrómaca, sollozando y riendo ahora al mismo tiempo—. El noble Héctor estará muerto. Y su hijo, a quien todos los ciudadanos de Ilión llaman Astianacte, «Señor de la Ciudad», será esclavo de los cerdos aqueos, vendido y apartado de su madre esclava y puta. ¡Ése será tu noble legado, oh, noble Héctor!

Y Andrómaca hizo acercarse al aya y agarró al niño, alzándolo como un escudo entre Héctor y ella.

Vi el dolor en el rostro de Héctor, que extendió sin embargo las manos para coger al niño pequeño.

—Ven aquí, Escamandrio —dijo Héctor, llamando a su hijo por su nombre en vez de por el apodo que le había puesto la gente de la ciudad.

El niño se asustó y empezó a llorar. Pude oír su llanto desde mi atalaya en la torre, a media docena de tejados de distancia.

Era el casco. El casco de Héctor. Bronce pulido y resplandeciente, manchado de sangre y suciedad, reflejaba la luz del sol y el distorsionado parapeto y al niño mismo. El casco con su flameante cresta roja de crin de caballo y sus monstruosamente brillantes guardas de metal que se curvaban alrededor de los ojos de Héctor y le cubrían la nariz.

El niño lloró y se acurrucó contra su madre, temeroso de su padre.

En ese momento, cabía esperar que Héctor se sintiera devastado: ¿No recibiría un último abrazo de su hijo? Pero el guerrero echó atrás la cabeza y rio con ganas largamente. Al cabo de un momento, Andrómaca se rio también.

Héctor se quitó el casco de batalla de la cabeza y lo depositó sobre la muralla, donde ardió a la luz del sol poniente. Luego alzó a su hijo, abrazándolo y lanzándolo al aire y recogiénolo hasta que el crío chilló, no de terror sino de placer. Sosteniendo a su hijo en el hueco de su fuerte brazo derecho, Héctor atrajo a Andrómaca hacia sí con el izquierdo.

Todavía sonriendo, Héctor alzó el rostro al cielo.

—¡Zeus, óyeme! ¡Todos vosotros, inmortales, oídme!

Todos los guardias y mujeres de la muralla habían guardado silencio. Las calles se acallaron con una extraña calma. Pude oír la fuerte voz de Héctor a manzanas de distancia.

—Conceded a este niño, mi hijo, a quien tanto amo, que pueda ser como yo: ¡el primero en la gloria entre troyanos y hombres! ¡Fuerte y valiente como yo, Héctor, su padre! Y conceded, oh, dioses, que Escamandrio, hijo de Héctor, pueda gobernar toda Ilión con poder y gloria algún día y que todos los hombres digan: «Es mejor que su padre.» Ésta es mi plegaria, oh, dioses, y no pido otra cosa para mí.

Y con esto, Héctor devolvió el niño a Andrómaca, los besó a ambos y dejó la muralla para volver al campo de batalla.

Admito que las horas posteriores a la despedida de Héctor y su esposa fueron tristemente para mí. No me animó precisamente el hecho de saber que, al año siguiente, Andrómaca, en efecto, sería arrancada de la ciudad incendiada y llevada a una tierra donde sería esclava de otros hombres. Ni tampoco contribuyó a alegrarme saber que el aqueo que la capturará (Pirro, destinado a convertirse en antepasado de los reyes de la tribu eperiota y a tener una tumba de héroe en Delfos) arrancaría al hijo de Héctor, Escamandrio (llamado Astianacte, «Señor de la Ciudad», por los residentes de Ilión), del pecho de su ama y lo arrojaría desde las altas murallas a una sangrienta muerte. El mismo Pirro asesinará al padre de Héctor y Paris, el rey Príamo, en el altar de Zeus en su propio palacio. La Casa de Príamo se extinguirá en una noche. La idea es deprimente.

Esto no es ninguna excusa para lo que hice a continuación, pero lo explica en parte.

Deambulé por las calles de Ilión hasta el anochecer y después de él, sintiéndome más solo y deprimido que en los nueve años que llevo aquí como escólico. Todavía iba vestido de lancero troyano (preparado para ponerme el Casco de Hades en un segundo, el medallón TC listo para escapar al instante) y de pronto me encontré de vuelta en el complejo de Helena. Confieso que había ido allí a menudo a lo largo de los años, sacando tiempo entre mis observaciones escólicas, acudiendo en secreto a la ciudad y a este palacio sólo para tener la oportunidad de verla a ella... de ver a Helena, la mujer más hermosa y atractiva del mundo. ¿Cuántas veces me había quedado al otro lado de la calle del complejo, embobado como un chiquillo enamorado y esperando a que las luces se encendieran en los apartamentos y terrazas superiores, esperando poder ver siquiera un atisbo de aquella mujer?

De repente mi embeleso nocturno fue interrumpido por una visión más aterradora: un carro volador que sobrevolaba lentamente las calles y tejados, invisible para los ojos mortales pero visible gracias a mi visión ampliada. Inclínada sobre la barandilla, escrutando las calles, iba mi musa. Yo nunca la había visto sobrevolar la ciudad ni las llanuras de Ilión hasta entonces. Supe que

me estaba buscando.

Me puse el Casco de Hades en un periquete para ocultarme (esperaba) de dioses y hombres. La tecnología debió de funcionar. El carro de la musa flotó a menos de treinta metros de mi cabeza sin reducir nunca su velocidad.

Cuando el carro pasó de largo, trazando círculos sobre el mercado central situado a una docena de manzanas al este, activé los remaches de mi arnés de levitación. Todos los escólicos van equipados con estos arneses, pero los usamos en contadas ocasiones. A menudo, después de un día de confusa lucha en el campo de batalla, había empleado el arnés de levitación para alzarme sobre el campo de batalla, obtener una imagen general de la situación táctica y luego volar a Ilión (aquí, a casa de Helena, para ser sinceros) con la esperanza de verla, unos minutos antes de TCear de vuelta al Olimpo y mis barracas.

Ahora no. Me alcé sobre la calle, invisible mientras volaba por encima de los lanceros que montaban guardia en la entrada principal del complejo de Paris y Helena, crucé la alta muralla y aterricé sobre uno de los balcones del patio interior, ante las estancias privadas de la pareja. Con el corazón redoblando, atravesé la puerta abierta y las hinchadas cortinas. Mis sandalias casi no hacían ruido sobre el suelo de piedra. Los perros del complejo deberían de haberme detectado (el Casco de Hades no disfrazaba el olor), pero todos rondaban por la planta baja y en el patio exterior, no aquí, donde vivía la pareja real.

Helena estaba en la bañera. Tres criadas la atendían, sus pies descalzos dejaban marcas húmedas en los escalones de mármol mientras subían y bajaban agua caliente. Unas cortinas de gasa rodeaban el baño en sí, pero como los trípodes de los braseros y las lámparas colgantes estaban dentro de su perímetro, el fino material de la cortina no ponía ningún obstáculo a la vista. Todavía invisible, me quedé ante el suave tejido y contemplé a Helena mientras se bañaba.

Así que éstas son las tetas que lanzaron mil naves, pensé, e inmediatamente me maldije por ser tan capullo.

¿He de describirla? ¿He de explicar por qué el calor de su belleza, su belleza desnuda, puede conmover a los hombres a través de más de tres mil años de frío tiempo?

Creo que no... y no por discreción o decoro. La belleza de Helena está más allá de mis pobres poderes de descripción. Habiendo visto tantos pechos de mujer, ¿había algo único en los suaves, rotundos pechos de Helena? ¿O algo más perfecto en el triángulo de vello púbico entre sus muslos? ¿O más excitante en torno a sus muslos pálidos y musculosos? ¿O más sorprendente en sus glúteos blancos y lechosos y su fuerte espalda y sus pequeños hombros?

Claro que sí. Pero yo no soy el hombre que pueda contaros esa diferencia. Fui un intelectual de poca monta y (en mi fantasía sobre mi vida perdida) tal vez novelista. Haría falta un poeta superior a Homero, superior a Dante, superior a

Shakespeare para hacer justicia a la belleza de Helena.

Sali de la habitación, al fresco de la terraza vacía de su dormitorio, y toqué el delgado brazalete que me permitía morfearme en otras personas. El panel de control del brazalete sólo brillaba cuando yo lo requería, pero habló a mi pulgar con símbolos e imágenes. En él estaban almacenados los datos para morfearme en todos los hombres que había registrado en los últimos nueve años. Teóricamente, podría haberme morfeado en una mujer, pero nunca había encontrado ningún motivo para hacerlo y, desde luego, no lo encontré esa noche.

Tienen que comprender algo sobre la facultad de morfearse: no es reformar las moléculas y el acero y la carne y el hueso para que adopten forma. No tengo ni idea de cómo funciona, aunque un escólico de corta vida del siglo XXI llamado Hayakawa trató de explicarme su teoría hace unos cinco o seis años. Hayakawa no dejaba de insistir en la conservación de materia y energía (sea lo que sea eso), pero yo no presté atención a esa parte de su explicación.

Evidentemente, morfear funciona a nivel cuántico. ¿Qué no lo hace con estos dioses? Hayakawa me pidió que imaginara a todos los seres humanos que hay aquí, incluyéndonos a él y a mí, como ondas de probabilidad firmes. A nivel cuántico, dijo, los seres humanos (y todo lo demás en el universo físico) existen de instante en instante como una especie de frente de ola que se colapsa: las moléculas, la memoria, las viejas cicatrices, las emociones, los pelos, el aliento cervicero, todo. Estas bagatelas que nos dieron los dioses registraban las ondas de probabilidad y nos permitían interrumpir y almacenar los originales y, durante algún tiempo, mezclar nuestras ondas de probabilidad con las almacenadas, llevando nuestros propios recuerdos y nuestra voluntad a un nuevo cuerpo cuando nos morfeamos. Por qué esto no violaba la amada conservación de la masa y energía de Hayakawa, no lo sé... pero él seguía insistiendo en que no lo hacía.

Debido a esta usurpación de forma y acción de otra persona, los escólicos casi siempre morfeábamos en figuras menores de la guerra de Troya: lanceros como el guardia sin nombre cuya forma yo había adoptado esta tarde. Si me convirtiera en Odiseo, digamos, o en Héctor o Aquiles o Agamenón, nos pareceríamos por fuera, pero la conducta sería la nuestra propia (muy inferior al carácter heroico de la persona real) y cada minuto que usáramos su forma llevaríamos los acontecimientos reales más y más lejos de esta realidad desplegada que corre paralela a la *Iliada*.

No tengo ni idea de dónde iba la persona real cuando nos morfeábamos en ella. Tal vez la onda de probabilidad de esa persona simplemente flotaba a nivel cuántico, sin colapsarse en lo que llamamos realidad hasta que nosotros abandonábamos su forma y su voz. Tal vez la onda de probabilidad se almacenaba en el artilugio que llevábamos o en alguna máquina o en alguna botella de los dioses en el monte Olimpo. No lo sé y no me importa demasiado. Una vez le pregunté a Hayakawa, poco antes de que molestara a la musa y

desapareciera para siempre, si podíamos usar el brazalete morfeador para convertirnos en uno de los dioses. Hayakawa se echó a reír y dijo: « Los dioses protegen sus ondas de probabilidad, Hockenberry. Yo no intentaría jugar con ellos.»

Ahora activé el brazalete y repasé los cientos de hombres que había registrado hasta que encontré el que quería: *Paris*. Es probable que la musa hubiera acabado con mi existencia de haber sabido que yo había escaneado a Paris para morfearlo en el futuro. Los escólicós no interfieren.

¿Dónde está Paris ahora mismo? Con el pulgar sobre el icono activador, traté de recordar. Los acontecimientos de esta tarde y esta noche (la confrontación entre Héctor y Paris y Helena, el encuentro de Héctor y su esposa y su hijo en las murallas) todo ocurría casi al final del Canto Sexto de la *Iliada*. ¿No?

No podía pensar. Me dolía el pecho de soledad. La cabeza me daba vueltas, como si hubiera estado bebiendo toda la tarde.

Sí, el final del Canto Sexto. Héctor deja a Andrómaca y Paris lo alcanza antes de que salga de la ciudad, o justo cuando lo hace. *¿Cómo decía mi traducción favorita?* « No se entretuvo mucho Paris en sus abovedados salones.» El nuevo marido de Helena se había puesto la armadura, como prometió, y corrió a reunirse con Héctor y los dos hombres atravesaron juntos las Puertas Esceas, camino de una nueva batalla. Recuerdo haber escrito un artículo para una convención de expertos donde analizaba la metáfora de Homero: Paris corriendo como un caballo que se libra de sus ataduras, el pelo al viento como una crin sobre sus hombros, ansioso de batalla, bla, bla, bla.

¿Dónde está Paris ahora? ¿Después de anochecer? ¿Qué me he perdido mientras deambulaba por las calles y miraba las luces de Helena y las tetas de Helena?

Eso era en el Canto Séptimo, y siempre me había parecido que el Canto Séptimo de la *Iliada* era una masa confusa y apelonada. Terminaba el largo día que había comenzado en el Canto Segundo, con Paris matando al aqueo llamado Menesteo y Héctor abriéndole la garganta a Eyoneo. Se acabaron los abrazos paternales. Luego hubo más combates y Héctor se enfrentó a Ajax el Grande en combate singular y...

¿Qué? Poco más. Ajax iba ganando (era mejor luchador) pero entonces los dioses empezaron a disputar de nuevo por el resultado, había un montón de charla por parte de griegos y troyanos, un montón de dimes y diretes, y una tregua, y Héctor y Ajax intercambian sus armaduras y se comportaban como viejos amigos, y luego todos acordaban una tregua mientras reunían a los muertos para quemarlos en las piras, y...

¿Dónde demonios está Paris esta noche? ¿Se queda con Héctor y el ejército para supervisar la tregua, habla en los ritos funerarios? ¿O actúa según su personalidad y se va a la cama con Helena?

—¿A quién le importa una mierda? —dije en voz alta y pulsé el icono de activación del brazalete y me morfeé en Paris.

Todavía era invisible, ataviado con el Casco de Hades, el arnés de levitación, todo.

Me quité el casco y todo lo demás excepto el brazalete morfeador y el pequeño medallón TC que me colgaba del cuello, y lo oculté todo tras un trípode, en un rincón del balcón. Ahora era sólo Paris con su armadura. Me quité la armadura y la dejé en el balcón también, apareciendo sólo como Paris con su suave peplo. Si la musa me localizaba ahora, no tendría más defensa que TCearme.

Atravesé las cortinas del balcón para llegar a la zona de baños. Helena alzó la cabeza sorprendida mientras yo abría las cortinas.

—¿Mi señor? —dijo, y vi primero el desafío en sus ojos y luego la mirada gacha de lo que podría haber sido disculpa y sumisión por sus anteriores palabras — Dejados —ordenó a las criadas, y las mujeres se marcharon.

Helena de Troya subió lentamente los escalones de la bañera hacia mí, el pelo seco excepto por los mechones mojados sobre sus omoplatos y pechos, la cabeza aún gacha, pero mirándome ahora a través de las pestañas.

—¿Qué quieres de mí, esposo mío?

Tuve que intentarlo dos veces antes de encontrar la voz adecuada. Finalmente, con la voz de Paris, dije:

—Ven a la cama.

Puerta Dorada de Machu Picchu

Caminaron de glóbulo verde en glóbulo verde de la Puerta Dorada, bajaron escaleras mecánicas inmóviles y cruzaron pasillos recubiertos de verde que conectaban los cables gigantescos que sostenían la carretera situada muy por debajo. Odiseo los acompañaba.

—¿Eres de verdad Odiseo del drama turín? —preguntó Hannah.

—Nunca he visto el drama turín —dijo el hombre.

Ada advirtió que el hombre que se hacía llamar Odiseo no había confirmado ni negado realmente nada: sólo evitaba la pregunta.

—¿Cómo llegaste aquí? —preguntó Harman—. ¿Y de dónde vienes?

—Es una respuesta complicada —dijo Odiseo—. Llevo algún tiempo viajando, intentando encontrar el camino a casa. Esto es sólo una parada en el camino, un lugar donde descansar, y me marcharé dentro de unas semanas. Preferiría contar mi historia más tarde, si no os importa. Tal vez cuando cenemos, esta noche. Savi *Uhr* tal vez pueda ayudarme a encontrar sentido a partes de mi relato.

A Ada le pareció muy raro oír a alguien hablar inglés común como si no fuera su lengua materna: nunca había oído ningún acento hasta entonces. No había ningún acento regional en el mundo de Ada basado en el fax, donde todo el mundo vivía en todas partes... y en ninguna.

Los seis salieron a la cima de la torre donde Savi había hecho posarse antes el sonie. Lo hicieron justo cuando el sol tocaba la punta de uno de los dos afilados picos que sujetaban el puente, el situado más al sur. El viento de poniente era fuerte y frío. Caminaron hasta la barandilla que bordeaba la plataforma y contemplaron el barranco en pendiente con sus terrazas desmoronadas a más de doscientos cincuenta metros por debajo.

—La última vez que vine a la Puerta Dorada, hace tres semanas —dijo Savi—, Odiseo estaba en uno de los sarcófagos criotemporales donde suelo dormir. Su llegada, y lo que significa, es el motivo por el que finalmente contacté con vosotros: por eso dejé esas direcciones en la roca del Valle Seco.

Ada, Harman, Hannah y Daeman contemplaron a la anciana, sin comprender los términos ni el verdadero significado de su declaración. Savi no explicó nada. Los cuatro esperaron a que Odiseo dijera algo que los iluminara.

—¿Qué hay para cenar? —preguntó Odiseo.

—Más de lo mismo —contestó Savi.

El hombre barbudo negó con la cabeza.

—No —señaló a Harman con un dedo ancho y recio, y luego a Daeman—. Vosotros dos. Nos queda una hora de luz. Buen momento del día para cazar.

¿Queréis venir conmigo?

—¡No! —dijo Daeman.

—Sí —dijo Harman.

—Yo quiero ir —dijo Ada, sorprendida por el ímpetu de su propia voz—. Por favor.

Odiseo la miró largamente.

—Sí —dijo por fin.

—Debería ir con vosotros —dijo Savi. Parecía dubitativa.

—Sé cómo manejar tu máquina —contestó Odiseo, indicando el sonie con un gesto.

—Lo sé, pero... —Savi tocó el arma negra que llevaba en el cinturón.

—No hace falta —dijo Odiseo—. Sólo busco comida, no una guerra. No habrá voynix allí.

Savi siguió vacilante.

Odiseo miró a Ada y Harman.

—Esperad aquí. Volveré con mi lanza y mi escudo.

Harman se echó a reír antes de darse cuenta de que el hombre del torso desnudo y la pálida túnica no estaba bromeando.

Odiseo sabía en efecto pilotar el sonie. Despegaron de la cima de la torre, rodearon el alto barranco con sus ruinas que proyectaban complicadas sombras y surcaron un valle a alta velocidad.

—Creí que ibas a cazar bajo el puente —dijo Harman por encima del siseo del viento.

Odiseo negó con la cabeza. Ada advirtió que el pelo gris del hombre le caía por el cuello como una crin rizada.

—Aquí no hay más que jaguares y ardillas y fantasmas —dijo Odiseo—. Tenemos que llegar a las llanuras para encontrar caza. Y tengo en mente una presa en concreto.

Salieron de la desembocadura del cañón a gran velocidad y surcaron las praderas moteadas de altas cicadáceas y abetos. El sol se ponía, pero sobre las montañas y toda la llanura se proyectaban todavía largas sombras. Un rebaño

apareció bajo ellos: grandes animales herbívoros que Ada no logró identificar, de piel marrón con los cuartos traseros a franjas blancas. Los cientos de criaturas eran parecidos a los antílopes, pero de tamaño tres veces mayor, con las patas largas y extrañamente articuladas, largos cuellos flexibles y morros colgantes como mangueras rosadas. El sonie no hizo ningún sonido mientras revoloteaba sobre ellos y ninguno de los animales levantó siquiera la cabeza.

—¿Qué son?—preguntó Harman.

—Comestibles —dijo Odiseo. Descendió trazando círculos e hizo aterrizar el sonie bajo unos altos matorrales, a unos treinta metros a sotavento de la manada. El sol se ponía.

Además de dos lanzas absurdamente largas (cada una más larga que el sonie, cuyas astas habían sobresalido de la burbuja del campo de fuerza y la popa del aparato volador), Odiseo había traído un escudo de bronce muy trabajado con capas de piel de buey, además de una espada corta en una vaina y un cuchillo que guardaba en el cinturón de su túnica. A Ada (que había empleado el paño turín con más frecuencia de lo que le había admitido a Harman) aquella yuxtaposición de un hombre del fantástico drama turín de Troya con su propio mundo, o esta versión salvaje de su mundo, la mareaba un poco. Se levantó y siguió a Odiseo y Harman, que se alejaban del sonie.

—No —ordenó Odiseo—. Tú quédate con el vehículo.

—Y un cuerno —contestó Ada.

Odiseo suspiró y les habló en un susurro.

—Quedaos los dos aquí, tras este matorral. No os mováis. Si algo se acerca, subid al sonie y activad el campo de fuerza.

—No sé hacerlo —susurró Harman.

—Dejé activada la IA —dijo Odiseo—. Tendeos y decid: «Conecta campo de fuerza.»

Sosteniendo ambas lanzas, Odiseo se internó en la llanura, caminando lenta y silenciosamente entre las bestias que pastaban. Ada oía los animales de nariz colgante gruñir y masticar, oía la hierba que arrancaban con los dientes y su fuerte hedor. No corrieron alarmados cuando el hombre se acercó, y en el momento en que los animales situados en el perímetro de la manada finalmente alzaron la cabeza, Odiseo estaba a doce metros. Se detuvo, soltó una lanza y el escudo y empuñó la otra lanza.

Los animales habían dejado de masticar y miraban al extraño bípedo fijamente, pero no parecían alarmados.

El poderoso cuerpo de Odiseo se encogió, se arqueó y se tensó. La lanza voló recta, hasta alcanzar el animal más cercano por encima del pecho y casi atravesar su largo y grueso cuello. El animal se agitó, soltó un gruñido estrangulado y cayó pesadamente.

Los otros animales bufaron, balaron y echaron a correr, cada uno de ellos

zigzagueando a un lado y a otro de una manera que Ada no había visto nunca, pues sus extrañas patas les permitían cambiar casi instantáneamente de dirección, hasta que toda la manada se alejó y se perdió de vista un par de kilómetros al norte.

Odiseo se apoyó en una rodilla junto al animal muerto y sacó el cuchillo corto y curvo de su cinturón. Con unos cuantos rápidos tajos le abrió la cavidad abdominal, sacó órganos y entrañas, que arrojó a la hierba (excepto lo que parecía el hígado, que guardó en un pequeño tarro de plástico que había colocado a un lado), y luego separó la piel de un cuarto trasero y cortó una gruesa tajada de carne roja, que también guardó en el tarro. Después rebanó la garganta del animal muerto, manchando de más sangre la hierba, y liberó su lanza cuidando de no romperla. Limpió el asta y la punta de bronce en la hierba.

Todavía de pie junto a los matorrales, Ada sintió una oleada de mareo inundarla y decidió sentarse en la hierba para no desmayarse. Nunca había visto a un ser humano matar a un animal, mucho menos abrirlo y desollarlo parcialmente con tanta habilidad. Fue terriblemente... eficaz. Avergonzada de su reacción, pero intentando no desmayarse, colocó la cabeza entre las rodillas hasta que los puntos negros dejaron de bailar alrededor del círculo de su visión.

Harman le tocó la espalda, preocupado, pero cuando ella le indicó que la dejara, empezó a caminar hacia el cadáver.

—Quédate ahí —ordenó Odiseo.

Harman se detuvo, confundido.

—Se han ido. ¿Necesitas ayuda para cargar...?

Odiseo alzó una mano para indicar a Harman que se quedara donde estaba.

—No es esto lo que quiero cazar. Esto es... ¡No te muevas!

Harman y Ada volvieron el rostro hacia el oeste. Dos formas bípedas, blancas, negras, y rojas, se acercaban a gran velocidad, más rápido aún de lo que habían huido los herbívoros. Ada sintió que la respiración se le atascaba en la garganta y vio a Harman quedarse paralizado.

Las criaturas corrían hacia el cadáver ensangrentado del herbívoro y el arrodillado Odiseo a más de noventa kilómetros por hora. Se detuvieron en medio de una nube de polvo. Ada reconoció las aves que habían visto desde el sonie: *Aves Terroríficas*, las había llamado Savi. Pero lo que había resultado extrañamente divertido desde las alturas, esas criaturas parecidas a avestruces que corrían como pollos torpes, era en realidad aterrador.

Las dos *Aves Terroríficas* se habían detenido a cinco pasos del cadáver del otro animal, los ojos fijos en Odiseo. Cada ave medía más de metro ochenta de altura. Plumas blancas cortas recubrían sus cuerpos musculosos, plumas negras sus alas residuales, y sus patas eran poderosas y tan gruesas como el torso de Ada. Los picos de las aves, de por lo menos doce centímetros, perversamente retorcidos, rojos alrededor de la boca (como manchados de sangre), eran

controlados por unos poderosos músculos de las mandíbulas que abultaban bajo la media docena de largas plumas rojas que sobresalían de la parte posterior del cráneo. Sus ojos eran de un terrible y malévolos color amarillo rodeado de círculos azules, bajo un ceño de saurio. Además de sus imponentes picos de depredador, las aves tenían poderosas zarpas delanteras (cada una tan larga como el antebrazo de Ada) y una garra de aspecto aún más terrible en la curvatura de cada ala residual.

Ada supo de inmediato que aquel monstruo no era un carroñero, sino un terrible depredador.

Odiseo se puso en pie, una larga lanza en la mano izquierda y la lanza ensangrentada en la mano derecha. Las cabezas de las Aves Terroríficas se volvieron al unísono, los ojos amarillos parpadearon, y la pareja de cazadores se separó. Parecían bailarines ejecutando una coreografía a la perfección y preparándose para atacar a Odiseo por ambos lados. Ada olió el hedor a carroña de los monstruos. No le cabía duda de que aquellas poderosas patas desnudas podían impulsar a cada Ave Terrorífica unos cinco metros o más hacia su presa (Odiseo) de un solo salto, con las garras extendidas y agitándose mientras el monstruo de una tonelada de peso aterriza. Estaba claro que la pareja trabajaba a la perfección como equipo asesino.

Odiseo no esperó a que tomaran posiciones y atacaran. Con letal elegancia lanzó su primera lanza (en línea recta y firme) contra el musculoso pecho del Ave Terrorífica que tenía a la izquierda, y luego giró para enfrentarse a la segunda. La primera ave dejó escapar un alarido terrible que petrificó los pulmones de Ada. Un segundo más tarde, Odiseo, con un rugido y un aullido similar, saltó sobre el cadáver del herbívoro, se pasó la lanza de la mano izquierda a la derecha y lanzó la punta de bronce contra el ojo derecho de la segunda Ave Terrorífica.

La primera ave retrocedió tambaleándose, agarró la lanza que asomaba por su pecho y rompió la gruesa vara de roble. La segunda esquivó el empujón de Odiseo echando la cabeza hacia atrás como una cobra. Sorprendida del ataque de aquel pequeño bípedo sin plumas, el ave saltó dos veces (retrocediendo tres metros) y tiró de la lanza que pretendía hierla.

Odiseo tenía que apartar la lanza rápidamente después de cada amago, por temor a que se la arrancara de las manos. Todavía gritando, el hombre retrocedió y pareció resbalar con el ensangrentado cadáver del bípedo. Rodó de costado.

El Ave Terrorífica, ileso, vio su oportunidad y la aprovechó, saltando dos metros en el aire y lanzándose sobre Odiseo con los espolones y las zarpas extendidas.

Todavía rodando, Odiseo se incorporó sobre una rodilla con un único movimiento fluido y plantó la lanza en el suelo un segundo antes de que el Ave Terrorífica cayera sobre ella con todo el peso de su cuerpo y se clavara la punta

de bronce, que atravesó el musculoso pecho y le llegó al horrible corazón. Odiseo tuvo que rodar de nuevo para apartarse mientras la enorme criatura se desplomaba sin vida donde él había estado arrodillado.

—¡Cuidado! —gritó Harman, y empezó a correr hacia la refriega.

La primera Ave Terrorífica, sangrando por la herida de lanza y con el asta rota todavía clavada en el pecho, corría a espaldas de Odiseo. La cabeza del ave se abalanzó sobre dos metros de cuello serpentino cubierto de plumas y el enorme pico chasqueó en el lugar donde habría estado la cabeza de Odiseo si éste no se hubiera apartado. Pero el guerrero se lanzó hacia delante en vez de hacerlo hacia atrás, rodando de nuevo, con las manos vacías esta vez mientras el Ave Terrorífica pasaba de largo y luego giraba, retorciéndose y volviéndose de manera casi tan imposible como los herbívoros de extrañas patas.

—¡Eh! —gritó Harman, y le lanzó una piedra al ave gigante.

El animal alzó la cabeza molesto por la impertinencia, los ojos amarillos parpadearon y el enorme depredador se abalanzó hacia Harman, que resbaló en la tierra, dijo «¡Mierda!» con voz aguda y echó a correr por donde había venido. De repente Harman advirtió que no podría dejar atrás al monstruo, y se volvió, las piernas separadas, los puños levantados, dispuesto a enfrentarse a la carga del Ave Terrorífica con las manos desnudas.

Ada buscó una piedra, un palo, algún arma. No había nada a su alcance. Se puso en pie de un salto.

Odiseo alzó su escudo y, usando el cadáver del herbívoro como trampolín, saltó hacia la espalda del Ave Terrorífica, desenvainando su espada corta mientras lo hacía.

El ave siguió corriendo hacia Harman y Ada, pero ahora tenía el cuello vuelto, la cabeza torcida; su gigantesco pico rojo golpeaba el escudo circular de Odiseo. Cada vez que las enormes mandíbulas golpeaban, Odiseo era empujado hacia atrás, pero sus piernas apretaban con fuerza el cuerpo del animal, a tres metros del suelo, y aunque se doblaba igual que un falso jinete del drama turín, no llegó a caer. Entonces, cuando la cabeza del Ave Terrorífica se volvió para buscar a Harman con sus ojos amarillos, Odiseo se abalanzó hacia delante y atacó con la espada el cuello de plumas blancas de la gigantesca ave, cercenando la yugular.

Saltó, cayó de pie y corrió hacia Harman mientras el Ave Terrorífica se desplomaba en el suelo y se quedaba inmóvil a tres metros escasos de ellos. La sangre borboteaba a metro y medio en el aire; la roja fuente disminuyó y dejó de manar cuando el enorme corazón paró de latir.

Jadeando, cubierto de sangre de herbívoro y Aves Terroríficas y hierba y barro, sujetando con fuerza la espada ensangrentada y el escudo, Odiseo sonrió con los dientes apretados y dijo:

—Sólo quería una para cenar, pero nos quedaremos con la segunda para las

sobras.

Ada se acercó a Harman y le tocó el brazo. Él no se volvió a mirarla. Tenía los ojos desorbitados.

Odiseo se acercó al ave más cercana, le seccionó la enorme cabeza y pasó el cuchillo por su pecho, pelando piel y plumas con la facilidad con la que alguien ayuda a quitarse un grueso abrigo.

—Necesitaré más bolsas de plástico —les dijo a Harman y Ada—. Hay algunas en el compartimento de popa del sonie. Decid a la máquina: «Abre la taquilla.» Se abrirá. Deprisa.

Harman había iniciado ya el camino hacia el sonie, pero se volvió.

—¿Deprisa? ¿Por qué?

Odiseo se limpió la sangre de la barba con el dorso de la mano y les dedicó una blanca sonrisa.

—Estas aves huelen la sangre a diez leguas de distancia... y hay centenares de parejas de Aves Terroríficas que salen de caza por las llanuras al anochecer.

Harman se volvió y echó a correr hacia el sonie para traer las bolsas.

Ada advirtió que Savi y Daeman estaban borrachos antes de empezar la cena.

Sirvieron la comida en una sala de cristal adjunta al soporte más alto del costado de la torre sur. Savi estaba calentando comida precocinada en una burbuja de microondas corriente, pero a Ada le fascinó: nunca había visto una comida preparada exclusivamente por un ser humano. La ausencia de servidores en las áreas de residencia de la Puerta Dorada resultaba aún más notoria durante las comidas.

Odiseo estaba fuera, en la ancha viga de apoyo del puente. Había levantado una burda estructura de metal y piedra donde quemaba la madera traída de las llanuras. Se había puesto a llover y Odiseo tenía que conseguir que la hoguera no se apagara. Las llamas iluminaban la pintura oxidada y ajada de la torre.

Mientras observaba a través de la pared transparente verde y bebía una copa de ginebra, Harman preguntó:

—¿Es una especie de altar a sus dioses paganos?

—Más bien no —dijo Savi—. Así es como cocina su comida.

La anciana llevó platos y cuencos a la mesa redonda donde esperaban los demás.

—Dile que entre, ¿quieres? —le dijo a Harman—. Nuestra comida se enfría mientras la suya se quema, y una tormenta viene de camino. No es buena idea estar en la superestructura del puente durante una tormenta.

Cuando por fin se sentaron, Odiseo colocó los platos de madera llenos de humeante carne en una encimera cercana para que nadie tuviera que ver la ennegrecida comida, y Savi fue pasando una jarra de vino. Se sirvió la última. Ada oyó a la anciana susurrar:

—*Baruch atah adonai, eloheno melech ha olam, borai pri hagafen.*

—¿Qué es eso? —preguntó Ada en voz baja. Todos los demás se reían por algo que había dicho Daeman y nadie pareció reparar en los murmullos de Savi. La única vez que Ada había oído otro idioma era en el drama turín; allí los hombres que batallaban hablaban en un extraño galimatías, pero de algún modo el turín traducía cada palabra, de modo que todos los que estaban bajo el paño comprendían el significado sin tener que escuchar en realidad.

Savi negó con la cabeza, aunque Ada no supo si era para decir que no conocía el significado de las extrañas palabras o que no estaba dispuesta a revelárselo.

—Exploré todos los niveles del puente y las burbujas situadas alrededor del puente —estaba diciendo Hannah, entusiasmada—. El metal del puente es viejo y oxidado pero... sorprendente. Y hay extrañas formas de metal en algunas de las salas de abajo. Están sueltas, no forman parte de ninguna estructura. Algunas tienen forma de hombres y mujeres.

Savi ladró una risa. Volvía a llenar su vaso de vino. Ninguna palabra extraña acompañó ahora esta acción.

—Son estatuas —dijo Odiseo—. Esculturas. ¿Nunca has visto esas cosas?

Hannah negó lentamente con la cabeza. Aunque la muchacha se había pasado años aprendiendo a calentar y verter metal, según sabía Ada, la idea de hacer cosas con la forma de seres humanos y otras criaturas vivientes era sorprendente. A Ada también le parecía extraña.

—No tienen arte —le dijo bruscamente Savi a Odiseo—. Ni escultura, ni pintura, ni artesanía, ni fotografía, ni holografía, ni siquiera manipulación genética. Ni música, ni danza, ni ballet, ni deportes, ni canto. Ni teatro, ni arquitectura, ni *kabuki*, ni no-obras, ni nada. Son tan creativos como... pájaros recién nacidos. No, retiro eso: incluso los pájaros saben cantar y construir un nido. Estos *eloi* modernos son cucos silenciosos que habitan los nidos de otros pájaros sin dar siquiera una canción como pago. —Savi empezaba a pronunciar sus palabras muy despacio.

Odiseo miró a Hannah, Ada, Daeman y Harman, pero su expresión era ilegible. Mientras tanto, los cuatro invitados miraban a Savi, preguntándose por qué su tono era tan furioso.

—Pero claro —continuó la anciana, mirando a los ojos solamente a Odiseo—, tampoco tienen literatura. Ni tú tampoco.

Odiseo sonrió a la mujer. Ada reconoció la sonrisa de cuando el hombre

estaba cortando carne del flanco del herbívoro caído. Odiseo se había bañado antes de la cena, incluso se había lavado el pelo gris rizado, pero Ada todavía imaginaba sus brazos y sus manos y su barba tal como estuvieron antes: manchados de sangre y vísceras. No era asunto suyo, pero le pareció que era poco inteligente por parte de Savi reprenderlo así.

—El preletrado se encuentra con los posletrados —continuó Savi, abriendo los brazos como para presentar a Odiseo a los otros cuatro. Luego alzó un dedo—. Oh, me olvidaba de nuestro amigo Harman, aquí presente. Es el Balzac y el Shakespeare de la actual basura de la humanidad antigua. Lee como un niño de seis años de la Edad Perdida, ¿verdad, Harman *Uhr?* Mueves los labios cuando lees las palabras, ¿eh?

—Sí —dijo Harman, sonriendo levemente—. Mis labios se mueven cuando leo. No sabía que hubiera otra forma de hacerlo. Y tardé más de cuatro Veintes en llegar a ese grado de eficiencia.

A Ada le pareció que el hombre de noventa y nueve años estaba siendo insultado, pero no le importaba; sólo le interesaba lo que Savi diría a continuación.

Ada se aclaró la garganta.

—¿Qué animal... mataste... hoy? —le preguntó a Odiseo, la voz aguda y quebradiza—. No me refiero a las Aves Terroríficas, sino al otro.

—Lo llamo el bicho de la nariz ondulante —dijo Odiseo—. ¿Quieres probar un poco?

Se volvió hacia la encimera y alzó el plato del fuego y lo plantó ante Ada.

Queriendo ser amable, Ada tomó el trocito más pequeño del plato, maneándolo torpemente con sus utensilios.

El plato fue pasando. Hannah y Daeman fruncieron el ceño ante la carne, la olisquearon, sonrieron amablemente, pero no tomaron nada. Cuando el plato llegó a Savi, ésta se lo pasó a Odiseo sin decir palabra.

Ada mordisqueó el bocado más pequeño que pudo cortar. Estaba delicioso: como filete, sólo que más fuerte y más rico. El humo de la madera le daba un sabor diferente a las cosas de microondas que había probado hasta entonces. Cortó un trozo más grande.

Odiseo estaba comiendo con un cuchillo corto y afilado que había traído a la mesa consigo, cortando las tiras finas y masticándolas mientras las sujetaba con la punta del cuchillo. Ada intentó no mirar.

—*Macrauchenia* —dijo Savi entre bocado y bocado de su ensalada de arroz al microondas.

Ada alzó la cabeza, preguntándose si sería parte del extraño ritual lingüístico de la mujer.

—¿Cómo dices? —preguntó Daeman.

—*Macrauchenia*. Ése es el nombre del animal que nuestro amigo griego mató, y que nuestros otros dos amigos están comiendo como si no hubiera

segundo plato. Cubrieron estas llanuras suramericanas hace un millón de años, pero se extinguieron antes de que la humanidad apareciera en Suramérica. Fueron recuperados por los ARNistas durante los locos años posteriores al rubicón, antes de que los posthumanos pusieran fin a la reintroducción de especies extintas a la buena de Dios. Una vez que recuperaron el *Macrauchenia*, sin embargo, algunos ARNistas pensaron que sería inteligente recuperar el *Phorusrhacos*.

—¿Foru qué?—dijo Daeman.

—*Phorusrhacos*. Las Aves Terroríficas. Los genios ARNistas se olvidaron de que esas aves fueron el principal depredador en Suramérica durante millones de años, hasta que llegaron los *Smilodontes* desde Norteamérica, cuando el nivel de las aguas bajó y emergió el puente de tierra entre los continentes. ¿Sabíais que el istmo de Panamá está de nuevo bajo el agua? ¿Que los continentes han vuelto a separarse?

Miró alrededor, obviamente embriagada, beligerante y segura de que ninguno de ellos tenía ni idea de lo que estaba diciendo.

Harman tomó un sorbo de vino.

—¿Queremos saber qué es un *Smilodonte*?

Savi se encogió de hombros.

—Solo un gato jodidamente grande con unos dientes de sable jodidamente grandes. Se comía las Aves Terroríficas para almorzar y se hurgaba los dientes de sable con las garras que sobraban. Los idiotas ARNistas recuperaron a los dientes de sable, pero no aquí. En la India. ¿Alguien sabe dónde está... estaba? ¿Debería? Los posthumanos lo soltaron en Asia y lo llevaron al maldito archipiélago.

Los cinco la miraron.

—Gracias por recordármelo —dijo Odiseo con acento cargado, y se levantó y se acercó a la encimera—. El siguiente plato, Ave Terrorífica.

Llevó a la mesa el plato más grande.

—Llevo bastante tiempo esperando para probar esta exquisitez, pero nunca tuve tiempo de cazar una hasta hoy. ¿Quién quiere?

Todos menos Daeman y Savi se ofrecieron voluntarios para probar una rodaja. Todos se sirvieron más vino. En el exterior, la tormenta había llegado con furia y los destellos de los relámpagos se dibujaban en la estructura del puente, iluminando el barranco y las ruinas de abajo además de las nubes y los entrecortados picos a cada lado.

Ada, Harman y Hannah intentaron probar cada uno un poco de carne y luego bebieron copiosamente agua y vino. Odiseo comía tajada tras tajada de la punta de su cuchillo.

—Me recuerda al... pollo —dijo Ada en medio del silencio.

—Sí —dijo Hannah—, decididamente parece pollo.

—Pollo con un sabor extraño, fuerte y amargo —dijo Harman.

—Buitre —dijo Odiseo—. Me recuerda al buitre —dio otro gran bocado, lo engulló y sonrió—. Si volviera a cocinar Ave Terrorífica, usaría un montón de salsa.

Cinco de ellos comieron arroz al microondas en silencio mientras Odiseo disfrutaba de más trozos de Ave Terrorífica y *Macrauchenia*, engulléndolos con grandes tragos de vino. La pausa en la conversación habría sido incómoda de no ser por la tormenta. Se había levantado viento, los relámpagos eran casi continuos, iluminaban la burbuja con estallidos de luz blanca, y los truenos habrían ahogado cualquier conversación. La burbuja verde donde cenaban parecía bambolearse lentamente cuando el viento aullaba y los cuatro invitados se miraban entre sí con ansiedad apenas oculta.

—No pasa nada —dijo Savi, sin parecer ya furiosa ni embriagada, como si sus palabras hubieran venteado parte de la presión de su amargura—. El pariglás no conduce la electricidad y estamos firmemente sujetos... mientras el puente aguante, no nos caeremos. —Savi apuró su vino y sonrió con tristeza—. Naturalmente, el puente es más viejo que los dientes de Dios, así que no puedo garantizar que vaya a permanecer en pie.

Cuando lo peor de la tormenta pasó y Savi ofrecía café y té calentado en contenedores de cristal de extraño aspecto, Hannah dijo:

—Prometiste contarnos cómo llegaste aquí, Odiseo *Uhr*.

—¿Quieres que cante todas mis idas y venidas, desviándome de mi rumbo y una otra vez, desde los días en que mis camaradas y yo saqueamos las sagradas alturas de Pérgamo? —repuso éste en voz baja.

—Sí —dijo Hannah.

—Lo haré —contestó Odiseo—. Pero primero, creo que Savi *Uhr* tiene algo que discutir con todos vosotros.

Miraron a la anciana y esperaron.

—Necesito vuestra ayuda —dijo Savi—. Durante siglos he evitado exponerme a vuestro mundo, a los voynix y otros vigilantes que me quieren mal, pero Odiseo está aquí por un motivo, y sus fines sirven a los míos. Os pido que lo llevéis de vuelta, a uno de vuestros hogares, donde otros puedan visitarlo y que le permitáis reunirse y hablar con vuestros amigos.

Ada, Harman, Daeman y Hannah intercambiaron miradas.

—¿Por qué no faxea a donde quiera? —preguntó Daeman.

Savi negó con la cabeza.

—Odiseo no puede faxear, y yo tampoco.

—Eso es una tontería —dijo Daeman—. Todo el mundo puede faxear.

Savi suspiró y sirvió el vino que quedaba en su copa.

—Muchacho —dijo—, ¿sabes lo que es faxear?

Daeman se echó a reír.

—Por supuesto. Es cómo vas de donde estás a donde quieres estar.

—Pero, ¿cómo *funciona*? —preguntó Savi.

Daeman sacudió la cabeza ante la testarudez de la anciana.

—¿Qué quieres decir con « cómo funciona »? Funciona y ya está. Como los servidores o el agua corriente. Usas un portal fax para ir de un sitio a otro, de un fax-nódulo al siguiente.

Harman alzo la mano.

—Creo que Savi *Uhr* quiere decir cómo funciona la máquina que nos permite faxear, Daeman *Uhr*.

—Yo me he preguntado eso mismo unas cuantas veces —dijo Hannah—. Sé construir un horno para derretir metal. Pero, ¿cómo se construye un portal fax que nos envíe de aquí para allá sin tener que... recorrer el camino intermedio?

Savi se echó a reír.

—No lo hace, amables chiquillos. Vuestros portales fax no os envían a ninguna parte. Os destruyen. Os descomponen átomo a átomo. Ni siquiera envían los átomos a cualquier parte, sólo los almacenan hasta que los necesita la siguiente persona que faxea. No vais a ninguna parte cuanto faxeáis. Morís y permitís que otro yo vuestro sea construido en otra parte.

Odiseo se bebió el vino y contempló la tormenta que se alejaba: al parecer no estaba interesado en las explicaciones de Savi. Los otros cuatro se la quedaron mirando.

—Vaya —dijo Ada—, eso es... es...

—Una locura —dijo Daeman.

Savi sonrió.

—Sí.

Harman se aclaró la garganta y soltó su taza de café.

—Si somos destruidos cada vez que faxeamos, Savi *Uhr*, ¿cómo es que lo recordamos todo cuando... llegamos... a otro lugar? —Levantó la mano derecha—. Y esta pequeña cicatriz. Me la hice hace siete años, cuando tenía noventa y dos. Normalmente, estos pequeños problemas se resuelven cuando vamos a la fermería cada Veinte, pero... —se detuvo como si él mismo viera la respuesta.

—Sí —dijo Savi—. Las mentes-máquina de los fax-portales recuerdan vuestras pequeñas imperfecciones, igual que hacen con vuestros recuerdos y la estructura celular de vuestras personalidades y envían la información (no vosotros, sino la *información*) de fax-nódulo en fax-nódulo. Os actualizan y rejuvenecen vuestras células cada veinte años (lo que llamáis visitas a la fermería). Pero, ¿por qué crees que desapareces al cumplir los cien años, Harman *Uhr*? ¿Por qué dejan de renovarse cuando llegáis a esa edad? ¿Y adónde irías en tu próximo cumpleaños?

Harman no dijo nada, pero Daeman intervino.

—A los anillos, mujer loca. Al Quinto Veinte, todos vamos a los anillos.

—Para convertirlos en posthumanos —dijo Savi, sin poder evitar una mueca

—. Para subir al cielo y sentaros a la derecha de... alguien.

—Sí —dijo Hannah, pero sonó como una pregunta.

—No —respondió Savi—. No sé qué les ocurre a las pautas de memoria que la logosfera conserva de vosotros hasta que cumplís los cien años, pero sé que no envían los datos a los anillos. Puede que los almacenen, pero sospecho que los destruyen. Que los desintegran.

Por segunda vez aquel largo día, Ada creyó que iba a desmayarse. Con todo, fue la primera en recuperar el habla.

—¿Por qué no podéis tu y Odiseo *Uhr* usar los fax-nódulos, Savi *Uhr*? ¿O es que decidís no hacerlo?

Elegir no ser destruido, que no arranquen los átomos de tu cuerpo como la carne de los cadáveres del herbívoro y el Ave Terrorífica que hemos comido esta noche. Ada metió los dedos en su vaso de agua y se tocó la mejilla con las yemas.

—Odiseo no puede faxear porque la logosfera no tiene ningún registro suyo —dijo Savi en voz baja—. Su primer intento de faxear sería el último.

—¿Logosfera? —repetió Hannah.

Savi volvió a negar con la cabeza.

—Es un tema complicado. Demasiado complicado para una vieja que ha bebido demasiado.

—¿Pero lo explicarás pronto? —insistió Harman.

—Os lo enseñaré todo mañana —dijo Savi—. Antes de que volvamos a separarnos.

Ada miró a Harman a los ojos. Él apenas podía contener su entusiasmo.

—Pero esta logosfera... sea lo que sea —dijo Hannah—, ¿tiene un registro tuyo? ¿Para los fax-nódulos? ¿Y *podrías* faxear?

Savi esbozó su triste sonrisa.

—Oh, sí. Me recuerda a hace más de mil años, cuando faxeaba cada día de mi vida. La logosfera me está esperando como un Ave Terrorífica invisible... me reconocería al instante si intentara probar uno de vuestros fax-portales corrientes. Pero ese sería también mi último intento.

—No comprendo.

—Dejemos toda esta charla tecnológica —dijo Savi—. Aceptad que ni Odiseo ni yo podemos utilizar vuestros preciosos fax-portales. Y que si yo visitara vuestra maravillosa sociedad volando hasta allí, me costaría la vida.

—¿Por qué? —preguntó Harman—. No hay violencia en nuestro mundo. Sólo en el drama turín. Y ninguno de nosotros cree que sea real —miró fijamente a Odiseo, pero el hombre del pelo gris no respondió de ninguna manera.

Savi tomó un sorbo de vino.

—Creedme cuando digo que si me muestro abiertamente estaría muerta. También creed que es imperativo que se permita a Odiseo conocer a gente, hablar con ella, hacerse oír. Si os devuelvo a casa volando, ¿alguno de vosotros lo podría alojar en su casa unas cuantas semanas? ¿Un mes?

—Tres semanas —interrumpió Odiseo, brusco, como si le molestara oír hablar de él como si no estuviera presente—. No más.

—Muy bien —dijo Savi—. Tres semanas. ¿Ofrecerá alguno de vosotros tres semanas de hospitalidad a este forastero en tierra extraña?

—¿No correrá Odiseo peligro, igual que tú? —preguntó Daeman.

—Odiseo *Uhr* sabe cuidar de sí mismo —dijo Savi.

Los cuatro permanecieron en silencio un minuto, tratando de comprender la petición y sus circunstancias.

—Me gustaría acoger a Odiseo —dijo por fin Harman—, pero también quiero visitar ese lugar donde dijiste que podría haber naves espaciales, Savi *Uhr*. Mi objetivo es llegar a los anillos. Como señalaste, me acerco a mi Veinte final: no tengo tiempo que perder. Preferiría pasar el tiempo buscando ese mar seco donde dices que los posthumanos mantenían sus naves para volar a los anillos e y p. Tal vez si me enseñaras a pilotar tu sonie...

Savi alzó las cejas como si le doliera la cabeza.

—¿La Cuenca Mediterránea? No se puede volar hasta allí, Harman *Uhr*.

—¿Quieres decir que está prohibido?

—No. Quiero decir que no se puede volar allí. Los sonies y otras máquinas voladoras no funcionan sobre la Cuenca. —Savi hizo una pausa y contempló a los presentes—. Pero es posible caminar o conducir hasta la Cuenca. Nunca he estado allí, no en todos estos siglos, pero puedo llevarte. Si uno de tus amigos accede a acoger a Odiseo durante tres semanas.

—Yo quiero ir contigo y con Harman —dijo Ada.

—Y yo también —dijo Daeman—. Quiero ver esa Cuenca como-se-llame.

Harman miró al joven, sorprendido.

—Al demonio —dijo Daeman—. No soy ningún cobarde. Apuesto a que soy el único de los presentes que ha sido devorado por un alosaurio.

—Brindaré por eso —dijo Odiseo, y apuró su vino.

Savi miró a Hannah.

—Eso te deja a ti, querida.

—Me gustaría alojar a Odiseo —dijo la joven—. Pero yo no faxeo mucho ni voy a fiestas. Vivo con mi madre y ella no acoge a grupos con frecuencia tampoco.

—No, me temo que eso no sirve —dijo Savi—, Odiseo sólo dispone de tres semanas y tenemos que empezar con un lugar bien conocido y donde pueda alojarse mucha gente durante semanas seguidas. Lo cierto es que Ardis Hall

sería perfecto —miró a Ada.

—¿Qué sabes de Ardis Hall, Savi *Uhr*? —preguntó Ada—. Y ya puestos, ¿cómo sabes lo de las lecturas de Harman o todo lo que pasa en el mundo, si no puedes caminar entre nosotros ni emplear los fax-nódulos?

—Observo —dijo la anciana—. Observo y espero y a veces vuelo a sitios donde puedo mezclarme con vosotros.

—El Hombre Ardiente —dijo Hannah.

—Sí, entre otras cosas —respondió Savi. Miró a los presentes— Parecéis agotados. ¿Os acompaño a vuestras habitaciones para que podáis dormir? Continuaremos la conversación por la mañana. Dejad los platos, y o los recogeré y los fregaré más tarde.

La idea de recoger o fregar los platos nunca se les había ocurrido a los invitados. Una vez más, Ada miró alrededor y sintió la ausencia de servidores y voynix.

Ada quiso protestar contra aquella imposición de irse a la cama (todavía no habían escuchado el relato de Odiseo), pero miró a sus amigos: Hannah estaba consumida por la fatiga; Daeman, borracho, apenas era capaz de mantener erguida la cabeza; el rostro de Harman denotaba su edad, y sintió que el cansancio también actuaba en ella. Era hora de dormir.

Odiseo se quedó sentado a la mesa mientras Savi y los demás abandonaban el salón y la anciana los conducía a través de pasillos iluminados sólo por los lejanos relámpagos. Subieron una escalera mecánica cubierta de cristal que rodeaba la torre de la Puerta Dorada y bajaron por un largo corredor hasta una serie de habitaciones-burbuja situadas en el punto más alto de la torre norte. Los dormitorios no estaban físicamente unidos a la cima de la torre, sólo al corredor de cristal que tenía el puente de acero como pared sur, y los cubículos mismos se asomaban precariamente al espacio, como racimos de uvas.

Savi les ofreció a todos burbujas separadas, e indicó a Hannah la primera habitación del corredor. La joven vaciló en la entrada del diminuto lugar. Dentro del cubículo incluso el suelo era transparente, así que Hannah dio un paso y luego saltó de regreso a la relativa solidez del pasillo de acceso, cubierto por una alfombra.

—Es perfectamente seguro —dijo Savi.

—Muy bien —dijo Hannah, y lo intentó otra vez. La cama estaba situada contra la pared del fondo y había un lavabo y un inodoro separados, cerca de la pared del pasillo, que guardaban la intimidad desde el punto de vista de las otras burbujas de sueño, pero por todas partes las paredes curvas y el suelo eran tan claros que se veían las piedras iluminadas por los relámpagos y la falda de la colina situada directamente debajo, a doscientos cincuenta metros.

Hannah caminó insegura por el suelo transparente y se sentó agradecida en la forma sólida de la cama. Los otros tres rieron y aplaudieron.

—Si tengo que ir al baño por la noche, puede que no tenga valor para volver a cruzar ese suelo —dijo Hannah.

—Te acostumbrarás. Hannah *Uhr* —dijo Savi— Puedes abrir y cerrar la puerta con una orden de voz. Sólo te responderá a ti.

—Puerta, ciérrate —dijo Hannah.

La puerta se cerró como un iris. Savi los fue dejando uno a uno en sus cubículos: primero Daeman, que se desplomó en la cama sin ningún temor aparente al espacio vacío bajo sus pies, luego a Harman, que se despidió de las dos antes de ordenar a su puerta que se cerrara, y después a Ada.

—Duerme bien, querida —dijo Savi—. Los amaneceres aquí son bastante hermosos y espero que disfrutes del espectáculo por la mañana. Te veré en el desayuno.

Había un camisón de seda sobre la cama. Ada fue al baño, se dio una rápida ducha caliente, se secó el pelo, dejó la ropa sobre la encimera, junto al lavabo, se puso el camisón y regresó a la cama. Una vez tapada, volvió el rostro hacia la pared y contempló los picos de las montañas y las nubes. La tormenta se dirigía ya hacia el este, los relámpagos iluminaban desde dentro las nubes que se alejaban y los picos y el barranco cercano estaban inundados de luz de luna. Ada contempló la carretera y las ruinas de piedra de abajo. ¿Qué había dicho Odiseo sobre aquel lugar? ¿Que estaba habitado sólo por jaguares, ardillas y fantasmas? Al contemplar las antiguas piedras gris pálido a la luz de la luna, Ada casi creyó en fantasmas.

Llamaron suavemente a la puerta.

Ada se levantó de la cama, caminó de puntillas sobre el frío suelo y colocó las yemas de los dedos sobre el metal irisado.

—¿Quién es?

—Harman.

El corazón le dio un vuelco a Ada. Tenía el deseo no formulado de que Harman se reuniera con ella esta noche.

—Puerta, ábrete —susurró, dando un paso atrás, advirtiendo en el reflejo de la pared la blancura lechosa de sus brazos y su fino camisón a la luz de la luna.

Harman entró y se detuvo mientras Ada le susurraba a la puerta que volviera a cerrarse. Harman llevaba sólo un pijama de seda azul. Ella esperaba que él la abrazara, la tomara en brazos y la llevara a la suave cama junto a la pared transparente y curva. ¿Cómo sería, se preguntó, hacer el amor como si estuvieras flotando sobre estas nubes, estas montañas?

—Necesito hablar contigo —dijo Harman en voz baja.

Ada asintió.

—Creo que es importante que Odiseo esté en el lugar adecuado las próximas semanas —dijo él—. Y no creo que el cubículo de la madre de Hannah lo sea.

Sintiéndose como una tonta, Ada se cruzó de brazos. Le pareció que podía

notar el frío aire nocturno de las montañas a través del cristal bajo sus pies.

—No sabes lo que quiere hacer Odiseo, ni por qué.

—No, pero si es realmente Odiseo, puede que sea muy importante. Y Savi tiene razón... Ardis Hall es el lugar perfecto para que se encuentre con gente.

Ada sintió la ira hervir en su interior. ¿Quién era aquel hombre para decirle lo que tenía que hacer?

—Si crees que es tan importante que se aloje en algún sitio —dijo—, ¿por qué no le invitas a tu casa?

—Yo no tengo casa —dijo Harman.

Ada parpadeó, intentando comprender. No pudo. Todo el mundo tenía una casa.

—Llevo muchos años viajando —dijo Harman—. Sólo poseo lo que llevo conmigo, a excepción de los libros que he reunido y que guardo en un cubículo vacío, cerca de Cráter París.

Ada abrió la boca para hablar pero no pudo decir nada. Harman se acercó, tanto que Ada captó su olor a hombre y jabón. También se había duchado antes de ir a su habitación. ¿*Haremos el amor después de esta conversación?*, pensó Ada, sintiendo que su furia se desvanecía con la misma rapidez con la que había venido.

—Necesito ir con Savi a la Cuenca Mediterránea —dijo Harman—. Llevo más de sesenta años intentando encontrar un medio de llegar a los anillos e y p, Ada. Estar tan cerca... bueno, tengo que ir.

Ada sintió que la furia volvía a arder.

—Pero yo quiero ir con vosotros. Quiero ver esa Cuenca... encontrar una nave espacial, ir a los anillos. Por eso te he ayudado estas últimas semanas.

—Lo sé —susurró Harman. Le tocó el brazo—. Y quiero que vengas conmigo. Pero este asunto de Odiseo puede que sea importante.

—Lo sé, pero...

—Y Hannah no conoce a tanta gente. Ni tiene espacio para visitas.

—Lo sé, pero...

—Y Ardis Hall sería perfecto —susurró Harman. Su suave contacto con el brazo de Ada cesó, pero mantuvo firme su mirada. Ada fue consciente de las estrellas más allá del techo claro y transparente, sobre sus cabezas.

—Se que Ardis Hall sería perfecto —dijo Ada. Se sentía triste y dividida entre imperativos y personas—. Pero ni siquiera sabemos qué quiere este Odiseo... ni quién es realmente.

—Cierto —susurró Harman—. Pero la mejor manera de averiguarlo sería que tú lo albergaras mientras yo busco una nave espacial en la Cuenca Mediterránea. Te prometo que si encuentro una que pueda llevarnos a los anillos, iré a buscarte antes de ir allí.

Ada vaciló antes de volver a hablar. Tenía el rostro ligeramente alzado hacia

el de Harman, y tuvo la sensación de que, si no hablaban, él la besaría.

De repente, un relámpago destelló y un trueno de la tormenta lejana sacudió la estructura de cristal verde.

—Muy bien —susurró Ada—. Alojare a Odiseo y haré que Hannah me ayude en Ardis Hall durante tres semanas. Pero *sólo* si me prometes llevarme a los anillos si encuentras un modo de hacerlo.

—Lo prometo —dijo Harman. La besó entonces, pero sólo en la mejilla, y sólo como podría haberlo hecho un padre, pensó Ada, si hubiera conocido alguna vez un padre.

Harman se volvió para marcharse, pero antes de que Ada pudiera ordenar a la puerta abrirse, se volvió otra vez hacia ella.

—¿Qué opinas de Odiseo?

—¿Qué quieres decir? ¿Si creo que es realmente Odiseo? —Ada se sentía confundida por la pregunta.

—No. Quiero decir, qué opinas de él. ¿Te interesa el hombre?

—¿Si estoy interesada en su historia, quieres decir? Es intrigante. Pero tendré que escuchar lo que diga antes de decidir si está diciendo la verdad.

—No, yo... —Harman se detuvo y se frotó la barbilla. Parecía cortado—. Quiero decir, ¿lo encuentras *interesante*? ¿Te sientes atraída por él?

Ada no pudo menos que reírse. En algún lugar al este, los truenos hicieron eco.

—Idiota —dijo por fin y, sin esperar más, se acercó a Harman, lo abrazó y lo besó en los labios.

Harman respondió pasivamente unos segundos y luego le devolvió el beso y el abrazo. A través de la fina seda que los separaba, Ada sintió crecer su excitación. La luz de la luna fluía sobre la piel de sus rostros y brazos como leche blanca derramada. De repente una poderosa ráfaga de viento golpeó el puente y la burbuja del cubículo dormitorio se bamboleó.

Harman tomó a Ada en brazos y la llevó a la cama.

El mar de Tetis en Marte

—Creo que fue Falstaff quien me hizo desenamorarme del bardo.

—¿Cómo dices? —preguntó Mahnmüt a través de la conexión. Estaba ocupado conduciendo el moribundo sumergible hacia la costa aún invisible a unos débiles ocho nudos, intentando mantener la nave en funcionamiento, escrutando los cielos con la boya periscopio en busca de carros enemigos y reflexionando de manera general sobre la improbabilidad de su supervivencia. Orphu llevaba en silencio en la bodega de *La Dama Oscura* desde hacía más de dos horas. Ahora esto—. ¿Qué decías sobre Falstaff?

—Estaba diciendo que fue Falstaff quien me hizo apartarme de Shakespeare y acercarme a Proust.

—Yo pensaba que te encantaría Falstaff —dijo Mahnmüt—. Es tan gracioso.

—Me encantaba Falstaff —respondió Orphu—. Bueno, me identificaba con Falstaff. Quería ser Falstaff. En una época pensé que me parecía a Falstaff.

Mahnmüt trató de imaginarlo. No pudo. Centró su atención en las funciones de la nave y el periscopio.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —preguntó.

—¿Te acuerdas de la escena de *Enrique IV, Primera Parte*, en que Falstaff encuentra el cadáver de Henry Percy, Hotspur, en el campo de batalla?

—Sí —dijo Mahnmüt. El periscopio y el radar indicaban que el cielo estaba libre de carros. Se había visto obligado a desconectar el reactor estropeado durante la noche y el nivel de las baterías de reserva había caído hasta el cuatro por ciento, lo que les permitía una velocidad de solamente seis nudos, y la energía seguía bajando. Mahnmüt sabía que tendría que llevar a *La Dama Oscura* a la superficie de nuevo, y muy pronto: cada vez que subían tomaba aire marciano para su propia supervivencia, lo almacenaba en su nicho, lo respiraba hasta que se volvía rancio, y dirigía hacia Orphu todo el aire producido en la nave. El submarino no había sido diseñado para abrirse a la «atmósfera» europea, y había tenido que anular una docena de protocolos de seguridad para dejar entrar el aire marciano.

—Falstaff apuñala el cadáver de Hotspur en el muslo sólo para asegurarse que está muerto —dijo Orphu—. Luego se lo carga a la espalda para arrogarse el mérito de haberlo matado.

—Cierto —dijo Mahnmut. Los MPS indicaban que estaban a treinta kilómetros de la costa, pero no había ni rastro de ella en el periscopio, y no quería dirigir el radar hacia tierra. Se dispuso a vaciar los tanques de lastre y subir de nuevo a la superficie, pero se preparó para una inmersión de emergencia si algo aparecía en el radar—. *Lo mejor del valor es la discreción, y la discreción me ha salvado la vida* —citó—. Todos los estudiosos de Shakespeare a los que he leído, Bloom, Goddard, Bradley, Morgann, Hazlitt, e incluso Emerson, opinan que puede que Falstaff sea uno de los más grandes personajes creados jamás por Shakespeare.

—Sí —dijo Orphu y calló un minuto mientras el sumergible se estremecía y rugía por la descarga de los tanques de lastre. Cuando la nave volvió a quedar en silencio y sólo se oía el océano al otro lado del casco, dijo—: Pero yo encuentro a Falstaff despreciable.

—¿Despreciable?

El submarino salió a la superficie. Era poco después del amanecer, y el sol (muchísimo más grande que el puntito de estrella que Mahnmut estaba acostumbrado a ver en Europa) apenas sobresalía por el horizonte. Abrió las esclusas y respiró el aire fresco y salino.

—*¿En qué es experto? En tretas y astucias. ¿En qué es astuto? En villanías. ¿En qué es villano? En todo* —dijo Orphu.

—Pero el príncipe Enrique bromeaba cuando dijo eso. —Mahnmut decidió navegar por la superficie. Era mucho más peligroso (el radar había detectado un carro volador cada una o dos horas mientras estaban sumergidos) pero podrían recorrer ocho nudos en la superficie y estirar sus menguadas reservas de energía.

—¿Bromeaba? —dijo Orphu—. Rechaza al viejo pícaro en *Enrique IV, Segunda Parte*.

—Y Falstaff se muere por ello —dijo Mahnmut, respirando el aire límpido y pensando en Orphu, allá abajo en la bodega negra e inundada, conectado a la vida sólo a través de la línea de O₂ y el intercomunicador. La primera vez que subieron a la superficie, Mahnmut se había dado cuenta de que sería imposible sacar al gran ioniano de allí hasta que llegaran a tierra—. *El rey le ha roto el corazón* —dijo, citando a la hostelera Quickly.

—He decidido que merecía ser desterrado —dijo Orphu—. Cuando le ordenaron reclutar soldados para la guerra con Percy, Falstaff aceptó sobornos para dejar a los buenos y reclutar sólo a perdedores. Hombres a quienes llamó «carne de cañón».

Mientras sentía que *La Dama Oscura* avanzaba más rápido sobre las suaves olas, Mahnmut siguió controlando el sonar, el radar y el periscopio.

—Todo el mundo dice que Falstaff es mucho más interesante que Enrique —dijo—. Gracioso, realista, antimilitarista, ingenioso... Hazlitt escribió: «*La bendición de la libertad obtenida con humor es la esencia de Falstaff.*»

—Sí —dijo Orphu—. Pero, ¿qué clase de libertad es ésa? ¿La libertad de burlarse de todo? ¿La libertad de ser un ladrón y un cobarde?

—Sir John *era* un caballero —dijo Mahnmut. De repente su atención se centro en lo que Orphu estaba diciendo: Orphu, el cínico y burlón comentarista sobre la locura de la existencia moravec—. Empiezas a parecerte a Koros III —dijo.

Eso hizo que Orphu se estremeciera.

—Nunca seré un guerrero.

—¿Era guerrero Koros? ¿Crees que mató moravecs durante su misión al Cinturón? —Mahnmut sintió curiosidad.

—Nunca sabremos lo que sucedió en el Cinturón —dijo Orphu—, y dudo que Koros tuviera más ganas de luchar que el resto de nosotros, en cumplimiento del deber, cosas de las que Falstaff se mofaba incluso en su amado príncipe Enrique.

—Y tú piensas que aquí nos trae el deber —dijo Mahnmut. Había neblina al sur.

—Algo así.

—¿Y crees que podrías necesitar ser más Hotspur que Falstaff?

Orphu de lo volvió a estremecerse.

—Puede que sea demasiado tarde para eso. *Perdí el tiempo, y ahora el tiempo me pierde a mí.*

—Eso no es de Falstaff.

—De Ricardo III —dijo una voz desde la bodega.

—¿Crees que eres demasiado viejo para lo que nos aguarda? —dijo Mahnmut, preguntándose qué podía aguardarles.

—Bueno, me siento un poco viejo, sin ojos, sin piernas, sin manos, sin dientes y sin caparazón —respondió el ioniano.

—Nunca has tenido dientes —dijo Mahnmut. La misión de Koros era explorar cerca del gran volcán, el Olympus, y llevar el Aparato de la bodega de carga lo más cerca posible de su cima. Pero *La Dama Oscura* estaba cerca de la muerte y Orphu podría estar también muriendo. Aunque Orphu sobreviviera, tal vez no pudiera ver o moverse o cuidar de sí mismo si conseguían llegar a tierra. ¿Cómo iba Mahnmut a llevar el Aparato tres mil kilómetros tierra adentro mientras impedía que su amigo y él fueran detectados y destruidos por la gente de los carros?

Preocúpate de eso cuando lleves La Dama a tierra y Orphu pueda salir de la

bodega, pensó. *Una cosa después de otra.* El cielo azul estaba libre de amenazas, pero se sentía terriblemente expuesto mientras el sumergible avanzaba hacia el sur sobre las olas.

—¿Tiene algún consejo tu amigo Proust? —le preguntó a Orphu.

Orphu se aclaró la garganta con un estremecimiento:

La ancianidad tiene todavía su honra y su trabajo;
la muerte lo acaba todo: pero algo antes del fin,
alguna labor excelente y notable, todavía puede realizarse...
No es demasiado tarde para buscar un mundo más nuevo...
Aunque mucho se ha perdido, mucho queda; y a pesar
de que no tenemos ahora el vigor que antaño
movía cielo y tierra, lo que somos, somos:
un espíritu ecuaníme de corazones heroicos,
debilitados por el tiempo y el destino, pero con la firme voluntad
de combatir, buscar y no ceder.

—No querrás hacerme creer que eso es de Proust —dijo Mahnmut. La neblina, al sur, se despejaba.

—No. Es del *Ulises*, de Tennyson.

—¿Quién es Ulises?

—Odiseo.

—¿Quién es Odiseo?

Hubo un silencio de desconcierto. Finalmente, Orphu dijo:

—Ah, amigo mío, esta laguna en tu por lo demás excelente educación exige ser reparada. Puede que necesitemos saber todo lo posible sobre...

—Espera —dijo Mahnmut. Y un minuto más tarde—: ¡Espera!

—¿Qué ocurre?

—Tierra. Veo tierra.

—¿Algo más? ¿Algún detalle?

—Estoy cambiando la resolución —dijo Mahnmut.

Orphu esperó, pero finalmente dijo:

—¿Y...?

—Las caras de piedra —dijo Mahnmut—. Veo las caras de piedra... en la cima de los acantilados, principalmente. Extendiéndose hacia el este hasta donde puedo ver.

—¿Sólo hacia el este? ¿No al oeste?

—No. La hilera de caras termina casi donde tendríamos que tomar tierra. Percibo movimiento allí. Hay cientos de personas, o de cosas, moviéndose a lo

largo de los acantilados y por la playa.

—Será mejor que nos sumerjamos —dijo Orphu—. Esperemos a que anochezca antes de desembarcar. Encuentra una cueva submarina o algo donde puedas ocultar *La Dama* y...

—Demasiado tarde —dijo Mahnmut—. A la nave no le quedan más de cuarenta minutos de soporte vital y propulsión. Además, la forma, la gente... han dejado de empujar caras de piedra hacia el oeste. Acuden a la playa a centenares. Nos han visto.

Ilión

Podría contarles cómo es hacer el amor con Helena de Troya. Pero no lo haré. Y no porque hacerlo no sería nada caballeroso por mi parte. Los detalles no forman parte de mi historia. Pero puedo decir sinceramente que si la vengativa musa o la enloquecida Afrodita me hubieran encontrado un momento después de que Helena y yo hubiéramos terminado nuestro primer encuentro amoroso, digamos, un minuto después de que nos separáramos en las sábanas humedecidas de sudor para recuperar el aliento y sentir la fresca brisa que se adelantaba a la tormenta, y si la musa y la diosa hubieran irrumpido y me hubieran matado entonces... puedo decirles sin miedo a equivocarme que la breve segunda vida de Thomas Hockenberry habría sido feliz. Y al menos habría terminado en un punto álgido.

Un minuto después de ese instante de perfección, la mujer apretaba una daga contra mi vientre.

—¿Quién eres? —exigió saber Helena.

—Soy tu... —empecé a decir, y me detuve. Algo en los ojos de Helena me hizo abortar mi mentira de que era Paris antes de poder vocalizarla.

—Si dices que eres mi nuevo marido, tendré que hundirte esta hoja en las entrañas —dijo tranquilamente—. Si eres un dios eso no debería importar. Pero si no lo eres...

—No lo soy —consegui decir. La punta del cuchillo estaba ya casi sacando sangre de la piel sobre mi vientre. *¿De dónde ha salido este cuchillo? ¿Estaba entre los cojines mientras hacíamos el amor?*

—Si no eres un dios, ¿cómo has tomado la forma de Paris?

Advertí que ésta era Helena de Troya (la hija mortal de Zeus), una mujer que vivía en un universo donde dioses y diosas tenían constantemente sexo con los mortales; un mundo donde los cambiaformas, divinos y no divinos, caminaban entre los simples humanos; un mundo donde el concepto de causa y efecto tenía significados completamente diferentes.

—Los dioses me concedieron la habilidad para morfe... para cambiar de

aspecto.

—¿Quién eres? —preguntó ella—. ¿Qué eres?

No parecía enfadada, ni siquiera especialmente sorprendida. Su voz era tranquila, sus hermosos rasgos no estaban distorsionados por el temor ni por la furia. Pero la hoja presionaba firmemente contra mi vientre. La mujer quería una respuesta.

—Me llamo Thomas Hockenberry —dije—. Soy uno de los escólicos.

Sabía que nada de esto tendría sentido para ella. Mi nombre me sonaba raro incluso a mí, duro entre las inflexiones más suaves del antiguo lenguaje.

—Tho-mas Hock-en-beee-rry —silabeó ella—. Parece persa.

—No —dije yo—. Es holandés, alemán e irlandés, en realidad.

Vi que Helena fruncía el ceño y comprendí que mis palabras no sólo no tenían sentido para ella, sino que parecían las de un loco.

—Ponte una túnica —dijo—. Hablaremos en la terraza.

El gran dormitorio de Helena tenía terrazas a ambos lados, una que daba al patio y la otra al sureste, sobre la ciudad. Mi arnés de levitación y el resto de mi equipo (a excepción del medallón TC y el brazalete morfeador que había llevado a la cama) estaban ocultos tras la cortina de la terraza del patio. Helena me condujo a la otra. Los dos vestíamos finas túnicas. Helena mantuvo el cuchillo corto y afilado en la mano mientras nos deteníamos en la balaustrada, a la luz reflejada de la ciudad y los ocasionales relámpagos de la tormenta.

—¿Eres un dios? —preguntó ella.

Estuve a punto de responder que sí: habría sido la forma más sencilla de convencerla para que apartara el cuchillo de mi vientre, pero sentí la súbita, inexplicable y abrumadora necesidad de decir la verdad para variar.

—No. No soy un dios.

Ella asintió.

—Lo sabía. Te habría destripado como a un pez si me hubieras mentido en eso —sonrió torvamente—. No haces el amor como un dios.

Bien, pensé yo, pero no había respuesta para eso.

—¿Cómo es que puedes tomar la forma y el aspecto de París?

—Los dioses me han dado la habilidad para hacerlo —dije yo.

—¿Por qué? —La punta de la hoja de la daga estaba sólo a unos centímetros de mi piel desnuda bajo la túnica.

Me encogí de hombros, pero entonces advertí que ese gesto no era utilizado por los antiguos.

—Me concedieron esta habilidad para sus propios fines. Los sirvo. Observo la batalla y les paso informes. Es práctico que yo pueda tomar la forma de... otros hombres.

Helena no pareció sorprendida por esto.

—¿Dónde está mi amante troyano? ¿Qué has hecho con el auténtico Paris?

—Está bien —dije—. Cuando abandone su aspecto, regresará a lo que estaba haciendo cuando me morfeé... cuando tomé su forma.

—¿Dónde estará? —preguntó Helena.

La pregunta me pareció un poco extraña.

—Dondequiera que hubiese estado si yo no hubiera tomado prestada su forma —dije por fin—. Creo que acababa de abandonar la ciudad para unirse a Héctor para la lucha de mañana.

En realidad, cuando yo abandone la forma de Paris, éste estará exactamente donde habría estado si hubiera continuado con lo suyo mientras yo usurpaba su identidad: durmiendo en una tienda, tal vez, o en medio de la batalla, o tirándose a una de las esclavas en el campamento de Héctor. Pero era demasiado difícil explicárselo a Helena. No me pareció que le apeteciera un discurso sobre las funciones de ondas de probabilidad y la simultaneidad temporal cuántica. Yo no podía explicar por qué ni Paris ni los que lo rodeaban advertirían ni recordarían su ausencia, ni como Paris recordaría acciones que *habría* llevado a cabo si yo no hubiera interrumpido el colapso de ondas de probabilidad de esa línea temporal. La continuidad cuántica se restablecería en cuanto yo cancelara la función mórfica.

Mierda, yo mismo no comprendía nada de todo aquello.

—Abandona su forma —ordenó Helena—. Muéstrame tu auténtico aspecto.

—Mi señora, yo... —empecé a protestar, pero su mano se movió velozmente, la hoja cortó seda y piel, y sentí la sangre correrme por el abdomen.

Mostrándole que mi mano derecha iba a moverse muy, muy despacio, activé las funciones brillantes y toqué el icono del brazaletе morfeador.

Fui de nuevo Thomas Hockenberry: más bajo, más delgado, encorvado, con mi mirada levemente miope y el pelo escaso.

Helena parpadeó una vez y manejó rápidamente la daga, más rápidamente de lo que nadie podría. Oí el corte y el rasgado. Pero no fueron los músculos de mi estómago los que abrió, sino el nudo de la túnica y la seda misma.

—No te muevas —susurró. Helena de Troya me abrió la túnica, usando la mano libre para hacerla resbalar por mis hombros.

Permanecí desnudo y pálido ante aquella mujer formidable. Si un diccionario necesitara alguna vez una definición perfecta de « patético », con una fotografía de este momento sería suficiente.

—Puedes volver a ponerte la túnica —dijo ella al cabo de un instante.

Me la volví a poner. El cinturón estaba roto, así que la sujeté con la mano. Ella parecía meditabunda. Permanecimos varios minutos allí, en la terraza, en silencio. Aunque era tarde, las torres de Ilión brillaban a la luz de las antorchas. Los puestos de vigilancia resplandecían en los torreones de las distantes murallas.

Al sur, más allá de las Puertas Esceas, ardían las piras de cadáveres. Al suroeste, los relámpagos destellaban entre las altas nubes de tormenta. No había ninguna estrella visible y el aire olía a la lluvia que llegaba desde el monte Ida.

—¿Cómo has sabido que no era Paris? —pregunté por fin.

Helena parpadeó para salir de su ensimismamiento y me dirigió una sonrisita.

—Una mujer puede olvidar el color de los ojos de su amante, el tono de su voz, incluso los detalles de su sonrisa o su aspecto, pero no puede olvidar cómo folla su marido.

Ahora me tocó a mí el turno de parpadear sorprendido, y no sólo por la forma vulgar de hablar de Helena. Homero había loado literalmente el aspecto de Paris, comparándolo con un «garañón al trote» cuando describió la prisa de Paris por reunirse con Héctor ante la ciudad, esa misma noche, *seguro en su veloz carrera... la cabeza hacia atrás, la cabellera ondeando sobre sus hombros, seguro y esbelto en su gloria*. Paris estaba, como habían dicho los adolescentes de mi vida anterior, cañón. Mientras estuve en la cama de Helena había poseído el cabello ondulado de Paris, su cuerpo bronceado por el sol, su vientre liso, sus músculos ungidos, su...

—Tu pene es más grande —dijo Helena.

Parpadeé de nuevo. Dos veces. Ella no empleó la palabra «pene», naturalmente (el latín no era todavía una lengua), y la palabra griega que eligió era más parecida a «polla». Pero eso no tenía sentido. Mientras hacíamos el amor, yo tenía el pene de Paris...

—No, no ha sido por eso que me he dado cuenta de que no eras mi amante —dijo Helena. Parecía estar leyéndome la mente—. Es sólo un comentario.

—Entonces cómo...

—Sí —dijo Helena—. Lo he sabido por cómo te has acostado conmigo Hock-en-beee-rry.

No supe qué responder, y no podría haber hablado claramente si hubiera tenido algo que decir.

Helena volvió a sonreír.

—Paris me poseyó por primera vez no en Esparta, donde me ganó, ni en Ilión, adónde me trajo, sino en la pequeña isla de Cránae, en el camino hacia aquí.

No había ninguna isla con el nombre de Cránae que yo conociera, y puesto que la palabra solamente significa «rocoso» en griego antiguo, supuse que Paris había interrumpido su viaje para desembarcar en una isla pequeña, rocosa y sin nombre para montárselo con Helena sin la vigilante presencia de la tripulación de su barco. Lo cual significaba que Paris era... impaciente, *igual que tú, Hockenberry*, dijo la vocecita de algo que se parecía bastante a mi consciencia. Demasiado tarde y ya para conciencias.

—Me ha poseído, y yo a él, cientos de veces desde entonces —dijo Helena

en voz baja—, pero nunca como esta noche. Nunca como esta noche.

Me sentí lleno de confusión y de orgullo. ¿Era esto bueno? ¿Era un cumplido? No, un momento... era absurdo. Homero describe a Paris como un ser casi divino por su belleza y encanto físicos, como un gran amante, irresistible para mujeres y diosas por igual, lo cual tenía que significar que Helena sólo quería decir...

—Tú —continuó, interrumpiendo mis confusos sentimientos— tú has sido... *fervoroso*.

Fervoroso. Me apreté con más fuerza la túnica y miré hacia la inminente tormenta para ocultar mi embarazo. Fervoroso.

—Sincero —dijo ella—. Muy sincero.

Si no se callaba pronto y dejaba de buscar sinónimos de patético le arrebataría la daga y me cortaría la garganta.

—¿Te enviaron los dioses? —preguntó.

Pensé otra vez en mentirle. Desde luego, ni siquiera aquella férrea mujer mataría a alguien que estuviera cumpliendo una misión para los dioses. Pero una vez más decidí no mentir. Helena de Troya parecía casi telépata. Y decir la verdad para variar me pareció bien.

—No —dije—. No me envió nadie.

—¿Viniste aquí sólo porque querías acostarte conmigo?

Bueno, al menos no había vuelto a usar la palabra con «f».

—Sí —dije—. Quiero decir, no. —Ella me miró. En algún lugar de la ciudad, un hombre se rio con fuerza, luego una mujer hizo lo mismo. Ilión no dormía nunca—. Quiero decir... me sentía solo. Llevo toda la guerra solo, sin nadie con quien hablar, nadie a quien acariciar...

—A mí me acariciaste bastante —dijo Helena.

No supe si su tono era de sarcasmo o de acusación.

—Sí.

—¿Estás casado, Hock-en-beee-rry?

—Sí. No.

Volví a negar con la cabeza. A Helena debí parecerle un completo idiota.

—Creo que estuve casado —dije—, pero si es así, mi esposa está muerta.

—¿*Crees* que estuviste casado?

—Los dioses me llevaron al monte Olimpo a través del tiempo y el espacio —dije, sabiendo que ella no lo entendería, pero sin que me preocupara—. *Creo* que morí en mi otra vida, y que de algún modo ellos me recuperaron. Pero no me devolvieron toda mi memoria. Las imágenes de mi vida real, de mi antigua vida, vienen y van... como sueños.

—Comprendo —dijo Helena. Advertí por su tono que, de algún modo, sorprendentemente, lo hacía.

—¿Hay algún dios o diosa en concreto a quien sirvas, Hock-en-beee-rry?

—Informo a una de las musas, pero ayer mismo me enteré de que Afrodita controla mi destino.

Helena alzó la cabeza, sorprendida.

—Y también ha controlado el mío —dijo en voz baja—. Ayer mismo, cuando la diosa salvó a Paris de la furia de Menelao y lo trajo aquí, a nuestra cama, Afrodita me ordenó que fuera con él. Cuando protesté, se enfureció y amenazó con convertirme en el blanco de la ira de troyanos y aqueos.

—La diosa del amor.

—La diosa de la lujuria —dijo Helena—. Y yo sé mucho de lujuria, Hock-en-beee-rry.

Una vez más, no supe qué decir.

—Mi madre fue Leda, a quien llamaban «la hija de la noche» —dijo ella con desenfado—, y Zeus acudió a ella y se la folló mientras tomaba la forma de un cisne... un cisne enorme y caliente. Había un mural en mi casa que representaba a mis dos hermanos mayores y un altar a Zeus y a mí, en forma de huevo, esperando salir del cascarón.

No pude evitarlo: solté una carcajada. Entonces los músculos de mi estómago se tensaron, esperando que la hoja de la daga los atravesara.

En cambio, Helena sonrió.

—Si sé de secuestros y de ser peón de los dioses. Hock-en-beee-rry.

—Sí. Cuando Paris fue a Esparta...

—No —interrumpió Helena—. Cuando yo tenía once años, Hock-en-beee-rry, fui secuestrada en el templo de Artemisa Ortía por Teseo, el que unificó las ciudades del Ática en la ciudad de Atenas. Teseo me dejó embarazada: le di una hija, Ifigenia, a quien no pude tratar con amor y que entregué a Clitemnestra para que la criara con su marido, Agamenón, como si fuera suya. Mis hermanos me rescataron de este matrimonio y me llevaron a Esparta. Entonces, Teseo se marchó con Hércules a hacer la guerra a las amazonas, se entretuvo invadiendo el infierno, casándose con una guerrera amazona y explorando el Laberinto del minotauro en Creta.

La cabeza me daba vueltas. Todos y cada uno de estos griegos y troyanos tenían una historia y tenían que contarla a la primera oportunidad. ¿Pero qué tenía esto que ver con...?

—Entiendo de lujuria, Hock-en-beee-rry —dijo Helena—. El gran rey Menelao me reclamó como esposa, aunque a ese tipo de hombres les encantan las vírgenes porque aman su linaje más que a la vida, aunque yo era un bien manchado en un mundo de hombres que aman tanto a sus vírgenes. Y luego Paris, impulsado por Afrodita, vino a secuestrarme de nuevo, para traerme a Troya y convertirme en su... trofeo.

Helena detuvo el recital y pareció estudiarme. No se me ocurrió nada que decir. Había un pozo sin fondo de amargura bajo sus frías e irónicas palabras. No,

no era amargura, advertí al mirarla a los ojos: tristeza. Una terrible, cansada tristeza.

—Hock-en-beeee-rry —continuó Helena—. ¿Crees que soy la mujer más hermosa del mundo? ¿Has venido a secuestrarme?

—No, no he venido a secuestrarte. No tengo ningún sitio a donde llevarte. Mis propios días están contados por la ira de los dioses: he traicionado a mi musa y a su jefa, Afrodita, y cuando Afrodita cure de las heridas que le causó ayer Diomedes, me borrará de la faz de la tierra tan seguro como que estamos aquí.

—¿Sí? —dijo Helena.

—Sí.

—Ven a la cama... Hock-en-beeee-rry.

Me despierto a la luz gris previa del amanecer, después de haber dormido sólo unas pocas horas después de nuestros dos últimos encuentros amorosos, pero sintiéndome perfectamente descansado. Estoy de espaldas a Helena, pero sé que ella está también despierta en esta gran cama de columnas talladas.

—¿Hock-en-beeee-rry?

—¿Sí?

—¿Cómo sirves a Afrodita y los otros dioses?

Pienso en eso un momento y luego me doy la vuelta. La mujer más hermosa del mundo está tendida a la tenue luz, apoyada en un codo. Su pelo largo y oscuro, revuelto por nuestro encuentro, cae sobre su hombro y su brazo desnudos, mientras sus ojos, con las pupilas dilatadas y oscuras, se clavan en los míos.

—¿A qué te refieres? —pregunto, aunque creo saberlo.

—¿Por qué te trajeron los dioses a través del tiempo y el espacio, como tú dices, para servirlos? ¿Qué sabes tú que ellos necesiten?

Cierro los ojos un momento. ¿Cómo puedo explicárselo? Si le respondo con sinceridad será una locura. Pero como admití antes, ya estoy harto de mentir.

—Sé algo sobre la guerra que se está librando —respondo—. Sé algunos de los acontecimientos que sucederán... que *podrían* suceder.

—¿Sirves a un oráculo?

—No.

—¿Eres entonces augur? ¿Un sacerdote a quien alguno de los dioses le ha dado esa visión?

—No.

—Entonces no lo comprendo —dice Helena.

Me agito, me siento en la cama; coloco los cojines para estar más cómodo. Todavía está oscuro, pero un pájaro empieza a cantar en el patio.

—En el lugar de donde vine —susurro—, hay un canto, un poema, sobre esta guerra. Se llama la *Iliada*. Hasta ahora, los acontecimientos de la guerra se

parecen a los que allí se cantan.

—Hablas de este asedio y de esta guerra como si ya fuera un relato antiguo en la tierra de donde eres —dice Helena—. Como si todo esto hubiera ocurrido ya.

No se lo admitas. Sería una locura.

—Sí —digo—. Ésa es la verdad.

—Eres uno de los Hados —dice.

—No. Sólo soy un hombre.

Helena sonríe con picardía. Toca el valle entre sus pechos donde yo he llegado al clímax hace apenas unas horas.

—Eso ya lo sé, Hock-en-beee-rry.

Me ruborizo, me froto las mejillas y noto la barba. Nada de afeitarse esta mañana en los barracones de los escólicos. *¿Para qué molestarse? Sólo te quedan horas de vida.*

—¿Responderás a mis preguntas sobre el futuro? —pregunta, en voz terriblemente baja.

Sería una locura hacerlo.

—En realidad no conozco vuestro futuro —digo, sinceramente—. Sólo los detalles de ese poema, y ha habido muchas discrepancias entre él y los acontecimientos reales...

—¿Responderás a mis preguntas sobre el futuro? —posa su mano en mi pecho.

—Sí —digo.

—¿Está condenada Ilión? —La voz de Helena es firme, calmada, suave.

—Sí.

—¿Será tomada por la fuerza o por la astucia?

Por el amor de Dios, no puedo decirle eso, pienso.

—Por la astucia —digo.

Helena sonríe.

—Odiseo —murmura.

Yo no digo nada. Me digo que, si no le doy ningún detalle, estas revelaciones no afectarán a los hechos.

—¿Morirá Paris antes de que caiga Troya? —pregunta ella.

—Sí.

—¿A manos de Aquiles?

¡Nada de detalles!, clama mi consciencia.

—No —digo. Al *carajo*.

—¿Y el noble Héctor?

—Muerte —digo, sintiéndome como una especie de juez sádico.

—¿A manos de Aquiles?

—Sí.

—¿Y Aquiles? ¿Volverá vivo de esta guerra?

—No.

Su destino estará sellado en cuanto mate a Héctor, y lo sabe, lo sabe por una profecía que ha llevado consigo como un cáncer durante años. ¿Una vida larga o la gloria? Homero dijo que ésa fue... es... será la decisión que debe tomar. Pero, según la profecía, sólo será conocido como hombre, no como el semidiós en el que se convertirá si mata a Héctor en combate. Pero tiene una opción. ¡El futuro no está decidido!

—¿Y el rey Príamo?

—Muerte —digo, con un ronco susurro. *Asesinado en su propio palacio, en su templo privado en honor a Zeus. Será hecho pedazos como un ternero sacrificado a los dioses.*

—¿Y el hijo pequeño de Héctor, Escamandrio, a quien el pueblo llama Astianacte?

—Muerte —digo. Cierro los ojos ante la imagen de Pirro arrojando al niño desde la muralla.

—¿Y Andrómaca, la esposa de Héctor? —susurra Helena.

—Esclavizada —digo. Y Helena continúa con esta letanía de preguntas, estoy seguro de que me volveré loco. No importaba desde la distancia, desde la mirada desinteresada de observador de un escólico. Pero ahora estoy hablando de gente a la que he visto y conocido... y con la que me he acostado. Me sorprende que Helena no haya preguntado por su propio destino. Tal vez no lo haga nunca.

—¿Y yo moriré en Ilión? —pregunta, la voz todavía calma.

—No.

—¿Pero me encontrará Menelao?

—Sí.

Me siento como uno de esos muñecos de feria que te decían la fortuna, tan populares en mi infancia. ¿Por qué no le respondo como lo harían ellos? Sería más parecido al Oráculo de Delfos: *El futuro es vaporoso. O: Pregunta otra vez. ¿Estoy alardeando ante esta mujer?*

Ya es demasiado tarde.

—¿Menelao me encuentra pero no me mata? ¿Sobrevivo a su cólera?

—Sí.

Recuerdo el relato de Odiseo en la Odisea. Menelao encuentra a Helena escondida en las habitaciones de Deífobo, en el gran palacio real, cerca del altar de Paladión, y el marido cornudo se abalanza hacia ella, la espada desnuda, con la intención de matar a la hermosa mujer. Helena descubrirá su pecho a su marido, como invitando a descargar el golpe, como deseándolo... y entonces Menelao dejará caer la espada y la besará. No está claro si Deífobo, uno de los hijos de Príamo, morirá a manos de Menelao antes o después de esto...

—¿Pero me lleva de vuelta a Esparta? —susurra Helena—. Paris muerto, Héctor muerto, todos los grandes guerreros de Ilión muertos o pasados por la espada, todas las grandes mujeres de Troya muertas o arrastradas a la esclavitud, la ciudad incendiada, su muralla derribada y sus torres destruidas, la tierra cubierta de sal para que nada vuelva a crecer jamás... ¿y yo viviré y Menelao me llevará de vuelta a Esparta?

—Algo así—digo yo, advirtiendo lo absurdo que parece.

Helena se levanta de la cama y camina desnuda hasta la terraza que da al patio. Durante un minuto olvido mi papel de Casandra y me quedo embobado contemplando el cabello oscuro que le cae por la espalda, sus perfectos glúteos y sus piernas fuertes. Permanece desnuda en la balaustrada, sin volverse hacia mí, y dice:

—¿Y qué hay de ti, Hock-en-beeee-rry? ¿Te han dicho los Hados tu propio destino a través de ese poema suyo?

—No —confieso—. No soy lo bastante importante para aparecer en el poema. Pero estoy bastante seguro de que moriré hoy.

Ella se vuelve. Espero que Helena esté llorando después de lo que le he contado (si es que me cree), pero sonrío levemente.

—¿Sólo « bastante seguro » ?

—Sí.

—¿Morirás a causa de la cólera de Afrodita?

—Sí.

—He sentido esa cólera, Hock-en-beeee-rry. Si se le antoja matarte, lo hará.

Bueno, eso sí que es dar ánimos. Callo durante un rato. Desde la terraza abierta llega un rumor.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Las mujeres de Troya siguen suplicando a Atenea piedad y protección divina, cantan y hacen sacrificios en su templo, como ordenó Héctor —dice Helena. Se da de nuevo la vuelta y contempla el patio interior, como si intentara encontrar al solitario pájaro que canta.

Demasiado tarde para la piedad de Atenea, pienso. Entonces, sin pensarlo, digo:

—Afrodita quiere que mate a Atenea. Me ha dado el Casco de Hades y otras herramientas para que pueda hacerlo.

Helena vuelve la cabeza e incluso a la tenue luz percibo su expresión de sorpresa, su palidez. Es como si finalmente hubiera reaccionado a mi terrible oráculo. Desnuda, regresa y se sienta al borde de la cama, donde yo estoy apoyado en un codo.

—¿Matar a Atenea, has dicho? —susurra, la voz más baja que nunca.

Asiento.

—¿Se puede entonces matar a los dioses? —pregunta Helena, la voz tan baja

que apenas consigo oírla desde un palmo de distancia.

—Creo que se puede —digo—. Ayer mismo, oí a Zeus decirle a Ares que los dioses podían morir.

Entonces le hablo de Afrodita y Ares, de sus heridas, el extraño lugar donde están curándose. Le explico cómo Afrodita saldrá hoy de esta tina, cómo es posible que ya lo haya hecho, ya que el Olimpo sigue el mismo esquema día-noche que Ilión y allí ya es también mañana.

—¿Puedes viajar al Olimpo? —susurra ella. Helena parece perdida en sus pensamientos. Su expresión ha cambiado lentamente de la sorpresa a... ¿qué?—. ¿Ir y volver de Ilión al Olimpo cada vez que te plazca? —pregunta.

Vacilo. Sé que ya he contado demasiado. *¿Y si esta Helena es solamente mi musa morfeada?* Sé que no lo es. No me pregunten cómo lo sé. Y al infierno si lo es.

—Sí —respondo, también susurrando ahora, aunque el personal de la casa no está despierto todavía— Puedo ir al Olimpo cuando quiero y quedarme allí sin que me vean los dioses.

A excepción del pajarillo que piensa que ya es de día, la ciudad y el palacio están extrañamente silenciosos. Hay guardias en la entrada principal, lo sé, pero no oigo el roce de sus sandalias ni el golpeteo de sus lanzas sobre la piedra. Las calles de Ilión, nunca totalmente en silencio, parecen calladas ahora. Incluso los cánticos de las mujeres en el templo de Atenea han cesado.

—¿Te dio Afrodita los medios para matar a Atenea, Hock-en-beee-rry? ¿Algún arma de los dioses?

—No.

No le hablo del Casco de la Muerte de Hades ni del medallón TC. Ninguna de esas cosas podrían matar a una diosa.

De repente la corta daga aparece de nuevo en su mano, a pulgadas de mi piel. *¿Dónde guarda esa cosa? ¿Cómo la hace aparecer así?* Supongo que los dos tenemos nuestros pequeños secretos.

La daga se acerca.

—Si te mato ahora —susurra Helena—, ¿cambiará la canción de Ilión que conoces? ¿Cambiará el futuro... este futuro?

Éste no es el momento de ser sincero, Tommy, chico, me advierte la parte cuerda de mi cerebro. Pero digo la verdad de todas formas.

—No lo sé. No veo cómo. Es mi... destino... morir hoy. Supongo que no importa si es por tu mano o la de Afrodita. De todas formas, no soy un actor de este drama, sólo un observador.

Helena asiente pero sigue pareciendo distraída, como si su pregunta sobre mi muerte tuviera pocas consecuencias de todas formas. Alza la daga hasta que su punta casi toca la firme carne blanca bajo su barbilla.

—Si me quito la vida ahora mismo, ¿cambiará la canción? —pregunta.

—No sé cómo salvará a Ilión o cambiará el resultado de la guerra — respondo. Esto no es completamente cierto. Helena es una figura central de la *Iliada* de Homero, y no tengo ni idea de si los griegos se quedarían a terminar la lucha o no si ella se suicida. ¿Por qué lucharían si Helena estuviera muerta? *Por la gloria, el honor, el botín*. Pero con Helena eliminada como premio para Agamenón y Menelao, y Aquiles todavía rumiando en su tienda, ¿habría botín suficiente para mantener a las decenas y decenas de miles de aqueos en la batalla? Llevan saqueando las tierras y ciudades costeras de Troya casi una década ya. Tal vez ya hayan tomado suficiente y estén buscando una excusa, y por eso Menelao aceptó el combate singular con Paris para decidirlo todo, antes de que Afrodita se llevara a Paris. *De vuelta a la cama, Helena y Paris practicando el sexo en esta misma cama hace unas pocas horas*. Tal vez el suicidio de Helena terminaría en efecto con la guerra.

Ella baja la daga.

—He pensado en matarme desde hace diez años, Hock-en-beee-rry. Pero tengo demasiada ansia por la vida y demasiado poco amor a la muerte, aunque merezca morir.

—No mereces morir —digo yo.

Ella sonríe.

—¿Merece morir Héctor? ¿Lo merece su bebé? ¿Y el noble Príamo, el más generoso de los padres para conmigo? ¿Se merecen morir todas esas personas a quienes oyes despertarse en la ciudad? Incluso los guerreros de Aquiles y todos los demás que ya han bajado al frío Hades... ¿se merecen morir por una mujer casquivana que eligió la pasión y la vanidad y el secuestro por encima de la fidelidad? ¿Y qué hay de los miles de mujeres troyanas que han servido bien a sus dioses y maridos, pero que serán apartadas de sus hogares y sus hijos y serán vendidas como esclavas por mi culpa? ¿Merecen ese destino, Hock-en-beee-rry, sólo porque yo escogí vivir?

—No te mereces morir —digo tozudamente. Todavía tengo su olor en mi piel, mis dedos, mi pelo.

—Muy bien —dice Helena, y desliza la daga bajo el colchón—, ¿Entonces me ayudarás a vivir y seguir libre? ¿Me ayudarás a detener esta guerra? ¿O a cambiar al menos su resultado?

—¿Qué quieres decir?

Me pongo en guardia. No tengo ningún interés en intentar ayudar a los troyanos a ganar esta batalla. Y no podría hacerlo si lo intentara. Hay demasiadas fuerzas en juego, por no mencionar a los dioses.

—Helena —digo—, hablaba en serio cuando decía que no me queda tiempo. Afrodita saldrá hoy de su tina de recuperación, y aunque pueda esconderme de los otros dioses, ella podrá encontrarme cuando quiera. Aunque no me mate en el acto por desobedecerla, no tendré libertad para actuar en el poco tiempo que me

queda como escólico.

Helena aparta la sábana que me cubre. Ahora hay ya más luz y puedo verla mejor que en ningún otro momento desde que la contemplé en la bañera anoche. Se monta a horcajadas sobre mí, coloca una mano sobre mi pecho mientras baja la otra, buscando, incitando.

—Escúchame —dice, inclinándose hacia mí, ofreciéndome sus pechos—. Si vas a cambiar nuestros destinos, tienes que encontrar el fulcro.

Lo interpreto como una invitación y trato de penetrarla.

—No, todavía no —susurra ella—. Escúchame, Hock-en-beee-rry. Si vas a cambiar nuestros destinos, *tienes que encontrar el fulcro*. Y no me refiero a lo que estás haciendo ahora.

Es difícil, pero me detengo lo suficiente para escucharla.

Hora y media más tarde la ciudad despierta y yo camino por las calles, vestido con todos mis aparejos escólicos y morfeado de lancero tracio. El sol ha salido y la ciudad cobra plenamente vida, con calles con puestos callejeros abiertos, rebaños de animales, niños que corren y guerreros que desayunan tambaleantes antes de salir a matar.

Cerca del mercado, encuentro a Nighthenlser (morfeado de guarda dárdano pero visible como Nighthenlser a través de mis lentes) desayunando en un restaurante al aire libre que ambos hemos frecuentado. Alza la cabeza y me reconoce.

No huyo ni empleo el Casco de Hades para desaparecer. Me siento con él a la mesa bajo un árbol bajo y pido pan, pescado seco y fruta para desayunar.

—Nuestra musa te estaba buscando en los barracones antes del amanecer —dice el grueso Nighthenlser—. Y de nuevo junto a las murallas esta mañana. Preguntaba por ti. Parece ansiosa por encontrarte.

—¿Te preocupa que te vean conmigo? —pregunto—. ¿Quieres que me vaya? Nighthenlser se encoge de hombros.

—Todos los escólicos vivimos un tiempo prestado, de todas formas. ¿Qué importa? *Tempus edax rerum*.

Llevo tanto tiempo pensando en griego antiguo que tardo un segundo en traducir del latín. *El tiempo es un devorador*. Tal vez, pero quiero más. Rompo el pan caliente y fresco y como, maravillándome de su glorioso sabor y del dulce vino del desayuno. Todo parece, huele y sabe más nítido, más limpio, más nuevo y maravilloso esta mañana. Tal vez sea por la lluvia de anoche. Tal vez sea por otra cosa.

—Hueles sospechosamente a perfume esta mañana —dice Nighthenlser.

Al principio mi única respuesta es el rubor (¿puede el otro escólico oler en mí los placeres de la noche?), pero entonces me doy cuenta de a qué se refiere.

Helena insistió en que me bañara con ella antes de marcharme. La vieja esclava encargada de dirigir el acarreo de agua caliente al baño era Etra, hija de Piteo, esposa del rey Egeo y madre del famoso Teseo, el gobernador de Atenas y el hombre que secuestró a Helena cuando tenía once años. Recuerdo el nombre de Etra de mis días de estudiante. El doctor Fertig, un magnífico experto en Homero, insistía en que el nombre había sido escogido al azar. «Etra, hija de Piteo» le debió sonar bien a Homero o algún poético predecesor que necesitaba un nombre para una simple esclava, decía el doctor Fertig, y que la madre del noble Teseo no podía ser en modo alguno la sirvienta de Helena en Troya. Bueno... pues se equivocaba, doctor Fertig. Hace sólo media hora, mientras retozaba en la bañera hundida de mármol con una Helena desnuda, ella mencionó que la vieja esclava Etra era, en efecto, la mamá de Teseo, que los hermanos de Helena, Cástor y Polideuces, cuando fueron rescatados del cautiverio al que los sometió Teseo, se llevaron a la anciana como castigo, y que Paris se la había llevado con ellos también a Troya.

—¿Estás pensando en algo, Hockenberry? —preguntó Nighthenlser.

Me sonrojé otra vez. Hasta entonces había estado pensando en los suaves pechos de Helena, visibles a través de las burbujas del baño. Comí un poco de pescado y dije:

—No estuve en el campo ayer por la noche. ¿Ocurrió algo interesante?

—No mucho. Sólo el gran duelo de Héctor con Ajax. Justo el enfrentamiento que llevamos esperando desde que las naves aqueas llegaron a la orilla. Justo *todo* el Canto Séptimo, enterito.

—Oh, eso —dije. El Canto Séptimo era un excitante duelo entre Héctor y el gigante aqueo, pero no sucedía *nada*. Ningún hombre hería al otro, aunque Ajax era obviamente mejor guerrero, y cuando la noche era demasiado oscura para seguir combatiendo, Ajax y Héctor pidieron una tregua, intercambiaron regalos de armaduras y armas, y ambas partes volvieron a incinerar a sus muertos. No me había perdido nada crucial; nada por lo que renunciar a un minuto con Helena.

—Hubo algo extraño —dijo Nighthenlser.

Comí pan y esperé.

—Sabes que se supone que Héctor sale de la ciudad con su hermano, Paris, y que ambos lideran a los troyanos en la batalla. Homero dice que Paris mata a Menesteo al principio de la lucha.

—¿Sí?

—Y más tarde, ¿recuerdas que el consejero del rey Príamo, Antenor, aconseja a sus camaradas troyanos que devuelvan a Helena y todos los tesoros saqueados en Argos, que los devuelvan y dejen que los aqueos se marchen en paz?

—Eso es después de que Ajax y Héctor se hagan amigos después de no

matarse el uno al otro e intercambian regalos en el campo, ¿no?

—Sí.

—Bueno, ¿pues qué pasa con eso?

Nightenhelser suelta su copa.

—Bueno, es Paris quien se supone que responde a Antenor e insta a los troyanos a no entregar a Helena, pero se ofrece a entregar los regalos a cambio de la paz.

—¿Y? —digo, advirtiendo adónde quiere ir aparar. Siento de pronto que el estómago me tiembla.

—Bueno, Paris no estuvo allí anoche... ni salió con Héctor por las Puertas Esceas, ni mató a Menesteo, ni ofreció siquiera la propuesta de paz al anochecer.

Asiento y mastico.

—¿Y?

—Es una de las discrepancias más grandes que hemos visto, ¿no Hockenberry?

Tengo que encogerme otra vez de hombros.

—No lo sé. El Canto Séptimo muestra a los aqueos construyendo su muralla defensiva y la trinchera cerca de la costa, pero tú y yo sabemos que esas defensas llevan aquí desde el primer mes después de su llegada. Homero mezcla a veces la cronología.

Nightenhelser me mira.

—Tal vez. Pero la ausencia de Paris para rebatir la sugerencia de Antenor respecto a entregar a Helena fue extraña. Finalmente, el rey Príamo habló por su hijo, diciendo que estaba seguro de que Paris nunca entregaría a la mujer, pero que podría renunciar al tesoro. Pero sin Paris allí en persona, muchos troyanos presentes mostraron su acuerdo. Es lo más parecido a un tratado de paz que he visto en todos los años que llevo aquí, Hockenberry.

Siento la piel fría. Mi desliz con Helena anoche, mi larga personificación de Paris ya ha cambiado algo importante en el fluir de los acontecimientos. Si la musa hubiera conocido los detalles de la *Iliada* (cosa que no sabía), habría sabido de inmediato que yo había ocupado el lugar de Paris en la cama junto a Helena.

—¿Has informado de la discrepancia a la musa? —pregunto en voz baja. Nightenhelser tendría que haber terminado su turno al anochecer. Como yo había desaparecido, era el único escófico de guardia anoche. Su deber era informar de esas rarezas.

Nightenhelser mastica lentamente los restos de su pan.

—No —dice por fin.

Dejo escapar un suspiro.

—Gracias —digo.

—Será mejor que nos vayamos —dice el otro escófico. El restaurante se está llenando de troyanos y sus esposas que esperan un sitio. Mientras dejo caer unas

monedas sobre la mesa, Nightenhelser me toma del brazo—. ¿Sabes lo que estás haciendo, Hockenberry?

Lo miro a los ojos. Mi voz es firme cuando respondo:

—Sinceramente, no.

Una vez en la calle, parto en dirección contraria a la de Nightenhelser. Tras entrar en un callejón vacío, me pongo la capucha del Casco de Hades y toco el medallón TC.

Es el amanecer en la cima del monte Olimpo. Los edificios blancos y los prados verdes reflejan la luz rica pero más débil que hay aquí. Siempre me he preguntado por qué el sol parece más pequeño alrededor del Olimpo que en los cielos de Ilión.

Ya había visto antes el lugar donde aparcen los carros, cerca del edificio de la musa, y por eso he venido aquí. Contengo la respiración mientras un carro baja en espiral del cielo de la mañana y aterriza a dos metros de donde estoy, pero Apolo baja y se marcha sin reparar en mí. El Casco de Hades todavía funciona.

Me subo al carro y toco la placa de bronce que hay en la parte delantera. Observé con atención a la musa cuando nos hizo sobrevolar el lago de la caldera el otro día. Una placa transparente y brillante cobra existencia unos centímetros por encima del bronce. Toco los iconos siguiendo la secuencia que vi usar a la musa.

El carro se agita, se alza, vuelve a agitarse, y se estabiliza mientras yo muevo el brillante controlador virtual de energía que hay junto a los indicadores. Lo giro a la izquierda y dejo que el carro vire a veinte metros del suelo. Toco el icono con la flecha hacia delante y el carro se abalanza hacia el frente, volando al sur por encima del lago azul. A cualquier dios que pudiera estar observando, le parecería un carro vacío que vuela solo, pero no hay ningún dios visible mirando.

Al otro lado del lago, gano altura y trato de encontrar el edificio adecuado. *Allí... justo más allá del Gran Salón de los Dioses.*

Una diosa (no la reconozco) grita desde las escalinatas del enorme edificio y otros dioses salen a ver qué ocurre, pero ya es demasiado tarde: he identificado el edificio que busco: gigantesco, blanco, con una puerta abierta.

Ya le estoy pillando el tranquilo a los controles del carro y bajo en picado a veinte palmos del suelo y acelero hacia el edificio. Tengo que alzar el lado izquierdo del carro casi en perpendicular con el suelo (no me caigo, hay gravedad artificial en la máquina) mientras me interno entre las gigantescas columnas a setenta u ochenta kilómetros por hora.

Dentro, el espacio es tal como recordaba: las tinas gigantescas llenas de borboteante líquido violeta, gusanos verdes pululando alrededor de los dioses inconscientes que flotan mientras son curados. El Curador (una gigantesca

criatura centípeda con brazos metálicos y ojos rojos) está al otro lado de la tina de reconstrucción de Afrodita, preparado para sacarla de allí, supongo, y sus ojos rojos me miran y sus muchos brazos tiemblan mientras el carro se abalanza en el espacio tranquilo; pero no está entre mi objetivo y yo y acelero antes de que ni él ni nada pueda detenerme.

Sólo en el último segundo decido saltar y no quedarme en el carro. Debe ser el recuerdo de Helena, la noche con Helena, el placer renovado por la vida en aquellas horas con Helena.

El Casco de Hades todavía me protege. Salto del veloz carro, aterrizo de golpe, siento algo doblarse o romperse en mi hombro izquierdo y luego doy vueltas hasta detenerme mientras el carro vuela directamente hacia la tina de reconstrucción, rompiendo plástico y acero, arrojando líquido violeta a treinta metros de altura. Algo (una parte del carro o un enorme añico del cristal de la tina) rompe en dos al gigantesco Curador centípedo.

El cuerpo de Afrodita rueda por el suelo en medio de una oleada de líquido violeta y una masa hirviente de gusanos verdes moribundos. Las otras tinas (incluyendo la que contiene a Ares en su nido de gusanos) se agitan pero no se rompen ni caen.

Se disparan pitos, alarmas, sirenas que me ensordecen.

Intento levantarme, pero mi cabeza, la pierna izquierda y el hombro derecho me duelen enormemente y me desplomo. Me arrastro hasta un lado de la sala, tratando de mantenerme apartado de la baba verde. No temo lo que me puedan hacer los productos químicos, pero el contorno de mi cuerpo será visible en la riada si no puedo escapar de ella. Puntos negros bailan ante mi visión y me doy cuenta de que voy a perder el conocimiento. Dioses y flotantes máquinas robóticas corren hacia la gran sala de curación.

En los segundos que pasan antes de que pierda el conocimiento, veo al poderoso Zeus entrar, la capa oscilante, el ceño fruncido.

Lo que vaya a pasar a continuación tendrá que ser sin mí. Apoyo la frente contra el frío suelo, cierro los ojos y dejo que la negrura me trague.

La costa de la planicie Chryse

—Maté a mi amigo, Orphu de Io —le dijo Mahnmut a William Shakespeare.

Los dos caminaban por los barrios situados a orillas del Támesis. Mahnmut sabía que estaban a finales del verano de 1592, aunque no sabía cómo lo sabía. El río estaba repleto de barcas, chalanas y barcos de mástiles cortos. Más allá de los edificios Tudor y las desvencijadas casas de la orilla norte se alzaban las espiras y torres de Londres. Una bruma calurosa gravitaba sobre el río y tras los barrios, a cada orilla.

—Debería haber salvado a Orphu, pero no pude —dijo Mahnmut. Tenía que caminar rápido para mantener el ritmo del dramaturgo.

Shakespeare era un hombre fornido, de veintitantos años, habla suave, vestido de manera más digna de lo que Mahnmut habría esperado de un actor y autor teatral. El rostro del joven era un óvalo afilado, con entradas ya acusadas, patillas, un poco de barba y un fino bigote como si Shakespeare estuviera experimentando con una barba más permanente. Su cabello era castaño, sus ojos de un verde grisáceo, y llevaba un jubón negro del que sobresalían los holgados y suaves cuellos de una camisa blanca y unos cordones blancos que colgaban. Un pequeño arete de oro pendía de la oreja izquierda del escritor.

Mahnmut quería hacerle a Shakespeare un millar de preguntas: ¿qué estaba escribiendo?, ¿cómo era la vida en esta ciudad que pronto sería asolada por la peste?, ¿cuál era la estructura oculta de los sonetos? Pero de lo único que podía hablar era de Orphu.

—Intenté salvarlo —explicó Mahnmut—. El reactor de *La Dama Oscura* se desconectó y luego las baterías murieron a menos de cinco kilómetros de la costa. Intenté encontrar un hueco en alguna de las muchas cuevas que hay a lo largo de los acantilados... un lugar donde pudiéramos esconder el submarino.

—¿*La Dama Oscura*? —preguntó Shakespeare—. ¿Ése es el nombre de vuestro navío?

—Sí.

—Continuad, os lo ruego.

—Orphu y yo estuvimos hablando sobre las caras de piedra —dijo Mahnmut—. Era de noche... nos acercábamos a la costa de noche, a cubierto de la oscuridad, pero yo usaba el visor nocturno y le describía las caras. Él estaba todavía vivo. La nave proporcionaba suficiente O₂ para él.

—¿O₂?

—Aire —explicó Mahnmut—. Como digo, le estaba describiendo las grandes cabezas de piedra...

—¿Grandes cabezas de piedra? ¿Estatuas?

—Monolitos de unos veinte metros de altura —dijo Mahnmut.

—¿Reconocisteis el rostro de la estatua? ¿Era algún conocido vuestro, o quizás un rey o un conquistador famoso?

—Estaba demasiado lejos para que viera muchos detalles de las caras —dijo Mahnmut.

Habían llegado a un amplio puente de muchos arcos cubiertos de edificios de dos plantas. Un pasaje de unos cuatro metros de ancho corría bajo las estructuras, como una carretera a través de un túnel, y en aquel momento un abigarrado puñado de peatones esquivaba un rebaño de ovejas que alguien conducía a la ciudad. A lo largo de ese camino había cabezas humanas clavadas en picas, algunas secas y momificadas, otras simples cráneos con algún mechón de pelo o jirones de carne podrida, otras tan sorprendentemente frescas que conservaban color en las mejillas o los labios.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Mahnmut. Sus partes orgánicas sintieron náuseas.

—El Puente de Londres —dijo Shakespeare—. Decidme qué le sucedió a vuestro amigo.

Cansado de mirar hacia arriba para ver al dramaturgo, Mahnmut se subió a un muro de piedra que servía de balaustrada. Pudo ver una impresionante torre al este, y supuso que era la de *Ricardo III*. Sabiendo que estaba soñando o muriendo por falta de aire, Mahnmut no quiso que aquel sueño terminara antes de hacerle a Shakespeare una preguntita o dos.

—¿Habéis empezado ya a escribir vuestros sonetos, maese Shakespeare?

El dramaturgo sonrió y contempló el apestoso Támesis, luego se volvió a mirar la hedionda ciudad. Había detritos por todas partes, y cadáveres de caballos muertos y ganado pudriéndose en los charcos de barro; mientras un salvaje efluvio de sanguinolentas vísceras de pollo flotaban en los canales al descubierto y giraban en las aguas estancadas. Mahnmut casi había desconectado sus sensores olfativos. No entendía cómo aquel humano con su nariz completa podía soportarlo.

—¿Cómo sabéis que estoy experimentando con el soneto? —preguntó Shakespeare.

Mahnmut imitó un encogimiento de hombros humano.

—Una suposición. ¿Así que los habéis iniciado?

—He considerado jugar con la forma —admitió el dramaturgo.

—¿Y quién es el Joven de los sonetos? —preguntó Mahnmut, casi sin aliento por la expectativa de desentrañar ese antiguo misterio—. ¿Es Henry Wriothesley, el conde de Southampton?

Shakespeare parpadeó sorprendido y miró con atención al moravec.

—Parecís seguirme muy de cerca en esos asuntos, pequeño Calibán.

Mahnmut asintió.

—¿Entonces es Wriothesley el Joven de los sonetos?

—Su alteza cumplirá diecinueve años este octubre y el bozo de su labio superior, se dice, se ha convertido en pelo —dijo el dramaturgo—. No es precisamente un joven.

—William Herbert, entonces —sugirió Mahnmut—. Sólo tiene doce años y se convertirá en el tercer conde de Pembroke dentro de nueve.

—¿Conocéis las fechas de futuros ascensos y sucesiones? —dijo Shakespeare con tono de ironía—. ¿Sabe maese Calibán navegar el mar del tiempo además de este océano de Marte del que habla?

Mahnmut estaba demasiado entusiasmado con la resolución de aquel enigma para responder a eso.

—Le dedicaréis el gran *Folio* de 1623 a William Herbert y su hermano, y cuando vuestros sonetos se publiquen, los dedicaréis al « Señor W. H. » .

Shakespeare miró al moravec como si fuera un sueño producido por la fiebre. Mahnmut quiso decir: *No, vos sois el sueño de un cerebro moribundo, maese Shakespeare. No yo.* En voz alta, dijo:

—Es que me parece interesante que tuvierais a un hombre joven o a un muchacho por amante.

La reacción del poeta sorprendió a Mahnmut: Shakespeare se dio la vuelta, desenvainó una daga de su cinturón, y la colocó sobre la unidad de cabeza del moravec.

—¿Tenéis un ojo, Pequeño Calibán, donde pueda enterrar mi hoja?

Cuidando de no bajar su permicarne hasta la punta de la hoja, Mahnmut negó ligeramente con la cabeza.

—Os pido disculpas —dijo—. Soy extraño en vuestra ciudad, en vuestro país, y desconozco vuestras costumbres.

—¿Veis esas tres cabezas más cercanas, en los postes del puente? —preguntó Shakespeare.

—Sí.

—La semana pasada a esta hora desconocían nuestras costumbres.

—Comprendo —dijo Mahnmut—. Perdonad, señor.

Shakespeare volvió a guardar la daga en su vaina de cuero. Mahnmut recordó que el hombre era actor, acostumbrado a florituras y exageraciones, aunque la

daga era puntiaguda, no como las que se usan en el teatro. Y la respuesta de Shakespeare no había sido una negativa a la pregunta de Mahnmut.

Ambos volvieron a mirar el río. El sol colgaba imposiblemente grande y anaranjado y bajo en la neblina del río, al oeste. La voz de Shakespeare, cuando habló, fue suave.

—Si escribo esos sonetos, Calibán, lo haré para explorar mis propios fallos, debilidades, compromisos, autoengaños y penosas ambigüedades, como uno busca en un hueco ensangrentado el diente que falta después de una reyerta de taberna. ¿Cómo matasteis a vuestro amigo, ese Orphu de Io?

Mahnmut tardó un segundo en contestar a la pregunta.

—No pude llevar a *La Dama* a la caleta que había visto en la costa —dijo—. Lo intenté y fracasé. El reactor del submarino murió de repente, la energía se apagó. *La Dama* se hundió en menos de cuatro brazas de agua, a tres kilómetros o así de la cueva. Intenté vaciar todos los tanques de lastre para volcarla de lado y poder soltar las puertas de la bodega y llegar a mi amigo... pero se hundió rápidamente.

Mahnmut miró al poeta. Shakespeare parecía estar prestando atención. Los edificios del puente, tras él, estaban rojos por el amanecer en el Támesis.

—Salí y pasé a O₂ interno y bucee durante horas —continuó Mahnmut—. Usé palanquetas y lo que quedaba de acetileno y mis dedos manipuladores, pero no logré abrir las puertas, no pude despejar los escombros del acceso inundado a la bodega. Orphu mantuvo la conexión durante un tiempo, pero lo perdí cuando fallaron los sistemas internos. Nunca pareció preocupado, nunca asustado, sólo cansado... muy cansado. Hasta que la comunicación falló. Estaba oscuro. Debí perder el sentido. Tal vez estoy en el seno del océano marciano ahora mismo, muerto con Orphu, o muriendo, soñando esta conversación mientras las últimas células de mi cerebro orgánico se desconectan.

—Tu seno se ha enriquecido con todos los corazones —dijo Shakespeare con monotonía—, que al faltarme suponía muertos, y allí reina el amor, y todos los adorables atributos del amor, y todos los amigos que creía sepultados.

Mahnmut recuperó la consciencia y se encontró en la playa, a la luz del día marciano, rodeado de docenas de hombrecillos verdes. Estaban inclinados sobre él, observándolo con los ojillos negros de sus caras verdes y transparentes. Retrocedieron uno o dos pasos cuando Mahnmut se enderezó con un ligero zumbido de sus servos.

Eran muy pequeños. Mahnmut media poco más de un metro. Esas... personas... eran más bajas que él. Eran de forma más humanoide que Mahnmut, pero de aspecto no completamente humano. Eran bípedos, con brazos y piernas, pero no tenían orejas, ni nariz, ni boca. No llevaban ropa y sólo tenían tres dedos

en cada mano, como los personajes de los dibujos animados que Mahnmut había visto en archivos de la Edad Perdida. Carecían de sexo, advirtió Mahnmut, y su carne (si carne era), transparente, como suave plástico, dejaba ver un interior sin órganos ni venas. Los cuerpos estaban llenos de flotantes glóbulos y masas verdes, partículas y pompas, todo fluyendo y borboteando de una manera no muy distinta a como lo hacía la amada lámpara de lava de Mahnmut, ahora abandonada con el submarino roto.

Más hombrecillos verdes bajaban por un camino abierto en la cara del acantilado. Mahnmut vio la última de las caras de piedra erigidas aproximadamente a un kilómetro al este. Otra estaba en posición horizontal sobre una larga plataforma de madera colocada sobre ruedas, muy por encima de ellos, cerca del borde del precipicio, sostenida por cuerdas. Los detalles de las caras no eran discernibles.

Al infierno con las cabezas. Mahnmut giró y escrutó el mar y la playa. Olas tibias iban llegando con la regularidad de un metrónomo. *¿Dónde está La Dama Oscura?*

Allí estaba: a doscientos metros, con parte de la quilla superior y la superestructura de mando claramente visibles. El medidor de profundidad y el sonar habían muerto antes que ella, y Mahnmut había cometido tal vez la más antigua y ultrajante de todas las ofensas que un capitán pueda cometer: abandonar su nave. Había recurrido al ojo interno mientras trabajaba desesperadamente por liberar las puertas de la bodega del arenoso y fangoso fondo del mar, pero comprendió que debía haberse desmayado y había llegado a la orilla durante la noche.

¡Orphu! ¿Cuánto tiempo llevaba inconsciente, soñando con Shakespeare? El cronómetro interno de Mahnmut dijo que habían pasado poco menos de cuatro horas.

Puede que todavía esté vivo ahí dentro. Empezó a caminar hacia el agua, intentando caminar por el fondo hasta el sumergible varado.

Una docena de hombrecillos verdes se interpusieron entre él y el agua, bloqueándole el camino. Luego veinte. Después cincuenta. Un centenar más lo rodearon en la playa.

Mahnmut nunca había alzado una mano o un manipulador con furia, pero ahora estaba dispuesto a luchar, a golpear y herir y patalear para abrirse paso entre la multitud si era necesario. Pero intentaría hablar primero.

—Apartaos de mi camino —dijo, la voz amplificada al máximo y resonando con fuerza en el aire marciano—. Por favor.

Los ojos negros en aquellas caras verdes lo miraron. Pero no tenían oídos para oírle ni bocas para hablar.

Mahnmut se rio sin ganas y empezó a abrirse paso entre ellos, sabiendo que por muy fuerte que fuese lo vencerían por superioridad numérica: se sentarían

sobre él y lo destrozarían. La idea de semejante violencia, suya o de ellos, hizo que sus interiores orgánicos se encogieran de horror.

Uno de los hombrecillos verdes alzó la mano como para decir «alto». Mahnmut se detuvo. Todas las cabezas verdes se volvieron hacia la derecha y miraron hacia la playa. La multitud se separó como por arte de magia mientras un hombrecillo verde que parecía exactamente igual que los demás se acercaba. Se detuvo delante de Mahnmut y extendió ambas manos como si le tendiera un cuenco invisible o rezara.

Mahnmut no comprendió. Ni tampoco quería perder tiempo comunicándose mediante el lenguaje de signos. Orphu podía seguir vivo.

Dejó atrás al hombrecillo, pero otra docena cerró filas tras ese emisario, bloqueándole el paso. Mahnmut tendría que luchar o prestar atención a los gestos de la figura verde.

Dejó escapar un suspiro no muy distinto a un gemido y se detuvo, tendiendo las manos para imitar el gesto del hombrecillo.

El emisario sacudió la cabeza, tocó el brazo izquierdo de Mahnmut (los sensores orgánicos y moravéquicos le dijeron que los dedos verdes estaban fríos) y bajó el brazo de Mahnmut, luego le agarró el derecho. El hombrecillo verde se acercó la mano de Mahnmut hasta que los dedos y la palma del moravec se apoyaron contra la carne fría y transparente.

El hombrecillo verde empujó con fuerza, impulsándose hacia delante y sosteniendo la mano de Mahnmut con más y más tesón hasta que la palma del moravec marcó el pecho plano, empujó la carne hacia dentro y luego... la atravesó.

Mahnmut, sorprendido, habría apartado la mano, pero el hombrecillo verde no soltó su presa. Mahnmut vio su mano oscura entrar en el fluido del pecho del hombrecillo verde, sintió la carne transparente cerrándose con fuerza alrededor de su antebrazo en un sellado al vacío.

Todos los hombrecillos verdes se llevaron la mano al pecho.

Los dedos abiertos de Mahnmut encontraron algo duro, casi esférico. Vio una pompa verde del tamaño de un corazón humano en el centro del pecho del hombrecillo. Su palma sintió su pulso.

El hombrecillo verde tiró de nuevo y Mahnmut comprendió. Cerró los dedos orgánicos alrededor de la pompa.

¿QUÉ NECESITAS?

Sorprendido, Mahnmut casi liberó la mano. Se obligó a dejar los dedos tal como estaban, enroscados en torno a la pompa-corazón del hombrecillo verde. Mahnmut había percibido la pregunta fluir hasta su cerebro en pulsos, latidos,

vibraciones. No con palabras, desde luego no en inglés ni ruso ni francés ni chino ni primario ni en ningún idioma que Mahnmut hubiera utilizado jamás. No sabía cómo responder, así que habló.

—Tengo que salvar a mi amigo, que está atrapado en la nave de allí.

Ciento cincuenta cabezas verdes se volvieron al unísono para mirar el sumergible. Trescientos ojos negros miraron unos segundos y luego se volvieron de nuevo hacia Mahnmut.

**DINOS CON TUS
PENSAMIENTOS
DÓNDE
ESTÁ.**

Mahnmut cerró los ojos y formó una imagen de Orphu en la bodega bloqueada, una imagen de las puertas, una imagen del corredor interno. La respuesta-vibración latió en su brazo:

ESPERA.

La mano de Mahnmut quedó libre de pronto y salió de la tensa carne del hombrecillo verde con un audible sonido de succión. El hombrecillo se desplomó en la arena, rodó de costado y se quedó inmóvil: las pompas verdes de su cuerpo dejaron de fluir, sus ojos negros se nublaron y quedaron ciegos, se agitaron una vez y se quedaron quietos. Los ciento cuarenta y tantos hombrecillos restantes se volvieron y se dedicaron a la tarea de salvar a Orphu.

Mahnmut se desplomó en la arena junto a lo que era claramente el cadáver sin vida del emisario. *Madre de Dios*, pensó el moravec. *Comunicarse los mata.*

Más hombrecillos verdes siguieron bajando el empinado sendero desde el acantilado. Doscientos. Trescientos. Seiscientos. Mahnmut dejó de intentar contarlos e (ignorando la petición del emisario de que esperara) caminó y chapoteó por la orilla hasta llegar al submarino varado. Mahnmut entró por la compuerta de la torreta hasta su nicho seco para comprobar si alguna de las baterías había vuelto a funcionar. No era así. Pasó a través de la compuerta interna hasta el corredor inundado de la bodega y nadó hasta el casco destruido. No se podía llegar a Orphu por ahí. Tras regresar a la sala de control, trató de comunicarse de nuevo. Silencio. Puso a salvo su edición de los sonetos en un envoltorio impermeable y guardó algunas cosas en una mochila (el comunicador remoto que había diseñado para Orphu si podía sacarlo, los discos de bitácora de

la nave, copias duras de mapas, una pistola de señales, células de energía) y se encaramó a lo alto de la torreta.

Los hombrecillos verdes habían traído grandes rollos de cable negro, el mismo con el que tiraban de las cabezas de piedra, así como docenas de ruedas con las que habían estado moviendo la enorme plataforma. Trabajaban con increíble eficacia: algunos nadaron hasta el sumergible y ataron cuerdas por encima y por debajo del agua, otros clavaron varas de metal de las ruedas en la arena y la cara rocosa del acantilado, montaron poleas y pasaron el cable de la orilla al submarino y otra vez a la orilla.

El submarino era pesado (más todavía con el reactor empapado de agua, la bodega y los corredores inundados), y a Mahnmüt le costaba creer que aquellos hombrecillos consiguieran moverlo.

Pero lo hicieron.

En cuestión de veinte minutos, hubo cientos de cables tendidos entre el submarino y la orilla y muchos hombrecillos verdes en cada cable. Comprendieron que era una misión de rescate; lo primero que hicieron fue tirar con fuerza de lado (los cables se extendían como una telaraña negra hasta la playa) para volcar el submarino sobre su costado derecho.

El instinto impulsaba a Mahnmüt a tirar de los cables, pero sabía que eso no tenía sentido. Esperó en el casco de *La Dama Oscura*, cambiando de sitio cuando el submarino se movió, y en cuanto las puertas de la bodega quedaron despejadas de barro se zambulló en las aguas poco profundas con una palanqueta energética y la lámpara del hombro a toda potencia.

Las puertas de la bodega habían quedado retorcidas y fundidas parcialmente por la entrada en la atmósfera, y Mahnmüt logró abrirlas sólo unos centímetros antes de que se atascaran por completo. Con ganas de llorar de frustración, golpeando el casco con furia impotente, de repente tuvo la sensación de que no estaba solo y se dio la vuelta en el agua llena de cieno.

Media docena de hombrecillos verdes estaban de pie en el fondo del agua, observándolo. No parecían necesitar respirar.

Sin querer «comunicarse» con ellos de nuevo al precio de matar a uno, Mahnmüt señaló la sección levantada de la puerta, señaló la superficie, hizo ademán de enrollar un cable alrededor del fragmento de metal y tirar de él.

Los seis hombrecillos verdes asintieron y subieron a la superficie, tres metros más arriba.

Al cabo de un minuto regresaron sesenta, algunos tirando de cables, otros con las varas negras de las ruedas que usaban para tirar de las cabezas de piedra. Trabajaron de nuevo con increíble eficiencia, algunos en equipo para hacer retroceder unos cuantos centímetros de las puertas del otro extremo de la bodega, otros pasando el cable como si ensartaran una aguja. En cuestión de minutos tuvieron docenas de fuertes cables pasados bajo las puertas atascadas. Subieron

de nuevo a la superficie, tras indicar por gestos a Mahnmut que los siguiera.

De nuevo Mahnmut respiró aire, sintió la luz del sol en su polímero y su piel y se plantó en el casco de *La Dama Oscura* mientras cientos de hombrecillos verdes tiraban y tiraban de los cables sirviéndose del sistema de poleas instalado en el acantilado. Volvieron a tirar.

El sumergible crujió, el casco gimió, el limo los rodeó, y *La Dama Oscura* rodó otros treinta grados a estribor y se retorció hasta que el vientre de la nave quedó al descubierto y la popa apuntó hacia la playa. Las puertas de aleación de la bodega se combaron, pero no se abrieron.

Mahnmut atacó de nuevo las puertas con su palanqueta energética. El metal torturado y retorcido no cedió. Su soplete de acetileno se quedó sin O_2 y sin energía.

Los hombrecillos verdes lo apartaron amablemente de su infructuosa labor. Mahnmut se soltó y se dejó resbalar hacia la bodega de nuevo, dispuesto a tirar de las puertas retorcidas y atascadas hasta que sus propias células de energía murieran, pero entonces vio que los HV no habían acabado su trabajo.

Ataron y cortaron cables, convirtiendo los cincuenta hilos en uno, que subieron luego por la cara del acantilado a través de una serie de enormes poleas conectadas a un entramado de varas de apoyo que de algún modo habían clavado en la piedra. Finalmente, llevaron el cable hasta la enorme cabeza de piedra y envolvieron los extremos en torno al cuello de la figura unas cuantas veces antes de terminar de atarlo.

Cinco de los hombrecillos verdes se acercaron y empujaron a Mahnmut al agua, apartándolo del submarino.

Mahnmut no podía creer lo que estaba viendo. Había dado por supuesto que las grandes cabezas de piedra eran sagradas para los hombrecillos verdes, y que su trabajo de arrastrarlas y colocarlas a lo largo de la costa era una exigencia imperativa religiosa o psicológica a la que dedicaban todo su tiempo, energía y devoción, puesto que las cabezas de piedra eran única prioridad. Evidentemente estaba equivocado.

Cientos de figuras verdes movieron la cabeza en su plataforma hasta darle la vuelta, se pusieron detrás, empujaron y la tiraron por el acantilado.

La cabeza de piedra, de cara al acantilado ahora, cayó sesenta metros, golpeó las rocas de la base del acantilado y se partió en una docena de trozos. Pero el cable corrió en las poleas, las varas saltaron de la piedra, y los extremos atados arrancaron las puertas de la bodega de carga y las hicieron volar cincuenta metros antes de llevarse el metal retorcido acantilado arriba y luego de nuevo abajo.

Cientos de hombrecillos verdes nadaron hacia el submarino, pero Mahnmut lo alcanzó primero y conectó de nuevo sus linternas.

Allí estaban los tres objetos que había dejado en la bodega, incluido el gran

Aparato que tenían que llevar al Monte Olympus. Y encajado en el hueco, ajado y cascado y silencioso, estaba Orphu de Io.

Mahnmut usó la energía que quedaba en su palanqueta para soltar las pestañas de contención y las ataduras. La enorme masa de Orphu se liberó y cayó salpicando al agua. Pero la bodega estaba ahora abierta hacia el cielo, el submarino boca abajo, y no había forma de que Mahnmut pudiera sacar al ioniano del pozo parcialmente inundado en el que se había convertido la bodega.

Una docena más de hombrecillos verdes saltaron con Mahnmut y encontraron puntos de sujeción en el caparazón agujereado y resquebrajado de Orphu para apoyar brazos y piernas verdes bajo la forma desmañada del moravec de durovac. Juntos, hicieron palanca y lo levantaron. Trabajando en silencio, sin resbalar nunca ni soltarlo, alzaron a Orphu, pasaron con cuidado más cables a su alrededor, lo deslizaron por la curva del casco de *La Dama Oscura*, lo bajaron al agua, colocaron rodamientos bajo él, lo depositaron en una balsa y, suavemente, impulsaron el cuerpo del ioniano hasta la playa.

Los hombrecillos verdes (ahora había al menos un millar de ellos en la playa) retrocedieron para hacer sitio a Mahnmut mientras éste intentaba averiguar si Orphu estaba muerto o vivo. El ioniano yacía inerte en la playa de arena roja, como un enorme trilobites golpeado por las tormentas que hubiera sido arrastrado a la orilla en una de las oscuras épocas prehistóricas de la Tierra.

Sin dejar de estudiar el cielo en busca de los carros volantes que, Mahnmut estaba seguro, vendrían tarde o temprano, vació su mochila y las bolsas impermeables del material que había rescatado de *La Dama Oscura*. Primero sacó cinco de las pequeñas pero potentes células de energía, las conectó en serie y llevó el cable hasta uno de los conectores que le quedaban a Orphu. No hubo respuesta por parte del gran ioniano, pero el señalizador virtual indicaba que la energía fluía hacia alguna parte. A continuación, Mahnmut recorrió la curva del caparazón de Orphu (asombrado de ver los daños físicos claramente por primera vez, allí, al sol de la mañana) y encajó el receptor de radio en su enchufe. Comprobó la conexión (recibió un zumbido de onda portadora) y activó su propio micrófono.

—¿Orphu?

No hubo respuesta.

—¿Orphu?

Silencio. Las docenas de hombrecillos verdes observaban, impasibles.

—¿Orphu?

Mahnmut pasó cinco minutos ocupado en la tarea, llamando una vez cada diez segundos, usando todas las frecuencias y comprobando una y otra vez las conexiones del receptor. La unidad de comunicación estaba recibiendo su

transmisión. Era Orphu quien no respondía.

—¿Orphu?

No había silencio, exactamente. Con sus receptores externos, Mahnmut oía más ruido ambiental que en toda su vida: las olas lamiendo la arena, el siseo del viento contra el acantilado tras él, la suave sacudida de los hombrecillos verdes cuando cambiaban de posición de vez en cuando y los mil detallitos de las vibraciones en una atmósfera planetaria tan densa. Sólo estaban muertos la comunicación y Orphu.

—¿Orphu?—Mahnmut comprobó su cronómetro. Llevaba trabajando más de treinta minutos. Reluctante, a cámara lenta, se bajó del caparazón de su amigo, caminó quince pasos hasta la playa y se sentó en la arena mojada, al borde del agua. Los hombrecillos verdes le hicieron sitio y luego lo rodearon de nuevo a respetuosa distancia. Mahnmut miró la pared de diminutos cuerpos verdes, rostros sin expresión y ojos negros que no parpadeaban.

—¿No tenéis trabajo que hacer?—preguntó, y su voz sonó extraña y ahogada a sus propios receptores auditivos, quizá debido a la acústica de la atmósfera marciana.

Los HV no se movieron. La cabeza de piedra se había convertido en un montón de escombros en la base del acantilado, pero los hombrecillos verdes la ignoraron. Una docena de cables todavía se extendían hasta el sumergible, que yacía inerte en la marea baja.

Mahnmut sintió una súbita e inconmensurablemente profunda oleada de pérdida y añoranza. Había tenido tres relaciones íntimas en sus tres décadas jupiterinas de existencia, más de trescientos años marcianos. Primero con *La Dama Oscura*, sólo una máquina semisiente, pero para la que había sido diseñado y en la que encajaba a la perfección: la *Dama* estaba muerta. Segundo con su compañero de exploración, Urtzweil, muerto hacía quince años-J, la mitad de la existencia de Mahnmut. Ahora Orphu.

Se encontraba a cientos de millones de kilómetros de casa, solo, desentrenado, falta de preparación para esta misión a la que había sido enviado. ¿Cómo iba a recorrer los más de cinco mil kilómetros que lo separaban del Monte Olympus para plantar el Aparato? Y, si lo hacía, ¿qué? Koros III tal vez supiera lo que había que hacer, en qué consistía realmente su misión, pero el infeliz Mahnmut, el de *La Dama Oscura*, no tenía ni puñetera idea.

Deja de sentir pena de ti mismo, idiota, pensó. Miró a los HV. Tenían que ser imaginaciones pero parecían abatidos, incluso tristes. No habían llorado la muerte de uno de los suyos, ¿cómo podían emocionarse por el fin de un moravec, una máquina sentiente cuya existencia nunca habían imaginado?

Mahnmut sabía que tendría que comunicarse de nuevo con los hombrecillos verdes, pero odiaba la idea de meter la mano en el pecho de una de las criaturas, de matarlas a través de la comunicación. No, no lo haría hasta que fuera

imperioso hacerlo.

Se puso en pie, regresó junto al cadáver de Orphu y empezó a desconectar las células de energía.

—Eh —dijo Orphu en la banda de comunicación—. Todavía estoy comiendo. Mahnmut se sobresaltó tanto que cayó hacia atrás en la arena.

—Jesús, estás vivo.

—Tanto como podamos estar « vivos » los moravecs.

—Maldito seas —dijo Mahnmut, con ganas de reír y llorar, pero sobre todo de golpear al grande y ajado cangrejo—. ¿Por qué no me respondiste cuando te llamé, y te llamé y te volví a llamar?

—¿Qué querías? —dijo Orphu—. Estaba en hibernación. Llevo así desde que el aire y la energía de *La Dama Oscura* se agotaron. ¿Esperabas que hablara contigo mientras estaba en hibernación?

—¿Qué mierda es eso de la hibernación? —dijo Mahnmut, caminando alrededor de Orphu—. Nunca había oído que los moravecs entraran en hibernación.

—¿Los vecs de Europa no lo hacéis? —preguntó Orphu.

—Obviamente, no.

—Bueno, ¿qué puedo decir? Al trabajar solos en el toro de radiación de Io, o en cualquier lugar del espacio jupiterino, los moravecs de durovac a veces nos topamos con situaciones que nos obligan a desconectarlo todo un tiempo hasta que alguien pueda llegar a repararnos y recargarnos. Pasa. No muy a menudo, pero pasa.

—¿Cuánto tiempo podrías haber permanecido en esta... hibernación? —preguntó Mahnmut, su furia convertida en algo parecido al mareo.

—No mucho —dijo Orphu—. Unas quinientas horas.

Mahnmut extendió los dedos a través de sus sensores manipuladores, agarró una piedra, y golpeó el caparazón de Orphu.

—¿Has oído algo? —preguntó el ioniano.

Mahnmut suspiró, se sentó en la arena cerca del extremo de Orphu que solía albergar sus ojos y empezó a describir su situación actual.

Orphu convenció a Mahnmut de que tendrían que comunicarse otra vez con los HV mediante un intérprete. Al ioniano le repugnaba la idea de causar la muerte a uno de los hombrecillos verdes tanto como a Mahnmut (sobre todo puesto que los HV los habían rescatado), pero argumentó que la misión dependía de que se comunicaran y rápido. Mahnmut había intentado hablarles de nuevo, había probado el lenguaje de signos, había intentado dibujar en la arena el mapa de la costa donde estaban y el del volcán al que tenían que llegar, incluso había intentado usar la versión de tonos de un idioma extranjero gritando. Los HV lo

miraban muy tranquilos, pero no respondían. Finalmente, un hombrecillo verde tomó la iniciativa: avanzó un paso tomó la mano de Mahnmut y se la acercó al pecho.

—¿Debo hacerlo?—le preguntó Mahnmut a Orphu a través del comunicador.

—Tienes que hacerlo.

Mahnmut dio un respingo mientras su mano atravesaba la carne que cedía, cuando sus dedos rodeaban y luego asían lo que sólo podía ser un corazón verde y latiente en el fluido cálido y pegajoso del cuerpo del hombrecillo.

¿CÓMO PODEMOS AYUDAROS?

Mahnmut quería hacer un centenar de preguntas, pero Orphu le ayudó a establecer un orden de prioridades.

—El submarino —dijo Orphu—. Tenemos que ocultarlo de la vista antes de que llegue un carro volador.

Con una combinación de lenguaje e imágenes Mahnmut comunicó la idea de trasladar el sumergible un kilómetro al oeste, a la cueva oceánica del acantilado que asomaba al mar desde tierra firme.

SÍ.

Docenas de hombrecillos verdes empezaron a trabajar mientras Mahnmut se quedaba allí, la mano hundida en el pecho del traductor. Empezaron a hundir varas en la tierra, a pasar más cables hasta *La Dama Oscura* y a tirar de poleas. El traductor esperó con la mano de Mahnmut cerrada en torno a su corazón.

—Quiero preguntarle por las cabezas de piedra —dijo Mahnmut a través del comunicador—. Preguntarle quiénes son, por qué están haciendo esto.

—No hasta que encontremos un modo de llegar al Olympus —insistió Orphu.

Mahnmut suspiró y comunicó la petición de ayuda para llegar al gran volcán. Transmitió imágenes del Monte Olympus tal como lo había visto desde la órbita y preguntó si había algún modo de que los HV pudieran hacerlos viajar por tierra a través de las montañas de Tempe Terra, o al este a lo largo de la costa del Tétis durante más de cuatro mil kilómetros, y luego al sur a lo largo de la costa de Alba Patera hasta el Monte Olympus.

ESO
NO
ES

POSIBLE.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Orphu cuando Mahnmut transmitió la respuesta—. ¿Quiere decir que no es posible ayudarnos, o viajar al este de esa forma?

Mahnmut había sentido algo parecido al alivio cuando el HV traductor declaró que su misión había terminado, pero de todas formas formuló la aclaración que solicitaba Orphu.

**NO
ES
POSIBLE
QUE
VIAJÉIS
HASTA
EL
ESTE
EN
SECRETO
PORQUE
LOS
HABITANTES
DEL
OLYMPUS
OS
VERÍAN
Y
OS
MATARÍAN.**

—Pregúntale si hay otro modo —dijo Orphu—. A lo mejor podríamos seguir por tierra, por el Valle Kasei.

**NO.
IRÉIS
AL
LABERINTO
NOCTIS
EN
FALUCHO.**

—¿Qué es un falucho? —preguntó Orphu cuando Mahnmut transmitió la respuesta—. Suena a payaso italiano.

—Es un barco de vela latina, de dos mástiles —dijo Mahnmut, cuya formación en los negros fondos submarinos de Europa había incluido todo lo que podía descargarse sobre los líquidos mares de la Tierra—. Solían recorrer el Mediterráneo hace milenios.

—Pregúntales cuándo podemos partir —envió Orphu.

—¿Cuándo podemos partir? —preguntó Mahnmut, sintiendo la pregunta como una vibración a través de sus dedos y un cosquilleo en la mente.

**LA
BARCAZA
DE
LAS
PIEDRAS
LLEGA
POR
LA
MAÑANA.
EL
FALUCHO
VENDRÁ
CON
ELLA.
PODRÉIS
PARTIR
EN
ÉL.**

—Necesitaremos rescatar algunas otras cosas de nuestro sumergible —dijo Mahnmut. Envío las imágenes del Aparato y las otras dos piezas de carga de la bodega, imaginó que las llevaban a la orilla y las transportaban a la cueva. Luego envió la imagen de los HV llevando a Orphu a la misma cueva.

En respuesta, docenas de hombrecillos verdes empezaron a chapotear y nadar hacia la nave. Otros se acercaron a Orphu y empezaron a colocar los rodamientos en una plataforma del tamaño de Orphu.

—Creo que no podré seguir sujetando el corazón de este hombre más tiempo —le dijo Mahnmut a Orphu a través del comunicador—. Es como agarrar un cable eléctrico.

—Suéltalo, entonces —dijo el ioniano.

—Pero...

—Suéltalo.

Mahnmut le dio las gracias al intérprete (les dio las gracias a todos) y soltó su presa. Igual que el primer intérprete, este hombrecillo verde cayó a la arena, se retorció, siseó, se secó y murió.

—Oh, Dios —susurró Mahnmut. Se apoyó contra el caparazón de Orphu. Los hombrecillos verdes estaban ya levantando la masa del ioniano, colocando ruedas bajo él.

—¿Qué están haciendo?

Mahnmut describió el cadáver del intérprete y el trabajo que hacían a su alrededor, los preparativos para transportar a Orphu y el Aparato y otros objetos que ya habían sacado de la nave, los cables que sujetaban el submarino, los cientos de HV que tiraban de ellos desde la orilla arrastrando ya *La Dama Oscura* hacia el oeste, hacia la cueva donde estaría a salvo de las miradas del cielo.

—Iré contigo a la cueva —dijo Mahnmut, sombrío. El cadáver del intérprete era como un pellejo seco, encogido y marrón sobre la arena roja. Todos los órganos internos se habían secado y el fluido se había derramado, convirtiendo el charco de lodo que creaba en algo parecido a sangre roja. Los otros hombrecillos verdes, sin prestar atención al cadáver, empezaban ya a hacer rodar a Orphu por la arena, hacia el oeste.

—No —protestó Orphu—. Sabes lo que tienes que hacer.

—Ya te describí las caras cuando las vi desde el mar.

—Las viste de noche y a través de la boya periscopio —dijo Orphu—. Tenemos que ver una o dos a plena luz del día.

—La que hay en la base del acantilado está hecha pedazos —dijo Mahnmut, con ganas de llorar—. La siguiente está a un kilómetro hacia el este. En lo alto de los acantilados.

—Ve tú —dijo Orphu—. Permaneceré en contacto por el comunicador mientras ellos me llevan a la cama. Podrás ver cómo manejan *La Dama Oscura* durante la mayor parte de tu paseo.

Mahnmut accedió a regañadientes y caminó hacia el este, alejándose de la multitud de HV que tiraban de su submarino muerto por la costa y de Orphu y del frescor y la sombra de la cueva.

La cabeza caída estaba rota en demasiados pedazos para distinguir ningún rasgo, Mahnmut subió con esfuerzo el empinado sendero por el que los hombrecillos verdes habían descendido aparentemente con tanta facilidad. El sendero era estrecho y atterradoramente empinado y resbaladizo.

En la cima, Mahnmut se detuvo un segundo para recargar sus células y mirar alrededor. Al norte, el Mar de Tetis se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Al sur, tierra adentro, la piedra roja daba paso a montañas bajas también rojas y,

varios kilómetros más al sur, Mahnmut distinguió bosques verdes al pie de las montañas. Había algo de hierba en el sendero que siguió hacia el este a lo largo del borde del precipicio.

Mahnmut se detuvo para mirar el promontorio y el agujero preparado para la cara de piedra que los hombrecillos verdes habían sacrificado lanzándola desde lo alto del acantilado para abrir las puertas de la bodega de carga. Había sido preparado cuidadosamente y Mahnmut pudo ver que la base del cuello de las grandes cabezas de piedra encajaba en el agujero y se sostenía así en su sitio. Estos hombrecillos verdes eran artesanos y hábiles picapedreros.

Mahnmut caminó hacia el este. Veía la siguiente cabeza del horizonte oriental. El moravec no estaba diseñado para caminar (su función consistía básicamente en estar sentado en un sumergible de exploración, y a veces nadar) y cuando se cansaba de ser bípedo, alteraba el funcionamiento de sus articulaciones y columna y caminaba como un perro durante un rato.

Cuando llegó a la siguiente cabeza de piedra se detuvo junto a su ancha base. El agujero donde encajaba el cuello había sido relleno con algo parecido a cemento. Miró el sendero que los rodamientos y miles de HV habían creado a lo largo de la cima del acantilado, y al oeste, donde la multitud verde había tirado del submarino y empujado a Orphu y a casi hasta la cueva.

—¿Has llegado?—dijo la voz de Orphu.

—Sí. Estoy apoyado contra ella.

—¿Cómo es la cara?

—Es un mal ángulo desde abajo —dijo Mahnmut—. Casi todo labios y barbilla y nariz.

—Llégate otra vez a la playa, estas caras están hechas para ser vistas desde el mar por algún motivo.

—Pero... —empezó a decir Mahnmut, contemplando el empinado acantilado que caía al menos un centenar de metros hasta la arena. Había un leve sendero en las rocas cubiertas de hierba, igual que en el otro lado—. Si me rompo el cuello tratando de bajar —envió—, será por tu culpa.

—Entendido —dijo Orphu—. Percibo la vibración mientras me mueven, pero no tengo ni idea de cuánto nos falta para llegar a la cueva. ¿Puedes verlo tú?

Mahnmut amplificó su visión mientras miraba hacia el oeste.

—Estáis a sólo un par de cientos de metros de la entrada —dijo— Voy a bajar. ¿Estás seguro de que quieres que compruebe también la siguiente cabeza? Es otro kilómetro y todas las cabezas parecían iguales desde la órbita.

—Creo que deberíamos comprobarlo —dijo Orphu.

—Dijo el vec sin patas —murmuró Mahnmut. Empezó el largo y empinado descenso hasta la playa.

Se alejó cuanto pudo, retrocediendo hasta que las olas le lamieron las patas. El rostro era absolutamente identificable. Sin decir nada, caminó otro kilómetro hasta el este por el borde del agua. La siguiente cara era idéntica a la primera: orgullosa, imperiosa, imponente, su rostro contemplaba ferozmente el mar, la piedra esculpida representaba el rostro de un anciano, con la coronilla casi calva pero con melena que caía a cada lado del arrugado rostro, los ojos pequeños bajo cejas duras y de curva descendente, arrugas en las comisuras, pómulos altos tallados en la piedra, una barbilla pequeña pero firme, labios finos convertidos en una mueca y el mismo semblante severo.

—Es un viejo —dijo Mahnmut por el comunicador—. Definitivamente, un varón humano mayor, pero no lo reconozco por los bancos de datos de historia.

Sólo hubo estática durante unos segundos.

—Fascinante —dijo Orphu—. ¿Por qué se merecería un viejo de la Tierra miles de estas cabezas de piedra en la costa marciana?

—No tengo ni idea —dijo Mahnmut.

—¿Es uno de los que iban en el carro? —preguntó Orphu—. ¿Parece un dios?

—Un dios griego no —respondió Mahnmut—. Más parece un viejo poderoso pero dispéptico. ¿Puedo volver ya, antes de que uno de esos tipos con toga y barba gris venga en su carro volador y me vea aquí de pie mirando embobado como un turista?

—Sí —dijo Orphu—. Creo que deberías volver.

Bosque de pinos gigantes de Tejas

Odiseo no contó la historia de sus viajes aquella mañana durante el desayuno en la burbuja verde situada en lo alto de la Puerta Dorada en Machu Picchu. Nadie se acordó de preguntárselo. A Ada todos le parecieron preocupados, y no tardó en darse cuenta de por qué.

Ada estaba cansada porque había dormido poco, pero había pasado la noche más maravillosa de su vida con Harman. Había «tenido sexo» antes (¿qué mujer de su edad no lo había tenido?), pero nunca hasta entonces había *hecho el amor*. Harman había estado exquisitamente tierno y a la vez ansiosamente insistente, atento a sus necesidades y respuestas pero no controlado por ellas, sensible pero firme. Durmieron un poco, enroscados juntos en la estrecha cama contra la pared de cristal curvo, pero despertaron a menudo, sus cuerpos renovaron el acto del amor antes de que sus mentes estuvieran plenamente despiertas. Cuando el sol se alzó sobre la torre situada al este de Machu Picchu, Ada se sentía una persona distinta: no, no era eso, advirtió, se sentía una persona más grande, más plena, más conectada.

Ada pensó que Hannah también actuaba de una forma extraña esa mañana: arrebolada, hiperalerta, atenta a todos los comentarios del hombre que se hacía llamar Odiseo y miraba a Ada de vez en cuando y luego apartaba los ojos, un poco ruborizada. *Dios mío*, comprendió Ada justo cuando terminaban el desayuno y estaban listos para partir, para volar juntos hasta Ardis Hall, al norte. *Hannah se ha acostado con Odiseo*.

Durante un minuto, a Ada no le costó creerlo: nunca desde que eran amigas le había comentado Hannah que hubiera estado con un hombre ni nada sobre asuntos sexuales, pero vio las miradas que Hannah dirigía al hombre de la barba y las señales físicas: la joven estaba sentada frente a Odiseo, pero su cuerpo reaccionaba todavía a cada movimiento del hombre, las manos nerviosas, inclinándose hacia delante... y Ada se dijo que había sido una noche entretenida en los domis de la Puerta Dorada.

Daeman y Savi contrastaban claramente. El joven no estaba de mejor humor

que la noche anterior; ladraba preguntas sobre la Cuenca Mediterránea, ansioso por iniciar su aventura con Harman y Savi, pero obviamente nervioso por ello. Savi parecía retraída, casi apenada y con prisa por partir.

Harman estaba silencioso y, le pareció a Ada, todavía concentrado en ella, aunque no ajeno a los demás. Ella captó su mirada una o dos veces y algo cálido se movió en su pecho cuando le sonrió. Una vez puso la mano en la parte externa de su pierna, bajo la mesa, y la palmeó dos veces.

—¿Entonces cuál es el plan? —preguntó Daeman mientras terminaban el desayuno de cruasanes calientes (Ada había visto con sorpresa cómo Savi horneaba el pan el día antes) y mantequilla y bayas y zumo de frutas recién exprimidas y rico café.

—El plan es llevar volando a Odiseo, Hannah y Ada a Ardis Hall, ya se hace tarde si queremos llegar antes de que oscurezca, y luego que tú, Harman y yo vayamos a la Cuenca Mediterránea —contestó Savi—. ¿Sigues dispuesto a participar en esta expedición. Daeman *Uhr*?

—Sigo dispuesto.

A Ada no se lo parecía: le parecía cansado o resacoso o ambas cosas.

—Entonces guardemos los bártulos y movamos el culo —dijo la anciana.

Partieron en el mismo sonie en el que habían venido, aunque Hannah le dijo a Ada que había otras máquinas voladoras en una de las salas adjuntas a la torre sur del puente. El pequeño sonie tenía un número sorprendente de compartimentos en la parte trasera, para la mochila de Savi y sus otras cosas, pero era Odiseo quien llevaba más equipaje: una espada corta en una vaina, su escudo, mudas de ropa y las dos lanzas que había empleado para cazar las Aves Terroríficas. Savi se tendió en la depresión central delantera, manejando los brillantes controles virtuales, con Ada a su izquierda y Harman a la derecha. Daeman, Odiseo y Hannah ocuparon las tres concavidades posteriores, y Ada miró hacia atrás una vez y vio a su amiga de la mano del hombre de la barba.

Volaron hacia el este sobre las altas montañas y luego descendieron y viraron de nuevo hacia el norte sobrevolando una densa jungla y un río ancho y marrón que Savi dijo que se llamaba Amazonas. La jungla en sí era un sólido dosel de bosque tropical roto sólo aquí y allá por unas cuantas pirámides de cristal azul cuyas cimas tenían trescientos metros de altura y se internaban en las nubes bajas portadoras de lluvia. Savi no les dijo qué eran esas pirámides y los demás parecían demasiado cansados o sumidos en sus propios pensamientos para preguntar.

Media hora después de que la última de las pirámides desapareciera tras ellos, Savi hizo virar el sonie hacia la izquierda y volaron rumbo oeste-noroeste a través de altas montañas. El aire era tan ligero y frío que la burbuja del campo

de fuerza tuvo que reforzarse a la aparente baja altura de treinta metros sobre el terreno, y el aire de la burbuja se presurizó de nuevo con un contenido de oxígeno más alto.

—¿No nos estamos desviando?—preguntó Harman después del largo silencio. Savi asintió.

—He tenido que dar un amplio rodeo para esquivar los Monolitos Zorin, que se extienden por la costa de lo que solía ser Perú, Ecuador y Colombia —dijo—. Algunos de ellos siguen armados y en automático.

—¿Qué son los Monolitos Zorin?—preguntó Hannah.

—Nada por lo que tengamos que preocuparnos hoy —dijo Savi.

—¿A qué velocidad viajamos?—preguntó Ada.

—Despacio —respondió Savi. Miró la pantalla virtual que rodeaba sus manos y muñecas—. A unos quinientos kilómetros por hora, ahora mismo.

Ada trató de imaginar esa velocidad. No pudo. Nunca había viajado en nada más rápido que un droshky tirado por voynix antes de su primer viaje en aquel sonie, y no tenía ni idea de a qué velocidad iba un droshky. Probablemente no a quinientos kilómetros por hora. Desde luego. Las montañas y las cordilleras pasaban de largo mucho más rápido que el paisaje familiar en el trayecto en droshky o carruaje entre el fax-portal y Ardis Hall.

Volaron durante otra hora. En un momento dado, Hannah dijo:

—Me está empezando a doler el cuello de tanto mirar por encima del borde del sonie, y la burbuja es demasiado baja para que me siente. Ojalá...

Gritó. Ada, Daeman y Harman dejaron escapar chillidos similares.

Savi había movido la mano por el panel de control virtual y el sólido sonie bajo ellos simplemente había desaparecido. En los breves segundos transcurridos antes de que Ada cerrara los ojos con fuerza, vio a su alrededor a los seis humanos, su equipaje y las lanzas de Odiseo volando en mitad de la nada, aparentemente flotando en el vacío.

—Avísanos la próxima vez que vayas a hacer algo parecido —le dijo Harman a Savi, temblando.

La anciana murmuró algo.

Ada pasó un minuto entero o dos tocando el frío metal de la cubierta que tenía delante, palpando la suave solidez como de cuero del contorno del asidero bajo sus piernas y su vientre y su pecho antes de atreverse a abrir otra vez los ojos. *No estoy cayendo, no estoy cayendo*, se dijo. *Sí, ESTÁS cayendo*, le decían sus ojos y su oído interno. Cerró de nuevo los ojos y volvió a abrirlos justo cuando salían de las tierras altas y seguían una península que se extendía al noroeste de la tierra firme.

—Me ha parecido que querías ver esto —le dijo Savi a Harman, como si los demás no supieran de qué estaban hablando.

Ante ellos, el océano se abrió paso a través del istmo, agua despejada visible

en una grieta de al menos ciento cincuenta kilómetros. Savi ganó altitud y los dirigió al norte sobre mar abierto.

—Los mapas que he visto muestran el antiguo istmo conectando América del Norte y del Sur siempre por encima del nivel del mar —dijo Harman, estirándose en su posición para mirar hacia atrás.

—Los mapas que has visto son inútiles —dijo Savi. Sus dedos se movieron y el sonie aceleró y ganó más altitud.

Era pasado mediodía cuando avistaron otra costa. Savi hizo descender más el sonie y pronto estuvieron sobrevolando pantanos que rápidamente dieron paso a kilómetros y kilómetros de pinos gigantes y secuoyas (Savi fue nombrando los árboles); los más altos se elevaban cincuenta o sesenta metros en el aire húmedo.

—¿Alguien quiere estirar las piernas en suelo sólido mientras paramos para almorzar? —preguntó Savi— ¿O quiere alguien un poco de intimidad para seguir los dictados de la naturaleza?

Cuatro de los cinco pasajeros votaron ruidosamente a favor. Odiseo sonrió levemente. Había estado dormido.

Almorzaron en un claro sobre un pequeño promontorio rodeado de árboles gigantescos. Los anillos e y p se movían pálidamente en el trocito de cielo azul visible en lo alto.

—¿Hay dinosaurios por aquí? —preguntó Daeman, escrutando las sombras bajo los árboles.

—No —dijo Savi—. Suelen preferir las partes medias y septentrionales del continente.

Daeman se relajó contra un tronco caído y mordisqueó fruta, carne y pan, pero se enderezó cuando Odiseo dijo:

—Tal vez lo que está diciendo Savi *Uhr* es que hay depredadores más feroces por aquí que mantienen alejados a los dinosaurios recombinados.

Savi frunció el ceño a Odiseo y sacudió la cabeza, como quien reprende a un niño incorregible. Daeman escrutó de nuevo las sombras del mediodía entre los árboles y se acercó más al sonie para terminar su comida.

Hannah, sin apartar apenas los ojos de Odiseo, se entretuvo en sacar su paño turín de un bolsillo y ponérselo sobre los ojos. Permaneció reclinada durante varios minutos mientras los demás comían en silencio disfrutando de la sombra y la tranquilidad. Finalmente Hannah se enderezó, se quitó el paño bordado de microcircuitos y dijo:

—Odiseo, ¿te gustaría ver qué está pasando contigo y tus camaradas en la guerra por la ciudad amurallada?

—No —respondió el griego. Arrancó un trozo de sobras frías de Ave Terrorífica con los dientes, la masticó despacio, y luego bebió del odre de vino

que había traído consigo.

—Zeus está furioso y ha desequilibrado la balanza en favor de los troyanos, liderados por Héctor —continuó Hannah, ignorando la negativa de Odiseo—. Han hecho retroceder a los griegos a través de sus defensas, el foso y las picas, y luchan alrededor de las naves negras. Parece que tu bando va a perder. Todos los grandes reyes, tú incluido, se han dado la vuelta y han echado a correr. Sólo Néstor se quedó a luchar.

Odiseo gruñó.

—Ese viejo cascarrabias. Se quedó porque le mataron el caballo.

Hannah miró a Ada y sonrió. Estaba claro que el objetivo de Hannah era introducir a Odiseo en la conversación y era igualmente obvio que creía haberlo conseguido. Ada seguía sin creer que aquel hombre demasiado real (bronceado por el sol, arrugado, lleno de cicatrices, tan distinto de los varones renovados en la fermería de su existencia) fuera la misma persona que el Odiseo del drama turín. Como la mayoría de la gente inteligente que conocía, Ada creía que el paño turín proporcionaba un entretenimiento virtual, escrito y grabado probablemente durante la Edad Perdida.

—¿Recuerdas esa lucha junto a las naves negras? —instó Hannah.

Odiseo volvió a gruñir.

—Recuerdo el festín la noche antes a ese miserable día de perros. Llegaron treinta naves de la isla de Lemnos con vino, mil medidas, suficiente vino para ahogar a los ejércitos troyanos, si no hubiéramos tenido un uso mejor para él. Euneo, el hijo de Jasón, lo envió como regalo para los Atridas, Agamenón y Menelao —miró fijamente a Hannah y los demás—. El viaje de Jasón, ésa sí que es una historia que merece la pena escuchar.

Todos excepto Savi miraron sin comprender al hombre del pecho desnudo.

—Jasón y sus Argonautas —repitió Odiseo, mirando de rostro en rostro—. Sin duda habréis oído esa historia.

Savi rompió el cohibido silencio.

—No han oído ninguna historia, hijo de Laertes. Nuestros humanos antiguos carecen de pasado, de mitos, de historias de ningún tipo... a excepción del paño turín. Son tan perfectamente postletrados como tú y tus camaradas fuisteis preletrados.

—Nosotros no necesitábamos hacer marcas en la corteza o el pergamino o el barro para ser hombres recordados —gruñó Odiseo—. La escritura se había ensayado antes de nosotros y fue abandonada por ser algo inútil.

—Ciertamente —dijo Savi, seca—. «¿Se alza menos recto un taburete analfabeto?», creo que fue Horacio quien lo dijo.

Odiseo se la quedó mirando.

—¿Nos hablarás de ese Jasón y sus... sus qué? —preguntó Hannah, sonrojándose de una manera que convenció a Ada de que, en efecto, su amiga

había dormido con Odiseo la noche anterior.

—Ar-go-nau-tas —dijo Odiseo lentamente, recalcando cada sílaba como si le hablara a una niña—. Y no, no lo haré.

Ada descubrió que su mirada se dirigía hacia Harman y que su mente regresaba a los recuerdos de la larga noche anterior. Quiso alejarse con Harman y hablar con él en privado sobre lo que habían compartido o, si eso fallaba, sólo cerrar los ojos en el húmedo calor del claro moteado por el sol y dormir, quizá para soñar en su acto amoroso. *O mejor aún*, pensó Ada, mirando a Harman con ojos entornados, *podríamos perdernos en la penumbra del bosque y volver a hacer el amor, en vez de soñar con ello.*

Pero Harman no parecía advertir sus miradas y obviamente tenía desconectado su receptor de telepatía amorosa. El amado de Ada parecía divertido e interesado por los comentarios de Odiseo.

—¿Nos contarás una historia sobre tu guerra del paño turín? —le preguntó al hombre de la barba.

—Se llamó Guerra de Troya y al carajo con vuestro harapo turín —dijo Odiseo, pero había estado bebiendo copiosamente de su odre y parecía haberse aplacado—. Sin embarco, puedo contaros una historia que vuestro precioso pañal desconoce.

—Sí, por favor —dijo Hannah, acercándose al guerrero.

—El Señor nos libre de los contadores de historias —murmuró Savi. Se levantó, guardó su paquete del almuerzo en el cofre del sonie y se internó en el bosque.

Daeman la vio marcharse con evidente ansiedad.

—¿De verdad creéis que por aquí hay depredadores peores que los dinosaurios? —le preguntó a nadie en concreto.

—Savi sabe cuidar de sí misma —dijo Harman—. Tiene esa arma.

—Pero si algo se la comiera —dijo Daeman, todavía contemplando el bosque—, ¿quién pilotaría el sonie?

—Calla —dijo Hannah. Tocó la muñeca de Odiseo con sus dedos largos y morenos—. Cuéntanos la historia que el paño turín no conoce. Por favor.

Odiseo frunció el ceño, pero Ada y Harman asentían en apoyo de la petición de Hannah, así que se limpió las migajas de pan de la barba y empezó.

—Esta experiencia no estaba y no aparecerá en vuestra historia del harapo turín. Los hechos que compartiré ahora con vosotros sucedieron después de la muerte de Héctor y Paris, pero antes de lo del caballo de madera.

—¿Paris muere? —interrumpió Daeman.

—¿Héctor muere? —pregunto Hannah.

—¿Caballo de madera? —dijo Ada.

Odisseo cerró los ojos, se pasó los dedos por su corta barba y dijo:

—¿Puedo continuar sin ser interrumpido?

Todos excepto la ausente Savi asintieron.

—Los acontecimientos que os describiré ahora sucedieron después de la muerte de Héctor y Paris, pero antes de lo del caballo de madera. Era cierto en aquellos días que, entre sus más premiados tesoros, la ciudad de Ilión poseía una imagen divina caída del cielo, vosotros lo llamaríais meteorito, pero era una piedra fundida y esculpida por el propio Zeus generaciones antes de nuestra guerra como signo de la aprobación del padre de los dioses ante la fundación de la ciudad misma. Esta figura de piedra metálica se llamaba Paladión, porque tenía la forma de Palas... no Palas Atenea, como llamamos a nuestra diosa, sino Palas, la compañera de su juventud. Esta otra Palas (la palabra puede ser masculina o femenina, pero su significado se aproxima al de la palabra latina *virago*, «virgen fuerte»), había muerto en una lucha con Atenea. Y fue Ilio, a veces llamado Ilo, padre de Laomedonte, quien fue a su vez padre de Príamo, Titón, Lampo, Clitio y Hicetaón, quien encontró la piedra estelar delante de su tienda una mañana y la reconoció por lo que era.

» Este antiguo Paladión, la fuente secreta de la riqueza y el poder de Ilión, tenía tres cúbitos de altura, llevaba una lanza en la mano derecha y una rueca y un huso en la izquierda, y se asociaba con la diosa de la muerte y el destino. Ilio y los otros antepasados de los actuales defensores de Troya habían ordenado hacer muchas réplicas del Paladión, de muchos tamaños diferentes, y ocultaron y guardaron estas falsas estatuas como sin duda hicieron con la auténtica, ya que todo el mundo sabía que la supervivencia de Ilión dependía de su posesión del Paladión. Fueron los propios dioses quienes me revelaron este hecho en sueños en aquellas últimas semanas del asedio a Ilión, y por eso le conté a Diomedes mi plan para entrar en la ciudad y localizar el verdadero Paladión, para que él y yo pudiéramos regresar a la ciudad, robarlo, y sellar el destino de Troya.

» Primero, me disfracé con harapos de mendigo, e hice que mi propio criado me azotara con un látigo para desfigurarme así con heridas e hinchazones. Los ciudadanos de Ilión eran notables por su debilidad de estómago cuando se trataba de meter en cintura a sus criados: tendían a malcriar a los esclavos más que a castigarlos, y ningún criado troyano que perteneciera a una buena familia podía salir con la ropa rota y heridas de látigo, así que razoné que los harapos y el hedor y, lo más importante, las marcas ensangrentadas del látigo harían que los ciudadanos se apartaran avergonzados al verme. Un disfraz perfecto para un espía, ¿no os parece?

» Me elegí a mi mismo para esta tarea porque era el más astuto y hábil de todos los aqueos y, también, porque había estado dentro de las murallas de Troya hacía más de diez años como jefe de una delegación que pretendía entablar negociaciones de paz para la liberación de Helena antes de que nuestras negras

naves llegaran por la fuerza y empezara una guerra. Obviamente, esas negociaciones fracasaron (todos nosotros los auténticos argivos esperábamos que fracasaran, pues nos moríamos de ganas de luchar y estábamos ansiosos de botín), pero recordaba bien el trazado de la ciudad dentro de aquellas grandes murallas y puertas.

» En mi sueño, los dioses (probablemente Atenea, que favorecía mi causa más que los demás) me habían revelado que el Paladión y sus muchas réplicas estaban escondidos en algún lugar del palacio real de Príamo, pero no me dijeron dónde exactamente, ni cómo podría distinguir el verdadero Paladión de sus copias.

» Esperé hasta la hora más oscura de la noche, cuando las hogueras de las almenas están en su momento más bajo y los sentidos humanos son más débiles, y entonces usé gancho y cuerda para subir a las altas murallas. Maté a un guardia al hacerlo y escondí su cadáver bajo el forraje almacenado dentro de las murallas para la caballería tracia. Ilión era grande, la ciudad más grande del mundo, y tardé un tiempo en recorrer sus calles y callejones para llegar al palacio de Príamo. Dos veces los centinelas armados me dieron el alto, pero yo gruñí e hice gestos ahogados mientras gesticulaba sin sentido con mis brazos ensangrentados, y ellos me consideraron un esclavo idiota que había sido azotado por su estupidez, y me dejaron pasar.

» El palacio de Príamo era grande (tenía cincuenta dormitorios, uno para cada uno de los hijos de Príamo), y estaba bien guardado por los mejores miembros de las tropas de elite troyanas, con guardias en todas las puertas y ante cada ventana al nivel de la calle, y más guardias dentro de los patios y en las murallas del palacio: ningún centinela adormilado me dejaría pasar, no importaba lo tarde que fuera o lo sangrientas que fueran mis heridas ni lo idiotas que fueran mis gruñidos, así que me dirigí al sur, a la casa de Helena, que también estaba bien protegida, pero algo menos después de que matara con mi cuchillo al segundo troyano de la noche y escondiera su cuerpo lo mejor que pude.

» Después de la muerte de Paris en un duelo de arqueros, Helena había sido entregada en matrimonio a otro de los hijos de Príamo, Deífobo, a quien el pueblo de Ilión llamaba « el derrotador del enemigo », pero a quien los aqueos nos referíamos en el campo como « culo de buey ». Pero su nuevo esposo no estaba en casa esa noche y Helena dormía sola. La desperté.

» No creo que hubiera matado a Helena si ella hubiera pedido ayuda: la conocía desde hacía muchos años, como invitado en la noble casa de Menelao y, antes de eso, como uno de los primeros pretendientes de Helena desde que estuvo en edad de ser elegida en matrimonio, aunque eso no fue más que una formalidad, pues yo estaba ya felizmente casado con Penélope incluso entonces. Fui yo quien aconsejó a Tindaero que hiciera jurar a los pretendientes que

acatarían la decisión de Helena, lo que evitó un gran derramamiento de sangre por culpa de los perdedores y sus malos modales. Creo que Helena agradeció siempre ese consejo.

» Helena no pidió ayuda esa noche que la desperté de su inquieto sueño en su hogar de Ilión. Me reconoció en el acto y me abrazó y me preguntó por la salud de su verdadero esposo, Menelao, y de su hija tan lejana. Le dije que todos estaban bien, aunque no le conté que, en ese momento de la guerra, Menelao había sido herido de gravedad dos veces en el campo de batalla y moderadamente media docena de veces, incluida una reciente flecha en el culo, y que estaba de un humor de perros. En cambio, le comuniqué cuánto la echaban de menos su marido y su hija y su familia en Esparta, y que deseaban que volviera bien.

» Helena se echó a reír entonces. “Mi señor y marido Menelao me quiere muerta y tú lo sabes, Odiseo —dijo—. Y estoy segura de que él mismo me matará cuando las grandes murallas y las Puertas Esceas de Ilión caigan pronto, como profetizó el oráculo de Hock-en-beee-rry.” Yo no conocía ese oráculo (Delfos y Palas Atenea son los únicos videntes del futuro que conozco), pero no pude contradecirla: parecía probable que Menelao, en efecto, le cortara la garganta después de todos sus amargos años de deslealtad en los brazos y tálamos de sus enemigos. Pero no se lo dije. En cambio, le dije que intercedería ante Menelao, hijo de Atreo, para convencerlo de que le salvara la vida si Helena no me traicionaba esa noche y me ayudaba a encontrar una forma de entrar en el palacio de Príamo y me indicaba cómo elegir el verdadero Paladión.

» “No te traicionaría de todas formas, Odiseo, hijo de Laertes, fiel y sabio consejero”, dijo Helena. Y me reveló cómo burlar las defensas del palacio y cómo distinguir al verdadero Paladión cuando lo viera entre sus imitaciones.

» Pero era casi el amanecer. Demasiado tarde para completar mi misión esa noche. Así que salí y recorrí las calles y subí y bajé la muralla por las aberturas que había dejado al matar a los guardianes, y dormí hasta tarde al día siguiente, y me bañé, comí y bebí, e hice que Macaón, el hijo de Asclepio y el mejor médico del ejército, vendara mis heridas y aplicara un ungüento sanador.

» A la noche siguiente, sabiendo que necesitaría un aliado, y a que no podría luchar y cargar con la pesada piedra Paladión al mismo tiempo, pedí a Diomedes que participara en mi plan. Juntos, en la hora más oscura de la noche, el hijo de Tideo y yo escalamos la muralla. Matamos a su centinela con una flecha certera. Luego recorrimos rápidamente las calles y callejones, sin disfraz ahora de esclavos azotados, sino matando eficaz y silenciosamente a todos los que nos desafiaban, y encontramos el camino hasta el palacio de Príamo a través de las cloacas ocultas que Helena me había indicado.

» A Diomedes, hombre orgulloso como tantos testarudos héroes de Argos, no le gustó chapotear por las cloacas, ni siquiera para asegurar la caída de Ilión.

Gruñó y maldijo y se quejó y gimió y estaba de un humor de perros cuando añadimos al insulto la herida de tener que subir por un agujero de uno de los excusados de los soldados, en el sótano del palacio, donde estaban los tesoros de Príamo, en los barracones de su guardia de élite.

» Fuimos silenciosos, pero nuestro hedor nos precedía y tuvimos que matar a los primeros veinte guardias que encontramos en aquellos corredores: el vigésimo primero nos mostró cómo abrir las puertas de la cripta del tesoro sin disparar las alarmas ni las trampas, y luego Diomedes le cortó también la garganta.

» Además de toneladas de oro, montañas de piedras preciosas, vitrinas de perlas, montones de telas bordadas, cofres de diamantes y gran parte de las riquezas del fabuloso oriente, había unas cuarenta estatuas del Paladión dispuestas en nichos. Eran iguales en todo excepto en el tamaño.

» "Helena me dijo que me llevara la más pequeña", le dije a Diomedes, y así lo hice, envolviendo el Paladión en una capa roja que le había quitado al último guardia que matamos. La caída de Ilión estaba en nuestras manos. Todo lo que teníamos que hacer ahora era escapar.

» En este punto Diomedes decidió que quería saquear la cripta de Príamo esa noche, ya, inmediatamente. La atracción de todo aquel botín era demasiado grande para el avaricioso hijo de puta sin seso. Diomedes habría cambiado diez años de nuestra sangre por un centenar de libras de oro.

» Yo... lo disuadí. No describiré la pelea que tuvimos cuando deposité el Paladión envuelto en rojo en el suelo y desenvainé la espada para detener al hijo de Tideo, rey de Argos, para que no estropeará nuestra misión con su avaricia. La pelea terminó rápidamente gracias a la astucia. Muy bien, si insistís, os lo diré: no hubo ningún noble combate. No hubo ninguna gloriosa *aristeia*. Le sugerí que nos quitáramos las apestosas túnicas antes de pelear, y mientras el gran tontorrón se desnudaba, le lancé un lingote de oro a la cabeza y lo dejé inconsciente.

» Al final, acabé huyendo del palacio de Príamo con el pesado Paladión en una mano y el más pesado y desnudo Diomedes al hombro.

» No podía llevarlo de aquel modo hasta la muralla, así que estuve a punto de dejarlo allí, junto a la alcantarilla, donde pasaba el río bajo las murallas de Ilión, pero Diomedes recuperó el conocimiento justo entonces y accedió a abandonar la ciudad conmigo. Nos marchamos en silencio. No me habló de nuevo ese día, ni esa semana, ni después de la caída y el saqueo de Ilión, ni nunca jamás.

» Ni yo he hablado con Diomedes desde ese día.

» He de añadir que fue poco después de eso, después de que llevara el Paladión al campamento de los argivos donde lo escondimos bien, seguros de que Troya tenía las horas contadas, cuando empezamos a trabajar en el gigantesco caballo de madera. El caballo serviría para tres propósitos: primero, como escondite, claro, para llevarme a mí y a una escogida banda de mis mejores

luchadores al interior de la ciudad; segundo, como medio de que los propios troyanos desmontaran el gran dintel de piedra que se alzaba sobre las Puertas Esceas para que la ofrenda pudiera entrar en su ciudad, pues la profecía decía que esas dos condiciones tendrían que darse antes de que Ilión cayera: la pérdida del Paladión y la destrucción del dintel Esceo. Y tercero y último, fabricamos el gran caballo como ofrenda a Atenea para reparar la pérdida de su Paladión, ya que ella era conocida también como Hippiá, la «diosa caballo», pues fue ella quien embrió y domó a Pegaso para Belerofontes y quien aprovechaba para cabalgar y ejercitar sus propios caballos siempre que podía.

» Y esto, amigos míos, es mi breve relato del robo del Paladión y la caída de Ilión, Espero haberos complacido, ¿Hay alguna pregunta?

Ada miró a Harman a los ojos. ¿Aquello era un *breve* relato?, pensó, y vio que su amante captaba su pensamiento como un beso soplado.

—Sí, yo tengo una pregunta —dijo Daeman.

Odiseo asintió.

—¿Por qué la llamas Troya la mitad de las veces e Ilión el resto? —preguntó el joven regordete.

Odiseo sacudió levemente la cabeza, se levantó, tomó la vaina y la espada corta del sonie y se internó en el bosque.

Ilión, Indiana y Olimpo

Zeus está furioso. He visto a Zeus furioso antes, pero esta vez está muy, muy, muy furioso.

Cuando el Padre de los Dioses irrumpe en las ruinas de la cámara de curación del Olimpo, evalúa los daños, contempla el cuerpo de Afrodita tendido desnudo entre un nido de rebullentes gusanos verdes en el suelo húmedo y luego se vuelve a mirar en mi dirección, estoy seguro de que me ve, de que supera los poderes enmascaradores del Casco de Hermes y *me ve*. Pero aunque me mira directamente varios segundos y parpadea, con esos ojos grises glacialmente fríos, como si tomara alguna decisión, aparta de nuevo la mirada y yo, Thomas Hockenberry, antaño de la Universidad de Indiana y, más recientemente, del lecho de Helena de Troya, puedo seguir viviendo.

Tengo el brazo derecho y la pierna izquierda muy magullados, pero no hay nada roto, así que, todavía oculto por el Casco de Hades de la vista de las docenas de dioses que irrumpen en la sala de curación, escapo del edificio y TCEO al único lugar que se me ocurre, aparte del dormitorio de Helena, donde aún puedo descansar y recuperarme: el barracón de los escólicos al pie del Olimpo.

Por costumbre, me dirijo a mi propio cubículo, mi propia cama pelada, pero me dejo puesta y activada la capucha del Casco de Hades mientras me desplomo en ella y duermo a trompicones. Ha sido un día y una noche y una mañana largos e infernales. El Hombre Invisible duerme.

Me despierto con el sonido de gritos y truenos en el piso de abajo. Para cuando llego al pasillo, el escólico llamado Blix pasa corriendo (casi choca conmigo en realidad, pues para él soy invisible), y le explica sin aliento a otro escólico llamado Campbell:

—La musa está aquí, matando a todo el mundo.

Es cierto. Me escondo en el hueco de una escalera mientras la musa (nuestra musa, la que Afrodita llamó Melete) abate a los pocos escólicos con vida que huyen por los barracones en llamas. La diosa está utilizando descargas de pura energía que brotan de sus manos: algo exagerado, tópico, pero horriblemente

efectivo con la simple carne humana. Blix está condenado, pero no hay nada que yo pueda hacer por él ni por los demás.

Nightenhelser. El grueso escólico ha sido mi único amigo de verdad en estos últimos años. Jadeando, corro hasta su habitación en los barracones. El mármol está chamuscado, la madera arde, el cristal de la ventana se ha derretido, pero no hay ningún cadáver calcinado aquí, como los hay en los pasillos y vestíbulos. Ninguno de aquellos cuerpos carbonizados era lo bastante grande para ser el grueso Nightenhelser. De repente llegan gritos de la segunda planta, y luego silencio a excepción del incesante rugir de las llamas. Me asomo a una ventana y veo a la musa pasar volando en su carro, los caballos holográficos al galope. Casi vencido por el pánico, atragantándome audiblemente con el humo (si la musa estuviera todavía aquí en los barracones me oiría) me obligo a visualizar Ilión y el restaurante donde vi por última vez a Nightenhelser. Entonces agarro y retuerzo el medallón TC, y escapo.

No está en el restaurante donde lo vi por la mañana temprano. Salto al campo de batalla: no está en su sitio de costumbre, en el parapeto sobre las líneas troyanas. Me quedo el tiempo suficiente para advertir que Héctor y Paris están liderando con éxito a las tropas troyanas en un ataque contra los argivos que huyen, y entonces TCEO hasta un lugar a la sombra, tras las líneas griegas, cerca de su foso y la hilera de picas y donde me he encontrado con Nightenhelser en el pasado.

Está aquí, disfrazado de Dólope, hijo de Clito, a quien le quedan unos pocos días si lo va a matar Héctor de tener razón Homero. Sin molestarme en morfear para tener otro aspecto que el del delgado Hockenberry, me quito la capucha del Casco de Hades y corro hacia el otro escólico.

—Hockenberry, ¿que?... —Nightenhelser se escandaliza por lo poco profesional de mi conducta y por la reacción de los otros aqueos cercanos. Llamar la atención sobre uno mismo es lo último que quiere un escólico. Excepto, tal vez, ser reducido a cenizas por una musa vengativa. No tengo ni idea de por qué nuestra musa se está cargando a todos los escólicos, pero calculo que de algún modo he causado esta matanza de inocentes.

—Tenemos que salir de aquí —digo, gritando por encima del estrépito de los refuerzos a la carga, el relincho de los caballos y el fragor de los carros. Desde este polvoriento lugar de observación parece que todo el centro de las líneas griegas ha cedido.

—¿De qué estás hablando? Hoy es un día importante. Héctor y Paris están...

—A la mierda Héctor y Paris —digo en inglés.

La musa ha TCEado y ha cobrado forma sólida sobre las líneas troyanas donde Nightenhelser y yo solemos estacionarnos, otra musa conduce su carro volador mientras ella se inclina por el lado y escruta las tropas con su visión ampliada. Morfearnos no nos salvará hoy a los mortales escólicos.

Como para demostrarlo, la musa llamada Melete («mí» musa) alza las manos y dispara un rayo coherente de energía hacia tierra, golpeando a un soldado de infantería troyano llamado Dío, que tendría que estar vivo para recibir una reprimenda en el Canto Veinticuatro según Homero, pero que muere hoy en un destello de llamas y un remolino de humo y calor. Otros troyanos retroceden, algunos huyen hacia la ciudad y sin comprender la ira de esta diosa en un día de victoria ordenada por Zeus, pero Héctor y Paris están a medio kilómetro al sureste, liderando su ataque, y ni siquiera miran atrás.

—Ése no era Dío —jadea Nighthelser—. Era Houston.

—Lo sé —digo yo, volviendo mi visión ampliada a modo normal. Houston era el más joven y más nuevo de los escólicos. Yo apenas había hablado con él. Probablemente estaba hoy en las líneas troyanas porque yo había desaparecido.

El carro de la musa vira bruscamente y vuela hacia nosotros. No creo que la muy zorra nos haya visto todavía (nos encontramos entre cientos de hombres y caballos arremolinados), pero lo hará dentro de unos segundos.

¿Qué hago? Puedo ponerme el Casco de Hades y correr de nuevo como un cobarde, dejando a Nighthelser para que muera como pasó con Blix y todos los demás, a quienes fallé. No hay modo de que la capucha metálica pueda escondernos a ambos de la visión divina de la musa. *O podemos correr... correr hacia las naves negras.* No avanzaremos ni veinte metros.

El carro descendiendo más y se camufla, de modo que resulta invisible para los griegos y troyanos de abajo. Con nuestra visión nanoalterada, Nighthelser y yo todavía lo vemos venir.

—¿Qué demonios? —chilla Nighthelser, soltando su vara de grabación mientras lo abrazo, rodeándolo con ambos brazos y una pierna como si fuera un soldado delgado que intentara violar a un tiarrón de su tamaño.

Con un brazo en torno al cuello del gran escólico, agarro el medallón TC y lo retuerzo.

No sé si esto funcionará. No debería. El medallón está obviamente diseñado para transportar sólo a la persona que lo lleva. Pero mi ropa viene conmigo cuando TCo, y más de una vez he llevado alguna otra cosa de sitio en sitio a través del espacio de Planck, así que tal vez el campo cuántico establecido por la teleportación incluye cosas con las que mi cuerpo está en contacto o lo que rodean mis brazos.

¿Qué demonios, va. Merece la pena intentarlo.

Cobramos existencia en la oscuridad, caemos pendiente abajo y nos separamos. Miro desesperadamente a mi alrededor, tratando de determinar dónde nos encontramos. No había tenido tiempo de visualizar ningún destino: simplemente había deseado estar en otro sitio y nos cuanto-teleporté a ambos... a otra parte.

¿Dónde?

Hay luz de luna, así que puedo ver a Nighthenheler observándome alarmado, como si yo fuera a saltarle encima otra vez de un momento a otro. Sin hacerle caso, miro al cielo (estrellas, un trozo de luna, la Vía Láctea) y luego a la tierra: árboles altos, una colina cubierta de hierba, un río cercano.

Estamos decididamente en la Tierra (la antigua Tierra de Ilión al menos), pero no parece el Peloponeso ni Asia Menor.

—¿Dónde estamos? —pregunta Nighthenheler, poniéndose en pie y sacudiéndose—. ¿Qué pasa? ¿Por qué es de noche?

El lado opuesto del mundo antiguo, pienso.

—Creo que estamos en casa —digo.

—¿En Indiana? —Nighthenheler se aparta otro paso.

—La Indiana del año mil doscientos y pico antes de Cristo —digo— Siglo arriba o siglo abajo.

Me he lastimado el brazo al caer por la pendiente.

—¿Cómo hemos llegado aquí? —Nighthenheler siempre ha sido tranquilo, algo cascarrabias a su modo, pero nunca se había enfadado realmente por nada. Ahora sí que parece cabreado.

—Nos he TCeado a ambos.

—¿De qué demonios estás hablando, Hockenberry? No estábamos cerca del portal TC.

Lo ignoro y me siento sobre una roca pequeña, frotándome el brazo. No hay muchas colinas en Indiana, ni siquiera las había en mi otra vida allí, pero había zonas rocosas y boscosas alrededor de Bloomington, donde vivíamos Susan y yo. Creo que, en mi pánico, visualicé... bueno, mi casa. Deseo con todas mis fuerzas que el medallón TC nos haya trasladado a través del tiempo además del espacio y nos haya soltado en la Indiana de finales del siglo XX, pero algo en la oscuridad completa del cielo nocturno y el olor límpido y puro del aire me dice lo contrario.

¿Quién hay aquí en el 1200 antes de Cristo? Los indios. Sería irónico que el medallón nos hubiera TCeado para alejarnos de una muerte inminente a manos de nuestra musa (literalmente) sólo para llevarnos al Nuevo Mundo, donde los indios nos van a cortar la cabellera. *La mayoría de las tribus no arrancaban la cabellera a sus víctimas antes de que llegaran los hombres blancos*, rezonga la parte pedante de mi cerebro de catedrático. *Aunque creo recordar haber leído en alguna parte que en ocasiones arrancaban orejas como prueba de sus crímenes.*

Bueno, eso hace que me sienta, mejor. Siempre se puede confiar en que un asesino tenga un buen estilo al escribir, o eso se dice, y en que un catedrático diga algo deprimente cuando ya estás deprimido.

—¿Hockenberry? —inquire Nighthenheler, sentándose en una roca cercana (no demasiado cerca de mí, advierto), y frotándose también codos y rodillas,

—Estoy pensando, estoy pensando —digo con mi mejor voz de Jack Benny.

—Bien, pues cuando acabes —dice Nightenhelser—, tal vez puedas decirme por qué la musa acaba de matar a Houston.

Esto me hizo serenarme, pero no estaba seguro de cómo responder.

—Están pasando cosas con los dioses —digo por fin—. Planes. Intrigas. Pactos.

—No me digas —dice Nightenhelser, con ironía. Alzo ambas manos, las palmas hacia arriba.

—Afrodita estaba intentando utilizarme para que asesinara a Atenea.

Nightenhelser se me queda mirando. Consigue, a duras penas, no quedarse boquiabierto.

—Sé lo que estás pensando —digo—. ¿Por qué yo? ¿Por qué usar a Hockenberry? ¿Por qué darle el poder para TCear por su cuenta y el Casco de Hades para ocultarse? Y estoy de acuerdo: no tiene sentido.

—No estaba pensando eso —dice Nightenhelser. Un meteorito cruza el cielo sobre nosotros. En algún lugar del bosque, un búho emite un ruido que no llega a ser un ulular—. Me estaba preguntando cuál es tu nombre de pila.

Ahora me toca a mí el turno de quedarme mirándolo.

—¿Por qué?

—Porque los dioses nos instan a que no usemos nuestros nombres propios y nosotros temíamos llegar a conocernos bien porque los escólicos estábamos siempre... desapareciendo y siendo sustituidos por los dioses —dice el hombretón, parecido a un oso incluso en las sombras de la oscuridad—. Así que quiero saber cuál es tu nombre de pila.

—Thomas —digo después de un segundo—. Tom. ¿Y el tuyo?

—Keith —dice el hombre a quien conozco levemente desde hace casi un año. Se pone en pie y contempla el bosque oscuro—. Bueno, ¿y ahora qué Tom?

Insectos, ranas y otros bichos nocturnos crean un ruido de fondo en el bosque negro. A menos que sean Indios espíandonos.

—¿Sabes cómo...? Quiero decir, ¿has ido mucho de acampada...?

—¿Te refieres a si me moriré si me dejas aquí solo? —pregunta Nightenhelser... Keith.

—Sí.

—No lo sé. Probablemente. Pero sospecho que mis posibilidades son muchísimo más altas aquí que en las llanuras de Ilión. Al menos mientras la musa siga en pie de guerra...

Supongo que Keith está pensando también en los indios.

—Además, tengo mis juegucitos escólicos y demás. Puedo hacer fuego, usar el arnés de levitación para volar si es preciso, morfearme en Toro si es necesario... Así que supongo que puedes TCear a donde tengas que ir y hacer lo que tengas que hacer —dice Nightenhelser—. Infórmame después sobre los detalles... si hay un después.

Asiento y me pongo en pie. Parece extraño... equivocado, dejar al otro escólico aquí, solo, pero no veo otra opción.

—¿Puedes encontrar el camino de regreso? —pregunta—. *Aquí*, quiero decir. Para recogerme.

—Eso creo.

—¿Eso crees? ¿Eso *crees*? —Nighthenelser se pasa la mano por el pelo hirsuto—. Espero que no fueras jefe de tu departamento, Hockenberry.

Supongo que el momento de llamarse por el nombre propio ha pasado.

No hay ningún lugar en el universo donde menos me gustaría estar que en el Olimpo. Cuando llego, los habitantes de ese monte están reunidos en el Gran Salón de los Dioses. Tras asegurarme de que el Casco de Hades está en su sitio y de que no proyecto ninguna sombra, me deslizo hasta el gran edificio estilo Partenón.

En mis nueve años y pico como escólico, nunca he visto tantos dioses juntos. A un lado de la larga piscina holográfica se sienta Zeus, en lo alto de su trono de oro, más imponente que nunca. Como he mencionado, los dioses suelen tener dos metros y medio o más de altura, excepto cuando adoptan forma mortal, y Zeus normalmente es quince o veinte centímetros más alto, un adulto divino para sus hijos cósmicos. Pero hoy Zeus mide siete metros, cada uno de sus musculosos antebrazos es tan largo como mi torso. Me pregunto cómo se conjuga esto con la conversión de masa y energía de la que intentó hablarme el otro escólico hace años, pero ahora no tiene importancia. Me apoyo contra la pared, lejos de los otros dioses y sin hacer ningún ruido ni movimiento que traicionen mi presencia a los refinados sentidos de todos estos superhéroes... eso sí que importa.

Yo creía conocer por su nombre a todos los dioses y diosas, pero aquí hay docenas a los que no reconozco. Los que sí conozco, los dioses y diosas que han estado más implicados en la lucha en Troya, se alzan en la multitud como estrellas de cine en un mitin de políticos menores, pero incluso el menor de estos dioses es más alto, más fuerte, más guapo y más perfecto que ninguna estrella del cine que yo recuerde de mi otra vida. Junto a Zeus, al otro lado de la piscina holográfica (que divide ahora la sala como un largo foso) distingo a Palas Atenea, el dios de la guerra Ares (obviamente ya ha salido de su tanque de curación, que no resultó dañado cuando destruí el de Afrodita), los hermanos más jóvenes de Zeus: el dios marino Poseidón (que rara vez viene al Olimpo), y Hades, señor de los muertos. El hijo de Zeus, Hermes, se encuentra cerca de la piscina, y el guía y ejecutor de gigantes es tan esbelto y hermoso como las estatuas que he visto de él. Otro hijo de Zeus, Dionisos, el dios del placer, habla con Hera y (en contraste con su imagen pública) no sostiene ninguna copa de vino en la mano. Para ser el dios del placer Dionisos parece pálido, débil y

amargado: como un hombre que está solo en la tercera semana de un programa de doce pasos. Tras ellos, con aspecto de ser más viejo que el tiempo, está Nereo, el auténtico dios del mar, el Viejo del Mar. Los dedos de sus manos y pies están unidos por membranas y tiene agallas visibles bajo los sobacos.

Los Hados y las Furias están aquí a la fuerza, chocando por accidente o capricho entre los dioses y diosas. Son dioses (más o menos) pero a veces tienen poder regulador sobre los otros dioses. No son de aspecto humano como los dioses y diosas normales, y confieso que casi no sé nada de ellos, excepto que no viven en el Olimpo, sino en uno de los tres volcanes situados al sureste, cerca de donde residen las musas. Mi musa, Melete, está aquí, junto a sus hermanas, Menemo y Aoide. Las musas más «modernas» también: las verdaderas Caliope, Polimnia, Urania, Erato, Cleis, Euterpe, Melpómene, Terpsícore y Talía. Justo tras las musas se encuentran los dioses de la lista principal. Afrodita no está entre ellos: eso es lo primero que advierto. Si estuviera, me vería con tanta facilidad como veo yo a estas divinidades. Pero su madre, Dione, sí que asiste, y está hablando con Hera y Hermes y parece bastante seria. Cerca de ese grupo están Deméter (la diosa de las cosechas) y su hija Perséfone, la esposa de Hades. Tras ellas distingo a Pasitea, una de las Gracias. Más atrás, como corresponde a su inferior rango, están las Nereidas, desnudas hasta la cintura, hermosas y de aspecto traicionero.

La metadiosa llamada Noche permanece apartada. Su peplo y velo son de un púrpura tan oscuro que parece negro, e incluso los otros dioses y diosas se alejan de ella. No sé nada sobre Noche, excepto que hay rumores de que Zeus la teme. Nunca la había visto en el Olimpo hasta ahora.

Me siento como uno de esos aficionados al cine que se plantan entre la multitud en la entrega de los premios de la Academia, intentando separar los dioses-alfa de los menores. Hebe, por ejemplo, está allí, cerca de los varones (la diosa de la juventud, la hija de Zeus y Hera, es sólo una criada de los dioses), y allí, el pelo rojo como el fuego, está Hefesto, el gran artificiero, hablando con su esposa, Caris, que es sólo una de las Gracias. Establecer un orden entre los dioses y las diosas, advierto ahora, no por primera vez, es complicado.

De repente la diosa Iris, la mensajera de Zeus, vuela hacia delante (sí, vuela) y da una palmada.

—El Padre hablará —dice, la voz tan clara y nítida como un solo de flauta.

Inmediatamente las docenas de conversaciones entre murmullos cesan y el gran salón queda en silencio.

Zeus se pone en pie. El brillo de su trono de oro y los escalones de oro que conducen hasta él lo baña en luz divina.

—Oídme todos, dioses y diosas —dice Zeus, con suavidad. Pero su voz es tan potente que noto su vibración en las altas paredes de mármol—. Alguna deidad ha intentado hoy herir a Afrodita, irrumpiendo en nuestro salón de curación y,

aunque sigue viva, estubo a punto de morir y necesitará muchos más días de curación. *Alguna deidad intentó matar a una inmortal hoy... intentó matar a uno de nosotros, que no tenemos la muerte por destino.*

Los murmullos y conversaciones escandalizadas dan comienzo como un zumbido y se convierten en un rugido en la enorme sala.

—¡¡SILENCIO!! —trueno Zeus, y esta vez su voz es tan fuerte que me derriba y me hace resbalar por el suelo de mármol como si fuera una bala de heno en un tornado. Por fortuna, no choco con ninguno de los dioses ni diosas al resbalar, y el ruido que hago es ahogado por los ecos del grito de Zeus.

—Oídme ahora, dioses y diosas —continúa, su voz amplificadas como si llegara del sistema de megafonía definitivo—. Que ninguna hermosa diosa, ni ningún dios tampoco, intente desafiar mi estricto decreto. Os someteréis a mi voluntad... ¡AHORA!

Esta vez estoy preparado para la fuerza huracanada de su voz y me agarro a una columna hasta que la oleada ha pasado.

—Escuchadme —dice Zeus, casi susurrando ahora, su poder aún más terrible por el tono suave—. Cualquier dios que viole mi dictado ayudando a los troyanos o a los aqueos como he visto hacer este mes, volverá al Olimpo golpeado por mi rayo y masacrado por mi trueno, caerá en eterna desgracia, y será desterrado. Desafiadme, y descubriréis lo que es ser arrojado a las sombras del Tártaro a medio universo de distancia en el espacio y el tiempo, a la sima más profunda que se abre bajo nuestras entidades cuánticas.

Mientras habla, el largo pozo holográfico hierve y borbotea, se vuelve completamente negro y se convierte en algo distinto a un holograma: el pozo rectangular (que parece una docena de piscinas de tamaño olímpico puestas una junto a la otra, bullendo llenas de aceite negro) suelta de repente un rugido propio y se convierte en un agujero que da a un lugar oscuro y feroz y terriblemente profundo. El hedor del azufre se expande y los dioses y diosas que están cerca del borde retroceden.

—Contemplad el Tártaro —exclama Zeus—, las profundidades más bajas de la Morada de Hades, un lugar tan por debajo del infierno como está el hogar de Hades por debajo de la tierra misma. ¿Os acordáis, los dioses y diosas más veteranos entre nosotros, de cuando me seguisteis a aquella guerra de diez años contra los Titanes, que gobernaban antes que nosotros? ¿Os acordáis de que expulsé a Cronos y Rea, mis propios padres, más allá de estas puertas de hierro y estos umbrales de bronce, ay, y a Japeto también, pese a todo su poder?

Todos en el salón guardan silencio. Sólo se oyen los ahogados rugidos y gritos y chillidos que llegan del pozo del Tártaro abierto. No tengo ninguna duda de que es un agujero al infierno, no un holograma, lo que se abre a tres metros escasos de donde me acurruco.

—SI LANCÉ A MIS PADRES A ESTE POZO DE POZOS POR TODA LA

ETERNIDAD —ruge zeus—, ¿DUDÁIS QUE ENVIARÉ VUESTRAS ALMAS AULLANTES EN UN SEGUNDO?

Los dioses y diosas no responden, sino que retroceden varios pasos alejándose del horrible vacío.

Zeus sonríe, terrible.

—Venga, intentadlo, inmortales, para que todos puedan aprender.

Un enorme cable dorado cae del techo del salón, dividiendo el pozo del infierno. Los dioses y diosas corren para apartarse de su caída. Golpea el mármol con estrépito. La cuerda, es más gruesa que la maroma de un barco y parece tejida con miles de hilos de auténtico oro de dos centímetros de grosor. Debe pesar muchas toneladas.

Zeus baja sus escalones dorados y alza el cable, sujetándolo con facilidad con sus manos gigantescas.

—Agarrad vuestro extremo —dice, casi alegremente.

Los dioses y diosas se miran unos a otros y no se mueven.

—¡AGARRAD VUESTRO EXTREMO!

Cientos de inmortales y sus inmortales sirvientes corren a obedecer y agarran el largo cable, como niños en un juego de tirar de la cuerda. En un minuto Zeus está solo a un lado del pozo del Tártaro, sujetando la cuerda con indiferencia, y la incontable turba de dioses y diosas está al otro, sujetando con fuerza el cable de oro con sus poderosas manos divinas.

—Arrastradme —dice Zeus—. Arrojadme del cielo a la tierra y al Hades y más abajo, a las apestosas profundidades del Tártaro. Arrastradme, digo.

Ni un solo dios mueve un músculo de bronce.

—¡ARRASTRADME, OS LO ORDENO!

Zeus agarra el cable dorado y empieza a tirar. Las sandalias de los dioses resbalan y chirrían sobre el mármol. Varios cientos de dioses y diosas arrastrados hacia el pozo, algunos tropiezan, otros caen de rodillas.

—¡TIRAD, MALDITOS SEÁIS! —aúlla zeus—. ¡TIRAD O SERÉIS ARRASTRADOS AL HEDIONDO TÁRTARO HASTA QUE EL TIEMPO MISMO SE PUDRA EN LOS HUESOS DEL UNIVERSO!

Zeus tira de nuevo y veinte metros de cable dorado se enroscan tras él. La hilera de dioses y diosas y gracias y furias y nereidas y ninfas y lo que queráis del otro lado (todos tirando excepto Noche con su pepló púrpura) resbala y chirría más cerca del pozo. Atenea, que va en cabeza está sólo a diez metros del borde cuando grita:

—¡Tirad, dioses! ¡Haced caer al viejo hijo de puta!

Ares y Apolo y Hermes y Poseidón y el resto de los más poderosos dioses ponen manos a la obra. Dejan de resbalar. El cable se tensa, crujiendo y pelándose por la tensión. Las diosas gritan y tiran al unísono; Hera (la esposa de Zeus) tira todavía con más fuerza que los demás. El cable de oro se estira y

gruñe.

Zeus se ríe. Los mantiene a todos a raya con una sola mano en la cuerda. Luego agarra el cable con la otra mano y vuelve a tirar.

Los dioses gritan como niños en una montaña rusa. Atenea y los que están cerca de ella siguen deslizándose por el mármol como si fuera hielo, cada vez más y más cerca del rugiente pozo del Tártaro, mientras docenas de inmortales menores se rinden y se sueltan. Pero Atenea no suelta su presa. La diosa de los ojos grises es acercada implacablemente hacia el borde de la humeante puerta al infierno. Toda la hilera de esforzados y sudorosos inmortales que maldicen está cediendo.

Zeus se ríe y suelta el cable. Los dioses vuelan hacia atrás y aterrizan sin más ceremonias sobre sus inmortales culos.

—Dioses y diosas, hermanos, hermanas, hijos, hijas, primos y sirvientes... no podéis arrastrarme —dice Zeus. Regresa a su trono y se sienta—. Ni aunque os arrancarais los brazos de las articulaciones, si tiraseis hasta la muerte, podríais arrastrarme si yo decido no moverme. Soy Zeus, el más grande, el más poderoso de los reyes.

Alza un enorme dedo.

—Pero... si decido arrastraros a vosotros, os expulsaré de este Olimpo, os haré colgar en el negro espacio sobre el Tártaro, ataré también el mar y la tierra, engancharé el extremo en la cima de esta montaña llamada Olimpo, y os dejaré allí colgando en la oscuridad hasta que el Sol se enfrie.

Si yo no acabara de ver lo que he visto, pensaría que el viejo hijo de puta se estaba tirando un farol. Ahora sé que no.

Atenea se pone en pie, a menos de un metro del borde del pozo del Tártaro, y dice:

—Padre Nuestro, hijo de Cronos, que estás en el más alto trono del cielo, conocemos tu poder, Señor. ¿Quién puede alzarse contra ti? Nosotros no...

Todos los inmortales parecen estar conteniendo la respiración. El temperamento de Atenea es legendario, sus habilidades diplomáticas a menudo son escasas: si ahora dice algo equivocado...

—Incluso así —dice la hija de Zeus de mirada gris—, nos compadecemos de esos pobres mortales, yo y mis condenados lanceros argivos, que representan sus pequeños papeles en su pequeño escenario, muriendo sus terribles muertes, ahogándose en su propia sangre al final de sus pequeñas vidas.

Da otros dos pasos, de modo que las puntas de sus sandalias cuelgan sobre el borde del negro pozo. En algún lugar a cientos de metros por debajo, en la oscuridad surcada de relámpagos del Tártaro, algo enorme aúlla de dolor y miedo.

—Sí, Zeus —continúa Atenea—, nos mantendremos apartados de la guerra como ordenas. Pero concédenos, al menos, permiso para ofrecer a nuestros

mortales favoritos tácticas que puedan salvarlos, para que no todos caigan bajo el rayo de tu inmortal cólera.

Zeus mira a su hija un largo instante y, por una vez, no puedo leer sus pensamientos: ¿Furia? ¿Humor? ¿Impaciencia?

—Tritogeneia, querida hija tres veces nacida —dice Zeus—, tu valor siempre me ha dado dolor de cabeza. Pero no te acobardes, pues nada de la lección que os he dado hoy fluye de mi cólera, sino que sólo pretende demostrar a todos los aquí congregados las consecuencias de su desobediencia.

Y tras haber hablado, Zeus baja de su trono y su carro personal llega volando entre las gigantescas columnas. Su par de caballos de cascos de bronce (reales, veo, no hologramas) aterrizan a su lado, sus crines doradas al viento. Tras ponerse su armadura dorada y empuñar el látigo, Zeus sube al carro de batalla, hace restallar el látigo, y el tiro y el carro corren por el mármol y luego despegan trazando un círculo sobre el salón a treinta metros por encima de las cabezas de los dioses y diosas, antes de volar entre las columnas y desaparecer en un temblor de trueno cuántico.

Poco a poco, los dioses y diosas y demás entes menores abandonan el salón, murmurando y planeando entre sí. Ninguno (estoy seguro) tiene pensado obedecer a su amo y señor.

Y yo me quedo aquí un rato, invisible y alegre de serlo. Tengo la boca abierta y respiro entrecortadamente, como un perro vapuleado un día de calor. Me parece que estoy babeando un poco y todo.

Algunas veces, aquí arriba, en el Olimpo, es difícil creer por completo en causa y efecto y en el método científico.

Bosque de pinos gigantes de Tejas

Daeman estaba ahora completamente solo, él y el sonie en el claro del bosque, y no le gustaba.

Después de que Savi se marchara, Odiseo había contado su interminable y absurda historia y al terminar se había internado en el bosque. Hannah esperó un minuto y luego se fue detrás del viejo (Daeman había sabido inmediatamente esa mañana que Hannah y el hombre barbudo habían dormido juntos la noche anterior: su radar sexual rara vez se equivocaba). Unos cuantos minutos más tarde, Ada y el otro viejo, Harman, dijeron que iban a dar un corto paseo y luego desaparecieron bajo los árboles en dirección opuesta (Daeman sabía que también habían practicado el sexo la noche antes. Evidentemente, él y la vieja bruja, Savi, eran los únicos que no se estaban comiendo nada).

Así que Daeman estaba ahora solo en el claro del bosque, apoyado contra el casco del sonie, escuchando el movimiento de las hojas y los chasquidos de las ramas en la oscura maleza, cosa que no le gustaba ni pizca. Si aparecía un alosaurio, estaba preparado para saltar al sonie... pero, ¿luego qué? Ni siquiera sabía cómo acceder a los controles holográficos, mucho menos cómo activar la burbuja del campo de fuerza ni pilotar la máquina. Sería un entremés en un plato para el dino.

A Daeman se le ocurrió gritar para llamar a Savi o a cualquiera de los otros y decirles que regresaran, pero inmediatamente se lo pensó mejor. ¿Atraía el ruido a los dinosaurios y otros depredadores? No iba a probar para averiguarlo. Mientras tanto, se sentía muy incómodo: no sólo por la ansiedad, sino por la necesidad de ir al cuarto de baño. Los otros podrían haberse perdido entre los árboles con los pañuelos de papel que Savi les había proporcionado, pero Daeman era un ser humano civilizado: nunca iba al cuarto de baño sin... bueno, sin un cuarto de baño, y no estaba dispuesto a empezar ahora. Naturalmente, no sabía cuántas horas pasarían hasta que llegaran a Ardis Hall, y Savi hablaba como si ni siquiera fuera a detenerse allí. Soltaría a Hannah, Ada y el ridículo impostor que se hacía llamar Odiseo, y luego se dirigiría a la Cuenca

Mediterránea o lo que fuera. Daeman sabía que no podía esperar tanto para aliviarse.

Advirtió que se sentía más desanimado que asustado. Por lo visto había sorprendido a todos al ofrecerse voluntario para acompañar a la vieja y a Harman en su ridícula expedición, pero nadie había adivinado sus verdaderos motivos. En primer lugar le daban miedo los dinosaurios de Ardis Hall. No pensaba volver allí. Segundo, toda aquella charla de que faxear era una especie de destrucción y reconstrucción de gente lo había puesto extremadamente nervioso. Bueno, ¿quién no lo estaría, tan poco tiempo después de despertar en la fermería, al enterarse de que su cuerpo real había sido destruido? Daeman había faxeado casi todos los días de su vida, pero la idea de entrar ahora en un fax-portal, sabiendo que iba a desintegrar sus músculos, huesos, cerebro y memoria, y luego a construir una copia en otra parte (si la vieja estaba diciendo la verdad) ... bueno, la idea le molestaba una barbaridad.

Así que optó por viajar en el sonie unos cuantos días más, para no enfrentarse a los dinosaurios de Ardis ni a la destrucción de sus átomos o moléculas o lo que fuera en el fax.

Ahora sólo quería un cuarto de baño y un servidor o a su madre para que le hicieran la cena. Tal vez le exigiera a la vieja que lo dejara en Cráter París, después de todo. No estaba demasiado lejos, ¿no? Aunque les había echado un vistazo a los galimatías de Harman (su « mapa ») Daeman no tenía ni idea de la geografía del mundo. Todo estaba exactamente tan lejos como cualquier otra cosa: a un paso de fax-portal.

La anciana salió del bosque, vio a Daeman solo, apoyado contra el sonie que flotaba suavemente, y dijo:

—¿Dónde está todo el mundo?

—Eso es lo que me estaba preguntando. Primero el bárbaro se marchó. Luego Hannah fue tras él. Después Ada y Harman se marcharon por allí... — señaló hacia los altos árboles, al otro lado del claro.

—¿Por qué no usas tu palma? —dijo Savi, y sonrió como si algo que había dicho le hiciera gracia.

—Ya lo he intentado —respondió Daeman—. En tu bloque de hielo. En el puente. Aquí. No funciona.

Alzó la palma izquierda, pensó en la función buscadora, y le mostró el rectángulo en blanco que flotaba allí.

—Eso es sólo la función localizadora inmediata —dijo Savi—. Sólo una flecha-guía cuando estás cerca de algo, como por ejemplo en una biblioteca buscando un libro en el pasillo equivocado. Usa lejonet o cercanet.

Daeman se la quedó mirando. Desde la primera vez que viera a esta mujer había dudado de su cordura.

—Ah, es verdad —dijo Savi, todavía con aquella sonrisa triste—. Habéis

olvidado todas las funciones. Generación tras generación.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Daeman—. Las antiguas funciones como la lectura ya no funcionan. Las perdimos cuando los posthumanos se marcharon —señaló los anillos que se entrecruzaban en el pedazo de cielo que tenían encima.

—Tonterías —dijo Savi. Se acercó, se apoyó en el sonie y le agarró el brazo izquierdo, volviendo su palma hacia ella—. Piensa en tres círculos rojos con cuadros azules en el centro.

—¿Qué?

—Ya me has oído —continuó sujetándole la muñeca.

Idioteces, pensó Daeman, pero visualizó tres círculos rojos con cuadrados azules flotando en el centro de cada uno.

En vez del pequeño rectángulo de luz amarillo blancuzca que generaba la función localizadora, un gran óvalo de luz azul flotaba ahora a un palmo de su palma.

—¡Guau! —exclamó Daeman, liberando la muñeca de su tenaza y sacudiendo la mano, como si un insecto enorme se le hubiera posado encima. El óvalo azul fluctuó con ella.

—Relájate —dijo Savi—. Está en blanco. Visualiza a alguien.

—¿A quién? —A Daeman no le gustaba nada aquella sensación: su cuerpo haciendo algo que no sabía que podía hacer.

—A cualquiera. Alguien íntimo.

Daeman cerró los ojos y visualizó el rostro de su madre. Cuando volvió a abrirlos, el óvalo azul estaba repleto de diagramas. Trazados de calles, un río, palabras que no sabía leer, una visión aérea del círculo negro que sólo podía ser el cráter en el corazón de Cráter París. La imagen entró en un zoom y de repente estuvo en una estructura estilizada, quinta planta, un domo cerca del cráter... no su casa. Dos estilizadas figuras humanas, personajes de dibujo animado pero con caras reales y humanas, estaban en la cama, la hembra sobre el varón, moviéndose...

Daeman cerró el puño y apagó el oval.

—Lo siento —dijo Savi—. Olvidé que nadie usa inhibidores de búsqueda hoy en día. ¿Tu novia?

—Mi madre —respondió Daeman, tragando bilis. Era el domicomplex de Goman, situado al otro lado del cráter: conocía la distribución de cuando era niño y jugaba en las habitaciones interiores mientras su madre retozaba con el hombre alto de piel oscura y la voz suavizada por el vino. A Daeman no le gustaba Goman, y no sabía que su madre seguía viéndolo. Según lo que Harman había dicho, ya era de noche en Cráter París.

—Vamos a ver dónde están Hannah y Ada y los demás —dijo Savi. Se echó a reír—. Aunque tal vez deseen haber activado también los inhibidores de lejonet.

Daeman no se atrevía a abrir el puño.

—Recíclalo —dijo Savi.

—¿Cómo?

—¿Cómo te libras de tu flecha localizadora?

—Pienso «apágate» —dijo Daeman, y añadió mentalmente: *estúpida*.

—Hazlo.

Daeman lo pensó y el óvalo azul desapareció.

—Cercanet se activa pensando en un círculo amarillo con un triángulo verde dentro —dijo Savi. Miró su propia palma y un brillante rectángulo amarillo apareció sobre ella.

—Piensa en Hannah —dijo Savi.

Así lo hizo. Las palmas de ambos mostraron un continente (Norteamérica, pero Daeman no lo reconoció), y luego un zoom hasta la sección sur-central, zoom al norte hasta la costa, zoom a una compleja serie de palabras ilegibles y mapas topográficos, zoom bajo estilizados árboles hasta una forma estilizada con la cabeza de Hannah sobre un cuerpo de caricatura, caminando sola... no, sola no, advirtió Daeman, pues había un signo de interrogación caminando junto a ella.

Savi volvió a reírse.

—Cercanet no sabe cómo procesar a Odiseo.

—No veo a Odiseo —dijo Daeman.

Savi acercó la mano a su cubo holográfico amarillo y tocó el signo de interrogación. Señaló las dos figuras rojas en el borde de la nube.

—Ésos somos nosotros —dijo—. Ada y Harman deben de estar al norte.

—¿Cómo sabemos que es Hannah? —preguntó Daeman, aunque había visto su coronilla.

—Piensa «primer plano» —dijo Savi. Le mostró la nube de su palma que había bajado más, hasta nivelarse, y estaba contemplando a la estilizada Hannah con la cara real de Hannah caminar entre árboles estilizados, a lo largo de un estilizado arroyo.

Él pensó «primer plano» y se maravilló de la claridad de la imagen. Veía la sombra de los árboles sobre sus rasgos. Hablaba animadamente con el símbolo (Savi había dicho que era un signo de interrogación) que flotaba junto a ella. Daeman se alegró de no encontrar a Hannah en mitad del acto sexual.

Savi debía haber visualizado a Ada y Harman, pues la nube amarilla de su palma cambió y mostró a dos figuras caminando sobre signos topográficos en algún lugar por encima de los puntos rojos estacionarios que había identificado como ellos mismos.

—Todo el mundo está vivo, los dinosaurios no se han comido a nadie —dijo Savi—. Pero me gustaría que regresaran de una maldita vez para que pudiéramos marcharnos. Se está haciendo tarde. Si estos fueran los viejos

tiempos, los llamaría a sus palmas y les diría que movieran el culo y volvieran.

—¿Puedes usar esto para comunicarte? —dijo Daeman, alzando su mano vacía.

—Por supuesto.

—¿Por qué no sabemos esas cosas? —lo dijo con cierto enfado.

Savi se encogió de hombros.

—Los llamados humanos antiguos no sabéis mucho de casi nada.

—¿Qué quieres decir con eso de «llamados humanos antiguos»? —inquirió Daeman. Ahora estaba enfadado de verdad.

—¿Crees realmente que los humanos de la Edad Perdida, los pretéritos, tenían todas estas nanomáquinas insertadas genéticamente en sus células y cuerpos? —preguntó Savi.

—Sí —respondió Daeman, aunque se dio cuenta de que no sabía absolutamente nada de los pretéritos de la Edad Perdida, y le importaba aún menos.

Savi guardó un minuto de silencio. A Daeman le parecía cansada, pero quizá todos los antiguos humanos preferiría tenían tan mal aspecto. No lo sabía.

—Deberíamos ir a recogerlos —dijo ella por fin—. Yo iré por Hannah y Odiseo, tú ve por Ada y Harman. Pon tu palma en cercanet, activa tu localizador como de costumbre y eso te llevará hasta ellos. Diles que el autobús se marcha.

Daeman no tenía ni idea de qué era un «autobús», pero le daba igual.

—¿Hay otras funciones? —preguntó antes de que la anciana se marchara.

—Centenares.

—Muéstrame una —la desafió Daeman. No la creía. Centenares, no; pero con una o dos le bastaría para ser popular en las fiestas, interesante para las mujeres jóvenes.

Savi suspiró y se apoyó contra el sonie. Se había levantado viento y las ramas de la secuoya que se alzaba sobre ellos se agitaban.

—Puedo mostrarte la función que acabó por expulsar a los posthumanos de la Tierra —dijo en voz baja—. La todonet.

Daeman cerró el puño de nuevo y apartó la mano.

—No si es peligroso.

—No lo es —dijo Savi—. No para nosotros. Mira, yo primero.

Le bajó el brazo, le abrió los dedos y le tocó la palma de una manera que a él le pareció casi excitante. Luego colocó su propia palma junto a la suya.

—Visualiza cuatro rectángulos sobre tres círculos rojos sobre cuatro triángulos verdes —dijo ella suavemente.

Daeman frunció el ceño: era difícil, las sombras resbalaban al borde de su habilidad para retener la imagen, pero lo consiguió por fin, cerrando los ojos.

—Abre los ojos —dijo Savi.

Daeman así lo hizo y tuvo que agarrarse al sonie con ambas manos para

apoyarse.

No había ninguna nube de palma. Ningún mapa ilegible ni ninguna figura de dibujo animado.

En cambio, hasta donde alcanzaba la vista todo se había transformado. Los árboles cercanos, para él sin ningún otro interés que la sombra que le proporcionaban eran ahora complejos, altísimos, transparentes, capa tras capa de tejido vivo y pulsante, corteza muerta, vesículas, venas, materia interior que mostraba vectores estructurales y anillos de columnas de datos fluyentes, el móvil rojo y verde de la vida: agujas, xylemas, floemas, agua, azúcar, energía, luz del sol. Supo que de haber sabido leer el flujo de datos habría comprendido exactamente la hidrología del milagro viviente que era ese árbol, habría sabido exactamente cuánta presión aplicaba para elevar osmóticamente toda esa agua desde las raíces... Si Daeman miraba hacia abajo veía las raíces hundidas en el suelo, el intercambio energético de agua de la tierra a las raíces, el largo viaje de docenas de metros desde las raíces a los túbulos verticales que elevaban el agua... ¡docenas de metros en vertical! ¡Como un gigante que sorbiera de una pajita! Y luego el movimiento lateral del agua, moléculas de agua en tuberías de grosor microscópico, a lo largo de ramas de quince, veinte o treinta metros, estrechándose, estrechándose, la vida y los nutrientes de esa agua, la energía del sol...

Daeman alzó la cabeza y vio la luz solar como la lluvia de energía que era: luz que alcanzaba las agujas de pino y era absorbida, luz que incidía en el humus bajo sus pies y calentaba las bacterias que allí había. ¡Podía contar las atareadas bacterias! El mundo a su alrededor era un torrente de información, una marea de datos, un millón de microecologías interactuando a la vez, energía a energía. Incluso la muerte era parte de la compleja danza del agua, la luz, la energía, la vida, el reciclado, el crecimiento, el sexo y el hambre que fluían a su alrededor.

Daeman vio un ratón muerto casi enterrado en el humus, al otro lado del claro, poco más que pelo y huesos ya, pero aún una bengala de energía de luz roja mientras las bacterias se daban un festín y los huevos de las moscas incubaban para convertirse en gusanos al sol de la tarde y la lenta disgregación de las proteínas seguía a nivel molecular, y...

Jadeando, casi ahogándose, Daeman se dio la vuelta, tratando de acabar con aquella visión, pero la complejidad estaba en todas partes: el pulsante y humeante flujo de la energía transmitiéndose; los nutrientes siendo absorbidos; las células siendo alimentadas; las moléculas bailando en los árboles transparentes y respirando suelo: el cielo encendido con su lluvia, y el arrebato de la luz del sol y los mensajes de radio de las estrellas.

Daeman se cubrió los ojos con las manos, pero demasiado tarde: había mirado a Savi, la vieja, también una galaxia de vida. Vida anidada en las destellantes neuronas de su cerebro, tras aquel cráneo sonriente, que ardía como

relámpagos en la cadena de impactos que corrían por sus nervios retinales y en los miles de millones de formas vivas de su estómago, ocupadas e indiferentes todas, y, tratando de apartar la mirada, Daeman cometió el error de mirarse a sí mismo, de mirar dentro de sí, más allá de sí, su conexión con el aire y el suelo y el cielo...

—¡Apágate! —dijo Savi; la mente de Daeman repitió la orden.

La brillante luz del mediodía que se reflejaba en los árboles y el suelo cubierto de agujas le pareció de repente a Daeman tan oscura como la medianoche. Las piernas le fallaron. Jadeando, Daeman se deslizó por el borde del sonie y se desplomó en el suelo, rodó hasta quedar boca abajo, los brazos extendidos, las palmas planas, la cara apretada contra las agujas de pino.

Savi se agachó junto a él y le dio una palmada en el hombro.

—Pasará dentro de un minuto —dijo suavemente—. Descansa aquí. Yo iré a buscar a los demás.

Ada vaciló cuando Harman sugirió que fueran a dar un paseo: temía que Savi se enfadara o se sintiera alarmada por la ausencia de todo el mundo cuando regresara al claro, pero Hannah ya había salido corriendo detrás de Odiseo, y Ada no quería quedarse junto al sonie con Daeman. Además, no sabía si tendría otra oportunidad para hablar en privado con su nuevo amante antes de que ella regresara a Ardis y él se fuera volando con Savi a aquella Cuenca Meditecomosellamara. Subieron una colina, luego siguieron un arroyo al otro lado. El bosque bullía de cantos de pájaros, pero no vieron ningún animal más grande que una ardilla. Harman parecía preocupado, perdido en sus pensamientos y la única vez que tocó a Ada fue cuando le tendió la mano para ayudarla a cruzar el arroyo sobre una cascada de tres metros. Ella se preguntó si la noche que habían pasado juntos había sido un error, un fallo de cálculo por su parte, pero cuando se detuvieron a descansar en la base de la cascada, vio que sus ojos se centraban en ella, vio el afecto y la ternura de su mirada y se alegró de que se hubieran convertido en amantes.

—Ada —dijo él— ¿conoces a tu padre?

Ella parpadeó. La pregunta no era del todo sorprendente: la gente sabía que tenía padre, por supuesto, teóricamente, pero esas cosas no se preguntaban casi nunca.

—¿Quieres decir si sé quién fue?

Harman negó con la cabeza.

—Quiero decir si lo *conoces*. ¿Lo has visto?

—No —respondió ella—. Mi madre llegó a decirme su nombre en una ocasión, pero creo que él... alcanzó su Quinto Veinte hace algunos años.

Casi había estado a punto de decir *pasó a los anillos*, el eufemismo humano

más común para referirse a la ascensión corpórea al cielo de los posthumanos. Su corazón redobló cuando se preguntó por qué Harman le estaba haciendo aquella extraña pregunta. ¿Creía que existía la posibilidad de que *él* fuera su padre? Sucedió, claro. Las mujeres jóvenes hacían el amor con hombres mayores que podrían ser sus anónimos padres espermáticos: el incesto no era tabú, ya que no había ninguna posibilidad de que nacieran hijos de una unión semejante, y no había hermanos ni hermanas, ya que cada mujer sólo podía reproducirse una vez, pero la idea era extrañamente inquietante.

—Yo no sé quién fue mi padre —dijo Harman—. Savi dijo que en una época, incluso después de la Edad Perdida, los padres eran casi tan importantes para los niños como lo son las madres ahora.

—Cuesta imaginarlo —dijo Ada, todavía confusa. ¿Qué estaba intentando decirle? ¿Que era demasiado viejo para ella? Eso era una tontería.

Él empezó a caminar de nuevo y ella lo siguió bajo los árboles. Hacía fresco a la sombra, pero el aire era más denso. La cascada murmuraba tras ellos. De repente Ada miró en derredor, alarmada.

—¿Has oído algo? —preguntó Harman, deteniéndose junto a ella.

—No. Es que... hay algo raro.

—No hay servidores —dijo Harman—. Ni voynix.

Era eso, advirtió Ada. Estaban solos. Durante los dos últimos días, la ausencia de los omnipresentes servidores y voynix había sido como un sonido de fondo que faltara. Pero resultaba más evidente ahora que estaban solos, nada más que ellos dos.

De repente, sin ningún motivo concreto, Ada se estremeció.

Harman asintió.

—He estado tomando notas del terreno y observando el sol —señaló con la rama que estaba usando como bastón— El claro está detrás de esa colina.

Ada sonrió, pero no estaba totalmente convencida. Comprobó su localizador de palma, pero estaba en blanco, como sucedía desde que habían dejado el domi de la Antártida. Había estado en el bosque otras veces (normalmente en sus tierras de Ardis), pero nunca sin un servidor flotando cerca para mostrarle el camino a casa o sin un voynix como protección. Pero esto no era más que tensión de fondo a la ansiedad central de la extraña pregunta de Harman.

—¿Por qué preguntas por los padres?

Él la miró mientras seguían bajando la colina, internándose en el bosque de secuoyas. La sombra era casi penumbra, aunque lanzadas de luz salpicaban aquí y allá el silencio catedralicio.

—Por algo que me ha dicho Savi esta mañana —respondió—. Algo de que yo era lo bastante viejo para ser tu abuelo. Sobre que me metía en esta aventura para encontrar la fermería y relacionarme contigo, como una especie de negación de mi Veinte Final.

La primera respuesta de Ada fue la furia, seguida inmediatamente de una punzada de celos. Furia por la estúpida observación de Savi: no era asunto de aquella mujer con quién se acostaba Ada ni qué edad tenía. Celos por el hecho de que Harman se hubiera levantado de la cama aquel amanecer para ir a charlar con Savi. Ada simplemente le había dado un beso de despedida cuando se levantó, se lavó y se vistió esa mañana, un poco decepcionada porque su nuevo amante no quería pasar otra hora con ella antes de que todos se levantaran para desayunar, pero respetando su decisión, suponiendo que era madrugador por costumbre.

¿Pero qué era tan importante para que tuviera que dejarla al amanecer para ir a hablar con Savi? ¿No planeaba pasar los próximos días con Savi en su estúpida búsqueda de una nave espacial? De hecho, advirtió Ada, Savi iba a ocupar *su* lugar en esa aventura.

Estudió el rostro de Harman, de aspecto mucho más joven, sin las sorprendentes patas de gallo y el pelo gris de Odiseo, y vio que él no había advertido su arrebato de furia y celos. Harman seguía preocupado, perdido en sus propias reflexiones, y Ada se preguntó si la atención y la amabilidad que le había dispensado en los últimos días (hasta su maravilloso apareamiento de la noche anterior) eran aberraciones, sólo parte de un preludio al sexo, y no su conducta habitual. No lo creía, pero no lo sabía. ¿Era toda esta intimidad que había estado sintiendo con Harman una ilusión, algo generado por su encoñamiento con él?

—¿Sabes cómo eliges quedarte embarazada? —preguntó Harman, todavía hurgando distraidamente en el suelo con su bastón.

Ada se detuvo, desconcertada. La pregunta era... sorprendente.

Harman se detuvo y la miró como si no hubiera dicho nada fuera de lo común.

—Quiero decir si sabes como funciona el mecanismo —dijo él, todavía aparentemente ajeno a lo inadecuado de la pregunta. Los hombres y mujeres simplemente no discutían estas cosas.

—Si vas a darme un sermón sobre los pajaritos y las abejitas, es un poco tarde —dijo ella, envarada.

Harman se rio de buena gana. A lo largo del último par de semanas, esa risa había encandilado a Ada. Ahora la irritó una barbaridad.

—No me refiero al sexo, querida —dijo. Ada advirtió que era la primera vez que usaba ese término, pero no estaba de humor para apreciarlo—. Me refiero a cuando recibas permiso para quedarte embarazada, quizá dentro de décadas... y a elegir el donante de esperma.

Ada se estaba sonrojando y el hecho de que no pudiera dejar de sonrojarse le enfurecía. Se sonrojó aún más.

—No sé de qué estás hablando.

Sí lo sabía, naturalmente. Eran los hombres quienes se suponía que no sabían ni discutían de estas cosas. La mayoría de las mujeres decidían solicitar un embarazo en torno a su Tercer Veinte. Normalmente el periodo de espera era de uno o dos años antes de que se concediera el permiso, transmitido por los posthumanos a través de los servidores. En ese punto, la mujer abandonaba la actividad sexual, tomaba el desinhibidor de embarazos y decidía cuál de sus antiguas parejas sería el padre espermático de su hijo. El embarazo se producía en cuestión de días y el resto era tan antiguo como... bueno, como la humanidad.

—Estoy hablando del mecanismo por el que decides qué esperma almacenado es elegido por tu cuerpo —continuó Harman—. Las hembras humanas antiguas no tenían esa elección.

—Tonterías —replicó Ada—. Nosotros somos igual. Siempre ha sido así.

Harman negó con la cabeza lentamente, casi con tristeza.

—No —dijo—. Incluso en la época de Savi, hace unos mil años más o menos, el embarazo era algo más que un acto casual. Ella dice que este mecanismo de almacenamiento y selección de esperma era algo que los posts insertaron en nosotros (en las mujeres) basándose en la estructura genética de las polillas.

—¡Las polillas! —dijo Ada, no ya sólo sorprendida sino verdadera y profundamente furiosa ahora. Aquello era tan absurdo como denigrante—. ¿De qué demonios estás hablando, Harman *Uhr*?

Él alzó la cabeza y pareció advertir su reacción por primera vez, como si el uso del tratamiento formal hubiera sido una bofetada en la cara que lo hubiera devuelto a la realidad.

—Es cierto —dijo—. Lo siento si te molesta, pero Savi dice que los posts estructuraron genéticamente esta habilidad para elegir al padre espermático años después de la relación a partir de los genes de una polilla llamada...

—¡Basta! —gritó Ada. Tenía los puños cerrados. Nunca había golpeado a nadie en la vida, ni había querido hacerlo, pero en ese momento estaba a punto de darle un puñetazo a Harman—. Savi dice esto, Savi dice lo otro. Ya estoy harta de esa vieja bruja. Ni siquiera creo que sea tan vieja... ni tan sabia. Está loca, nada más. Voy a volver al sonie.

Se internó en el bosque.

—¡Ada! —llamó Harman.

Ella lo ignoró, caminando colina arriba, resbalando en las agujas y el humus mojado.

—¡Ada!

Ella continuó, dispuesta a dejarlo atrás.

—Ada, no es por ahí.

Hannah alcanzó a Odiseo a unos cientos de metros del claro. Él se dio la

vuelta y se llevó la mano al pomo de la espada cuando la oyó salir de los matorrales, pero se relajó al ver quién era.

—¿Qué quieres, muchacha?

—Quiero ver tu espada —dijo Hannah, apartándose el pelo oscuro de la cara.

Odiseo se echó a reír.

—¿Por qué no? —soltó la vaina de cuero de su cinturón y le tendió el arma—. Ten cuidado con los filos, muchacha. Podría afeitarme con esta hoja, si alguna vez decidiera hacerlo.

Hannah desenvainó la espada corta y la sopesó, vacilante.

—Savi me ha dicho que trabajas con metales —dijo Odiseo. Se inclinó en un arroyo, recogió agua con las manos y bebió— Dice que puede que seas la única persona, hombre o mujer, de todo este mundo feliz que sabe cómo forjar bronce.

Hannah se encogió de hombros.

—Mi madre se acordaba de historias antiguas sobre la forja del metal, jugaba con fuego y hornos abiertos cuando era más joven. Yo continúo los experimentos —alzó la espada y la descargó.

—Nos has visto luchar en el paño turín —dijo Odiseo.

Hannah asintió.

—¿Y...?

—Estas usando bien la espada, muchacha. Cortar en vez de apuñalar. Esta herramienta está hecha para cercenar miembros y desparramar entrañas, para nada más refinado.

Hannah hizo una mueca y le devolvió el arma.

—¿Es ésta la espada que utilizaste en las llanuras de Ilión? —preguntó en voz baja—. ¿Y en tu aventura para robar el Paladión?

—No. —El alzó la espada verticalmente hasta que parte de la luz que se filtraba entre las altas ramas bailó en su superficie—. Esta espada en concreto fue un regalo que me hizo... una mujer, en uno de mis viajes.

Hannah esperó más explicaciones, pero en vez de contarle otra historia, Odiseo dijo:

—¿Te gustaría ver qué hace a esta espada diferente?

Hannah asintió.

Odiseo usó el pulgar para pulsar dos veces la empuñadura, y de repente la espada pareció temblar levemente. Hannah se acercó más. Sí, un zumbido sutil pero perceptible procedía de la hoja. Alzó una mano hacia el metal pero Odiseo disparó la suya rápidamente, agarrándola por la muñeca.

—Si la tocas ahora, muchacha, perderías todos los dedos.

—¿Por qué? —Ella no se debatió para liberar la muñeca, y al cabo de unos segundos Odiseo la soltó.

—Está vibrando —dijo Odiseo, plantando la espada ante sus ojos. Hannah advirtió de nuevo que era exactamente tan alta como Odiseo. La noche anterior

lo había oído en el salón burbuja verde del puente, después de que los otros se acostaran. Lo acompañó a dar un paseo, regresó a su domi para charlar durante horas, y se había quedado dormida en el suelo junto a su cama. Hannah sabía que Ada pensaba que se habían hecho amantes: a ella no le importaba y no se le ocurría ningún motivo para convencerla de lo contrario.

—Es casi como si estuviera cantando —dijo Hannah, volviéndose un poco para oír mejor el agudo zumbido.

Odiseo se rio con fuerza, aunque Hannah no supo por qué.

—No te preocupes —dijo—. No me lo dio ninguna Dama del Lago, aunque no es algo que esté demasiado lejos de la verdad —se rio de nuevo.

Hannah miró al hombre de la barba. No tenía ni idea de lo que estaba diciendo. Se preguntó si él la tenía.

—¿Por qué vibra? —preguntó.

—Apártate —dijo el hombre del pecho fornido.

La mayoría de las secuoyas de su alrededor tenían unos dos metros de grosor, algunas algo más, pero un pino más pequeño (quizás una ponderosa o un abeto Douglas) crecía en un claro soleado, pocos metros a su izquierda. El árbol tenía probablemente treinta o cuarenta años de edad, de unos quince metros de altura, con un tronco de unos cuarenta centímetros de grosor.

Odiseo plantó los pies en el suelo, agarró la espada con una mano y la blandió ante el tronco. Asestó un golpe sin esfuerzo con el filo.

La hoja describió un arco tan suave que pareció que había fallado por completo. No hubo ningún sonido de impacto. Unos pocos segundos más tarde, el alto pino se estremeció, se agitó y cayó ruidosamente al suelo.

Odiseo pulsó de nuevo el pomo y el leve sonido de vibración cesó.

Hannah se acercó a inspeccionar el tocón y el árbol caído. Las secciones del tronco parecían haber sido separadas quirúrgicamente, no serradas. Pasó la mano por el tocón cercenado a la altura del pecho. No había savia, ni irregularidades en el corte. La madera era tan suave como si hubiera sido sellada con plástico y cauterizada de algún modo. Se volvió hacia Odiseo.

—Eso debió venirte muy bien durante el asedio de Troya —dijo.

—No has estado escuchando, muchacha —respondió Odiseo. Volvió a envainar el arma y se la colgó del ancho cinturón—. Éste fue un regalo que me hicieron unos cuantos años después de que dejara la guerra e iniciara mis viajes. Si la hubiera tenido en Ilión... —Odiseo sonrió horriblemente—. No habría quedado ni un troyano, ni un dios ni una diosa con la cabeza sobre los hombros. Te lo prometo.

Hannah le sonrió al viejo. No eran amantes (todavía no), pero tenía planeado quedarse en Ardis Hall mientras Odiseo estuviera allí de visita, ¿y quién sabía qué podría suceder?

—Estáis aquí —dijo Savi, bajando la pendiente hacia ellos. Cerró el puño y lo

que pareció el campo indicador de un localizador de palma se apagó.

—¿Es hora de continuar? —preguntó Odiseo, hablándole a Savi pero mirando a Hannah como si fueran viejos conspiradores.

—Hora de continuar —dijo Savi.

Entre Eos Chasma y Coprates Chasma en el Valle Marineris Central Este

Tres semanas de viaje hacia el oeste río arriba (mar interior, en realidad) del Valle Marineris, y Mahnmut estaba a punto de perder su mente moravec.

Su falucho, tripulado por veinte hombrecillos verdes, era sólo uno de los muchos navíos que se abrían paso hacia el este o el oeste camino del valle inundado o al norte o al sur por el estuario que daba a la Planicie de Chryse del océano septentrional de Tetis. Además de una docena de otros faluchos tripulados por HV, habían pasado al menos tres barcasas de cien metros de largo cada día, todas ellas transportando cuatro grandes piedras sin tallar para hacer cabezas, todas dirigiéndose al este desde la cantera del sur del Laberinto Noctis, situado en el extremo occidental del Valle Marineris, todavía a unos dos mil ochocientos kilómetros por delante del falucho de Mahnmut.

Orphu de Io había sido trasladado a bordo y asegurado en la cubierta media, oculto a la vista aérea por un toldo levantado, atado junto a las piezas grandes de carga y otros artículos rescatados de *La Dama Oscura*. Sólo pensar en su sumergible (dejado atrás en la caverna marina situada a más de mil quinientos kilómetros de ellos) deprimía a Mahnmut.

Hasta aquel viaje, Mahnmut no sabía que fuera capaz de deprimirse, capaz de sentir una tensión emocional tan terrible y una sensación de desesperación tal que lo dejaba casi sin voluntad y aún con menos ambición, pero la violenta separación de su submarino le había demostrado lo mal que podía sentirse. Orphu (cegado, lisiado, transportado a bordo como lastre inútil) parecía de buen humor, aunque Mahnmut estaba aprendiendo lo cuidadosa y raramente que su amigo mostraba sus verdaderos sentimientos.

El falucho había llegado, como prometieron, temprano aquella mañana marciana después de su arribada a la costa, y mientras los HV arrastraban a bordo al pobre Orphu, Mahnmut bajó al submarino inundado varias veces, sacando todas las unidades energéticas extraíbles, las células solares, el equipo de comunicación, los discos de bitácora y todos los instrumentos de navegación que pudo transportar.

—Nadaste desnudo hasta el lugar del naufragio y te llenaste los bolsillos de bizcochos antes de volver, ¿eh? —dijo Orphu aquella mañana cuando Mahnmut le contó sus esfuerzos de salvamento.

—¿Qué? —Mahnmut se preguntó si el cascado ioniano había perdido por fin la cabeza.

—Un pequeño error de continuidad en el *Robinson Crusoe* de Defoe —se estremeció Orphu—. Siempre me gustan los errores de continuidad.

—No la he leído —dijo Mahnmut. No estaba de humor para bromas. Dejar atrás a *La Dama Oscura* lo había dejado destrozado.

Discutieron su reacción durante las tres primeras semanas de viaje, ya que tenían poco que hacer a bordo del falucho excepto discutir cosas. El receptor-transmisor de radio de onda corta que Mahnmut había conectado a Orphu funcionaba bien.

—Estás sufriendo de agorafobia tanto como de depresión —dijo Orphu.

—¿Cómo es eso?

—Fuiste diseñado, programado y entrenado para formar parte del submarino, oculto bajo el hielo de Europa, rodeado de oscuridad y a profundidades aplastantes, cómodo en tus estrechos espacios —dijo el ioniano—. Ni siquiera tus breves incursiones en la superficie helada de Europa te prepararon para estas amplias vistas, los distantes horizontes y los cielos azules.

—El cielo no es azul ahora mismo —fue todo lo que dijo Mahnmut por respuesta. Era por la mañana temprano y, como la mayoría de las mañanas, el Valle Marineris estaba cubierto de nubes bajas y densa niebla. Los HV habían arriado las velas del falucho y avanzaban a golpe de remo (treinta hombrecillos remaban, quince a cada banda, al parecer infatigables) cada vez que el viento no movía el barco de vela latina de dos mástiles. Brillaban linternas en la proa, el mástil delantero, ambos costados y la popa, y el falucho apenas se movía. Esta sección del Valle Marineris tenía más de ciento veinte kilómetros de anchura y la sección en la que pronto entrarían tendría doscientos kilómetros: era un mar interior más que un río; incluso en los días despejados, los altos acantilados de las orillas norte o sur eran invisibles en la distancia, pero había suficiente tráfico de naves de HV para tomar precauciones con la niebla.

Mahnmut advirtió que era cierto, que la agorafobia era parte de su problema, ya que sentía más agudamente la depresión en los días claros, cuando la visión era ilimitada; pero también sabía que era más complicado, que no se debía sólo al hecho de estar separado del seguro nido y los controles sensoriales de su nave. Mahnmut era, lo había sido siempre, un capitán, y sabía por su propia programación y posteriores lecturas, que nada duele más a los capitanes que la pérdida de sus navíos. Además, le habían encargado una misión importante (llevar a Koros III a la base oceánica del Monte Olympus), y había fracasado miserablemente. Koros III estaba muerto, al igual que Ri Po, el moravec que

tendría que estar esperando en órbita para recibir, interpretar y transmitir los importantes datos de reconocimiento de Koros.

¿A quién? ¿Cómo? ¿Cuándo? Mahnmut no tenía ni idea.

Hablaron también de eso durante sus semanas de tranquilo viaje. Era aún más tranquilo de noche, ya que los HV entraban en hibernación en cuanto el sol se ponía. Aseguraban el falucho con una complicada ancla (Mahnmut había hecho sondeos y decidió que el agua bajo ellos tenía más de seis kilómetros de profundidad) y no se volvían a mover hasta que la luz del sol tocaba su piel verde y transparente a la mañana siguiente. Parecía obvio que los HV obtenían energía solamente de la luz solar, incluso a través de la niebla matutina. Desde luego Mahnmut nunca había visto a un hombrecillo verde comer ni segregarse nada. Podía preguntárselo, pero aunque tenía la hipótesis de que el HV individual no «moría» realmente después de la comunicación (pensaba que los hombrecillos verdes eran una consciencia múltiple, no un conjunto de individuos), Mahnmut no se fiaba lo suficiente de esa hipótesis para meter la mano dentro del pecho de otra personita verde, agarrar lo que podía ser su corazón y hacer preguntas que podían esperar hasta otro día.

Pero Mahnmut no tenía ningún reparo en hacerle preguntas a Orphu.

—¿Por qué nos enviaron? —preguntó al décimo día—. No comprendemos la misión y no estaríamos equipados para llevarla a cabo aunque supiéramos lo que tenemos que hacer. Fue una locura enviarnos en la ignorancia.

—Los administradores moravec están acostumbrados a repartir los deberes y asignar tareas especializadas —dijo Orphu—. Tú fuiste lo mejor que encontraron para conducir a Koros III hasta el volcán. Yo fui el mejor moravec que pudieron encontrar para atender la nave espacial. Nunca consideraron la posibilidad de que tú y yo fuéramos el equipo que quedaría para hacer el trabajo de los otros dos.

—¿Por qué no? —dijo Mahnmut—. Seguro que sabían que la misión sería peligrosa.

Orphu se estremeció suavemente.

—Probablemente pensaron que era todo o nada... que todos moriríamos si se llegaba a lo peor.

—Casi lo hicimos —le murmuró Mahnmut—. Probablemente lo haremos.

—Describe el día —dijo Orphu—. ¿Se ha levantado ya la niebla?

Los días y el paisaje y las noches eran hermosos. El conocimiento que tenía Mahnmut de los mundos con atmósfera respirable procedía exclusivamente de sus bancos de datos de la Tierra, y aquel Marte terraformado era un cambio interesante.

Los cielos variaban de un brillante celeste a mediodía a un cielo sonrosado

que a veces adquiría una tonalidad dorada que lo llenaba todo de fulgor. El sol mismo parecía significativamente más pequeño que como se veía desde la Tierra en las viejas grabaciones de video, pero era inmensamente más grande y más brillante y más cálido que ningún sol que los moravecs de Galileo hubieran conocido en los últimos mil quinientos años-t. La brisa era suave y olía a mar salado y (a veces, sorprendentemente) a vegetación.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué nos dieron ese sentido? —preguntó Orphu cuando Mahnmut describió el olor a vegetación mientras entraban en el ancho estuario del Valle Marineris desde el Tetis.

—¿El qué? —dijo Mahnmut.

—El olfato.

El moravec europeo tuvo que pensarlo. Siempre había considerado natural su sentido del olfato, aunque era completamente inútil bajo el agua o en la superficie de Europa, y prácticamente inútil en el nido medioambiental de *La Dama Oscura*: en otras palabras, en todas partes donde existía.

—Podía oler los humos tóxicos en el submarino o en los cubículos presurizados de Conamara Caos Central —dijo por fin, sabiendo que no era una respuesta convincente. Los moravecs tenían alarmas insertadas para esos peligros.

Orphu se estremeció suavemente.

—Yo podría haber olido el azufre cuando estaba en la superficie de Io, ¿pero quién querría hacerlo?

—¿Puedes oler? —dijo Mahnmut—. No tiene mucho sentido para un moravec de durovac.

—Desde luego —respondió Orphu—. Ni tampoco el hecho de que me paso... me pasaba... gran parte de mi tiempo viendo las cosas en el espectro de luz visible para los humanos, pero lo hacía cada vez que era posible.

Mahnmut pensó también en esto. Era cierto; él hacía lo mismo, aunque podía ver fácilmente en infrarrojo y en la gama UV del espectro. La visión de Orphu, Mahnmut lo sabía, incorporaba visualizaciones de frecuencias de radio y líneas de campos magnéticos, desconocidas para los antiguos humanos, pero que tenían mucho sentido para un moravec que trabajaba en los campos de radiación dura del espacio galileano.

¿Por qué elegía el ioniano las limitadas longitudes de onda «visibles» por los humanos con más frecuencia?

—Creo que es porque nuestros diseñadores y todas las generaciones subsiguientes de moravecs querían en secreto ser humanos —dijo Orphu, respondiendo a la pregunta no formulada de Mahnmut sin acompañarla de un estremecimiento de ironía o diversión—. El efecto Pinocho, como quien dice.

Mahnmut no estaba de acuerdo con eso, pero se sentía demasiado deprimido para discutir.

—¿A que huele ahora?—preguntó Orphu.

—A vegetación podrida —dijo Mahnmut mientras el falucho seguía el canal que desembocaba en el ancho estuario— Huele como el Támesis de Shakespeare con marea baja.

La primera semana de navegación río arriba, para no volverse loco de inactividad, Mahnmut desmontó e inspeccionó (lo mejor que pudo) las otras tres piezas de carga recuperadas (Orphu era la cuarta).

El artefacto más pequeño, una pieza ovoide lisa no mucho más grande que el compacto torso de Mahnmut, era el Aparato, el elemento más importante de la misión del difunto Koros III. Todo lo que Mahnmut y Orphu sabían sobre el Aparato era que se suponía que el ganimediano tenía que llevarlo al Monte Olympus, y, dadas unas circunstancias adecuadas desconocidas por Mahnmut y Orphu, activarlo.

Mahnmut sondeó el Aparato con el sonar y levantó una parte diminuta de su casco de transaleación reflexiva. No descubrió su función. La máquina, si era tal, era macromolecular: esencialmente una única molécula nanocuadrada con un núcleo central blando de tremenda energía contenida sólo por los campos internos de la macromolécula. El único «aparato-aparato» que Mahnmut encontró asociado con el casco fue un iniciador-encendedor de corriente generada. Treinta y dos voltios aplicados en el lugar adecuado harían... le harían algo a la macromolécula de dentro.

—Podría ser una bomba —dijo Mahnmut mientras volvía a colocar cuidadosamente en su sitio el milímetro cuadrado de metal.

—Menuda bomba —murmuró Orphu—. Si la em-molécula es principalmente una cáscara de huevo, aquí tenemos un reventador de planetas. La yema nos caería encima.

Fingiendo no haberlo oído para conservar su amistad y no tener que arrojar a Orphu por la borda, Mahnmut miró las paredes del cañón por el que pasaban (aún viajaban a tres kilómetros de los altos acantilados del sur que bordeaban el ancho mar interno), e imaginó toda aquella belleza de rocas rojas, escalonadas y estriadas desaparecida. Pensó en los altos manglares que crecían en las marismas más bajas del estuario marciano, en las recortadas aulagas visibles en las paredes más altas de los acantilados del valle, incluso en el frágil cielo azul con altos cirros sobre las rocas, y trató de imaginarlo todo destruido por una explosión cuántica lo bastante grande para hacer pedazos un mundo. Dificilmente parecía adecuado.

—¿Se te ocurre que pueda ser otra cosa aparte de una bomba? —preguntó Orphu.

—Así de entrada no —dijo el ioniano—. Pero algo que contiene tanta energía

cuántica implosiva acumulada constituye una tecnología muy superior a mi comprensión. Te sugiero que trates con cuidado el Aparato y le pongas debajo algunos cojines o algo, pero ya que ha sobrevivido al ataque de la gente de los carros y a la entrada atmosférica que me frió a mí y acabó con tu nave, no puede ser demasiado delicado. Dale una patada en el culo y a otra cosa. ¿Cuál es la siguiente pieza del cargamento?

La siguiente pieza era sólo un poco más grande que el Aparato, pero mucho más comprensible.

—Es una especie de comunicador de chorro —dijo Mahnmut— Está plegado, pero me parece que si lo activo, se desplegará sobre su propio trípode, lanzará un gran plato al cielo y producirá una seria explosión de... algo. Energía codificada en tenso banda o k-máser o quizás incluso gravedad modulada.

—¿Para qué necesitaría eso Koros? —preguntó Orphu—. Los satélites de comunicaciones siguen en órbita y la nave espacial podría haber transmitido cualquier tipo de tenso rayo o señal de radio al espacio galileano. Demonios, incluso tu submarino podría haber contactado con casa.

—Tal vez esto no tenga por finalidad transmitir al espacio de Júpiter —sugirió Mahnmut.

—¿Adónde entonces?

Mahnmut no tenía ninguna sugerencia.

—¿Cómo iba a codificar el mensaje Koros? —preguntó el ioniano.

—Hay conectores virtuales —dijo Mahnmut, después de inspeccionar cuidadosamente la compacta maquinaria bajo su piel de nanocarbono—. Podríamos descargar todo lo que hemos visto y aprendido a codificarlo y activarlo. A menos que necesite un código de activación o algo por el estilo. ¿Quieres que lo conecte y lo compruebe?

—No —dijo Orphu—. Todavía no.

—¿Qué usa este comunicador como fuente de energía de chorro? —preguntó Orphu antes de que Mahnmut pudiera cerrar el aparato.

Mahnmut no estaba familiarizado con la tecnología, pero describió el contenedor magnético y el esquema del campo de fuerza.

—Vaya, vaya —dijo Orphu—. Eso es *felschenmass* chevkoviana. Antimateria artificial como la que el Consorcio empleó para impulsar la primera sonda interestelar. Contiene suficiente energía para mantenernos vivos y coleando varios siglos terrestres si encontramos una manera de conectarnos.

Mahnmut sintió que su corazón redoblaba.

—¿Podríamos haberlo utilizado para sustituir el reactor de fusión de *La Dama*?

Orphu guardó silencio varios segundos.

—No, no lo creo —dijo por fin—. Demasiado libre, demasiado rápido y demasiado duro para poder domarlo. Es posible que tú y yo pudiéramos conectar con su campo, pero no creo que pudiéramos haberle dado energía a *La Dama*

Oscuro aunque se pudiera haber reparado el submarino. Y dijiste que no podías hacer las reparaciones solo, ¿no?

—Habrían hecho falta los muelles helados de Conamara Caos —dijo Mahnmut, con una extraña combinación de pesar y alivio al enterarse de que aquello no era ninguna solución para la pobre *Dama*.

Por mucho que lo deprimiera la muerte de su nave, la idea de volver a navegar los más de dos mil kilómetros era aún más deprimente.

La última pieza de carga era la más grande, la más pesada y la más incomprensible.

El contenedor era un cubo de tribambú de un metro y medio de alto por dos de ancho, envuelto en transpolímero. Una breve inspección demostró a Mahnmut que el cubo estaba lleno: cientos de metros cuadrados de un tejido microfino de polietileno enmascarador con tiras de células solares de alta resolución; veinticuatro segmentos de titanio cónico articulado interconectados y parcialmente anidados; cuatro contenedores presurizados cuyos sensores indicaban que contenían helio, una mezcla de hidrógeno y oxígeno y metanol; ocho impulsores de pulso atmosférico con controladores de conexión y, por último, doce cables de bucky carbono plegados de quince metros conectados a los cuatro lados de la caja de tribambú donde venía la cosa.

—Me rindo —dijo Mahnmut después de varios minutos de reflexionar y hurgar y desplegar—. ¿Qué demonios es esto?

—Un globo —dijo Orphu.

Mahnmut sacudió su cabeza moravec. Había criaturas globos vivas y moravecs en la atmósfera de Júpiter, muchos más nadando en la sopa de Saturno, ¿pero qué habría querido hacer Koros III con un globo artificial en Marte?

Orphu transmitió la respuesta mientras Mahnmut la oía de su propia mente.

—La misión de Koros era llegar a la cima del Monte Olympus, hasta el lugar de la perturbación cuántica, y de esta manera no habría tenido que escalar el volcán. ¿Cuáles son las dimensiones de este... globo?

Mahnmut se lo dijo al ioniano.

—Inflado con helio, aquí, a cero-cero, nivel del mar marciano, tendría un diámetro de más de sesenta metros y una altura de unos treinta y cinco, con lo cual elevaría fácilmente la barquilla, a ti, el Aparato y la radio de chorro hasta los límites del espacio... o la cima del Olympus —dijo Orphu.

—¿Barquilla? —dijo Mahnmut, todavía intentando asimilar la idea.

—La caja que lo contiene. Eso es obviamente lo que Koros III pretendía pilotar. ¿Trae una capota transpolímera... algún tipo de cubierta presurizable?

—Sí.

—Entonces ahí lo tienes.

—Pero el Monte Olympus tiene una escalera mecánica que sube por su cara

sur —dijo Mahnmut estúpidamente.

—Koros y los moravecs que planearon esta misión no lo sabían, Mahnmut —dijo Orphu.

Mahnmut apartó un momento la mirada del globo para pensar. Los acantilados sureños del Valle Marineris eran sólo una fina línea roja contra el horizonte verdiazul mientras el falucho se internaba en los canales centrales del estuario.

—La barquilla es demasiado pequeña para llevarte —dijo.

—Bueno, naturalmente... —empezó a decir Orphu.

—Construiré una barquilla más grande —lo interrumpió Mahnmut.

—¿De verdad crees que ascenderemos a la cima del Monte Olympus? —dijo Orphu en voz baja.

—No lo sé —respondió Mahnmut—, pero sí sé que todavía estaremos a más de dos mil kilómetros del volcán cuando... si... alguna vez llegamos al extremo occidental del Valle Marineris en este barquito. No tenía ni idea de cómo íbamos a atravesar el lío del Laberinto Noctis y la Llanura de Tarsis hasta el Olympus, pero este... globo... podría servir. Tal vez...

—Podrías empezar ahora —dijo Orphu—. Sería más rápido que este... ¿cómo lo llamaste?

—Falucho —dijo Mahnmut, contemplando los aparejos y velas recortadas contra el cielo rosa y azul. Varios hombrecillos verdes se balanceaban sin esfuerzo de un aparejo a otro en los palos—. Y no, no creo que debiéramos intentarlo con el globo hasta que tengamos que hacerlo. Es de un tejido tipo camuflaje-camaleón, incluso la barquilla, pero no estoy convencido de que la gente de los carros no pueda localizarlo. Lo elevaremos cuando lleguemos al Laberinto Noctis. Será de por sí un viaje aéreo bastante difícil, ya que tres de los volcanes más altos de Marte se interpondrán entre nosotros y el Olympus.

Orphu se estremeció cerca de lo subsónico.

—La vuelta al mundo en ochenta días, ¿eh?

—La vuelta entera no —dijo Mahnmut—. Contando este viaje en barco, tenemos que viajar un poco más de una cuarta parte.

Mahnmut intentó matar el tiempo y librarse de su desánimo leyendo los sonetos de Shakespeare en el libro físico que había salvado de *La Dama Oscura*. No funcionó. Mientras que en los últimos años se había sumergido en los análisis descubriendo estructuras ocultas, conexiones de palabras y contenido dramático, ahora los sonetos le parecían solamente tristes. Tristes y bastante desagradables.

A Mahnmut el moravec no podía importarle menos lo que «Will» el «poeta» de los sonetos le hiciera al «Joven» o esperara que le hiciera éste (Mahnmut no tenía ni pene ni ano ni ansiaba ninguno tampoco), pero la profusión

de halagos y los flagrantes abusos al obtuso pero adinerado «Joven» por parte del poeta mayor le resultaban ahora opresivos a Mahnmut, algo que bordeaba lo perverso. Pasó a los sonetos a la «Dama Oscura», pero éstos eran aún más cínicos y perversos. Mahnmut estaba de acuerdo con el análisis de que el interés del poeta por esta mujer se centraba precisamente en su promiscuidad: la mujer del pelo oscuro, ojos oscuros, pechos oscuros y pezones oscuros era, si había que fiarse del poeta, no una puta, pero desde luego algo parecido a una fresca.

Mahnmut había descartado hacía tiempo el ensayo de Freud de 1910, «Un tipo especial de elección del objeto según los hombres», en que el médico brujo de la Edad Perdida había documentado casos de varones humanos que podían excitarse sexualmente con mujeres cuya promiscuidad era manifiesta. Shakespeare vacilaba a la hora de describir la vagina de una mujer como *la bahía donde todos los hombres cabalgan* y se burlaba con saña (*oh astuto amor*) de la promiscuidad de su Dama Oscura. Aunque Mahnmut había pasado años felices descubriendo niveles más profundos y estructuras dramáticas tras estas vulgaridades, aquel día (el sol a punto de ponerse en el gran mar interior, los acantilados alzándose rojos y rosados al norte) los sonetos le parecían un lienzo sucio, las confesiones íntimas de un poeta obsceno.

—¿Leyendo tus sonetos? —preguntó Orphu.

Mahnmut cerró el libro.

—¿Cómo lo sabías? ¿Has aprendido telepatía ahora que te has quedado sin ojos?

—Todavía no —rumoreó el ioniano. El gran caparazón de cangrejo de Orphu estaba atado a la cubierta, a diez metros del lugar cercano a la proa donde se sentaba Mahnmut—. Algunos de tus silencios son más literarios que otros, eso es todo.

Mahnmut se puso en pie y se volvió hacia la puesta de sol. Los hombrecillos verdes corrían en los palos y en el obenque del ancla, preparando la nave para dormir.

—¿Por qué nos programaron a algunos de nosotros para que tengamos predisposición hacia los libros humanos? —preguntó—. ¿Para qué puede servirle eso a un moravec ahora que la especie humana puede estar extinta?

—Yo mismo me he preguntado eso —dijo Orphu—. Koros III y Ri Po estaban libres de nuestra aflicción, pero debes de haber conocido a otros que estaban obsesionados con la literatura humana.

—Mi antiguo compañero, Urtzweil, leía y releía la versión de la Biblia del rey Jaime —dijo Mahnmut—. La estudió durante décadas.

—Sí —respondió Orphu—. Y yo y mi Proust —tarareó unas cuantas notas de *Me and My Shadow*—. ¿Sabes qué tienen en común todas esas obras sobre las que gravitamos, Mahnmut?

Mahnmut se lo pensó un momento.

—No —dijo por fin.

—Son inagotables.

—¿Inagotables?

—Inagotables. Si fuéramos humanos, estas obras y novelas y poemas concretos serían como casas que siempre se abrieran a nuevas habitaciones, escaleras ocultas, desvanes por descubrir... ese tipo de cosa.

—Ajá —dijo Mahnmut, sin captar la metáfora.

—No parece muy contento con el bardo hoy —dijo Orphu.

—Creo que su inagotabilidad me ha agotado —admitió Mahnmut.

—¿Qué está pasando en cubierta? ¿Hay mucha actividad?

Mahnmut se apartó de la puesta de sol. Tres cuartas partes de los miembros de la tripulación de HV del barco estaban trabajando en silencio y ataban y fijaban y soltaban y aseguraban el ancla. Sólo quedaban tres o cuatro minutos de luz antes de que entraran en hibernación: se tenderían, se enroscarian y se desconectarían durante la noche.

—¿Sientes las vibraciones en la cubierta? —le preguntó Mahnmut a su amigo. A excepción del olfato, era el último sentido que le quedaba a Orphu.

—No, sólo sé la hora que es —respondió el ioniano—. ¿Por qué no los ayudas?

—¿Cómo dices?

—Ayúdalos —repitió Orphu—. Eres un marinero capaz. O al menos distingues la proa de la popa. Échales una mano... o tu equivalente moravec más cercano.

—Los estorbaría. —Mahnmut contempló el rápido trabajo y la precisión de los hombrecillos verdes. Se escurrían por las jarcias y mástiles como en los vídeos que había visto sobre monos—. Nosotros no tenemos telepatía —añadió—, pero estoy seguro de que ellos sí. No necesitan mi ayuda.

—Tonterías —dijo Orphu—. Hazte útil. Voy a seguir leyendo a *monsieur Swann* y su infiel amiga.

Mahnmut vaciló un momento, pero luego guardó el insustituible libro de sonetos en su mochila, trotó hasta el centro de la cubierta, y colaboró para arriar la vela latina. Al principio los HV detuvieron su trabajo sincronizado y se le quedaron mirando, los ojos negros como botones de antracita en aquellas caras verdes y sin rasgos, pero luego le hicieron sitio y Mahnmut, contemplando el sol poniente y respirando el limpio aire marciano, se puso a trabajar con todas sus ganas.

A lo largo de las siguientes semanas, el estado de ánimo de Mahnmut pasó de la depresión a la satisfacción a algo parecido al equivalente moravec de la alegría. Trabajaba todos los días con los HV, entablaba conversación con Orphu

incluso mientras cosía velas, preparaba jarcias, limpiaba cubiertas, levaba el ancla y ocupaba su turno al timón. El falucho recorría unos cuarenta kilómetros al día, cosa que parecía muy poco hasta que uno tomaba cuenta que avanzaba corriente arriba, navegando con vientos irregulares, remando gran parte del tiempo y deteniéndose por completo durante la noche. Como el Valle Marineris tenía unos cuatro mil kilómetros de longitud (casi la anchura de la nación de la Edad Perdida llamada Estados Unidos, como le recordaba constantemente Orphu), Mahnmut se resignó a hacer el viaje en unos cien días marcianos. Más allá del borde occidental del mar interior, seguía recordándose a sí mismo y Orphu se lo recordaba también si se le olvidaba, había más de mil ochocientos kilómetros hasta la llanura de Tharsis.

Mahnmut no tenía ninguna prisa. Los placeres del velero (no tenía ningún nombre por lo que sabía el moravec, y no estaba dispuesto a matar a un hombrecillo verde para preguntarlo) eran sencillos y auténticos, el paisaje sorprendente, el sol cálido de día y el aire deliciosamente fresco de noche, y la desesperada urgencia de su misión se desvanecía bajo el efecto tranquilizador de la rutina.

A finales de su sexta semana de navegación, Mahnmut trabajaba en el mástil mayor del navío cuando un carro apareció a menos de un kilómetro ante el barco, volando bajo (a treinta metros escasos de las velas del navío), lo que no dio tiempo a Mahnmut para ocultarse. Estaba solo en la intersección de los dos segmentos del mástil (las velas de un falucho son triangulares, sus dos mástiles segmentados, la sección superior inclinada hacia atrás) y no había ningún hombrecillo verde en los cordajes. Mahnmut estaba completamente expuesto a la mirada de quien fuera o de lo que fuera que pilotara el carro.

Pasó por encima viajando a varios cientos de kilómetros por hora, y tan bajo que Mahnmut vio que los dos caballos que tiraban del carro eran hologramas. Un hombre con una túnica parda era su único ocupante, alto, sujetando las riendas virtuales. Tenía la piel dorada, era tremendamente guapo, con el pelo largo y rubio al viento. No se dignó mirar hacia abajo.

Mahnmut aprovechó la oportunidad para estudiar el vehículo y a su ocupante con todos los filtros visuales, a las frecuencias y longitudes de onda que tenía a su disposición. Transmitía los datos a Orphu por sí el dios del carro lo había visto y decidía hacer volar a Mahnmut del mástil con un gesto de la mano. Los caballos, las riendas y ruedas eran holográficos, pero el carro era bastante real: de titanio y oro. Mahnmut no detectó ningún cohete, pulso de iones ni estela de impulsión, pero el carro emitía energía en toda la gama del espectro EM, suficiente para ahogar la narración que Mahnmut le hacía a Orphu si no hubieran estado empleando tensorrayo. Más ominosamente, la máquina voladora arrastraba corrientes cuatridimensionales de flujo cuántico. Parte del perfil energético de aquella cosa era capturado en un campo de fuerza que Mahnmut veía

claramente en el infrarrojo: un escudo de energía en la proa del veloz aparato lo protegía del viento de su propio paso y una burbuja defensiva más amplia lo rodeaba. Mahnmut se alegró de no haber arrojado una piedra contra el carro ni haberle disparado (si hubiera tenido una piedra o un arma energética, cosas que no tenía). Aquel campo de fuerza, calculó Orphu, mantendría al conductor a salvo de cualquier cosa menos potente que una explosión nuclear de baja intensidad.

—¿Qué lo hace volar? —preguntó Orphu mientras el carro se perdía al este —. Marte no tiene suficiente campo magnético para impulsar ninguna máquina voladora EM.

—Creo que es el flujo cuántico —dijo Mahnmut desde su posición en el mástil. Era un día de viento y el falucho se mecía de un lado a otro y adelante y atrás, y las olas lo golpeaban desde el sur.

Orphu emitió un sonido grosero.

—La distorsión cuántica dirigida puede romper el tiempo y el espacio... a la gente y los planetas también, pero no sé cómo hace volar un carro.

Mahnmut se encogió de hombros a pesar del hecho de que su amigo, invisible bajo el toldo levantado en mitad de la cubierta, no podía verlo.

—Bueno, no tenía hélices —dijo—. Te descargaré los datos, pero me ha parecido que esa máquina volaba en un rizo de distorsión cuántica.

—Curioso —dijo Orphu—. Pero ni siquiera un millar de esas máquinas voladoras explicarían el grado de distorsión cuántica que Ri Po registró en el Monte Olympus.

—No —reconoció Mahnmut—. Al menos este... dios, no nos vio.

Hubo una pausa en la conversación y Mahnmut escuchó el choque de la proa del falucho contra las olas y la sacudida de las velas latinas cuando volvieron a hincharse con el viento. Había una suave brisa entre los aparejos, allí donde se hallaba Mahnmut, y le gustaba su sonido. También le gustaba el menos que agradable movimiento del barco, aunque lo compensaba fácilmente agarrándose al mástil con una mano y a una maroma tensa con la otra. Ahora se hallaban en la parte más ancha del valle inundado, en una zona llamada Melas Chasma, con el enorme y radiante submar de Candor Chasma abriéndose al norte y el lecho marino a más de ocho kilómetros bajo ellos, pero había acantilados pertenecientes a islas enormes (algunas de varios cientos de kilómetros de longitud y treinta o cuarenta kilómetros de diámetro) visibles en el horizonte, al sur.

—Quizá te ha visto y ha mandado un mensaje al Olympus pidiendo refuerzos —sugirió Orphu.

Mahnmut envió la estática de radio equivalente a un suspiro.

—Siempre tan optimista.

—Realista —corrigió Orphu. Pero el tono de la siguiente emisión fue serio—.

Sabes, Mahnmut que tendrás que hablar de nuevo con los hombrecillos verdes, y pronto. Tenemos demasiadas preguntas que necesitan respuesta.

—Lo sé —dijo Mahnmut. La idea lo hacía sentirse vagamente mareado, de una manera que el movimiento del falucho no conseguiría nunca.

—Tal vez debiéramos Inflar y elevar el globo antes —sugirió de nuevo Orphu. Mahnmut había pasado varios días ensamblando una barquilla más ancha y más grande con el tribambú de la primera y algunos tabloncillos prestados de uno de los mamparos menos esenciales del falucho. A los HV no pareció importarles que usara sus tablas.

—Sigo pensando que no deberíamos hacerlo todavía —dijo Mahnmut—. Ni siquiera estamos seguros de cuáles son los vientos dominantes este mes, y los impulsores no nos darán mucha guía una vez que el globo ascienda en la corriente marciana. Será mejor que estemos lo más cerca posible del Olympus antes de arriesgar el globo.

—Estoy de acuerdo —contestó Orphu después de un rato de silencio—, pero es hora de que volvamos a hablar con los HV. Tengo la teoría de que no es telepatía lo que emplean... ni cuando se comunican contigo ni cuando se pasan información entre sí.

—¿No? —dijo Mahnmut, mirando a la docena de hombrecillos verdes que subían de las cubiertas de los remos y empezaban a trabajar eficazmente en los cordajes—. No se me ocurre qué otra cosa puede ser. Desde luego no tienen boca ni orejas, y no transmiten datos en ninguna frecuencia de radio, tensorrayo, máser ni luz.

—Creo que la información está en las partículas de sus cuerpos —dijo Orphu—. Nanopaquetes de información codificada. Por eso insisten en que uses tu mano para agarrar ese órgano interno: es una especie de central de telégrafos, y tu mano, en oposición a, digamos, tus manipuladores generales, es orgánica. Las máquinas moleculares vivientes pueden pasar a tu corriente sanguínea por osmosis y viajar hasta tu cerebro orgánico, donde los mismos nanobytes ayudan a traducir.

—¿Entonces cómo se comunican entre sí? —preguntó Mahnmut, dubitativo. Le había gustado la teoría de la telepatía.

—De la misma forma —respondió Orphu—. Por contacto. Sus pieles son semipermeables, probablemente los datos pasan de unos a otros con cada contacto casual.

—No sé —dijo Mahnmut—. ¿Recuerdas que esta tripulación parecía saberlo todo sobre nosotros cuando llegó el falucho? Sabían adónde íbamos. Tuve la sensación de que nuestra presencia había sido transmitida telepáticamente a toda la red psíquica de los hombrecillos verdes.

—Sí, a mí también me lo pareció —dijo Orphu—. Pero aparte del hecho de que ningún humano ni moravec ha establecido jamás un marco teórico para

explicar la telepatía, la navaja de Occam dictaría que la tripulación del falucho supo de nosotros a través del simple contacto físico con los HV del lugar donde desembarcamos... o con otros que hubieran estado allí.

—Nanopaquetes de datos en la corriente sanguínea, ¿eh? —dijo Mahnmut, sin ocultar su escepticismo—. Pero uno de esos individuos sigue teniendo que morir si voy a hacer más preguntas.

—Lamentablemente —respondió Orphu, sin mencionar sus anteriores argumentos de que cada HV individual probablemente no tenía más personalidad autónoma que las células epiteliales humanas.

Varios hombrecillos subían al mástil de proa que estaba cerca de Mahnmut, soltando cabos y arriando la vela latina con la facilidad de acróbatas. Asentían amistosamente con la cabeza mientras subían o bajaban.

—Creo que esperaré para hacerles preguntas —dijo Mahnmut—. Ahora mismo, hay una nube enorme y oscura en el horizonte al sur, y necesitarán toda la tripulación para preparar el barco para la inminente tormenta.

Las llanuras de Ilión

Los troyanos masacran a los griegos. Mis alumnos de mi otra vida habrían dicho que están «diezmado» a los griegos, usando ese término para la destrucción total tan amado por los periodistas perezosos y los incultos presentadores televisivos de finales del siglo XX y principios del XXI. Pero como «diezmar» era un término exacto (los romanos mataban a uno de cada diez hombres de una aldea en respuesta a los levantamientos), que sólo implicaría un resultado del diez por ciento de bajas, es justo decir que están haciendo mucho más que diezmar a los griegos.

Los troyanos están *masacrando* a los griegos.

Después del ultimátum a los otros dioses, Zeus se TCEa a la Tierra en su carro dorado y aterriza en las faldas del monte Ida, la montaña más alta desde la que un dios alcanza a ver Ilión y coloca su enorme trono en la cima del monte, y contempla las altas murallas de la ciudad y los cientos de navíos de guerra aqueos en la playa y anclados mar adentro. Los otros dioses están demasiado intimidados para venir a jugar después de la demostración de poder de Zeus, así que el padre de los dioses sostiene sus balanzas de oro y sopesa los destinos de los hombres que hay abajo: un peso moldeado en forma de jinete troyano, el otro de lancero argivo recubierto de bronce.

Zeus alza las sagradas balanzas, sujetándolas por el centro, y así se decide el día de perdición para los aqueos mientras la fortuna de Troya sube al cielo. Zeus sonrío al verlo, y estoy lo bastante cerca para ver que el viejo hijo de puta tiene puesto el pulgar en la balanza.

Los troyanos salen de las puertas de su ciudad como avispas de un avispero caído. El cielo está encapotado, gris, rebosante de energía oscura, y los rayos de Zeus golpean con frecuencia el campo de batalla... y siempre entre los argivos y los aqueos de largos cabellos. Viendo claramente los signos de la insatisfacción del rey de los dioses, los griegos corren a la lucha (¿qué otra cosa pueden hacer?) y las llanuras de Ilión se hacen eco del estrépito de los escudos que entrechocan piel con piel, el roce de las picas, el rumor de los carros y los gritos de hombres y

caballos moribundos.

Va mal para los aqueos desde el principio. Los rayos caen sobre ellos, friendo a hombres como si fueran pollos vestidos de bronce en un asador. Héctor carga como una fuerza de la naturaleza, y el hombre valiente a quien admiré en las murallas de Ilión con su esposa e hijito desaparece, sustituido por un asesino ensangrentado que abate hombres como si fueran hojas de hierba y grita a sus seguidores por más sangre, más matanza. Sus seguidores obedecen, todo el ejército troyano y sus aliados gritan como una única garganta y se abalanzan en masa, arrasando a los aqueos que se retiran como un *tsunami* de bronce y cuero.

Paris (a quien desprecié por cobarde en mi descripción de su encuentro con Héctor un día antes y al que luego puse los cuernos) cabalga detrás de Héctor y actúa como una máquina de matar poseída por los demonios. La especialidad de Paris es el arco, y este día sus largas flechas no parecen fallar nunca. Aqueos y argivos caen con las largas flechas de Paris en la garganta, el corazón, los genitales, los ojos. Cada disparo es un acierto.

Héctor se abre paso en cada grupo de resistencia griega, cortando cuellos como si fueran tallos de margaritas, sin dar cuartel y sin escuchar ninguna súplica de piedad, sordo en su frenesí asesino. Cuando los aqueos consiguen congregarse contra el asalto troyano en un valiente nudo de resistencia aquí o allá, un rayo de energía azul de las nubes explota entre ellos como una granada cósmica y el trueno que sigue se mezcla con los gritos de los moribundos.

Idomeneo y el gran rey Agamenón se dan media vuelta y corren. Los dos Ajax, veteranos de mil batallas, se acobardan y abandonan el campo. Odiseo, el « fecundo en ardides », no puede soportar esta matanza y decide que vale más la seguridad de sus naves, allá en la playa. Corre rapidísimo para tratarse de un hombre que tiene las piernas cortas. El único que no se da media vuelta y huye es el viejo Néstor, y eso es sólo porque el marido de Helena ha atravesado con una flecha el cráneo del principal caballo de tiro de Néstor, y los demás han huido de pánico. Néstor corta las correas con la espada, decidido a despejar el campo de batalla lo más rápido posible, pero el carro de Héctor aparece, los hombres que rodean a Néstor caen muertos con las flechas de Paris asomándoles en pechos y cuellos, y los caballos huyen aún más rápido que los héroes griegos a la fuga, dejando al viejo Néstor de pie en su carro sin caballos. Héctor se acerca rápidamente.

Cuando Odiseo pasa corriendo, sin mirar siquiera al viejo, Néstor, exclama:

—¿Adónde vas con tanta prisa, hijo de Laertes, oh fecundo en ardides?

Pero su sarcasmo es en vano. Odiseo desaparece en una nube de polvo en la retirada, sin detenerse a ayudar a su viejo amigo.

Diomedes, siempre con más miedo a que lo llamen cobarde que al dolor o la muerte, vuelve con su carro a la refriega, obviamente con la intención de rescatar a Néstor y hacer retroceder a Héctor. Recoge a Néstor como si fuera un

saco de ropa y el viejo auriga agarra las riendas con ambas manos, dirigiendo el carro de Diomedes no para alejarse de Héctor, sino contra él. Diomedes se acerca lo suficiente para arrojarle la lanza a Héctor, pero la pesada vara mata al auriga de éste, Enipeo, hijo de Tebeo, y por un momento, mientras el cadáver del auriga cae hacia atrás entre los sorprendidos infantes y los caballos de Héctor pierden el control, todo cambia.

He leído que hay un momento como éste en muchas batallas, en que todo cuelga de la balanza. Mientras Héctor lucha por recuperar el control de sus caballos y los troyanos que lo acompañan se detienen confundidos, los griegos ven un posible cambio de fortuna y corren a la batalla, tras el viejo Néstor y Diomedes. Durante un instante los aqueos toman de nuevo la iniciativa, gritando desafíos y abatiendo a los hombres que lideran el ataque troyano.

Entonces Zeus vuelve a intervenir. Resuenan los truenos. Los rayos golpean la tierra y los caballos desaparecen en un destello de luz con hedor de azufre de los cascos quemados. Los aurigas griegos que están cerca de Diomedes y Néstor explotan en un frenesí de carne de caballo y cuerpos que vuelan. El bronce se funde y los escudos de cuero arden en llamas. Queda claro incluso para el obtuso Diomedes que Zeus no está satisfecho con él este día.

Néstor trata de hacer volver a los caballos, pero los caballos no se dejan controlar. El carro (solo de nuevo, pues los otros aqueos se han dado media vuelta y han huido) salta hacia diez mil furiosos troyanos.

—¡Rápido, Diomedes, agarra las riendas y ayúdame a hacer girar a estos caballos! —exclama Néstor—. ¡Seguir luchando hoy es morir!

Diomedes agarra las riendas pero no hace volverse el carro.

—Viejo soldado, si huyo hoy, Héctor se jactará ante sus tropas: « ¡Diomedes huyó hacia sus naves, y yo lo expulsé! »

Néstor agarra a Diomedes por la musculosa garganta.

—¿Qué tienes, seis años? ¡Dale la vuelta al puñetero carro, gilipollas, o Héctor nos hará papilla antes de que en Troya sea la hora de tomar el té!

O algunas palabras por el estilo. Estoy a más de cien metros cuando esto ocurre, y el micrófono direccional puede que no funcione correctamente. Además, como me he morfeado en un soldado de infantería griego, corro con el resto y veo todo esto por encima del hombro mientras las flechas de París caen a nuestro alrededor y entre nosotros.

Diomedes lucha consigo mismo dos o tres segundos y luego lucha con los caballos, les hace volver la cabeza, dirige el carro hacia las negras naves y la seguridad.

—¡Ja! —grita Héctor por encima del estrépito. Tiene un nuevo auriga (Arqueptólemo, el guapo hijo de Ifito) y ataca de nuevo con el vigor del hombre que disfruta verdaderamente de su trabajo—. ¡Ja! ¡Diomedes... te he hecho huir! ¡Cobarde! ¡Nenaza! ¡Marioneta! ¡Pedo temblón!

Diomedes se vuelve de nuevo en el carro, encendido de furia y vergüenza, pero es Néstor quien lleva las riendas y los caballos han descubierto por sí mismos dónde ponerse a salvo. El carro rueda sobre peñascos, surcos y soldados griegos en fuga hacia la playa y la seguridad, y la única forma en que Diomedes puede ahora combatir a Héctor es saltando del carro y luchando contra miles de troyanos a pie. Decide no hacerlo.

Si quieres cambiar nuestros destinos, tienes que encontrar el fulcro, había dicho Helena la mañana que estuve con ella.

Me había preguntado entonces por mi conocimiento de la *Iliada* (aunque lo consideraba como mi sentido-oráculo del futuro) y me acució para que encontrara el fulcro de los acontecimientos, el punto único en la guerra de diez años sobre el que giraba todo. La bisagra del destino, como si dijéramos.

Yo le había dado largas esa mañana, distrayéndola a ella y distrayéndome con un último acto amoroso, pero no había dejado de pensar en esa cuestión en las locas horas que habían pasado desde entonces.

Si quieres cambiar nuestros destinos, tienes que encontrar el fulcro.

Apostaría mi puesto como erudito homérico que el fulcro de este trágico relato se acercaba rápidamente: la embajada ante Aquiles.

Hasta ahora, los acontecimientos siguen (más o menos) el poema, incluso con Afrodita y Ares heridos. Zeus ha impuesto la ley y ha intervenido en el bando de los troyanos. Yo no tengo ninguna intención de TCear de vuelta al Olimpo a menos que sea preciso, pero adivino que la narración de Homero se está cumpliendo allí también: la reina Hera, preocupada porque sus argivos están siendo masacrados, trata de persuadir a Poseidón para que intervenga en su favor, pero al «dios que mece la tierra» le escandaliza la sugerencia, pues no tiene ningún deseo de enfrentarse a Zeus. Luego, cuando los griegos estén completamente derrotados hoy, Atenea se desnudará, después se pondrá su mejor armadura de batalla y su resplandeciente coraza (bueno, confieso que podría merecer la pena TCear de vuelta al Olimpo para ver eso); pero la mensajera de Zeus, Iris, la detendrá. El mensaje de Zeus será sucinto:

«Si Hera y tú os oponéis a mí con las armas, mi niña de ojos grises, mutilaré a tus caballos en sus yugos, os haré caer del carro, lo aplastaré y os golpearé tan terriblemente con mis rayos que estaréis en los tanques de curación diez largos años antes de que los gusanos azules puedan uniros de nuevo.»

Atenea se quedará en el Olimpo. Los griegos, después de unas cuantas horas de contraataques con éxito, sufrirán pérdidas más grandes y se replegarán tras sus fortificaciones (una trinchera excavada hace diez años poco después de su desembarco, mil estacas afiladas, todas las defensas ampliadas hace poco y edificadas siguiendo las órdenes de Agamenón), pero, incluso tras su propia

muralla, los asustados aqueos perderán la esperanza y votarán por regresar a casa.

Agamenón intentará animarlos celebrando un gran festín para sus comandantes. Mientras, Héctor y sus miles de hombres se organizan para el último ataque que saben que terminará con el incendio de las negras naves de los aqueos y zanjará esta guerra de una vez por todas. En el banquete del rey griego, Néstor argumentará que su única esperanza es que Agamenón haga las paces con Aquiles.

Agamenón estará de acuerdo en pagar a Aquiles el rescate de un rey (*más* que el rescate de un rey): siete trípodes no puestos aún al fuego, diez talentos de oro, veinte calderas relucientes y doce corceles robustos, siete hermosas mujeres, y no puedo recordar qué más: un tarrito de miel, tal vez. Lo más importante: el soborno incluirá a Briseida, la hija de Briseo, la esclava que estaba en el centro de toda la discusión. Para envolver el regalo con un lazo rojo, Agamenón también jurará que nunca se ha acostado con Briseida. Como incentivo final, también incluye en el lote siete ciudadelas griegas: Cardámila, Enope, Hira, Feras, Antea, Epea y Pédaso. Agamenón no posee ni gobierna esas ciudadelas, naturalmente: está regalando las tierras de sus vecinos, pero supongo que es la idea lo que cuenta.

Lo único que no ofrecerá Agamenón a Aquiles es una disculpa. El hijo de Atreo es demasiado orgulloso para inclinar la cabeza.

—¡Que se incline él ante mí! —les gritará a Néstor, Odiseo, Diomedes y a los otros capitanes dentro de unas cuantas horas—. Soy un rey más grande, soy mayor en edad y, además, soy más hombre.

Odiseo y los otros verán una salida a pesar de la arrogancia de Agamenón. Se dan cuenta de que, si llevan el mensaje del regreso de Briseida y todos estos maravillosos regalos (y no mencionan lo de «soy más hombre»), existe la posibilidad de que Aquiles vuelva a unirse a la lucha. Al menos esta embajada ante Aquiles ofrece un rayo de esperanza.

Pero ahora la cosa se complica... aquí el fulcro está todavía por descubrir.

Como erudito, sé que la embajada a Aquiles es el corazón de la *Iliada*. Las decisiones de Aquiles tras escuchar los términos de la embajada decidirán el curso de los acontecimientos futuros: la muerte de Héctor, la subsiguiente muerte de Aquiles, la caída de Ilión.

Pero ahora viene lo peliagudo. Homero escoge sus palabras muy cuidadosamente, quizá más cuidadosamente que ningún otro narrador en la historia. Nos dice que Néstor nombrará a cinco hombres para la embajada ante Aquiles: Fénix, Ajax el Grande, Odiseo, Odío y Euríbrates. Los dos últimos son meros heraldos, un adorno protocolario, y no entrarán en la tienda de Aquiles con los verdaderos embajadores ni tomarán parte en la discusión.

El problema es que Fénix es una elección extraña: no ha aparecido en la

historia hasta ahora y es más bien un tutor mirmidón y consejero de Aquiles que un comandante; tiene poco sentido que sea enviado a persuadir a su amo. Para remate, cuando los embajadores caminan a lo largo de la orilla del océano «donde la línea de batalla de rompientes estalla y arrastra», camino de la tienda de Aquiles, la forma verbal que Homero utiliza en griego siempre se refiere a *dos personas*, en este caso Ajax y Odiseo. Homero usa otras siete palabras que, en el griego de su época, de hoy, se refieren a dos hombres, no a tres.

¿Dónde está Fénix durante este paseo del campamento de Agamenón a la zona donde está Aquiles? ¿Está de algún modo ya en la tienda de Aquiles esperando la embajada? Eso tiene poco sentido.

Un montón de estudiosos, antes y durante mi época en la tierra, argumentaron que Fénix fue un torpe añadido al relato, un personaje incorporado siglos más tarde, lo cual explica la forma dual, pero esta teoría ignora el hecho de que Fénix expondrá el más largo y más complejo argumento de los tres embajadores. Su discurso es tan maravillosamente retórico y complicado que apesta a Homero.

Es como si el poeta ciego se hubiera confundido respecto a si había dos o tres emisarios ante Aquiles y sobre cuál era, exactamente, el papel de Fénix en la conversación que decidiría los destinos de todos.

Tengo unas cuantas horas para pensar en esto.

Si quieres cambiar nuestros destinos, tienes que encontrar el fulcro.

Pero eso será dentro de horas en mi futuro. Aquí todavía es media tarde, y los troyanos se detienen ante el foso aqueo mientras los griegos se mueven como hormigas tras sus murallas de roca y estacas afiladas. Todavía morfeado como sudoroso lancero aqueo, consigo acercarme a Agamenón mientras el rey arenga a sus hombres y luego suplica la ayuda de Zeus en esta hora oscura.

—¡Qué vergüenza de todos vosotros! —grita el hijo de Atreo a su desolado ejército. Sólo un centenar de hombres pueden oírlo, por supuesto, siendo como es la antigua acústica, pero Agamenón tiene una voz potente y los que están delante pasan el mensaje a los demás.— ¡Vergüenza! ¡Desgracia! ¡Os vestís como espléndidos guerreros, pero es pura fachada! Jurasteis quemar esta ciudad y os atiborráis de carne de buey... ¡comprada a mis expensas! Y bebéis hasta el fondo esas rebosantes cráteras de vino... ¡comprado y traído hasta aquí a mis expensas! ¡Y ahora miraos! ¡Escoria vencida! Os jactasteis de que cada uno de vosotros podría enfrentarse a cien troyanos, a doscientos... y no podéis ni con un hombre mortal, Héctor.

» De un momento a otro Héctor vendrá con sus hordas, destruirá nuestras naves por el fuego, y este ultrajado ejército... *héroes* —Agamenón escupe la palabra— huirá a casa con sus esposas y sus hijos... *¡a mis expensas!*

Agamenón da a su ejército por perdido y alza las manos al cielo, hacia el monte Ida, al sur, de donde han venido las tormentas y rayos y truenos.

—Padre Zeus, ¿cómo puedes privarme así de mi gloria? ¿En qué te he ofendido? Ni una vez, lo juro, ni una sola vez he pasado de largo ante un altar tuyo, ni siquiera en nuestro viaje por el océano hasta aquí, sino que me detuve a quemar la grasa y los muslos de los bueyes a tu gloria. Nuestro ruego era sencillo: arrasar las murallas de Ilión, matar a sus héroes, violar a sus mujeres, esclavizar a su pueblo. ¿Es mucho pedir?

» Padre, cumple este ruego: deja escapar a mis hombres con vida, al menos eso. ¡No dejes que Héctor y esos troyanos nos golpeen como si fuéramos una mula alquilada!

He oído a Agamenón dar discursos más elocuentes (demonios, todos los discursos que le he oído han sido más elocuentes que éste, y entiendo la necesidad de Homero de reescribir todo esto), pero en ese segundo preciso ocurre un milagro. O al menos los aqueos lo toman por un milagro.

De ninguna parte surge un águila que vuela desde el sur, un águila enorme que lleva en sus garras un cervatillo.

La muchedumbre que corría hacia sus naves y la seguridad del mar y que se había detenido solamente a escuchar el discurso de Agamenón, frena al punto al ver esto.

El águila vuela en círculos, desciende y deja caer el cervatillo que aún patalea a treinta metros de un montículo arenoso, en la base de un altar de piedra que los aqueos habían levantado en honor a Zeus tras su desembarco, hace tantos años.

Eso es suficiente. Después de quince segundos de aturrido silencio, un rugido brota de los hombres: hombres derrotados y cobardes diez minutos antes, ahora una turba luchadora, los corazones y las manos reforzadas por este claro signo de perdón y aprobación por parte de Zeus, y sin más prolegómenos, cincuenta mil aqueos y argivos y todo el resto regresan en formación tras sus capitanes, los caballos vuelven a ser uncidos a sus carros, los carros cruzan los puentes de tierra que aún cubren los fosos defensivos, y la batalla se reanuda.

Es la hora del arquero.

Aunque Diomedes lidera el contraataque, seguido de cerca por los atridas Agamenón y Menelao, seguidos a su vez por Ajax el Grande y Ajax el Pequeño, y aunque estos héroes se cobran su tributo en los troyanos con lanzadas y tajos de espada, la lucha se centra ahora alrededor del arquero aqueo Teucro, hijo bastardo de Telamón y hermanastro de Ajax el Grande.

Teucro siempre ha sido considerado un maestro arquero, y lo he visto abatir a docenas de troyanos a lo largo de los años, pero éste es su día de gloria. Ajax y

él fijan un ritmo: Teucro se agacha bajo la muralla del escudo de su hermanastro (Ajax usa un gigantesco escudo rectangular que los historiadores militares dicen que ni siquiera existía en la época de la Guerra de Troya), y cuando Ajax alza el escudo, Teucro dispara desde debajo a las filas troyanas situadas a unos sesenta metros de distancia. Hoy parece que no falla un tiro.

Primero mata a Orsíloco, atravesando el corazón del hombre con una flecha. Luego mata a Ofelestes, clavándole una punta en el ojo derecho cuando el capitán troyano se asoma por encima de su escudo de piel. Luego Détor y Cromio caen mortalmente heridos por dos flechas rápidas y perfectamente colocadas. Cada vez que Teucro dispara, los troyanos arrojan sus flechas y lanzas en un vano intento por matar al arquero, pero Ajax se interpone y su enorme escudo desvía todos los proyectiles.

Las descargas troyanas cesan, Ajax alza su escudo y Teucro abate a Licofontes, príncipe de su lejana ciudad, pero sólo lo hiere. Cuando los capitanes de Licofontes corren en su ayuda, Teucro clava una segunda flecha en el hígado del hombre caído.

El hijo de Pobermón, Amopaón, cae a continuación, y la flecha de Teucro le atraviesa la garganta. Fuentes de sangre se alzan treinta centímetros de altura y el poderoso Amopaón intenta levantarse, pero la flecha lo ha clavado al suelo y se desangra en menos de un minuto, su cuerpo patalea y se sacude con espasmos cada vez más débiles. Los aqueos vitorean. Yo conozco... conocía... a Amopaón. El troyano solía comer en el pequeño restaurante donde a Nightenhelser y a mí nos gustaba reunirnos, y habíamos hablado muchas veces de cosas triviales. Una vez me contó que su padre, Pobermón, había conocido a Odiseo en tiempos más amistosos, y una vez, cuando viajó a Ítaca y se unió a los amistosos griegos para ir de caza, Pobermón mató a un jabalí salvaje que había herido profundamente en la pierna a Odiseo y lo habría matado si la lanza de Pobermón hubiera fallado el tiro. Odiseo lleva esa cicatriz todavía hoy.

Ajax se agacha, manteniendo su enorme escudo sobre él y su hermanastro como si fuera un techo, y las flechas troyanas redoblan sobre él. Ajax se levanta, alza el escudo, y Teucro mata a Menalipo (a ochenta metros de distancia) con una flecha que entra por la ingle del hombre y sale por su ano cuando el troyano cae. Sus camaradas se retiran y maldicen mientras Menalipo se retuerce en el suelo y muere. Los aqueos vuelven a aplaudir.

Agamenón se baja del carro y grita dando ánimos a Teucro, prometiendo al arquero una segunda entrega de trípodes o caballos de pura raza (si Zeus y Atenea le permiten alguna vez saquear los tesoros de Troya, dice), y entonces le promete también a Teucro una hermosa mujer troyana con la que acostarse, quizá la esposa de Héctor, Andrómaca.

Teucro se enfurece por la oferta de Agamenón.

—Hijo de Atreo, ¿crees que lo intentaré con más fuerzas de lo que ya lo

hago, acicateado por tu promesa de botín? Disparo lo más rápida y precisamente que puedo. Ocho flechas... ocho muertes.

—¡Dispárale a Héctor! —exclama Agamenón.

—Le he estado disparando a Héctor —grita Teucro, la cara roja—. Todo este tiempo Héctor ha sido mi objetivo. ¡Pero no puedo alcanzar al hijo de puta!

Agamenón guarda silencio.

Como respondiendo al desafío, Héctor planta de pronto su carro al frente de las líneas troyanas, tratando de animar a sus hombres, que han perdido el valor a causa de la matanza del arquero.

Ajax no se molesta en alzar el escudo esta vez, porque Teucro está de pie, toma una flecha, apunta con cuidado a Héctor y dispara.

La flecha pasa a un palmo del corazón de Héctor y alcanza a Gorgitión mientras ese hijo de Príamo se sitúa tras el carro de Héctor. El grandullón se detiene, parece sorprendido, mira la flecha y las plumas que sobresalen de su pecho como si fuera el blanco de una broma de barracón, pero entonces la cabeza de Gorgitión parece volverse demasiado pesada para su enorme cuello y cae flácida sobre su hombro mientras el peso del casco la hace caer. Luego Gorgitión cae muerto en la arena manchada de sangre.

—¡Maldición! —dice Teucro, y vuelve a disparar. Héctor es el más cercano de todos los troyanos ahora, con el torso vuelto hacia Teucro.

La flecha alcanza en el pecho a Arqueptólemo, el auriga de Héctor. El caballo (entrenado como está para la guerra) retrocede y salta mientras la sangre de Arqueptólemo se derrama sobre sus flancos, y el joven cae hacia atrás y se hunde en el polvo.

—¡Cebrión! —exclama Héctor, agarrando las riendas y llamando a su hermano (otro bastardo del prolífico Príamo) para que sea su auriga. Cebrión salta al carro justo cuando Héctor se baja. Enfurecido, fuera de sí por la rabia y la pena de ver muerto a su fiel Arqueptólemo, Héctor corre en tierra de nadie, un claro blanco para Teucro, y agarra la piedra más grande y afilada que puede alzar con una mano.

Héctor parece haber olvidado toda la delicadeza de la guerra de la que ha alardeado tantas veces y vuelve a las tácticas de los cavernícolas. Alza la piedra y echa atrás el brazo izquierdo, como si fuera Sandy Koufax (o eso me parece) dispuesto a lanzar una bola con efecto. No había advertido hasta hoy que Héctor es ambidextro.

Teucro ve su oportunidad, carga otra flecha y apunta al corazón de Héctor, seguro de que podrá alcanzarle una vez, quizá dos, antes de que Héctor dispare.

Se equivoca. Héctor lanza la piedra con fuerza y precisión.

Alcanza a Teucro en la clavícula, junto a la garganta, un instante antes de que el arquero suelte la flecha. Los huesos se rompen. Los tendones se desgarran. La mano de Teucro queda flácida, la cuerda del arco se rompe, y la flecha se

entierra en el suelo, entre las sandalias del arquero.

Héctor se abalanza hacia delante, dispersando aqueos como si fueran moscas, y los arqueros troyanos disparan flecha tras flecha al caído Teucro, pero Ajax el Grande no abandona a su hermano: lo cubre con la pared de su escudo mientras otros aqueos combaten a la infantería troyana. A la llamada de Ajax (al mugido, en realidad), Macisteo y Alastor llegan corriendo y se llevan al gimoteante y semiinconsciente arquero aqueo a través del puente en la trinchera hasta la relativa seguridad, a la sombra de las cóncavas naves.

Pero los quince minutos de fama de Teucro se han acabado.

Las cosas empeoran para los griegos muy rápidamente después de esto. Héctor ve su supervivencia como otro signo del amor y la aprobación de Zeus y lidera a sus hombres una carga tras otra contra los aqueos, que se retiran faltos de ánimo.

Agamenón, Menelao y los otros señores que habían conducido alegres a sus hombres al combate unas horas antes, están ahora realmente abatidos. Los aqueos están demasiado derrotados para atender sus defensas a lo largo del foso y la muralla de estacas, y lo único que impide a los troyanos quemar las naves ahora mismo es la puesta del sol y la súbita llegada de la oscuridad.

Mientras los aqueos se agrupan llenos de confusión, algunos aprestando ya sus naves para zarpar, otros sentados, aturcidos y con los ojos en blanco, Héctor hace su número a lo *Enrique V*, rugiendo incansable arriba y abajo de las líneas troyanas, instando a sus hombres a continuar la matanza al amanecer, enviando a soldados de vuelta a la ciudad para que traigan bueyes para sacrificarlos y comer, ordenando que se traigan raciones de vino con miel y carretas de pan recién horneado que los hambrientos troyanos atacan como si fueran el mismísimo Agamenón, y da la orden de plantar cientos de hogueras de vigilancia justo más allá de las defensas aqueas, para que los temerosos griegos no duerman esta noche. Me pongo mi Casco de Hades y camino invisible entre los troyanos.

—Mañana —grita Héctor a sus alegres hombres— destriparé a Diomedes como si fuera un pez delante de sus hombres si no decide huir esta noche. ¡Le romperé el espinazo con la punta de mi lanza y clavaremos la cabeza de ese maricón sobre las Puertas Esceas!

Los troyanos rugen. Las hogueras envían chispas hacia las estrellas. Invisible a hombres y dioses, vuelvo a cruzar el puente de la trinchera, me abro camino entre las afiladas estacas y camino de nuevo entre los desanimados griegos.

Para mí, es la hora de la verdad o de las consecuencias. Agamenón ya ha convocado la reunión de sus capitanes y están discutiendo cursos de acción inmediata: ¿huir o enviar una embajada a Aquiles?

Ya no hay vuelta atrás. Me morfeo en Fénix, el fiel amigo y tutor mirmidón de Aquiles, y camino por la fresca arena para unirme al consejo.

Si quieres cambiar nuestros destinos, tienes que encontrar el fulcro.

La Cuenca Mediterránea

Savi siguió la Brecha Atlántica a través del océano, volando a veces más bajo que la superficie, saltando y zambullendo el sonie cada pocos kilómetros para evitar los conos de corrientes conectadas que cruzaban la Brecha como tuberías transparentes en un largo pasillo verde.

Tendido a la izquierda de Savi, viendo a Harman en su sitio, a la derecha, Daeman era consciente de la sombría expresión del otro hombre y de los sitios vacíos de pasajeros tras ellos. Daeman pensaba en las últimas veinticuatro horas.

Harman y Ada parecían enfadados cuando se marcharon del bosque. Al principio eso complació a Daeman. No sabía a qué se debía la discusión, naturalmente, pero estaba claro que ambos volvieron agitados de su paseo por el bosque: Ada fría y distante pero ardiendo por dentro, Harman visiblemente confuso. Pero después de las horas de vuelo hasta Ardis y de lo sucedido allí (y de la decisión de Daeman de continuar con esta búsqueda insensata) la tensión entre Harman y Ada parecía otra cosa más de la que preocuparse.

Llegaron a Ardis a últimas horas de la tarde. La mansión y sus terrenos parecían distintos desde el aire, al menos se lo parecieron a Daeman, aunque el trazado de las colinas y bosques y prados y el río eran tal como recordaba. Cada vez que pensaba en su excursión al río, para ver la tonta exhibición de vertido de metal de Hannah, pensaba en el ataque del dinosaurio y el corazón se le desbocaba.

—Esta zona se llamaba Ohio en la última parte de la Edad Perdida —dijo Savi mientras sobrevolaban y luego descendían—. Creo.

—Yo pensaba que se llamaba Norteamérica —dijo Harman.

—Eso también —respondió la anciana—. Tenían un montón de nombres para los sitios.

Aterrizaron a medio kilómetro de Ardis Hall, en un pasto situado al norte de una hilera de árboles que los ocultaban. Daeman todavía tenía ganas de ir al baño, pero en modo alguno estaba dispuesto a ir andando hasta la mansión si había alguna posibilidad de que hubiera dinosaurios en la zona.

—Es seguro —dijo Ada bruscamente cuando lo vio vacilar, el único que todavía permanecía tendido en el sonie—. Los voynix patrullan en un radio de tres o cuatro kilómetros hasta la mansión.

—¿A qué distancia está la casa del picnic de Hannah? —preguntó Daeman.

—Cinco kilómetros —dijo Hannah. La joven se encontraba cerca de Odiseo, tras el sonie.

Ada se volvió hacia Savi.

—¿Estás segura, de que no vas a venir a la casa?

—No puedo —respondió la anciana. Extendió la mano y después de un segundo Ada la aceptó. Daeman nunca había visto a mujeres estrecharse la mano—. Esperaré a que regresen Harman y Daeman.

Ada miró a Harman.

—Vendrás un momento a Ardis, ¿verdad?

—Sólo para decir adiós.

Los dos mantuvieron su intensa mirada.

—¿Podemos irnos ya? —dijo Daeman, oyendo el gemido de su propia voz. No le importaba. Tenía que irse.

Todos menos Savi empezaron a caminar entonces hacia la lejana casa, atravesando el prado de hierba hasta la cintura, dejando atrás alguna ocasional cabeza de ganado (Daeman dio un amplio rodeo ante cada una de las vacas, y a que no se sentía cómodo con los animales grandes), cuando de repente un voynix solitario apareció entre los árboles que tenían delante.

—Ya era hora —dijo Daeman—. Esta caminata es ridícula. —Hizo un gesto a la forma de hierro y cuero—, ¡Tú! ¡Vuelve a la mansión y trae dos carruajes grandes para transportarnos!

Increiblemente, el voynix ignoró a Daeman y siguió andando hacia los cinco humanos... o para ser más precisos, hacia Odiseo.

El viejo barbudo apartó a Hannah de su lado mientras el voynix sin ojos se aproximaba lentamente.

—Es sólo curiosidad —dijo Ada, aunque a su voz le faltaba convicción—. Probablemente nunca...

El voynix estaba a dos metros de Odiseo cuando éste desenvainó la espada, activó la hoja zumbante con el pulgar y blandió el arma con ambas manos, descargando un tajo y cortando la coraza aparentemente impenetrable del voynix y su brazo izquierdo. Durante un segundo, el voynix se quedó allí, aparentemente tan sorprendido por la conducta de Odiseo como los cuatro humanos, pero luego la mitad superior del cuerpo de la criatura resbaló, se ladeó y cayó al suelo, agitando espasmódicamente los brazos. La mitad inferior del torso del voynix y sus piernas continuaron de pie varios segundos antes de desplomarse.

Durante un minuto no hubo más sonido que el viento entre la alta hierba.

Luego Harman gritó:

—¿Por qué demonios has hecho eso?

Por todas partes había fluido azul, denso como la sangre.

Odiseo señaló el brazo derecho del voynix, todavía sujeto al torso inferior. Mientras limpiaba la hoja en la hierba, dijo:

—Tenía extendidas sus cuchillas matadoras.

Era cierto. Mientras los cuatro se congregaban alrededor del voynix caído, todos pudieron ver las hojas que usaban para defender a los humanos contra amenazas como los dinosaurios, extendidas donde normalmente estaban los manipuladores.

—No comprendo —dijo Ada.

—No te ha reconocido —dijo Hannah, apartándose un paso del hombre de la barba—. A lo mejor ha creído que eras una amenaza para nosotros.

—No —replicó Odiseo, envainando su espada corta.

Daeman contemplaba fascinado la sección cercenada del voynix: suaves órganos blancos, una profusión de tubos azules, amasijos de lo que parecían ser uvas rosas, desde luego no el mecanismo y los engranajes que siempre había imaginado en el interior de un voynix de servicio. La repentina violencia y ahora las blancas entrañas visibles casi habían hecho que Daeman perdiera el control de sus ansiosas entrañas.

—Vamos —dijo, y empezó a caminar rápidamente hacia Ardis Hall. Los demás tomaron este gesto por liderazgo y lo siguieron.

Fue después de que Daeman usara el cuarto de baño, tomara una ducha, se afeitara, ordenara al servidor de Ardis más cercano que le trajera ropa limpia y nueva, y luego fuera a la cocina en busca de algo para comer, cuando advirtió que era una insensatez continuar con Harman y la vieja loca. ¿Para qué?

Ardis Hall, a pesar de la ausencia de Ada (o tal vez por eso) estaba llena de amigos que faxeaban de visita para celebrar fiestas. Los servidores los mantenían felices con comida y bebida. Gente joven (incluidas varias muchachas a quienes Daeman conocía de otras fiestas, otros lugares, de su vida feliz antes de Harman y todas aquellas tonterías) jugaban con pelotas y aros en el amplio césped cultivado. La tarde era hermosa, las sombras sobre la hierba largas, la risa en el aire parecía el sonido de la música, y la cena preparada por los servidores esperaba en una larga mesa bajo el enorme olmo.

Daeman comprendió que podía quedarse allí y tomar una comida adecuada y disfrutar de una buena noche de sueño, o (mejor todavía) llamar a un voynix para que lo llevara en carruaje al fax-portal y dormir en su propia cama en Cráter París después de una cena preparada por su madre. Daeman echaba de menos a su madre; hacía más de dos días que no tenía ningún contacto con ella.

Miró al voynix de la carretera curva, al lado de la gran casa y sintió un retortijón de ansiedad: la destrucción de aquel voynix por parte de Odiseo había sido inquietante y alocada. Uno no daña o destruye a los voynix, igual que no le prende fuego a un droshky ni destroza su propio domi. No tenía ningún sentido, y era otro motivo por el que debía dejar a esta gente de inmediato.

Cuando salía al camino, vio a Harman y Ada hablando suave pero urgentemente a un lado. Jardín abajo, pudo ver que Hannah presentaba a Odiseo a varios invitados curiosos. Los voynix se mantenían alejados del hombre de la barba, pero Daeman no tenía ni idea de si era coincidencia o designio. ¿Se comunicaban los voynix entre sí? Y si así era, ¿cómo? Daeman nunca había oído a ninguno murmurar una palabra.

Llamó con un gesto a un voynix para que trajera un carruaje justo cuando la conversación entre Ada y Harman llegaba a su fin: Ada entró en la casa, Harman giró sobre sus talones y se dirigió a los campos y el sonie que le esperaba. Harman se acercó a Daeman y su expresión era tan sombría que éste retrocedió medio paso.

—¿Vas a venir con nosotros?

—Yo... ah... no —tartamudeó Daeman. El voynix llegó trotando con el carruaje de una sola rueda tras él, la tapicería brillando a la luz de la tarde, los giroscopios zumbando.

Harman se volvió sin decir palabra y se perdió en los prados, tras la casa.

Daeman subió al carruaje.

—Fax-portal —le dijo al voynix, y se acomodó mientras el vehículo zumbaba por la carretera, las conchas blancas aplastadas bajo la rueda. Una de las jóvenes del jardín (Oelleo, creía que era su nombre) se despidió de él a voz en grito. El carruaje recorrió el camino con el silencioso voynix trotando entre sus mandos.

—Alto —dijo Daeman. El voynix se detuvo, todavía sujetando las varas del carro. El giróscopo interno zumbó suavemente para sí.

Daeman miró hacia atrás, pero Harman ya se había perdido de vista entre los árboles. Por ningún motivo en concreto, intentó recordar dónde había conocido a Oelleo. ¿En una fiesta en Bellinbad hacía dos veranos? ¿En el Cuarto Veinte de Verna, sólo unos pocos meses antes? ¿En una de sus propias fiestas en Cráter París?

No podía recordarlo. ¿Se había acostado con Oelleo? Visualizó una imagen de la muchacha desnuda, pero podría haber sido en una de las fiestas de natación o una de las exposiciones de arte viviente que estaban de moda el invierno anterior. No podía recordar si se había ido a la cama con aquella mujer. Había tantas...

Daeman trató de recordar la celebración del Segundo Veinte de Tobi en Ulanbat, hacía sólo tres días. Era un borrón: una mancha de risa y sexo y bebida mezclada con todas las otras fiestas cerca de todos los otros fax-nódulos. Pero cuando trató de recordar el Valle Seco en... ¿cómo se llamaba? ¿La Antártida? O

el iceberg, o el Puente Dorado sobre Machu Picchu, o incluso el estúpido bosque de pinos gigantes... todo era claro, diáfano, prístino.

Daeman se bajó del carruaje y empezó a caminar hacia los campos. *Esto es una locura*, pensó. *Locura, locura, locura*. A mitad de camino de los árboles, echó a correr torpemente.

Cuando llegó al otro lado del campo estaba sin aliento y sudaba copiosamente. El sonie se había ido, sólo quedaba una depresión en la hierba, cerca del muro de piedra donde había estado.

—Maldita sea —dijo Daeman, alzando la cabeza al cielo, vacío excepto por el anillo ecuatorial y el anillo polar—. Maldita sea.

Se sentó pesadamente en el muro de piedra cubierto de mohos. El sol se ponía tras él. Por algún motivo, tuvo ganas de llorar.

El sonie apareció sobre los árboles, viró y gravitó a treinta centímetros del suelo.

—Me pareció que podrías cambiar de opinión —llamó Savi—. ¿Quieres que te lleve?

Daeman se puso en pie.

Volaron hacia el este en medio de la oscuridad, ascendiendo tanto que las estrellas y los anillos orbitales iluminaban la parte superior de las nubes que ya brillaban por los relámpagos como peristalsis visibles a través de interiores lechosos. Se detuvieron cerca de la costa esa noche y durmieron en una extraña casa-árbol hecha de pequeñas domi-casas separadas y conectadas por plataformas y escaleras serpenteantes. El lugar tenía agua corriente, pero no servidores ni voynix, y no había otra gente ni habitáculos cerca.

—¿Tienes muchos sitios como éste donde alojarte? —le preguntó Harman a Savi.

—Sí —dijo la anciana—. Aparte de vuestros trescientos fax-nódulos, la mayor parte de la Tierra está vacía, ya sabes. Al menos vacía de gente. Tengo sitios favoritos aquí y allí.

Estaban sentados en el exterior, en una especie de plataforma para cenar a mitad del alto árbol. Bajo ellos, las luciérnagas se encendían y apagaban en un claro herboso que contenía un montón de enormes máquinas, antiguas y oxidadas, que habían sido reclamadas por la hierba y los abetos. La luz de los anillos caía entre las hojas y pintaba la hierba de un suave blanco. Las tormentas que habían sobrevolado no habían llegado hasta allí todavía, y la noche era cálida y clara. Aunque no había servidores, había congeladores con comida, y Savi supervisó el cocinado de tallarines, carne y pescado. Daeman casi se estaba acostumbrando a esta extraña idea de preparar la comida que uno comía.

—¿Sabes por qué los posthumanos abandonaron la Tierra y no han regresado? —le preguntó de repente Harman a Savi.

Daeman recordó la extraña visión de datos que había sufrido en el claro del

bosque. Sólo el recuerdo le hizo sentirse un poco mareado.

—Sí —dijo Savi—. Creo que sí.

—¿Vas a contárnoslo? —preguntó Harman.

—Ahora mismo no —dijo la anciana. Se levantó y subió las serpenteantes escaleras hasta un domo iluminado, diez metros más arriba en el tronco.

Harman y Daeman se miraron el uno al otro bajo la suave luz, pero no tenían nada que decirse y acabaron marchándose a dormir a sus respectivos domos.

Siguieron la Brecha a lo largo del Atlántico a toda velocidad, viraron al sur antes de llegar a tierra y corrieron en paralelo ante algo que Savi llamó las Manos de Hércules.

—Sorprendente —dijo Harman, poniéndose casi de rodillas para mirar a la izquierda mientras volaban hacia el sur.

Daeman no pudo menos que estar de acuerdo. Entre una gran montaña de cara plana al norte (Savi la llamó Gibraltar) y un monte más bajo a unos quince kilómetros al sur, el océano simplemente se detenía, mantenido a raya de la profunda cuenca que se extendía al este por una serie de enormes manos humanas que se alzaban desde el lecho marino. Cada mano media más de ciento cincuenta metros de altura y los dedos extendidos formaban la muralla que separaba el Atlántico de la seca Cuenca Mediterránea, que caía como un valle profundo entre nubes y nieblas al este.

—¿Por qué las manos? —preguntó Daeman mientras llegaban a tierra en el lado sur de la Cuenca y viraban de nuevo hacia el este—. ¿Por qué no usaron los posthumanos campos de fuerza para contener el mar, como hicieron con la Brecha?

La mujer negó con la cabeza.

—Las Manos de Hércules estaban aquí antes de que yo naciera y los posts nunca nos dijeron por qué lo hicieron así. Siempre he sospechado que fue sólo un capricho por su parte.

—Un capricho —repitió Harman. Parecía molestarle.

—¿Estás segura de que no podemos atravesar la Cuenca volando? —preguntó Daeman.

—Estoy segura —respondió Savi—. El sonie caería del cielo como una piedra.

Volaron toda la tarde sobre pantanos, lagos, bosques de coníferas y anchos ríos de una tierra que Savi llamó el norte del Sáhara. Pronto los pantanos fueron haciéndose más escasos y desaparecieron y la tierra se hizo más seca, más rocosa. Manadas de enormes bestias a rayas (no eran dinosaurios, pero sí tan grandes como dinosaurios) se movían a centenares por las llanuras y altiplanicies rocosas.

—¿Qué son? —preguntó Daeman.

Savi sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea.

—Si Odiseo estuviera aquí, probablemente querría matar a uno y comérselo para la cena —dijo Harman.

Ya era tarde cuando perdieron altitud, sobrevolaron una extraña ciudad amurallada emplazada en las alturas, sólo a cuarenta kilómetros de la Cuenca Mediterránea, y aterrizaron en un llano rocoso al oeste de la ciudad.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Daeman. Nunca había visto murallas ni edificios tan antiguos, e incluso desde lejos resultaba inquietante.

—Se llamaba Jerusalén —dijo Savi.

—Creí que íbamos a bajar a la Cuenca en busca de naves espaciales —dijo Harman.

La anciana bajó del sonie y se desesperó. Parecía muy cansada, pero claro, pensó Daeman, había estado conduciendo el sonie durante dos días seguidos.

—Y lo haremos —respondió ella—. Aquí encontraremos transporte. Y hay algo que quiero que veáis al atardecer.

Aquello le pareció temible a Daeman, pero siguió a Savi y Harman por la llanura rocosa, sobre ruinas que antaño podrían haber sido suburbios o secciones más nuevas de la antigua ciudad amurallada que ahora era una altiplanicie salpicada de rocas aplastadas, tan finas como guijarros. Ella los guió hasta una puerta en la muralla, charlando de cosas ininteligibles mientras caminaban. El aire era seco y frío, el sol poniente iluminaba los viejos edificios.

—Esto era la Puerta de Jaffa —dijo, como si eso significara algo para ellos—. Ésta es la calle de David, y solía separar el barrio cristiano del barrio armenio.

Harman miró a Daeman. Estaba claro que incluso el viejo instruido, tan orgulloso de su inútil habilidad para leer, nunca había oído las palabras *cristiano* ni *armenio*. Pero Savi siguió farfullando, señalando algo que llamó la iglesia del Santo Sepulcro en las ruinas a su izquierda, y ninguno la interrumpió hasta que Daeman preguntó:

—¿Aquí no hay ni voynix ni servidores?

—Ahora no —respondió Savi—. Pero cuando mis amigos Pinchas y Petra estuvieron aquí en los minutos finales, antes del último fax, hace mil cuatrocientos años, había docenas de millares de voynix que se pusieron súbitamente activos cerca de la Muralla Occidental. No tengo ni idea de por qué.

Dejó de andar y los miró.

—Sabréis, claro, que los voynix surgieron de la nube temporalclástica, dos siglos antes del último fax, pero estaban inmóviles, como estatuas oxidadas de hierro, no eran los obedientes sirvientes que son ahora. Es importante recordarlo.

—Muy bien —dijo Harman, pero su voz tenía cierto tonillo condescendiente.

Ella estaba farfullando—. Pero dijiste que estabas en un iceberg cerca de la Antártida cuando tuvo lugar el último fax —continuó Harman—. ¿Cómo sabes dónde estaban tus amigos y qué estaban haciendo los voynix?

—Por los archivos de lejonet, cercanet y todonet —dijo la anciana. Se volvió y siguió guiándolos calle abajo.

Harman miró de nuevo a Daeman, como para compartir su preocupación por toda esta charla absurda, pero Daeman sintió un arrebató de algo (¿orgullo?, ¿superioridad?) al darse cuenta de que sabía exactamente a qué se refería ella cuando hablaba de lejonet y de cercanet. Se miró la palma y pulsó la función localizadora, pero el brillo no mostró nada. ¿Qué pasaría, se preguntó, si visualizaba los cuatro rectángulos azules sobre tres círculos rojos sobre cuatro triángulos verdes para llamar la función de datos totales como ella le había enseñado a hacer el día anterior en el claro del bosque?

Savi se detuvo y hablo como si le hubiera leído la mente.

—No quieras activar la función todonet aquí, Daeman. No te sumergirías en las interacciones microclimáticas-energéticas como ayer en el bosque... No aquí, en Jerusalén. Te enfrentarías a cinco mil años de dolor, terror y virulento antisemitismo.

—¿Antisemitismo? —repitió Harman.

—Odio a los judíos —dijo Savi.

Harman y Daeman se miraron mutuamente con expresión de extrañeza. La idea no tenía sentido.

Daeman empezaba a lamentar haber cambiado de opinión y haber venido. Tenía hambre. El sol se ponía tras ellos. No sabía dónde iba a dormir esa noche, pero sospechaba que sería incómodo.

—Venid —dijo Savi, y los condujo por otra manzana, atravesando portales de piedra, por un estrecho callejón, hasta llegar a un espacio dominado por una muralla alta y vacía.

—¿Es esto lo que hemos venido a ver? —dijo Daeman, decepcionado. Era un callejón sin salida: un patio rodeado por muros más bajos, edificios de piedra y esa gran muralla con una especie de estructura metálica redondeada visible en lo alto. No había modo de subir desde donde se encontraban.

—Paciencia —dijo Savi. Escrutó el sol poniente con los ojos entornados—. Y hoy es *Tisha b'Av*, como lo era el día del último fax.

Con aspecto de estar cansado de repetir sílabas sin sentido, Harman dijo:

—¿*Tisha b'Av*?

—Nueve de Av —dijo Savi—. Un día de lamentación. El Primer y el Segundo Templos fueron destruidos en *Tisha b'Av* y creo que los voynix construyeron este blasfemo Tercer Templo el nueve de Av, el día del último fax. Señaló el metal negro cerca de la semicúpula, tras la muralla.

De repente hubo un rumor tan profundo que los huesos y los dientes de

Daeman se estremecieron. Tanto él como Harman retrocedieron asustados. El aire estaba lleno de ozono y la estática era tan densa que el pelo de Daeman se erizó y onduló como hierba alta sacudida por el viento y, con una explosión más rápida y más fuerte que un relámpago, un sólido haz de pura luz azul, cegadoramente brillante, se disparó de la semicúpula de metal, taladró el cielo nocturno y desapareció en línea recta hacia el espacio, sin alcanzar por muy poco el anillo-e orbital en su eterna rotación al este.

Candor Chasma

Durante ocho días y ocho noches marcianos, la tormenta de polvo alzó olas de diez metros de altura, aulló entre los cordajes y empujó al pequeño falucho hacia la orilla y la muerte de toda la tripulación, incluidos los dos moravecs.

Los hombrecillos verdes eran marineros competentes, pero dejaban de funcionar de noche y ahora pasaban inertes la mayor parte del día, cuando las nubes de polvo bloqueaban el sol. Para Mahnmut, cuando los HV buscaban sus rincones oscuros bajo cubierta y se acurrucaban en sus huecos para no salir rodando, era como navegar en un barco de muertos, como en el *Drácula* de Bram Stoker, cuando el navío llega a tierra tripulado sólo por cadáveres.

Las velas del falucho estaban hechas de un duro polímero liviano en vez de lona, pero la ferocidad del viento del sureste y las partículas y guijarros que arrastraba las hicieron jirones. La cubierta ya no era un lugar seguro, y durante un breve intervalo de luz solar, veinte HV ayudaron a Mahnmut a abrir un agujero en la cubierta y bajar a Orphu a una cubierta inferior, donde Mahnmut construyó un refugio de madera y lona para el ioniano y lo protegió del fuerte viento. El propio Mahnmut sentía la tierra metiéndose entre sus juntas y engranajes cuando pasaba demasiado tiempo ayudando a los HV en las cubiertas superiores, así que bajaba a la cubierta inferior para estar con Orphu cada vez que podía, asegurándose de que su amigo estuviera amarrado y clavado a su sitio mientras el falucho oscilaba cuarenta grados a cada lado y el agua (ahora mezclada con arena roja como la sangre) se abría paso por cada rendija. Una docena de los cuarenta hombrecillos verdes que había a bordo manejaban bombas cada hora que estaban conscientes, para achicar el agua de la sentina y las cubiertas inferiores, y Mahnmut trabajaba solo en una de las bombas durante las largas noches.

Habían aprovechado el viento antes de que las velas, los aparejos y el ancla resultaran dañados, trabajando duro, tensando duro, navegando a favor del viento, las olas estrellándose contra la proa, para internarse en el centro del mar interior, obviamente preocupados por los acantilados de un kilómetro de altura

que dejaban atrás al norte, y cubriendo cientos de kilómetros en los primeros dos días de tormenta. Ahora estaban en algún sitio entre Coprates Chasma y las islas de Melas Chasma, con el enorme complejo de cañones inundados de Candor Chasma esperándolos por delante, a estribor.

Entonces las tormentas empeoraron, los cielos se volvieron más oscuros, los HV se acurrucaron y ataron en lugares seguros bajo cubierta mientras se desconectaban con la penumbra de la tormenta, y las anclas de proa y popa (dos elaboradas curvas de polilienzio que se arrastraban por cable cientos de metros bajo el navío) cedieron el mismo día. Mahnmut sabía por avistamientos anteriores que había acantilados de un kilómetro de altura al norte y, en alguna parte, la amplia abertura a los cañones inundados de Candor Chasma, pero la carga electrostática de la tormenta de polvo estaba ensordeciendo su receptor GPS, y habían pasado dos días desde la última vez que viera una estrella decente o la luz solar. Los acantilados y su pérdida podían estar a media hora de distancia, por lo que sabía.

—¿Existe la posibilidad de que nos hundamos? —preguntó Orphu la tarde del cuarto día.

—Las probabilidades son buenas —dijo Mahnmut. No quería mentirle a su amigo, así que intentó formular la frase lo más ambiguamente posible.

—¿Puedes nadar con esta tormenta? —preguntó Orphu. Había comprendido que las *buenas* probabilidades de aquella frase eran una mala noticia para ambos.

—En realidad no —dijo—. Pero puedo nadar bajo las olas.

—Yo me hundiré como la típica roca —dijo Orphu con un suave estremecimiento—. ¿Qué profundidad dijiste que tiene aquí el Valle Marineris?

—No lo he dicho.

—Bueno, dilo ahora.

—Unos siete kilómetros de profundidad —dijo Mahnmut, que lo había sondeado hacia apenas una hora.

—¿Te aplastarías a esa profundidad?

—No. He trabajado a presiones mucho más grandes. Estoy diseñado para ello.

—¿Me aplastaría yo?

—Yo... no lo sé —dijo Mahnmut. Era verdad, pero sabía que la línea de moravecs a la que pertenecía Orphu había sido diseñada para la presión cero del espacio y para las ocasionales incursiones en las capas superiores de un gigante gaseoso o los pozos de azufre de Io, no para soportar las presiones de un mar salino de siete mil metros de profundidad. Lo más probable era que su amigo quedara aplastado, reducido al tamaño de una lata, o simplemente implotara mucho antes de llegar a tres kilómetros de profundidad.

—¿Hay alguna posibilidad de desembarcar? —preguntó Orphu.

—No lo creo —dijo Mahnmut—. Los acantilados que vi eran enormes,

cortados a pico, con rocas gigantescas en la base. Las olas deben de estar rompiendo a cincuenta o cien metros de altura ahora mismo.

—Un panorama interesante —dijo Orphu—. ¿Hay alguna posibilidad de que los HV nos lleven a una bahía segura?

Mahnmut contempló el sombrío espacio de las cubiertas inferiores. Los HV estaban recogidos y atados a las cubiertas como muñecos de clorofila, los brazos y piernas verdes agitando con las salvajes sacudidas del navío.

—No lo sé —dijo, sin ocultar su escepticismo.

—Entonces tendrás que sacarnos de ésta —dijo Orphu.

Mahnmut hizo cuanto pudo por salvarlos. Al quinto día, con el cielo convertido en una oscuridad sanguinolenta y el viento aullando entre las ajadas velas, los HV apilados como leña bajo cubierta y la doble rueda trasera atada para sujetar el timón, Mahnmut arrió lo que quedaba de las velas y sacó la cuerda y las enormes agujas que había visto usar a los HV para arreglar el polilienz, sólo que él cosió mientras el navío daba tumbos, olas de quince metros lo golpeaban de lado y lo hacían virar mientras lamían la cubierta.

Improvisó primero un ancla más pequeña, que echó desde el cable de proa para que el barco quedara de cara al viento e intentar dejar la invisible pero siempre presente orilla, a sotavento, tras ellos. Había empezado a trabajar en la reparación de la principal vela irregular cuando los cables de la caña del timón chasquearon. El falucho se estremeció, encajó varias enormes olas de agua roja, el timón se rompió y el barco viró y corrió de nuevo impulsado por el viento, mientras las altas olas sacudían la cubierta de popa. Sólo la burda ancla había impedido que volcara cuando la caña se perdió. Mahnmut se dirigió a proa, y allí (mientras las nubes rojas se abrían un momento y el falucho se alzaba hasta la cuesta de la siguiente ola) distinguió los altos acantilados de la orilla norte del Valle Marineris a través de la espuma y la penumbra. La nave se estrellaría contra las rocas al cabo de menos de una hora si no reparaba el timón, y pronto.

Mahnmut preparó una cuerda y bajó a popa para asegurarse de que la caña estuviera todavía físicamente sujeta (lo estaba, pero giraba libre en su enorme balancín) y luego descendió por la cuerda mojada entre las olas, cruzó la cubierta media, se deslizó escaleras abajo hasta la segunda cubierta, localizó el centro de mando de emergencia (una simple plataforma con poleas desde donde los HV podían guiar el barco tirando de las cuerdas del timón si el mecanismo de arriba se estropeaba), descubrió que los dos grandes cables estaban flojos, bajó otra escalera hasta la oscuridad de la tercera cubierta, encendió las luces de su pecho y sus hombros para iluminar el camino, cambió sus manipuladores por filos cortantes y se abrió paso por la cubierta hasta donde imaginaba que se habían roto las cuerdas del timón. El moravec no tenía ni idea si era así como se

aparejaban los faluchos de la antigua Tierra (suponía que no), pero aquel gran falucho marciano era dirigido por una doble rueda situada en la cubierta superior de popa que enrollaba dos gruesas maromas que se dividían y luego volvían a unirse para pasar a través de la larga vara de madera hasta la caña del timón. Durante las semanas de viaje, había recorrido la nave estudiando el trazado y el tendido de los diversos sistemas de cables. Si uno o ambos de los grandes cables se habían partido, deshechos por las tensiones de la tormenta, tal vez pudiera unirlos, pero primero tenía que alcanzarlos. Si se habían roto cerca del timón, donde no podía alcanzarlos, todos a bordo estaban condenados. ¿Saltaría en el último momento, intentaría nadar bajo las olas hasta los altos acantilados, buscando una cala tranquila en alguna parte a lo largo de los miles de kilómetros de costa de Candor Chasma para protegerse del mar? Una cosa era segura: no podría llevar consigo a Orphu de Io. Tras entrar en el hueco de la cuerda del timón, aumentó la intensidad de sus luces y miró adelante y atrás. No localizó los cables.

—¿Todo va bien?—preguntó Orphu.

Mahnmut dio un salto al oír la voz, radiada en sus oídos.

—Sí —dijo—. Estoy haciendo unas cuantas reparaciones en el timón.

¡Allí estaban! Los cables gemelos se habían roto, los segmentos de popa estaban separados unos seis metros en la estrecha caja guía, los segmentos delanteros eran apenas visibles diez metros más allá. Corrió de un lado a otro, recorriendo la plancha de madera y tirando de cada pedazo de grueso cable, sacándolos de su caja y arrastrándolos hacia el centro usando cada gramo de energía de su sistema.

—¿Estás seguro de que todo va bien?—preguntó Orphu.

Retractó sus fillos cortantes y extendió todos sus manipuladores, fijando el control «*extra fino*». Empezó a unir las hebras de grueso cáñamo tan rápidamente que sus dedos metálicos se convirtieron en un borrón bajo los haces de sus luces halógenas en medio de la oscuridad de la tercera cubierta. El agua salpicaba por todas partes mientras el barco se estremecía con cada terrible ola y luego resbalaba al remontarla, sumergiéndose en su seno. Mahnmut se preparó para la siguiente ola, que chocaría de nuevo contra la proa con el sonido y el impacto de un disparo de cañón. Y supo que cada ola significaba que el barco estaba mucho más cerca de las rocas y acantilados que lo esperaban.

—Todo va bien —dijo Mahnmut, los dedos volando, tejiendo hilos, usando los láseres de bajo voltaje de su muñeca para soldar las fibras metálicas que corrían por la maroma—. Ahora estoy ocupado.

—Te doy un toque dentro de unos minutos —sugirió Orphu.

—Sí —dijo Mahnmut, pensando: *Si no puedo recuperar el control, chocaremos contra las rocas dentro de treinta minutos o así. Se lo diré quince minutos antes de que ocurra*—. Sí, hazlo. Dame un toque dentro de unos minutos.

No era *La Dama Oscura* (el burdo falucho no tenía nombre) pero navegaba y él era marinero de nuevo. En la cubierta de popa, con las piernas y los pies sujetos para soportar las sacudidas, los arrecifes claramente visibles a menos de un kilómetro por delante, los restos del toldo que había convertido en burdas velas izados en ambos mástiles, Mahnmut agarró el timón. El cable de la caña aguantaba y el timón respondía. Hizo virar el barco contra el viento y llamó a Orphu para informarle de la situación. Le dijo al ioniano la verdad: probablemente les quedaban menos de quince minutos antes de que el navío se estrellara contra aquellas rocas, pero estaba pilotando aquella porquería de barco con todas sus fuerzas.

—Bueno, agradezco tu sinceridad —dijo Orphu—. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

Mahnmut, apoyándose con todo su peso en el gran timón, haciendo virar el navío frente a la siguiente ola para que no volcara, dijo:

—Cualquier sugerencia será bienvenida.

La nube de polvo no mostraba ningún signo de alzarse ni el viento de menguar. Las cuerdas zumbaban, el polilienzo roto se sacudía y la proa desapareció en una nube de espuma blanca que golpeó a Mahnmut veinte metros más atrás.

—¿Otra vez? —dijo Orphu—. ¿Qué hacéis aquí? ¿Lo dejamos todo y nos ahogamos? ¿Queréis que nos hundamos?

Mahnmut tardó unos segundos en situar sus palabras. Sorteando la siguiente ola casi en cero-g, mirando hacia atrás por encima del hombro y viendo los arrecifes de mil metros cada vez más cerca, el moravec recuperó *La Tempestad* en su memoria secundaria y gritó:

—¡Mala peste a tu lengua, perro gritón, blasfemo, desalmado!

—Entonces trabajad vos.

—¡Que te cuelguen, perro cabrón, hijodeputa escandaloso, insolente! —dijo Mahnmut, gritando por encima del viento y el estrépito de las olas, aunque la comunicación por radio no necesitaba de sus gritos—. Tenemos menos miedo que tú de ahogarnos.

—Seguro que él no se ahoga, aunque el barco fuera una cáscara de nuez e hiciera aguas como una mujerzuela incontinente... ¿Mahnmut? ¿Qué es exactamente una mujerzuela incontinente?

—Una mujer menstruando —dijo Mahnmut, luchando contra el timón a babor, apoyado en él. Toneladas de agua lo bañaban. Ya no podía ver los acantilados a causa de la bruma roja y las olas, pero lo sentía tras él.

—Oh —dijo Orphu—. Qué embarazoso. ¿Por dónde iba?

—Ceñid el viento —apuntó Mahnmut.

—¡Ceñid el viento, ceñid! ¡Ahora con las dos velas, con las dos velas! ¡Mar adentro! ¡Mar adentro!

—¡Todo perdido! —recitó Mahnmut—. ¡A rezar, a rezar! ¡Es el fin!... ¡Espera un momento!

—No recuerdo eso de *espera un momento* —dijo Orphu.

—No, espera un momento. Hay una brecha en los arrecifes... una abertura en la costa.

—¿Lo bastante grande para navegar por ella? —preguntó Orphu.

—¡Si es la entrada a Candor Chasma, tiene más agua que Conamara Caos en Europa! —dijo Mahnmut.

—No recuerdo qué tamaño tiene Conamara Caos —admitió Orphu.

—Es más grande que los tres grandes lagos de Norteamérica con la bahía de Hudson incluida —dijo Mahnmut—. Candor Chasma es esencialmente otro enorme mar interior que se abre al norte... tendría que haber miles de kilómetros cuadrados para maniobrar. ¡Ningún sotavento!

—¿Es eso bueno? —preguntó Orphu, obviamente poco dispuesto a abrigar falsas esperanzas.

—Es una oportunidad de sobrevivir —dijo Mahnmut, tirando de las cuerdas para llenar de viento lo que quedaba de la vela mayor. Esperó hasta que remontaron la siguiente ola y desplazó el timón haciendo que el pesado barco se volviera a estribor y dirigiendo la proa hacia la abertura en los arrecifes—. Es una oportunidad de sobrevivir —repetió.

Terminó la tarde del octavo día. Una hora las nubes de polvo estaban todavía bajas y opresivas, el viento seguía enfurecido y los mares dentro de la gran cuenca de Candor Chasma seguían siendo blancos y salvajes; a la hora siguiente, después de una última lluvia sangrienta, los cielos eran azules, los mares se apaciguaron, y los hombrecillos verdes salieron de sus nichos y subieron a cubierta como niños que despiertan de un sueño reparador.

Mahnmut estaba agotado. Incluso con el cosquilleo de la recarga de las células solares portátiles y las ocasionales descargas de sus cubos de energía, estaba exhausto orgánica, metal, cibernética y emocionalmente.

Los HV parecieron maravillados ante lo que quedaba de las velas remendadas, los cables unidos del timón y las otras reparaciones que Mahnmut había efectuado en los tres últimos días. Se pusieron a trabajar achicando agua, vaciando las cubiertas de sangre roja, reparando más toldos, calafateando el casco y las tablas de los mamparos, reparando los mástiles astillados, desenredando cabos y pilotando el navío. Mahnmut, en la cubierta central, supervisó el traslado de Orphu desde la cubierta inferior inundada, ayudó a asegurar a su amigo a la cubierta y a colocar el toldo sobre él, y luego encontró

un lugar cálido y soleado en cubierta, apartado, con una pared de madera tras él y una cuerda delante que le aliviaba un poco la agorafobia, y se permitió flotar en un semiestupor. Cuando desconectaba los ojos, todavía veía las altas olas acercándose, sentía la cubierta inclinada debajo y oía el aullido del viento, a pesar del mar en calma que los rodeaba ahora. Echó un vistazo.

El barco se dirigía de nuevo al sur, capeando el suave viento sudeste, hacia la ancha abertura donde Candor Chasma se abría al Valle Marineris en el lugar llamado Meles Chasma. Mahnmut desconectó de nuevo su visión y se permitió dormir.

Algo le tocó el hombro y lo despertó. Uno a uno, los cuarenta HV desfilaron ante él; cada figura verde lo tocó en el hombro al pasar. Informó de esto a Orphu, usando el canal subvocal.

—Quizás estén expresando su agradecimiento por salvarlos —dijo el ioniano—. Sé que yo lo haría si tuviera brazos o piernas con los que darte palmaditas.

Mahnmut no dijo nada, pero no creía que ése fuera el motivo del contacto. No había detectado ninguna emoción en los HV (ni siquiera cuando sus intérpretes se habían marchitado después de comunicarse con él), y le costaba creer que todos estuvieran agradecidos, aunque los HV eran marinos lo bastante buenos para advertir que la nave se hubiese hundido de no ser por la intervención de Mahnmut.

—O tal vez piensan que eres afortunado e intentan tocarte para conseguir parte de esa suerte —añadió Orphu.

Antes de que Mahnmut pudiera expresar su opinión acerca de esta idea, el último de los HV de la fila lo había alcanzado. En vez de dar una palmadita en el hombro de fibra de carbono del moravec y seguir de largo, el hombrecillo verde se puso de rodillas, tomó la mano derecha de Mahnmut y la colocó contra su pecho.

—Oh, no —gimió Mahnmut—. Quieren volver a comunicarse.

—Eso está bien —dijo Orphu—. Tenemos cosas que preguntarles.

—Las respuestas no merecen la muerte de otro de estos hombrecillos verdes —dijo Mahnmut. Intentaba apartar la mano con todas sus fuerzas, mientras el HV la acercaba hacia su pecho.

—Puede que merezca la pena —dijo Orphu—. Aunque la unidad HV experimente algo similar a nuestra idea de la muerte, cosa que dudo. Además, es iniciativa suya. Déjalo que entre en contacto.

Mahnmut dejó de debatirse y permitió que el HV acercara la mano a su pecho... y que la metiera dentro de su pecho.

Una vez más aquella sorprendente y mareante sensación de que sus dedos se deslizaban atravesando la carne y se sumergían en la cálida y densa solución salina, de su mano tocando y luego rodeando aquel órgano latiente del tamaño de un corazón humano.

—Trata de apretarlo un poco menos fuerte esta vez —dijo Orphu—. Si la comunicación es en efecto a través de paquetes moleculares de nanobytes orgánicos, menos área superficial de contacto podría reducir el volumen de sus pensamientos.

Mahnmut asintió, advirtió que Orphu no podía ver su gesto, pero entonces se concentró solamente en la extraña vibración que pasaba desde su mano a su brazo y a su mente mientras el hombrecillo verde iniciaba la conversación.

**TE OFRECEMOS
NUESTRA GRATITUD
POR SALVAR
NUESTRO NAVÍO.**

—No hay de qué —dijo Mahnmut en voz alta, concentrando sus pensamientos en el lenguaje hablado al mismo tiempo que compartía la conversación con Orphu por la banda de tensorsrayo—. ¿Quiénes sois? —preguntó—. ¿Cómo os llamáis?

ZEKS.

La palabra no significaba nada para Mahnmut. Sentía el órgano de comunicación del HV latir en su mano y sintió la imperiosa necesidad de soltarlo, de apartar la mano del pecho de aquella persona condenada... pero eso no le habría servido ya de nada a ninguno.

¿Conoces esa palabra, «zeks»? , le preguntó Mahnmut a Orphu.

Espere un momento, envió Orphu. Accediendo a la memoria de tercer nivel. Aquí está, de Un día en la vida de Iván Denisovitch. Era un término de argot relacionado con la palabra rusa sharashka: «El científico o el instituto técnico cuyo personal estaba sometido a internamiento suave a cambio de trabajo intelectual en una sharashka se conocían como zeks.»

Bueno, envió Mahnmut, no creo que estos HV verdes basados en la clorofila sean prisioneros de un breve régimen terrícola, de hace más de dos mil años. Toda la conversación con Orphu había durado menos de dos segundos.

—¿Quieres decirnos de dónde sois? —le preguntó al hombrecillo.

Esta vez la respuesta no fue con palabras, sino con imágenes: prados verdes, un cielo azul, un sol mucho más grande que el del cielo marciano, una distante cadena de montañas perdidas en la bruma del aire denso.

—¿La Tierra? —dijo Mahnmut, sorprendido.

UNA TIERRA DIFERENTE.

Mahnmut reflexionó sobre esto pero no se le ocurrió otra pregunta clarificadora que:

—¿Qué Tierra, entonces?

El hombrecillo verde respondió con las mismas imágenes de campos verdes, montañas lejanas, una vista terrestre del sol. Mahnmut notó que la energía del HV menguaba, el órgano parecido a un corazón latía con menos vitalidad. *Lo estoy matando*, pensó lleno de pánico.

Pregúntale por las caras de piedra, dijo Orphu a través del comunicador.

—¿Quién es el hombre representado en las caras de piedra? —preguntó Mahnmut diligentemente.

**ELMAGUS.
ELDE LOS LIBROS.
SEÑOR DELHIJO DE SICORAX, Q UE NOS
TRAJO AQ UÍ.
ELMAGUS ES AMO INCLUSO DE SETEBOS,
ELDIOS DE LA MADRE
DE NUESTRO SEÑOR.**

¡Magus! envió Mahnmut a Orphu.

Significa mago, hechicero... como en los tres reyes ma...

Maldición, envió Mahnmut, furioso: estaba malgastando el tiempo de aquella criatura moribunda. El órgano-corazón latía más débilmente a cada segundo que pasaba. *Sé lo que significa magus, pero no creo en la magia ni tú tampoco, Orphu.*

Pero parece que nuestros HV sí, respondió Orphu. *Pregunta por los habitantes del Olympus.*

—¿Quiénes son las personas de los carros del Olympus? —preguntó Mahnmut diligente, con la sensación de estar haciendo las preguntas equivocadas. Pero no se le ocurría ninguna otra.

MEROS DIOSES.

El hombrecillo verde pensaba con estallidos de imágenes de nanobytes que se decodificaban en palabras.

**SUJETOS AQ UÍ EN CASTIGO
POR UN AMARGO CORAZÓN Q UE DEJA PASAR EL**

TIEMPO Y MUERDE.

—¿Quién es...?—empezó a decir Mahnmut, pero ya era demasiado tarde. El hombrecillo había caído hacia atrás, y la mano del moravec no sostenía más que un envoltorio disecado en vez de un corazón latiente. El HV empezó a deteriorarse y contraerse en cuanto su cuerpo golpeó la cubierta. Un claro fluido corrió por las tablas mientras los ojos de antracita de la pequeña criatura se hundían en su rostro verde, luego marrón, mientras la piel cambiaba de color y se arrugaba hacia adentro y dejaba de tener forma de hombre. Otros HV se acercaron y se llevaron el consumido pellejo marrón.

Mahnmut empezó a temblar de manera incontrolable.

—Tenemos que encontrar otro comunicador y terminar esta conversación —dijo Orphu.

—Ahora no —respondió Mahnmut entre estertores.

Un corazón amargo que deja pasar el tiempo y muerde —citó Orphu—. Tienes que haberlo reconocido.

Mahnmut negó aturdido con la cabeza, recordó la ceguera de su amigo y dijo:

—No.

—¡Pero si tú eres el experto en Shakespeare!

—Eso no es de Shakespeare.

—No —reconoció Orphu—. Browning. *Calibán de Setebos*.

—Nunca he oído hablar de él —dijo Mahnmut. Consiguió ponerse en pie y se acercó tambaleándose hasta la amura. El agua que se congregaba en torno al falucho era más azul que roja. Mahnmut sabía que de ser humano, estaría vomitando por la borda.

—¡Calibán! —casi gritó Orphu a través de la línea de tensorrayo—. *Un corazón amargo que deja pasar el tiempo y muerde*. La criatura deforme, parte bestia marina, parte hombre, tenía una madre que era una bruja, Sicorax, y su dios era Setebos.

Mahnmut recordó al moribundo HV usando esas palabras, pero no pudo concentrarse en su significado. Toda la conversación había sido como colgar perlas de sangre en un seno de tejido vivo.

—¿Podrían los HV habernos oído recitar *La Tempestad* hace tres días, cuando recuperaste el control del falucho por primera vez? —preguntó Orphu.

—¿Oírnos? —repitió Mahnmut—. No tienen orejas.

—Entonces somos nosotros, no ellos, quienes repiten esta extraña realidad nueva. —El ioniano se estremeció, pero su risa fue más ominosa que de costumbre.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Mahnmut. Habían aparecido

acantilados rojos al oeste. Se alzaban setecientos u ochocientos metros sobre el agua del gran delta de Candor Chasma.

—Parece que estamos en un sueño surrealista —dijo Orphu—. Pero tiene lógica... a su modo.

—¿De qué estás hablando? —repitió Mahnmut. No estaba de humor para juegos.

—Ahora conocemos la identidad de las caras de piedra —le dijo Orphu.

—¿La conocemos?

—Sí. El magus. El de los libros. El señor del hijo de Sidorax.

La mente de Mahnmut no quería trabajar para conectar estos puntos obvios. Su sistema seguía lleno del extraño arrebato de nanobytes, una claridad pacífica pero moribunda ajena a Mahnmut pero bienvenida... muy bienvenida.

—¿Quién? —le preguntó a Orphu. Le daba igual que su amigo lo considerara tonto.

—Próspero —respondió Orphu.

Campamento aqueo, costa de Ilión

Hasta ahora todo ha sucedido tal como dijo Homero.

Los troyanos han encendido centenares de hogueras ante la zanja aquea, la última línea de defensa griega en la playa, pero los aqueos, tan contundentemente derrotados a lo largo del día y la noche, han olvidado incluso sus fogones en la confusión. Me he morfeado en el viejo Fénix y espero cerca de la tienda de Agamenón, donde el sollozante hijo de Atreo (¡está llorando, este rey de reyes griegos está llorando!) insta a sus comandantes a reunir a sus hombres y huir.

He visto a Agamenón utilizar esta estrategia antes: fingir que quiere huir para desafiar a sus hombres y lanzarlos al combate, pero esta vez, está claro, el rey está ansioso. Agamenón, los cabellos despeinados, la armadura ensangrentada, las sucias mejillas arrasadas de lágrimas, quiere que sus hombres huyan para salvar sus vidas.

Es Diomedes quien desafía a Agamenón. Casi llama cobarde a su rey y promete que, solo con Esténelo si todos los demás huyen, « se quedará luchando hasta ver el fin de Ilión ». Los otros aqueos muestran su apoyo a esta bravata, y entonces el viejo Néstor, apelando a su edad como pasaporte para hablar, sugiere que todos se calmen, que tomen algo de comer, pongan centinelas, envíen hombres a vigilar el foso y las murallas y enciendan sus hogueras. El puñado de fuegos de los griegos (a los que pronto se une el fuego del festín de Agamenón) parece minúsculo comparado con los cientos de hogueras de vigilancia teucra del otro lado del foso, cuyas chispas se alzan hacia las nubes más bajas.

En el festín del consejo de Agamenón, al que asisten todos los jefes y comandantes aqueos, el diálogo continúa tal como contó Homero. Néstor habla primero, alabando el valor y la sagacidad de Agamenón pero diciéndole, esencialmente, que metió la pata hasta el fondo cuando decidió robarle a Aquiles la esclava Briseida.

—En eso no mientes, viejo —es la sincera respuesta de Agamenón—. Fue una locura. Estuve loco y ciego al ofender así a Aquiles. —El gran rey calla,

pero ninguno de los jefes congregados en torno al fuego central se levanta para discutirlo—. Loco y ciego estuve —continúa Agamenón—, y ni siquiera yo lo negaría. Zeus ama a ese joven de tal forma que Aquiles vale por un batallón... ¡no, por un ejército entero! —Los demás siguen sin discutirlo—. Y como yo estuve loco y ciego por mi propia cólera, arreglaré las cosas ahora mismo pagando el rescate de un rey para que vuelva a las filas aqueas.

Entonces los jefes congregados, Odiseo incluido, hacen ruidos de acuerdo mientras siguen comiendo buey y pollo a grandes bocados.

—Ante todos los que estáis aquí reunidos, contaré mis regalos en su esplendor para conseguir el amor del joven Aquiles —gime Agamenón—. Siete trípodes que no han sido aún puestos al fuego, diez talentos de oro, veinte calderas espléndidas y relucientes y doce corceles robustos vencedores en los juegos...

Y bla, bla, bla. Tal como escribió Homero. Tal como yo ya predije. Y, tal como también predije, Agamenón jura devolver a Briseida, intacta, además de a veinte mujeres troyanas (después de que Ilión caiga, por supuesto) y, como una especie de *pièce de résistance*, la guinda de las tres hijas del mismísimo Agamenón, Crisotemis, Laodice e Ifinasa. Como inveterado escólico, advierto el error de continuidad con relatos anteriores y posteriores, sobre todo la ausencia de Electra y la posible confusión del nombre de Ifigenia, pero eso ahora carece de importancia. Y luego, como remate, Agamenón deja caer lo de las «siete ciudadelas», fuertemente defendidas.

Y, tal como cuenta Homero, Agamenón ofrece estas cosas en vez de una disculpa.

—Todo esto le ofreceré si pone fin a su cólera —grita el hijo de Atreo a sus comandantes. Los truenos rugen y los relámpagos restallan en el cielo, como si Zeus estuviera impaciente—, ¡Pero que Aquiles se someta a mí! Sólo Hades, el dios de la muerte, es tan inexorable e implacable como este advenedizo. ¡Que Aquiles ocupe su sitio y se incline ante mí! Yo soy el mayor, y el rey más regio. Soy, os digo, más hombre.

Bueno, se acabaron las disculpas.

Ahora está lloviendo. Cae una llovizna persistente, mezclada con los rayos de Zeus y los gritos de los borrachos de las líneas troyanas situadas a menos de cien metros de distancia, sobre la zanja y los parapetos empapados. Quiero que elijan la embajada a Aquiles para poder caminar con Odiseo y Ayax y unirme a ella. Es la noche más importante de mi vida (bueno, de esta segunda vida como escólico), y sigo ensayando lo que le diré a Aquiles.

Si quieres cambiar nuestros destinos, tienes que encontrar el fulcro.

Creo que he encontrado ese fulcro (o al menos *un* fulcro). Desde luego, nada será lo mismo para los griegos y los dioses (ni para mí) si hago lo que planeo hacer esta noche. Cuando el viejo Fénix hable en esta embajada ante Aquiles, no será sólo para acabar con la cólera de éste, sino para hacer causa común con

Héctor: para volver a griegos y troyanos contra los propios dioses.

—Atrida, generoso general y señor de hombres, nuestro Agamenón — exclama de pronto Néstor—, ningún hombre, ni siquiera nuestro príncipe de hombres, Aquiles, hijo de Peleo, podría despreciar esos regalos. Vamos, enviemos una pequeña embajada de hombres cuidadosamente escogidos para que lleven esas ofrendas y nuestro amor a la tienda de Aquiles esta noche. ¡Rápido, quienes yo elija, que se encarguen de ese deber!

Vestido con la carne del viejo Fénix, me aproximo al círculo, cerca de Ajax el Grande, para que me vea Néstor.

—Ante todo —exclama Néstor—, que Ajax el Grande se encargue de esta tarea. Y con Ajax, que nuestro sagaz e inteligente rey, Odiseo, añada su consejo. Como heraldos, escojo a Odio y Euríbatas para que escolten nuestra embajada. ¡Agua para sus manos ahora! Y un momento de oración en silencio mientras todos suplicamos a Zeus a nuestro modo... ¡que el gran dios nos demuestre piedad y permita que Aquiles sonría ante nuestros regalos!

Me quedo a un lado, anonadado, mientras se realizan las abluciones y los comandantes inclinan la cabeza en silenciosa oración.

Néstor rompe el silencio instando a la embajada (¡la embajada de cuatro, no de cinco!), gritando a los hombres que ya se marchan:

—¡Intentadlo con fuerza! ¡Convencedlo y haced que se apiade de nosotros, nuestro invencible, implacable Aquiles!

Y los dos embajadores y los dos heraldos dejan el círculo de la hoguera y se marchan caminando por la playa.

¡No me ha elegido! ¡Fénix no ha sido elegido! ¡Ni siquiera se le ha mencionado! ¡Homero estaba equivocado! ¡Los acontecimientos de esta Ilión acaban de desviarse de los acontecimientos de la *Iliada*, y de repente estoy tan ciego ante los acontecimientos futuros como Helena y todos los demás participantes de esta historia, tan ciego como los dioses del cielo, tan ciego como el propio Homero, malditos sean mis ojos perdidos!

Tambaleándome sobre mis piernas viejas y flacas (sobre las piernas inútiles, viejas y flacas de Fénix), me abro paso entre el círculo de caudillos griegos y corro por la orilla para intentar alcanzar a Ajax y Odiseo.

Los alcanzo en la playa, a medio camino del campamento de Aquiles. Ajax y Odiseo están solos, hablando en voz baja mientras caminan por la suave arena mojada. Se detienen cuando los alcanzo.

—¿Qué ocurre, Fénix, hijo de Amintor? —pregunta Ajax el Grande—. Me ha sorprendido verte en el banquete del rey, ya que se ha corrido la voz de que has permanecido junto a tus curadores mirmidones durante los últimos meses. ¿Te ha enviado Agamenón con algún último consejo para nosotros?

Jadeando como si de verdad fuera el viejo Fénix, digo:

—Saludos, noble Ajax y regio Odiseo. En verdad, nuestro señor Agamenón me ha enviado para que me una a vosotros en la embajada a Aquiles.

Ajax el Grande parece perplejo, pero Odiseo está claramente receloso.

—¿Por qué te elige Agamenón para esta tarea, venerable anciano? ¿Por qué estabas siquiera en el campamento de Agamenón en esta noche peligrosa, cuando los troyanos acosan nuestro foso como perros hambrientos?

No tengo respuesta para la segunda pregunta, así que trato de tirarme un farol con la primera.

—Néstor ha sugerido que me una a vosotros para contribuir a que Aquiles os preste atención, y a Agamenón le ha parecido una sugerencia sabia.

—Ven entonces —dice Ajax el Grande—. Únete a nosotros, Fénix.

—Pero no hables hasta que yo te lo diga —dice Odiseo, todavía mirándose como si fuera el impostor que soy—. Néstor y Agamenón puede que hayan visto algún motivo para que visites la tienda de Aquiles, pero no puede haber ningún motivo para que hables.

—Pero... —empiezo a decir. No tengo ningún argumento. Si no se me permite hablar, después de Odiseo pero antes que Ajax según cuenta Homero, perderé todo punto de apoyo, perderé el fulcro, fracasaré. Si no se me permite hablar, los acontecimientos de esta noche divergirán de la *Iliada*. Pero, advierto, y a han divergido. Fénix debería haber sido elegido por Néstor, su presencia en la embajada secundada por Agamenón. *¿Qué está pasando aquí?*

—Si te unes a nosotros en la tienda de Aquiles, viejo Fénix —me advierte Odiseo—, debes esperar en el vestíbulo con los heraldos, Odio y Euríates, y entrar o hablar sólo si te lo ordeno. Ésas son mis condiciones.

—Pero... —empiezo a decir de nuevo y veo lo inútil de toda protesta. Si Odiseo recela aún más y me hace volver al campamento de Agamenón, se descubrirá mi estrategia y, con ella, todo mi plan para volver a los mortales contra los dioses—. Sí, Odiseo —digo, asintiendo como hacía el viejo jinete y tutor Fénix—. Como tú ordenes.

Odiseo y Ajax el Grande caminan junto al ruidoso mar y yo los sigo.

He mencionado la tienda de Aquiles y puede que imaginen una especie de tienda de camping, pero el hijo de Peleo vive en un complejo de lona de tamaño parecido a la carpa de un circo de los que recuerdo de mi infancia... *que estoy empezando a recordar* de mi infancia. Thomas Hockenberry tuvo una vida, parece, y después de casi una década aquí, algunos de los recuerdos regresan a mi mente.

Esta noche, los cientos de tiendas y hogueras alrededor de la tienda principal de Aquiles forman una escena tan caótica como el resto del campamento aqueo, con algunos de los leales mirmidones de Aquiles preparando sus negras naves para zarpar, otros vigilando la muralla para defender su parte de playa si los

troyanos se abren paso antes del amanecer, y otros reunidos en torno a las hogueras del campamento igual que hacían los comandantes de Agamenón.

Odio y Euríbatas han anunciado nuestra llegada a los capitanes de la guardia, y los guardias personales de Aquiles se ponen firmes y nos conducen al complejo interno. Dejamos la playa y subimos por la baja duna hasta el promontorio donde está situada la tienda de Aquiles. Sigo a los aqueos al interior; Ajax tiene que agachar la cabeza para pasar por la entrada interior más baja, pero Odiseo, casi un palmo más bajo que su compañero, entra sin tener que agacharse. Odiseo se vuelve y me indica un lugar en el vestíbulo, cerca de la entrada. Podré ver y oír lo que pase dentro, pero no participar si me quedo aquí.

Aquiles, tal como describió Homero, está tocando su lira y cantando una canción épica sobre unos héroes antiguos no muy distinta a la misma *Iliada*. Sé que la lira fue un trofeo de guerra, ganado cuando Aquiles conquistó Tebas y mató al padre de Andrómaca, Eetión. La esposa de Héctor había crecido escuchando sonar esta misma lira de plata en su palacio real. Ahora Patroclo, el leal amigo de Aquiles, está sentado frente a él, esperando a que termine su parte de la canción para cantar los versos restantes.

Aquiles deja de tañer el instrumento y se pone en pie, sorprendido, cuando Ajax y Odiseo entran. Patroclo se pone en pie también.

—¡Bienvenidos! —exclama Aquiles. Hace un gesto a Patroclo—. Mira, han venido unos queridos amigos. Mucho me deben necesitar cuando vienen aquí, mis amigos más queridos en todas las filas aqueas, incluso en mi enojo lo reconozco.

Indica a los dos emisarios dos escabeles bajos y los cubre de ricas alfombras púrpura.

—Ven, hijo de Menetio —le dice a Patroclo—, trae la más grande de las cráteras. Aquí... ponla aquí. Mezclaremos vino más fuerte. Una copa para cada uno de mis nobles invitados... ya que es a estos hombres que ahora están bajo mi techo a quienes más quiero.

Observo el despliegue de estos rituales de hospitalidad heroica sorprendentemente amables. Patroclo echa un pesado leño al fuego y coloca en los asadores los lomos de una cabra y una oveja, además de la espalda de un jabalí. Automendonte, amigo y auriga de Aquiles y Patroclo, sujeta la carne mientras Aquiles la corta, la sazona y la coloca en la espeta. Patroclo alimenta el fuego un minuto y luego dispersa las ascuas y coloca las carnes en la parte más caliente del fuego, sazondando de nuevo cada una.

Advierto que estoy muerto de hambre. Si me llamaran para hablar ahora (si todos nuestros destinos dependieran de ello), no podría porque la boca se me ha hecho agua.

Como si oyera mi estómago rugir, Aquiles mira hacia la entrada y casi se queda petrificado por la sorpresa.

—¡Fénix! ¡Honorable mentor, noble jinete! Creía que estabas enfermo en tu tienda estas últimas semanas. ¡Pasa, pasa!

Con eso el joven héroe sale al vestíbulo, me abraza y me conduce al centro de su hogar, que ahora huele a cerdo y cordero asado. Odiseo me fulmina con la mirada, advirtiéndome sin decir palabra que guarde silencio durante las discusiones.

—Toma asiento, querido Fénix —dice Aquiles, antiguo estudiante de este anciano. Pero me sienta sobre cojines rojos, no púrpura, y más lejos del fuego que a Odiseo o Ajax. Aquiles es leal a sus viejos amigos, pero entiende el protocolo.

Patroclo trae canastillas de mimbre con pan recién horneado y Aquiles retira la carne de las brasas y sirve las humeantes porciones en platos de madera.

—Hagamos ofrenda a los dioses, queridos amigos —dice Aquiles, asintiendo a Patroclo, quien tira a las llamas las primicias, las primeras tiras de carne.

—Ahora, comamos —ordena Aquiles, y todos nosotros atacamos el pan y la carne y el vino con ansia.

Aunque mastico y disfruto de la comida, mi mente corre: ¿cómo hago la declaración que tengo que hacer para cambiar los destinos de todos los presentes, de los propios dioses? Parecía sencillo una hora antes, pero Odiseo no se ha tragado que Agamenón me ha enviado como emisario. En el poema, Odiseo habla pronto (transmitiendo la oferta de Agamenón), y luego Aquiles replica con lo que he definido a mis estudiantes como el discurso más poderoso y hermoso de toda la *Iliada*, luego Fénix suelta su largo monólogo en tres partes (historia personal, parábola de las «Oraciones» y alegoría de la situación de Aquiles en el mito de Meleagros), un *paradigma* en que un héroe mítico espera demasiado tiempo para aceptar los regalos ofrecidos y luchar por sus amigos. En conjunto, el discurso de Fénix es con diferencia el más interesante de los tres que dan los embajadores enviados a persuadir a Aquiles. Y, según la *Iliada*, es el argumento de Fénix el que convenció al colérico Aquiles de retirar su juramento de marcharse a la mañana siguiente. Cuando hable Ajax, después de mí, Aquiles accederá a quedarse al día siguiente para ver qué hacen los troyanos y, si es necesario, proteger sus naves de éstos.

Mi plan es repetir de memoria partes del largo discurso de Fénix, y luego desviarme para incluir mis propias sugerencias. Pero veo que Odiseo me mira con el ceño fruncido desde el otro lado de la tienda y sé que no voy a tener oportunidad.

¿Y si la tengo, qué? He considerado el hecho de que los dioses estarán observando esta comida: es una de las escenas clave de la *Iliada*, después de todo, aunque quizá sólo Zeus lo sabe de antemano. Pero incluso sin ese conocimiento anticipado, algunos de los dioses y diosas deben de estar observando este encuentro en sus piscinas de vídeo y en su tabulaimagen. Zeus

les ha ordenado que no intervengan hoy, y la mayoría obedece este ultimátum, pero eso debe aumentar todavía más su curiosidad por la embajada ante Aquiles. Si Aquiles acepta el soborno de Agamenón y se deja persuadir por Odiseo esta noche, entonces la ofensiva de Héctor y tal vez la voluntad del propio Zeus estarán condenadas. Aquiles es un ejército de un solo hombre.

¿Y si lo tiento con la herejía esta noche, como he planeado, si intento que Aquiles se alce en pie de guerra contra los dioses, no intervendrá Zeus de inmediato, arrasando esta tienda y a todos sus ocupantes? Y aunque Zeus contenga su ira, puedo imaginar a Atenea o a Hera o a Apolo o a cualquiera de las otras partes interesadas bajando a destruir a este... «Fénix», por sugerir un curso de acción perjudicial para sus fines. He imaginado estas cosas, naturalmente, pero confiaba en que el medallón TC y el Casco de Hades me salvaran.

Pero, ¿y si me vuelvo a salvar huyendo pero estos héroes acaban muertos o la ira de los dioses los disuade? Todo el plan habrá sido para nada y los dioses se enterarán de mi participación. El Casco de Hades y el medallón TC no me servirán de nada entonces: me seguirán hasta los confines de la tierra, hasta la prehistórica Indiana si es necesario. Y eso, como dicen, será todo.

Tal vez Odiseo me haya hecho un favor al no dejarme hablar.

Pero entonces, ¿por qué estoy aquí?

Cuando todos hemos comido bien, hemos apartado los platos vacíos, sólo quedan cortezas de pan en las canastillas y estamos preparados para nuestra tercera copa de vino, veo que Ajax le hace un leve gesto a Odiseo.

El gran estrategia capta la indirecta y alza su copa y brinda por Aquiles.

—¡A tu salud, Aquiles!

Todos bebemos y el joven héroe inclina su cabeza rubia en agradecimiento.

—Veo que no falta de nada en este banquete —continúa Odiseo, la voz sorprendentemente baja y suave, casi meliflua. De todos los grandes capitanes aqueos, este hombre barbudo es el que mejor habla y el más sibilino—. No carecemos de nada en el campamento de Agamenón, ni aquí, en casa del hijo de Peleo. Pero no es el deleite del festín lo que ocupa nuestras mentes en esta noche tormentosa... no, es un terrible desastre, preparado y dispuesto por los dioses, lo que nos preocupa y tememos esta noche.

Odiseo continúa hablando despacio, sin apresurarse, buscando apenas un efecto retórico. Describe la derrota de la tarde, la victoria de los troyanos, el pánico aqueo y la voluntad de huir, y la complicidad de Zeus.

—Esos soberbios troyanos y sus aliados han levantado sus tiendas a un tiro de piedra de nuestras naves, Aquiles —continúa Odiseo, hablando como si Aquiles no se hubiera enterado ya de todo esto por Patroclo, Atumedonte y sus otros

amigos. O, simplemente, lo hubiera visto desde su tienda en lo alto de la colina.

—Nada puede detenerlos ahora —continúa Odiseo—. De eso se vanaglorian, y miles de hogueras refrendan ese alarde esta noche. Planean llevar esas llamas a nuestras naves con las primeras luces, y luego lanzarse contra nuestros negros cascos para masacrar a los supervivientes. Y Zeus, hijo de Cronos, les envía signos de ánimo, rayos que caen en nuestro flanco izquierdo mientras Héctor ataca furiosamente ebrio de fuerzas. No teme a nada, Aquiles, ni hombre ni dios. Héctor es como un perro rabioso y frenético hoy, y el demonio de la *katalepsis* lo tiene asido.

Odiseo calla. Aquiles no dice nada. Su rostro nada denota. Su amigo Patroclo observa el rostro de Aquiles todo el tiempo, pero el héroe ni siquiera lo mira. Aquiles sería un jugador de póquer cojonudo.

—Héctor ansía que llegue el amanecer —continúa Odiseo, la voz aún más baja—, ya que, al alba, amenaza con cortar los cuernos de nuestras proas, encender esas naves con fuego abrasador, y, con todos nuestros comandantes atrapados contra los cascos en llamas, derrotarnos y matarnos y destruirnos. Una pesadilla, Aquiles. La temo con todo mi corazón. Temo que los dioses den a Héctor los medios para cumplir todas esas amenazas y que nuestro destino sea morir aquí en las llanuras de Ilión, lejos de las colinas donde pastan los caballos de Argos.

Aquiles no dice nada cuando Odiseo vuelve a hacer una pausa. Las ascuas moribundas chasquean. En alguna tienda cercana, alguien toca una lenta melodía con una lira. Del otro lado llega la risa de un soldado ebrio que obviamente se sabe condenado.

—Depende de ti entonces, Aquiles —dice Odiseo, alzando la voz por fin—. Ahora, ven con nosotros, aunque sea tarde, si quieres salvar a los hijos condenados de los aqueos de la masacre troyana.

Y ahora Odiseo le pide a Aquiles que descarte su ira y acepte la oferta de Agamenón, usando las mismas palabras que éste empleó para describir sus trípodes y su docena de caballos, etcétera, etcétera. Creo que se extiende demasiado en la descripción de la intacta Briseida y las vírgenes troyanas que esperan ser violadas y las tres hermosas hijas de Agamenón, pero acaba con una apasionada perorata, recordando a Aquiles el sacrificio de su propio padre, el consejo de Peleo de valorar la amistad por encima de las disputas.

—Pero si tu corazón odia demasiado al Atrida para que aceptes estos regalos —termina Odiseo—, al menos compadécete del resto de los aqueos. Únete a la lucha y sálvanos ahora, y te honraremos como a un dios. También, recuerda que si tu cólera te impide combatir, si el desprecio te hace volver a casa cruzando el mar de color vino antes de que esta guerra con Troya haya terminado, nunca sabrás si habrías podido matar a Héctor. Esta es tu oportunidad para esa *aristeia*, Aquiles, ya que el frenesí asesino de Héctor lo hará entablar combate cuerpo a

cuerpo mañana después de todos estos años de aislamiento tras las altas murallas de Ilión. Quédate y lucha con nosotros, noble Aquiles, y ahora, por primera vez, podrás enfrentarte a Héctor en combate singular.

He de admitir que el discurso de Odiseo ha sido cojonudo. Yo me habría dejado convencer, si hubiera sido el joven semidiós que está sentado en los cojines a dos metros de mí. Todos permanecemos en silencio hasta que Aquiles suelta su copa de vino y responde.

—Noble hijo de Laertes, semilla de Zeus, pródigo en recursos, querido Odiseo... he de decirte sincera y honradamente lo que siento y cómo terminará todo esto, para que no sigáis atosigándome, enviando una embajada tras otra, coaccionando y murmurando uno tras otro como una fila de pichones.

» Tanto como detesto las puertas del Orco, las oscuras puertas del Hades, tanto detesto al hombre que dice una cosa con la boca pero esconde otra en su corazón.

Parpadeo al oír esto. ¿Es una pulla a Odiseo, «pródigo en recursos», conocido por todos los aqueos como alguien que retuerce la verdad cuando le conviene? Tal vez, pero Odiseo no reacciona de ninguna forma, así que mantengo la expresión de Fénix neutral.

—Lo diré claramente —continúa Aquiles—. ¿Me recuperará Agamenón, me persuadirá con todos estos... *regalos*? —El héroe casi escupe la última palabra—. No. En modo alguno. Ni podrían todos los capitanes y ejércitos de los aqueos convencerme para que regrese, ya que su gratitud es demasiado escasa y llega demasiado tarde... ¿Dónde estaba la gratitud de los aqueos durante mis años de guerra contra sus enemigos, batalla tras batalla, año tras año, luchando cada día sin un final a la vista?

» Doce ciudades he conquistado con mis naves; once he conquistado mojando el fértil suelo de Ilión con sangre troyana. Y de todas estas ciudades conseguí montones de botín, montañas de despojos, grandes y gimientes rebaños de hermosas mujeres, y siempre di el mejor lote a Agamenón, *a ese hijo de Atreo*, a salvo en sus negras naves o escondido tras las líneas. Y él lo aceptaba todo... todo y más.

» Oh, sí... a veces os repartía migajas a ti y a los otros capitanes, pero siempre se quedaba con la parte del león. A todos vosotros, cuya lealtad necesita para sostener su régimen, os da... sólo lo que toma de mí, incluida la esclava que habría sido mi novia. Bueno, pues al carajo con él y al carajo con ella y al carajo con todo. Que Agamenón se acueste con Briseida... que se la meta hasta el fondo, si el viejo está preparado para ello.

Tras airear de nuevo sus afrentas, Aquiles pasa a cuestionar por qué sus mirmidones y los aqueos y los argivos deberían estar siquiera librando esta guerra.

—¿Por Helena con su cabello suelto y brillante? —pregunta despectivo, y dice que Menelao y su hermano Agamenón no son los únicos hombres que echan de menos a sus esposas, y le recuerda a Odiseo a su propia mujer, Penélope, que lleva sola diez largos años.

Y yo pienso en Helena sentada en la cama hace unas pocas noches, su melena suelta y brillante sobre los hombros, sus pálidos pechos blancos a la luz de las estrellas.

Es difícil prestarle atención a Aquiles, aunque este discurso es tan hermoso y sorprendente como describió Homero. En su breve charla, Aquiles socava el código heroico que lo convierte en un superhéroe, el código de conducta que hace de él un dios a los ojos de sus hombres e iguales.

Aquiles dice que no tiene ambición alguna por combatir al glorioso Héctor, ni voluntad de matarlo ni de morir a sus manos.

Aquiles dice que va a llevarse a sus hombres y zarpar al amanecer, dejando a los aqueos abandonados a su suerte... a merced de Héctor cuando él y sus hordas crucen mañana el foso y las murallas.

Aquiles dice que Agamenón es un perro sinvergüenza y que no se casaría con una sola de las hijas del viejo rey aunque acabara teniendo el aspecto de Afrodita y las habilidades de Atenea.

Luego Aquiles dice algo verdaderamente sorprendente: confiesa que su madre, la diosa Tetis, le dijo que dos posibles destinos marcarían el día de su muerte: en uno se queda aquí, asedia Troya, mata a Héctor y luego muere él mismo unos días después. En esa dirección, su madre le dijo, se encuentra la gloria eterna en la memoria de hombres y dioses por igual. Su otro destino está en la huida: volver a casa, perder el orgullo y la gloria, pero vivir una vida larga y feliz. La decisión es suya, le dijo su madre hace años.

Y, nos cuenta Aquiles ahora, elige la vida. Aquí este... este... héroe, esta masa de músculos y testosterona, este semidiós, esta leyenda viviente... prefiere la vida a la gloria. Es suficiente para que Odiseo bizquee incrédulo y Ajax se quede boquiabierto.

—Así pues, Odiseo, Ajax, hermanos míos —dice—, volved con los grandes generales aqueos. Comunicadles mi respuesta. Que decidan ellos cómo salvar las cóncavas naves y a los hombres que serán empujados hasta esas mismas naves ardientes mañana a esta hora. Y en cuanto al silencioso Fénix, aquí presente...

Doy un respingo cuando se vuelve hacia mí. Me he perdido tanto preparando lo que tengo que decir y sus implicaciones morales, que he olvidado que estábamos en medio de una discusión.

—Fénix —dice Aquiles, sonriendo indulgente—, mientras Odiseo y Ajax van a informar a su *amo*, puedes pasar la noche aquí con Patroclo y conmigo, y volver a casa con nosotros al amanecer. Pero sólo si Fénix lo desea... nunca obligaría a ningún hombre a marchar.

Ésta es mi oportunidad para hablar.

Ignorando el ceño fruncido de Odiseo, miro alrededor, me levanto torpemente, me aclaro la garganta para empezar el largo discurso de Fénix. ¿Cómo empieza? Todos esos años enseñándolo y estudiándolo, aprendiendo los matices de cada palabra griega, y ahora mi mente está en blanco.

Ajax se pone en pie.

—¡Mientras este viejo bobo intenta decidir si huir contigo o no, Aquiles, te diré que eres tan idiota como el viejo Fénix!

Aquiles, el ejecutor de hombres que no tolera ningún insulto de nadie, el héroe que dejará que todos sus amigos aqueos sean asesinados antes que sufrir la injuria de Agamenón debido a una esclava, se limita a sonreír y alza una ceja ante el insulto directo de Ajax.

—Renunciar a la gloria y a veinte mujeres hermosas por una mujer que ni siquiera puedes haber... ¡Bah! —exclama Ajax, y se vuelve—. Vamos, Odiseo este chico dorado nunca ha bebido de la teta de la amistad humana. Dejémoslo con su cólera y entreguemos nuestro oscuro mensaje a los aqueos que esperan. El amanecer de mañana vendrá rápido, y yo, para variar, necesito dormir un poco antes de la batalla. Si voy a morir mañana, no quiero morir con sueño.

Odiseo asiente, vuelve a asentir en dirección a Aquiles, y luego sigue a Ajax el Grande y ambos salen de la tienda.

Yo sigo de pie, con la boca abierta, dispuesto a largar el largo discurso en tres partes de Fénix (¡ese inteligente discurso!), con mis propias sagaces enmiendas y mis planes ocultos.

Patroclo y Aquiles se ponen en pie, se desprecizan e intercambian miradas. Obviamente estaban esperando esta embajada y ambos hombres conocían con antelación la sorprendente respuesta de Aquiles.

—Fénix, viejo padre, amado por los dioses —dice este último cálidamente—, no sé qué te ha traído aquí realmente esta noche tormentosa, pero bien recuerdo cuando era un chiquillo y me tomabas en brazos y me llevabas a la cama después de mis lecciones. Quédate aquí esta noche, Fénix. Patroclo y Automendonte te prepararán un suave lecho. Por la mañana, zarparemos a casa y podrás venir... o no.

Hace un gesto, se marcha a su dormitorio de la parte trasera de la tienda y yo me quedo aquí de pie como el bobo que soy, sin habla en todos los sentidos, anonadado por esta radical desviación del argumento de la *Iliada*.

Aquiles tiene que ser persuadido para quedarse, aunque no se una a la lucha, para que la *Iliada* se resuelva de esta forma: con los troyanos que vencen de

nuevo y los griegos en plena retirada con todos sus grandes comandantes heridos (Odiseo, Agamenón, Menelao, Diomedes, todos ellos); luego, compadeciéndose de sus amigos aunque sabe que Aquiles nunca se unirá a la batalla, Patroclo se pone la armadura dorada de Aquiles y hace retroceder a los troyanos hasta que, en combate singular con Héctor, Patroclo muere, su cuerpo es violado y mancillado. Eso hace que Aquiles salga de su tienda, lleno de cólera asesina, sellando así el destino de Héctor e Ilión y Andrómaca y Helena y todo el resto de nosotros.

¿Va a marcharse de verdad? No puedo comprenderlo. No sólo no he encontrado el fulcro y he cambiado las cosas, sino que ahora la *Iliada* entera se ha salido de madre. En mis más de nueve años como escólico, anotando y observando e informando a la musa, ni una sola vez ha habido una discrepancia grave entre los acontecimientos de la guerra y lo que Homero cuenta en su poema. Y ahora... esto. Si Aquiles se marcha, cosa que parece va a suceder al amanecer, los aqueos serán derrotados, sus naves serán quemadas, Ilión se salvará, y Héctor, no Aquiles, será el gran héroe de la epopeya. Parece improbable que la *Odisea* de Odiseo llegue a ser realidad algún día... desde luego no tal como se canta ahora. Todo ha cambiado. *¿Sólo porque el verdadero Fénix no estuvo aquí para dar su auténtico discurso? ¿O porque los dioses han manipulado este fulcro antes de que yo tuviera oportunidad de hacerlo?* Nunca lo sabré. Mi oportunidad de persuadir a Aquiles y Odiseo en el consejo, mi astuto plan, se ha perdido para siempre.

—Vamos, anciano Fénix —dice Patroclo, tomándome del brazo como si fuera un niño, guiándome a una habitación lateral de la gran tienda donde han tendido mis cojines y mantas—. Es hora de irse a la cama. Mañana será otro día.

Jerusalén

—¿Qué es esto? —preguntó Harman. Daeman y él se encontraban a la sombra de la Muralla Occidental de Jerusalén, unos pocos pasos detrás de Savi, y los tres contemplaban el sólido rayo de luz azul que subía en vertical hacia el cielo oscuro.

—Creo que son mis amigos —dijo la anciana—. Mis nueve mil ciento catorce amigos... todos los antiguos que fueron recogidos en el último fax.

Daeman miró a Harman y advirtió que los dos ponían en duda el estado mental de Savi.

—¿Tus amigos? —dijo Daeman—. Eso es una luz azul.

Savi apartó la mirada del rayo (ahora iluminaba la parte superior de los antiguos edificios y murallas que los rodeaban, bañándolo todo con un resplandor azul a medida que la luz del día menguaba) y los miró con lo que podría haber sido una sonrisa triste.

—Sí. Ese rayo de luz azul. Mis amigos.

Hizo un gesto para indicar que la siguieran y dejó atrás el patio, la muralla por donde habían venido, apartándose del haz de luz azul.

—Los posts nos dijeron que el último fax era una forma de almacenarnos mientras limpiaban el mundo —continuó Savi, en voz baja pero que resonaba en los estrechos callejones—. El plan era, explicaron, reducir nuestros códigos (todos éramos códigos de fax para los posthumanos, incluso entonces, amigos míos), reducir nuestros códigos y ponernos en un bucle continuo de neutrinos durante diez mil años mientras arreglaban el planeta.

—¿Qué significa eso? —dijo Harman—. ¿Arreglar el planeta?

Pasaron bajo un arco y Daeman apenas pudo ver la cara de Savi cuando volvió a sonreír.

—Las cosas se volvieron confusas hacia el final de la Edad Perdida —dijo—. Más confusas todavía después del rubicón. Entonces llegaron los Tiempos Dementes. ARNistas autónomos recuperaron a los dinosaurios y las Aves Terroríficas y formas botánicas extinguidas desde hacía siglos, fastidiando la

ecología del planeta mientras la biosfera y la datasfera empezaban a mezclarse en la noosfera autoconsciente, la logosfera. Los posthumanos ya habían huido a sus anillos para entonces; la noosfera sentiente de la Tierra ya no confiaba en ellos, y por buenos motivos: los posts estaban experimentando con teleportación cuántica, abriendo portales a sitios que no comprendían, abriendo puertas que no deberían haber abierto.

Harman se detuvo cuando llegaron a una calle más ancha.

—¿Quieres hablar con claridad, Savi? No entendemos dos tercios de lo que estás diciendo.

—¿Cómo podríais hacerlo? —preguntó Savi, mirando a Harman con expresión de dolor o de incomodidad—. ¿Cómo podríais comprender nada? Sin historia. Sin tecnología. Sin libros.

—Tenemos libros —dijo Harman, a la defensiva.

Savi se echó a reír.

—¿Qué tiene que ver toda esta charla de dinosaurios y noosferas con el rayo azul? —preguntó Daeman.

Savi se sentó en un muro bajo. Se había levantado brisa, que silbaba en las tejas rotas de los tejados. El aire se enfriaba rápidamente.

—Necesitaban quitarnos de en medio mientras limpiaban las cosas —repitió Savi—. Un toro de neutrinos, dijeron. Sin masa. Sin lío. Diez mil años para limpiar la tierra. Menos de un parpadeo para nosotros los antiguos. Eso dijeron.

—Pero te dejaron atrás —dijo Harman.

—Sí.

—¿Por accidente?

—Lo dudo —respondió la anciana—. Muy poco de lo que hacían los posts era por accidente. Tal vez tenían algún propósito para mí. Tal vez me estaban castigando por sacar a la luz historias que habrían estado mejor enterradas. Eso es lo que yo era, ¿sabéis?: historiadora. Historiadora cultural. —Se rio de nuevo, por ningún motivo que Daeman pudiera imaginar.

—¿Entonces los neutrinos son azules? —preguntó Daeman. Estaba decidido a obtener una respuesta clara.

Ella volvió a reírse.

—Lo dudo mucho. No creo que los neutrinos tengan ningún color... ni encanto. Pero ese rayo azul aparece cada *Tisha B'av*, cada nueve de Av, y algo me dice que el resto de los humanos antiguos, todos mis amigos, están almacenados y codificados en ese rayo azul. No creo que esa máquina esté generando el rayo. Creo que la Tierra pasa a través del rayo de neutrinos cada año en este punto de su órbita, y la máquina simplemente hace que el rayo sea visible.

—Pero no han pasado diez mil años —dijo Harman—. Sólo cuatro mil, dices, desde el último fax.

Savi asintió, cansada.

—Y las cosas no se han arreglado tanto desde el último fax, ¿verdad, mis jóvenes amigos?

Se puso en pie, recogió su mochila y empezó a bajar por la estrecha calle antes de detenerse de pronto.

—¡Un voynix! —dijo Daeman—. Ahora no tendremos que regresar caminando al sonie. Haremos que traiga un carruaje y...

El voynix, una silueta de hierro y cuero en los arcos que tenían delante, retrajo de pronto sus manipuladores y sacó en su lugar sus cuchillas cortantes. Luego los atacó directamente, corriendo al lado del edificio, a cuatro patas, como una araña frenética.

Savi había estado rebuscando en su mochila desde que Daeman lo señalara, y ahora sacó el aparato de metal y plástico (una pistola, la había llamado) y apuntó al voynix que atacaba.

Daeman estaba demasiado aturdido para moverse. Era quien estaba más cerca del escurridizo voynix, que se hallaba todavía a dos metros de altura en la pared y corría horizontalmente a cuatro patas, pero la criatura parecía concentrada en Savi y pasó a Daeman de largo. De repente el aire de la tarde fue roto por un ruido (RRRRIIPPPPPPP), como si arrastraran palas de madera contra lajas de piedra, y la pared voló en un chorro de trozos de ladrillo, el voynix cayó hacia atrás entre los guijarros y Savi dio un paso adelante, apuntó y volvió a disparar.

Docenas de agujeros del tamaño de yemas de dedos aparecieron en el caparazón del voynix y en su cubierta metálica. Su brazo derecho se levantó como si fuera a arrojar algo, pero entonces más flechitas lo golpearon y el brazo se desgajó y voló hacia atrás. El voynix se esforzó por incorporarse, una cuchilla cortante todavía girando.

Savi volvió a dispararle, casi cercenándolo por la cintura. Su fluido interno azul y lechoso salpicó las paredes y las piedras del pavimento. Lo que quedaba del voynix cayó, se retorció y quedó inmóvil.

Harman y Daeman se acercaron con cautela, intentando no pisar el fluido azul ni los pedazos de la criatura. Era el segundo voynix que veían destruir en dos días.

—Vamos —dijo Savi, sacando el casquillo de su flechita de cristal del arma y colocando uno nuevo—. Si hay otro cerca, tendremos problemas serios. Tenemos que llegar al sonie. Y rápido.

Savi los condujo por una calle estrecha, se internó en un callejón aún más estrecho, luego se metió por un lugar más angosto todavía que el callejón: una grieta entre edificios de piedra. Salieron a un amplio patio polvoriento, pasaron

bajo un arco de piedra y llegaron a un patio más pequeño.

—Aprisa —susurró Savi. Los guio por una escalera exterior, cruzaron un tejado cubierto de polvo y subieron por una escalerilla de madera podrida hasta un tejado.

—¿Qué estamos haciendo? —susurró Harman cuando los tres salían al frío aire de la noche—. ¿No tenemos que volver al sonie?

—Lo llamaré para que venga —dijo Savi. Se apoyó en una rodilla junto a la pared del tejado y activó su función de cercanet cubriendo su brillo sobre la palma. Harman se agachó a su lado.

Daeman permaneció de pie. El aire allí arriba era fresco tras el calor de las calles empedradas y los estrechos callejones, y el panorama era interesante desde aquel punto de la colina. A su derecha se alzaba el rayo azul, bañando todas las cúpulas y tejados y calles con su clara luz. Ya estaba oscuro y las estrellas eran visibles en el cielo. La ciudad no tenía luces encendidas, pero las antiguas cúpulas y torres y algunos arcos brillaban con la luz azul. Savi les había dicho que el complejo amurallado de la colina donde ardía el rayo se llamaba *Haram esh-Sharif*, o Monte del Templo, y las dos estructuras con cúpula en la base de la máquina del rayo eran la Cúpula de la Roca y la mezquita Al-Aksa.

—¡*Itbah al-Yahud!* —sonó de pronto un chillido amplificado en las calles. El grito se repitió desde el amasijo de callejas estrechas al oeste, entre ellos y el sonie.

—¡*Itbah al-Yahud!*

Savi levantó la cabeza.

—¿Qué es eso? —preguntó Harman con un susurro nervioso—. Los voynix no hablan.

—No —dijo Savi—. Viene del antiguo muecín automático que llama a la oración en todas las mezquitas.

—¡*Itbah al-Yahud!* —repitió la voz trémula pero urgente que se repetía por toda la ciudad oscura—. ¡*Al-jihad!* —exclamó la voz amplificada—. ¡*Itbah al-Yahud!*

—¡Maldición! —dijo Savi, mirándose la palma—. No me extraña que no responda al remoto.

—¿Qué?

Daeman y Harman se acercaron, agachándose para ver el rectángulo que flotaba a pocos centímetros de su palma. En él se veía la parte delantera del sonie allí donde lo habían dejado. Los campos rocosos y la ciudad amurallada brillaban en verde en la imagen de baja resolución de la cámara. Más cerca, acechando sobre la lente, docenas de voynix rodeaban el sonie, se lanzaban contra la máquina y le daban pedradas y amontonaban grandes rocas encima.

—Han derrotado el campo de fuerza y han roto algo —susurró Savi—. El sonie no viene a nosotros.

—*Allahu akbar!* —gritaban las voces temblorosas, resonantes y amplificadas en todos los puntos de la ciudad—, *¡Itbah al-Yahud!* *¡Itbah al-Yahud!*

Los tres se acercaron al borde del tejado. Momentáneamente, Daeman pensó que los edificios y las calles pavimentadas y los patios amurallados temblaban, se desmoronaban, se disolvían en la luz azul reflejada, pero luego se dio cuenta de que había cosas que reptaban por las piedras y las cúpulas y las murallas y los tejados. Miles de cosas. Era como una invasión de cucarachas que corrieran desenfrenadamente hacia la luz azul. Pero Daeman cayó en la cuenta de lo lejos que estaban los edificios, calculó la escala y comprendió que no eran cucarachas ni arañas lo que se agrupaba y arrastraba hacia ellos, sí no voynix.

—*¡Itbah al-Yahud!* —gritó la voz metálica en todas partes. Las sílabas resonaron sin perder su demente urgencia.

—¿Qué significa eso? —preguntó Daeman.

Savi estaba contemplando los voynix iluminados de azul que se acercaban por los tejados y el laberinto de calles estrechas y serpenteantes. La oleada de grandes formas insectoides estaba ya a menos de dos manzanas de distancia, lo bastante cerca como para que pudieran oír el roce y los cortes de las cuchillas y los afilados manipuladores sobre piedras y tejas. Savi se volvió lentamente. Su cara parecía más vieja que nunca bajo la pulsante luz azul.

—*Itbah al-Yahud* —repitió en voz baja—. *Matad a los judíos.*

La tienda de Aquiles

Tengo que matar a Patroclo.

La comprensión de ese hecho me llega como un susurro en la noche mientras me encuentro en el campamento de los mirmidones, en la tienda de Aquiles, envuelto en el caparazón del viejo cuerpo de Fénix.

Tengo que matar a Patroclo.

Nunca he matado a nadie. Por Dios, me manifesté contra la guerra de Vietnam cuando era estudiante universitario, no pude hacer que el perro de la familia descansara en paz (mi esposa tuvo que llevarlo al veterinario) y me consideré pacifista durante la mayor parte de mi vida académica. Nunca le he pegado a otra persona, por el amor de Dios.

Tengo necesariamente que matar a Patroclo.

Es la única solución. Confiaba en que la retórica bastaría, la retórica revisada del viejo Fénix, para persuadir a Aquiles el ejecutor de hombres para que se reuniera con Héctor, para terminar esta guerra, para enterrar el hacha.

Sí, justo en la frente.

La decisión de Aquiles de marcharse, de volver a una larga vida de placer sin gloria, es profundamente perturbadora para este escólico, para cualquier estudiante de la *Iliada*, pero tiene sentido. El honor sigue siendo para Aquiles más importante que la vida, pero después de los insultos de Agamenón, no ve ningún honor en matar a Héctor y luego morir a su vez. Odiseo, el retórico definitivo, fue elocuente explicando cómo los aqueos vivos e incontables generaciones futuras honrarían la memoria de Aquiles, pero no es el honor *de ellos* lo que preocupa a Aquiles. Sólo *su propio* sentido del honor cuenta, y no habrá honor para él matando a los enemigos de Agamenón y muriendo por los objetivos de Agamenón y Menelao. Sólo cuenta el honor de Aquiles, y prefiere volver a casa dentro de unas horas y vivir la vida de un simple mortal en lugar de formar parte de esta banda de hermanos veinte siglos antes del príncipe Enrique y Agincourt, de conseguir más honor en las llanuras ensangrentadas de Ilión.

Ahora lo veo. ¿Por qué no lo vi antes? Si Odiseo no pudo convencer a Aquiles

para que combatiera (Odiseo el de las maniobras arteras y la lengua de plata), ¿por qué creí que iba a tener éxito yo? Homero me dejó por tonto, pero yo seguí siendo tonto.

Tengo que matar a Patroclo.

No mucho después de que Odiseo y Ayax el Grande se marcharan, justo después de que se apagaran las antorchas y trípodes en la habitación principal de la tienda de Aquiles, oí escoltar a las esclavas para el placer de Aquiles y Patroclo. Yo nunca había visto a ninguna de esas esclavas, pero conocía sus nombres: Homero no se olvida de nombrar a nadie en la *Iliada*. La amiguita de Aquiles (yo no podría haber usado esa palabra mientras enseñaba en la Universidad de Indiana en mi otra vida o la Policía de lo Políticamente Correcto me habría dejado sin trabajo, pero aquí no parece adecuado llamar «mujeres» a estos risueños juguetes sexuales) se llama Diomeda, hija de Forbante, de la isla de Lesbos... aunque no es lesbiana. La concubina de Patroclo se llama Ifis. Casi me reí con ganas cuando los vi a través de los pliegues de la puerta de la tienda: Aquiles, que es alto y rubio y estatuario y de músculos cincelados, prefería a la diminuta, regordeta y pechugona Diomeda; Patroclo, que es mucho más bajo que Aquiles y moreno, había optado por la alta, rubia, delgada y plana Ifis. Durante media hora o así, oí la risa de las mujeres, la burda conversación de los hombres, y luego los gemidos y gritos de los cuatro en el dormitorio de Aquiles. Obviamente el héroe y su amigo no tenían problemas para disfrutar del sexo en la misma habitación, incluso comentaban lo que hacían, lo que me parece más propio de Bloomington, Indiana, de los miembros de una fraternidad universitaria o una empresa que pasan un fin de semana en la gran ciudad, que de los nobles guerreros de esta edad heroica. *Bárbaro.*

Luego las chicas se marcharon, siempre riendo, y se hizo el silencio, roto sólo por los comentarios entre susurros de los guardias apostados ante la tienda y el chisporroteo de las llamas de los braseros que mantenían calientes a esos guardias. Por eso y por un monstruoso ronquido procedente de la tienda de Aquiles. No había oído marcharse a Patroclo, así que, o bien él o el héroe dorado, tenían un tabique desviado.

Ahora estoy aquí tendido, considerando mis opciones. No, primero salgo de la vieja forma de Fénix (¡malditas sean las consecuencias!), y espero como Thomas Hockenberry y considero mis opciones.

Tengo en la mano el medallón TC. Puedo saltar de nuevo a los dormitorios de Helena: sé con seguridad que Paris está en el foso, a kilómetros de la ciudad, esperando al amanecer para unirse a Héctor en la masacre final de griegos y la quema de las naves aqueas. Helena podría alegrarse de verme. O podría no tener ningún otro uso ni diversión para el visitante nocturno llamado Hockenberry (¡qué

extraño que alguien que no sea otro escólico sepa mi nombre!) y podría llamar a sus guardias. Ningún problema: siempre puedo marcharme TCeando en un instante.

¿Adónde?

Puedo renunciar a este loco plan para cambiar el curso de la *Iliada*, abandonar mi objetivo (formado la noche en que Agamenón y Aquiles discutieron por primera vez) de desafiar a los dioses inmortales, TCear al Olimpo, pedir disculpas a la musa y a Afrodita cuando la saquen de la cuba, pedir una audiencia personal con Zeus y suplicar perdón.

Claaaro. ¿Cuáles son las probabilidades de que perdonen y olviden, Hockenberry? Robaste el Casco de Hades, el medallón TC y todos tus aparatos escólicos y los usaste para tus propios fines. Huíste de la musa. Peor que eso, robaste un carro volador y trataste de matar a Afrodita en su tanque sanador.

Mi mejor esperanza después de pedir disculpas sería que Zeus o Afrodita o la musa me mataran rápidamente, en vez de volverme de dentro afuera o arrojarme al negro pozo del Tártaro, donde probablemente sería devorado vivo por Cronos o por algún otro bárbaro Titán desterrado allí por Zeus.

No, me he hecho la cama y tengo que acostarme, o como se diga. A lo hecho, pecho. Quien no llora, no mama. Mejor estar a salvo que lamentarlo. Pero mientras me esfuerzo buscando un refrán, cualquier refrán, una profunda comprensión me invade de una manera muy poco universitaria pero absolutamente convincente:

Si no se me ocurre algo pronto, estoy jodido y bien jodido.

Puedo ir a razonar con Odiseo.

Odiseo es el cuerdo aquí, el hombre civilizado, el sabio estratega. Odiseo puede que sea la respuesta esta noche. Tendré más posibilidades de convencer a Odiseo de que un final para esta guerra con los troyanos y la causa común contra los dioses demasiado humanos es una opción. Para ser sinceros, siempre me gustó más enseñar la *Odisea* a mis estudiantes que la *Iliada*; las sensibilidades de Fitzgerald hacia la *Odisea* son mucho más humanas que la belicosidad de Mandelbaum y Lattimore y Fagle e incluso Pope hacia la *Iliada*. Me confundí al pensar que podría encontrar el fulcro de los acontecimientos en la embajada ante Aquiles. No, Aquiles no es el hombre a quien hay que abordar esta noche (lo que queda de esta noche), sino Odiseo, hijo de Laertes, un hombre que podría comprender las súplicas de un intelectual y la lógica aplastante de la paz.

Me pongo en pie y toco el medallón TC, dispuesto a ir a buscar a Odiseo y exponer mi petición. Hay un pequeño problema que me impide TCear en busca de Odiseo. El problema es que si Homero decía la verdad, sé lo que está pasando en todas partes mientras yo he estado tendido en la tienda, reflexionando.

Agamenón y Menelao no pueden dormir debido a su preocupación ante el curso de los acontecimientos, y dentro de un rato, o quizá desde hace una hora o así, el hermano mayor y más regio llama a Néstor y le pide alguna idea para impedir la masacre que parece tan inminente. Néstor recomienda un consejo de guerra con Diomedes, Odiseo, Ajax el Pequeño y algunos otros capitanes aqueos. Cuando se reúnen los líderes, Néstor sugiere que los más valientes de entre todos ellos se infiltren tras las líneas troyanas y descubran las intenciones de Héctor. ¿Intentarán los troyanos y sus aliados quemar las naves dentro de unas horas? ¿Es posible que Héctor haya tenido ya suficiente sangre y victoria por ahora, y que conduzca a sus hordas de vuelta a la ciudad para celebrarlo antes de iniciar nuevas hostilidades?

Diomedes y Odiseo son elegidos para ir a averiguarlo, y como los dos han llegado a este consejo después de ser sacados de la cama, sin sus propias armas, reciben las de los guardias, incluido un casco de piel de toro para Diomedes y el famoso casco miceno con dientes de jabalí para Odiseo. Con la piel de un león que Diomedes se ha echado sobre los hombros y el casco de cuero negro de Odiseo erizado de dientes blancos, los dos guerreros son un espectáculo terrible.

¿Debo TCear a esa reunión y observarla?

No hay ningún motivo. Diomedes y Odiseo puede que se hayan marchado ya a su operación de comando. O puede que Homero estuviera equivocado o que mintiera respecto a esta acción, como pasó con el discurso de Fénix. Además, eso no resolverá mi problema, ahora mismo. Ya no soy un escólico, sino un hombre que intenta encontrar un modo de sobrevivir y acabar con esta guerra... o al menos volverla contra los dioses.

Aunque hay otra parte de la acción de esta noche que me viene a la mente y me hiela la sangre en las venas. Cuando Diomedes y Odiseo salen, encuentran a Dolón (el lancero cuyo cuerpo tomé prestado hace dos noches cuando seguí a Héctor a su reunión con Helena y Paris), quien ha sido enviado tras las líneas aqueas como espía de Héctor. Dolón lleva un arco curvo y un zurrón de piel de comadreja y se interna con cuidado en la oscuridad por el campo cubierto de nuevos cadáveres, buscando un modo de cruzar el foso y dejar atrás a los griegos de guardia, pero los aguzados ojos de Odiseo lo ven en la oscuridad y Diomedes y él se tienden entre los muertos, atrapan a Dolón y lo desarman.

El troyano suplica por su vida. Odiseo le dirá (si no lo ha hecho ya), que « la muerte es lo último que tiene que preocuparte », y luego tranquilamente sonsaca al joven lancero toda la información sobre la disposición de los troyanos de Héctor y sus aliados.

Dolón lo cuenta todo: el emplazamiento de los carios y los peonios y los léluges y caucones, el sitio donde duermen los valientes pelagos y los fieles y recios licios y los arrogantes frigios domadores de caballos y los aurigas meonios. Lo cuenta todo y suplica por su vida. Incluso sugiere que lo aten y lo

tomen prisionero hasta que vean con sus propios ojos si la información es exacta.

Odiseo sonreirá, o quizá lo haya hecho ya, y dará una palmadita al tembloroso y aterrizado Dolón en el hombro (recuerdo el musculoso equilibrio del cuerpo de Dolón de cuando me morfeé como el muchacho) y entonces el hijo de Laertes despojará al joven del zurrón y el arco y la piel de lobo (Odiseo le dirá en voz baja al aterrado muchacho que lo van a desarmar antes de llevarlo al campamento como prisionero), y luego Diomedes le cercenará a Dolón la cabeza con un salvaje golpe de espada. La cabeza de Dolón chillará todavía pidiendo piedad cuando rebote en la arena.

Y Odiseo empuñará la lanza y el arco y el zurrón de comadreja y la piel de lobo del muchacho y lo ofrecerá todo a Palas Atenea, exclamando:

—¡Alégrate con estas ofrendas, oh, diosa! ¡Son tuyas! ¡Ahora guíanos al campamento tracio para que podamos matar a más hombres y robar sus caballos! ¡Ese botín también será tuyo!

Bárbaros. Me encuentro entre bárbaros. Incluso los dioses son bárbaros. Una cosa es segura: no voy a hablar con Odiseo esta noche.

¿Pero por qué tiene que morir Patroclo?

Porque yo tenía razón al principio: Aquiles es la clave, el fulcro mediante el cual podré cambiar los destinos de todos, hombres y dioses por igual.

No creo que Aquiles vaya a marcharse cuando la Aurora extienda sus rosáceos dedos. Nanai. Creo que Aquiles se quedará y observará, igual que hace en el relato de Homero, regocijándose en el infortunio de los griegos. «Creo que ahora los aqueos vendrán a postrarse de rodillas ante mí», dirá Aquiles después del siguiente mal día, cuando todos los grandes capitanes —Agamenón, Menelao, Diomedes y Odiseo— hayan sido heridos. Y esto sucede *después* de la embajada de anoche, en que ya intentaron hacerle cambiar de opinión. Aquiles se alegrará de la derrota de sus camaradas argivos y aqueos, y es sólo la muerte a manos de Héctor de su amigo Patroclo, que ahora ronca en la habitación de al lado, lo que hará volver al campo de batalla al ejecutor de hombres.

Así que Patroclo tiene que morir para que cambie desde ahora el curso de los acontecimientos.

Me levanto y hago inventario de las cosas que llevo y cargo. Una espada corta, sí, para mezclarme con los soldados, pero nunca he utilizado el maldito instrumento y sé que ni siquiera tiene filo. La musa me la dio de adorno, no como arma. Para defenderme de verdad en los últimos nueve años he ido equipado con la capa liviana de una armadura de impacto, suficiente para detener un golpe de espada o una lanza o una flecha errantes, según nos dijeron en los barracones escólicos, aunque nunca he tenido ocasión de comprobarlo, y el táser de cincuenta mil voltios incorporado al bastón con micro que todos llevamos. Esa arma ha sido diseñada solamente para aturdir a un agresor el tiempo suficiente para escapar al portal TC. Mi material también incluye las lentes que amplifican

mi visión, los filtros que mejoran mi audición, el Casco de Hades robado que cuelga como una capucha de mi cuello, el medallón TC en su cadena y la pulsera morfeadora de mi muñeca.

De repente, un plan (o al menos parte de un plan) empieza a formarse en mi cansada mente.

Actúo antes de perder el valor. Me pongo el Casco de Hades y desaparezo de la vista mortal y divina, sintiéndome como Frodo o Bilbo o Gollum al ponerse el anillo para unirlos a todos, y salgo de puntillas del anexo donde colocaron los cojines para Fénix camino del dormitorio de Aquiles.

Aquiles y Patroclo duermen juntos, desnudos, pues las esclavas hace rato que se han marchado. Patroclo rodea con un brazo los hombros del ejecutor de hombres.

La visión a la tenue luz me detiene en seco. *¿Aquiles es gay? ¿Eso significa que aquel profesor adjunto obsesionado con los gays y las lesbianas del departamento tenía razón, que sus horribles ensayos eran acertados, que toda esa cháchara políticamente correcta era cierta!*

Me saco esta idea de la cabeza. Lo que veo sólo significa que estoy a tres mil años de la Indiana del siglo XXI y que no sé qué estoy viendo. Estos dos hombres acaban de fornicar con las esclavas durante dos horas y se han quedado dormidos donde estaban. Y además, ¿a quién le importa la vida amorosa secreta de Aquiles?

Activo la pulsera morfeadora y recupero el escaneo que hice hace dos días en el Salón de los Dioses, en el Olimpo. No sé si esto funcionará: a los otros escólicos solía hacerles gracia la idea.

Las ondas de probabilidad se agitan a través de capas cuánticas que no puedo percibir. El aire parece temblar, quedarse quieto, vuelve a temblar. Me quito de la cabeza el suave Casco de Hades y me vuelvo de nuevo visible.

Visible como Palas Atenea, Tritogenia, Tercera Nacida de los Dioses, Hija de Zeus, defensora de los aqueos. Con dos metros y medio de altura, radiando mi propia luz divina, avanzo un paso hacia la cama y Aquiles y Patroclo se despiertan con un sobresalto.

Capto la inestabilidad en cada átomo de esta forma. El brazalete morfeador no fue diseñado para que tomáramos la forma de los dioses, pero aunque mi hechura zumba como un arpa mal tañida, aprovecho el breve tiempo que esta sustitución cuántica me permite. Me esfuerzo por ignorar la sensación no sólo de tener de pronto pechos y vagina (nunca me había morfeado hasta ahora en una mujer), sino también la de ser una diosa.

La forma es inestable. Sé en lo más hondo de mi corazón que no poseo los poderes de Atenea, sólo he tomado prestado su caparazón cuántico unos cuantos segundos. Sintiendo como si fuera a producirse una especie de reacción nuclear, una *meltdown* mórfica si no me despojo rápidamente de la forma de

onda cuántica de Atenea, hablo a toda prisa.

—¡Aquiles! ¡Despierta! ¡En pie!

—¡Diosa! —exclama el ejecutor de hombres de los pies ligeros, cayendo al suelo—. ¿Qué te trae aquí en medio de la noche, Hija de Zeus?

Frótandose los ojos, Patroclo también intenta levantarse. Ambos hombres están desnudos, sus cuerpos más esculpidos y hermosos que las más bellas estatuas griegas, sus penes sin circuncidar colgando contra sus musculosos y bronceados músculos.

—¡CALLAOS! —grito. La voz de Atenea surge amplificada, suprahumana. Se que estoy despertando a los demás en la tienda de Aquiles y probablemente alarmando a los guardias de fuera. Tengo menos de un minuto. Como para demostrar mi argumento, el brazo dorado de Atenea tiembla, cambia al antebrazo pálido y peludo del profesor Thomas Hockenberry y luego vuelve a morfear al de Atenea. Veo que Aquiles tiene la mirada gacha y no se ha dado cuenta. Patroclo me mira con los ojos como platos, confuso.

—Diosa, si te he ofendido... —empieza a decir Aquiles, alzando los ojos pero manteniendo la cabeza gacha.

—¡SILENCIO! —ordeno—. ¿PUEDE UNA HORMIGA QUE SE ARRASTRA POR EL SUELO OFENDER A UN HOMBRE? ¿PUEDE EL MÁS BAJO Y FEO DE LOS PECES DEL MAR OFENDER AL MARINO CUYOS PENSAMIENTOS ESTÁN EN OTRAS COSAS?

—¿Una hormiga? —repite Aquiles, su bello rostro cincelado denota la confusión de un niño a quien reprenden.

—SOIS MENOS QUE HORMIGAS PARA LOS DIOSES —rujo, acercándome un paso para que el fulgor de Atenea fluya sobre ellos como luz radiactiva—. NOS HAS DIVERTIDO CON TUS MUERTES, AQUILES... HIJO DE PELEO Y NIÑO IDIOTA DE TETIS.

—Niño idiota —repite Aquiles ruborizándose hasta los pómulos—. Diosa, ¿cómo he...

—¡SILENCIO, COBARDE! —He amplificado la voz de Atenea hasta que se pueda oír este insulto en el campamento de Agamenón, situado más de un kilómetro playa abajo—. NO NOS PREOCUPÁIS. NO NOS PREOCUPÁIS NINGUNO DE VOSOTROS. VUESTRAS MUERTES NOS DIVIERTEN... ¡PERO TU COBARDÍA NO, AQUILES DE LOS PIES LIGEROS!

Pronuncio con desdén las últimas palabras, convirtiendo el poético título honorífico en un insulto despreciativo.

Aquiles cierra los puños y avanza medio paso, como para acercarse a un enemigo.

—Diosa, Palas Atenea, defensora de los aqueos, siempre te he ofrecido los mejores sacrificios...

—EL SACRIFICIO DE UN COBARDE NO SIGNIFICA NADA PARA

NOSOTROS EN EL OLIMPO —rujo. Siento la onda de probabilidad que es la diosa Atenea real acercándose al colapso crítico. Sólo me quedan segundos de esta forma semimorfeada.

—NOSOTROS TOMAREMOS Y QUEMAREMOS NUESTROS PROPIOS SACRIFICIOS A PARTIR DE ESTE MOMENTO —digo, y el brazo de Atenea se extiende hacia Patroclo, el bastón oculto bajo mi antebrazo, mi dedo en el activador—. ¡SI QUIERES EL CADÁVER DE TU AMIGO, ÁBRETE PASO LUCHANDO HASTA LOS SALONES DEL OLIMPO PARA RECUPERARLO, COBARDE AQUILES!

Alcanzo con el tásar a Patroclo en el centro de su pecho lampiño y bronceado, los electrodos casi invisibles y los cables invisibles le descargan encima cincuenta mil voltios.

Patroclo se lleva las manos al pecho como golpeado por un rayo, deja escapar un grito, se retuerce y se agita como si sufriera un ataque epiléptico, se orina encima y se desploma.

Antes de que Aquiles pueda reaccionar (el guerrero de los pies ligeros se queda ahí de pie desnudo, con los puños cerrados y los ojos espantados, demasiado aturdido para moverse), hago que Atenea dé dos pasos, agarro al desplomado y aparentemente inconsciente Patroclo por el pelo, y lo arrastro por el suelo.

Aquiles se sacude, ruge y desenvaina su espada, que está en la silla.

Todavía tirando de los pelos de Patroclo, la forma de Atenea saliendo ahora de la estabilidad mórfico-cuántica y tan sacudida por la estática como una mala imagen de televisión, toco el medallón de mi garganta y me cuanto-teleporto con Patroclo para escapar de la tienda de Aquiles.

Jerusalén y la Cuenca Mediterránea

Savi guio a Daeman y Harman para dejar el tejado, bajaron la escala y los peldaños de la escalera y se adentraron en uno de los estrechos callejones. La luz de las estrellas y el brillo azul del rayo de neutrinos del Monte del Templo proporcionaban suficiente iluminación para no chocar contra las paredes o caer por los huecos mientras corrían, aunque las sombras eran de un negro sólido en las puertas y ventanas vacías. Daeman pronto quedó atrás, jadeando. Nunca había corrido, ni siquiera de niño. Era algo absurdo.

Más cerca ahora, a menos de una manzana de distancia en el laberinto de edificios de terrado plano y callejones tortuosos, llegaba el sonido de cientos de voynix a la carrera.

¡¡Itbah al-Yahud!!, rugía la voz de aquellos altavoces que Savi había llamado *muecín*.

Savi los condujo por una calle pavimentada, por otro oscuro y estrecho callejón, los hizo cruzar un pequeño claro lleno de brillantes huesos humanos y los llevó a un patio interior aún más oscuro que el callejón. El golpeteo de las patas y el roce de los manipuladores de los voynix corriendo a toda velocidad por las paredes estaba ahora más cerca.

¡¡Itbah al-Yahud!! El grito amplificado parecía más acuciante.

Sólo Savi es judía, sea eso lo que sea, pensó Daeman, los pulmones ardiéndole, tambaleándose para mantener el ritmo. *Si Harman y yo la dejamos sola, los voynix nos dejarán en paz, probablemente incluso nos ayuden a llegar a casa. No hay ningún motivo para que tengamos que compartir su destino.*

Harman corría con fuerzas tras la anciana mientras ésta cruzaba el patio y se agachaba para pasar por un arco bajo hasta las ruinas de un viejo edificio. *O puedo detenerme*, pensó Daeman. *Que Harman se quede con ella si quiere.*

Daeman se detuvo en el sucio pavimento. Harman paró en el negro rectángulo de un portal y lo llamó. Daeman miró por encima del hombro hacia los sonidos que los perseguían, como garras o huesos huecos rozando contra la piedra y, a la luz del rayo azul, vio al primero de una docena de voynix que

corrían por la calle que acababan de cruzar.

Daeman sintió que el corazón le daba un respingo: no estaba acostumbrado a la emoción del miedo y la idea de hacer algo a solas le pareció la opción más terrible, así que corrió hacia el edificio oscuro tras Harman y la anciana.

Savi los guio por una serie de escaleras cada vez más estrechas, cada tramo de peldaños más antiguo y más gastado que el superior. Tras bajar cuatro tramos, sacó una linterna de su mochila y la encendió mientras la última luz desaparecía del tenue brillo de arriba. El angosto haz iluminó una pared al fondo del tramo de escaleras más estrechas y el corazón de Daeman volvió a encogerse. Vio lo que parecía un trozo de arpillera sucio cubriendo un agujero que, estaba seguro, era demasiado pequeño para pasar por él.

—Rápido —susurró Savi. Apartó la tela y se escabulló por el agujero. Daeman oyó ecos como procedentes de un pozo. Harman siguió rápidamente a la anciana a la negrura.

Daeman oyó roces en la casa destruida, pero ningún paso de voynix en las escaleras. Todavía no, al menos.

Se asomó al pequeño agujero, metió los hombros, descubrió que estaba colgando sobre un círculo negro sin fondo de menos de cuarenta centímetros de diámetro, y entonces sus manos encontraron los peldaños de hierro en la pared opuesta y gruñó mientras pasaba el torso y las caderas por la abertura, rozándose la piel contra el antiguo yeso hasta que sus piernas quedaron libres y colgando. Sus pies encontraron apoyo en los oxidados peldaños de metal y empezó a bajar hacia los apagados sonidos de Savi y Harman, que descendían bajo él.

El aire fresco le alcanzó el rostro. Los dedos y pies de Daeman pasaban inseguros de un frío peldaño a otro, oyó susurros abajo, y de repente ya no hubo ningún peldaño para sus pies y cayó un metro y pico hasta un suelo de ladrillo.

Las manos de Harman lo sujetaron. Vio el círculo de luz de la linterna de Savi iluminando un túnel redondo hecho de antiguas piedras o ladrillo.

—Por aquí —susurró ella, y se puso a correr de nuevo, agachándose para evitar el bajo techo. Harman y Daeman la siguieron, tratando de no tropezar con los irregulares ladrillos del suelo curvo, mirando el círculo de la linterna en vez de sus propios pies.

Llegaron a una intersección de túneles. Savi comprobó la brillante función de su palma y siguieron por el pasadizo izquierdo.

—No oigo a los voynix detrás de nosotros —dijo Harman. Habló en susurros, pero su voz resonó en el ladrillo curvo. El más alto de los tres, Harman, era quien más tenía que agacharse para caminar.

—Están sobre nosotros —dijo Savi—. Nos siguen por las calles.

—¿Están usando cercanet? —preguntó Daeman.

—Sí.

Savi se detuvo en otra encrucijada, eligió el central de tres pasadizos más

pequeños. Todos tuvieron que agacharse aún más.

—Os están siguiendo a *vosotros*, ¿sabéis? —dijo Savi, deteniéndose para mirar primero a Daeman y luego a Harman. El duro haz de la linterna hacía que su cara pareciera aún más vieja y cadavérica.

—¿A ti no? —preguntó Daeman, sorprendido.

Ella negó con la cabeza.

—No estoy registrada en ninguna red. Los voynix ni siquiera saben que estoy aquí. Sois vosotros dos quienes aparecen fuera de los límites de sus escáneres de cercanet y lejonet. Creo que el fax-portal más cercano es Mantua. Saben que no habéis venido caminando hasta tan lejos.

—¿Adónde vamos ahora? —susurró Harman—. ¿Al sonie?

Savi volvió a negar con la cabeza. Su pelo gris estaba mojado de sudor o condensación, aplastado contra su cráneo.

—Estos túneles no van más allá de la ciudad vieja. Y los voynix habrán vuelto al sonie inoperable a estas alturas. Busco el reptador.

—¿Reptador? —dijo Daeman, pero en vez de explicarse, Savi se dio la vuelta y empezó a guiarlos de nuevo a través de los túneles.

Un centenar de pasos más y el túnel redondo de ladrillo se convirtió en un estrecho corredor, treinta pasos más allá y el corredor se convirtió en unas escaleras, y entonces una pared los detuvo.

Daeman sintió que el corazón intentaba salirse del pecho.

—¿Qué hacemos? —dijo—. ¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos?

Se apartó de la luz, prestando atención en la oscuridad a los sonidos de los voynix.

—Subir.

Daeman se volvió para ver que Savi ascendía por otro pozo vertical, más estrecho aún que el pozo por el que habían descendido; la luz se apagó cuando la linterna se perdió sobre ellos.

Harman saltó al travesaño más bajo de la escala, falló, maldijo en voz baja, saltó de nuevo, lo agarró y se aupó. Daeman apenas pudo ver el contorno del otro hombre cuando extendió la mano.

—Vamos, Daeman. Rápido. Los voynix probablemente están ahí arriba ya, esperándonos.

—¿Entonces por que subimos?

—Vamos.

Harman agarró el antebrazo de Daeman en la oscuridad y tiró de él.

Los voynix atravesaron la pared del edificio justo cuando los tres humanos subían al reptador.

La enorme máquina ocupaba gran parte del espacio en la zona central de lo

que Savi dijo que había sido antiguamente una gran iglesia. Cuando subieron las escaleras desde el sótano, la linterna de Savi iluminando el camino aquí y allá, Daeman se detuvo en los escalones, inseguro de lo que veía. El reptador llenaba el espacio como una araña gigantesca, sus seis ruedas (cada una al menos de cuatro metros de altura) enlazadas por puntales arácnidos, su esfera de pasajeros brillando lechosa en el centro de los puntales como un huevo blanco en el corazón de una telaraña.

Los golpes contra las puertas y paredes de la iglesia empezaron incluso antes de que Savi subiera por la fina escalerilla metálica de acceso que colgaba de los puntales.

—Rápido —dijo, sin susurrar ya.

El tercero de la fila, otra vez, Daeman pensó que la anciana era experta en órdenes innecesarias. Una ventana de colores a doce metros de altura estalló hacia dentro y cinco voynix entraron, sus manipuladores afilados golpeando las piedras como martillos de hielo. Las cúpulas rojizas y sin ojos sobre sus caparazones se volvieron ominosamente hacia abajo y se fijaron en el reptador y las tres personas que intentaban llegar a su esfera de pasajeros. En la pared del fondo las piedras cedieron y media docena de voynix más entraron a dos patas.

Savi tocó un gastado círculo rojo en la parte inferior de la esfera, marcó unos dígitos en un pequeño teclado energético amarillo que apareció y una sección del globo de cristal se abrió con un roce audible. Subió y entró, Harman la siguió, y Daeman metió las piernas justo cuando el primero de los voynix corría hacia él.

La abertura en la esfera se cerró. Había seis ajados asientos de cuero en el centro de la esfera, y Harman y él ocuparon los laterales mientras Savi pasaba la mano por una cuña metálica plana que sobresalía del asiento central. Un panel de control de suave brillo, mucho más complicado que el del sonie, cobró vida proyectándose a su alrededor. Tocó un dial rojo virtual, pasó un brillante círculo rojo por una guía verde y metió la mano en el controlador.

—¿Y si no arranca? —preguntó Harman, a quien Daeman nombró ahora experto en preguntas retóricas inoportunas. Una docena de voynix subían por las altas ruedas de malla negra y saltaban como saltamontes gigantescos a lo alto de la esfera de cristal. Daeman dio un respingo y se agachó.

—Si no arranca, moriremos —dijo Savi. Giró el controlador virtual a la derecha.

No hubo ningún rugido de motor ni zumbido de giroscopio, sólo un suave susurro tan bajo que parecía subsónico. Pero aparecieron luces de faros delante del reptador y una docena de otras pantallas virtuales cobraron vida.

La media docena de voynix encaramados en la esfera de pasajeros habían estado golpeando y arañando el cristal, pero de pronto resbalaron y cayeron al suelo a seis metros por debajo. No estaban heridos ni estropeados: se pusieron en pie de un salto y se abalanzaron de nuevo hacia la esfera, pero volvieron a caer

una y otra vez, incapaces de agarrarse a la superficie a la que se habían estado aferrando sólo unos segundos antes.

—Es un campo de fuerza microgrosso —murmuró Savi, su atención fija en los diseños e iconos resplandecientes del panel virtual—. Sin fricción. Fue diseñado para impedir que la nieve o la lluvia se acumulara en el dosel, pero parece que expulsa también a los voynix.

Daeman se volvió para ver que una docena de voynix subían por las enormes ruedas, golpeando el entramado metálico, tirando de los puntales y anclajes.

—Deberíamos irnos —dijo.

—Sí.

Savi empujó hacia delante el controlador virtual y el reptador atravesó la pared de la vieja iglesia y cayó una docena de palmos antes de que los puntales salvajemente articulados de sus ruedas encontraran asidero en la pared y el suelo y luego aceleraran. El callejón era un poco más estrecho que el reptador, pero esto no detuvo a la máquina. Paredes de varios miles de años de antigüedad se desplomaron a cada lado hasta que el reptador llegó a la calle de David y Savi lo hizo girar a la izquierda, hacia el oeste, alejándose del rayo azul que todavía apuñalaba el cielo tras ellos.

Docenas de voynix corrieron persiguiéndolos mientras docenas más se lanzaban delante del veloz reptador y saltaban hacia la esfera de pasajeros. Todavía acelerando, el reptador atropelló a los que había en la calle y no pudieron esquivarlo y dejó detrás al resto de la manada. Media docena de insistentes voynix todavía se aferraron a los puntales y golpearon el metal, añadiendo las ruedas.

—¿Pueden estropearlo? —preguntó Harman.

—No lo sé —dijo Savi—. Nos acercamos a la *Sho'or Yafa*, la Puerta de Jaffa. Veamos si podemos librarnos de ellos.

Hizo girar el reptador, todavía acelerando, hacia las paredes de la izquierda y luego a la derecha de la calle de David, hasta abrirse por fin paso por un arco más bajo que la máquina. La vibración y los escombros arrastraron al caer a los voynix que se agarraban a él, pero Daeman se volvió para ver que la mayoría se levantaba del estropicio y se unía a la manada perseguidora. El reptador cruzó la puerta, salió de la ciudad vieja y, ganando velocidad, descendió por la colina de grava donde habían dejado el sonie. De su máquina voladora sólo quedaba un montón de rocas de nueve metros rodeado por cuarenta, o cincuenta voynix más. Inmediatamente las criaturas se alejaron del montículo y corrieron para cortar el paso al reptador. Savi atropelló a algunas, esquivó a otras y encontró una antigua carretera que se dirigía al oeste.

—Dura máquina —dijo Harman.

—Construían máquinas duras a finales de la Edad Perdida —dijo Savi—. Con nanomantenimiento, debería durar eternamente.

Sacó las lentes de visión nocturna de la termopiel que llevaba en la mochila y condujo con las luces del reptador apagadas. Daeman descubrió que abalanzarse en la oscuridad era inquietante; oía las grandes ruedas aplastar artefactos oxidados en la carretera: probablemente vehículos antiguos abandonados. Se dio cuenta luego de que cruzaban un puente y se internaban entre montañas. No veía los voynix que les perseguían (sólo el haz de luz azul que brotaba hacia el cielo en la oscura colina de Jerusalén), pero sabía que los voynix seguían allí, todavía tras ellos.

Savi les dijo que estaban a unos cincuenta kilómetros de la costa del antiguo mar Mediterráneo. Recorrieron esa distancia en menos de diez minutos.

—Mirad esto —dijo Savi, reduciendo la velocidad del reptador. Se quitó las gafas de visión nocturna y encendió los faros, las luces antiniebla y los reflectores.

Una masa de quinientos o seiscientos voynix formaba una cuña cerca de donde la tierra cedía súbitamente paso a la seca Cuenca Mediterránea.

—¿Nos volvemos? —preguntó Harman.

Savi negó con la cabeza y lanzó el reptador hacia delante. Más tarde, Daeman pensó que el sonido de la máquina golpeando a tantos voynix a tanta velocidad había sido parecido al de una tormenta de granizo caída sobre un techo de metal en Ulanbat, hacía muchos años. Una granizada muy grande.

El reptador alcanzó la antigua costa.

—¡Agarraos! —gritó Savi, y la máquina voló unos segundos sobre el desnivel entre la orilla y el antiguo mar. Cuando las seis enormes ruedas golpearon el suelo, los puntales absorbieron la mayor parte del choque y las estabilizaron, y se internaron en la Cuenca, las luces y los reflectores lanzando conos blancos a la oscuridad.

Daeman miró hacia atrás y vio a los voynix supervivientes, recortados por el lejano rayo azul, cubriendo la orilla tras ellos.

—¿No nos seguirán? —preguntó.

—¿A la Cuenca? —dijo Savi—. Nunca.

Pasó a una velocidad más razonable, pero antes de que se pusiera las gafas y apagara las luces Daeman vio que seguían una lisa carretera de barro rojo entre verdes campos. Había cruces de metal negro altas como el trigo y el maíz y los girasoles que se extendían en la oscuridad, y empalado en cada cruz, lo que parecía ser un pálido, ajado, desnudo cuerpo humano.

La costa de Ilión, Indiana

Aquiles se enfureció, rugió y golpeó la pared de la tienda donde la diosa Atenea había desaparecido arrastrando el cuerpo de Patroclo. Entonces el ejecutor de hombres enloqueció.

Sus guardias entraron velozmente. Todavía desnudo, Aquiles levantó en vilo al primer hombre y lo lanzó contra la cabeza del segundo. El tercer guardia oyó un rugido y se encontró también volando por los aires y contra las paredes de lona de la tienda. El cuarto soltó la lanza y corrió a despertar a los mirmidones para hacerles saber que su amo y señor había sido poseído por un espíritu demoníaco.

Aquiles envolvió su taparrabos, su túnica, su peto, su escudo, sus pulidas grebas de bronce, sus sandalias y su lanza en una sábana y, empuñando la espada, cruzó las tres paredes de lona de la tienda. Una vez fuera, derribó el gran trípode que quedaba encendido en el centro del campamento y corrió dejando atrás las tiendas en sombra, hacia el oscuro mar, lejos de todos los campamentos de los hombres, hacia su madre, la diosa Tetis.

Las olas rompían en la orilla y sólo su espuma se veía en la oscuridad, allí, lejos de los fuegos. Aquiles caminó de un lado a otro por la arena mojada. Seguía desnudo; la armadura y las armas estaban dispersas por la playa. Mientras caminaba, se mesaba los largos cabellos y gemía en voz alta, gritando de vez en cuando el nombre de su madre, lleno de angustia.

Y Tetis, hija del dios marino Nereo, el Viejo del Mar, respondió a la llamada de Aquiles, surgiendo de las profundidades marinas, alzándose entre las olas como bruma, solidificándose luego en la alta forma de la noble diosa. Aquiles corrió hacia ella como un niño herido e hincó una rodilla en la arena húmeda. Tetis acunó su cabeza contra su mojado pecho mientras él sollozaba.

—Hijo mío... ¿por qué lloras? ¿Qué pena ha herido tu corazón?

Aquiles gimió.

—Lo sabes, tienes que saberlo, madre... No me hagas volver a repetirlo.

—Estaba con mi padre en las profundidades saladas —murmuró Tetis, acariciando el pelo dorado de Aquiles—. Como mortales y dioses dormían tan

tarde, no he visto lo sucedido. Compártelo todo, hijo mío.

Y Aquiles así lo hizo, sollozando de pena, ahogándose de cólera. Le contó la aparición de Palas Atenea, sus insultos y burlas. Describió el aparente asesinato de su amigo Patroclo.

—¡Se llevó su cadáver, madre! —exclamó Aquiles, inconsolable—. ¡Se llevó su cadáver para que yo no pueda realizar los ritos funerarios que se merece!

Tetis le palmeó el hombro y también ella se echó a llorar.

—¡Oh, hijo mío, mi pesar! Tu nacimiento fue amargura. Todo lo que parí estaba condenado. ¿Por qué te crie, si es voluntad de Zeus abatirte?

Aquiles alzó el rostro cubierto de lágrimas.

—¿Entonces es voluntad de Zeus? ¿Fue Palas Atenea quien acaba de matar a Patroclo... no una falsa imagen de la diosa?

—Fue voluntad de Zeus —lloró su madre—. Y aunque yo no lo vi, sé que fue la propia diosa Atenea quien se burló de ti y mató a tu amigo esta noche. Oh, lástima que estés condenado no sólo a una breve vida, Aquiles, hijo mío, sino también a una vida llena de dolor.

Aquiles se apartó y se puso en pie.

—¿Por qué me insultan así los dioses inmortales, madre? ¿Por qué Atenea, que ha sido defensora de la causa de los argivos, y de la mía especialmente durante tantos años, me abandona ahora?

—Los dioses son inconstantes —dijo Tetis, el agua todavía cayendo de su largo cabello hasta sus pechos—. Quizá te hayas dado cuenta.

Aquiles caminó de un lado a otro ante ella, cerrando una y otra vez los puños mientras golpeaba el aire.

—¡Esto no tiene sentido! Llevarme hasta tan lejos... ayudarme en mis conquistas tan frecuentemente... sólo para que Atenea y su divino padre me insulten ahora.

—Están avergonzados de ti, Aquiles.

El ejecutor de hombres se detuvo en seco y volvió un rostro pálido e inexpresivo hacia su madre. Pareció como si lo hubieran abofeteado con fuerza.

—¿Avergonzados de mí? ¿*Avergonzados* de Aquiles el de los pies ligeros, hijo de Peleo y de la diosa Tetis? ¿Avergonzado del nieto de Eaco?

—Sí —dijo su madre—. Zeus y los dioses menores, incluida Atenea, siempre han sentido desprecio por los hombres mortales, incluso por vosotros los héroes. Desde su puesto de observación en el Olimpo sois todos menos que insectos, vuestras vidas son desagradables, brutales y breves, y vuestras propias existencias están justificadas solamente porque los divertís con vuestras muertes. Así que al quedarte en tu tienda mientras el destino de la guerra se sella, has irritado a la hija de Zeus y al Padre Zeus mismo.

—¡Han matado a Patroclo! —rugió Aquiles, apartándose de la diosa, los pies descalzos dejando sus huellas en la arena mojada. Huellas que fueron borradas

por la siguiente ola.

—Creen que eres demasiado cobarde para vengar su muerte —dijo Tetis—. Dejan su cadáver para los buitres y cuervos en las alturas del Olimpo.

Aquiles gimió y cayó de rodillas. Arrancó grandes puñados de arena y los aplastó contra su pecho desnudo.

—Madre, ¿por qué me dices esto ahora? Si sabías del desdén que los dioses sienten hacia mí, ¿por qué no me lo has dicho antes? Siempre me enseñaste a servir y reverenciar a Zeus. A obedecer a la diosa Atenea.

—Siempre esperé que los otros dioses tuvieran piedad de nuestros hijos mortales —dijo Tetis—. Pero el frío corazón de Zeus y los modales belicosos de Atenea fueron más fuertes. La raza de los hombres ya no les interesa. Ni siquiera como deporte. Ahora somos pocos los inmortales que defendemos vuestra causa y estamos a salvo de la cólera de Zeus.

Aquiles se levantó y dio tres pasos hacia su madre.

—Madre, tú eres inmortal. Zeus no puede hacerte daño.

Tetis se rio sin ganas.

—El Padre puede matar a quien le plazca, hijo mío. Incluso a un inmortal. Peor que eso, puede desterrarnos al abismo del Tártaro, arrojarnos a ese pozo infernal como hizo con su propio padre, Cronos, y su suplicante madre, Rea.

—Entonces corres peligro —dijo Aquiles, aturdido. Se tambaleó como un hombre que ha bebido demasiado o como un marinero en la cubierta inclinada de un barquito en mitad de la tormenta.

—Estoy condenada —dijo Tetis—. Igual que tú, hijo mío, a menos que hagas lo que ningún mortal, ni siquiera el osado Heracles, ha intentado antes.

—¿Qué, madre?

A la luz de las estrellas el rostro de Aquiles sufría preocupantes transformaciones mientras sus emociones pasaban de la desesperación a la furia y a algo más allá de la furia.

—Acabar con los dioses —susurró Tetis. Las palabras apenas eran audibles por encima de las olas. Aquiles se acercó aún más, inclinando la cabeza como si no diera crédito a sus oídos—. Acabar con los dioses —susurró ella de nuevo—. Asaltar el Olimpo. Matar a Atenea. Deponer a Zeus.

Aquiles se apartó, tambaleándose.

—¿Es eso posible?

—No si actúas solo —dijo Tetis. Olas blancas se enroscaban alrededor de sus pies—. Pero si llevas contigo a tus guerreros argivos y aqueos...

—Agamenón y su hermano gobiernan a los aqueos y los argivos y sus aliados esta noche —interrumpió Aquiles. Miró hacia los fuegos que ardían a lo largo de los kilómetros de playa y luego volvió la cabeza para mirar los más numerosos fuegos troyanos encendidos tras el foso defensivo—. Y los argivos y los aqueos están a punto de ser derrotados esta noche, madre. Las negras naves

puede que ardan al amanecer.

—Puede que ardan —dijo Tetis—. Las victorias de los troyanos de hoy son simplemente otra muestra de los caprichos de Zeus. Pero los argivos y los aqueos te seguirán a la victoria contra los dioses, Aquiles. Esta misma noche Agamenón les dijo a Odiseo y Néstor y los demás congregados en su campamento que él era más hombre que tú: más sabio y más fuerte y más valiente que Aquiles. Demuéstrale lo contrario, hijo mío. Demuéstrales a todos lo contrario.

Aquiles le dio la espalda. Miraba hacia la distante Ilión, donde las antorchas brillaban con fuerza en las altas murallas.

—No puedo combatir a los dioses y los troyanos al mismo tiempo.

Tetis le tocó el hombro hasta que se volvió.

—Tienes razón, hijo mío, veloz Aquiles. Debes terminar esta guerra insensata con Troya, iniciada por la perra esposa de Menelao. ¿A quién le importa dónde duerma la mortal Helena o si los Atridas (Menelao y su arrogante hermano Agamenón) llevan cuernos o no? Pon fin a la guerra. Haz la paz con Héctor. También él tiene motivos para odiar a los dioses esta noche.

Aquiles miró intrigado a Tetis, pero ella no dio más explicaciones. Contempló de nuevo las antorchas y la lejana ciudad.

—Ojalá pudiera ir al Olimpo esta noche para matar a Atenea, derrocar a Zeus y recuperar el cadáver de Patroclo para sus ritos. —Su voz era suave pero terrible en su loca resolución.

—Enviaré a un hombre para indicarte el camino —dijo Tetis.

Aquiles se volvió de nuevo hacia ella.

—¿Cuándo?

—Mañana, cuando hayas hablado con Héctor, hecho una alianza con los guerreros troyanos y arrebatado los argivos y aqueos al presuntuoso Agamenón.

Aquiles parpadeó ante la abrumadora audacia.

—¿Cómo encontraré a Héctor sin que me mate o yo lo mate a él?

—Te enviaré a un hombre para que te muestre el camino en eso también —dijo Tetis. Dio un paso atrás. Las olas chocaron contra la parte posterior de sus piernas.

—¡Madre, quédate! Yo...

—Ahora he de ir a los salones del Padre Zeus para encontrar mi destino —susurró su madre, la voz casi perdida en el sibilante reflujo—. Defenderé tu causa una última vez, hijo mío, pero temo que me esperan el fracaso y el destierro. ¡Sé valiente, Aquiles! ¡Sé valiente! Tu destino ha sido fijado pero no está sellado. Todavía tienes la opción de muerte y gloria o una vida larga, pero también vida y gloria... ¡y qué gloria, Aquiles! ¡Ningún mortal ha soñado jamás con semejante gloria! Venga a Patroclo.

—Madre...

—Los dioses pueden morir, hijo mío. Los... dioses... pueden... *morir*.

Su forma osciló, se estremeció, se convirtió en bruma y desapareció.

Aquiles se quedó un rato contemplando el mar, hasta que la fría luz de la Aurora empezó a asomar por el este, y entonces se volvió, se puso la ropa y las sandalias y la armadura y las grebas, empuñó su gran escudo, envainó su espada, recogió su lanza y empezó a caminar hacia el campamento de Agamenón.

Después de esta actuación, me desplomo. Durante toda la conversación, mi brazaletes morfeador me pitaba al oído con su voz de IA: « Quedan diez minutos de energía antes de la desconexión. Quedan seis minutos de energía antes... », y así sucesivamente.

El aparato morfeador está casi descargado y no tengo ni idea de cómo volver a cargarlo. Me quedan menos de tres minutos de tiempo, pero lo necesitaré para visitar a la familia de Héctor.

No puedes secuestrar a un niño, dice esa vocecita cada vez más pequeña que es todo lo que queda de mi consciencia. *Tengo que hacerlo*, es la única respuesta que puedo dar.

Tengo que hacerlo.

En eso estoy ahora. Lo he pensado mucho. Patroclo era el secreto para manejar a Aquiles. Escamandrio y Andrómaca, el hijo y la esposa de Héctor, son el secreto para manejar a éste. El único modo.

De perdidos, al río.

Antes, cuando TCeé para cobrar existencia en la colina soleada de lo que esperaba que fuera todavía Indiana, con el inconsciente Patroclo en mis brazos, no encontré ni rastro de Nighthenlser. Solté rápidamente a Patroclo en la hierba (no soy homófobo, pero cargar con un hombre desnudo me hace sentirme incómodo) y grité llamando a Keith Nighthenlser, pero no hubo respuesta en el bosque ni en el río. Tal vez los antiguos nativos americanos ya le han cortado la cabellera o lo han adoptado en su tribu. O a lo mejor esta al otro lado del río, en el bosque, recogiendo nueces y bayas.

Patroclo gimió y se sacudió.

¿Era justo dejar a un hombre aturdido y desnudo, forastero en una tierra extraña como esta? ¿Lo mataría un oso? No era probable. Más bien, Patroclo sería capaz de encontrar y matar al pobre Nighthenlser, aunque el griego estuviera desnudo y desarmado y Keith aún llevara la armadura de impacto, el bastón táser y la espada de pega. Sí, apostaría mi dinero por Patroclo. ¿Era justo dejar a un jodido Patroclo en el mismo terreno donde he dejado a un académico amante de la paz?

No tenía tiempo para preocuparme por eso. Comprobé la energía del brazaletes morfeador (descubrí que se agotaba) y TCeé de vuelta a la costa de Ilión. Había aprendido un poco sobre como convertirme en diosa con la

experiencia de Atenea, y Tetis no requeriría tanta energía morfeadora como la hija de Zeus. Con un poco de suerte, me dije, el aparato morfeador funcionaría el tiempo suficiente para mi escena con Aquiles y quedaría algo para la familia de Héctor.

Y lo hizo, Y me queda, un poco, sí. Puedo morfear una última vez.

La familia de Héctor. ¿En qué me he convertido?

En un fugitivo, pienso, mientras me coloco el Casco de Hades y camino por la arena. Un desesperado.

¿Se quedará el medallón TC sin energía también? ¿Tendrá el táser otra carga si lo necesito en Ilión?

Lo averiguaré pronto. ¿No sería irónico que consiguiera usar a Aquiles y Héctor para mi causa pero no tuviera luego la energía de teleportación cuántica para llevarlos a ellos o a mí al Olimpo?

Me preocuparé de eso más tarde. Me preocuparé de toda esa mierda más tarde.

Ahora mismo tengo una cita a las cuatro con la esposa y el bebé de Héctor.

A 12,000 metros sobre la Llanura de Tharsis

—¿Qué dice Proust sobre los globos?

—No mucho —contestó Orphu de Io—. No le gustaba viajar en general.
¿Qué dice Shakespeare sobre los globos?

Mahnmut dejó pasar el comentario.

—Ojalá pudieras ver esto.

—Ojalá pudiera verlo, si —dijo Orphu—. Describemelo todo.

Mahnmut miró hacia arriba.

—Estamos tan alto que el cielo sobre nosotros es casi negro, remitiendo a un azul oscuro y luego a azul más claro hacia el horizonte, que es definitivamente curvo. Veo la bruma de la atmósfera en ambas direcciones. Debajo de nosotros sigue habiendo nubes: la luz del amanecer hace que brillen doradas y rosadas. Detrás de nosotros, la capa de nubes está completamente rota y distingo el agua azul y los acantilados rojos del Valle Marineris extendiéndose hasta el horizonte oriental. Al oeste, hacia donde viajamos, las nubes cubren casi toda la Llanura de Tharsis (arropan el suelo a lo largo de las montañas), pero los tres volcanes más cercanos sobresalen de las nubes doradas. El Monte Arsia es el más lejano, a la izquierda, luego vienen el Monte Pavonis, y el Monte Ascraeus un poco más a la derecha, al norte. Todos son de un blanco brillante, cubiertos de nieve y hielo, brillan con el sol de la mañana.

—¿Puedes ver ya el Olympus? —preguntó Orphu.

—Oh, sí. Aunque es el más lejano, el Monte Olympus es el más alto y se alza sobre la curvatura occidental del planeta. Está entre el Pavonis y el Ascraeus, pero obviamente se encuentra mucho más a la izquierda. También lo blanquean el hielo y la nieve, pero la cumbre está despejada, y se ve roja a la luz del amanecer.

—¿Puedes ver el Laberinto Noctis donde dejamos a los *zeks*?

Mahnmut se asomó por el borde de la barquilla que había construido y miró hacia abajo y hacia atrás.

—No, todavía lo cubren las nubes. Pero mientras nos elevábamos vi la

cantera, los muelles y todo el jaleo del Noctis. Más allá del puerto y la cantera, el amasijo de cañones y acantilados desmoronados se extiende cientos de kilómetros al oeste y docenas al norte y al sur.

Había estado lloviendo durante los últimos días de su viaje en falucho, y a su llegada a los abarrotados muelles de la cantera de los HV del Laberinto Noctis, y todavía llovía cuando Mahnmut terminó de montar la barquilla, infló el globo con sus propios tanques y se elevó sobre lo que sólo podía ser llamado la ciudad de los hombrecillos verdes. Uno de los HV (o *zeks*, como se llamaban a sí mismos) había ofrecido su corazón para entablar comunicación, pero Mahnmut negó con la cabeza. Tal vez no morían como individuos, como argumentaba Orphu, pero la sensación de *gastar* a otro hombrecillo verde era más de lo que Mahnmut podía soportar. En cambio, los *zeks* congregados comprendieron inmediatamente lo que estaba haciendo Mahnmut con su barquilla improvisada, y se movieron rápidamente para ayudarlo a conectar cables, extender el tejido del globo de alta presión y una sola cámara mientras se inflaba lentamente, y asegurar cables a tierra contra el viento, trabajando tan eficazmente como una cuadrilla bien entrenada.

—¿Qué aspecto tiene el globo? —preguntó Orphu. El moravec del espacio profundo estaba atado en el centro de la barquilla ampliada, sujeto por muchos metros de cable y encajado en un armazón que Mahnmut había dispuesto. Cerca, protegidos y asegurados, estaban el transmisor y el pequeño Aparato.

—Es como una calabaza gigante —dijo Mahnmut.

Orphu se agitó por tensorrayo.

—¿Has visto alguna vez una calabaza de verdad?

—Por supuesto que no, pero ambos hemos visto imágenes. El globo es ovoide, naranja, más ancho que alto, de unos sesenta y cinco metros de diámetro y unos cincuenta metros de altura. Tiene franjas verticales como una calabaza... y es naranja.

—Creía que estaba recubierto de material de camuflaje —dijo Orphu, sorprendido.

—Lo está. Material de camuflaje naranja. Supongo que nuestros diseñadores moravec no tuvieron en cuenta la posibilidad de que la gente que lo pudiera detectar tuviera ojos además de radares.

Esta vez, el rumor de Orphu pareció un trueno profundo.

—Típico —dijo el ioniano—. Típico.

—Nuestros cables de bucky carbono están sujetos a la boca del globo —dijo Mahnmut— Nuestra barquilla cuelga a unos cuarenta metros bajo el tejido.

—De manera segura, espero.

—Tan segura como pude, aunque tal vez se me olvidó atar un par de nudos.

Orphu se estremeció de nuevo y guardó silencio. Mahnmut contempló el panorama durante un rato.

Cuando Orphu entabló de nuevo contacto era de noche. Las estrellas brillaban heladas, pero Mahnmut percibía más parpadeos atmosféricos de los que había visto en toda su vida. La luna Fobos cruzaba baja el cielo y Deimos acababa de salir. Las nubes y los volcanes reflejaban la luz de las estrellas. Al norte, el océano titilaba.

—¿Hemos llegado ya? —preguntó Orphu.

—Todavía no. Falta otro día, día y medio.

—¿Nos lleva el viento en la dirección adecuada?

—Más o menos.

—Define « menos », viejo amigo.

—Vamos rumbo nor-noroeste. Puede que no alcancemos el Monte Olympus por un pelo.

—Hace falta habilidad para no alcanzar un volcán del tamaño de Francia.

—Esto en un *globo* —dijo Mahnmut—. Estoy seguro de que Koros III planeó elevarlo cerca de la base del volcán, no a mil doscientos kilómetros de distancia.

—Espera —dijo Orphu—. Creo recordar un pequeño detalle: el Mar de Tetis queda justo al norte del Olympus.

Mahnmut suspiró.

—Nunca lo mencionaste mientras la construías.

—No me pareció relevante entonces.

Siguieron flotando en silencio un rato. Se acercaban a los volcanes de Tharsis, y Mahnmut calculó que probablemente sobrevolarían el situado más al norte, Ascreaus, al mediodía siguiente. Si el viento seguía cambiando, pasarían a diez o veinte kilómetros de sus faldas. Mahnmut ni siquiera tuvo que amplificar su visión para maravillarse de la belleza de la luz de las lunas y las estrellas sobre las cimas heladas de los cuatro volcanes.

—He estado pensando en este asunto de Próspero-Calibán —dijo Orphu tan de repente que Mahnmut dio un respingo. Había estado sumido en sus pensamientos.

—¿Sí?

—Supongo que estás pensando lo mismo que yo: que esas estatuas de Próspero y el conocimiento de los HV sobre *La Tempestad* son el resultado del interés de algún dictador posthumano por Shakespeare.

—Ni siquiera sabemos con seguridad que las cabezas de piedra sean de Próspero —dijo Mahnmut.

—Por supuesto que no. Pero los HV sugirieron que lo eran, y no creo que los *zeks* nos hayan mentido nunca. Tal vez no pueden mentir... no cuando se comunican contigo a través de paquetes de nanodatos moleculares.

Mahnmut no dijo nada, pero ésa había sido también su impresión.

—De algún modo —continuó Orphu—, esos miles de cabezas de piedra que rodean el océano norte...

—Y la inundada Cuenca de Hellas al sur —dijo Mahnmut, recordando las imágenes orbitales.

—Sí. De algún modo, esos miles de cabezas de piedra tienen algo que ver con los personajes de Shakespeare.

Mahnmut asintió, sabiendo que el ciego Orphu interpretaría su silencio como un gesto de acuerdo.

—¿Y si el dictador fuera de verdad Próspero? —dijo Orphu—. ¿No un humano o un posthumano?

—No te entiendo.

Mahnmut estaba confuso. Comprobó el flujo de oxígeno de los tanques situados cerca del Aparato. Tanto él como Orphu estaban bien conectados y recibiendo un chorro pleno.

—¿Qué quieres decir con eso de que el dictador fuera Próspero de verdad? ¿Que algún posthumano estaba interpretando el papel del viejo mago y se olvidó de que estaba jugando?

—No —dijo Orphu—. Quiero decir... ¿y si es Próspero realmente?

Mahnmut sintió una punzada de alarma. Orphu, lastimado y cegado, bañado por enormes cantidades de radiación iónica y magullado en la caída de la nave espacial al Mar del Norte, tal vez estuviera perdiendo la razón.

—No, no estoy loco —dijo Orphu, disgustado—. Escucha lo que te digo.

—Próspero es un personaje literario —dijo Mahnmut lentamente—. Un ser ficticio. Sólo sabemos de él por los bancos de memoria de la cultura y la historia humanas que enviaron con los primeros moravec hace dos mil años.

—Sí —contestó Orphu—. Próspero es un personaje ficticio y los dioses griegos son mitos. Y su presencia aquí se debe sólo a que son humanos o posthumanos disfrazados. *Pero, ¿y si no lo son?* ¿Y si son de verdad Próspero... de verdad dioses griegos?

Mahnmut se alarmó de veras. Había sentido terror de continuar su misión solo si Orphu moría, pero nunca había considerado la alternativa aún peor de tener a un Orphu de Io cegado, lisiado y *loco* como compañero en la última etapa de su misión. ¿Sería capaz de dejar atrás a Orphu cuando aterrizaran?

—¿Cómo podrían los dioses, o lo que quiera que sean esos tipos con toga y carros voladores, no ser humanos o posthumanos perdidos jugando? —preguntó Mahnmut—. ¿Estás sugiriendo que son... alienígenas del espacio? ¿Antiguos marcianos que de algún modo no fueron advertidos durante la exploración de este planeta en la Edad Perdida? ¿Qué?

—Lo que estoy diciendo es: *¿Y si los dioses griegos son dioses griegos?* —dijo Orphu en voz baja—. ¿Y si Próspero es Próspero? ¿Calibán, Calibán? Si no encontramos con él, cosa que espero que no suceda.

—Ajá —dijo Mahnmut—. Interesante teoría.

—Maldición, no me des la razón como a los locos —replicó Orphu—. ¿Sabes algo de teleportación cuántica?

—Sólo en teoría —contestó Mahnmut—. Y sé también que este mundo está repleto de actividad cuántica activa.

—Agujeros —dijo Orphu.

—¿Qué?

—Son como agujeros de gusano. Cuando se mantienen acontecimientos de cambio cuántico como éstos, incluso durante unos pocos nanosegundos, se obtiene un efecto de singularidad de agujero de gusano estable. Sabes lo que es una singularidad, ¿no?

—Sí —dijo Mahnmut, irritado ahora por la manera en que le estaba hablando su amigo—. Conozco las definiciones de agujero de gusano, singularidad, agujeros negros y teleportación cuántica... y sé cómo esas condiciones, todas excepto la última, alteran el espacio-tiempo. ¿Pero qué demonios tiene eso que ver con dioses con toga y carros voladores? Estamos tratando con posthumanos, aquí, en Marte. Posiblemente posthumanos locos, auto evolucionados más allá de la cordura, pero posthumanos.

—Puede que tengas razón —dijo Orphu—. Pero contemplemos otra alternativa.

—¿Cuál? ¿Que personajes de ficción han cobrado vida de repente?

—¿Sabes por qué los ingenieros moravecs dejaron de desarrollar la teleportación cuántica como medio para viajar a las estrellas? —preguntó Orphu.

—No es estable —dijo Mahnmut—. Hay pruebas de algún accidente en la Tierra hace unos mil quinientos años o así. Los humanos o posthumanos estaban jugueteando con agujeros de gusano cuánticos y no funcionó y les salió el tiro por la culata o algo por el estilo.

—Un montón de observadores moravecs piensan que les salió mal el tiro precisamente porque... *funcionó* —dijo Orphu.

—No comprendo.

—La teleportación cuántica es una tecnología antigua —dijo el ioniano—. Los antiguos humanos experimentaban con ella ya en el siglo XX o el XXI, antes de que los posts evolucionaran para apartarse de la especie humana. Antes de que todo se fuera a la mierda en la Tierra.

—¿Y?

—Pues que la esencia de la teleportación cuántica era que no se podían enviar objetos grandes: nada mucho mayor que un fotón, y ni siquiera eso, en realidad. Sólo el *estado cuántico* completo de ese fotón.

—¿Cuál es la diferencia entre el estado cuántico completo de algo o alguien y esa cosa o persona? —preguntó Mahnmut.

—Nada —dijo Orphu—. Eso es lo divertido. Teleporta cuánticamente un

fotón o un caballo percherón, y obtienes un duplicado perfecto en otra parte. Un duplicado tan perfecto que, a todos los propósitos, es el mismo fotón.

—O el percherón —dijo Mahnmut. Siempre le había gustado mirar las imágenes de caballos. Por lo que los moravecs sabían, los caballos de verdad llevaban milenios extintos en la Tierra.

—Pero aunque teleportes un fotón de un lado a otro —continuó Orphu—, según las reglas de la física cuántica la partícula teleportada no puede llevar ninguna información consigo. Ni siquiera información sobre su propio estado cuántico.

—Entonces es un poco inútil, ¿no? —dijo Mahnmut. Fobos acababa de terminar su veloz cruce por el cielo nocturno marciano y se había puesto tras la lejana curva del mundo. Deimos se movía a un ritmo más pausado.

—Eso es lo que pensaron los humanos del siglo XX o XXI —dijo Orphu—. Pero luego los posthumanos empezaron a jugar con la teleportación cuántica. Primero en la Tierra y posteriormente en sus ciudades orbitales o en lo que quiera que sean esos objetos que hay cerca de la órbita de la Tierra.

—¿Y tuvieron más éxito? —preguntó Mahnmut—. Sabemos que algo salió mal hace unos mil cuatrocientos años, justo cuando la Tierra mostraba toda esa actividad cuántica.

—Algo salió mal —coincidió Orphu—. Pero no fue un fallo de la teleportación cuántica. Los posthumanos (o sus máquinas pensantes) desarrollaron una línea de transporte cuántico basada en las partículas enlazadas.

—Acción fantasmal a distancia —dijo Mahnmut. Nunca le habían interesado mucho la física nuclear ni la astrofísica ni la física de partículas (demonios, ningún tipo de física), pero siempre le había gustado la frase con que Einstein se burlaba de la mecánica cuántica. Einstein tenía una lengua afilada cuando se trataba de atacar a colegas o teorías que no le gustaban.

—Sí —dijo Orphu. Al ioniano obviamente no le gustaba ser interrumpido—. Bueno, la acción fantasmal a distancia funciona a nivel cuántico, y los posthumanos empezaron a enviar objetos más y más grandes a través de portales cuánticos.

—¿Caballos percherones? —dijo Mahnmut. No le gustaba tampoco que le dieran sermones.

—No hay registros de eso, pero los caballos de la Tierra parecen haber ido a alguna parte, así que, ¿por qué no? Mira, Mahnmut, lo digo muy en serio: he estado pensando en esto desde que dejamos el espacio de Júpiter. ¿Puedes ahorrarte el sarcasmo?

Mahnmut parpadeó metafóricamente. Orphu ya no parecía loco, sino terriblemente cuerdo... y dolido.

—Muy bien —dijo Mahnmut—. Te pido disculpas. Continúa.

—Sabemos que los posthumanos aceleraron sus investigaciones cuánticas (sus

jueguecitos, en realidad) más o menos en la época en que los moravescos los abandonamos, hace unos mil cuatrocientos años terrestres. Estaban abriendo agujeros en el espacio-tiempo a diestra y siniestra.

—Discúlpame —dijo Mahnmut, interrumpiendo tan suavemente como pudo—. Creía que sólo los agujeros negros o los agujeros de gusano o las singularidades podían hacer eso.

—Y los túneles cuánticos que quedaron activos —dijo Orphu.

—Pero yo pensaba que la teleportación cuántica era instantánea —dijo Mahnmut. Ahora intentaba comprender con todas sus fuerzas—. Que *tenía* necesariamente que ser instantánea.

—Lo es. Con parejas enlazadas, sean partículas o estructuras complejas, cambiar el estado cuántico de un miembro de la pareja gemela cuántica cambia instantáneamente el estado cuántico de su compañero.

—Entonces, ¿cómo puede haber túneles activos si... el paso por el túnel... es instantáneo?

—Fíate de mí —dijo Orphu—. Cuando teleportas algo grande, digamos que una loncha de queso, la cantidad de datos cuánticos aleatorios que se transmite es suficiente para volver loco el espacio-tiempo.

—¿Cuántos datos cuánticos habría en, digamos, una rebanada de queso de tres gramos?

—Diez elevado a veinticuatro bits —dijo Orphu sin vacilación.

—¿Y cuántos en un ser humano?

—Sin contar la memoria de la persona, sino sólo sus átomos —dijo Orphu—, diez elevado a veintiocho kilobytes de datos.

—Bueno, son cuatro ceros más que una rebanada de queso —dijo Mahnmut.

—¡Madre del amor hermoso! —gimió Orphu—. Estamos hablando de *órdenes de magnitud*. Lo que significa...

—Sé lo que significa —dijo Mahnmut—. Estaba haciéndome el tonto otra vez. Continúa.

—Así que hace unos mil cuatrocientos años, en la Tierra, los posthumanos (tuvieron que ser los posthumanos, pues nuestras sondas en esa época confirmaban que quedaban sólo un millar o así de humanos antiguos, como animales de especies casi extintas conservados en un zoo), los posthumanos empezaron a cuantoteleportar a personas y máquinas y otros objetos.

—¿Adónde? —dijo Mahnmut—. Quiero decir: ¿adónde los enviaron? ¿A Marte? ¿A otros sistemas solares?

—No, hace falta un receptor además de un transmisor para la teleportación cuántica —dijo el ioniano—. Los enviaban de algún lugar de la Tierra a otro lugar de la Tierra o de sus ciudades orbitales, pero se llevaron una gran sorpresa cuando los objetos se materializaron.

—¿Tiene eso algo que ver con una mosca? —preguntó Mahnmut. Su vicio

secreto eran las películas antiguas, desde el siglo XX a finales de la Edad Perdida.

—¿Una mosca? —dijo Orphu—. No. ¿Por qué?

—No importa. ¿Cuál fue la gran sorpresa que se llevaron cuando teleportaron esas cosas?

—Primero, que la teleportación cuántica funcionaba —dijo Orphu—. Pero, lo más importante, que cuando la persona o el animal o la cosa pasaban, llevaban información consigo. Información sobre su propio estado cuántico. Información sobre todo lo que debería tener información. Incluida la memoria en los seres humanos.

—¿No has dicho que según las leyes de la mecánica cuántica eso es imposible?

—Lo es —dijo Orphu.

—¿Otra vez magia? —preguntó Mahnmut, alarmado por la dirección que tomaba Orphu—. ¿Estamos hablando de Próspero y los dioses griegos?

—Sí, pero no a tu manera sarcástica —dijo Orphu de lo—. Nuestros científicos de esa época pensaron que los posthumanos estaban intercambiando pares enlazados con objetos idénticos... o personas... de otro universo.

—Otro universo —repitió Mahnmut, aturdido—. ¿Universos paralelos?

—No del todo —dijo Orphu—. No se trata de la antigua idea de un número infinito o casi infinito de universos paralelos. Sólo de universos muy limitados, un número finito de universos de cambio de fase cuántica que coexisten con el nuestro o cerca del nuestro.

Mahnmut no entendía una palabra de lo que estaba diciendo su amigo, pero no dijo nada.

—No sólo universos cuánticos coexistentes —continuó el moravec del espacio profundo—, sino universos *creados*.

—¿Creados? —repitió Mahnmut—. ¿Por Dios?

—No —dijo Orphu—. Por obra de genios, *por* genios.

—No comprendo.

Deimos se había puesto. Los volcanes marcianos eran visibles ahora a la luz de las estrellas, las masas de nubes arrastrándose por sus largas faldas como amebas gris pálido. Mahnmut comprobó su cronómetro interno. Faltaba una hora para el amanecer marciano. Tenía frío.

—Sabes lo que los investigadores humanos descubrieron cuando estaban estudiando la mente humana, hace milenios —dijo Orphu—. Mucho antes de que los posthumanos fueran siquiera un factor. Nuestras propias mentes moravec están construidas de la misma forma, aunque nosotros usamos materia cerebral artificial además de orgánica.

Mahnmut trató de recordar.

—Los científicos humanos usaban ordenadores cuánticos allá en el siglo XXI

—dijo—. Para analizar las cascadas bioquímicas de las sinapsis humanas. Descubrieron que la mente humana (no el cerebro, sino la *mente*) no era como un ordenador, no era como una máquina de memoria química, sino que era exactamente igual que...

—Una onda estable de estado cuántico —dijo Orphu—. La consciencia humana existe principalmente como onda estable cuántica, igual que el resto del universo.

—¿Y tú estás diciendo que la consciencia misma creó esos otros universos? —Mahnmut seguía su lógica, si podía definirse como tal, pero se sentía abrumado por las absurdas implicaciones.

—No sólo la consciencia —dijo Orphu—. Tipos excepcionales de consciencia que son como singularidades desnudas en tanto pueden doblar el espacio-tiempo, influir en la organización del espacio-tiempo y las ondas de probabilidad colapsadas en alternativas discretas. Estoy hablando de Shakespeare ahora. De Proust. *Homero*.

—Pero eso es tan... tan... tan... Es... —tartamudeó Mahnmut.

—¿Solipsista?

—Estúpido —dijo Mahnmut.

Siguieron flotando en silencio varios minutos. Mahnmut supuso que había herido los sentimientos de su amigo, pero eso ahora no tenía importancia. Al cabo de un rato, dijo por tensorrayo:

—¿Entonces esperas encontrar los fantasmas de los dioses griegos reales cuando lleguemos al Monte Olympus?

—Fantasmas no —respondió Orphu—. Ya has visto las lecturas cuánticas. Quienesquiera que sean esos tipos del Olympus, han abierto agujeros cuánticos por todo este mundo, todos centrados en o cerca del Monte Olympus. Van *a alguna parte*. Vienen *de algún otro lugar*. La realidad cuántica de esta zona es tan inestable que puede que implote y se lleve consigo un pedazo de nuestro sistema solar.

—¿Crees que para eso se construyó el Aparato? —preguntó Mahnmut—. ¿Para hacer implotar los campos cuánticos de aquí antes de que alcancen la masa crítica?

—No lo sé. Tal vez.

—¿Y crees que eso es lo que se cargó la Tierra y envió a los posthumanos a sus ciudades orbitales hace mil cuatrocientos de sus años? ¿Algún tipo de fallo cuántico?

—No —dijo Orphu—. Creo que lo que sucedió en la Tierra, fuera lo que fuese, fue el resultado de un *éxito* de teleportación cuántica, no de un fracaso.

—¿Qué quieres decir? —Por un instante, Mahnmut no estuvo seguro de querer oír la respuesta.

—Creo que abrieron túneles cuánticos hacia una o más de esas realidades

alternativas —dijo Orphu—. Y dejaron que algo entrara por ellas.

Continuaron flotando en silencio hasta el amanecer.

El sol tocó primero la parte superior del globo, tiñendo el tejido naranja de una luz irreal y haciendo que cada cable brillara. Luego alcanzó los tres volcanes de Tharsis, hizo destellar el hielo, bajó dorado por las vertientes de los tres volcanes como magma lento. Luego bañó las nubes de rosa y oro e iluminó el mar interior del Valle Marineris hasta el horizonte oriental como una grieta de nitrato de plata en el mundo. El Monte Olympus captó la luz del sol un minuto más tarde y Mahnmut contempló cómo el gran pico parecía alzarse por encima del horizonte occidental como un galeón que avanzara con velas doradas y rojas.

Entonces el sol hizo brillar algo más cercano y más alto.

—¡Orphu! —transmitió Mahnmut—. Tenemos compañía.

—¿Uno de los carros?

—Todavía está demasiado lejos para asegurarlo. Incluso con la ampliación visual, se pierde con el resplandor del amanecer.

—¿Hay algo que podamos hacer si son los tipos de los carros? ¿Has encontrado algún arma sin decírmelo?

—Todo lo que tenemos para lanzarles son palabrotas —dijo Mahnmut, todavía contemplando la mota brillante. Se movía muy rápido y pronto la tendrían encima—. A menos que quieras que dispare el Aparato.

—Podría ser un poco pronto para eso.

—Parece extraño que Koros III viniera a esta misión sin armas.

—No sabemos qué habría traído consigo de la cápsula de mando —dijo Orphu—. Pero eso me recuerda algo en lo que he estado pensando.

—¿Qué?

—¿Recuerdas que estuvimos hablando sobre la misión secreta de Koros al cinturón de asteroides, hace unos cuantos años?

—Sí. —El sol seguía iluminando el aparato volador que se acercaba, pero ahora Mahnmut ya veía que se trataba de un carro, con sus caballos holográficos a pleno galope.

—¿Y si no era una misión de espionaje?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que los rocavocs tienen una cosa que los tipos de las Cinco Lunas nunca nos molestamos en cultivar.

—¿Agresividad? —dijo Mahnmut—. ¿Belicosidad?

—Exactamente. ¿Y si Koros III no fue enviado como espía; sino como...?

—Discúlpame —interrumpió Mahnmut—. Pero nuestro invitado está aquí. Un humanoide grande en un carro.

Explosiones sónicas restallaron alrededor de Mahnmut, sacudiendo el tejido

del enorme globo. El carro continuó frenando. Trazó un círculo alrededor del globo, a una distancia de cien metros.

—¿El mismo hombre que nos recibió en órbita? —preguntó Orphu. Parecía muy tranquilo. Mahnmut miró al indefenso caparazón atado a la cubierta, sin ni siquiera un ojo con el que ver lo que estaba pasando.

—No —respondió—. Aquel dios griego tenía barba gris. Éste es más joven, y lampiño. Alto, mide unos tres metros. —Mahnmut levantó una mano con la palma hacia fuera, el antiguo signo de saludo, para que viera que no llevaba armas—. Creo que...

El carro se acercó más. El conductor cerró el puño de la mano derecha y descargó un puñetazo de derecha a izquierda.

El globo explotó sobre ellos. El helio escapó y el tejido ardió. Mahnmut se agarró a la barandilla de madera de la barquilla para no caer mientras la retorcida masa de tela ardiente, los cables de bucky carbono y la propia barquilla caían en picado hacia la Llanura de Tharsis, situada trece kilómetros más abajo. El pequeño moravec estaba en g-negativa, los pies por encima de la cabeza, unido a la barquilla sólo por su feroz tenaza sobre la barandilla mientras la plataforma empezaba a volcarse en caída libre.

El carro con sus fantasmales caballos atravesó volando la tela en llamas del globo. El hombre (dios) extendió la mano y agarró un negro bucky cable con un enorme puño. Increíblemente, en vez de quedarse sin brazo, la barquilla se detuvo con una sacudida mientras el hombre sujetaba varias toneladas con una sola mano. Soltó las riendas de los caballos con la otra.

Arrastrando la barquilla y su contenido cuarenta metros por detrás y por debajo, el carro viró y voló hacia el oeste, hacia el Monte Olympus.

La Cuenca Mediterránea

Savi condujo durante otra hora por la carretera de barro rojo, internando el reptador en los campos y desniveles de la Cuenca Mediterránea. Estaba oscuro y llovía, con relámpagos y truenos que hacían vibrar la esfera de cristal del habitáculo de pasajeros. Daeman señaló las cruces con sus formas humanoides a la luz de uno de los brillantes destellos.

—¿Qué son? ¿Personas?

—Personas no —respondió Savi—. *Calibani*.

Antes de que pudiera dar más explicaciones, Daeman dijo:

—Tenemos que parar.

Savi así lo hizo. Encendió los faros y las luces del techo y se quitó las gafas de visión nocturna.

—Estoy muerto de hambre —dijo él.

—Tengo dos barras de comida en mi mochila...

—Me muero de sed —dijo él.

—Tengo una botella de agua en la mochila. Y podemos abrir la burbuja y recoger un poco de agua de lluvia...

—Tengo que ir al baño —dijo Daeman—. Es urgente.

—Ah, bueno —dijo Savi—. El reptador tiene un montón de comodidades, pero no un cuarto de baño. Probablemente nos venga bien hacer una paradita.

Tocó dos botones virtuales y el campo de fuerza dejó de apartar la lluvia del cristal y una pieza de la parte lateral de la burbuja se descorrió. El aire era fresco y olía a campos mojados y a cosecha.

—¿Fuera? —dijo Daeman, sin tratar de ocultar su horror—. ¿Al descubierto?

—En el campo de maíz —dijo Savi—. Allí hay más intimidad.

Buscó en su mochila y sacó un rollo de papel. Ofreció un poco a Daeman.

Él la miró con horror.

—Me vendrá bien una parada de descanso —dijo Harman, aceptando el fino papel—. Vamos, Daeman. Los hombres a la derecha del reptador. Las damas a la izquierda.

Salió por la abertura y bajó por la escalerilla. Daeman lo siguió, todavía sujetando los papeles como si fueran un talismán, y la anciana bajó tras él con más gracia de la que Daeman había demostrado.

—Tendré que ir a la derecha también —dijo Savi—. Tras una hilera diferente de maíz tal vez, pero no demasiado lejos.

—¿Por qué? —empezó a decir Daeman, pero entonces vio la pistola negra en su mano—. Oh.

Ella se guardó la pistola en el cinturón y los tres se apartaron de la carretera, cruzaron una zanja baja, un prado fangoso y se internaron en los altos maizales. La lluvia caía ahora con fuerza.

—Nos vamos a empapar —dijo Daeman—. No he traído mi ropa autosecadora...

Savi miró al cielo mientras los relámpagos saltaban de nube en nube y los truenos resonaban por la ancha cuenca.

—Tengo vuestras dos termopieles en la mochila. Cuando volvamos al reptador, podréis ponéoslas hasta que las otras prendas se sequen.

—¿Hay algo más en esa mochila mágica de lo que quieras hablarnos? —pregunto Harman.

Savi negó con la cabeza.

—Unas cuantas barras de comida. Cartuchos. Un localizador y algunos mapas que yo misma he dibujado. Nuestras termopieles. Una botella de agua. Una sudadera de repuesto que llevo siempre. Eso es todo.

Ansioso como estaba por llegar a la intimidad del campo de maíz, Daeman se detuvo para echar un vistazo alrededor.

—¿Estamos a salvo aquí? —preguntó.

Savi se encogió de hombros.

—No hay voynix.

—¿Qué hay de esos... como los llamaste?

—*Calibani* —dijo Savi—. No te preocupes por ellos esta noche.

Él asintió y se internó en la primera hilera de maíz. Los tallos se alzaban dos o tres palmos por encima de su cabeza. La lluvia golpeaba con fuerza las anchas hojas. Retrocedió.

—Está realmente oscuro ahí.

Harman ya había desaparecido en el maizal y Savi caminaba en la otra dirección, pero se detuvo, se dio la vuelta, regresó y le tendió a Daeman la linterna.

—Hay suficiente luz para mí.

Daeman se abrió paso entre los altos tallos hasta ocho o diez hileras más allá, tratando de llegar lo suficientemente lejos para ser completamente invisible. Luego avanzó otras siete u ocho hileras para estar a salvo. Encontró un surco menos fangoso que los demás, miró alrededor, apoyó la linterna contra un tallo

para que el haz apuntara sólo hacia arriba (lo que le recordó la luz azul de Jerusalén), y entonces se bajó los pantalones, se agachó y cavó un agujero con las manos. ¿Cómo llamó Savi a esto?, pensó. ¿Camping?

Cuando terminó (un terrible alivio, a pesar de las primitivas condiciones) se limpió lo mejor que pudo con el papel empapado que llevaba en la mano, decidió que no era suficiente, lo tiró al agujero encharcado y palpó el bulto del bolsillo de su túnica. Sacó los sesenta centímetros de tela doblada que siempre llevaba consigo. Su paño turín. A la luz de la linterna, entre los tallos que se alzaban sobre él, estudió el fino lino y los maravillosos bordados de microcircuitos impresos que llevaban el drama turín directamente al cerebro. Contemplar a los troyanos luchar contra los aqueos había sido un hábito ocasional suyo durante años, pero después de conocer al Odiseo real (si el hombre de la barba era el Odiseo real, cosa que no parecía probable), Daeman no sentía ya mucho interés por el drama turín. Odiseo no sólo se había acostado con una de las muchachas a quienes Daeman planeaba seducir, Hannah, sino que se había marchado a Ardis Hall con su principal objetivo, Ada. A pesar de todo, sostuvo el maravilloso paño de lino, como sopesándolo.

Al diablo. Daeman lo utilizó (sintiendo un inesperado placer en tratar al arrogante Odiseo de esta forma, aunque fuera de manera diferida), lo arrojó al agujero, echó barro encima, se subió los pantalones y se colocó la túnica, intentó lavarse las manos en los tallos de maíz mojados de lluvia, y luego recogió la linterna y caminó las dos docenas de surcos para salir del campo.

Pero el campo no tenía fin. Unos treinta y cinco surcos más allá, estaba seguro de haber tomado la dirección equivocada. Se dio media vuelta, intentando encontrar el camino correcto (todo lo que tenía que hacer era seguir sus pisadas en el barro en la dirección opuesta), pero el giro lo desorientó, de modo que no supo en qué dirección caminaba. Y no veía las pisadas por ninguna parte. Los relámpagos eran más intensos ahora, la lluvia caía con más fuerza.

—¡Socorro! —gritó Daeman. Esperó un segundo, no oyó ninguna respuesta y gritó de nuevo—. ¡Socorro! ¡Me he perdido!

Los truenos apagaron ambos gritos.

Se giró de nuevo, y luego otra vez, decidió que aquella tenía que ser la buena dirección para regresar y empezó a correr por el maizal, doblando tallos, apartándolos con la pequeña linterna. Se olvidó de contar las hileras, pero había pasado cuarenta o cincuenta antes de volver a detenerse.

—¡Socorro! ¡Estoy aquí!

Esta vez ningún trueno ahogó sus gritos, pero siguió sin haber ninguna respuesta, ningún ruido excepto el golpeteo de la lluvia contra los tallos de maíz y el chapoteo de sus empapados zapatos de ciudad.

Se puso a seguir un surco, mirando a ambos lados por si veía luz o movimiento, sin pensar que así se apartaría de los otros dos. Al cabo de varios

minutos tuvo que detenerse a recuperar el aliento.

Un rayo cayó a menos de un kilómetro de distancia y el trueno recorrió el alto maizal como una onda de choque. Daeman parpadeó tras las imágenes residuales del relámpago y advirtió que el maizal parecía menos denso a su derecha. Tenía que ser el borde del campo.

Corrió las últimas quince hileras y salió al claro.

No era el borde del campo por donde había entrado, pero sí un claro, de unos seis metros de ancho por tres de profundidad. En el centro del claro, sobresalía siete u ocho palmos por encima del maíz una gran cruz de metal. Daeman pasó el haz de la linterna desde la base de la cruz hasta la parte superior.

La figura no estaba colgada de la cruz, sino más bien acunada dentro de la forma hueca de metal, el torso desnudo insertado en la recta columna, los brazos pelados extendidos en el travesaño. El haz de la linterna tembló con la lluvia mientras Daeman se quedaba mirando.

No era un hombre. Al menos no se parecía a ningún hombre que Daeman hubiera visto. La cosa-hombre estaba desnuda y era lampiña, con escamas y verdosa: no verde como un pez, sino del verde que Daeman siempre había imaginado que sería el color de los cadáveres antes de que la fermería acabara con esas barbaridades. Sus escamas eran pequeñas y numerosas y brillaban con la luz de la linterna. La cosa era musculosa, pero desgarrada: los brazos demasiado largos, los antebrazos demasiado flacos, las muñecas demasiado poderosas, los nudillos demasiado grandes, garras amarillas en vez de uñas, muslos demasiado desarrollados, los pies con tres dedos y extrañamente separados. Era un macho: el pene y el escroto eran obscenamente visibles y chillonamente rosados bajo el estómago plano y el musculoso abdomen. De nuevo algo antinatural, como una tortuga o un tiburón con genitales casi humanos. La parte superior del torso, el cuello como de serpiente y la cabeza sin pelo eran los aspectos menos humanos de la criatura. La lluvia resbalaba por los músculos y las escamas y los ligamentos hasta gotear por el áspero metal negro de la cruz.

Los ojos estaban hundidos bajo un ceño a la vez de simio y de pez; la cara tenía algo más parecido a un morro o unas agallas que a una nariz. Bajo el morro, la boca de la cosa estaba levemente entreabierta. Daeman contempló los largos dientes amarillos (ni humanos ni animales, más parecidos a los de un pez si los peces fueran monstruos), y una lengua demasiado larga y azulada que se sacudía mientras Daeman miraba. Apuntó más arriba con la linterna y estuvo a punto de saltar.

Los ojos de la cosa-hombre se habían abierto (oblongos ojos amarillos de gato, sin la fría conexión de un gato con la humanidad), con diminutas hendiduras negras en el centro. La cosa... ¿cómo la había llamado Savi?, ¿*calibani*?, se agitó en su cruz-nicho, abrió las manos extendiendo los dedos y las largas garras reflejaron la luz; las piernas y el torso se agitaron como si la criatura estuviera

despertando y desperezándose.

No había nada que la detuviera. No había nada que le impidiera abalanzarse sobre Daeman en ese mismo instante.

Daeman intentó correr, pero descubrió que no podía darle la espalda a la criatura, que se sacudió de nuevo y liberó la mano derecha y la mayor parte del brazo de la cruz-nicho. En los pies, advirtió Daeman ahora, también tenía garras amarillas al final de unas extensiones parecidas a aletas.

Hubo un rugido y un estrépito detrás de Daeman (más *calibani*, libres ya de sus cruces, estaba seguro) y el pobre se dio media vuelta para afrontar su ataque, alzando la linterna como una porra y perdiendo la luz que ésta le ofrecía.

Resbaló, o le fallaron las piernas, y Daeman cayó de rodillas en el barro del claro. Quiso llorar, pero le pareció que no lo hacía en los dos o tres segundos que transcurrieron hasta que el reptador apareció entre el maíz, cerniéndose como una araña monstruosa sobre él y el maizal y la cruz y el inmóvil *calibani*. Los ocho faros del reptador se encendieron, cegándolo. Daeman se cubrió el rostro con el brazo, pero, advirtió más tarde, más para ocultar sus lágrimas que para proteger sus ojos de la luz.

Vestidos con termopiel, los dos hombres recostados en los ajados asientos de cuero y la anciana apoyada en la curva interior de la estera de cristal, comieron sus barras nutritivas, fueron pasándose la botella de agua, y contemplaron la tormenta en silencio un rato. Daeman le había pedido a Savi que se alejara del campo, de la cruz y de la criatura, así que ella había conducido durante dos o tres kilómetros por la carretera de barro rojo antes de aparcar a un lado y desconectarlo todo menos el campo de fuerza y los tenues paneles virtuales del reptador.

—¿Qué era esa cosa? —dijo Daeman por fin.

—Uno de los *calibani* —respondió Savi. Parecía cómoda apoyada en la pared de cristal, la mochila tras la cabeza.

—Sé cómo los llamaste —replicó Daeman—. ¿Qué es lo que son?

Savi suspiró.

—Si empiezo a explicar una cosa, entonces, tendré que explicar el resto. Hay un montón de cosas que los *eloi* no sabéis... casi nada, en realidad.

—¿Por qué no empiezas por explicar por qué nos llamas *eloi*? —dijo Harman. Su voz era dura.

—Supongo que empezó como una especie de insulto —dijo Savi. Los relámpagos destellaban, iluminando las arrugas de su rostro, pero la tormenta se había alejado tanto que el trueno llegó tarde, de muy lejos—. Aunque para ser justos, llamaba a mi gente así antes de llamaros así a vosotros.

—¿Qué significa? —exigió Daeman.

—Es un término de una historia muy antigua de un libro muy antiguo —dijo Savi—. Trata de un hombre que viaja a través del tiempo hasta el lejano futuro y descubre que la humanidad ha evolucionado en dos razas: una amable, perezosa, sin sentido, que disfruta al sol, los *eloi*, y la otra fea, monstruosa, productiva, tecnológica, pero oculta en las cavernas y la oscuridad, los *morlocks*. En el libro, los *morlocks* proporcionaban comida, refugio y ropa a los *eloi*, hasta que estos engordaban a base de bien. Y entonces los *morlocks* se los comían.

Los relámpagos destellaron de nuevo entre los campos, pero era una luz pálida y lejana.

—¿Así es nuestro mundo? —preguntó Daeman—. ¿Nosotros somos los *eloi* y los *calibani* y los *vovnix* son los *morlocks*? ¿Nos comen?

—Ojalá fuera tan sencillo —dijo Savi. Se rio en voz baja, pero sin rastro de alegría.

—¿Qué son los *calibani*? —preguntó Harman.

En vez de responder, la anciana dijo:

—Daeman, muéstrale a Harman uno de los trucos de tu palma.

Daeman vaciló.

—¿Cuál? ¿Cercanet o lejonet?

—Sabemos dónde estamos, querido —dijo la anciana con sarcasmo—. Muéstrale lejonet.

Daeman frunció el ceño, pero así lo hizo. Le dijo a Harman que pensara en tres cuadrados azules en el centro de tres círculos rojos y de repente un óvalo azul empezó a flotar sobre las palmas de ambos.

—Piensa en alguien —dijo Daeman, sintiéndose extraño. Nunca le había enseñado nada a nadie, si no se contaban las técnicas sexuales—. En cualquiera —añadió—. Sólo visualízalo.

Harman parecía dubitativo pero concentrado. Una representación aérea de Ardis llenó el óvalo de Harman, y luego un diagrama del trazado de Ardis Hall. Una estilizada figura femenina se encontraba junto a un grupo de estilizados hombres y mujeres en el porche delantero

—Ada —dijo Daeman—. Estabas pensando en Ada.

—Increíble —dijo Harman. Contempló la imagen un instante—. Voy a visualizar a Odiseo.

La imagen se agitó, cambió de tamaño, buscó, pero no encontró nada.

—Lejonet no tiene datos sobre Odiseo, según Savi —dijo Daeman—. Pero vuelve con Ada. Mira dónde está.

Harman frunció el ceño pero se concentró. El estilizado dibujo de Ada se hallaba en un campo de unos cien metros detrás de Ardis Hall. Había docenas de figuras humanas sentadas delante y alrededor de un vacío. Ada se unió a la multitud.

Daeman miró la imagen de la palma de Harman.

—Me pregunto qué está pasando allí. Si Odiseo está en ese punto vacío, parece que el viejo bárbaro se está dirigiendo a la multitud.

—Y Ada lo está escuchando o lo está viendo actuar —dijo Harman. Apartó la mirada del óvalo de su palma—. ¿Qué tiene esto que ver con mi pregunta, Savi? ¿Quiénes son los *calibani*? ¿Por qué intentan matarnos los *voynix*? ¿Qué está pasando?

—Unos cuantos siglos antes del último fax —dijo ella, uniendo las manos—, los posthumanos se pasaron de listos. Su ciencia era impresionante. Huyeron de la Tierra y se fueron a sus anillos orbitales durante la terrible epidemia rubicón. Pero seguían siendo dueños de la Tierra. Creían que eran los dueños del universo.

» Los posts habían cubierto toda la Tierra con la forma limitada de transmisión y recuperación de datos que vosotros llamáis faxear, y estaban experimentando (jugando en realidad) con el viaje en el tiempo, la teleportación cuántica y otras cosas peligrosas. Muchos de sus juegos se basaban en antiguas ciencias que se remontaban al siglo XIX (la física de los agujeros negros, la teoría de los agujeros de gusano, la mecánica cuántica), pero sobre todo se basaban en el descubrimiento del siglo XX de que, en el fondo, todo es información. Datos. Consciencia. Materia. Energía. Todo es información.

—No lo comprendo —dijo Harman. Parecía enfadado.

—Daeman, le has enseñado a Harman la función de *lejonet*. ¿Por qué no le muestras *todonet*?

—¿*Todonet*? —repitió Daeman, alarmado.

—Ya sabes, cuatro triángulos azules sobre tres círculos rojos sobre cuatro triángulos verdes.

—¡No! —dijo Daeman. Desconectó su propia función palmar. El brillo azul se apagó.

Savi miró a Harman.

—Si quieres empezar a comprender por qué estamos aquí esta noche, por qué los posthumanos dejaron la Tierra para siempre, y por qué los *calibani* y los *voynix* están aquí, visualiza cuatro triángulos azules sobre tres círculos rojos sobre cuatro triángulos verdes. Es más fácil con la práctica.

Harman miró receloso a Daeman, pero cerró los ojos y se concentró.

Daeman se concentró en no visualizar esas figuras. Se obligó a recordar a Ada desnuda cuando adolescente, a recordar la última vez que practicó el sexo con una muchacha, a recordar a su madre reprimiéndolo...

Daeman miró al otro hombre. Harman se había puesto en pie, tambaleándose, y estaba girando, sacudiendo la cabeza, mirándolo todo boquiabierto.

—¿Qué ves? —preguntó Savi en voz baja—. ¿Qué oyes?

—Dios... Dios... —gimió Harman—. Veo... Jesucristo. Todo. Todo.

Energía... las estrellas están cantando... el maíz de los campos está hablando con la Tierra y la Tierra le responde. Veo... El reptador está lleno de pequeños microbios que lo reparan, lo enfrían... Veo... ¡Dios mío, mi mano!

Harman estaba estudiando su mano con expresión de total horror y revelación.

—Ya es suficiente para la primera vez —dijo Savi—. Piensa en la palabra «apagado».

—Todavía... no... —jadeó Harman. Se desplomó contra la pared de cristal de la esfera de pasajeros y la arañó débilmente como intentando abarcarla—. Es tan... tan hermoso... casi puedo...

—¡Piensa en «apagado»! —rugió Savi.

Harman parpadeó, cayó contra la pared y volvió un rostro pálido y demudado hacia ella.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó—. Lo he visto... todo. Lo he oído... *todo*.

—Y no has comprendido nada —dijo Savi—. Pero tampoco lo comprendo yo cuando estoy en todonet. Quizá ni siquiera los posthumanos lo comprendían todo.

Harman se acercó tambaleándose a su asiento y se desplomó en él.

—¿Pero de dónde procede?

—Hace milenios —dijo Savi—, los verdaderos humanos antiguos tenían una burda tecnología de información llamada Internet. Con el tiempo decidieron domar Internet y crearon una cosa llamada Oxígeno: no el gas, sino inteligencias artificiales que flotaban dentro y sobre y más allá de Internet, dirigiéndola, conectándola, marcándola, guiando a los humanos a través de ella cuando buscaban personas o información.

—¿Cercanet? —dijo Daeman. Sus manos temblaban y ni siquiera había accedido a lejonet ni todonet esa noche.

Savi asintió.

—Lo que condujo a cercanet. Con el tiempo, Oxígeno evolucionó en la noosfera, una logosfera, una esfera de datos de todo el planeta. Pero eso no fue suficiente para los posthumanos. Conectaron esta noosfera, esa superinternet, con la biosfera, los componentes vivos de la Tierra. Toda planta y animal y gota de energía del planeta conectados con la noosfera. Crearon una ecología de información completa y total que carecía sólo de consciencia de sí misma e identidad. Entonces, los posthumanos, estúpidamente, le dieron consciencia de sí misma, diseñando no sólo una inteligencia artificial abrumadora, sino permitiendo también que desarrollara su propia personalidad. Esta supernoosfera se llamó a sí misma Próspero. ¿Os suena ese nombre a alguno?

Daeman negó con la cabeza y miró a Harman, pero aunque el otro hombre sabía leer libros, también negó.

—No importa —rio Savi—. De repente los posthumanos tuvieron un... oponente que no pudieron controlar. Y la cosa no acabó aquí. Los posthumanos

estaban usando programas autoevolutivos y proyectos de otro tipo también, permitiendo que sus ordenadores cuánticos persiguieran sus propios fines. Por increíble que parezca, consiguieron agujeros de gusano estables, consiguieron el viaje temporal, y transportaron a personas... a humanos antiguos, como conejillos de indias, pues nunca arriesgaron sus propias vidas inmortales, a través de puertas tempoespaciales vía teleportación cuántica.

—¿Qué tiene eso que ver con los *calibani*? —insistió Harman, todavía intentando despejar de su cabeza las imágenes de todonet.

—La entidad noosférica Próspero o bien tiene un sentido del humor muy avanzado o no tiene ninguno. A la biosfera sentiente la llamó Ariel, una especie de espíritu de la Tierra y, juntos, Ariel y Próspero crearon a los *calibani*. Hicieron evolucionar una rama de la humanidad (no antigua, ni post, ni *eloi*) para convertirla en el monstruo que visteis en la cruz esta noche.

—¿Por qué? —preguntó Daeman. Apenas fue capaz de pronunciar las sílabas.

—Para detener a los voynix —dijo la anciana—. Para expulsar a los posthumanos de la Tierra antes de que pudieran causar más daño. Para hacer cumplir cualquier capricho que las puntas de la trinidad noosférica de Próspero y Ariel quieran que se cumpla.

Daeman trató de comprender esto. No lo consiguió. Finalmente, dijo:

—¿Por qué estaba esa cosa en la cruz?

—No estaba en la cruz —dijo Savi—. Estaba *dentro* de la cruz. Es un nicho recargador.

Harman estaba tan pálido que Daeman creyó que el otro hombre iba a vomitar.

—¿Por qué crearon los posts a los voynix?

—Oh, ellos no crearon a los voynix —dijo Savi—. Los voynix vinieron de otro lugar, sirviendo a otra gente que tenía sus propios planes.

—Siempre he pensado que eran máquinas —dijo Daeman—. Como los otros servidores.

—No —respondió Savi.

Harman contempló la noche. La lluvia había cesado y los rayos y truenos se habían trasladado al horizonte. Se veían unas cuantas estrellas entre los jirones de nubes.

—Los *calibani* mantienen apartados a los voynix de esta Cuenca.

—Son una de las cosas que mantienen alejados a los voynix —reconoció Savi. Parecía complacida. Hablaba como una profesora uno de cuyos alumnos hubiera resultado no ser un completo idiota.

—¿Pero por qué no nos han matado los *calibani*? —le preguntó Harman.

—Por nuestro ADN.

—¿Nuestro qué? —dijo Daeman.

—No importa, queridos. Os basta con saber que tomé un poco de vuestro pelo

y que eso, junto con un rizo propio, nos ha salvado a todos. Hice un trato con Ariel. Permítenos pasar esta vez y te prometo salvar el alma de la Tierra.

—¿Has visto a la entidad terrestre Ariel?—preguntó Harman.

—Bueno, no lo he *visto* exactamente —dijo Savi—. Pero he charlado con él a través del interfaz biosfera-noosfera. Hicimos un trato.

Daeman supo entonces que la anciana estaba completamente loca. Vio la mirada de Harman y supo que éste había llegado a la misma conclusión.

—No importa —dijo Savi. Ahuecó su mochila como si fuera una almohada y cerró los ojos—. Dormid un poco, queridos. Mañana tendréis que estar descansados. Mañana, con un poco de suerte, volaremos arriba, arriba, arriba, hasta la capa orbital.

Se quedó dormida y empezó a roncar antes de que Harman y Daeman pudieran intercambiar otra mirada de preocupación.

Ilión y Olimpo

Al final resulta que no puedo hacerlo. No tengo las agallas ni las pelotas ni la frialdad ni, tal vez, el valor. No puedo secuestrar al hijo de Héctor, ni siquiera para salvar a Ilión. Ni siquiera para salvar al propio niño. Ni siquiera para salvar mi propia vida.

No ha amanecido todavía cuando TCEO a la enorme casa de Héctor en Ilión. Estuve aquí hace dos noches, cuando (morfeado como el ahora decapitado lancero Dolón) seguí a Héctor a casa en busca de su esposa y su hijo. Como ya conozco la distribución, TCEO directamente a la habitación del niño, no muy lejos del dormitorio de Andrómaca. El hijo de Héctor, de menos de un año de edad, está en una cuna maravillosamente tallada cubierta por una mosquitera. Cerca duerme la misma aya que estaba en las murallas de Troya con Andrómaca aquella tarde en que Héctor asustó accidentalmente a su hijo con el reflejo de su casco dorado. Ella también duerme, reclinada en un cercano diván, vestida con un fino y diáfano camión enrollado con toda la complejidad de un diseño de Aubrey Beardsley. Incluso este camión para dormir tiene una abertura bajo los pechos al estilo griego y troyano por la que se aprecia lo grandes y blancos que son los senos del aya, visibles a la luz de los trípodes de los guardias de la terraza. Ya había pensado antes que era ama de cría del bebé. Esto es relevante, de hecho, porque mi plan se basa en poder secuestrar al bebé con el aya, dejando a Andrómaca aquí, después de que « Afrodita » se le aparezca y le diga que el niño va a ser secuestrado por los dioses, como castigo por los innumerables fracasos de los troyanos, y que si Héctor quiere al niño, que vaya al Olimpo a rescatarlo, bla, bla, bla.

Primero tengo que hacerme con el bebé y luego con el aya (sospecho que puede que ella sea más fuerte que yo, y casi con toda certeza más ducha en la pelea, así que tendré que usar el táser, aunque no quiera), y luego los TCEaré a los dos a la colina en rápida expansión demográfica de la antigua Indiana, buscaré a Nighthenheler (todavía no he decidido qué hacer con Patroclo) y convenceré al escólico de que vigile al niño y su ama hasta que yo vuelva a por

ellos.

¿Estará Nighthenhelsler preparado para la tarea de mantener a raya a esta aya troyana durante días, semanas o meses hasta que todo esto se acabe? Si se produjera una pelea entre un profesor de clásicas del siglo XX y un ama de cría troyana del 1200 antes de Cristo, me parece que apostaría por el ama. Y le daría a mi oponente una buena ventaja. Bueno, eso es problema de Nighthenhelsler. Mi trabajo es buscar un medio de manipular a Héctor, una manera de convencerlo de que tiene que luchar contra los dioses, igual que la « muerte » de Patroclo fue mi mejor recurso para alistar a Aquiles en esta cruzada suicida, y ese medio duerme delante de mí ahora mismo.

El pequeño Escamandrio, a quien la gente de Ilión llama amorosamente Astianacte, « señor de la ciudad », se agita levemente en su sueño y se frota los puños diminutos contra sus rojizas mejillas. Invisible bajo el Casco de Hades, me detengo y miro al ama. Ella sigue durmiendo, aunque sé que un grito del bebé la despertará con toda certeza.

No sé por qué me quito la capucha-malla del Casco de Hades, pero lo hago, volviéndome visible. No hay nadie aquí excepto mis dos víctimas, y estarán a quince mil kilómetros dentro de unos segundos, incapaces de hacer ninguna descripción a ningún artista troyano para que haga un retrato robot de mi persona.

Me acerco de puntillas y aparto la mosquitera. Una brisa llega soplando del lejano mar y agita las cortinas de la terraza y el imperceptible tejido que rodea la cuna. Sin emitir un sonido, el bebé abre sus ojos azules y me mira directamente. Entonces me sonríe, a mí, su secuestrador, aunque yo creía que los bebés tenían miedo de los extraños, sobre todo de los extraños que aparecen en su dormitorio en plena noche. Pero, ¿qué sé yo de niños? Mi esposa y yo no tuvimos ninguno, y todos los estudiantes a los que enseñé a lo largo de los años eran adultos parcial o pobremente formados, todos larguiruchos y granujientos y peludos y socialmente torpes y de aspecto atontolinado. Yo ni siquiera habría sido capaz de decir si un bebé de menos de un año sabía sonreír.

Pero Escamandrio me está sonriendo. En un segundo empezará a hacer ruiditos y tendré que tomarlo en brazos, agarrar al ama, TCearnos de aquí pitando... ¿puedo TCear a otras dos personas conmigo? Lo descubriremos dentro de un segundo. Luego tengo que regresar y usar mis tres últimos minutos de tiempo morfeador para robar la forma de Afrodita y darle mi ultimátum a Andrómaca.

¿Se pondrá histérica la esposa de Héctor? ¿Chillará y sollozará? Lo dudo. Después de todo, en los últimos años ha visto a Aquiles matar a su padre y sus siete hermanos, ha visto a su madre convertirse en el botín de guerra de Aquiles y luego morir de enfermedad inmediatamente después de ser liberada, ha visto su hogar ocupado y destruido, y todavía ha sido capaz de engendrar... no sólo de

engendrar, sino de parir un hijo sano para su marido, Héctor. Y ahora tiene que ver cómo Héctor parte a la batalla cada día, sabiendo en el fondo de su corazón que el destino de su amado ya ha sido sellado por la cruel voluntad de los dioses. No, no es una mujer débil. Incluso morfeado como Afrodita, será mejor que no aparte los ojos de las mangas de Andrómaca para asegurarme de que no tiene ninguna daga con la que recibir la noticia del secuestro de su hijo.

Extiendo las manos hacia el bebé. Mis dedos de uñas sucias están apenas a centímetros de su carne sonrosada. Las aparto.

No puedo hacerlo.

No puedo hacerlo.

Aturdido por mi propia impotencia incluso ante la condena (todo el mundo está condenado, pues incluso los griegos serán castigados por su victoria), salgo tambaleándome de la habitación, sin molestarme siquiera en ponerme el Casco de Hades.

Acerso la mano al medallón TC, pero me detengo. ¿Adónde voy? Lo que Aquiles esté haciendo ahora no importa en realidad. No puede conquistar el Olimpo por su cuenta, ni siquiera con el ejército aqueo, si los troyanos siguen todavía en guerra con ellos. De hecho, mi pequeña charada con el ejecutor de hombres puede que haya sido para nada: cabe la posibilidad de que Héctor y sus hordas derroten a los aqueos esta misma mañana mientras Aquiles sigue tirándose de los pelos y gritando de pena por el aparente asesinato de Patroclo. Ahora mismo a Aquiles le importan un comino los troyanos. Y cuando Héctor y el misterioso hombre que Tetis le prometió a Aquiles (para guiarlo hasta Héctor, le dijo, para mostrarle cómo llegar al Olimpo) no acudan a él, ¿sabrá que mi actuación fue sólo una actuación? Probablemente. Entonces la verdadera Atenea visitará a Aquiles para ver qué pasa y afirmará su inocencia ante el ejecutor de hombres de los pies ligeros, y quizá (sólo quizá) la *Iliada* volverá a ser como era.

No importa.

Todo el plan idiota se ha acabado. Igual que Thomas Hockenberry, catedrático. Se terminó.

¿Pero adónde ir hasta que la violenta musa o la reanimada Afrodita me encuentren por fin? ¿Voy a visitar a Nighthenelser y al fastidiado Patroclo? ¿Voy a ver cuánto tardan los dioses en seguir mi pista cuántica una vez comprendan lo que he hecho... lo que intentaba hacer?

No. Eso sería condenar a Nighthenelser. Que se quede en la Indiana del 1200 antes de Cristo y procee con hermosas doncellas indias, quizá para fundar una universidad y enseñar cultura clásica (aunque la mayoría de los relatos clásicos no se han escrito todavía), y buena suerte para él con Patroclo, a quien no tengo ningunas ganas de volver a disparar con el táser para arrastrarlo de vuelta a la tienda de Aquiles. « ¡Inocente! —podría hacer que le dijera mi Atenea morfeada en tres minutos—. Aquí tienes de vuelta a tu amigo, Aquiles. ¿Sin rencor?»

No, los dejaré en paz en Indiana.

¿Adónde voy? ¿Al Olimpo? La idea de la musa buscándome allí, de Zeus y sus ojos de radar mirándome, de Afrodita despertando... bueno, al Olimpo no. No esta noche.

Sólo se me ocurre un lugar y lo visualizo y toco el medallón TC y lo retuerzo y voy allí antes de que pueda cambiar de opinión.

Soy visible y Helena me ve de inmediato a la suave luz de las velas. Levanta un brazo de los cojines y dice:

—¿Hock-en-beee-rry?

Me quedo de pie y no digo nada. No sé por qué estoy aquí, en su dormitorio. Si llama a los guardias, o incluso si se me acerca con esa daga, estoy demasiado cansado para luchar, demasiado cansado siquiera para huir con el TC. Ni siquiera se me ocurre pensar por qué su dormitorio está iluminado con velas a las cuatro y media de la madrugada.

Ella se me acerca, pero no con la daga. Me había olvidado de lo hermosa que es Helena de Troya: su figura suave y esbelta con el peplo transparente hace que la pechugona aya de Escamandrio parezca gorda y rechoncha en comparación.

—¿Hock-en-beee-rry? —dice en voz baja, con esa dulce pronunciación de mi nombre, tan difícil de decir en griego antiguo. Casi me echo a llorar cuando advierto que es el único ser humano en la Tierra, a excepción de Nightenhelser (que puede estar muerto a estas alturas), que conoce mi nombre—. ¿Estás herido, Hock-en-beee-rry?

—¿Herido? —consigo decir—. No. No estoy herido.

Helena me conduce al cuarto de baño adyacente a su dormitorio. Es aquí donde la vi por primera vez aquella noche. Hay velas encendidas aquí también, hay agua en un cuenco, y veo mi reflejo: los ojos rojos, la barba sin afeitar, exhausto. Advierto que llevo sin dormir... ¿cuánto tiempo? No puedo recordarlo.

—Siéntate —dice Helena, y me desplomo en el borde de una bañera de mármol—. ¿Por qué has venido, Hock-en-beee-rry?

Atropellándome con las palabras, digo:

—Intenté encontrar el fulcro.

Y sigo explicando mi inútil charada con Aquiles, el secuestro de Patroclo, mi plan para volver a los héroes de la guerra contra los dioses para salvar... a todos, a todo.

—¿Pero no mataste a Patroclo? —dice Helena, sus oscuros ojos intensos.

—No. Sólo lo llevé... a otro lugar.

—Usando el método de viajar de los dioses.

—Sí.

—¿Pero no pudiste llevarte a Astianacte, el hijo de Héctor, de esa forma?

Niego con la cabeza, aturcido.

Veo pensar a Helena, sus hermosos ojos oscuros perdidos en su concentración. ¿Cómo puede creer mis explicaciones? ¿Quién demonios cree que soy? ¿Por qué me ha ofrecido su amistad antes («ofrecer su amistad» es un eufemismo para esa larga noche de pasión) y que hará conmigo ahora?

Como en respuesta a esa última pregunta, Helena se levanta con expresión sombría y sale del cuarto de baño. La oigo llamar a alguien en el pasillo y sé que los guardias volverán con ella dentro de menos de un minuto, así que dirijo mi mano al pesado medallón TC.

No se me ocurre ningún sitio al que ir.

Me queda carga en mi bastón táser, pero no lo empuño mientras Helena regresa acompañada. No son guardias: son criadas. Esclavas.

Un minuto después me están desnudando, amontonando mis sucios ropajes junto a la pared mientras otras jóvenes traen altos jarrones de humeante agua caliente para el baño. Dejo que me quiten el brazalete morfeador, pero me quedo con el medallón TC. No debería mojarlo, pero no lo quiero fuera de mi alcance.

—Vas a bañarte, Hock-en-beee-rry —dice Helena de Troya. Alza una corta y brillante cuchilla—. Y luego yo voy a afeitarte. Toma, bebe esto. Restaurará tu energía y tu espíritu.

Me tienden una copa con un denso líquido.

—¿Qué es?

—La bebida favorita de Néstor —ríe Helena—. O lo era cuando el viejo loco solía visitar a mi marido, Menelao. Revigoriza.

La huelo, sabiendo que estoy siendo quisquilloso.

—¿Qué es?

—Vino, queso gratinado y cebada —dice Helena, acercando la copa a mis labios, empujándome las manos hacia arriba. Sus dedos se ven muy blancos contra mi piel sucia y oscurecida por el sol—. Pero también he añadido miel para endulzarla.

—Igual que Circe —digo, riendo estúpidamente.

—¿Quién, Hock-en-beee-rry?

Sacudo la cabeza.

—No importa. Sale en la *Odisea*. No importa. Irreli... irrele... irrelevante e inmaterial.

Bebo. El líquido tiene la fuerza de una coz de mula de Missouri. Me pregunto tontamente si hay mulas en Missouri hacia el 1200 antes de Cristo.

Las jóvenes criadas me han desnudado, poniéndome en pie para quitarme la túnica y la ropa interior. Ni siquiera se me ocurre sentirme cohibido. Estoy demasiado cansado y la bebida ha producido en mi cerebro un curioso zumbido.

—Báñate, Hock-en-beee-rry —dice, y me ofrece su brazo para sujetarme

mientras me sumerjo en el profundo y humeante baño— Te afeitaré en el baño.

El agua está tan caliente que doy un respingo como un chiquillo. Me agacho despacio, vacilando ante la idea de permitir que el agua humeante alcance mi escroto. Pero lo hago (estoy demasiado cansado para combatir la gravedad) y cuando me apoyo en el mármol inclinado de la bañera y las criadas de Helena cubren de jabón mis mejillas y cuello, ni siquiera me preocupa que Helena sostenga la cuchilla tan cerca de mis ojos y mi yugular. Confío en ella.

Sintiendo que la bebida de Néstor me ha vuelto a dar energías, decido que si Helena me ofrece su cama le pediré que la comparta conmigo en esta última hora que falta hasta el amanecer. Cierro los ojos durante un instante. Sólo unos segundos.

Cuando me despierto es media mañana, como poco, y la luz entra con fuerza por las pequeñas ventanas situadas en lo alto de la pared. Voy limpio y afeitado, incluso perfumado. También estoy tendido en el frío suelo de piedra de una habitación vacía, no en el alto tálamo de Helena. Y estoy desnudo: completamente desnudo, sin ni siquiera el medallón TC a la vista. Mientras la consciencia de la realidad fluye a mi cerebro como agua reacia a un cubo con un agujero, advierto que estoy atado por múltiples correas de cuero a unas anillas de hierro que hay en el suelo y la pared. Las correas corren de mis muñecas (unidas por encima de mi cabeza) a la pared. Las correas de mis tobillos, que separan mis piernas, se extienden unos cuantos centímetros hasta otras dos anillas de hierro en el suelo.

La postura y situación serían embarazosas y levemente alarmantes si estuviera solo, pero no lo estoy. Hay cinco mujeres a mi alrededor, contemplándome. Ninguna parece divertida. Tiro de las correas y por instinto trato de cubrirme los genitales, pero las correas son cortas y mis manos ni siquiera pueden bajar más allá de mis hombros. Ni las correas de mis tobillos me permiten cerrar las piernas. Ahora veo que todas las mujeres sostienen dagas, aunque algunas de las hojas son lo suficientemente largas para que se las pueda considerar espadas.

Conozco a las mujeres. Además de Helena, en el centro, están Hécuba, la reina del rey Príamo y la madre de Paris, canosa pero atractiva. Junto a Hécuba está Laódice, hija de la reina y esposa del guerrero Helicaón. A la izquierda de Helena está Teano, hija de Ciseo, esposa del jinete troyano Antenor, y sobre todo (posiblemente lo más relevante para mi situación actual) la principal sacerdotisa de Atenea de Ilión. Me imagino que a Teano no le hará ninguna gracia oír que este simple mortal ha tomado la forma y usado la voz de la diosa a la que ha servido toda la vida. Contemplo la sombría expresión de Teano y deduzco que ya sabe la noticia.

Finalmente está Andrómaca, la esposa de Héctor, la mujer cuyo hijo yo iba a secuestrar y llevarme al exilio en Indiana. Su expresión es la más severa de

todas. Da golpecitos en su palma con una larga daga de hoja afilada y parece impaciente.

Helena se sienta en un diván cerca de mí.

—Hock-en-beee-rry, tienes que contarnos a todas la historia que me contaste a mí. Quién eres. Por qué has estado observando la guerra. Cómo son los dioses y qué intentaste hacer durante la noche.

—¿Me liberaras primero?—Siento la lengua pastosa. Me ha drogado.

—No. Habla ahora. Di sólo la verdad. Teano ha recibido de Atenea el don de distinguir la verdad de la mentira, incluso de alguien cuyo acento es tan bárbaro como el tuyo. Habla ahora. No dejes nada por decir.

Vacilo. Tal vez mi mejor posibilidad sería mantener la boca cerrada.

Teano se arrodilla junto a mí. Es una joven hermosa con ojos gris claro, como su diosa. La hoja de su daga es corta, ancha, de doble filo y está muy fría. Sé que está fría porque acaba de colocar la hoja bajo mis testículos, alzándolos como si fuera a ofrecerlos con un cuchillo de sacrificios. La punta de la daga arranca sangre de mi sensible perineo y todo mi cuerpo intenta contraerse y alejarse, aunque consigo no gritar.

—Cuéntalo todo, no mientas en nada —susurra la alta sacerdotisa de Atenea—. A la primera mentira, te haré comer tu pelota izquierda. A la segunda, te comerás la derecha. A la tercera, les daré de comer a mis sabuesos lo que quede.

Así que, claro, lo cuento todo. Quién soy. Cómo me han revivido los dioses para mi trabajo escólico. Mis impresiones sobre el Olimpo. Mi revuelta contra mi musa, mi ataque a Afrodita y Ares, mi plan para volver a Aquiles y Héctor contra los dioses... todo. La punta de la daga nunca se mueve y el metal nunca se calienta.

—¿Tomaste la forma de la diosa Atenea? —susurra Teano—. ¿Tienes ese poder?

—Las herramientas que llevo lo hacen —dijo—. O lo hacían.

Cierro los ojos y rechino los dientes, esperando el corte, el tajo, la salpicadura.

Helena interviene.

—Cuéntale a Hécuba, Laódice, Teano y Andrómaca tu visión del futuro cercano. Nuestros destinos.

—No es un vidente a quien los dioses hayan dado ese don —dice Hécuba—. Ni siquiera es civilizado. Escuchad cómo habla. Bar bar bar.

—Admite que viene de muy lejos —dice Helena—. No puede evitar ser un bárbaro. Pero escucha lo que ve en nuestro futuro, noble hija de Dimas. Cuéntanos, Hock-en-beee-rry.

Me lamo los labios. Los ojos de Teano son transparentes, grises como el mar del Norte, los de una auténtica creyente, los ojos de un hombre de las Waffen SS. Los ojos de Hécuba son oscuros y menos inteligentes que los de Helena. La

mirada de Laódice es sombría; la de Andrómaca es brillante y feroz y peligrosamente intensa.

—¿Qué queréis saber? —digo. Todo lo que diga será sobre las vidas de estas personas y sus maridos y la ciudad y sus hijos.

—Todo lo que sea cierto. Todo lo que creas que sabes —dice Helena.

Vacilo sólo un segundo entonces, intentando no prestar atención a la hoja feminista de Teano contra mis regiones inferiores.

—No es una visión del futuro, sino más bien mi recuerdo de una historia que se cuenta en vuestro futuro, que es mi pasado.

Sabiendo que lo que acabo de decir no tiene ningún sentido para ellas, y preguntándose si se debe a mi acento bárbaro (¿acento?, creo que no hablo este griego con acento) les hablo de los días y meses por venir.

Les cuento que Ilión caerá, que la sangre correrá por las calles, y que todos sus hogares serán pasto de las llamas. Le digo a Hécuba que su esposo, Príamo, será asesinado al pie de la estatua de Zeus en su templo privado. Le digo a Andrómaca que su marido, Héctor, morirá a manos de Aquiles cuando nadie de la ciudad tenga valor para salir a luchar junto a su amor, y que el cadáver de Héctor será arrastrado alrededor de la ciudad por el carro de Aquiles y que luego será llevado al campamento aqueo para que los soldados le meen encima y lo mordisqueen los perros griegos. Luego le cuento que dentro de sólo unas semanas, su hijo, Escamandrio, será arrojado desde el punto más alto de la muralla de la ciudad, y que sus sesos se desparramarán sobre las piedras de abajo. Le digo a Andrómaca que su dolor no terminará entonces, porque será condenada a vivir y la llevarán como esclava a las islas griegas, y como terminará sus días sirviendo comidas a los hombres que mataron a Héctor e incendiaron su ciudad y mataron a su hijo. Que acabará sus días escuchando sus chistes y sentada en silencio mientras los viejos héroes aqueos cuentan historias sobre aquellos gloriosos días de violaciones y saqueos.

Le describo a Laódice y Teano la violación de Casandra, y la violación de miles de mujeres y niñas troyanas y cómo miles más elegirán la espada en vez de la deshonra. Le cuento a Teano como Odiseo y Diomedes robarán la sagrada piedra de Paladión del templo secreto de Atenea y luego regresarán victoriosos para profanar y destruir el templo mismo. Le cuento a la sacerdotisa que sujeta su cuchillo bajo mis pelotas que Atenea no hace nada, nada, para detener esta violación, este saqueo y esta profanación.

Y le repito a Helena los detalles de la muerte de Paris y su propia esclavitud a manos de su antiguo esposo, Menelao.

Y entonces, cuando les he contado todo lo que sé de la Iliada y explico de nuevo cómo no sé que todo esto vaya a pasar, pero les digo cuánto del poema ha pasado ya durante mis nueve años de servicio aquí, me detengo. Podría hablarles de los vagabundeos de Odiseo, del asesinato de Agamenón tras su vuelta a casa, e

incluso de la *Eneida* de Virgilio con el triunfo final de Troya en la fundación de Roma, pero eso no les interesaría.

Cuando termino mi letanía de condenación, guardo silencio. Ninguna de las cinco mujeres está llorando. Ninguna de las cinco muestra ninguna expresión que no estuviera ya en su rostro cuando empecé a describir sus destinos.

Agotado, vacío, cierro los ojos y espero mi propio destino y o también.

Me permiten vestirme, aunque Helena hace que sus sirvientas me traigan ropa interior y un peplu nuevo. Helena toma cada herramienta (el medallón TC, el bastón táser, el Casco de Hades y el brazalete morfeador) y pregunta si es parte de «mi poder prestado de los dioses». Me pasa por la cabeza mentir (quiero recuperar sobre todo el Casco de Hades), pero al final digo la verdad respecto a cada artículo.

—¿Funcionará si una de nosotras intenta usarlo? —pregunta Helena.

Aquí vacilo, porque la verdad es que no lo sé. ¿Hicieron los dioses que el bastón y el brazalete morfeador dependieran de una huella dactilar para impedir que el arma caiga en manos griegas y troyanas si nosotros caíamos en el campo de batalla? Muy posiblemente. Ninguno de los escólicos lo ha preguntado jamás. El aparato morfeador y el medallón TC, al menos, requerirán cierto entrenamiento, y así se lo digo a las mujeres. El Casco de Hades casi con toda seguridad funcionará para cualquiera, ya que es un artefacto robado. Helena se queda con todas las herramientas, dejándome sólo con la armadura de impacto que está tejida en mi capa y el peto de cuero. Guarda los inapreciables regalos de los dioses en una pequeña bolsa bordada, las otras mujeres asienten y salimos.

Dejamos la casa de Helena (las cinco mujeres y yo) y caminamos por las calles de la ciudad hasta el Templo de Atenea.

—¿Qué va a pasar? —pregunto mientras recorremos las calles y callejones abarrotados, cinco mujeres de rostro sombrío con túnicas negras no muy distintas a los *burkas* musulmanes del siglo XX y un hombre confundido. No dejo de mirar hacia los tejados, esperando que la musa aparezca en su carro de un momento a otro.

—Silencio —susurra Helena—. Hablaremos cuando Teano proyecte seguridad a nuestro alrededor para que ni siquiera los dioses puedan oírnos.

Antes de entrar en el templo, Teano saca una túnica negra e insiste en que me la ponga. Ahora parecemos mujeres encapuchadas que entran en el templo por una puerta trasera y recorren pasillos vacíos, aunque una de las seis mujeres lleva sandalias de combate.

Nunca he estado en el templo, y lo que veo de la nave principal a través de las puertas abiertas no me decepciona. El espacio es enorme, oscuro, iluminado por candelabros que cuelgan y velas votivas. Huele igual y se me antoja igual

que una iglesia católica: el olor a incienso en un espacio cavernoso donde incluso los ecos son silenciosos. Pero en vez de un altar católico y estatuas de la Virgen María y el Niño, este espacio está dominado por una enorme estatua central de Atenea de diez metros de altura, al menos, tallada en piedra blanca pero pintada de manera algo chillona, con labios rojos, mejillas rubicundas, piel rosa. Y sostiene un elaborado escudo de oro auténtico, lleva un peto de cobre pulido trenzado de oro, un cíngulo de lapislázuli y una lanza de doce metros de auténtico bronce. Es impresionante y me detengo ante la puerta abierta, mirando el santuario. Allí, justo ante las sagradas sandalias de Atenea, atraparé y violaré a Ayax el Grande a Casandra, la hija de Príamo.

Helena vuelve, me agarra por el brazo y me empuja bruscamente por el pasillo. Me pregunto si soy el primer hombre que ve el santuario interior del templo de Atenea en Ilión. ¿No están la estatua Paladión y el templo mismo guardados por jóvenes vírgenes? Alzo la cabeza y veo a la sacerdotisa Teano mirándome, y me apresuro en alcanzarlas. Teano no es virgen: es la feroz esposa de Antenor y un elemento que hay que tener en cuenta.

Sigo a las mujeres por una escalera en sombras hasta un amplio sótano, iluminado sólo por unas pocas velas. Aquí Teano mira alrededor, aparta un tapiz, saca una llave de extraña forma de un bolsillo de su pepló, la desliza en lo que parece una sólida pared y una plancha gira, dando paso a una escalera más empinada iluminada por antorchas. Teano nos hace entrar rápidamente.

Un pasillo conduce a cuatro habitaciones en este sótano bajo el sótano, y me llevan hasta la última, un lugar pequeño para el templo, de poco menos de seis metros por seis, amueblado sólo con una mesa de madera en el centro y cuatro trípodes que apenas brillan, uno en cada esquina. Hay una sola estatua de Atenea, más burda y más pequeña que todas las esculturas de arriba. Esta Atenea mide menos de metro veinte de altura.

—Éste es el auténtico Paladión, Hock-en-beee-rry —susurra Helena, refiriéndose a la sagrada escultura tallada a partir de una piedra que cayó del cielo un día, símbolo de la bendición de Atenea a la ciudad de Ilión. Cuando el Paladión sea robado, así cuenta la antigua historia, Troya caerá.

Teano y Hécuba miran a Helena en silencio. Mi antigua amante (bueno, mi antiguo rollete de una noche) vacía el contenido de la bolsa en la mesa y todos nos sentamos en taburetes de madera, contemplando el Casco de Hades, el brazaleté morfeador, el bastón táser y el medallón TC. Sólo el medallón parece tener algún valor. El resto del material probablemente sería rechazado en un baratillo.

Hécuba se dirige a Helena.

—Dile a este... hombre... que tenemos que ver si su historia puede ser cierta. Si estos juguetes suyos tienen algún poder. —La madre de Héctor y Paris alza el brazaleté morfeador.

Sé que ella no puede activarlo, pero de todas formas digo:

—Sólo le quedan minutos de poder. No juegues con eso.

La mujer me dirige una mirada terrible. Laódice recoge el bastón táser y lo hace girar en sus pálidas manos.

—¿Ésta es el arma que utilizaste para aturdir a Patroclo? —pregunta. Es la primera vez que ha hablado en mi presencia.

—Sí.

Le digo cuáles son los tres puntos que tengo que pulsar y retorcer para activar la vara. Estoy seguro de que el aparato está diseñado solo para funcionar cuando yo lo empuño. Sin duda los dioses no serían tan tontos como para permitir que el arma pueda ser usada por otros si yo la pierdo, aunque el doble botón y el movimiento en giro sean una especie de mecanismo de seguridad. Empiezo a explicarles a Laódice y las demás que sólo yo puedo usar las herramientas de los dioses.

Laódice me apunta al pecho con el táser y pulsa de nuevo el mango de la vara.

Una vez, cuando estaba de excursión con Susan por Brown County, Indiana, cruzábamos un prado en una altiplanicie cuando un rayo cayó a diez metros de mí, derribándome, cegándome y dejándome semiinconsciente varios minutos. Solíamos bromear al respecto (sobre las probabilidades en contra de una cosa así), pero el recuerdo de la descarga me dejaba siempre la boca seca.

Esta andanada es peor.

Parece que alguien me ha golpeado en el pecho con un atizador caliente. Salgo volando de mi taburete, aterrizo aturdido sobre el suelo de piedra y recuerdo haberme contraído con espasmos como un epiléptico, los brazos y piernas sacudiéndose salvajemente, antes de perder el conocimiento.

Cuando me recupero, dolorido, los oídos zumbando, la cabeza estallándome, las cuatro mujeres me ignoran. Están mirando a la nada en un rincón.

¿Cuatro mujeres? Creía que eran cinco. Me siento en el suelo y sacudo la cabeza, tratando de aclarar mi visión. *Falta Andrómaca*. Tal vez haya ido a buscar ayuda, a traer un curandero. Tal vez las mujeres pensaron que me había muerto.

De repente Andrómaca se hace visible en el espacio vacío hacia donde miran las otras. La esposa de Héctor retira de sus hombros la capucha del Casco de Hades y la muestra.

—El Casco de la Muerte funciona, tal como cuentan las viejas historias —dice Andrómaca—. ¿Por qué se lo darían los dioses a alguien como él? —asiente en mi dirección y deja caer el casco-capucha metálico sobre la mesa.

Teano recoge el medallón TC.

—No podemos hacer que esto funcione —dice—. Enséñanos.

Tras un momento de desconcierto advierto que la sacerdotisa me está hablando a mí.

—¿Por qué debería hacerlo? —digo, poniéndome en pie y apoyándome en la mesa—. ¿Por qué debería ayudaros?

Helena rodea la mesa y apoya la mano en mi antebrazo. Yo me aparto.

—Hock-en-beee-rry —ronronea—. ¿No sabes que los dioses te han enviado a nosotras?

—¿De qué estás hablando? —Contemplo la habitación.

—No, los dioses no pueden oírnos aquí dentro —dice Helena—. Las paredes de esta habitación están recubiertas de plomo. Los dioses no pueden ver ni oír a través del plomo sólido. Eso se sabe hace siglos.

Miro en derredor, los ojos entornados. Qué demonios. ¿Por qué no? La visión de rayos-X de Superman tampoco funcionaba con el plomo. Pero, ¿por qué hay una habitación a prueba de dioses en el templo de Atenea?

Andrómaca se acerca un paso.

—Amigo de Helena, Hock-en-beee-rry, nosotras, las mujeres de Troya y Helena, llevamos años planeando acabar con esta guerra. Pero los hombres (Aquiles, los argivos, nuestros propios padres y maridos troyanos) tienen poder sobre nosotras. Ellos sólo responden ante los dioses. Ahora los dioses han oído nuestras más secretas plegarias y te han enviado como nuestro instrumento. Con tu ayuda y nuestra planificación, cambiaremos el curso de los acontecimientos, salvando no sólo a nuestra ciudad, nuestras vidas y las vidas de nuestros hijos, sino también el destino de la humanidad, liberándonos del dominio de deidades crueles y arbitrarias.

Niego otra vez con la cabeza y me echo a reír con ganas.

—Hay un pequeño fallo en tu lógica, señora. ¿Por qué iban los dioses a enviarme como instrumento vuestro si vuestro objetivo es derrocar a los dioses? Eso no tiene sentido, mujer.

Las cinco mujeres troyanas me miran durante un momento. Entonces Helena dice:

—Hay más dioses que sueños en tu filosofía, Hock-en-beee-rry.

Me la quedo mirando durante un segundo, y luego decido que tiene que ser una coincidencia. Eso, o no he oído bien. Me duele todavía el pecho y los músculos por los espasmos del tásar.

—Dadme las herramientas —digo, por probar.

Las mujeres me acercan el Casco de Hades, el bastón tásar, el brazalete morfeador y el medallón TC. Alzo el bastón como para mantenerlas a raya.

—¿Cuál es vuestro plan? —pregunto.

—Mi marido nunca me habría creído si le hubiera dicho que la diosa Afrodita se había aparecido y se había llevado a Escamandrio y su aya para pedir rescate

—dice Andrómaca—. Héctor ha servido a estos dioses toda su vida. No es un egomaniaco como el ejecutor de hombres Aquiles. Héctor habría pensado que todo lo que hubieran hecho los dioses era sólo para probarlo. A menos que Afrodita u otro dios matara a nuestro hijo delante de testigos, delante del propio Héctor. En ese caso, su cólera no conocería límites. ¿Por qué no mataste a mi hijo?

No tengo palabras para responder a eso. Así que Andrómaca responde por mí.

—Eres un tonto sentimental —replica ella—. Dices que Escamandrio morirá arrojado contra las piedras si no cambias los planes de los dioses.

—Sí.

—Y sin embargo te negaste a matar a un niño que ya está condenado a morir, aunque todo tu plan para terminar con esta guerra y ganar tu propia batalla con los dioses dependen de ello. Eres débil, Hock-en-beee-rry.

—Sí.

Hécuba me llama, pero yo sigo en pie, el bastón tásar en la mano.

—¿Cuál es vuestro plan para acabar con esta guerra? —pregunto. Casi tengo miedo de preguntarlo. ¿Mataría Andrómaca a su propio hijo para salirse con la suya? La miro a los ojos y siento aún más temor.

—Te contaremos nuestro plan —dice la vieja reina Hécuba—, pero primero tienes que demostrarnos que esos dos últimos juguetes divinos funcionan.

Indica el brazalet morfeador y el medallón.

Sin dejar de observarlas, me pongo el brazalet. Según el indicador quedan menos de tres minutos de tiempo morfeador. Uso la función de escaneo para mirar a Hécuba, luego disparo la función morfeadora.

La auténtica Hécuba desaparece mientras yo ocupo su espacio de onda de probabilidad cuántica.

—¿Me creéis ahora? —digo con la voz de Hécuba. Alzo la muñeca (la muñeca de Hécuba) y les muestro el brazalet. Saco el bastón tásar de debajo de su túnica. Las cuatro mujeres restantes, incluida Helena, se quedan boquiabiertas y retroceden un paso, tan sorprendidas como si hubiera atravesado a la vieja matrona con mi espada corta. Más sorprendidas, probablemente: la muerte por la espada es demasiado bien conocida por todas.

Salgo del morfeado y Hécuba cobra existencia en su lado de la habitación. Parpadea, aunque sé que no tiene sensación de que haya pasado tiempo ninguno, y las cinco mujeres se reúnen. Compruebo el indicador virtual del brazalet. Quedan dos minutos veintiocho segundos de tiempo morfeador.

Me cuelgo al cuello el medallón TC. Al menos este aparato no parece tener límite de energía.

—¿Queréis que me TCee fuera de aquí y luego vuelva para mostraros como funciona? —pregunto.

Hécuba ha recuperado la compostura.

—No —dice—. Todos nuestros planes, los tuyos y los nuestros, dependerán de tu habilidad para viajar al Olimpo sin ser detectado y regresar. ¿Puedes llevarnos allí a alguna de nosotras?

Vuelvo a vacilar.

—Puedo —digo por fin—, pero el Casco de Hades proporciona invisibilidad sólo a una persona. Si llevo a una de vosotras al Olimpo conmigo, la verán.

—Entonces debes traernos algo que demuestre que has viajado al Olimpo —dice Hécuba.

Alzo las manos, las palmas hacia arriba.

—¿Qué? ¿El orinal de Zeus?

Las cinco mujeres vuelven a retroceder un paso, como si hubiera dicho alguna obscenidad. Recuerdo que (por buenos motivos) la blasfemia no es el deporte casual que era en mi época, a finales del siglo XX. Estos dioses son muy reales, e insultarlos tiene sus consecuencias. Miro las paredes y espero que el plomo nos proteja en efecto de la mirada del Olimpo... no por el chiste a costa de la escupidera, sino por lo que parece que planeamos decidir aquí.

—Cuando estuve con Afrodita durante el juicio de los dioses —dice Helena en voz baja—, vi a la diosa cepillarse el brillante cabello con un hermoso peine de plata forjado por algún dios de la artesanía. Ve a sus habitaciones en el Olimpo y tráelo.

Empiezo a recordarles lo que les he dicho ya, que Afrodita está ahora mismo flotando en una tina de curación, pero de pronto caigo en la cuenta de que eso da igual. Su peine no estará en el tanque con ella.

—Muy bien —digo, agarrando el medallón y recogiendo el Casco de Hades—. No os vayáis a ninguna parte mientras estoy fuera.

Me pongo la capucha antes de disparar el medallón, así que mi voz debe de llegarles desde el vacío en el segundo o dos que transcurren antes de que me TCee.

No sé con seguridad dónde están las habitaciones privadas de Afrodita (probablemente ocupa una de esas casas blancas del tamaño de un templo situadas a lo largo del cráter del lago de aquí arriba), pero recuerdo que en el momento en que me llevó aparte, casi seduciéndome, cuando me dijo que tenía que matar a Atenea, la musa me había llevado a ver a Afrodita a una cámara situada a la salida del gran salón de los dioses. Si no eran sus habitaciones privadas, mantenía por lo visto un apartamento en el gran salón, una especie de *pied-à-terre* olímpico.

Aparezco en el gran salón y contengo el aliento.

Los muchos niveles están vacíos, el salón casi oscuro y en la gigantesca

piscina de visión holográfica sólo hay estática tridimensional. Pero varios dioses están aquí, incluido Zeus, a quien yo imaginaba lejos, sentado en el monte Ida contemplando la matanza en el campo de batalla de Troya. El rey de los dioses está sentado en su alto trono dorado. Cerca hay otros dioses varones, entre ellos Apolo. Todos son altos, de tres metros o más. Estoy a doce metros de distancia y soy invisible bajo el Casco de Hades, pero casi contengo el aliento, temeroso de que me oigan respirar. Pero su atención está fija en otra cosa.

Ante el trono, en el centro del círculo de dioses, incongruentes por decirlo de manera suave, se encuentran lo que parece ser un gigantesco cangrejo metálico, cascado y abollado, del tamaño de un Ford Expedition, un par de aparatos de aspecto futurista y un pequeño y brillante robot humanoide. El robot está hablando... en inglés. Los dioses lo escuchan, pero no parecen contentos.

Atlántida y órbita terrestre

—No comprendo por qué los posthumanos llamaron « Atlántida» a ese lugar al que nos dirigimos —dijo Harman.

Savi, a los controles del reptador, contestó:

—No puedo decir que haya comprendido jamás la mayoría de las acciones de los posts.

Daeman alzó la cabeza masticando despacio su tercio de la única barra nutritiva que les quedaba.

—¿Qué tiene de extraño el nombre « Atlántida» ?

—En los mapas de la Edad Perdida —dijo Harman—, el océano Atlántico es el gran cuerpo de agua que se encuentra al oeste de aquí, tras las Manos de Hércules. Estamos en la cuenca de lo que solía ser el mar Mediterráneo. No está en el Atlántico.

—¿No?

—No.

—¿Y qué? —dijo Daeman.

Harman se encogió de hombros y guardó silencio.

—Es posible que los posts pusieran ese nombre por capricho a su base de aquí —dijo Savi—. Pero creo recordar que un escritor anterior a la Edad Perdida llamado Platón habló sobre una ciudad o un reino llamado Atlántida en estas regiones, cuando aquí había agua.

—Platón —murmuró Harman—. He encontrado referencias a él en los libros que he leído. Y con un dibujo extraño, una vez. Un perro.

Savi asintió.

—Casi todo el significado de la iconografía de la Edad Perdida se ha olvidado para siempre.

—¿Qué es un perro? —preguntó Daeman. Bebió de la botella de agua de Savi. La tercera parte de la barra nutritiva no había sido suficiente para satisfacer su hambre, pero no había más comida en el reptador.

—Era un mamífero pequeño que solía ser muy común, lo tenían como

mascota —dijo Savi—. No se por qué los posts permitieron que se extinguieran. Tal vez el virus Rubicón atacó también a los perros.

—¿Como a los caballos? —dijo Daeman. Había creído que los enormes y aterradores animales del drama turín eran pura fantasía hasta hacía muy poco.

—Más pequeños y más peludos que los caballos —dijo Savi—. Pero igualmente extintos.

—¿Por qué recuperaron los posts a los dinosaurios y no a esos maravillosos caballos del turín y a esos perros? —preguntó Daeman, con un auténtico escalofrío.

—Como decía —repetió Savi—, gran parte de la conducta de los posts era difícil de comprender.

Habían despertado poco después del amanecer y condujeron hacia el noroeste todo el día por la carretera de barro rojo flanqueada por todo tipo de cultivos que Daeman conocía y muchos otros que no había visto jamás. Dos veces habían llegado a ríos poco profundos y una vez a un hondo canal vacío de permasfalto. El reptador los cruzó con facilidad gracias a sus enormes ruedas y sus puntales articulados.

Había servidores en los campos, y su aspecto corriente tranquilizó a Daeman hasta que se dio cuenta de que muchos de esos servidores eran enormes (algunos de tres metros y medio o cuatro de alto y la mitad de ancho, mucho más grandes que las máquinas a las que estaba acostumbrado) y, a medida que se internaban en la Cuenca, tanto los cultivos como los servidores iban volviéndose más extraños.

El reptador avanzaba entre altas paredes verdes de lo que Savi dijo era caña de azúcar. La carretera no era lo bastante ancha para la máquina, que aplastaba los tallos verdes con las seis ruedas. Harman advirtió entonces a los humanoides gris verdoso que se deslizaban por los sembrados de ambos lados. Las formas se movían fluida y graciosamente para no perturbar las cañas, como cadáveres fantasmales que atravesaran los altos tallos.

—*Calibani* —dijo Savi—. No creo que nos vayan a atacar.

—¿No habías dicho que seguro que no nos atacarían? —dijo Daeman—. Ya sabes, todo eso del ADN del pelo que nos robaste a Harman y a mí.

Savi sonrió.

—Los tratos con Próspero no son nunca seguros. Pero sospecho que si los *calibani* fueran a detenernos, lo habrían hecho anoche.

—¿No los repelerá el campo de fuerza de la esfera? —preguntó Daeman.

La anciana se encogió de hombros.

—Los *calibani* son más listos que los voynix. Podrían sorprendernos.

Daeman se estremeció y contempló los campos, captando sólo atisbos de las pálidas figuras. El reptador salió del camino entre los campos de caña y escaló una baja colina. La carretera cruzaba extensos sembrados de trigo de invierno.

Los tallos, de treinta o treinta y cinco centímetros, se agitaban con la brisa que soplabá del oeste. Los *calibani* (al menos había una docena a cada lado de la carretera) salieron de los campos de caña que dejaban atrás y trotaron entre el trigo, manteniéndose a una distancia de unos sesenta metros. Una vez al descubierto, corrieron a cuatro patas.

—No me gusta su aspecto —dijo Daeman.

—Probablemente te gustará aún menos el aspecto de Calibán —dijo Savi.

—Creí que éstos eran los *calibani* —dijo Daeman. La vieja nunca parecía hablar con sentido durante demasiado tiempo.

Savi sonrió, hizo que el reptador cruzara por encima de una hilera de seis tuberías que transportaban algo de este a oeste o de oeste a este.

—Se dice que los *calibani* son clonados a partir del Calibán único, el tercer elemento de la Trinidad Galáctica, junto con Ariel y Próspero.

—Se *dice* —se mofó Daeman—. Contigo todo son rumores. ¿No sabes nada de primera mano? Estas viejas historias son absurdas.

—Algunas lo son —reconoció Savi—. Y aunque llevo viva mil quinientos años o más, eso no significa que haya estado por aquí todo ese tiempo. Así que os tengo que contar cosas que no sé de primera mano, cosas que oigo y leo.

—¿Qué quieres decir con eso de que no has estado por aquí todo el tiempo? —preguntó Harman. Parecía interesado.

Savi se echó a reír, pero a Daeman le pareció que no estaba muy alegre.

—Estoy mejor nanoequipada para las reparaciones que vosotros, *eloi* —dijo—. Pero nadie vive eternamente. Ni durante mil cuatrocientos años. Ni siquiera mil. Me paso la mayor parte del tiempo como Drácula, durmiendo en criocunas en lugares como el Puente de la Puerta Dorada. Salgo de vez en cuando, intento enterarme de lo que pasa, trato de averiguar un modo de sacar a mis amigos del rayo azul. Luego vuelvo al congelador.

Harman se inclinó hacia delante.

—¿Cuánto tiempo llevas... despierta?

—Menos de trescientos —dijo Savi—. Y eso es más que suficiente para cansar cualquier cuerpo. Y cualquier mente. Y cualquier espíritu.

—¿Quién es Drácula? —preguntó Daeman.

Savi, sin responder, siguió conduciendo el reptador rumbo al noroeste.

Les había dicho que el sitio al que se dirigían estaba situado a unos quinientos kilómetros de la costa por donde habían entrado en la Cuenca, la tierra que se llamaba Israel, una palabra que Daeman no había escuchado nunca. Pero la expresión «quinientos kilómetros» significaba muy poco para Harman y nada en absoluto para Daeman, ya que los viajes en carruajes tirados por voynix o droszky nunca duraban más de dos o tres kilómetros. Cualquier distancia superior

a ésa, y Daeman faxeaba. Todo el mundo faxeaba.

Sin embargo, habían cubierto la mitad de esa distancia a mediodía, cuando la carretera de barro rojo terminó, el terreno se volvió abrupto, y el reptador tuvo que moverse mucho más despacio, a veces desviándose kilómetros antes de regresar al rumbo que Savi mantenía usando un pequeño instrumento que llevaba en la mochila y comprobando las distancias sobre un mapa muy gastado y plegado, dibujado a mano.

—¿Por qué no utilizas la función de localización de tu palma? —preguntó Daeman.

—Lejonet y todonet funcionan en la Cuenca —dijo Savi—, pero cercanet no, y el lugar al que nos dirigimos no consta en ningún banco de datos. Estoy usando una brújula, el mapa y una cosa antigua llamada GPS. Pero funciona.

—¿Cómo funciona? —preguntó Harman.

—Magia —respondió Savi.

Esa fue respuesta suficiente para Daeman.

Siguieron descendiendo, dejando la Cuenca por encima y por detrás de ellos, las ordenadas hileras de cultivos sustituidas por pedregales, barrancos y esporádicos grupos de bambúes o altos abetos. Los *calibani* ya no estaban a la vista, pero había empezado a llover poco después de que llegaran a la zona más escarpada, y era posible que las criaturas estuvieran ocultas por la cortina de agua.

El reptador dejó atrás extraños artefactos: los cascos de numerosos barcos hechos de madera y acero, una ciudad de columnas jónicas caídas, viejos objetos de plástico que brillaban en el sedimento gris, los huesos blanqueados de numerosas criaturas marinas, y varios tanques enormes y oxidados a los que Savi llamó « submarinos ».

Por la tarde la lluvia amainó un poco y los tres vieron aparecer una meseta al noroeste. Era alta, ancha y redondeada en la cima, más montaña que meseta, verde en el pico, irregular en las faldas, con acantilados empinados y estriados.

—¿Es ahí donde vamos? —preguntó Daeman.

—No —respondió Savi—. Eso es Chipre. El martes que viene hará mil cuatrocientos ochenta y dos años que perdí allí la virginidad.

Daeman intercambió una mirada de disimulo con Harman. Ambos hombres tuvieron el sentido común de no decir nada.

A última hora de la tarde el terreno se hizo más llano y suave y los campos de cultivo reaparecieron a ambos lados de una burda carretera de barro rojo. Servidores de extrañas formas trabajaban en los campos, pero ninguno alzó la cabeza para ver pasar al reptador. La mayoría de las máquinas parecían no tener ojos. Una vez les bloqueó el camino un río de al menos doscientos metros de anchura y además profundo. Savi selló la puerta corredera, aislándolos del aire fresco que habían estado respirando, se aseguró de que el campo de fuerza de la

esfera estuviera activado y acercó el reptador a la orilla. El agua era profunda (dieciocho metros o más en el centro), y ni siquiera los faros del reptador alcanzaban a iluminar a través del sedimento y la penumbra. La corriente era más fuerte de lo que Daeman esperaba en un río tan ancho y profundo, y el reptador se agitó tan violentamente que Savi tuvo que hacerse con los controles virtuales y obligar a la máquina a recuperar el rumbo. Daeman supuso que una máquina con ruedas más pequeñas, puntales menos flexibles o menos potencia en los motores habría sido arrastrada por la corriente.

Cuando emergieron en la orilla norte, con el reptador arrojando barro a diez metros por detrás y el agua chorreando de los puntales de araña como una cascada, Harman dijo:

—No sabía que el reptador pudiera avanzar bajo el agua.

—Ni yo tampoco —contestó Savi. Enfiló rumbo al noroeste y siguió conduciendo.

Los primeros aparatos energéticos aparecieron poco después y Harman fue el primero en reparar en ellos.

El primer aparato titilaba y se agitaba treinta metros a la izquierda de la carretera de barro, en un claro, tras un macizo de bambúes. Savi se detuvo para que pudieran salir a ver, aunque a Daeman no le apetecía en absoluto salir del reptador, a pesar de que hacía varias horas que no veían ningún *calibani*. Pero a Harman se le antojó verlo y Daeman no quería quedarse solo en la esfera, así que acabó siguiendo a los otros dos por la escalerilla y cruzando el campo hacia el brillante objeto. A Daeman se le hizo extraño caminar de nuevo después de pasar tantas horas sentado.

La primera construcción energética era pequeña, de unos cinco metros de largo por unos dos de alto, amarillo y naranja con venas verdes móviles, un burdo esferoide con pseudópodos en la parte superior, reabsorbidos por la masa central. La cosa flotaba a unos dos metros del suelo y Daeman no quiso acercarse a menos de veinte pasos, aunque Savi y Harman se encaminaron directamente hacia ella.

—¿Qué es? —preguntó Harman, su cabeza y sus hombros desaparecieron un minuto bajo la cosa que flotaba lentamente.

—Estamos en el extrarradio de Atlántida —dijo Savi—, aunque aún nos faltan unos setenta y cinco kilómetros para llegar. Los posts construyeron sus estaciones terrestres con este material.

—¿Qué material es? —Harman extendió la mano hacia el ovoide amarillo—. ¿Puedo tocarlo?

—Algunas de las formas dan descargas. Otras no. Ninguna mata. Inténtalo. No te derretirá la mano.

Harman apoyó los dedos en la curvatura de la brillante forma. Su mano desapareció dentro. La sacó rápidamente; gotas amarillas y naranjas cayeron de

sus dedos y volaron de vuelta a la forma.

—Es frío —dijo—. Muy frío. —Flexionó los dedos y se estremeció.

—En esencia es una gran molécula —explicó Savi—. Aunque no sé cómo es eso posible.

—¿Qué es una molécula? —preguntó Daeman. Había retrocedido unos cuantos pasos cuando la mano de Harman desapareció, y tuvo que gritar para hacerse oír. Además, no dejaba de mirar por encima del hombro. Savi tenía la pistola en el cinturón, pero el bosque de bambú estaba demasiado cerca para que Daeman se sintiera cómodo. Casi había oscurecido.

—Las moléculas son las cosas pequeñitas de las que todo está compuesto —dijo Savi—. No se pueden ver sin lentes especiales.

—No me cuesta nada ver ésa —dijo Daeman. A veces, pensó, hablar con Savi era como hablar con una niña pequeña, aunque Daeman nunca había tratado con ninguna niña pequeña.

Los tres regresaron al reptador. La luz de la tarde se reflejaba en la esfera de pasajeros y hacía que las altas patas articuladas brillaran. Los estratocúmulos, al este, en la lejanía, hacia la montaña llamada Chipre, captaban la luz dorada.

—Atlántida está compuesta principalmente por esta gélida energía macromolecular —dijo la anciana—. Forma parte de la manipulación cuántica que los posts se traían entre manos. Hay aquí materia real (algo que los científicos de la Edad Perdida llamaban « materia exótica »), pero no sé en qué proporción, ni cómo funciona. Sólo sé que hace que sus ciudades... o estaciones, lo que sea, sean una especie de cambiaformas que entran y salen de nuestra realidad cuántica.

—No lo entiendo —dijo Harman, liberando a Daeman de la necesidad de decirlo.

—Lo verás por ti mismo dentro de poco. Deberíamos poder ver la ciudad cuando remontemos ese promontorio que está en el horizonte. Y llegar antes de que oscurezca del todo.

Subieron al reptador y ocuparon sus asientos. Pero antes de que Savi pudiera poner la gran máquina en marcha, Harman dijo:

—Ya habías estado aquí. —No era una pregunta.

—Sí.

—Pero dijiste que nunca habías estado en los anillos orbitales. ¿Fue ese el motivo por el que ya viniste?

—Sí —dijo Savi—. Sigo convencida de que la respuesta para liberar a mis amigos del rayo de neutrinos se encuentra allá arriba. —Indicó con la cabeza el brillo de los anillos e y p en el crepúsculo.

—Pero no lo has conseguido hasta ahora —continuó Harman—. ¿Por qué?

Savi se giró en su asiento y los miró.

—Os diré por qué y cómo fracasé si tú me dices por qué quieres realmente

subir allá arriba. Por qué has pasado años intentando encontrar un modo de subir a los anillos.

Harman sostuvo largamente su mirada y luego apartó los ojos.

—Soy curioso —dijo.

—No —respondió Savi. Esperó.

Él volvió a mirarla y Daeman advirtió en el rostro del otro hombre que estaba más emocionado que nunca.

—Tienes razón —contestó Harman—. No es curiosidad morbosa. Quiero encontrar la fermería

—Para poder vivir más tiempo —dijo Savi en voz baja.

Harman cerró los puños.

—Sí. Para vivir más tiempo. Para poder continuar viviendo más allá de este jodido Veinte Final. Porque siento ansia por la vida. Porque quiero que Ada tenga un hijo mío y quiero estar aquí para verlo crecer, aunque los padres no hacen esas cosas. Porque soy un hijo de puta sediento... sediento de vida. ¿Estás satisfecha?

—Sí —dijo Savi. Miró a Daeman—. ¿Y cuáles son tus motivos para venir a este viaje, Daeman *Uhr*?

Daeman se encogió de hombros.

—Si hubiera un fax-portal cerca, me volvería a casa en un segundo.

—No lo hay —dijo Savi—. Lo siento.

Él ignora el sarcasmo.

—¿Por qué nos has traído, vieja? —preguntó—. Conoces el camino. Supiste encontrar el reptador. ¿Por qué nos trajiste?

—Buena pregunta —dijo Savi—. La última vez que vine a Atlántida, vine a pie. Desde el norte. Hace siglo y medio, y traje a dos *eloi* conmigo... Lo siento, es un término insultante. Traje a dos mujeres jóvenes conmigo. Sentían curiosidad.

—¿Qué ocurrió? —dijo Harman.

—Murieron.

—¿Cómo? —preguntó Daeman—. ¿Los *calibani*?

—No. Los *calibani* mataron y se comieron al hombre y a la mujer que vinieron conmigo la vez anterior a ésta, hace casi tres siglos. Entonces yo no sabía cómo contactar con la logosfera Próspero, ni lo del ADN.

—¿Por qué siempre venís de tres en tres? —le preguntó Harman. A Daeman le pareció una pregunta rara. Quería saber más detalles sobre todos aquellos compañeros de viaje muertos. ¿Quería decir *permanentemente* muertos o sólo muertos para ser reparados en la fermería?

Savi se echó a reír.

—Haces buenas preguntas, Harman *Uhr*. Pronto lo verás. Verás por qué he

venido con otros dos más después de aquella primera visita en solitario a Atlántida hace más de un milenio. Y no sólo a Atlántida... sino a algunas de sus otras estaciones. En el Himalaya. La isla de Pascua. Una del Polo Sur. Esos sí que fueron viajes divertidos, ya que un sonie no puede llegar a quinientos kilómetros de ninguna estación.

Daeman se perdió. Quería oír más sobre las personas muertas y devoradas.

—¿Pero nunca has encontrado una nave espacial, una lanzadera, para subir allá arriba?—preguntó Harman—. ¿Después de todos esos intentos?

—No hay ninguna nave espacial—dijo Savi. Activó los controles virtuales, puso el reptador en marcha y los guio rumbo noroeste mientras la puesta de sol pintaba de rojo todo el cielo.

La ciudad de los posthumanos se extendía a lo largo de kilómetros del lecho marino seco. Brillantes torres de energía se alzaban y caían a trescientos metros de altura. El reptador se abrió paso entre obeliscos de energía, esferas flotantes, rojas escaleras energéticas que no iban a ninguna parte, rampas azules que aparecían y desaparecían, pirámides que se plegaban sobre sí mismas, un gigantesco toro azul que se movía adelante y atrás con pulsantes varas amarillas e incontables cubos y conos de colores.

Cuando Savi se detuvo y abrió la puerta corredera, incluso Harman pareció reacio a bajar. Savi ya se había asegurado de que se pusieran las termopielas y sacó tres máscaras de osmosis del compartimiento de herramientas del reptador.

Estaba bastante oscuro ya, las estrellas se unían a los anillos rotatorios en el cielo negro-púrpura, sobre ellos. El brillo de la ciudad de energía iluminaba el lecho marino y los campos de cultivos en un radio de un kilómetro. Savi los condujo hasta una escalera roja y los hizo subir: los escalones macromoleculares soportaron su peso, aunque a Daeman se le antojó que caminaba sobre esponjas gigantes.

A treinta metros sobre el lecho marino, la escalera terminó en una plataforma negra de un metal opaco y oscuro que no reflejaba ninguna luz. En el centro de la plataforma cuadrada había tres sillones de madera de aspecto antiguo con altos respaldos y cojines rojos. Los sillones estaban colocados de manera equidistante alrededor de un agujero negro en la plataforma negra, separados unos diez metros, mirando hacia afuera.

—Sentaos—dijo Savi.

—¿Esto es una broma?—dijo Daeman.

Savi negó con la cabeza y se sentó en el sillón que miraba al oeste. Harman ocupó su asiento. Daeman recorrió de nuevo la negra plataforma, regresó al único sillón vacío.

—¿Qué pasa a continuación?—preguntó—. ¿Tenemos que esperar algo?

Miró la alta torre amarilla cercana, que se alzaba docenas de metros, el material energético reagrupándose como una nube amarilla rectangular.

—Siéntate y lo averiguarás —dijo Savi.

Daeman ocupó torpemente su asiento. El respaldo del sillón y los gruesos brazos estaban ricamente tallados. Había un círculo blanco en el brazo izquierdo del sillón y un círculo rojo en el brazo derecho. No tocó ninguno.

—Cuando yo cuente tres —dijo Savi—, pulsad el botón blanco. Es el que tienes a la izquierda si no distingues los colores, Daeman.

—Soy capaz de distinguir los colores, maldición.

—Muy bien —dijo la anciana—. Una, dos...

—¡Espera, espera! —dijo Daeman—. ¿Qué va a pasarme si pulso el círculo blanco?

—Absolutamente nada. Pero tenemos que pulsarlo al mismo tiempo. Lo descubrí cuando vine aquí sola. ¿Preparados? Uno, dos, tres.

Todos pulsaron sus círculos blancos.

Daeman saltó de su silla y corrió hasta el borde de la plataforma negra y luego hasta la plataforma roja situada treinta pasos más allá antes de volverse a mirar atrás. El estallido de energía había sido ensordecedor.

—¡Mierda! —gritó, pero los otros dos, todavía en sus sillones, no le oyeron.

Era como un rayo, pensó. Un caliente chorro de energía entrecortada, de un metro de diámetro, manaba del agujero negro en el centro del triángulo de sillones hacia el cielo oscuro. Se alzaba más, más... luego se curvaba hacia el oeste como un imposible hilo al rojo blanco, se arqueaba hasta que el extremo desaparecía de la vista en el cielo, pero la parte superior del arco era visible y se movía, como si el rayo estuviera conectado a...

Estaba conectado. Lo estaba. Daeman tuvo un arrebató de miedo que casi le hizo vaciar las entrañas. Estaba conectado al anillo-e que se movía a miles de kilómetros por encima. Conectado a una de las estrellas, una de las luces móviles, que ahora pasaban de oeste a este en aquel anillo.

—¡Vuelve! —le gritaba Savi por encima del estrépito y el crepitar del hilo relámpago.

Daeman tardó varios minutos en volver, en caminar hasta aquel vacío sillón de madera, cubriéndose los ojos, su sombra y la sombra del sillón proyectados a quince metros sobre el techo rojo y negro por la luz cegadora y restallante. Nunca podría explicar más tarde, ni siquiera a sí mismo, cómo o por qué regresó a aquel sillón, ni por qué hizo lo que hizo a continuación.

—A la cuenta de tres, pulsad el círculo rojo —gritó Savi. El pelo gris de la anciana se agitaba alrededor de su cabeza como serpientes cortas. Tenía que gritar por encima del rugido energético para hacerse oír— Una, dos...

No puedo hacerlo, se repetía Daeman. No puedo hacerlo.

—¡Tres! —gritó Savi. Pulsó el círculo rojo. Harman pulsó su círculo rojo.

¡No!, pensó Daeman. Pero pulsó con fuerza su círculo rojo.

Los tres sillones de madera salieron disparados hacia el cielo. Dando vueltas alrededor del chisporroteante y cambiante cordón de luz, fueron lanzados hacia arriba tan rápidamente que un estallido sónico sacudió el lecho marino y el reptador saltó sobre sus cojinetes. Un segundo más tarde, menos de un segundo más tarde, los tres sillones se perdieron de vista en las alturas mientras el hilo de pura energía blanca se retorció y agitaba y arqueaba para seguir los veloces puntos de luz del anillo orbital ecuatorial.

Olimpo, Ilión y Olimpo

El pequeño robot me fascina y me siento tentado a quedarme en el Gran Salón de los Dioses y averiguar qué está pasando, pero tengo miedo de acercarme porque los dioses podrían oírme en este enorme y silencioso espacio. Ahora dialogan con el robot en griego antiguo (al menos los dioses, incluido Zeus, están hablando en el lenguaje común al que me he acostumbrado aquí), pero estoy tan lejos que sólo capto fragmentos.

—... pequeños autómatas... juguetes... del Gran Mar Interior... deberían ser destruidos...

En vez de intentar acercarme, recuerdo por qué estoy aquí (el cepillo de Afrodita) y la importancia de que regrese con las mujeres troyanas. El destino de cientos de miles de personas puede depender de lo que yo haga a continuación, así que me marcho de puntillas, dejando a los dioses y las extrañas máquinas, y encuentro el camino por el largo pasillo lateral hasta la pequeña suite de habitaciones donde me reuní por primera vez con la Diosa del Amor, hace sólo unos días. ¿Puede ser que haga sólo unos días? Han pasado muchas cosas desde entonces, por decir lo mínimo.

Hay voces (voces de dioses) que resuenan en otro lugar del Gran Salón, y me meto en el *pied-à-terre* de Afrodita con el pulso latiéndome en la garganta. El lugar es tal como recuerdo de hace unos cuantos días: sin ventanas, iluminado solamente por unos cuantos trípodes, amueblado con el diván y unos cuantos muebles más. Una pantalla azul brilla suavemente sobre la mesa de mármol. En su momento pensé que era como la pantalla de un ordenador, y ahora me acerco a mirar. Es cierto, el brillante rectángulo azul está separado de la mesa, flotando a unos cuatro centímetros sobre la superficie de mármol, y aunque no se ve en él ningún menú de Microsoft Windows, un círculo blanco flota en él como invitándome a tocarlo y activar la pantalla.

Lo dejo en paz.

Cerca del diván recuerdo que hay algunos artículos personales de Afrodita en una mesita redonda; espero que el cepillo esté allí. No está. Encuentro un broche

de plata, unos cilindros plateados (¿barras de labios divinas? y un espejo de plata ricamente labrado, boca abajo, pero ningún cepillo.

Maldición. No tengo ni idea de cuál de las mansiones repartidas por la amplia cima verde del Olimpo es el hogar de Afrodita, y desde luego no puedo pedirle la dirección a ningún dios. He apostado y perdido el desafío de Helena para que le llevara el cepillo. Pero lo importante es demostrarles que tengo la habilidad de viajar al Olimpo y volver, y la velocidad es esencial. No tengo ni idea de cuánto tiempo esperarán las mujeres troyanas.

Tomo el espejo sin mirarlo con atención, imagino la habitación del sótano en el templo de Atenea en Ilión y retuerzo el medallón TC.

Hay siete mujeres cuando cobro existencia allí, no las cinco que dejé hace unos minutos. Todas retroceden un paso cuando llego, pero una deja escapar un agudo chillido y se cubre la cara con las manos. Todavía tengo tiempo de ver su cara y la reconozco: es Casandra, la hija más hermosa del rey Príamo.

—¿Nos has traído el cepillo, Hock-en-beee-rry, como prueba de tu habilidad para viajar al Olimpo y volver como hacen los dioses?

—No tuve tiempo de buscarlo —digo—. He traído esto.

Le tiendo el espejo a la mujer más cercana, Laódice, la hija de Hécuba.

—El grabado en el mango de plata y la parte posterior del espejo es similar al que recuerdo que tenía el cepillo de la diosa, pero... —dice Helena.

Deja de hablar cuando Laódice abre la boca y casi deja caer el espejo. La sacerdotisa, Teano, lo recoge y mira, se queda blanca y se lo entrega a Andrómaca. La esposa de Héctor se contempla en él y se ruboriza. Casandra lo toma a su vez lo alza se mira y vuelve a gritar.

Hécuba le quita el espejo y la mira con el ceño fruncido. Me doy cuenta inmediatamente de que no hay ningún amor entre las dos mujeres, y recuerdo por que: Casandra, a quien Apolo concedió el don de la profecía, urgió al rey Príamo a que hiciera matar nada más nacer al bebé de Hécuba, Paris. En su infancia, Casandra predijo el desastre que provocaría la captura de Helena y la guerra subsiguiente. Pero, según la tradición, el don de la profecía concedido por Apolo a la muchacha iba acompañado por la maldición de que nadie le creería.

Ahora Hécuba se contempla en el espejo con la boca abierta.

—¿Qué pasa? —pregunto. Debe de haber algo malo en el espejo.

Helena toma el espejo de las manos de la madre de Héctor y me lo tiende.

—¿Ves, Hock-en-beee-rry?

Miro en el cristal. Mi reflejo es... extraño. Soy yo, pero no soy yo. Mi barbilla es más fuerte, mi nariz más pequeña, mis ojos más astutos, mis pómulos más altos, mis dientes más blancos...

—¿Es esto lo que habéis visto todas? —pregunto—. ¿El reflejo idealizado de vosotras mismas?

—Sí —responde Helena—. El espejo de Afrodita sólo muestra belleza. Nos

hemos visto a nosotras mismas como diosas.

No puedo imaginar que Helena pueda ser más hermosa de lo que ya es, pero asiento y toco la superficie del espejo. No es cristal. Es suave, blando, casi como la pantalla de plasma de un ordenador portátil. Tal vez eso es lo que es y dentro de los grabados hay potentes microchips y programas morfeadores de vídeo que contienen algoritmos de simetría, proporciones ideales, y otros elementos de belleza humana tal como ésta se percibe.

—Hock-en-beee-rry —dice Helena—, deja que te presente a estas dos mujeres que han venido esta mañana a juzgar si dices la verdad o no. La mujer más joven es Casandra, la hija de Príamo. La mujer mayor es Herófila, «amada de Hera», la más vieja de las sibilas y sacerdotisas de Apolo Soberano. Fue Herófila quien interpretó el sueño de Hécuba hace muchos años.

—¿Qué sueño es ése?

Hécuba, quien al parecer no está dispuesta a mirar a Herófila ni a Casandra, dice:

—Cuando estaba embarazada de mi segundo hijo, Paris, soñé que daba a luz una vara ardiente que extendía su fuego por toda Ilión, arrasándola hasta los cimientos. Y ese hijo se convirtió en una enfurecida Erinia, una hija de Cronos, dicen algunos, la hija de Forcis dicen otros, el retoño de Hades y Perséfone dicen otros más, pero, según se reconoce, más probablemente hija de la temible Noche. Esta Furia de fuego no tenía alas, pero se parecía a las Arpías. El olor de su aliento era sulfuroso. Un líquido venenoso le brotaba de los ojos. Su voz era como el mugido del ganado asustado. Llevaba en el cinturón un látigo de colas rematadas en bronce, una antorcha en una mano y una serpiente en la otra, y su hogar era el Inframundo, y nació para vengar todas las afrentas contra las madres. Su llegada fue anunciada por todos los perros de Ilión que ladraron su lamento.

—Guau —digo— Es todo un sueño.

—Percibí que la Furia era el niño que más tarde sería llamado Paris —dice la vieja bruja, Herófila—. Casandra también lo vio, y recomendó que se matara al niño en el momento en que saliera del vientre. —La vieja sacerdotisa dirigió a Hécuba una mirada de reproche—. Nuestro consejo fue ignorado.

Helena salta literalmente entre las dos mujeres.

—Todas las presentes, Hock-en-beee-rry, han tenido visiones de Troya incendiada. Pero no sabemos cuál de nuestras visiones surge simplemente de nuestra ansiedad por nosotras mismas, nuestros hijos y nuestros maridos, y qué visiones son verdaderas y surgen del don concedido por los dioses. Así que debemos juzgar la tuya. Casandra tiene preguntas que hacerte.

Me vuelvo a mirar a la mujer más joven. Es rubia y delgadísima, pero de algún modo sigue siendo asombrosamente hermosa. Tiene las uñas mordidas y ensangrentadas, y no deja de retorcer y entrelazar los dedos. No puede estarse

quieta. Sus ojos están tan enrojecidos como sus uñas. Al mirarla me acuerdo de las fotos que he visto de hermosas estrellas de cine en proceso de rehabilitación por su adicción a la cocaína.

—No he soñado contigo, hombre de aspecto débil —dice. Yo paso por alto el insulto y ella continúa—: Pero te pregunto lo siguiente. Una vez soñé con el rey Agamenón y su reina Clitemnestra como un gran toro real y una vaca. ¿Qué te dice este sueño, oh, profeta?

—No soy ningún profeta —digo—. Tu futuro es simplemente mi pasado. Pero ves a Agamenón como un toro porque será sacrificado como un buey tras su regreso a Esparta.

—¿En su propio palacio?

—No —digo. Siento como si estuviera en el meollo de los exámenes orales de la facultad de Hamilton, mi vieja *alma mater*—. Agamenón morirá en casa de Egisto.

—¿A manos de quien? ¿Por voluntad de quién? —presiona Casandra.

—De Clitemnestra.

—¿Por qué motivo, oh, no-profeta?

—Su furia porque Agamenón ha sacrificado a su propia hija, Ifigenia.

Cassandra sigue mirándome, pero asiente levemente a las otras mujeres.

—¿Y qué sueñas de mí y de mi futuro, oh, vidente? —pregunta con sorna.

—Serás salvajemente violada en este mismo templo.

Parece que todas las mujeres contienen la respiración. Me pregunto si habré ido demasiado lejos. Bueno, esta zorra quiere la verdad, así que le daré la verdad.

Cassandra se mantiene imperturbable, incluso parece complacida. Me doy cuenta de que la joven profetisa ha visto esta violación durante la mayor parte de su vida. Nadie ha escuchado sus advertencias. Debe de ser reconfortante para ella oír que alguien confirma su visión.

Pero su voz no suena complacida cuando vuelve a preguntar:

—¿Quién me violará en este templo?

—Ajax.

—¿Ajax el Pequeño o Ajax el Grande? —pregunta la mujer. Casandra parece neurótica y ansiosa, pero también muy hermosa en su vulnerabilidad.

—Ajax el Pequeño —digo—. Ajax de la Lócride.

—¿Y qué estaré haciendo yo aquí arriba en este templo, hombrecito, cuando el poderoso Ajax de la Lócride me viole?

—Intentando salvar el Paladión —respondo. Hago un gesto hacia la pequeña estatua que tengo a tres metros.

—¿Y queda sin castigo Ajax el Pequeño, oh, hombre?

—Se ahogará en el camino de vuelta a casa —digo—. Cuando su navío naufrague en las rocas Giras. En opinión de la mayoría de los expertos es un signo de la cólera de Atenea.

—¿Castigaré a Ajax de la Lócride furiosa por mi violación o para vengar la profanación de su templo?—exige saber Casandra.

—No lo sé. Probablemente por lo segundo.

—¿Quién más estará en el templo cuando sea violada, oh, hombre?

Aquí tengo que pensar un segundo.

—Odiseo —digo por fin, mi voz elevándose al final, como el estudiante que espera que su respuesta sea correcta.

—¿Quién más además de Odiseo, hijo de Laertes, será testigo de mi violación esa noche?

—Neptólemo —digo por fin,

—¿El hijo de Aquiles? —interrumpe Teano con una mueca—. Tiene nueve años y está en Argos.

—No —digo yo—. Tiene diecisiete años y es un feroz guerrero. Lo llamarán para que venga de Esciro cuando muera su padre, y Neptólemo acompañará a Odiseo en el vientre del gran caballo de madera.

—¿Caballo de madera? —dice Andrómaca.

Por las pupilas dilatadas de Helena, Herófila y Casandra sé que estas mujeres han tenido visiones del caballo.

—¿Tiene ese Neptólemo otro nombre? —pregunta Casandra... Habla en el tono y con la intensidad de un fiscal entregado.

—Será conocido por las generaciones futuras como Pirro —digo. Intento recordar detallitos de la *scholia*, de los poetas cíclicos, del *Cypria* de Proclo y de mi Píndaro. Ha pasado mucho tiempo desde que leí a Píndaro—. Neptólemo no regresará al antiguo hogar de Aquiles en Esciro después de la guerra —digo—, sino que desembarcará en Molosia, en la zona occidental de la isla, donde los reyes posteriores lo llamarán Pirro y dirán que descienden de él.

—¿Cometerá algún otro acto la noche en que los griegos tomen Troya? —presiona Casandra.

Miro a mi jurado de mujeres troyanas: la esposa de Príamo, la hija de Príamo, la madre de Escamandrio, las sacerdotisas de Atenea, una sibila con poderes paranormales. Luego a esta mujer-niña maldita por las visiones y a Helena, esposa de Menelao y Paris. En conjunto, preferiría al jurado de O. J. Simpson.

—Pirro, ahora conocido como Neptólemo, matará al rey Príamo esa noche en el templo de Zeus —digo—. Arrojará a Escamandrio desde las murallas y esparcirá los sesos del niño sobre las rocas. Llevará personalmente a Andrómaca a la esclavitud. Esto ya se lo he contado a las demás.

—¿Y vendrá pronto esa noche? —insiste Casandra.

—Sí.

—¿Dentro de meses y años o de días y semanas?

—Días y semanas —digo. Intento calcular cuántos días faltan para que

Aquiles mate a Héctor y Troya caiga cuando la cronología de la *Iliada* se restablezca, si lo hace. No muchos.

—Ahora cuéntanos, cuéntame, hombre, cuál será mi destino después de la violación de Ilión y de Casandra —exige saber Casandra.

Aquí vacilo. La boca se me seca.

—¿Tu destino? —consigo decir.

—Mi destino, oh, hombre del futuro —susurra la hermosa rubia—. Sin duda, violada o no, no me dejarán atrás cuando Andrómaca sea conducida a la esclavitud y la noble Helena sea reclamada de nuevo por el furioso Menelao. ¿Qué va a ser de Casandra, oh, hombre?

Intento lamerme los labios. *¿Puede ella ver su propio destino?* No tengo ni idea de si el don de la profecía de Apolo va más allá de la caída de Troya. Alguien, creo que fue el poeta erudito Robert Graves, tradujo el nombre de Casandra como “la que enreda a los hombres”. Pero también es alguien que ha sido maldecida por los dioses, obligada a decir siempre la verdad. Decido hacer lo mismo.

—Tu belleza hará que Agamenón te reclame como concubina —digo, la voz apenas audible—. Te llevará a casa consigo, como su... concubina.

—¿Le daré hijos antes de que lleguemos?

—Eso creo —digo, e incluso a mí me suena ridículo. Sigo mezclando a mi Homero con mi Virgilio, mi Virgilio con mi Esquilo y a todos con Eurípides. Demonios, incluso Shakespeare le dio un tiento a esta historia—. Hijos gemelos —digo después de una pausa—. Telédamo y... oh... Pélope.

—¿Y cuando llegue a Esparta, a la casa de Agamenón? —me insta Casandra.

—Clitemnestra te matará con la misma hacha con la que matará a Agamenón —digo, mi voz más aguda de lo que pretendía.

Casandra sonríe. No es una sonrisa agradable.

—¿Antes o después de que decapite a Agamenón?

—Después —digo. *Al carajo*. Si ella puede soportarlo, yo también. Probablemente ya estoy muerto, de todas formas. Pero usaré el táser con tantas de estas zorras como pueda antes de que se me lleven por delante—. Clitemnestra tendrá que perseguirte un rato —digo—. Pero te alcanza. Te corta también la cabeza. Y luego mata a tus bebés.

Las siete mujeres me miran largamente en silencio, y sus miradas son inescrutables. Recuerdo que no tengo que jugar jamás al póquer con ninguna de estas tías. Luego Casandra dice:

—Sí, este hombre conoce el futuro. Si su visión y su presencia aquí son un regalo de los dioses o un truco de los dioses para descubrir nuestra traición, eso ya no lo sé. Pero debemos confiarle nuestro secreto. Queda muy poco tiempo para el fin de Ilión para hacer otra cosa.

Helena asiente.

—Hock-en-beee-rry, usa tu medallón para ir a los campamentos de los aqueos. Lleva a Aquiles al vestíbulo de la habitación del niño, en casa de Héctor, a la hora del siguiente cambio de guardia.

Pienso. Los guardias de la muralla cambiarán y los gongs sonarán a lo que tendrían que ser las once y media de la noche. Dentro de una hora.

—¿Y si Aquiles no quiere venir conmigo?

En la mirada colectiva que las mujeres me vierten encima hay siete partes de desdén combinadas con tres partes de piedad.

TCeo pitando de allí.

No debería hacerlo, es una locura, sobre todo porque tengo miedo de enfrentarme a Aquiles, pero durante el examen oral de Casandra no dejaba de sentir curiosidad por el pequeño robot que había en el Olimpo. He visto cosas raras en el Olimpo hasta ahora, naturalmente (sin contar a los dioses y diosas, que ya son bastante extraños), como ese gigantesco Curador insectoide. Pero algo en el pequeño robot, si eso es lo que es, me ha llamado la atención. No parecía de ninguno de los mundos entre los que he estado dividiendo mi tiempo en los últimos nueve años: ni del Olimpo ni de Ilión. El pequeño robot parecía más de mi mundo. Mi viejo mundo. El mundo real. No me pregunten por qué. Nunca he visto un robot humanoide excepto en las películas de ciencia ficción.

Además, me digo, dispongo de una hora antes de tener que presentarle Aquiles a Héctor. Me pongo el Casco de Hades y me teleporto cuánticamente de vuelta al Gran Salón de los Dioses.

El pequeño robot y los otros aparatos, incluida la gran cosa parecida a un cangrejo, han desaparecido, pero Zeus sigue aquí. Y hay más dioses. Uno de ellos es el dios de la guerra, Ares, a quien vi por última vez en el tanque junto a Afrodita.

Madre del amor hermoso, ¿dónde está Afrodita ahora? Ella puede verme, aunque lleve puesto este casco. Le ordenó a la musa que me lo diera porque podía localizarme cuando quisiera. ¿Ha salido ya del tanque? *Dios mío.*

Ares les ruge a todos los dioses mientras Zeus permanece sentado en su trono.

—¡Abajo impera la locura! —grita el dios de la guerra—. Me marchó unos cuantos días y dejáis que la guerra se os vaya de las manos. ¡Impera el caos! Aquiles ha matado a Agamenón y ha tomado el mando de los ejércitos aqueos. Héctor se bate en retirada cuando la victoria para los troyanos era la regia orden de Zeus.

¿Agamenón muerto? ¿Aquiles al mando? Santo cielo. Ya no estamos en la *Iliada*, Totó.

—¿Y que hay de los autómatas que he traído, mi señor Zeus? ¿Esos... moravecs? —exige saber Apolo. Su voz resuena en el Gran Salón. Veo a más

dioses y diosas que ocupan los entresuelos. La pantalla del suelo muestra escenas de locura y asesinato en las líneas de batalla troyanas y el campamento argivo. Pero yo me concentro en el enorme y fornido Zeus, que sigue sentado en su trono dorado. Sus muñecas enormes, como esculpidas por Rodin en mármol de Carrara. Estoy tan cerca que distingo el vello gris en el pecho desnudo de Zeus.

—Cálmate, Apolo, noble arquero —trueno el dios de todos los dioses—. He ordenado eliminar a los autómatas moravecs. Hera los ha destruido ya.

¿Pueden empeorar las cosas?, me pregunto.

Justo entonces, Afrodita entra en el salón flanqueada por Tetis, la madre de Aquiles, y mi musa.

El Anillo Ecuatorial

Daeman gritó durante absolutamente *todo* el ascenso.

A lo mejor Savi y Harman gritaban también (*deberían* haberlo hecho), pero Daeman sólo podía oír sus propios gritos. En cuanto sus sillones despegaron verticalmente y luego empezaron a ascender dando vueltas alrededor del eje de luz (Daeman boca abajo a tres mil metros sobre la verde Cuenca Mediterránea y gritando todo el camino) dos grandes fuerzas empezaron a actuar sobre él: una, la aceleración; la otra, una presión constante que lo envolvía y tenía que ser algún tipo de campo de fuerza. No solo lo mantenía sujeto a los rojos cojines de su sillón volador, sino que se apretaba contra su cara, su pecho, su boca, sus pulmones.

Daeman seguía gritando.

Los tres sillones continuaban dando vueltas en sentido contrario a las agujas del reloj alrededor del grueso rayo de energía blanca, y de repente Daeman se encontró mirando las estrellas y los anillos. Siguió gritando, sabiendo que el sillón continuaría rotando, que esta vez se caería, y que ahora la caída sería desde decenas de miles de metros de altura. No cayó, pero siguió gritándole a la Tierra mientras volaban cada vez más alto. Su trayectoria parecía casi plana ahora, casi paralela a la superficie del planeta que tenían tan por debajo. Era de noche sobre Asia Central, pero los altos cúmulos que cubrían cientos de kilómetros estaban iluminados desde dentro. Rápidos destellos de relámpagos iluminaban la roja masa de tierra que se vislumbraba entre la capa de nubes. Daeman no sabía que se trataba de Asia Central. Los sillones seguían dando vueltas, mostrándole las estrellas y los anillos y la capa bastante visible de la atmósfera (¡bajo ellos ahora!), y el sol pareció alzarse de nuevo por el oeste, desparramándose por aquella minucia de atmósfera en brillantes chorros rojos y amarillos.

Habían recorrido ya el noventa y nueve por ciento de la capa atmosférica, pero Daeman no lo sabía. El campo de fuerza le suministraba aire, impedía que las fuerzas-g lo destrozaran y encerraba una bolsa de aire que le permitía gritar. Se estaba quedando ronco cuando advirtió que se acercaban al anillo-e.

El anillo no era lo que siempre había imaginado, pero estaba demasiado ocupado agarrando los brazos de su asiento y gritando para advertirlo. Daeman siempre había visualizado los anillos e y p de los posts como compuestos de miles de cilindros brillantes, latas de metal o cristal a través de las cuales se podía ver a los posthumanos de fiesta y haciendo lo que quiera que los posthumanos hicieran. No era así.

La mayoría de los objetos brillantes hacia los que se dirigían tan velozmente, mientras el retorcido rayo de luz seguía ascendiendo y alejándose de ellos a medida que subían más y más, eran complejas estructuras de varas y cables y largos tubos de cristal, más parecidas a antenas que a casas orbitales. Al final de algunas de aquellas estructuras había brillantes esferas de energía, cada una de ellas con pulsantes esferas negras en el centro. Otras estructuras sostenían espejos gigantes (cada uno de varios kilómetros, advirtió Daeman entre grito y grito), que reflejaban o lanzaban rayos azules, amarillos o incoloros a otros espejos. Anillos y esferas resplandecientes, al parecer compuestos de la misma materia exótica y energética que Atlántida, disparaban láseres y latían impulsores con estudiados estallidos que se abrían y se extendían en brillantes conos de partículas. Ninguna de las esferas o anillos o estructuras parecía un posible hogar de los posthumanos.

El horizonte de la Tierra se volvió perceptiblemente curvo, luego se curvó aún más, como un arco que se dobla lentamente. El sol se puso de nuevo por el oeste y el cielo se llenó de estrellas sólo un poco menos brillantes que las resplandecientes estructuras de arriba. Debajo, Daeman (a miles de kilómetros, al menos) vio una cordillera de montañas nevadas brillando a la luz de las estrellas y el anillo. Más al oeste, cerca del extremo curvo del mundo, resplandecía un océano. De repente la rotación de los sillones se redujo y Daeman dobló el cuello y miró hacia arriba.

Entre las estructuras móviles transversales y los espejos apareció una montaña con una ciudad brillante alrededor.

Daeman dejó de gritar mientras los sillones se ladeaban más hacia delante y el campo de fuerza lo apretaba más firmemente contra los cojines y el respaldo. En ese segundo de pausa advirtió que el retorcido rayo de energía por el que se deslizaban terminaba en aquella ciudad resplandeciente, en la gigantesca plancha de roca.

La ciudad no estaba hecha de materia energética. Parecía de cristal, con cada uno de sus cientos de miles de paneles y facetas iluminado desde dentro. A Daeman le pareció un gigantesco farolillo japonés. Justo cuando temía que su retorcido triángulo de sillones chocara contra una de las más altas torres circulares del extremo cercano de aquella montaña orbital, su sillón se volcó por completo y el campo de fuerza lo dejó sin respiración mientras deceleraban tan rápido que su visión pasó del rojo al negro y otra vez del negro al rojo.

No habían frenado lo suficiente. Daeman gritó una última vez, completamente ronco ya, y chocaron contra el edificio que debía de tener un centenar de pisos de altura.

No hubo ningún estrépito de cristales rotos, ninguna súbita detención fatal. La pared del edificio se combó y los absorbió y los transportó a lo largo de un brillante cono, como si se hubieran zambullido en goma amarilla. Luego el embudo los escupió en una sala con seis brillantes paredes blancas. El rayo de energía desapareció. Los sillones volaron en direcciones distintas. Los campos de fuerza se apagaron.

Daeman gritó una última vez, se deslizó por el duro suelo, rebotó en una pared aún más dura, salió disparado hasta el techo y de nuevo al suelo. Entonces sólo vio negrura.

Estaba cayendo.

Daeman recuperó la consciencia con una sacudida y su cuerpo y su cerebro le dijeron que estaba girando, cayendo. ¿Del sillón? ¿A la tierra? Abrió la boca para gritar de nuevo pero la cerró al darse cuenta de que estaba flotando en el aire mientras Savi lo sostenía por un brazo y Harman por el otro.

¿Flotando? ¿Cayendo! Se agitó y se rebulló, pero Savi y Harman (que también flotaban en la habitación blanca) giraron en el aire con él, sin soltarle los brazos.

—No pasa nada —dijo Savi—. Estamos en cero-g.

—¿En qué? —jadeó Daeman.

—En gravedad cero. No hay peso. Toma, ponte esto.

Le tendió una de las máscaras de osmosis del reptador. Alguien le había puesto ya la capucha de termopiel sobre la cara y el traje inteligente había extendido los guantes sobre sus manos. Ahora Daeman se agitó confundido, pero la anciana y el otro hombre le colocaron la máscara de osmosis transparente en su sitio, sobre la nariz y la boca.

—Es un respirador de emergencia por si hay fuego o gases tóxicos —dijo Savi—. Pero funcionará en el vacío durante unas cuantas horas.

—¿Vacío? —repitió Daeman.

—La ciudad de los post ha perdido la gravedad y gran parte de su aire —dijo Harman—. Ya hemos atravesado esa pared mientras tú estabas inconsciente. Hay suficiente aire para nadar, pero no suficiente para respirar.

¿Suficiente aire para nadar? ¿Ya habían atravesado la pared?, pensó Daeman, la cabeza dolorida. *Ahora los dos se han vuelto locos.*

—¿Cómo se pierde la gravedad? —dijo en voz alta.

—Creo que usaron los campos de fuerza para conseguir gravedad en este asteroide —dijo Savi—. La roca no es lo bastante grande para generar la

suficiente por su cuenta, y la ciudad interior muestra algunos signos de estar orientada hacia el suelo.

Daeman no preguntó qué era un asteroide. No le importaba.

—¿Podemos volver? —preguntó, pero inmediatamente añadió—: No voy a volver a sentarme en uno de esos sillones.

La sonrisa de Savi fue visible a través de su máscara de osmosis. Se había quitado la ropa para permitir que su termopiel actuara más eficazmente (llevaba una de color perla), y el traje, no más grueso que una capa de pintura, mostraba lo delgada y huesuda que era en realidad la anciana. Harman también llevaba su propia termopiel azul. Daeman bajó la cabeza y vio que le habían quitado la ropa, de modo que su termopiel verde dejaba ver lo regordete que estaba. Con la termopiel y la máscara de osmosis puestas, Daeman oía las voces de los otros a través de los auriculares de su capucha, u oía el leve eco de su propia voz jadeando en los micrófonos insertados.

—Esos sillones no van a ir a ninguna parte durante algún tiempo —dijo Savi. Indicó el lugar donde flotaban trozos de los sillones rotos y los cojines rojos.

—No me puedo creer que los posts viajaran regularmente a los anillos en esas cosas —dijo Harman. El leve temblor de su voz dio a entender a Daeman que no era el único que había odiado aquel trayecto.

—Tal vez todos eran fans de las montañas rusas —dijo Savi.

—¿Qué es una...? —empezó a preguntar Daeman.

—No importa —dijo la anciana. Se puso la mochila que había sostenido en el regazo durante todo el viaje y añadió—: ¿Dispuestos a atravesar esa pared y conocer a los posts?

Atravesar la pared no fue nada difícil. A Daeman le pareció que era como atravesar una especie de membrana que cedía, o tal vez como nadar a través de una cortina de agua caliente que cayera con fuerza.

Nadar. En el aire. Incluso cuando llevaba treinta minutos haciéndolo a Daeman le seguía pareciendo raro. Al principio agitó brazos y piernas de forma desordenada, sin apenas moverse y girando invariablemente de cabeza, pero luego aprendió el truco de impulsarse con los pies de un objeto sólido al siguiente, incluso salvando distancias de tres metros o más, usando las piernas para darse impulso y las palmas extendidas para hacer leves correcciones en pleno vuelo.

Todos los edificios parecían conectados por corredores internos, y lo que parecía una brillante iluminación interior resultó ser una ilusión cuando se acercaron. Las ventanas brillaban cálidamente, pero eran las *ventanas* las que emitían la luz. Los enormes interiores (el primer lugar al que salieron tras la pared blanca medía diez o doce metros de largo y al menos treinta de alto, con terrazas abiertas alzándose a ambos lados del espacio de columnas) estaban todos tenuemente iluminados por el brillo anaranjado de las distantes paredes-ventana. Daeman tuvo la sensación de que se movía bajo el agua. Para aumentar la

sensación de estar sumergido, varias plantas que habían crecido sin cuidados hasta doce y quince metros se mecían con la leve brisa como altos brotes de algas.

Daeman percibió la escasez de la atmósfera cuando intentó nadar en lo que quedaba de aire. Aunque la termopiel cubría toda la piel expuesta y conservaba todo su calor corporal, sentía a pesar de todo el frío gélido al otro lado de la capa molecular. También veía sus efectos, ya que los paneles internos de cristal estaban cubiertos de una fina capa de hielo y, de vez en cuando, amasijos de cristales de hielo que flotaban libremente captaban la luz como polvo en los haces luminosos de una catedral.

Se encontraron con los primeros cuerpos cuando llevaban apenas cinco minutos pateando y nadando entre los edificios asteroidales conectados.

La superficie del suelo estaba cubierta de hierba, plantas terrestres, árboles y flores que Daeman nunca había visto, a excepción de las oscilantes torres de algas. Aunque la superficie había sido similar a un parque, los balcones abiertos sobre columnas de metal y las zonas de comedores y reuniones festoneadas en las paredes y las superficies de las ventanas demostraban lo débil que debía de haber sido el campo gravitatorio. Los posthumanos tenían que haber sido capaces de despegar del suelo y surcar una decena de metros en vertical antes de necesitar otra plataforma o punto de apoyo aéreo para volver a impulsarse. Muchas de estas plataformas aún contenían mesas heladas, sillas volcadas, sofás hinchados y tapices sueltos.

Y cuerpos.

Savi consiguió llegar a una terraza de casi diez metros de diámetro. En su momento obviamente se encontraba junto a una pequeña cascada que caía de un balcón, doce o quince metros más arriba de la pared de permfalto, pero ahora la cascada estaba congelada en un frágil entramado de hielo y en el comedor sólo había cuerpos flotantes.

Cuerpos femeninos. Todos femeninos, aunque eran grises y parecían más bien momias correosas que seres masculinos o femeninos. Había un poco de descomposición, pero los efectos del frío extremo y la débil presión del aire habían congelado y secado los cuerpos a lo largo de años o décadas o siglos. Cuando Daeman se acercó flotando al primer grupo de cuerpos (todos flotando en cero-g, revueltos en una malla que una vez fue una especie de red decorativa situada entre el comedor y la cascada) decidió que habían pasado siglos, no sólo décadas, desde que aquellas mujeres respiraran y caminaran y flotaran en lo que Savi había dicho que era probablemente una décima parte de la gravedad, y rieran e hicieran lo que quiera que los posthumanos hubieran hecho antes... ¿antes de qué? Los ojos de las mujeres estaban todavía intactos, aunque congelados y nublados de blanco en los grises rostros de cuero, y Daeman contempló las miradas lechosas de la media docena de cadáveres como si

podiera haber alguna respuesta en ellas. Como no encontró ninguna, se aclaró la garganta y dijo al micrófono de su máscara de osmosis:

—¿Qué creéis que las mató?

—Me estaba preguntando lo mismo —dijo Harman, flotando cerca de un grupo distinto de cadáveres. El azul de su traje resultaba bastante chillón a la luz mortecina y contrastaba con la piel gris de los cadáveres—. ¿Despresurizaron súbita?

—No —dijo Savi. Su cara estaba a sólo centímetros de la de una de las mujeres muertas—. No hay hemorragia en los ojos ni signos de asfixia ni oídos reventados, como debería haberse producido en una pérdida cataclísmica de atmósfera. Y mirad esto.

Los otros dos flotaron para acercarse. Savi metió tres dedos enguantados en el agujero irregular del cuello correoso de un cadáver. Los dedos desaparecieron hasta los nudillos. Asqueado, Daeman se retiró, pero no antes de advertir que los otros cadáveres también tenían heridas similares en cuellos, muslos y cavidades torácicas.

—¿Carroñeros? —dijo Harman.

—No, no lo creo —dijo Savi, flotando de cadáver en cadáver, inspeccionando cada herida—. Ni los efectos de la descomposición. No creo que hubiera aquí muchas bacterias viables antes de que el aire empezara a escapar y el frío a adueñarse del lugar. Tal vez los posthumanos ni siquiera tenían bacterias en las tripas.

—¿Como es posible? —pregunto Daeman.

Savi negó con la cabeza. Flotó hasta dos cadáveres sujetos en sillas en la siguiente plataforma. Los cuerpos tenían heridas más amplias en el vientre. Jirones de ropa rasgada flotaban en el aire frío y fino.

—Algo les abrió un agujero en el vientre —susurró Savi.

—¿Qué? —Daeman oyó lo hueca que sonaba su voz en el comunicador de la termopiel.

—Creo que toda esta gente, estos posts, murieron por heridas —dijo Savi—. Algo les ha roído la garganta, el vientre y el corazón.

—¿Qué? —volvió a preguntar Daeman.

En vez de responder, Savi sacó la pistola negra de su mochila y la guardó en el bolsillo del muslo de su traje de termopiel. Indicó la zona abierta de la ciudad interior, que se curvaba a un kilómetro de distancia por delante.

—Allí se mueve algo —dijo.

Sin esperar a ver si los dos hombres la seguían, Savi se impulsó y flotó en aquella dirección.

Monte Olympus

Después de su captura, Mahnmut pensó que su mejor opción hubiese sido disparar el Aparato (fuera lo que fuese) en cuanto el dios rubio del carro volador destruyó el globo y empezó a remolcarlos hacia el Monte Olympus.

Pero no pudo llegar al Aparato. Ni al transmisor. Ni a Orphu. Mahnmut necesitó cuanto tenía para agarrarse a la baranda de la barquilla mientras volaban casi a Mach 1 hacia el volcán marciano. Si el Aparato, el transmisor y Orphu no hubieran estado atados a la plataforma de la barquilla con todos los metros de cuerda y cable que Mahnmut había podido encontrar, los tres objetos habrían caído doce mil metros y más hasta el altiplano situado entre el volcán más septentrional de Tharsis (Ascraeus) y el Mar de Tetis.

El dios de la máquina (todavía cargando toneladas de peso con el añadido de los cables con una sola mano) ganó altitud mientras el carro se dirigía al norte, viraba sobre el mar, todavía subiendo, y llegaba al Monte Olympus desde el norte. Incluso con sus cortas patas colgando y sus manipuladores hundidos profundamente en la baranda de la barquilla, Mahnmut tuvo que admitir que era una vista impresionante.

Una masa casi sólida de nubes cubría casi toda la región entre los volcanes de Tharsis y el Olympus. Sólo las oscuras sombras de los volcanes sobresalían de la capa nubosa. Al suroeste, el sol naciente era pequeño pero muy brillante, y teñía el océano y las nubes de un dorado brillante. El resplandor dorado del Mar de Tetis era tan intenso que Mahnmut tuvo que conectar sus filtros polarizadores. El Olympus mismo, justo al borde del océano de Tetis, era apabullante, inmenso, un cono interminable de costados helados alzándose hasta una cumbre imposiblemente verde con una serie de lagos azules en su caldera.

El carro descendió y Mahnmut vio los acantilados verticales de cuatro mil metros justo en la base del cuadrante noroccidental, y aunque los acantilados estaban en sombras, también divisó carreteras diminutas y estructuras en lo que parecía ser una estrecha franja de playa, aunque casi con toda certeza había cuatro o cinco kilómetros de costa entre los acantilados y el océano dorado. Mas

al norte y hacia el mar, convertida en isla por la terraformación, estaba Lycus Sulci, que parecía una cabeza de lagarto alzada hacia el Monte Olympus.

Mahnmut le describió todo esto a Orphu, subvocalizando en el canal de tensorsrayo. El único comentario del ioniano fue:

—Parece bonito, pero me gustaría que hiciéramos este recorrido por nuestros propios medios.

Mahnmut se acordó de que no había venido a ver las vistas cuando la gigantesca forma humanoide dirigió el carro hacia la cumbre del enorme volcán. A tres mil metros por encima de las faldas heladas, atravesaron un campo de fuerza (los sensores de Mahnmut registraron la sacudida del ozono y los diferenciales de voltaje) y luego se estabilizaron para el acercamiento final a la cumbre verde y herbosa.

—Lamento no haber visto venir antes a ese tipo del carro y haber emprendido alguna acción evasiva —le dijo Mahnmut a Orphu en los últimos segundos que faltaban antes de tener que desconectar la comunicación para el aterrizaje.

—No es culpa tuya —dijo Orphu—. Estos *deus ex machinas* saben como engatusarnos a nosotros los literatos.

Después de aterrizar, el dios que los había capturado agarró a Mahnmut por el cuello y lo llevó sin más ceremonias al mayor espacio artificial que el pequeño moravec hubiese visto jamás. Otros dioses masculinos salieron a transportar a Orphu, el Aparato y el transmisor. Más dioses varones entraron en el salón mientras Zeus escuchaba al primer dios describir su captura. Mahnmut se consoló pensando que aquellas personas de los carros se *consideraban* a sí mismas dioses, y que por lo tanto su elección del Monte Olympus como hogar no era ninguna coincidencia. Los hologramas situados en nichos de docenas y docenas de dioses reforzaron su hipótesis. Entonces el über-dios que Mahnmut supuso que era Zeus empezó a hablar y todo fue incomprensible para el moravec. Mahnmut pronunció una frase o dos en inglés. Los dioses de barba gris y los más jóvenes fruncieron el ceño, sin comprender. Mahnmut se maldijo por no haber descargado nunca el griego antiguo o el griego moderno en sus bases de datos. No le había parecido necesario la primera vez que zarpó en *La Dama Oscura* para explorar los océanos de Europa.

Mahnmut pasó al francés. Al alemán. Al ruso. Al japonés. Repasaba su modesta base de datos de lenguajes humanos, dando forma a la misma frase («Vengo en son de paz y no pretendo molestar») cuando la figura de Zeus alzó una mano enorme para hacerlo callar. Los dioses hablaban entre sí y no parecían contentos.

¿Qué está pasando?, envió Orphu por tensorsrayo. El caparazón del ioniano

estaba a cinco metros de distancia, en el suelo, junto a los otros dos artefactos de la barquilla. Sus captoreos no parecían haber tenido en cuenta que era una persona sentiente dentro de aquella forma cascada y abollada, y trataban a Orphu como si fuera otra cosa más. Mahnmut así lo esperaba. Por eso decía «vengo» en vez de «venimos». Fuera lo que fuese que decidieran hacerle los dioses, existía la remota posibilidad de que dejaran a Orphu en paz, aunque Mahnmut no tenía ni idea de cómo podría escapar el pobre ioniano sin ojos, oídos, patas ni manipuladores.

Los dioses están hablando, envió Mahnmut, subvocalizando por tensorrayo. *No los comprendo.*

Repíte unas cuantas palabras que estén usando.

Mahnmut así lo hizo, enviándolas en silencio.

Es un dialecto del griego clásico, dijo Orphu. *Está en mi base de datos. Puedo entenderlos.*

Descárgame esa base de datos, envió Mahnmut.

¿Por tensorrayo? Tardaría una hora. ¿Tienes una hora?

Mahnmut volvió la cabeza para mirar a los hermosos varones humanoides que se ladraban sílabas unos a otros. Parecían a punto de tomar una decisión. *No*, dijo.

Subvocalízame lo que ellos digan y yo traduciré, decidiremos la respuesta adecuada, y yo enviaré los fonemas para tu respuesta, dijo el ioniano.

¿En tiempo real?

¿Tenemos otra opción?, dijo Orphu.

Su captor estaba hablando con la figura barbuda del trono dorado, Mahnmut envió lo que oía, recibió la traducción una fracción de segundo después, consultó con Orphu, y memorizó las sílabas de su respuesta en griego. Al pequeño moravec no le parecía un sistema demasiado eficaz.

—... es un pequeño autómatas listo y los otros objetos carecen de valor como botín, mi señor Zeus —dijo el dios rubio de dos metros y medio de altura.

—Señor del arco de plata, Apolo, no desprecies estos juguetes como inútiles hasta que sepamos de dónde vienen y por qué. El globo que destruiste no era ningún juguete.

Ni yo soy un juguete, dijo Mahnmut. *Vengo en son de paz y no era mi intención molestar a nadie.*

Los dioses murmuraron entre sí.

¿Qué altura tienen estos dioses?, preguntó Orphu por tensorrayo.

Mahnmut los describió rápidamente.

No es posible, dijo el ioniano. *La estructura del esqueleto humano deja de ser eficaz a partir de dos metros de altura, y tres metros sería absurdo. Los huesos inferiores de las piernas se romperían.*

Estamos en gravedad marciana, le recordó Mahnmut a su amigo. Es el peor campo-g que he soportado, y eso que es sólo una tercera parte del terrestre.

Entonces, ¿piensas que estos dioses son de la Tierra?, preguntó Orphu. Parece improbable a menos que...

Discúlpame, envió Mahnmut. Estoy ocupado.

Zeus se echó a reír y se inclinó hacia delante en su trono.

—Así que el pequeño juguete puede hablar el lenguaje humano.

—Puedo —repuso Mahnmut, repitiendo las palabras de Orphu. Ningún moravec conocía el tratamiento de respeto adecuado para el dios de todos los dioses, el rey de los dioses, el señor del universo. Habían decidido no probar ninguno.

—Los Curadores pueden hablar —replicó Apolo, todavía dirigiéndose a Zeus—. Pero no saben pensar.

—Yo sé hablar y pensar —dijo Mahnmut.

—¿De verdad? —dijo Zeus—. ¿Tiene nombre la pequeña persona que habla y piensa?

—Soy Mahnmut el moravec —dijo Mahnmut firmemente—. Marino de los mares congelados de Europa.

Zeus se rio, pero fue un rugido tan grave que el material de la superficie de Mahnmut vibró.

—¿Lo eres? ¿Quién es tu padre, Mahnmut el moravec? —Mahnmut y Orphu tardaron dos segundos enteros en decidir la respuesta más sincera.

—No tengo padre, Zeus.

—Entonces eres un juguete —dijo. Cuando el dios fruncía el ceño, sus grandes cejas blancas casi se tocaban por encima de su afilada nariz.

—No soy un juguete —dijo Mahnmut—. Simplemente soy una persona con una forma diferente. Igual que mi amigo, Orphu de Io, moravec espacial que trabaja en el toro de Io.

Indicó el caparazón y todos los ojos divinos se volvieron hacia Orphu. Había sido insistencia de Orphu revelar su naturaleza. Dijo que quería compartir el destino de Mahnmut, fuera cual fuese.

—¿Otra persona pequeña, pero ésta con forma de cangrejo roto? —dijo Zeus, ahora serio.

—Sí —dijo Mahnmut—. ¿Puedo conocer los nombres de nuestros captores?

Zeus vaciló, Apolo negó con la cabeza, pero al final el rey de los dioses hizo un irónico gesto y abrió las manos señalando a cada dios por turno.

—Vuestro captor, como sabéis, es Apolo, mi hijo. Junto a él, encargado de gritar antes de que te unieras a nuestra conversación, está Ares. La oscura figura situada detrás de él es mi hermano Hades, otro hijo de Cronos y Rea. A mi derecha está el hijo de mi esposa, Hefesto. El regio dios que se encuentra junto a tu amigo-cangrejo es mi hermano Poseidón, convocado aquí en honor de vuestra

llegada. Cerca de Poseidón, con su collar de algas doradas, está Nereo, también de las profundidades. Tras el noble Nereo, Hermes, guía y aniquilador de gigantes. Hay muchos más dioses... y diosas, veo, que entran en el Gran Salón mientras hablamos, pero estos siete dioses y yo seremos vuestro jurado.

—¿Jurado? —dijo Mahnmut—. Mi amigo Orphu de Io y yo no hemos cometido ningún crimen contra vosotros.

—Al contrario —dijo Zeus con una risotada. Cambió al inglés—. Habéis venido del espacio de Júpiter, pequeño moravec, pequeño robot, probablemente con traición en el corazón. Fuimos mi hija Atenea y yo quienes destruimos vuestra nave, y confieso que creí que os habíamos destruido a todos. Sois pequeñas abominaciones de piel dura. Pero que hoy sea vuestro fin.

—¿Hablas el lenguaje de esta criatura? —le preguntó Ares a Zeus—. ¿Conoces esta lengua bárbara?

—Tu Padre habla todas las lenguas, dios de la guerra —replicó Zeus—. Guarda silencio.

El enorme salón y las muchas terrazas se estaban llenando rápidamente de dioses y diosas.

—Que se lleven a este pequeño hombre-perro-máquina y al cangrejo sin patas a una habitación sellada de este salón —dijo Zeus—. Consultaré con Hera y los demás, y decidiremos qué hacer con ellos en breve. Llevad los otros objetos a una sala de tesoros cercana. Evaluaremos su valor dentro de poco.

Los dioses llamados Apolo y Nereo se acercaron a Mahnmut. El pequeño moravec pensó en luchar y huir (tenía un láser de bajo voltaje en la muñeca que le permitiría desconcertar a los dioses un segundo o dos; podría correr rápidamente a cuatro patas durante distancias cortas, quizá salir de aquel Gran Salón y zambullirse en el lago de la caldera para ocultarse en sus profundidades), pero entonces Mahnmut miró a Orphu, a quien cuatro dioses levantaban ya sin ningún esfuerzo y se dejó alzar y sacar de la sala como si fuera un gran muñeco de metal.

Según el cronómetro interno de Mahnmut, esperaron en el almacén sin ventanas treinta y seis minutos antes de que llegara su verdugo. Era un espacio grande, con paredes de mármol de dos metros de grosor y (según indicaban sus instrumentos) campos de fuerza imbuidos que podían soportar una explosión nuclear de intensidad baja.

Es hora de disparar el Aparato, envió Orphu por tensorrayo. Lo que haga será preferible a dejar que nos destruyan sin luchar.

Lo disparar si pudiera, dijo Mahnmut. No tiene control remoto. Y yo estaba demasiado ocupado montando nuestra barcaza para preparar uno.

Oportunidades perdidas, se estremeció Orphu. Al infierno con todo. Lo

intentamos...

Yo todavía no me rindo, dijo Mahnmut. Caminó de un lado a otro, palpando el borde de la puerta de metal por la que habían entrado. También estaba sellada con campos de fuerza. Tal vez si Orphu tuviera todavía brazos podría arrancar la puerta. Tal vez.

¿Qué dice Shakespeare sobre el final en este tipo de casos?, preguntó Orphu.
¿Le dijo alguna vez adiós el Poeta al joven?

En realidad no, respondió Mahnmut, palpando las paredes con sus dedos orgánicos. *Se separaron en malos términos. Su relación se estropeó cuando descubrieron que se estaban acostando con la misma mujer.*

¿Es una broma?, preguntó Orphu, la voz serena.

Mahnmut se quedó inmóvil. *¿Qué?*

No importa.

¿Qué dice Proust de todo esto?, preguntó Mahnmut.

Longtemps, je me suis couché de bonne heure, recitó Orphu de Io.

A Mahnmut no le gustaba el francés (le parecía como aceite demasiado espeso en las juntas), pero lo tenía en su banco de datos y pudo traducirlo: «Me acosté temprano durante mucho tiempo.»

Al cabo de dos minutos veintinueve segundos, Mahnmut dijo por tensorrayo: *El resto es silencio.*

La puerta se abrió y una diosa de dos metros diez de estatura entró en la habitación y la cerró. Empuñó un ovoide plateado con las dos manos, sus pequeños agujeros negros apuntándolos a ambos. Mahnmut supo instintivamente que abalanzarse sobre ella no serviría de nada. Retrocedió hasta que pudo tocar el caparazón de Orphu con las manos, sabiendo perfectamente bien que el ioniano no podía sentir el contacto.

—Me llamo Hera y he venido a poner fin a vuestra miseria de una vez por todas, estúpidos y alocados moravecs —dijo la diosa en inglés—. Nunca me ha gustado vuestra especie.

Hubo un destello y una descarga y descendió una negrura absoluta.

Olimpo e Ilión

Mi impulso es TCear del Olimpo en el instante en que veo a Tetis, Afrodita y mi musa entrar en el Gran Salón, pero recuerdo que Afrodita tiene el poder de verme y seguir las perturbaciones del continuum cuántico. Cualquier salida cuántica apresurada llamaría su atención.

Además, mi trabajo aquí no ha terminado del todo.

Caminando de lado, interponiendo a los altos dioses y diosas entre mí y las mujeres que entran, camino de puntillas tras una ancha columna y salgo del Gran Salón. Oigo los furiosos gritos de Ares, que todavía exige saber qué ha estado pasando en el campo de batalla de Ilión en su ausencia, y luego oigo a Afrodita decir:

—Señor Zeus, Padre, todavía recuperándome de mis terribles heridas como estoy, he pedido salir de las tinas de curación y venir aquí porque ha llegado a mi conocimiento que hay un hombre mortal que ha robado un medallón TC y el Casco de Hades forjado para la invisibilidad por el propio Hades aquí presente. Temo que este mortal esté causando grandes perjuicios incluso mientras hablamos.

La multitud de dioses estalla en un clamor de preguntas a gritos y murmullos.

Se acabó la ventaja que pudiera tener. Todavía protegido por el campo del Casco, corro por un largo pasillo, giro a la izquierda en la primera intersección, desemboco en otro pasillo. No tengo ni idea de adonde me encamino, sólo que mi única esperanza es toparme con Hera. Tras detenerme en otra encrucijada, oyendo que los rugidos aumentan en el Gran Salón, cierro los ojos y rezo... y no a esos cerdos dioses. Es la primera vez que rezo desde los nueve años, cuando mi madre tenía cáncer.

Abro los ojos y veo a Hera cruzar un pasillo, cien metros a mi izquierda.

El repiqueteo de mis sandalias resuena en los largos pasillos de mármol. Altos trípodes dorados proyectan luz de llamas sobre paredes y techos. No me preocupa el ruido: tengo que alcanzarla. Más rugidos resuenan por los pasillos desde la agitada asamblea del Gran Salón. Me pregunto cómo ocultará Afrodita

su complicidad en el hecho de armarme y enviarme a espiar y matar a Atenea, pero entonces recuerdo que la diosa del amor es una consumada mentirosa. Estaré muerto antes de tener ninguna oportunidad de decirle a nadie la verdad acerca del asunto. Afrodita será la heroína que advirtió a los otros dioses de mi traición.

Caminando rápidamente, Hera se detiene de pronto y mira por encima del hombro. Yo ya me había detenido y me pongo de puntillas, tratando de no hacer ningún ruido. La esposa de Zeus frunce el ceño, mira a ambos lados y pasa la mano por una puerta metálica de seis metros de altura. El metal zumba, los cerrojos internos chasquean al abrirse y la puerta cede hacia dentro. Tengo que correr para entrar deslizándome en la habitación antes de que Hera haga un gesto y la puerta se cierre tras ella. Un rugido aún más grande procedente del Gran Salón cubre el ruido de mis sandalias sobre la piedra. De los pliegues de su peplo Hera saca un arma lisa y gris, parecida a una concha marina con letales aberturas negras.

Un pequeño robot y el caparazón de un cangrejo son las únicas cosas que hay en la habitación. El robot retrocede, obviamente esperando lo que sucederá a continuación, y coloca una mano extrañamente humana sobre la enorme y cascada figura del caparazón. Por primera vez advierto que el otro objeto debe ser también un robot. Sean lo que sean estas máquinas, no forman parte del Olimpo. Estoy convencido de ello.

—Me llamo Hera —dice la diosa—, y he venido a poner fin a vuestra miseria de una vez por todas, estúpidos y alocados moravecs. Nunca me ha gustado vuestra especie.

Yo me había detenido antes de que ella hablara. Ésta es Hera, esposa y hermana de Zeus, reina de los dioses y la más poderosa de todas las diosas con la posible excepción de Atenea. Tal vez han sido las palabras « vuestra especie » en eso de « nunca me ha gustado vuestra especie ». Yo nací a mediados del siglo XX, viví en el siglo XXI, y ya he oído frases como ésa demasiadas veces.

Sea cual sea el motivo, apunto con mi bastón y lanzo un táser a la zorra arrogante.

No estaba seguro de que los cincuenta mil voltios fueran a surtir efecto sobre una diosa, pero Hera sufre un espasmo, cae y dispara el ovoide que tiene en las manos, arrasando los brillantes paneles del techo que iluminan la habitación, que queda en completa oscuridad.

Retraigo el electrodo del táser y preparo otra descarga, pero en la negrura de la habitación sin ventanas no veo nada. Doy un paso adelante y casi tropiezo con el cuerpo de Hera. Parece estar inconsciente, pero todavía se retuerce en el suelo. De repente dos rayos de luz iluminan la habitación. Me quito la capucha del Casco de Hades y me veo a mi mismo en los rayos gemelos.

—Aparta esa luz de mis ojos —le digo al pequeño robot. Las luces parecen

proceder de su pecho. Los rayos se apartan.

—¿Eres humano? —pregunta el robot. Tardo un segundo en advertir que ha hablado en inglés.

—Sí —digo. Mi propio idioma me suena extraño en la boca—. ¿Qué sois vosotros?

—Somos moravecs —dice la pequeña forma, acercándose, iluminando con los rayos gemelos a Hera, cuyos párpados están aleteando. Me inclino, recojo el arma gris y me la guardo en un bolsillo de la túnica.

—Me llamo Mahnmut —dice el robot. Su oscura cabeza ni siquiera me llega al pecho. No veo ojos en la cara metálica de aspecto plástico, pero si bandas oscuras donde deberían estar, y tengo la impresión de que me mira—. Mi amigo es Orphu de Io —añade. La voz del robot es suave, sólo vagamente masculina, y no suena metálica ni robótica en lo más mínimo. Indica el cascarón cascado que ocupa tres o más metros de espacio en la habitación.

—¿Está... Orphu... vivo? —pregunto.

—Sí, pero ahora no tiene ojos ni manipuladores —contesta el pequeño robot—. Pero le estoy transmitiendo por radio todo lo que decimos y él dice que es un placer conocerte. Dice que si todavía tuviera ojos, serías el primer humano que ha visto.

—Orphu de Io —repito—. ¿No hay una luna de Saturno llamada Io?

—De Júpiter, en realidad —dice la máquina Mahnmut.

—Bueno, es un placer conoceros —digo—, pero ahora tenemos que salir de aquí. Charlaremos luego. La vaca se está despertando. Alguien vendrá a buscarla dentro de un par de minutos. Los dioses están bastante agitados.

—Vaca —repite el robot. Está contemplando a Hera—. Que curioso.

El robot dirige sus luces gemelas hacia la puerta.

—La puerta del establo parece haberse cerrado detrás de la vaca. ¿Tienes algún medio de abrirla o de hacerla saltar de sus goznes?

—No —digo yo— Pero no tenemos que atravesar esa puerta para salir de aquí. Dame tu mano... tu zarpa... lo que sea.

El robot vacila.

—¿Pretendes sacarnos de aquí con teleportación cuántica por casualidad?

—¿Conoces la TC?

La pequeña figura dirige los rayos hacia el caparazón de cangrejo inerte que se alza por encima de mi cabeza.

—¿Puedes llevarnos a ambos contigo?

Ahora me toca a mí vacilar.

—No lo sé. Sospecho que no. Tanta masa...

Hera se agita y gime a nuestros pies... bueno, a mis pies y a los apéndices de aspecto vagamente parecido a pies de Mahnmut.

—Dame la mano —repito—. Te TCearé a un sitio seguro, lejos del Olimpo, y

volveré a por tu amigo.

El pequeño robot retrocede otro paso.

—Tengo que saber que Orphu puede salvarse antes de ir.

Suenan voces en el pasillo. ¿Me están buscando ya? Es probable. ¿Ha compartido Afrodita su tecnología para ver a través del Casco de Hades, o están desplegándose y buscando la nada como si estuvieran dando caza a un hombre invisible? Hera gime y se tiende de costado. Sus párpados siguen aleteando, pero está volviendo en sí.

—Al carajo —digo. Me quito la capa y saco el arnés de levitación que forma parte de mi armadura—. Dame un poco de luz, por favor.

¿Se le piden las cosas por favor a un robot? Naturalmente, este Mahnmut no ha dicho que sea un robot, sino un moravec. Sea lo que sea eso.

El primer cinturón del arnés es demasiado corto para rodear el gran caparazón de cangrejo, pero uno las tres secciones, e inserto cada extremo de cinchas en las grietas del caparazón. Parece que este pobre diablo Orphu ha sido práctica de tiro de un grupo terrorista durante años. Hay cráteres dentro de cráteres en su caparazón de aspecto vagamente metálico.

—Muy bien —digo—. Vamos a ver si funciona. —Activo el arnés.

Lo que deben de ser toneladas de caparazón inerte se agitan, golpean, pero luego levitan un palmo por encima del suelo de mármol.

—Vamos a ver si este medallón puede con tanto peso —digo, sin importarme si el tal Mahnmut puede comprenderme. Le tiendo el bastón táser al pequeño robot—. Si la vaca se agita antes de que yo vuelva, o si entra alguien más por esa puerta, apunta con el bastón y dispara. Detendrá a uno de ellos.

—Lo cierto es que tengo que recoger las dos cosas que nos robaron y tal vez me vendría bien ese aparato de invisibilidad que estabas usando —dice Mahnmut—. ¿Puedes prestármelo? —Me devuelve el bastón.

—Mierda —digo. Las voces están ya ante la puerta. Me aflojo la armadura, tiro de la capucha de cuero y se la lanzo al robot. ¿Funcionará el aparatito de Hades con una máquina? Ahora ya no hay tiempo—, ¿Cómo te encontraré cuando vuelva?

—Ven al lado más cercano del lago de la caldera dentro de una hora —dice el robot—. Yo te encontraré.

La puerta se abre. El pequeño robot desaparece.

A Nightenhelser y Patroclo, simplemente los agarré para incluirlos en el campo de TC, aunque tuve que arrastrar al inerte Patroclo rodeándolo con el brazo. Ahora me apoyo contra el caparazón de Orphu, extendiendo el brazo todo lo que puedo mientras visualizo mi destino y retuerzo el medallón.

Luz brillante y arena bajo los pies. La masa de Orphu se ha teleportado

conmigo y ahora flota a un palmo de la arena, lo que es bueno, porque hay piedrecitas debajo. No creo que sea posible emerger tras el TC dentro de un objeto sólido, pero me alegro de no haber elegido el día de hoy para averiguarlo.

He llegado al campamento de Agamenón en la playa, pero las tiendas están casi desiertas a esta hora de la mañana. A pesar de las nubes de tormenta del cielo, los rayos de luz iluminan la playa y las vistosas tiendas, pintando de luz los negros barcos, y me descubren a los guardias aqueos que retroceden de un salto ante la súbita aparición. Oigo el fragor de la batalla a cien metros más allá del campamento y sé que los griegos y los troyanos siguen combatiendo al otro lado de los fosos defensivos aqueos. Tal vez Aquiles dirige un contraataque.

—Este caparazón es sagrado para los dioses —le grito a los guardias que se acurrucan tras sus lanzas—. No lo toquéis o sufriréis dolores de muerte. ¿Dónde está Aquiles? ¿Ha estado aquí?

—¿Quién quiere saberlo? —exige saber el más alto y velludo de los guardias. Alza su lanza. Lo reconozco vagamente como Guneo, comandante de los enienos y perabíanos de Dodona. No sé qué está haciendo este capitán montando guardia en el campamento de Agamenón, y ahora no tengo tiempo de averiguarlo.

Abato a Guneo con el táser y miro al segundo en el mando, un sargento bajito y zambo.

—¿Me llevarás tú con Aquiles?

El hombre planta la lanza en la arena, se apoya en una rodilla e inclina brevemente la cabeza. Los otros guardias vacilan pero hacen lo mismo.

Pregunto dónde está Aquiles.

—Toda la mañana, el divino Aquiles recorrió la orilla, convocando a los aqueos dormidos y despertando a los capitanes con sus penetrantes gritos —dice el sargento—. Luego desafió a los Atridas a un combate y los derrotó a ambos. Ahora está con los grandes generales, planeando una guerra, dicen, contra el mismísimo Olimpo.

—Llévame con él.

Mientras me conducen fuera del campamento, miro hacia Orphu de Io (todavía flota sobre la arena, los guardias restantes mantienen una respetuosa distancia), y entonces me río con ganas.

El pequeño sargento me mira, pero no le doy explicaciones. Simplemente, es la primera vez en nueve años que camino libremente por las llanuras de Ilión sin morfearme en nadie, como Thomas Hockenberry y no como nadie más. Me siento estupendamente.

El Anillo Ecuatorial

Justo antes de que encontraran la fermería, Daeman se había estado quejando de que tenía hambre. Estaba hambriento. Nunca había pasado tanto tiempo sin comer. Lo último que había tomado eran unos bocados de la última barra de comida seca, hacía casi diez horas.

—Tiene que haber algo de comer en esta ciudad —estaba diciendo Daeman. Los tres se abrían paso flotando por la ciudad orbital muerta. Sobre ellos, los paneles brillantes habían dado paso a otros transparentes y todos vieron ahora como el asteroide y su ciudad giraban lentamente. La Tierra aparecía, cruzaba su campo de visión, su suave luz iluminando el espacio vacío, los cuerpos flotantes, las plantas muertas, y las algas flotantes—. Tiene que haber algo de comer aquí —repetió Daeman—. Latas de comida, comida liofilizada... *algo*.

—Si lo hay, tiene siglos de antigüedad —dijo Savi—. Y estará tan momificado como los posthumanos.

—Si encontramos algún servidor, nos darán de comer —dijo Daeman, y se dio cuenta de la tontería que acababa de decir en cuanto cerró la boca.

Harman y la anciana no se molestaron en responder. Flotaron hasta un pequeño claro en los desordenados campos de algas. Allí el aire parecía ligeramente más denso, aunque Daeman no se quitó la máscara de osmosis ni la capucha de la termopiel para intentar respirarlo. Incluso a través de la máscara notaba que el aire frío olía mal.

—Si encontramos un fax-portal —dijo Harman—, tendremos que usarlo para volver a casa.

El musculoso cuerpo de Harman estaba tenso dentro de su termopiel azul, pero Daeman podía ver el principio de arrugas alrededor de los ojos a través de la máscara del otro hombre. Parecía más viejo que un día antes.

—No sé si habrá fax-portales aquí arriba —dijo Savi—. Y no volvería a faxear de nuevo si pudiera.

Harman la miró. La Tierra rotaba sobre ellos y la suave luz terráquea iluminaba tenuemente sus rostros.

—¿Tenemos otra opción? Dijiste que los sillones eran sólo un pasaje de ida.

La sonrisa de Savi denotaba su cansancio.

—Mi código ya no está en sus fax-bancos de datos. O si lo está, será para propósitos de eliminación solamente. Y me temo que sea lo mismo para vosotros desde que los voynix nos detectaron en Jerusalén. Pero aunque vuestros códigos sean viables, y aunque de algún modo localicemos fax-nódulos aquí, y aunque consiguiéramos hacer funcionar la maquinaria (ésos no son fax-portales comunes, ¿sabéis?), y yo me quedara aquí para faxearos a casa, no creo que funcione.

Harman suspiró.

—Tendremos que encontrar otro modo. —Contempló la ciudad oscura, los cadáveres congelados y secos, los ondulantes lechos de algas—. Esto no es lo que esperaba de los anillos, Savi,

—No —respondió la anciana—. Ninguno de nosotros lo esperaba. Incluso en mi época, creíamos que los miles de luces en el cielo nocturno significaban millones y millones de posthumanos en miles de ciudades orbitales.

—¿Cuántas ciudades crees que tenían? —preguntó Harman—. Además de ésta.

Savi se encogió de hombros.

—Tal vez una en el anillo polar. Tal vez ninguna más. Ahora creo que sólo había unos cuantos de miles de posthumanos cuando los alcanzó el holocausto.

—Entonces, ¿qué eran todas esas máquinas y aparatos que vimos al subir? —preguntó Daeman. En realidad no le importaba, pero intentaba distraer su mente de su estómago vacío.

—Algún tipo de aceleradores de partículas —respondió la anciana—. Los posts estaban obsesionados con el viaje en el tiempo. Esos miles de grandes aceleradores produjeron miles de diminutos agujeros de gusano, que moldearon en agujeros de gusano estables... ésas eran las masas retorcidas que visteis al final de la mayoría de los aceleradores.

—¿Y los espejos gigantescos? —preguntó Harman.

—Efecto Cachemira —dijo Savi—. Para reflejar la energía negativa en los agujeros de gusano e impedir que colapsen en agujeros negros. Si los agujeros de gusano fueran estables, los posts podrían haber viajado a través de ellos hasta cualquier lugar del espacio-tiempo en el que colocaran el otro extremo del agujero.

—¿Otros sistemas solares? —preguntó Harman.

—No lo creo. No creo que los posts consiguieran enviar sondas fuera del sistema. Sembraron el sistema exterior de robots inteligentes y autoevolutivos mucho antes de que yo naciera (los posts necesitaban asteroides para extraer materiales de construcción), pero no de naves espaciales, robóticas o de otro tipo.

—¿Adónde iban entonces con estos agujeros de gusano? —dijo Harman.

—Creo que fue el trabajo cuántico que...

—¡Maldición! —gritó Daeman. Ya estaba harto de toda aquella cháchara sin sentido—. ¡Tengo *hambre!* ¡Quiero algo de comer!

—Espera —dijo Harman—. Veo algo.

Señaló hacia arriba y por delante de su dirección de desplazamiento.

—Es la fermería —dijo Savi.

Tenía razón. Recorrieron nadando y pateando otro agotador kilómetro a través de la luz subacuática de la ciudad asteroidal muerta, ignorando las momias grises de los posthumanos que encontraban flotando, hasta que pudieron ver claramente el rectángulo de plástico transparente, a unos cien metros de una de las brillantes paredes. Dentro, extendiéndose cientos de metros, había hileras e hileras de los familiares tanques de curación llenos de desnudos seres humanos antiguos, atareados servidores (Daeman casi se echó a llorar ante la familiar visión) y otras formas que se movían de un lado a otro a la brillante luz de hospital de la sala.

—Esperad —jadeó Daeman. Habían estado nadando y pateando a través del aire fino y tóxico cerca del suelo, utilizando asideros, terrazas, árboles muertos y otros objetos sólidos para impulsarse, pero estaba agotado. Nunca había hecho tanto ejercicio.

Aunque visiblemente impaciente por llegar a la fermería, Savi se dio la vuelta y flotó hasta el jadeante Daeman. Harman contempló la habitación de paredes transparentes con algo parecido al ansia en los ojos.

Savi le tendió a Daeman su botella y él apuró los restos de agua sin dudarle ni pedir permiso. Estaba deshidratado y agotado.

—Le prometí a Ada que la llevaría con nosotros —dijo Harman en voz baja.

Tanto Daeman como la vieja judía lo miraron.

—Estaba seguro de que llegaríamos a una nave espacial —dijo Harman, encogiéndose de hombros, cohibido—. Le prometí que me detendría en Ardis Hall a recogerla.

—Estaba enfadada contigo, de todas formas —dijo Daeman entre jadeos. La máscara de osmosis nunca parecía suministrar todo el oxígeno que necesitaba.

—Sí —dijo Harman.

Savi apartó un cadáver gris roído que flotaba entre las algas: sus congelados ojos blancos parecían mirarlos con reproche.

—Dudo mucho que Ada agradeciera estar aquí, ahora mismo —le dijo. Señaló hacia la fermería—. Pero tú deberías estarlo, Harman. Éste era tu objetivo, ¿no? Llegar a la fermería y negociar unos cuantos años más.

—Algo así —dijo Harman.

Ella indicó el cadáver.

—No parece que los posts vayan a negociar contigo.

—¿Crees que la fermería está automatizada? —preguntó Harman—. ¿Que sólo son los servidores los que la mantienen en marcha, faxeándonos hasta aquí arriba, reparándonos para nuestros cinco Veintes permitidos, y luego faxeándonos de vuelta a nuestras sombrías vidas de estos últimos siglos?

—¿Por qué no subimos a averiguarlo? —dijo la anciana.

Entraron en el brillante rectángulo de paredes de cristal a través de un cuadrado blanco de material semipermeable igual que el de la compuerta.

Era la fermería. No sólo tenía luz y aire, sino que de algún modo contaba también con una décima parte de la gravedad terrestre. Daeman se apoyó sobre manos y rodillas tras atravesar la pared, incapaz de adaptarse tan rápido al leve pero persistente tirón de la gravedad. El súbito cambio, sumado al terror de estar de vuelta en la fermería tan pronto después del episodio del alosaurio, hizo que sintiera las piernas demasiado débiles incluso para permanecer de pie en aquel campo-g.

Savi y Harman pasaron de tanque en tanque. Savi se había quitado la máscara de osmosis y probaba el aire.

—Fino, pero tiene un hedor terrible —dijo, la voz extraña y aguda—. Deben de necesitar aire para algo, pero es demasiado hediondo para respirarlo. Deja las máscaras puestas.

Los servidores los ignoraron y continuaron ocupándose de varios paneles de control virtual. Por tuberías y tubos transparentes fluidos rojos y verdes entraban y salían de los tanques. Harman los contempló. Los cuerpos humanos que había en cada uno de los tanques eran, en su mayor parte, casi perfectos, pero informes. La carne demasiado viscosa, el cráneo y el pubis sin pelo, los ojos blancos. Sólo unas cuantas de las formas flotantes estaban casi completas, y en ellas los ojos llenos de color e inteligencia dormida los miraban sin verlos.

Daeman caminaba tras los otros dos, apartándose de los tanques. Miró a aquellos protohumanos, recordó sus brumosas imágenes de su periodo en el tanque, hacía apenas unos días, y se estremeció de nuevo, alejándose de ellos hasta que chocó con un mostrador. Un servidor flotó a su alrededor, ignorándolo.

—Evidentemente no están programados para tratar con humanos fuera de los tanques —dijo Savi—. Aunque si interferimos lo suficiente en su trabajo posiblemente hagan algo para librarse de nosotros.

De repente, una luz verde parpadeó en una de las tinas que contenían un cuerpo plenamente reconstruido (una mujer joven de ojos azules y pelo rojo en la cabeza y el pubis), y el fluido del tanque empezó a borbotear salvajemente. Un segundo más tarde el cuerpo desapareció. Al cabo de otros cuantos segundos, otro cuerpo se materializó en el tanque: esta vez un hombre pálido de ojos

muerdos con una herida en la frente.

—¡Tienen un fax-portal en cada tanque! —exclamó Daeman. Entonces cayó en la cuenta. Claro, así traían aquí sus cuerpos cada Veinte, o después de cada herida sería. O tras la muerte—. Podríamos emplear estos fax-nódulos.

—Podrías, sí —dijo Savi, la cara cerca de uno de los tanques—. O tal vez no. El fax está codificado para el cuerpo del tanque. La maquinaria podría no reconocer vuestros códigos y simplemente... eliminaros.

Unos líquidos de colores entraron en el tanque con el nuevo cadáver. Puñados de diminutos gusanos azules aparecieron por una abertura, nadaron hasta el muerto y se metieron en su cráneo abierto y su carne blanca e hinchada.

—¿Todavía quieres entrar en un tanque para vivir más tiempo? —le preguntó Savi a Harman.

Harman se frotó la barbilla y contempló las múltiples hileras de brillantes tanques. De repente, señaló algo.

—Santo cielo —dijo.

Los tres se acercaron despacio, medio caminando medio flotando en la baja gravedad que ya no podían ignorar. Daeman no daba crédito a lo que veía.

Una tercera parte de los tanques de aquel extremo estaban llenos de fluido pero vacíos de cuerpos humanos. Pero había cuerpos (trozos de cuerpos) en cada superficie disponible: el suelo, las mesas, las consolas de los servidores, sobre los mismos servidores estropeados. Daeman pensó (esperó) que fueran más restos momificados de los posts, por horrible que fuera, pero no se trataba de restos. Ni eran tampoco de posthumanos.

Tendidos en la larga mesa, ante ellos, había trozos de cuerpos humanos: blancos, rosados, rojos, húmedos, ensangrentados, frescos.

Una docena de formas de la mesa, masculinas y femeninas, seguían húmedas por haber sido sacadas de los tanques, y yacían evisceradas, la carne roída de las costillas ensangrentadas. Una cabeza humana de ojos azules, bajo la mesa, miraba hacia arriba en lo que podría haber sido un segundo de conmoción mientras algo o alguien devoraba el cuerpo al que estuvo unida. Un montoncito de manos yacía delante de la silla de alto respaldo girada junto a la mesa.

Antes de que ninguno pudiera hablar con los demás por el comunicador, la silla giró. Por un segundo, Daeman pensó que era otro cuerpo humano colocado en la silla, pero éste era verdoso, estaba intacto y respiraba. Sus ojos amarillos parpadearon. Unos antebrazos imposiblemente largos y unos dedos con garras se desplegaron. Una lengua de lagarto asomó entre unos largos dientes.

—Creíais que era como vosotros —dijo lo que Daeman comprendió que tenía que ser el auténtico Calibán— Os equivocabais.

Savi y Harman agarraron a Daeman mientras subían volando toda la

fermería y Daeman gritaba por el comunicador igual que había gritado durante el viaje en el sillón. Golpearon con fuerza la pared blanca, la atravesaron sin pausa, sintiendo cómo las termopieles se les pegaban con más fuerza cuando llegaron al gélido cuasivacío del exterior de la fermería, y luego se apartaron de la pared transparente mientras se zambullían hacia el suelo, situado cien metros más abajo.

Savi y Harman soltaron los brazos de Daeman y se detuvieron en una plataforma, a veinte metros sobre el suelo. Daeman tuvo tiempo de darse cuenta de que las momias que flotaban a su alrededor tenían trozos de la garganta y el vientre roídos con mordiscos del mismo tamaño que los humanos de la fermería. Estaba a punto de vomitar en la máscara. Luego los otros dos a cada lado encontraron algo sólido donde impulsarse y nadaron hacia la oscuridad que tenían delante.

Daeman se subió la máscara lleno de desesperación y vomitó en el aire cuasivacío, frío y pestilente. Sintió que los oídos se le tapaban y los ojos se le hinchaban, pero volvió a ponerse la máscara (oliendo su propio vómito y su miedo) y se impulsó tras Savi y Harman. No quería correr. Sólo quería enroscarse, flotar en una pelota y vomitar de nuevo. Pero incluso Daeman se daba cuenta de que no tendría esa oportunidad. Agitándose locamente, miró por encima del hombro el brillo de la fermería. Nadó y corrió y pataleó por su vida.

Calibán los pilló en el rincón más oscuro de la ciudad, donde los lechos de algas se arremolinaban por la fuerza de Coriolis del asteroide que giraba lentamente. Todas las paredes de cristal de la ciudad eran transparentes. Por ellas veían la Tierra cubierta de nubes, que flotó varios minutos y luego dejó varios minutos de oscuridad rota sólo por las frías estrellas. De la oscuridad surgió Calibán.

Los tres se acurrucaron.

—¿Lo habéis visto salir de la fermería? —jadeó Savi.

—No.

—No lo he visto desde que he salido corriendo —susurró Harman.

—¿Era un *calibani*? —preguntó Daeman, advirtiendo que estaba llorando, y sin importarle. Hizo la pregunta con su última reserva de esperanza.

—No —respondió Savi a través del comunicador, aplastando con su tono la última esperanza de Daeman—. Era el mismísimo Calibán.

—Esos cuerpos... —empezó a decir Harman—, ¿Quintos Veintes?

—Los había también más jóvenes —susurró Savi. Sostenía la pistola negra en la mano y daba vueltas, escrutando la oscuridad entre los hilos de ondulantes algas.

—Tal vez esa cosa solía cosechar sólo a los Quintos Veintes —susurró

Harman por el comunicador—. Pero se ha vuelto más osado. Impaciente, hambriento.

—Jesús, Jesús, Jesús —susurró Daeman. Era la invocación más antigua conocida por la humanidad, aunque no supiera qué significaba. Los dientes le castañeteaban.

—¿Todavía tienes hambre? —preguntó Savi. Posiblemente intentaba calmar a Daeman con su humor negro—. Yo no.

—Yo sí —dijo Calibán por su frecuencia de radio. El monstruo salió flotando de entre las algas, los cubrió a los tres con su red, arrancó la pistola de la mano de Savi y los recogió como si fueran peces.

Monte Olympus

A Mahnmut le resultaba extraño no tener a Orphu al alcance del tensorrayo. Esperaba que su amigo estuviera a salvo.

Los dioses irrumpieron en la habitación un segundo después de que el humano, que no había llegado a identificarse, se teleportara cuánticamente. Mahnmut no creía en otra invisibilidad que en un buen material de camuflaje, pero era obviamente invisible a los altos dioses y diosas que se apiñaron en la habitación y se arrodillaron alrededor de Hera. Mahnmut se escabulló entre las piernas bronceadas y las togas blancas y empezó a abrirse paso por el laberinto de pasillos. Descubrió que era muy difícil caminar como bípedo cuando uno es invisible (no dejaba de comprobar dónde estaban sus pies y los pies no estaban en ninguna parte), así que se puso a cuatro patas y trotó en silencio por los pasillos.

Como Orphu había frenado el paso de los dioses que los escoltaron a su celda, Mahnmut había visto dónde almacenaban el transmisor y el Aparato. La habitación estaba en un corredor lateral, tres pasillos más a la derecha de donde los habían encarcelado.

Cuando llegó al almacén, el pasillo estaba vacío (aunque con frecuencia pasaban dioses por los pasillos e intersecciones adjuntas), y Mahnmut activó su láser de muñeca de bajo voltaje para cortar la puerta. Mientras lo hacía, advirtió lo extraño que le resultaría aquello a cualquier divinidad que apareciera en aquel pasillo: ningún moravec a la vista, y un rayo rojo de veinte centímetros flotando solo, quemando lentamente un círculo en el mecanismo de cierre de la enorme puerta.

El láser no podría haber cortado nunca la puerta entera, pero abrió un círculo de cinco centímetros sobre la cerradura. Mahnmut oyó el mecanismo sólido cambiar a través de frecuencias subsónicas, y la puerta cedió hacia dentro. Mahnmut la cerró tras de sí al entrar, pues oyó pisadas en el pasillo apenas unos segundos más tarde. Pasaron de largo. Se quitó la capucha de cuero del Casco de Hades para verse las manos y los pies.

No era una celda vacía. La habitación, de al menos doscientos metros de

pared a pared y cien de altura, estaba llena de lingotes de oro, montones de monedas, cofres de piedras preciosas, pequeñas montañas de objetos de bronce bruñido, estatuas de mármol de dioses y hombres, grandes conchas marinas que derramaban sus perlas en el suelo pulido, carros de oro desmantelados, columnas de cristal llenas de lapislázuli y un centenar de otros tesoros, todos brillantes a la luz que prestaban las llamas de una docena de trípodes de oro.

Mahnmut hizo caso omiso de las riquezas y corrió hasta el transmisor de chorro y el Aparato, ligeramente más pequeño. Le resultaba imposible sacar ambas cosas de allí: la invisibilidad no sirve de nada cuando van a verse dos aparatos de metal flotando en un pasillo, y Mahnmut sabía que sólo tenía segundos para actuar, así que apartó el Aparato, encontró el interruptor correcto del comunicador y lo puso en marcha con una orden estándar de bajo voltaje.

La primitiva IA del transmisor aceptó la orden y descubrió su piel de nanocarbono para mostrar complejos aparatos plegados sobre sí mismos. Mahnmut retrocedió mientras el transmisor rodaba hacia delante con la gracia de un acróbata humano, extendía las patas de su trípode y los sónicos de energía *felschenmass* chevkoviana, y luego desplegaba un plato de ocho metros de ancho. Mahnmut se alegró de no haberlo intentado en una habitación pequeña.

Pero se encontraba de todas formas en una habitación sin ventanas, quizá bajo toneladas de mármol y granito y piedra marciana, posiblemente demasiado gruesas para el alcance del transmisor. En cualquier caso, no estaba en un campo estelar que el plato pudiera usar como punto de orientación. Mientras el plato buscaba y zumbaba, Mahnmut sintió crecer su ansiedad, y no sólo porque hubiera más gritos en el pasillo. Aquél sería el próximo lugar donde los dioses buscarían, quizá TCeándose, después de asegurarse que Hera estaba viva. Si el transmisor no podía contactar desde allí, la misión de Mahnmut y Orphu probablemente se había acabado. Todo dependía de la sofisticación del diseño del transmisor de chorro.

El plato se agitó, zumbó, se ajustó una última vez y contactó con algo situado a unos veinte grados de la vertical. Un panel de control virtual apareció junto a los enchufes físicos y las luces verdes brillaron.

Mahnmut conectó y descargó todo lo que había en sus bancos de memoria de todo el viaje: cada conversación con Orphu, cada diálogo con Koros III, Ri Po o los dioses, cada imagen que había visto y grabado desde el momento en que salieron del espacio de Júpiter. Con la banda ancha del transmisor conectada, tardó menos de quince segundos en completar la descarga.

Los sensores de Mahnmut detectaron el campo de energía y antimateria chevkoviana que se acumulaba en el transmisor de chorro, y se preguntó si los dioses podrían sentirlo. De un modo u otro lo encontrarían en cuestión de minutos, si no antes. Y no podía salir de aquella sala y del edificio cargando el Aparato. Podía dispararlo ahora, o más tarde. Fuera como fuese, estaría en el centro de lo

que sucediera.

Pero no era por el Aparato por lo que tenía que preocuparse, se recordó Mahnmut. Era por aquel transmisor de chorro.

Varios indicadores del comunicador parpadearon en verde, de lo que Mahnmut dedujo que la fuente de energía ya estaba al máximo, con los datos codificados y el objetivo (probablemente el espacio de Júpiter, posiblemente incluso Europa) localizado. O eso esperaba.

Alguien golpeó las puertas.

¿Por qué no entran teleportándose cuánticamente?, pensó Mahnmut. No tenía tiempo para averiguarlo. Buscando indicadores metálicos, encontró el puerto definitivo y transmitió la carga de treinta y dos voltios modulados.

El plato disparó un rayo amarillo de once metros de diámetro. La columna de pura energía chevkoviana abrió un agujero en el techo y tres plantas más antes de lanzarse a las estrellas. Luego se apagó y el transmisor se autodestruyó. Quedó de él una masa derretida.

Los filtros polarizadores de emergencia de Mahnmut se habían activado en nanosegundos durante la transmisión, pero quedó cegado unos segundos. Cuando miró por la serie de agujeros escalonados y humeantes y vio el cielo, se atrevió a tener esperanza por primera vez.

Los dioses hicieron volar la puerta hacia dentro y la cámara del tesoro de Mahnmut se llenó de humo y vapor.

Mahnmut usó los pocos segundos de cobertura que le ofrecía el humo para agarrar el Aparato (que habría pesado sólo unos diez kilogramos en la gravedad terrestre y pesaba apenas tres allí, en Marte), se encogió, contrajo los muelles y estabilizadores de sus patas traseras cuanto pudo, sin tener en cuenta la tolerancia de diseño, y saltó por los agujeros humeantes, volando y atravesando quince metros de mármol destrozado y granito goteante.

El tejado de aquella parte del Gran Salón era plano, y Mahnmut corrió por él lo más rápido que pudo a dos patas, jubiloso de estar al aire libre, con el Aparato bajo su brazo izquierdo.

El cielo sobre la cumbre del Monte Olympus era azul, lleno de docenas de carros voladores guiados por dioses y diosas. Una de las máquinas descendió y revoloteó a diez metros del tejado, evidentemente intentando aplastar a Mahnmut con sus ruedas. Demasiado tarde, Mahnmut advirtió que se había olvidado de ponerse la capucha del Casco de Hades sobre la cabeza. Era visible para todos y cada uno de los dioses que lo buscaban.

Usando hasta la última gota de energía acumulada en su sistema, dejando cualquier preocupación por recargarse para más tarde, Mahnmut se encogió y saltó de nuevo, pasó a través de los caballos holográficos y le dio una patada en el pecho a la sorprendida diosa, que cayó del carro agitando los brazos blancos y aterrizó con fuerza en el tejado del Gran Salón de los Dioses.

Mahnmut pasó tres décimas de segundo estudiando los mandos virtuales desplegados ante la baranda del carro. Luego metió sus manipuladores en la matriz e hizo virar el vehículo a la derecha. Otros carros y dioses vociferantes aparecieron de todas direcciones para cortarle el paso. No se podía escapar del espacio aéreo del Olympus, pero Mahnmut no pretendía escapar por ahí.

Cinco carros se acercaban y el aire se llenó de flechas de titanio (¡flechas!) cuando Mahnmut cruzó por encima del borde del enorme lago de la caldera. Agarró el Aparato y saltó justo cuando la primera flecha de Apolo golpeaba su carro. La máquina explotó a pocos metros sobre él y Mahnmut cayó al agua entre llameantes cubos de energía y oro fundido. Del aire llovieron microcircuitos en los segundos anteriores al impacto contra la superficie. El sonar de largo alcance indicó a Mahnmut que la caldera, bajo la superficie del lago, tenía más de dos mil metros de profundidad.

Puede que sea suficiente, pensó el pequeño moravec. Entonces golpeó el agua, activó sus aleteadores, sujetó con fuerza el Aparato con una mano y se sumergió.

Las llanuras de Ilión, Ilión

Me siento mal por no haber vuelto a por el pequeño robot, pero las cosas están que arden por aquí.

Los guardias me conducen hasta Aquiles, que se viste para el combate, rodeado por los caudillos que ha heredado de Agamenón: Odiseo, Diomedes, el viejo Néstor, los dos Ajax, el grupo habitual excepto los Atridas, Agamenón y Menelao. ¿Puede ser cierto, como gritaba Ares allá arriba, que Aquiles haya matado al rey Agamenón, privando así a su esposa, Clitemnestra, de su sangrienta venganza y a un centenar de dramaturgos futuros de sus argumentos? ¿Ha evitado Casandra su destino de la mañana a la noche?

—¿Quién en nombre del Hades eres tú? —ruge el ejecutor de hombres, Aquiles el de los pies ligeros, cuando el sargento me conduce a su campamento interno. De nuevo caigo en la cuenta de que están viendo a Thomas Hockenberry, cargado de hombros, sin afeitarse y sucio, sin su capa y su espada y su arnés de levitación, un soldado de aspecto debilucho con un peto de bronce oscuro.

—Soy el hombre que tu madre, la diosa Tetis, dijo que te guiaría primero hasta Héctor y después a la victoria sobre los dioses que asesinaron a Patroclo —digo.

Los diversos héroes y capitanes dan un paso atrás cuando oyen esto. Aquiles, obviamente, les ha dicho que Patroclo está muerto, pero quizá no les haya contado todo su plan de declarar la guerra al Olimpo.

Aquiles me lleva rápidamente a un lado, lejos del círculo de cansados guerreros.

—¿Cómo sé que eres quien dijo mi madre, la diosa Tetis? —exige saber el joven hombre-dios. Aquiles parece hoy más viejo que ayer, como si hubieran cincelado nuevas arrugas en su joven rostro de la mañana a la noche.

—Te lo demostraré llevándote a donde debemos ir —digo.

—¿Al Olimpo? —Su mirada es un tanto demente.

—Más adelante —digo en voz baja—. Pero como te dijo tu madre, primero debes lograr la paz y hacer causa común con Héctor.

Aquiles hace una mueca y escupe en la arena.

—No soy capaz de hacer la paz hoy. Es guerra lo que quiero. Guerra y sangre divina.

—Para combatir a los dioses, primero debes poner fin a esta guerra inútil con los héroes de Troya.

Aquiles se da la vuelta y señala el lejano frente de batalla. Veo estandartes aqueos al otro lado del foso defensivo, dirigiéndose hacia donde estaban las líneas troianas la noche anterior.

—Pero los estamos derrotando —exclama Aquiles—. ¿Por qué debería hacer la paz con Héctor cuando puedo tener sus tripas en la punta de mi lanza dentro de unas horas?

Yo me encojo de hombros.

—Haz lo que quieras, hijo de Peleo. Me enviaron aquí para ayudarte a vengar a Patroclo y reclamar su cadáver para los ritos funerarios. Si estas cosas no son tu voluntad, me marcharé.

Me doy media vuelta y empiezo a marcharme.

Aquiles cae sobre mí con rapidez, arrojándose a la arena y sacando su cuchillo de manera tan veloz que no habría podido alcanzarlo con el táser si mi vida hubiera dependido de ello. Tal vez ése es el caso, pues me coloca la hoja afilada como una navaja contra la garganta.

—¿Te atreves a insultarme?

Hablo con mucho cuidado para que la hoja no arranque sangre.

—No insulto a nadie, Aquiles. Me enviaron para ayudarte a vengar a Patroclo. Si deseas hacerlo, haz lo que yo digo.

Aquiles se me queda mirando un momento y luego se levanta, envaina el cuchillo y me ofrece la mano para ayudarme a levantarme. Odiseo y los otros capitanes observan en silencio a diez metros de distancia, obviamente rabiando de curiosidad.

—¿Cuál es tu nombre? —exige Aquiles.

—Hockenberry —respondo, quitándome la arena del culo y frotándome el cuello allá donde lo ha tocado la hoja—. Hijo de Duane —añado, recordando el ritual de costumbre.

—Un nombre extraño —murmura el ejecutor de hombres—. Pero éstos son tiempos extraños. Bienvenido, Hockenberry, hijo de Duane.

Extiende la mano y me agarra con tanta fuerza el antebrazo que me corta la circulación. Intento devolverle el apretón.

Aquiles se vuelve hacia sus capitanes y ayudantes.

—Voy a vestirme para la batalla, hijo de Duane. Cuando termine, te acompañaré a las profundidades del Hades si es necesario.

—Sólo a Ilión, para empezar —digo.

—Ven, conoce a mis generales y camaradas ahora que Agamenón ha sido

derrotado. —Me guía hacia Odiseo y los demás.

Tengo que preguntarlo.

—¿Agamenón ha muerto? ¿Menelao?

Aquiles parece sombrío cuando niega con la cabeza.

—No, no he matado a los Atridas, aunque los vencí a ambos en combate singular esta mañana, uno tras otro. Están magullados y ensangrentados, pero no malheridos. Los atiende el médico Asclepio, y aunque me han jurado alianza a cambio de sus vidas, nunca me fiaré de ellos.

Entonces Aquiles me presenta a Odiseo y todos los demás héroes a quienes he observado durante más de nueve años. Cada uno de los hombres agarra mi antebrazo por salud y cuando termina la fila de los principales capitanes tengo la muñeca y los dedos entumecidos.

—Divino Aquiles —dice Odiseo— esta mañana te has convertido en nuestro rey y te juramos vasallaje y hemos jurado seguirte al Olimpo si es necesario para recuperar el cuerpo de nuestro camarada Patroclo tras la traición de Atenea, por increíble que eso parezca, pero tengo que decirte que tus hombres y tus capitanes están hambrientos. Los aqueos tienen que comer. Llevan toda la mañana combatiendo a los troyanos después de haber dormido poco o nada y han expulsado a las tropas de Héctor de nuestras negras naves, nuestra muralla y nuestros fosos, pero los hombres están cansados y hambrientos. Deja que Taltibo prepare un jabalí salvaje para los capitanes mientras tus hombres y tú volvéis a comer y...

Aquiles se vuelve hacia el hijo de Laertes.

—¿Comer? ¿Estas loco, Odiseo? No tengo ganas de comer hoy. Lo que realmente ansío es matar y derramar sangre y los gritos y gemidos de los hombres agonizantes y los dioses masacrados.

Odiseo inclina levemente la cabeza.

—Aquiles, hijo de Peleo, el más grande de todos los aqueos, eres más fuerte que yo, y más grande con diferencia con la lanza, pero puede que yo te sobrepase en sabiduría, sazonado como estoy por más años de experiencia y más pruebas de juicio. Que tu corazón se conmueva por lo que digo, nuevo rey. No dejes que tus leales aqueos y argivos y dánaos ataquen Ilión con el estómago vacío en este largo día, mucho menos que vayan a la guerra contra el Olimpo mientras están hambrientos.

Aquiles hace una pausa antes de responder.

Odiseo aprovecha el silencio de Aquiles para reforzar su argumentación.

—¿Quieres que tus héroes, Aquiles, dispuestos a morir por ti hasta el último hombre, ansiosos por vengar a Patroclo, encuentren la muerte no en batalla contra los dioses inmortales, sino de *hambre*?

Aquiles coloca su fuerte mano sobre el hombro de Odiseo y yo advierto, por primera vez, que el ejecutor de hombres es mucho más alto que el fornido

estratega.

—Odiseo, sabio consejero —dice Aquiles—, que Taltibo, el heraldo de Agamenón, pase su daga por la garganta del jabalí más grande y coloque el animal en la espita del fuego más fuerte que tus hombres puedan encender. Y que luego sacrifiquen tantos como requiera el apetito de las filas aqueas. Ordenaré a mis leales mirmidones que se encarguen del festín. Pero no hagáis ninguna ofrenda inicial a los dioses en este día. No habrá ningún primer trozo arrojado al fuego como sacrificio. En este día les daremos a los dioses sólo los extremos afilados de nuestras lanzas y espadas. Que se lleven la peor parte para variar.

Mira alrededor y habla tan fuerte que todos los capitanes pueden oírlo.

—Comed bien, amigos míos ¡Néstor! ¡Que tus hijos, Antíloco y Trasimedes, y también Meges el hijo de Fileo, Meriones y Toas, Licoedes, el hijo de Creonte, y Melanipo también, lleven la noticia del festín al mismo frente, para que ningún guerrero aqueo se quede sin carne y vino este mediodía! Yo me vestiré para la batalla y marcharé con Hockenberry, hijo de Duane, para prepararme para la inminente guerra contra los dioses.

Aquiles se da la vuelta y entra en la tienda donde se estaba vistiendo cuando yo llegué, llamándome para que lo siga.

Esperar a que Aquiles se vista para la guerra me recuerda las veces que esperaba a que mi esposa, Susan, se vistiera cuando llegábamos tarde a alguna cena. No hay nada que hacer para acelerar el proceso: lo único que uno puede hacer es esperar.

Pero sigo mirando mi cronómetro, pensando en el pequeño robot que dejé allí arriba (Mahnmut se llamaba) y preguntándome si los dioses lo habrán matado ya. Pero él me dijo que regresara y me reuniera con él en el lago de la caldera al cabo de una hora y todavía me quedan más de treinta minutos.

Pero, ¿cómo voy a regresar al Olimpo sin el Casco de Hades para ocultarme? Fui impulsivo al darle la capucha de cuero al pequeño robot, y pagare ese impulso en cualquier momento si los dioses bajan y me localizan aquí. Pero me digo que Afrodita podrá verme de todas formas si regreso al Olimpo, con Casco de Hades o sin Casco de Hades, así que tendré que TCear allí rápido, agarrar a Mahnmut y TCear para marcharme. Lo importante ahora es lo que pasa aquí, en Ilión.

Lo que está pasando aquí es que Aquiles se está vistiendo.

Advierto que Aquiles aprieta los dientes mientras se viste para la guerra... o más bien, mientras sus sirvientes, criados y mayordomos lo ayudan a ataviarse para la guerra. Ningún caballero de la Edad Media trató jamás sus armas y armadura con mayor cuidado y ceremonia que Aquiles, hijo de Peleo, en este

día.

Primero, Aquiles se cubre las piernas con grebas finamente forjadas (protectores para las espinillas que me recuerdan mis días de catcher en la Liga Infantil, aunque estas grebas no están hechas de plástico moldeado, sino maravillosamente trabajadas en bronce con cierres de plata en los tobillos).

Luego Aquiles se coloca la coraza en el amplio pecho y se cuelga la espada al hombro. La espada, también de bronce, es más brillante y pulida que un espejo, afilada como una navaja y tiene una empuñadura de plata repujada. Yo podría levantar esa espada si me agachara y usara ambas manos. Tal vez.

Entonces empuña su enorme escudo redondo, hecho de dos capas de bronce y dos capas de estaño (un metal raro en esta época) separadas por una capa de oro. Este escudo es una obra de arte pulida y brillante, tan famosa que su diseño hizo que Homero le dedicara un canto entero de la *Iliada*; el escudo ha sido también objeto de muchos poemas, incluido mi favorito, de Robert Graves. Y, sorprendentemente, no me decepciona cuando lo veo en persona. Baste decir que el diseño del escudo lleva círculos concéntricos de imágenes que resumen la esencia del pensamiento de gran parte de este antiguo mundo griego. El Río Océano ocupa el borde exterior, luego vienen imágenes sorprendentes de la Ciudad en Paz y la Ciudad en Guerra, cada vez más cerca del centro, culminando con hermosas visiones de la Tierra, el mar, la Luna y las estrellas que ocupan el centro mismo de la diana. El escudo está tan pulido y resplandece tanto que incluso a la sombra de la tienda brilla como un espejo heliográfico.

Finalmente Aquiles se coloca el casco empenachado sobre la cabeza hasta cubrir su rostro. La leyenda dice que el dios del fuego Hefesto en persona colocó la cresta de pelo de caballo (no sólo los troyanos llevan cascos con alta cresta en esta guerra, sino también los aqueos), y es cierto que las altas plumas doradas del borde del casco titilan como llamas cuando Aquiles camina.

Ahora que sólo le falta la lanza para ir completamente armado, Aquiles se pone a prueba como un delantero de la Liga Nacional de Fútbol que se asegura de que sus hombreras están bien puestas. El ejecutor de hombres gira sobre sus talones para comprobar que sus grebas estén bien atadas y su coraza ajustada pero no tan apretada con para impedirle volverse y girar y esquivar y lanzarse hacia delante con facilidad. Luego corre unos pasos, asegurándose de que todo, desde sandalias a su casco, está en su sitio. Por último empuña su escudo, alza la mano por encima del hombro y saca la espada, todo en un movimiento tan fluido que es como si lo hubiera estado haciendo desde que nació.

Vuelve a envainar la espada y dice:

—Estoy listo, Hockenberry.

Los capitanes nos siguen mientras conduzco a Aquiles de vuelta a la playa donde dejé el caparazón. Los guardias no se han acercado a la criatura-cangrejo, que todavía flota gracias a mi arnés de levitación, un hecho que no ha pasado por

alto a los soldados que se han congregado para verlo. He decidido hacer un pequeño número de magia, para impresionar a Odiseo, Diomedes y los otros capitanes y ganarme su respeto. Además, sé que a estos otros aqueos, no cegados por la furia como Aquiles, puede no entusiasmarlos demasiado la idea de rebelarse contra los dioses inmortales a quienes han adorado, obedecido y hecho sacrificios desde que tienen uso de razón. Teóricamente, cualquier cosa que yo haga ahora para reforzar el dominio de Aquiles sobre su nuevo ejército debería sernos de utilidad a ambos.

—Agarra mi antebrazo, hijo de Peleo —digo en voz baja. Cuando Aquiles así lo hace, retuerzo el medallón con la mano libre y los dos desaparecemos.

Helena había dicho que nos reuniéramos en el vestíbulo de la habitación del bebé Escamandrio, en casa de Héctor. He estado allí, así que no es problema visualizarla y TCear en una habitación vacía. Llegamos unos cuantos minutos antes de la hora prevista: el cambio de guardia en las murallas de Ilión no tendrá lugar hasta dentro de otros cuatro o cinco minutos. Hay una ventana en este vestíbulo y ambos vemos que estamos en el centro de Ilión. El tráfico (carros de bueyes, caballos de reparto), los gritos en el mercado, el roce de cientos y cientos de pies sobre el empedrado llega a través de la ventana abierta como un reconfortante ruido de fondo.

Aquiles no parece asombrado por la teleportación cuántica. Advierto que la vida del joven ha estado llena de magia divina. Fue criado y educado por un *centauro*, por el amor de Dios. Ahora (sabiéndose en el vientre de la bestia enemiga en Ilión), pone la mano en el pomo de su espada, sin desenvainarla, y me mira como preguntando: «¿Y ahora qué?»

El «ahora qué» es un hombre que llora de dolor en la habitación de al lado, la del niño. Reconozco la voz del hombre que grita como la de Héctor, aunque nunca lo he oído gritar y gemir de esta forma. También hay mujeres sollozando y lamentándose. Héctor vuelve a gritar, como lleno de un dolor mortal.

No siento ningún deseo de entrar en esa habitación, pero Aquiles actúa por mí, avanzando, la mano todavía en el pomo de la espada a medio desenvainar. Lo sigo.

Mis mujeres troyanas están todas aquí (Helena, Hécuba, Laódice, Teano y Andrómaca), pero ni siquiera se vuelven cuando Aquiles y yo entramos en la habitación. Héctor está aquí, con su armadura de batalla ensangrentada y polvorienta, pero ni siquiera mira a su archienemigo cuando Aquiles se detiene y contempla lo que todo el mundo, horrorizado, está viendo.

La cuna tallada a mano del bebé está volcada. La sangre salpica la madera de la cuna, el suelo de mármol, la mosquitera. El cuerpo del pequeño Escamandrio, también amorosamente conocido como Astianacte, que todavía no

tiene un año, yace en el suelo... descuartizado. Falta la cabeza del bebé. Los brazos y piernas han sido cercenados. Una manita regordeta sigue en su sitio, pero la otra ha sido cortada por la muñeca. La ropa del bebé, con el blasón de la familia de Héctor tan delicadamente bordado en el pecho, está empapada de sangre. Cerca yace el cuerpo del ama de cría que vi en la muralla y durmiendo aquí pacíficamente hace una noche. Parece que ha sido despedazada por algún enorme gato de la jungla, sus brazos muertos todavía tendidos hacia la cuna volcada como si hubiera muerto intentando proteger al niño.

Las criadas gimen y chillan al fondo, pero Andrómaca está hablando con voz apagada pero casi atterradoramente calma.

—Fueron las diosas, Atenea y Afrodita, quienes hicieron esto, mi marido y señor.

Héctor alza la cabeza y su rostro bajo el casco es una terrible máscara de conmoción y horror. Se queda boquiabierto, babeando. Tiene los ojos desorbitados y enrojecidos.

—¿Atenea? ¿Afrodita? ¿Cómo puede ser?

—Llegué a la puerta desde mi recámara hace una hora cuando las oí hablar con el ama —dice Andrómaca—. La mismísima Palas Atenea me dijo que este sacrificio de nuestro amado Escamandrio es voluntad de Zeus. «Un ternero añojo para el sacrificio», es la frase que empleó la diosa. Traté de discutir, sollozando, implorando, pero la diosa Afrodita me ordenó callar, diciendo que la voluntad de Zeus es una voluntad que no puede contravenirse. Afrodita dijo que los dioses estaban descontentos con la manera en que se desarrollaba la guerra y con tu fracaso en quemar las negras naves anoche. Y que harían este sacrificio como advertencia. —Señala al niño masacrado en el suelo—. Envié a las servidoras más veloces a rescatarte del campo de batalla, y llamé a estas mujeres, mis amigas, para que me consolaran en mi pena hasta que tú llegaras, oh, esposo mío. No hemos vuelto a entrar en esta habitación hasta que has llegado.

Héctor vuelve su salvaje rostro hacia nosotros, pero su mirada pasa por encima del silencioso Aquiles. No creo que hubiera visto una cobra a sus pies en este momento. Está ciego por la conmoción. Lo único que puede ver es el cadáver de Escamandrio: decapitado, ensangrentado, un pequeño puño cerrado. Entonces exclama, con voz entrecortada:

—Andrómaca, esposa mía, amada mía, ¿por qué no estás muerta en el suelo junto al ama, caída igual en el intento por salvar a nuestro hijo de la cólera de los inmortales?

Andrómaca baja la cabeza y llora en silencio.

—Atenea me retuvo en la puerta tras una muralla de fuerza invisible mientras su divino poder hacía esto —dice, las lágrimas cayendo sobre su peplo. Ahora veo que el peplo está manchado de sangre allá donde debió de arrodillarse y

abrazar los restos de su hijo asesinado. Irrelevante como es ahora, pienso en la televisión y en Jackie Kennedy aquel lejano día de noviembre, cuando yo era adolescente.

Héctor no se mueve para abrazar o consolar a su esposa. Los gemidos de las sirvientas aumentan, pero Héctor permanece en silencio un minuto hasta que alza el brazo, musculoso y lleno de cicatrices, cierra un poderoso puño y ruga al cielo.

—¡Entonces os desafío, dioses! A partir de este momento, Atenea, Afrodita, Zeus... todos los dioses a los que he servido y honrado, incluso con mi vida, durante todos estos años... A partir de este momento sois el enemigo. —Y agita el puño.

—Héctor —dice Aquiles.

Todas las cabezas se vuelven. Las criadas aúllan de terror. Helena se lleva las manos a la boca en una perfecta simulación de sorpresa. Hécula grita.

Héctor desenvaina su espada y ruga con una expresión que casi se parece al alivio. *Aquí hay alguien sobre quien descargar mi furia. Aquí hay alguien a quien matar.* Leo lo que piensa en su rostro.

Aquiles alza ambas palmas.

—Héctor, hermano en la pena. Vengo aquí hoy para compartir tu dolor y ofrecerte mi brazo derecho en la batalla.

Héctor se ha tensado para abalanzarse contra el ejecutor de hombres, pero ahora el héroe troyano se detiene, el rostro convertido en una máscara de confusión.

—Anoche —dice Aquiles, sus palmas callosas todavía alzadas para mostrar sus manos vacías—, Palas Atenea vino a mi tienda en el campamento mirmidón y mató a mi amigo más querido, Patroclo, con su propia mano, y llevó su cadáver al Olimpo para que fuera pasto de las aves carroñeras que hay allí.

Todavía empuñando la espada, Héctor dice:

—¿Tú lo viste?

—Hablé con ella y fui testigo y yo mismo —dice Aquiles—. Fue la diosa. Mató a Patroclo entonces igual que ha matado a tu hijo hoy... y por los mismos motivos. Ella misma me lo dijo.

Héctor mira la espada como si su arma y su brazo lo hubieran traicionado.

Aquiles da un paso al frente. La multitud de mujeres se aparta para dejarle paso. El ejecutor de hombres aqueo extiende la mano derecha de forma que casi toca la punta de la espada de Héctor.

—Noble Héctor, enemigo, hermano de sangre —dice Aquiles en voz baja—, ¿te unirás a mí en esta nueva batalla que debemos librar para vengar nuestra pérdida?

Héctor deja caer la espada de modo que el bronce resuena en el suelo de mármol y el mango acaba en un charco de sangre de Escamandrio. El troyano no puede hablar. Avanza casi como para atacar, pero agarra con fuerza el

antebrazo de Aquiles (si hubiera sido mi brazo, me lo habría arrancado) y sigue agarrando el brazo del otro hombre como si se aferrara a él para no caer.

Mientras todo esto sucede, lo confieso, no dejo de mirar a Andrómaca, que todavía llora en silencio, y a las demás, que ponen cara de sorpresa y aturdimiento.

¿Tú hiciste esto?, pienso mirando a la esposa de Héctor. *¿Le hiciste esto a tu propio hijo para salirte con la tuya en esta guerra?*

Mientras lo pienso, apartándome de Andrómaca lleno de repulsión, sé que era la única manera. La única manera. Pero entonces miro los restos masacrados de Astianacte, « el señor de la ciudad », el asesinado Escamandrio, y retrocedo otro paso más. Si viviera mil años, diez mil, nunca comprendería a esta gente.

En este instante, la verdadera diosa Atenea, acompañada por mi musa y por el dios Apolo, se Tcean en la mitad vacía de la habitación del niño.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —exige saber Palas Atenea, de dos metros y medio de altura y arrogante en pose, tono y mirada.

La musa me señala.

—¡Ahí está! —dice.

Apolo empuña su arco de plata.

El Anillo Ecuatorial

El cubil de Calibán estaba oscuro y húmedo y cálido, oculto como se hallaba en medio de las viejas tuberías y el sistema séptico, bajo la superficie de la ciudad, la gruta calentada a temperaturas tropicales por el deterioro biótico y poblada por enredaderas y criaturas escurridizas parecidas a lagartijas. Calibán rompió el fino hielo, nadó por una tubería del suelo del asteroide, salió a una gruta larga y estrecha, colgó la red con sus cautivos de un gancho, la rompió, dejó a los tres aturdidos humanos sobre tres rocas a tres metros de altura sobre una charca borboteante, y se tendió en una tubería cubierta de vegetación y líquen. La criatura metió ambos pies en el líquido, y apoyó la barbilla en sus enormes puños cerrados para inspeccionar a Savi, Harman y Daeman, que no oponían ninguna resistencia.

Daeman se había orinado encima cuando el monstruo los atrapó. La termopiel absorbió la humedad y se secó sola casi al instante, sin dejar ninguna mancha, pero las mejillas de Daeman se ruborizaban a pesar del terror cuando lo recordaba.

Había aire en el cubil de Calibán, y más gravedad que en la ciudad propiamente dicha, y la criatura les quitó las máscaras de osmosis tan rápidamente, lanzando a tal velocidad el largo brazo y las garras, que ninguno de los tres, ni siquiera el último, tuvo tiempo de esquivarlo o retroceder. Las rocas se alzaban como columnas viscosas sobre la negra charca. El aireapestaba, denso en estiércol. Calibán lo respiraba como si fuera delicioso, mostrando su sonrisa amarilla de vez en cuando, como para burlarse de ellos. Parte del hedor de la gruta procedía de la criatura misma.

Daeman había pensado que los *calibani* de la Cuenca Mediterránea daban miedo, pero ahora sabía que eran pobres duplicados del espantoso Calibán original, si eso era esta cosa. Esta criatura no era más grande que los *calibani*, pero resultaba infinitamente más obscena con toda su carnalidad dentada y desnuda. A primera vista Calibán parecía desgarrado, casi torpe, pero había nadado con facilidad en el aire frío y escaso de la ciudad muerta, usando sus

enormes pies y manos palmípedas como aletas. Había agarrado el extremo de su red con la enorme boca, sujetándola con fuerza con los afilados dientes mientras Savi, Harman y Daeman se debatían y daban patadas contra la malla.

—¿Qué quieres de nosotros? —preguntó Savi mientras los tres permanecían encaramados a sus piedras sobre la charca subterránea y Calibán los estudiaba. Daeman vio que ella había recuperado la pistola, que había caído en la red con ellos, y que ahora la tenía en la mano, pero no apuntaba. *¡Dispárale!*, pensó Daeman. *¡Mata a esa cosa!*

Calibán, despatarrado tan cerca de sus columnas de piedra que sentían su aliento encima, tan hediondo como el aire, susurró:

—Se arrastra para tocar y hacer cosquillas en el pelo y la barba. Y ahora cae una flor con una abeja dentro, y ahora una fruta que arrancar, recoger y aplastar.

—Está loco —susurró Harman por el comunicador de radio.

Calibán sonrió.

—Habla solo, como le gusta, toca ese otro, a quien su madre llamó Dios. Porque hablar sobre Él, lo veja... ja, ¿cómo iba a saberlo Él? ¡Pero lo sabe! Y ahora hay un tiempo para vejarlo.

—¿Quién es «Él»? —preguntó Savi. Su voz era muy tranquila para tratarse de alguien que se hallaba en una gruta pestilente a merced de una bestia—. ¿Estás hablando de ti mismo en tercera persona, Calibán?

—Él es Él —susurró el monstruo, apoyado en su tubería cubierta de moho—, ¡excepto cuando Él es Setebos!

Al mencionar el nombre, Calibán se agachó, acurrucándose con las piernas encogidas, protegiéndose la cabeza con los brazos como para esquivar un golpe descargado desde arriba. Algo pequeño y escamoso correteó y se zambulló en la fétida charca bajo ellos. Vapores amarillos se alzaban alrededor.

—¿Quién es Setebos? —preguntó Harman, obviamente esforzándose por mantener la voz tan calma como la de Savi—. ¿Es Setebos tu amo? ¿Quieres llamarlo para que nos libere? Queremos hablar con él.

Calibán alzó la cabeza, frotó la tubería con las garras de un lado a otro y ladró al techo de la gruta.

—¡Setebos, Setebos, Setebos! Creo que Él habita en el frío de la Luna.

—¿La Luna? —dijo Savi—. ¿Este Setebos tuyo vive en la Luna?

—Creo que Él la hizo, con el Sol por pareja —ronroneó la criatura—. Pero no las estrellas: las estrellas vinieron de otra parte. Sólo hizo las nubes, vientos, meteoritos y afines. También esta isla, que vive y crece desde aquí. Y el mar serpetino que la rodea y termina por igual.

—¿De qué está hablando? —le susurró Daeman a Savi a través de los comunicadores de los trajes—. ¿Está loco? Parece que está hablando de algún dios.

—Creo que está hablando de un dios —respondió Savi, también entre susurros—. De su dios. O de algo real que él ve como un dios.

—¿Quién o qué creó a este monstruo? Desde luego, Dios no —dijo Daeman.

Las extrañas orejas transparentes de Calibán se retorcieron y se alzaron.

—Piensa, Sícórax, mi madre me hizo, bocado mortal. Próspero, el silencioso sirviente del Silente, se hizo a sí mismo servidor del servidor. Pero pienso que Setebos, con tantas manos como un pulpo, al hacerse cernido por lo que hace, alza la cabeza, primero, y percibe que no puede volar a lo que es tranquilo y feliz en la vida, pero hace este mundo-burbuja para imitar el mundo real, estas buenas cosas para imitar las cosas reales como las pasas imitan las uvas.

—Este mundo-burbuja —repitió Savi—. ¿Te refieres a esta ciudad asteroidal del anillo-e, Calibán?

En vez de responder, Calibán se arrastró hacia delante como un gato dispuesto a saltar, sus ojos amarillos a sólo un metro de sus cabezas.

—Piensa, Él mismo, ¿conocen a Próspero?

—Conozco a Ariel, la entidad biosfera —dijo Savi—. Ariel nos permitió llegar a Atlántida y viajar hasta aquí. Podemos estar aquí. Pregúntale a Ariel.

Calibán se echó a reír y se tendió de espaldas. Sólo sus garras y pies palmípedos impedían que resbalara por la viscosa tubería hasta las fétidas aguas de abajo.

—Piensa, Él mismo como Próspero, guarda para su Ariel una alta bolsa con la que Él va a buscar peces y descarga; también una bestia marina, torpe, a la que agarró, cegó, y domó de algún modo, y le rompió los pies, y ahora lo remienda en un agujero de la roca y lo llama... *Calibán*.

—¿De que demonios está hablando? —preguntó Daeman por el comunicador—. Ese bicho está loco. Dispárale, Savi. Dispárale.

—Creo que... lo comprendo —susurró Harman—. Él es Calibán. Habla de sí mismo en tercera persona. Tu logosfera Próspero lo esclavizó de algún modo y usó a Ariel, la personalidad biosfera, para hacerlo.

—Y Calibán atrapó alguna pequeña bestia marina, tal vez un lagarto como los que hay en esa charca de abajo, y la llamó Calibán —dijo Savi. Su voz era extraña, distante, casi divertida... como si la criatura de ojos amarillos que se recostaba y desperezaba ante ellos la hubiera hipnotizado— Juega a ser su amo, Próspero —dijo en voz baja.

Calibán se rio y se rascó el costado. Daeman vio que tenía agallas, abriéndose y cerrándose como oscenas bocas grises por encima de sus costillas y por debajo de sus sobacos.

—Él mismo, despierto tarde, ojeó a Próspero en sus libros, descuidado y aislado, ahora señor de la isla —susurró Calibán—. Vejado, cosió un libro de anchas hojas, con forma de flecha, peló una vara y la llamó por un nombre; llevó un tiempo como saya de encantador la piel con ojos de un hermoso ocelote.

—¿Ocelote? —dijo Harman.

—Dispárale, Savi —susurró Daeman—. Dispárale ahora antes de que nos mate.

—Calibán —dijo Savi, intentando tranquilizarlo—, ¿qué les pasó a los posthumanos que había aquí?

Calibán empezó a llorar. De su hocico caía moco.

—Setebos —susurró, mirando de nuevo hacia el techo de la gruta como si alguien estuviera escuchando—. Setebos me ordenó que le diera a esos maniqués tres piernas sanas por una, o que arrancara la otra, y los dejara como un huevo. No fue ningún placer, te lo advierto, mortal, cazar posts uno a uno, beber la mezcla para tragar su carne con el cerebro vivo, haciendo y casando barro a voluntad. ¡Así Él! ¡Así Él!

—Oh, Dios mío —susurró Savi. Se echó atrás en su alta y áspera columna. Parecía como si estuviera considerando saltar a la hedionda charca de abajo.

—¿Qué? —susurró Daeman por el comunicador—. ¿Qué?

—Calibán mató a los posthumanos —contestó la anciana. A la luz de esa cloaca parecía más vieja—. Por orden de ese Setebos. O quizá de Próspero. Calibán parece adorar a ambos como dioses. Tal vez no haya ningún Setebos, sino tan sólo su adoración de la personalidad Próspero.

La criatura dejó de lloriquear y sonrió, alzando su enorme boca abierta.

—Pienso, no hay bien ni mal en Él, ni amabilidad, ni crueldad: Él es fuerte y Señor.

—¿Quién es Él? —preguntó Savi—. ¿Setebos o Próspero? ¿A quién sirves, Calibán?

—Dice Él es terrible —rugió Calibán, alzándose ahora sobre sus patas traseras—. ¡Ved sus hazañas en prueba! Un huracán estropeará seis buenos meses de esperanza. Me la tiene jurada, eso lo sé.

—¿Quién te la tiene jurada? —preguntó Harman.

Daeman pensó que era una locura intentar hablar con aquella criatura demente.

—Dispárale —le susurró de nuevo a Savi—. *Mata a esa cosa.*

Savi alzó un poco más la pistola, pero siguió sin apuntar.

—Piensa, Él mismo, que los posts trajeron agujeros de gusano, Setebos trajo los gusanos —dijo Calibán—. Próspero convirtió los gusanos en dioses, y Setebos hizo en piedra el rostro de Próspero, y zeks para colocarlo bien. Mi madre dijo que el Silente hizo todas las cosas que Setebos vejaba solamente, pero claro, Él mismo observa, ¿quién los hizo débiles cuando la debilidad significaba debilidad que Él pudiera vejear? Si Él quería otro, mientras su Mano estaba en ello, ¿por qué no hacer ojos carnudos, como los de Calibán, que ninguna espina pudiera tomar? O pelar sus cueros cabelludos con hueso contra la nieve, así, o descamar su piel bajo articulación y articulación como la armadura de un orco. ¡Sí... estropea Su

diversión! Él es el Uno ahora: sólo Él lo hace todo.

—¿Quién es el uno?—preguntó Savi.

Calibán pareció a punto de volver a echarse a llorar.

—Mi bestia ciega ama a quien le pone carne en la nariz. A Setebos le place trabajar, usar todas Sus manos.

—Calibán —dijo Savi en voz baja, muy despacio, como si hablara con un niño—, estamos cansados y queremos irnos a casa. ¿Puedes ayudarnos a volver a casa?

Los ojos del monstruo parecieron concentrarse en algo distinto a su odio y su autorrepulsión.

—Sí, señora, Calibán conoce el camino y te desea lo mejor. Pero tú y Él mismo conocéis Sus costumbres y no debéis ignorarlo y creeros seguros.

—Dinos cómo... —empezó a decir Savi.

—Lo hace Él mismo —dijo Calibán, agitándose más ahora, agachado sobre sus patas traseras, sus largos antebrazos colgando, los nudillos espinosos arrancando moho de la tubería—. Ésa es la gracia: ¡descubrir cómo o morir! ¿Complacerlo y ocultar esto? ¿Qué hace Próspero? ¡Ajá, si Él pudiera decírmelo ahora! ¡Él no!

—Calibán, si nos llevas a casa, nosotros podemos... —empezó a decir Savi. Alzó un poco el arma.

—Todos tienen que morir —gritó Calibán, tensando los muslos y arañando sus nudillos—. Piensa, Él mismo, Próspero trae aquí al astuto Odiseo, pero Setebos lo hace vagabundear. Próspero envía gritos nocturnos a Júpiter en los cielos, trayendo los hombres huecos a Marte, pero Setebos lo compone con cólera de dioses falsos. ¡Ése es el juego: descubrir cómo o morir!

Calibán saltó al extremo de la tubería, se agarró a ella con las piernas, colgó y atrapó un lagarto albino del agua. Los ojos del lagarto casi saltaron.

—Savi —dijo Harman.

—No todos tienen que morir, no —gritó Calibán, sollozando y rechinando los dientes—. Algunos huyen lejos, otros se zambullen, algunos se suben a los árboles: esos están a Su merced... ¡Le gustan más cuando... cuando... bueno, nunca intentan lo mismo dos veces!

—Dispárale, Savi —dijo Daeman en voz alta, no por el comunicador, sino hablando con claridad, y su voz resonó en la gruta.

Savi se mordió los labios pero alzó el arma.

—¡Oíd! —exclamó Calibán—. ¡Tumbaos y amad a Setebos! ¡Haced que sus dientes asomen por su labio superior!

Calibán soltó al lagarto ciego, que saltó a la charca pero chocó en el camino contra la roca de Savi.

—¡Mirad Sus hazañas en prueba! —gritó Calibán, y saltó.

Savi disparó y varios centenares de flechitas de cristal puntiagudas golpearon

a Calibán en el pecho, rasgando su carne como si fuera papel. Calibán aulló de nuevo, aterrizó en la roca de Savi, envolvió a la anciana con sus brazos imposiblemente largos y la mordió en el cuello con un poderoso chasquido de sus mandíbulas. Savi ni siquiera tuvo tiempo de gritar antes de morir, el cuello casi cercenado, el cuerpo flácido en los brazos del monstruo, y el arma cayó de sus dedos exánimes a la ciénaga y desapareció.

Sangrando a borbotones, Calibán alzó las mandíbulas manchadas y los ojos amarillos hacia las paredes de la gruta y volvió a aullar. Entonces, llevándose el cadáver de Savi bajo un largo brazo, el monstruo se zambulló en las burbujeadas aguas y desapareció bajo la sucia espuma.

Ardis Hall

Fue la mañana del Primer Veinte de Hannah, después de acompañar a su joven amiga al fax-nódulo y ver cómo dos servidores y un voynix la escoltaban a un pabellón, cuando Ada empezó a preocuparse en serio.

Había empezado a preocuparse por Harman el segundo día tras su marcha con Daeman y Savi. En realidad no esperaba que volviera volando a recogerla en una nave espacial, tal como había prometido (ésa era una fantasía infantil y no pensaba que ni siquiera Harman la creyera), pero sí que esperaba que los tres volvieran con el sonie al cabo de dos o tres días.

Pasados cuatro días, su preocupación se convirtió en furia. A la semana, la furia se había vuelto a convertir en preocupación (la preocupación más profunda y acuciante que jamás hubiese experimentado) y empezó a tener problemas para dormir. Al cabo de dos semanas, Ada no sabía qué pensar.

La decimocuarta mañana después de la partida del trío, sin que trajeran noticias de ninguno de los tres amigos que venían de visita (y desde luego cientos y cientos de personas visitaban por entonces Ardis Hall), Ada hizo que un voynix la llevara al fax-portal en carruaje y, después de sólo un minuto de vacilación (¿qué podía tener de malo faxear?), fue a Cráter París y visitó el domi de la madre de Daeman.

La madre del joven estaba consumida de preocupación. A veces Daeman se iba de fiesta semanas seguidas (e incluso se había marchado a cazar mariposas todo un mes cuando le faltaba un año para su Primer Veinte), pero siempre le hacía saber a su madre dónde estaba y cuándo volvería a casa. Desde hacía dos semanas ya... nada.

—Yo no me preocuparía —la consoló Ada, dando una palmadita en el brazo de la mujer—. Nuestro amigo Harman cuidará de Daeman, y la mujer que hemos conocido... Savi, cuidará de ambos.

Calmó un tanto a la madre de Daeman, pero Ada se sintió más ansiosa que nunca.

Ahora, dos semanas después de su visita a Cráter París, echando ya de menos a Hannah pero sabiendo que la muchacha estaría a salvo en la fermería, Ada se encontró perdida en sus pensamientos durante el trayecto en carruaje hasta su casa.

Ardis Hall había sido invadido a lo largo del último mes. A su regreso de Cráter París, hacía dos semanas, era de noche, así que durante este paseo matutino desde la carretera que conducía a la mansión, Ada vio por primera vez los cambios habidos en las cuatro últimas semanas y se quedó con la boca abierta.

Docenas de tiendas de colores rodeaban la vieja mansión blanca de la colina. Al principio, una decena y luego una veintena de visitantes (sobre todo hombres) habían acudido para escuchar hablar a Odiseo en el gran prado situado tras la casa, pero las docenas se convirtieron en centenares y ya miles habían hecho el fax-viaje. Ardis Hall sólo tenía una docena de carruajes y droshkys, y éstos estaban agotados (como los extrañamente hoscas voynix) de transportar el constante flujo de visitantes entre el fax-nódulo y la casa a todas horas del día y la noche, de forma que algunos voluntarios de los primeros días de las enseñanzas de Odiseo se turnaban para quedarse en el fax-portal y pedir a la inacabable procesión de visitantes que recorrieran andando el kilómetro y medio que los separaba de la mansión. Así lo hacían. Y caminaban de vuelta al fax-portal para regresar días o incluso horas más tarde con más visitantes... casi todos hombres también.

Cuando el droshky de Ada se detuvo en el camino circular, ante Ardis Hall, ella advirtió que su aislada mansión se había convertido en parte de una ciudad en expansión. En la docena de tiendas levantadas por los servidores, de las que ahora se ocupaban hombres y mujeres, había cocina, pabellones para comer, tiendas que servían como excusado (Odiseo les había enseñado a los hombres cómo cavar una letrina apartada de las otras tiendas) y dormitorios. La madre de Ada la había visitado una vez durante esta locura, quedó abrumada por las docenas de personas que deambulaban por Ardis Hall como si fuera un mercado público, e inmediatamente faxeó de regreso a su domi en Ulanbat y no volvió.

Ada aceptó un refresco de uno de los voluntarios permanentes (un joven llamado Reman, que se estaba dejando la barba, como muchos de los otros discípulos) y se acercó al prado donde Odiseo hablaba y respondía a preguntas cuatro o cinco veces al día, para una multitud cada vez más nutrida. Ada casi estaba dispuesta a interrumpir las inútiles charlas del arrogante bárbaro para preguntarle, delante de todo el mundo, por qué él, Odiseo, no se había molestado en despedirse de la joven que lo adoraba.

La noche anterior, en la fiesta del Primer Veinte de Hannah (las

celebraciones siempre se hacían el día antes del cumpleaños, el día antes de faxear a la fermería), Odiseo apenas había aparecido en la cena. Ada sabía que Hannah se sintió herida. La joven todavía se creía enamorada de Odiseo, aunque él parecía indiferente a los sentimientos de Hannah. Después de regresar del viaje, Hannah había sido la sombra de Odiseo, quien apenas parecía advertirlo. Cuando rechazó la hospitalidad de Ada y decidió construirse un campamento en el bosque, Hannah había intentado acompañarlo, pero Odiseo insistió en que durmiera en la gran casa. A lo largo de cada día, mientras Odiseo corría, se ejercitaba y, más tarde, practicaba la lucha con sus discípulos masculinos, Hannah siempre estaba cerca, corriendo, escalando las cuerdas de la pista de obstáculos, incluso ofreciéndose voluntaria para luchar.

En la fiesta del Primer Veinte, cada uno de la docena de invitados sentados alrededor de la mesa emplazada bajo el gran roble hizo el discurso de rigor (enhorabuena a Hannah por su primera visita a la fermería, deseos de una larga vida con salud y felicidad), pero cuando le llegó el turno a Odiseo, el viejo simplemente dijo: «No vayas.» Hannah lloró más tarde en el dormitorio de Ada, incluso pensó en no ir, en ocultarse de algún modo de los servidores que en ese momento bordaban su túnica ceremonial de los Veinte, pero naturalmente tuvo que ir. Todo el mundo iba. Ada había ido. Harman había ido cuatro veces. Incluso el ausente Daeman había ido a la fermería dos veces: una vez en su Primer Veinte y otra después del accidente con el alosaurio. Todo el mundo iba.

Así que esa mañana, cuando Hannah bajo de su habitación vestida solamente con la túnica de algodón ceremonial, adornada sólo con la pequeña y tradicional imagen bordada del caduceo (dos serpientes azules entrelazadas alrededor de una vara), Odiseo no estaba presente para despedirse de su joven amiga.

Ada estaba furiosa mientras las dos viajaban en uno de los droshkys de Ardis hasta el fax-pabellón. Hannah había llorado un poco, apartando la cara para que Ada no la viera. Hannah siempre había sido la joven más dura que Ada conocía (la artista, la atleta, la que corría riesgos, la escultora), pero esta mañana parecía una niña perdida.

—Tal vez me preste atención cuando regrese de la fermería —había dicho Hannah—. Tal vez mañana le pareceré más mujer.

—Tal vez —dijo Ada, pero opinaba que todos los hombres eran unos cerdos insensibles; engreídos, egoístas, que sólo esperaban una oportunidad para actuar como cerdos insensibles, engreídos y egoístas aún mayores.

Hannah parecía frágil cuando los dos servidores salieron flotando del fax-pabellón para tomarla cada uno de un brazo y conducirla hasta el fax-nódulo. Era un día hermoso, el cielo estaba despejado, soplaban un viento suave de poniente, pero bien podría haber estado lloviendo en lo que hacía referencia al estado de ánimo de Ada. No tenía ni idea de por qué tenía esta sensación de desastre: había visto a docenas de amigos marcharse a sus distintos viajes a la fermería en sus

Veinte y ella misma había ido, y sólo recordaba imágenes brumosas de estar flotando en un líquido cálido... pero Ada se echó a llorar cuando Hannah levantó la mano y se despidió un segundo antes de que el fax-portal se la llevara y desapareciera de la vista. Volver a Ardis Hall, sola, simplemente había aumentado la furia de Ada contra Odiseo, contra Harman, contra los hombres en general.

Así que Ada se sentía cualquier cosa menos una amante discípula cuando subió la colina posterior a Ardis Hall para escuchar la charla de Odiseo a los fieles y curiosos.

El hombre de la barba iba vestido con su túnica y sandalias, la espada al costado, y estaba sentado contra un árbol muerto que él mismo había talado. A su alrededor y cubriendo la colina hacia la casa, sentados y de pie, había varios centenares de hombres y mujeres. Muchos de los hombres llevaban ahora túnicas similares a las de Odiseo, sujetas con el mismo tipo de ancho cinturón de cuero. La mayoría parecía estar dejándose la barba, algo que no había estado de moda desde que Ada vivía.

Odiseo respondía preguntas en ese momento. Ada sabía que lo habitual era que hablara durante unos noventa minutos, una hora después del amanecer. Luego se mantenía apartado durante horas, respondía preguntas poco antes del almuerzo, volvía a hablar de nuevo sin interrupción a media tarde, y respondía más preguntas en el largo crepúsculo hasta la puesta de sol. Ahora estaban en la reunión previa al almuerzo.

—Maestro, ¿por qué debemos averiguar quiénes son nuestros padres? Nunca le hemos dado importancia. —Era un joven nuevo quien había levantado la mano.

Cuando Odiseo hablaba, según había advertido Ada a lo largo del mes, normalmente extendía las manos en ángulo recto, estirando los dedos cortos y fuertes como si eso sirviera para recalcar sus argumentos. Sus brazos y piernas eran bronceados y poderosos. Por primera vez, Ada se dio cuenta de que algunos de los hombres barbudos del público también se estaban bronceando y desarrollaban músculos. Odiseo había creado una pista de obstáculos (cuerdas y troncos y fosos de barro) en el bosque colina arriba, y exigía que todos los que le escuchaban más de una vez se ejercitaran al menos una hora al día en la pista. Muchos de los hombres (y algunas de las discípulas) se habían reído la primera vez que lo intentaron, pero ahora pasaban largas horas en la pista, o corriendo, cada día. Ada no lo entendía.

—Si no conoces a tu padre, ¿cómo puedes conocerte a ti mismo? —respondía Odiseo con aquella voz grave, tranquila pero firme, que parecía llegar siempre a todas partes—. Yo soy Odiseo, hijo de Laertes. Mi padre es rey, pero también

hijo de la tierra. Cuando lo vi por última vez, el viejo estaba de rodillas en el barro, plantando un árbol allí donde había caído otro viejo árbol gigantesco (talado finalmente por su mano), después de ser alcanzado por un rayo. Si no conozco a mi padre, y a su padre antes que él, y lo que valieron esos hombres, para qué vivieron y por qué estuvieron dispuestos a morir, ¿cómo puedo conocerme a mí mismo?

—Háblanos de nuevo sobre el *areté* —dijo una voz en la primera fila. Ada reconoció al hombre que hablaba como Petyr, uno de los primeros visitantes. Petyr no era ningún muchacho (Ada creía que estaba en su Cuarto Veinte), pero su barba era ya casi tan poblada como la de Odiseo. Ada no creía que el hombre hubiera salido de Ardis desde que oyó hablar a Odiseo aquel segundo o tercer día, cuando los visitantes se podían contar con dos manos.

—El *areté* es simplemente la excelencia y la búsqueda de la excelencia en todas las cosas —dijo Odiseo—. El *areté* simplemente significa el acto de ofrecer todas las acciones como un tipo de sacramento a la excelencia, de dedicar tu vida a la búsqueda de la excelencia, identificándola cuando se ofrece, y consiguiéndola en tu propia vida.

Un recién llegado de la décima fila, un hombre grueso que a Ada le recordaba un poco a Daeman, se echó a reír y dijo:

—¿Cómo se puede conseguir la excelencia en todas las cosas, Maestro? ¿Por qué querría uno hacerlo? Parece terriblemente agotador.

El hombretón miró alrededor, seguro de que arrancaría unas risas, pero los demás lo miraron en silencio y luego se volvieron hacia Odiseo.

El griego sonrió tranquilamente (sus fuertes dientes blancos destellaron en contraste con sus mejillas bronceadas y su barba corta y gris), y dijo:

—No se puede conseguir la excelencia en todas las cosas, amigo mío, pero hay que intentarlo. ¿Y cómo podrías no quererlo?

—Pero hay tantas cosas por hacer... —rió el hombre grueso—. No se pueden practicar todas. Hay que tomar decisiones y concentrarse en las importantes.

El hombre apretujó a la joven que estaba a su lado, obviamente su compañera, y ella se rio con fuerza, pero fue la única en hacerlo.

—Si —dijo Odiseo—, pero insultarás todas esas acciones si no honras el *areté*. ¿Comer? Come como si fuera tu última comida. ¿Prepara la comida como si no hubiera más comida! ¿Sacrificios a los dioses? Debes hacer cada sacrificio como si las vidas de tus familiares dependieran de tu energía y devoción y concentración. ¿Amar? Sí, ama como si fuera lo más importante del mundo, pero haz que sea una sola estrella en la constelación de excelencia que es el *areté*.

—No comprendo el *agón*, Odiseo —dijo una joven de la tercera fila. Ada sabía que se llamaba Peaen. Era inteligente, y muy escéptica en todo, pero ése era su cuarto día.

—El *agón* es simplemente la comparación de todas las cosas entre sí —dijo Odiseo, en voz baja pero claramente—, y el juicio de esas cosas como iguales, más grandes o más pequeñas. Todas las cosas del universo forman parte de la dinámica del *agón*.

Odiseo señaló el árbol muerto en el que estaba sentado.

—¿Era este árbol más grande, más pequeño o simplemente igual que... ese árbol? —Señaló un árbol alto y vivo colina arriba, en el perímetro del bosque. Los voynix esperaban de pie a la sombra de sus ramas. Los voynix no se acercaban a Odiseo.

—Ese árbol está vivo —dijo el hombre grueso que había hablado antes—. Debe ser superior al árbol muerto.

—¿Son todas las cosas vivas superiores a todas las cosas muertas? —preguntó Odiseo—. Muchos de vosotros habéis usado el paño turín y habéis visto la batalla que se libra allí. ¿Es un mercader de estiércol hoy mejor que Aquiles entonces, aunque Aquiles esté ahora muerto?

—Eso es comparar cosas distintas —chilló una mujer.

—No —dijo Odiseo—. Ambos son hombres. Ambos nacieron. Ambos morirán. Importa poco si uno respira y el otro reside sólo en las sombras impotentes del Hades. Uno tiene que poder comparar hombres, o mujeres, y por eso necesitamos conocer a nuestros padres. A nuestras madres. Nuestra historia. Nuestras narraciones.

—Bueno, ese árbol en el que estás sentado sigue muerto, Maestro —dijo Petyr. Esta vez la gente se rio por toda la colina.

Odiseo se unió a la risa. Señaló un gorrión que acababa de posarse en una de las pocas ramas que Odiseo no había podado del árbol caído.

—No sólo sigue muerto —dijo—. Acaba de morir, pero ya su utilidad (en términos del *agón*) sobrepasa la del *agón* de ese árbol vivo de la colina. Para este pájaro. Para los insectos que ahora perforan la corteza de este gigante caído. Para los ratones y ratoncillos y criaturas mayores que pronto se convertirán en los habitantes de este árbol muerto.

—¿Quién será entonces el juez último del *agón*? —preguntó un hombre serio y mayor de la quinta fila—. ¿Los pájaros, los gusanos o los hombres?

—Todos —respondió Odiseo—. Cada uno en su momento. Pero el único juez que cuenta eres tú.

—¿No es eso arrogancia? —preguntó una mujer a la que Ada reconoció como una de las amigas de su madre—. ¿Quién nos eligió como jueces? ¿Quién nos dio el derecho a hacer juicios?

—El universo os eligió a través de quince mil millones de años de evolución —dijo Odiseo—. Os dio ojos para ver. Manos para sostener y sopesar. Un corazón para sentir. Una mente para aprender las reglas del juicio. Y una imaginación con la que considerar el juicio de los pájaros y los insectos, e incluso

los otros árboles, en este asunto. Y debes abordar este juicio con el *areté* como guía... créeme que los insectos y los pájaros y los árboles ya lo hacen. No tienen tiempo para la mediocridad en su mundo. No se preocupan por la arrogancia del juicio, ya sea para elegir una pareja, un enemigo... o un hogar.

Odiseo señaló el agujero del tronco del árbol; el gorrion había saltado desapareciendo en el hueco.

—Maestro —dijo un joven situado al fondo—, ¿por qué nos pides que luchemos al menos una vez al día?

Ada ya había oído bastante. Apuró su refresco y regresó a la casa, deteniéndose en el porche para contemplar el largo patio donde docenas más de visitantes (discípulos) caminaban y conversaban. La seda de las tiendas se agitaba con la cálida brisa. Los servidores pasaban de un visitante a otro, pero pocos aceptaban sus ofrecimientos de comida o bebida. Odiseo había pedido que todo aquel que le oyera hablar más de una vez no permitiera que los servidores trabajaran para él, ni que los voynix le sirvieran. Eso había hecho que al principio se marcharan muchos, pero cada vez eran más los que se quedaban.

Ada miró el cielo azul, advirtió los círculos claros de los dos anillos que orbitaban, y pensó en Harman. Se había enfadado tanto con él cuando habló de que las mujeres escogían el esperma de los hombres meses o años o décadas después de la relación... era algo que simplemente no se discutía, excepto entre madres e hijas, y sólo una vez. Y esa tontería sobre los genes de las polillas, como si las mujeres humanas no hubieran elegido así a los padres de sus hijos permitidos desde tiempo inmemorial. Había sido tan... *obsceno* por parte de Harman mencionar eso.

Pero era la declaración de su nuevo amante de que quería ser el padre de su hijo... no sólo ser aquel cuya semilla fuera elegida en alguna fecha futura, sino estar *presente*, ser *reconocido* como padre... Eso había enfurecido e irritado tanto a Ada que había permitido que Harman se marchara a su inocua aventura con Savi y Daeman sin una palabra amable. De hecho, con palabras y miradas hostiles.

Ada se acarició la parte inferior del vientre. La fermería no le había notificado a través de los servidores que había llegado su momento de quedarse embarazada, pero claro, tampoco había pedido que la pusieran en la lista. Se alegraba de no tener que elegir pronto entre... ¿cómo lo había llamado Harman? Paquetes de esperma. Pero pensó en Harman (sus ojos inteligentes y amorosos, sus caricias amables y luego firmes, su cuerpo viejo pero ansioso) y se volvió a acariciar el vientre.

—Aman —susurró para sí—, hijo de Harman y Ada.

Sacudió la cabeza. La cháchara de Odiseo de las últimas semanas estaba empezando a llenarle la cabeza de tonterías. El día anterior, harta, después de anohecer, después de que docenas y docenas de individuos se hubieran

marchado al fax-pabellón o a las tiendas para dormir (más a las tiendas que al pabellón), le había preguntado rudamente a Odiseo cuánto tiempo planeaba quedarse en Ardis Hall.

El viejo le sonrió casi con tristeza.

—No mucho más, querida.

—¿Una semana? —insistió Ada—. ¿Un mes? ¿Un año?

—No tanto —dijo Odiseo—. Hasta que el cielo empiece a caer, Ada. Sólo hasta que nuevos mundos aparezcan en tu patio.

Furiosa por su arrogancia, tentada de ordenar a los servidores que expulsaran de inmediato al peludo bárbaro, Ada se marchó a su dormitorio (su último refugio de intimidad en aquel súbitamente público Ardis Hall) donde permaneció despierta y furiosa con Harman, añorando a Harman, preocupada por Harman, en vez de ordenar a los servidores que hicieran algo respecto a Odiseo.

Ahora se dio la vuelta para entrar en la casa, pero un extraño movimiento llamó su atención y la hizo girarse de nuevo. Al principio pensó que eran sólo los anillos rotando, como siempre, pero miró de nuevo y vio otra línea: como un diamante que trazara una raya en el perfecto cristal azul del cielo. Luego otra raya, más ancha, más brillante. Luego otra más, tan brillante y tan clara que Ada vio claramente las llamas que se extendían tras aquel trazo de luz. Al cabo de pocos segundos, tres sordas explosiones resonaron en el prado, haciendo que los discípulos que paseaban se detuvieran y alzaran la mirada, y que incluso los servidores y los voynix se detuvieran en seco.

Ada oyó gritos y chillidos en la colina, tras la casa. La gente del prado señalaba hacia el cielo.

Había docenas de líneas marcando el cielo azul: líneas rojas brillantes y encendidas que se cruzaban y entrecruzaban, cayendo de oeste a este, algunas con columnas de color, otras con ruidos y aterradoras explosiones.

El cielo estaba cayendo.

Ilión y Olimpo

La guerra definitiva empieza aquí, en la habitación de un niño asesinado.

Los dioses deben de haberse teleportado cuánticamente para hablar con los mortales como han hecho un millar de veces hasta ahora: Atenea, arrogante en su divinidad; Apolo, seguro de su poder; y mi musa, probablemente para identificar al escólico renegado Hockenberry. Pero hoy, en vez de encontrar deferencia y asombro, en vez de conversar con los atontados mortales ansiosos por dejarse engatusar para hallar modos más interesantes de matarse unos a otros, son atacados nada más aparecer.

Apolo me apunta con su arco.

—¡Ahí está! —señala la musa.

Pero antes de que el dios pueda colocar una de sus flechas de plata, Héctor salta, blande su espada, abate el arco, se acerca más, y le clava la espada en el vientre a Apolo.

—¡Alto! —grita Atenea lanzando un campo de fuerza, pero demasiado tarde. Aquiles el de los pies ligeros ya ha entrado dentro del círculo del campo de fuerza y corta a la diosa del hombro a la cadera con un único y poderoso tajo.

Atenea grita y el rugido es tan fuerte que la mayoría de los mortales de esta habitación (yo mismo incluido) se arrodillan doloridos, cubriéndose los oídos con las manos. Héctor no. Ni Aquiles. Los dos deben de estar sordos a todo aquello que no sea el rugido interno de su propia cólera.

Apolo grita una advertencia amplificada mientras alza el brazo derecho, para empujar a Héctor o para lanzar algún relámpago divino, pero Héctor no espera a descubrir las intenciones del dios. Blandiendo su pesada espada en un revés a dos manos que me recuerda a Andre Agassi en su mejor época, Héctor cercena el brazo derecho de Apolo en medio de un chorro de icor dorado.

Por segunda vez en mi vida, veo a un dios retorcerse en agonía y cambiar de forma, despojándose de la forma humana-divina para convertirse en un remolino de negrura. De esa negrura surge un grito que hace que las criadas salgan corriendo de la habitación y yo caiga sobre ambas rodillas. Las cinco

mujeres troyanas (Andrómaca, Laódice, Teano, Hécuba y Helena) sacan dagas de sus pechos y se vuelven hacia la musa.

Atenea, su forma también temblorosa e inestable, se mira los pechos heridos y el vientre sangrante. Luego alza la mano derecha y dispara un rayo de energía coherente que debería haber convertido en plasma el cráneo de Aquiles, pero el aqueo se agacha a velocidad sobrehumana (su ADN está enriquecido con nanocélulas, fabricado por los propios dioses) y descarga la espada contra las piernas de la diosa mientras la pared que tiene detrás estalla en llamas. Atenea levita (alzándose del suelo y flotando) pero no antes de que la espada de Aquiles atraviese músculo y hueso divinos, dejando su pierna izquierda colgando en dos trozos.

Esa vez el grito es demasiado fuerte para soportarlo y me quedo un minuto inconsciente, pero no antes de ver a mi musa (el terror de mis días) tan dominada por el pánico que se olvida de su poder de teleportación y simplemente sale corriendo de la habitación, perseguida por mis cinco mujeres troyanas, las dagas en la mano.

Me recupero unos segundos más tarde. Aquiles me está sacudiendo.

—Han huido —ruge—. Los cobardes comemierdas huyeron al Olimpo. Llévanos allí, Hockenberry. —Me levanta con una mano, el puño en torno a la correa que sujeta mi coraza, me sacude a la distancia de un brazo y coloca la punta de su espada manchada de sangre divina bajo la barbilla—, *¡Ahora!*

Sé que resistirme significará la muerte (los ojos de Aquiles están enloquecidos, las pupilas contraídas, convertidas en negras puntas de alfiler), pero en ese momento Héctor agarra a Aquiles por el brazo y lo obliga a bajarme hasta que mis pies tocan el suelo. Aquiles me suelta y se vuelve hacia su reciente aliado troyano, y por un instante estoy seguro de que el Hado se restablecerá y Aquiles el de los pies ligeros matará a Héctor aquí y ahora.

—Camarada —dice Héctor, mostrando su palma vacía—. ¡Compañero enemigo de los despiadados dioses! —Aquiles contiene su ataque— ¡Escúchame! —ruge Héctor, mariscal de campo de los pies a la cabeza ahora— Nuestro deseo compartido es seguir a esos dioses heridos hasta el Olimpo y morir allí en glorioso combate, abatir al mismísimo Zeus. —La salvaje expresión de Aquiles no cambia. Sus ojos parecen casi blancos. Apenas escucha—. Pero nuestras gloriosas muertes ahora significarán la destrucción de nuestros pueblos —continúa Héctor—. Para vengarnos adecuadamente, debemos convocar a nuestros ejércitos, asediar el Olimpo y acabar con todos los dioses. ¡Aquiles, llama a tu gente!

Aquiles parpadea y se vuelve hacia mí.

—Tú —ordena—. ¿Puedes llevarme de vuelta al campamento aqueo con tu

magia?

—Sí —respondo, tembloroso. Veo que Helena y las otras mujeres regresan a la habitación de la muerte, las dagas limpias de sangre dorada divina. Evidentemente, la musa ha escapado.

Aquiles se vuelve hacia Héctor.

—Habla a tus hombres. Mata a cualquier capitán que se oponga a tu voluntad. Yo haré lo mismo con mis argivos y me reuniré contigo dentro de tres horas en esa colina que hay en las afueras de Ilión... ya sabes a cual me refiero. Vosotros la conocéis como Baticia, la colina de Espinos. Los dioses y los aqueos la conocemos como el túmulo de la ágil amazona Mirina.

—La conozco —dice Héctor—. Trae una docena de tus generales favoritos a esta conferencia, Aquiles. Pero deja a tus ejércitos a media legua hasta que acordemos una estrategia.

Aquiles muestra los dientes en lo que podría ser una mueca o una sonrisa.

—¿No te fias de mí, hijo de Priamo?

—Nuestros corazones están unidos en una cólera sin límites y una pena sin fondo en este momento —dice Héctor—. Tú por Patroclo, y yo por mi hijo. Somos hermanos en la locura en este momento, pero tres horas es tiempo suficiente para que se enfríen los fuegos de la causa común. Y tú tienes al mejor estratega del mundo a tu lado, Odiseo, cuya astucia y habilidad temen todos los troyanos. Si el hijo de Laertes te aconseja que me traiciones, ¿cómo lo sabré?

Aquiles sacude impaciente la cabeza.

—Dos horas pues. Traeré a mis generales más dignos de confianza. Y los aqueos que no me sigan hoy a la guerra contra los dioses serán sombras en el Hades al anochecer.

Aparta la espada de Héctor y me agarra el brazo con tanta fuerza que casi dejo escapar un grito.

—Llévame a mi campamento, Hockenberry.

Busco a tientas el medallón TC.

El viento ha empujado la forma levitante de Orphu medio kilómetro playa abajo y hacia las olas, entre dos largas y negras naves aqueas, y tengo que dejar a Aquiles y sus capitanes para recuperar el Aparato. A causa del arnés de levitación, no hay fricción, y agarro una cuerda de los griegos que miran, la paso alrededor de uno de los cinturones de levitación y arrastro el caparazón cascado y abollado para sacarlo del agua y dejarlo en la playa delante de los asombrados héroes de la Ilíada.

Es obvio que ha habido muchas discusiones en el campamento aqueo. Diomedes le está diciendo a Aquiles que la mitad de los hombres aprestan sus barcos para zarpar, mientras que la otra mitad se están preparando para la

muerte. La idea de resistirse a los dioses (mucho peor la de atacarlos) no es sólo una locura, sino también una blasfemia para todos estos hombres que han visto a los seres divinos en acción. El propio Diomedes está a punto de desafiar a Aquiles en el consejo.

Hablando con la fina retórica por la que es famoso, Aquiles les recuerda su combate mano a mano con Agamenón y Menelao y su toma legal del mando de los ejércitos aqueos. Les recuerda el asesinato de Patroclo. Alaba su valor y su lealtad. Les dice que el saqueo de Ilión no es nada comparado con las riquezas que obtendrán cuando saqueen el Olimpo. Les recuerda que puede matar y matará a todos los que se resistan. En resumen, es un discurso convincente pero no una conferencia feliz.

Todo se ha ido a la mierda. Mi plan era que los héroes desafiaran a los dioses y pusieran fin a la guerra, que los aqueos regresaran a sus casas y que los troyanos reemprendieran sus vidas con las grandes puertas de su ciudad amurallada abiertas una vez más a los viajeros y mercaderes. Había imaginado la Ciudad en Paz, tal como está dibujada cerca del centro del escudo de Aquiles. Y había pensado, esperado, que Aquiles y Héctor se sacrificaran mansamente por el bien común, no que alistaran a decenas o centenares de miles de soldados para la batalla.

E incluso mi plan de llevar a Héctor y Aquiles al Olimpo para su fatal *aristeia* está condenado. Había planeado subir allá a los dos guerreros, uno a uno, sin que los dioses supieran que el peligro existía hasta que cayeran sobre ellos como una tormenta griega o troyana. Pero el ataque a Apolo y Atenea en la habitación de Escamandrio nos ha hecho perder incluso este pequeño elemento sorpresa.

¿Y ahora qué?

Consulto el reloj. Había prometido al pequeño robot que iría a recogerlo. Pero el Gran Salón de los Dioses y todo el Olimpo debe ser ahora un nido de avispas. Las probabilidades de que pueda TCear y salir de allí sin ser detectado se han reducido a cero. ¿*Qué harán Héctor y Aquiles si no regresan?*

Eso es problema suyo. Alzo la mano para cubrirme la cabeza con el Casco de Hades; recuerdo que se lo presté a Mahnmut, suspiro, visualizo las coordenadas de la orilla occidental del Lago de la Caldera en la cumbre olímpica y me TCeo.

Sí que es un nido de avispas. El cielo está lleno de carros que cruzan el lago volando de un lado a otro. Veo docenas de dioses en la orilla, algunos señalando, otros disparando lanzas de pura energía al lago. Kilómetros de agua hierven. Otros dioses declaran con voces amplificadas que Zeus ordena que todos se reúnan en el Gran Salón. Nadie ha reparado todavía en mí (hay demasiada confusión), pero es sólo cuestión de un minuto o menos que alguien divise a un no dios en el césped de este exclusivo club de campo.

De repente el agua hirviente entra en erupción a pocos metros de donde estoy y una forma vaga emerge, visible solamente por el agua que chorrea de su

superficie invisible. Luego el oscuro robotito se aparece, se quita el Casco de Hades y me lo tiende.

—Será mejor que nos marchemos rápido —dice Mahnmut en inglés. Después de que yo tome algo aturdido el casco de cuero, extiende una mano para que se la agarre y pueda incluirlo en el campo TC. Lo tomo del antebrazo y entonces grito y lo suelto. El metal o plástico o lo que sea que componga su piel está al rojo vivo. La palma de mi mano derecha ha enrojecido y empieza a ampollarse.

Dos carros vuelan hacia nosotros. Los relámpagos destellan. El aire huele a ozono.

Agarro el hombro del robot y retuerzo de nuevo el medallón, sabiendo que ninguno de nosotros va a salir de ésta con vida, pero diciéndome que al menos he vuelto a por la pequeña máquina, tal como prometí. Al menos hice eso.

El Anillo Ecuatorial

Durante las dos primeras semanas se alimentaron de lagartos en el manantial contaminado. Perdieron tanto peso que sus termopieles tuvieron que contraerse dos tallas para seguir en contacto con la piel.

La muerte de Savi conmocionó tanto a Daeman y Harman que, después de la partida de Calibán arrastrando el cadáver de su amiga, los dos permanecieron sentados estúpidamente en la columna de roca un minuto entero a tres metros sobre las fétidas aguas. Daeman descubrió que en su mente había un único pensamiento: *Calibán va a volver a por nosotros. Calibán va a volver a por nosotros*. Entonces Harman rompió el hechizo saltando de pie a las pestilentes aguas, bajo las que desapareció.

Daeman habría aullado de terror entonces si hubiera tenido fuerzas, pero lo único que pudo hacer fue mirar la espuma que quedó donde Harman lo había abandonado. Después de lo que parecieron minutos eternos, Harman reapareció, jadeando y escupiendo y sujetando tres objetos en las manos: sus dos máscaras de osmosis y la pistola de Savi. Se encaramó a un saliente bajo de roca y Daeman, sacudiéndose finalmente su parálisis, descendió para reunirse con él.

—Sólo tiene tres metros de profundidad —jadeó Harman—, de otro modo nunca hubiese encontrado esto.

Le tendió a Daeman una máscara y se puso la suya por encima de la capucha de termopiel, sin asegurársela sobre la cara. Luego sopesó la pistola.

—¿Funciona? —preguntó Daeman, la voz temblorosa. Tenía miedo de estar tan cerca del agua, seguro de que el largo brazo de Calibán saldría en cualquier momento y lo agarraría. Daeman no dejaba de recordar el obscuro chasquido de las fauces del monstruo cerrándose alrededor de la garganta y la espina dorsal de Savi.

—Sólo hay un modo de averiguarlo —susurró Harman. La voz del otro hombre temblaba también, aunque Daeman no sabía si debido al terror o al frío.

Harman apuntó con el arma como había visto hacer a Savi, pasó el dedo por la guarda del gatillo, y apretó. Un círculo de agua cerca de la pared del fondo

estalló en una fuente irregular de un metro de altura mientras cientos de flechitas agitaban la superficie.

—¡Sí! —gritó Daeman, y su voz resonó en la pequeña gruta— ¡A la mierda con Calibán!

—¿Dónde está la mochila de Savi? —susurró Harman.

Daeman señaló el lugar donde había caído, tras su columna de roca. Los dos hombres se acercaron a la mochila y rebuscaron en su interior. La linterna todavía funcionaba. Había tres cargadores más de flechitas, cada uno de ellos con siete paquetes plásticos de dardos. Harman encontró el modo de sacar el cargador que estaba en uso y contó las cargas que quedaban. Dos.

—¿Crees que él... que eso está... muerto? —susurró Daeman, mirando por encima del hombro a ambos lados, hacia donde el arroyo subterráneo entraba en la pequeña gruta. El espacio rocoso estaba iluminado solamente por un brillo fungoso—. Savi le disparó en el pecho apenas a un palmo de distancia. Tal vez esté muerto.

—No —dijo Harman—. Calibán no está muerto. Ponte la máscara. Tenemos que salir de aquí.

El arroyo subterráneo corría de gruta en gruta, y luego de caverna en caverna, cada espacio más grande que el anterior. Las capas superiores del asteroide sobre el que se levantaba la ciudad de cristal estaban por lo visto repletas de cuevas y tuberías. Encontraron salpicaduras de sangre en las rocas de la segunda gruta a la que llegaron.

—¿De Savi o de Calibán? —susurró Daeman.

Harman se encogió de hombros.

—Tal vez de ambos.

Iluminó con el haz de la linterna las rocas planas que se internaban en las sombras diez metros a cada lado del pestilente arroyo. Costillas, tibias, peronés y un cráneo le devolvieron la mirada.

—Oh, Dios, Savi —jadeó Daeman. Se colocó rápidamente la máscara y se preparó para saltar al arroyo subterráneo.

Harman lo detuvo con una firme mano sobre el hombro.

—No lo creo.

Se acercó a los huesos y paseó la luz de la linterna de un lado a otro. Había más restos esqueléticos esparcidos por los salientes rocosos, a ambos lados del arroyo.

—Son antiguos —dijo Harman—. Tienen meses o años... tal vez décadas.

Tomó dos costillas y las alzó a la luz, los huesos sorprendentemente blancos contra el guante azul de su termopiel. Daeman vio las marcas de dientes en ellos.

Empezó a temblar de nuevo.

—Lo siento —susurró.

Harman negó con la cabeza.

—Los dos estamos conmocionados y hambrientos. Hace más de dos días que no comemos casi nada. —Se tumbó en una roca, cerca del borde del agua.

—Pero tal vez haya comida en la ciudad... —empezó a decir Daeman. Harman sumergió una mano en el agua y hubo una agitación. Daeman retrocedió, seguro de que Calibán había regresado, pero cuando miró por encima del hombro, Harman sostenía un lagarto albino en las manos. No carecía de ojos, como el que había seleccionado Savi: sus ojos saltones eran rosa.

—Estás bromeando —dijo Daeman.

—No.

—No podemos desperdiciar flechas para matar ese... —empezó a decir Daeman.

Harman agarró con fuerza al lagarto por las patas traseras y le aplastó el cráneo contra una roca.

Daeman se subió la máscara de osmosis, seguro de que iba a volver a vomitar. Su estómago rugía y se estremecía con calambres.

—Ojalá Savi hubiera llevado un cuchillo en la mochila —murmuró Harman—. ¿Recuerdas ese bonito cuchillo que Odiseo siempre llevaba consigo en el Puente de la Puerta Dorada? Ahora podríamos utilizarlo.

Daeman se quedó allí mirando, anonadado, más allá de la náusea, mientras Harman buscaba una piedra del tamaño de un puño entre los huesos humanos y empezaba a golpearla para darle filo. Cuando tuvo una burda punta, cortó la cabeza del lagarto muerto y empezó a sacarle la piel blanca al anfibio.

—No puedo comerme eso —dijo Daeman.

—Tú mismo dijiste que no había comida en la ciudad —dijo Harman, agachado mientras trabajaba. Despellejar un lagarto, advirtió Daeman, era un proceso relativamente poco sanguinolento.

—¿Cómo lo cocinamos?

—No creo que podamos. Savi no trajo cerillas, no hay combustible ni aire en la ciudad de arriba —contestó Harman. Arrancó un trozo de carne roja del muslo superior del lagarto, lo sostuvo en el aire un minuto a la luz de la linterna y luego se lo metió en la boca. Recogió un poco de agua del arroyo con la botella de Savi y tragó el bocado.

—¿Cómo está? —preguntó Daeman, aunque la expresión de la cara de Harman le dio la respuesta.

Harman cortó una tira de carne más fina y se la tendió a Daeman. Pasaron dos minutos enteros antes de que éste se la metiera en la boca y masticara. No vomitó. Sabía, pensó, a moco salado y pestilente. Su estómago ansió más.

Harman le tendió la linterna.

—Túmbate en el borde del arroyo. La luz atrae a los lagartos.

¿*Ya Calibán?*, pensó Daeman, pero se tumbó en el borde del agua, apuntando con la luz la profunda charca con la mano izquierda y preparándose para atrapar los blancos lagartos cuando se acercaran nadando.

—Nos convertiremos en Calibán —murmuró Daeman. Podía oír a Harman arrancando la carne y masticándola en la oscuridad, tras él.

—No —dijo Harman entre bocados—. No lo haremos.

Salieron de la caverna dos semanas más tarde, dos hombres pálidos, barbudos, enflaquecidos y de ojos desorbitados, tras atravesar la fina capa de hielo de la charca de arriba y flotar hasta el comparativo brillo de la ciudad de Cristal.

Extrañamente, fue Daeman quien insistió en hacerlo.

—Es más fácil defendernos de Calibán aquí abajo —argumentó Harman. Había fabricado una especie de pistolera con parte de la mochila de Savi, y allí guardaba el arma. Los dos se turnaban para dormir apoyándose en una u otra pared de la caverna, y mientras uno dormitaba el otro vigilaba con la linterna y la pistola.

—No importa —dijo Daeman—. Tenemos que salir de esta roca.

—Calibán podría estar muriendo a causa de sus heridas —dijo Harman.

—Y podría estar recuperándose también —respondió Daeman. Los dos hombres se parecían más ahora que Daeman había perdido todas las redondeces y ambos se habían dejado la barba. La barba de Daeman era un poco más poblada y oscura que la de Harman—. No importa —insistió—. Tenemos que encontrar una salida.

—No puedo volver a la fermería —dijo Harman.

—Puede que tengamos que hacerlo. Tal vez sean los únicos fax-portales del anillo orbital.

—No me importa —replicó Harman—. No puedo entrar otra vez en ese matadero. Además, los fax-portales son para los cuerpos que suben y bajan después de ser reparados. Los nódulos deben de estar codificados para esa gente.

—Cambiaremos los códigos si es preciso —dijo Daeman.

—¿Cómo?

—No lo sé. Observaremos a los servidores cuando faxeen a la gente de vuelta y haremos lo que ellos hacen.

—Savi dijo que no creía que nuestros códigos fueran ya viables para el fax —dijo Harman.

—No lo sabía. Llevaba fuera del ciclo del fax más de un milenio. Pero, como mínimo, tenemos que explorar el resto de la ciudad de los posthumanos.

—¿Por qué? —preguntó Harman. El hombre maduro tenía más problemas para dormir que Daeman y su moral estaba baja.

—Puede que haya una nave espacial guardada en alguna parte —respondió Daeman.

Harman empezó a reírse entonces, suavemente al principio pero luego de manera tan incontrolable que empezó a llorar. Daeman tuvo que darle un pellizco en el brazo para reclamar su atención.

—Vamos —dijo Daeman—. Conocemos la tubería que lleva hasta la superficie. Sígueme. Me abriré paso a tiros a través del hielo si hace falta.

Durante las dos semanas siguientes exploraron el resto de la ciudad, encontrando cubículos y rincones donde dormir, uno siempre de guardia mientras el otro dormía. Daeman soñaba invariablemente que se estaba cayendo y se despertaba entre sacudidas, agitando brazos y piernas contra la gravedad cero. Sabía que Harman tenía los mismos sueños porque el otro hombre dormitaba aún menos antes de jadear y despertarse entre estertores.

La ciudad de cristal estaba uniformemente muerta, aunque las torres del otro lado de la roca de un kilómetro y medio de largo eran más elaboradas, con más terrazas y espacios cerrados. Por todas partes flotaban los restos momificados y medio roídos de las mujeres posthumanas. Daeman y Harman siempre estaban hambrientos, aunque la mochila de Savi estaba llena de lagartos despellejados y cortados, y a veces la barriga de Daeman gruñía al ver uno de aquellos carnosos restos momificados. La necesidad de agua los devolvía a una de las charcas heladas cada tres días aproximadamente.

Aunque esperaban encontrarse con Calibán a cada paso, sólo encontraron ocasionales partículas flotantes de sangre que podía ser suya. Tres días después de salir de las cavernas, con los ojos recién aclimatados al brillo de la Tierra que llegaba a través de los paneles transparentes que allí había, encontraron una mano flotando como una araña muerta entre los lechos más densos de algas. Pensaron que la mano podría ser de Savi. Esa noche (llamaban «noche» al breve período de veinte minutos en que la Tierra no iluminaba los claros paneles de arriba) los dos oyeron un terrible aullido calibanesco procedente de la fermería. El ruido parecía transmitirse más por el suelo del asteroide y el material exótico de las torres que los rodeaban que por el fino aire.

Un mes después de su llegada a aquel infierno orbital, ya habían explorado toda la ciudad excepto dos zonas: el fondo de la fermería donde habían encontrado a Calibán y un largo y oscuro corredor a la derecha del punto donde la ciudad se curvaba bruscamente alrededor del polo norte del asteroide. Ese estrecho corredor, de no más de veinte metros de diámetro, carecía de ventanas y estaba lleno de ondulantes algas, un escondite perfecto para Calibán, y en su primer viaje alrededor del asteroide ambos decidieron permanecer apartados de aquel oscuro lugar y registrar el resto de la ciudad de los posthumanos. Ahora ya

habían recorrido toda la ciudad: no había naves espaciales, ni otras computas, ni salas de control, ni otras fermerías, ni salas de almacenamiento llenas de comida, ni otras fuentes de agua. Tenían la opción de volver a las cavernas para abastecerse de lagartos, ya que se estaban quedando sin ellos, o de volver a la fermería para probar los tanques de fax-nódulos, o de explorar el oscuro corredor lleno de algas.

—El lugar oscuro —votó Harman.

Daeman se limitó a asentir, cansado.

Se abrieron paso flotando entre la maraña de algas; iban del brazo para no separarse. Daeman llevaba ese día la pistola y la movía de un lado a otro con cada espectral movimiento de las algas. Sin ventanas ni reflejos del núcleo central de la ciudad, sólo la linterna de Savi indicaba el camino. Ambos hombres tenían dudas respecto a la carga de la linterna, pero no expresaban su preocupación en voz alta. Daeman se tranquilizaba recordando que el tenue brillo de la mayoría de las cavernas de abajo, no todas, era suficiente para cazar lagartos, con suerte, pero la verdad era que no quería regresar a aquellos espantosos terrenos de caza nunca más. Dos noches antes le había preguntado a Harman por el vacío casi absoluto que los rodeaba.

—¿Qué sucedería si me quitara mi máscara de osmosis?

—Te morirías —dijo Harman sin emoción. El hombre mayor estaba enfermo, un estado que los humanos no conocían a menudo pues la fermería se encargaba de esas cosas, y temblaba de frío, a pesar de que la termopiel preservaba todo su calor corporal—. Te morirías —repite.

—¿Con rapidez?

—Espacio, creo —dijo Harman. Su termopiel azul estaba manchada de lodo del río y sangre de lagarto—. Te asfixiarías. Pero aquí no estamos en vacío total, así que te debatirías durante un rato.

Daeman asintió.

—¿Y si me quitara la termopiel pero me dejara puesta la máscara?

Harman reflexionó al respecto.

—Eso sería más rápido —reconoció—. Te morirías congelado en un minuto o menos.

Daeman no dijo nada y le pareció que Harman volvía a quedarse dormido, pero entonces el hombre maduro susurró por el comunicador:

—Pero no lo hagas sin decírmelo primero, ¿de acuerdo, Daeman?

—De acuerdo —respondió Daeman.

El corredor estaba tan repleto de algas salvajes que casi tuvieron que darse la vuelta, pero, haciendo que uno se retorciera y empujara las flotantes algas a un lado mientras el otro se abría paso, consiguieron avanzar unos doscientos metros

en la oscura columna sin ventanas. Había una pared al fondo, justo lo que ambos hombres esperaban después de sus problemas, pero Daeman no dejaba de alumbrar con la linterna más allá del lecho de algas, y de repente distinguieron levemente un cuadrado blanco en el oscuro mamparo de material exótico. Daeman sostenía la pistola, así que pasó el primero por la membrana semipermeable.

—¿Qué ves? —llamó Harman por el comunicador. No había pasado todavía—. ¿Puedes ver algo?

—Sí. —La respuesta le llegó por el comunicador de la termopiel, pero no en la voz de Daeman—. Puede ver cosas maravillosas.

Ilión

—Dime otra vez qué estás viendo —dijo, hablando no por tensorrayo sino a través de cable enlace-k Mahnmut iba montado sobre la espalda del ioniano como un jockey a lomos de un elefante flotante. El enlace-k les había proporcionado suficiente banda ancha para descargar todo el lenguaje griego y las bases de datos de la *Iliada* en unos segundos.

—Los líderes griegos y troyanos están reunidos en la cima de este montículo —dijo Mahnmut—. Estamos justo detrás del contingente griego: Aquiles, Hockenberry, Diomedes, Ajax el Grande y Ajax el Pequeño, Néstor, Idomeneo, Toas, Tiepolemo, Nireo, Macaón, Polipetes, Meriones y media docena de otros hombres cuyos nombres no pillé cuando Hockenberry hizo las presentaciones.

—Pero, ¿no está Agamenón? ¿Menelao tampoco?

—No, siguen en el campamento de Agamenón, recuperándose tras el combate singular con Aquiles. Hockenberry me dijo que los atiende Asclepio, su médico. Los hermanos tienen costillas rotas y cortes y magulladuras (Menelao tiene una contusión porque Aquiles le dio en la cabeza un golpe con el escudo) pero nada que amenace sus vidas. Según el escólico, ambos podrán caminar dentro de un par de días.

—Me pregunto si Asclepio podría devolverme mis ojos y mis brazos —murmuró Orphu.

Mahnmut no tenía nada que decir al respecto.

—¿Y los troyanos? —preguntó Orphu, ansioso. Hablaba como Mahnmut había imaginado siempre a un niño humano: feliz, entusiasta, casi impaciente—. ¿Quién está representando a Ilión?

Mahnmut se puso de pie en el cascado caparazón para ver mejor las líneas troyanas por encima de las cabezas empenachadas de los héroes griegos.

—Héctor lidera el contingente, naturalmente —dijo Mahnmut—. Su penacho rojo y su brillante casco destacan mucho. Lleva también una capa roja. Es como si estuviera desafiando a los dioses para que bajen a luchar.

Mahnmut ya había transmitido a Orphu la escena que Hockenberry le había

descrito antes, cuando Héctor y su esposa, Andrómaca, caminaron entre los miles de guerreros de Ilión mostrando el cuerpo mutilado de su hijo muerto, Escamandrio, todavía vestido con la ensangrentada saya real, para que todos los troyanos lo vieran. Hockenberry informó de que había miles de aqueos que seguían pensando en huir al mar en sus negras naves, pero después de la sombría procesión de Héctor y Andrómaca, todos los troyanos y sus aliados estaban dispuestos a luchar contra los dioses, a brazo partido si era necesario.

—¿Quién representa a Ilión además de Héctor?—preguntó Orphu.

—Paris lo acompaña. Y el viejo consejero, Antenor, y el mismísimo rey Príamo. Los ancianos están un poco apartados, para no estorbar a Héctor.

—Los dos hijos de Antenor, Acamante y Arquéloco, ya han muerto, creo —dijo Orphu—. Los mató a ambos Ajax Telemonio... Ajax el Grande.

—Creo que así es —respondió Mahnmut—. Debe resultarles difícil estrechar sus antebrazos en una tregua tal como hacen ahora. Veo a Ajax el Grande hablar con Antenor como si no hubiera pasado nada.

—Todos son soldados profesionales —dijo Orphu—. Saben que crían a sus hijos para la batalla y la muerte. ¿A quién más ves en el contingente de Héctor?

—Allí está Eneas —dijo Mahnmut.

—Ah, la *Eneida* —suspiró Orphu—. Eneas está... *estaba* destinado a ser el único superviviente de la casa real de Ilión. Está destinado... *estaba* destinado a huir de la ciudad en llamas con su hijo, Ascanio, y un grupito pequeño de troyanos; sus descendientes acabarán por fundar una ciudad que se convertirá en Roma. Según Virgilio, Eneas...

—No nos adelantemos a los acontecimientos —le interrumpió Mahnmut—. Como dice Hockenberry, ahora todas las apuestas han sido canceladas. No creo que haya ninguna parte de la *Iliada* que me has descargado en la que griegos y troyanos se alíen en una cruzada contra el Olimpo.

—No —dijo Orphu—. ¿Quién más está con Héctor además de Eneas, Paris, el viejo Príamo y Antenor?

—Otrioneo —dijo Mahnmut—. El prometido de Casandra.

—Dios mío —dijo Orphu—. Otrioneo estaba destinado a morir a manos de Idomeneo esta noche o mañana. En la batalla por los barcos griegos.

—Todas las apuestas han sido canceladas —repitió Mahnmut— parece que no va a haber ninguna batalla por los barcos esta noche.

—¿Quién más?

—Deífobo, otro hijo de Príamo. Su armadura pulida brilla tanto que he tenido que colocarme más filtros polarizadores sólo para mirarlo. Junto a Deífobo está ese tipo de Pedeo, el cuñado de Príamo, cómo se llama... Imbrio.

—Oh, vaya. Imbrio estaba destinado a morir a manos de Teucro dentro de unas horas...

—¡Ya basta! —dijo Mahnmut—. Va a oírte alguien.

—¿Oírme por tensorsrayo o enlace-k? —dijo Orphu con un estremecimiento—. No es probable, viejo amigo. A menos que los griegos y troyanos tengan un poco más de tecnología de lo que me has contado.

—Bueno, es desconcertante —dijo el moravec más pequeño—. La mitad de la gente que está aquí en la Colina de Espinos se supone que va a estar muerta dentro de un día o dos, según tu estúpida *Iliada*.

—No es mi estúpida *Iliada* —replicó Orphu—. Y además...

—Todas las apuestas han sido canceladas —terminó Mahnmut—. Oh-oh.

—¿Qué?

—Las negociaciones han terminado. Héctor y Aquiles dan un paso al frente, se agarran por el antebrazo ahora... ¡santo Dios!

—¿Qué?

—¿Oyes eso? —jadeó Mahnmut.

—No.

—Lo siento, lo siento —dijo Mahnmut—. Lo siento. No lo decía literalmente. Sólo quería decir...

—Venga —insistió el ioniano—. ¿Qué es lo que no he oído?

—Los ejércitos, griego y troyano por igual, están rugiendo. Santo Dios, es un sonido abrumador. Cientos de miles de aqueos y troyanos juntos, vitoreando, agitando estandartes, alzando sus espadas y lanzas y banderas al aire... La muchedumbre se extiende hasta las murallas de Ilión. La gente que está en las murallas (puedo ver a Andrómaca y Helena y las otras mujeres que señaló Hockenberry) grita también. Los otros aqueos (los que estaban indecisos, esperando junto a sus navíos) han vuelto a los fosos griegos y vitorean y gritan también. ¡Qué ruido!

—Bueno, no hace falta que tú también grites —dijo Orphu secamente—. El enlace-k funciona bien. ¿Qué pasa ahora?

—Bueno... no mucho —respondió Mahnmut—. Los capitanes se estrechan la mano por toda la colina. Suenan campanas y gongs en la ciudad amurallada. Los ejércitos se congregan, soldados de infantería de cada bando cruzan la tierra de nadie para darse palmadas en el hombro o intercambiar nombres o lo que sea... y todos parecen dispuestos a combatir, pero...

—Pero no hay nadie a quien combatir.

—Exacto.

—Tal vez los dioses no bajen a luchar —dijo el ioniano.

—Lo dudo.

—O tal vez el Aparato haga volar el Olimpo en mil millones de pedazos —dijo Orphu.

Mahnmut guardó silencio pensando en aquello. Había visto a los dioses y diosas, allá arriba, seres sentientes a millares, y no tenía ningún deseo de convertirse en un asesino de masas.

—¿Cuánto tiempo falta para que el disparador que preparaste active el Aparato?—preguntó Orphu, aunque debía saberlo.

—Cincuenta y cuatro minutos—dijo.

En el cielo, se formaron de repente unas nubes oscuras. Parecía que los dioses iban a bajar, después de todo.

Cuando Mahnmut se zambulló en el Lago de la Caldera, en el Monte Olympus, tenía pocas esperanzas de escapar. Necesitaba un minuto aproximadamente para preparar el Aparato (¿para que detonara?), y pensó que un poco de profundidad y presión podrían concederle ese tiempo.

Así fue. Mahnmut se zambulló a ochocientos metros, sintiendo la familiar y agradable sensación de la presión en cada milímetro cuadrado de su armazón, y encontró un saliente en el lado occidental de la empinada pared de la caldera donde pudo descansar, asegurar el Aparato y prepararlo. Los dioses no lo persiguieron bajo el agua. Mahnmut no sabía, ni le importaba, si se debía a que no sabían nadar o a si pensaban estúpidamente que sus rastreos con láser y microondas de la superficie lo harían subir.

Había sido negligente por su parte no configurar un mecanismo de disparo remoto antes de que Orphu y él iniciaran su breve viaje en globo, así que lo hizo ahora, a ochocientos metros de profundidad, en el lago, iluminando con las lámparas de su pecho el ovoide Aparato macromolecular. Tras quitarse la tapa de acceso del caparazón de transaleación, Mahnmut canibalizó parte de sí mismo; una de sus cuatro células de energía proporcionó la necesaria señal disparadora de 32 voltios; soldó uno de sus tres receptores redundantes de radio/tensorrayo a la placa del disparador con su láser de muñeca, así como un temporizador obtenido a partir de su cronómetro externo; por último, colocó un burdo sensor de contacto consistente en uno de sus propios sensores, de modo que el Aparato se activara solo a esta profundidad si alguien que no fuera él lo tocaba.

Si esos dioses de antaño vienen por mí ahora, dispararé el Aparato manualmente, pensó mientras esperaba sentado en el saliente, a ochocientos metros bajo la superficie del lago. Pero no quería autodestruirse (sí destrucción era, en efecto, el propósito del Aparato) y no quería ocultarse bajo el agua todo el día. Pero el humano Hockenberry le había prometido TCear de vuelta para recogerlo, así que esperaría. Quería volver a ver a Orphu. Además, su misión (la misión de los difuntos Koros III y Ri Po, en realidad) era llevar el Aparato al Monte Olympus y dar parte de su colocación a través del comunicador. Ambos objetivos habían sido cumplidos. En cierto modo, Mahnmut y el ioniano habían llevado a cabo con éxito su misión.

Entonces, ¿por qué estoy escondiéndome a ochocientos metros bajo la superficie de este imposible Lago de la Caldera? Pensó en el agua que hervía

sobre él mientras los dioses descargaban su cólera y sus rayos caloríficos en el lago, y no pudo menos que reírse a su estilo moravec: aquella agua tendría que haber salido volando, de todas formas, ya que la cima del Monte Olympus estaba casi en el vacío.

Entonces llegó la hora de que el humano llamado Hockenberry regresara a por él y, sorprendentemente, lo hizo.

—Describeme la Tierra —dijo Orphu en la Colina de Espinos. Mahnmut se había bajado de su caparazón y guiaba a su amigo tirando de la cuerda que había atado al arnés de levitación—. ¿Y estás seguro de que estamos en la Tierra? —añadió.

—Bastante seguro —respondió Mahnmut—. La gravedad es la que corresponde, el aire también, el Sol tiene el tamaño adecuado y las formas de vida vegetal encajan con las imágenes de los bancos de datos. Oh, y también los seres humanos... aunque todos estos hombres y mujeres parecen miembros del mejor club deportivo del sistema solar.

—Guapetones, ¿eh? —dijo Orphu.

—Para como son los humanos, yo diría que sí. Pero como son los primeros *Homo sapiens* que veo en persona, ¿quién sabe? Sólo Hockenberry, de todos los hombres que he conocido, parece tan corriente y moliente como los hombres y mujeres de las fotos y vids y holos que tú y yo tenemos en nuestros bancos de datos.

—¿Qué piensas que...? —empezó a decir Orphu.

Shhh, respondió Mahnmut por tensorrayo. Había desconectado el enlace-k para no tener que montar más en el caparazón de Orphu. Las nubes continuaban arracimándose sobre el campo de batalla. Aquiles se está dirigiendo a las tropas... troyanas y aqueas.

¿Puedes comprenderlo?

Por supuesto que puedo. Los archivos se descargaron bien, aunque tengo que deducir por el contexto algunos coloquialismos y maldiciones.

¿Pueden oírlo los otros humanos sin un sistema de megafonía?

Ese hombre tiene pulmones de hierro, dijo Mahnmut. *Metafóricamente hablando. Su voz debe llegar hasta el mar por un lado y hasta las murallas de Troya por el otro.*

¿Qué está diciendo?, preguntó Orphu.

Os desafío dioses, bla, bla, bla... y ahora invoco al caos y desato los perros de la guerra, bla, bla, bla..., recitó Mahnmut.

Espere, dijo Orphu. *¿Ha usado de verdad esa cita de Shakespeare?*

No, dijo Mahnmut. *Estoy traduciendo libremente.*

Fiuuu, dijo el ioniano por tensorsrayo. *Pensé que teníamos un plagio sorprendente entre manos. ¿Cuánto falta para que se active el Aparato?*

Cuarenta y un minutos, dijo Mahnmut. *¿Pasa algo con tu...*

Se detuvo.

¿Qué?, dijo Orphu.

En medio del desafiante grito de Aquiles contra los dioses, apareció el Rey de los Dioses. Aquiles dejó de hablar. Doscientos mil rostros masculinos se volvieron hacia el cielo en las llanuras de Ilión.

Zeus descendió de las nubes negras en su carro de oro, tirado por cuatro hermosos caballos holográficos.

El maestro arquero aqueo, Teucro, de pie junto a Aquiles y Odiseo, apuntó y lanzó una flecha hacia el cielo, pero el carro estaba demasiado alto y (Mahnmut estaba seguro) rodeado de un potente campo de fuerza. La flecha trazó un arco y cayó, perdiéndose en los matorrales más espesos de la base del risco donde se encontraban los generales.

—¿OS ATREVÉIS A DESAFIARME? —resonó la voz de Zeus a lo largo y ancho de los campos y la costa y la ciudad donde se congregaban los ejércitos—. ¡CONTEMPLAD LAS CONSECUENCIAS DE VUESTRO ORGULLO DESMEDIDO!

El carro ascendió y aceleró hacia el sur, como si Zeus dejara el campo en dirección al monte Ida, apenas visible en el horizonte meridional. Quizá sólo Mahnmut, con su visión telescópica, vio el pequeño esferoide plateado que Zeus dejó caer del carro cuando se encontraba a quince kilómetros de ellos.

—*¡Abajo!* —rugió Mahnmut a toda potencia, gritando las palabras en griego—. *¡Por vuestras vidas, agachaos ahora! ¡No miréis al sur!*

Pocos obedecieron su orden.

Mahnmut agarró la correa de Orphu y corrió hacia el escaso refugio que ofrecía un gran peñasco en la cima de la colina, a treinta metros de distancia.

El destello, cuando se produjo, cegó a millares. Los filtros polarizantes de Mahnmut pasaron de valor 6 a valor 300. No se detuvo en su loca carrera, arrastrando a Orphu consigo como si fuera un juguete gigantesco.

La onda de choque golpeó segundos después del destello, procedente del sur: una muralla de polvo que producía visibles ondas de tensión a través de la atmósfera. El viento pasó de cinco kilómetros por hora desde poniente a cien kilómetros por hora desde el sur en menos de un segundo. Centenares de tiendas se soltaron de sus anclajes y volaron. Los caballos relincharon y abandonaron a sus amos. Las olas se retiraron de la tierra.

El rugido y la onda de choque derribaron al suelo a todos los que estaban de pie, a todos menos Héctor y Aquiles. El ruido y la enorme presión eran

tremendos, hacían vibrar los huesos humanos y los interiores de estado sólido de los moravecs, además de las partes orgánicas de Mahnmut. Era como si la Tierra misma estuviera rugiendo y aullando de furia. Cientos de soldados aqueos y troyanos, situados a unos dos kilómetros al sur de la colina estallaron en llamas y saltaron por los aires, y sus cenizas cayeron sobre miles de hombres que huían hacia el norte.

Una sección de la muralla sur de Ilión se desmoronó y cayó, llevándose consigo a docenas de hombres y mujeres. Varias de las torres de madera de la ciudad ardieron, y una alta torre (la misma desde donde Hockenberry había visto a Héctor despedirse de su hijo hacía sólo unos días) cayó a la calle con estrépito.

Aquiles y Héctor se llevaron las manos a la cara, cubriendo sus ojos del terrible resplandor que proyectaba sus sombras un centenar de metros por detrás en la Colina de Espinos. Tras ellos, los grandes peñascos que se habían alzado firmes en el túmulo de la amazona Mirina vibraron, resbalaron y cayeron, aplastando por igual a aqueos y troyanos. El casco pulido de Héctor permaneció sobre su cabeza, pero su orgulloso penacho de crines rojas voló arrancado por los fuertes vientos que siguieron a la onda de choque inicial.

¿Ha sucedido algo?, tensorsayó Orphu.

Sí, susurró Mahnmut.

Noto una especie de vibración y de presión a través de mi caparazón, dijo Orphu.

Sí, susurró Mahnmut. El único motivo por el que el ioniano no había sido arrastrado por los vientos y el estallido era que Mahnmut había atado la cuerda en torno a la roca más grande que pudo encontrar a sotavento de su peñasco.

¿Qué...?, empezó a decir Orphu.

Espera un momento, susurró Mahnmut.

La nube en forma de hongo se alzaba a diez mil metros de altura. Humo y toneladas de residuos radiactivos subían hacia la estratosfera. El suelo vibraba de un modo tan terrible que incluso Aquiles y Héctor tuvieron que apoyarse en una rodilla para no ser derribados como las decenas de miles de soldados.

La nube atómica se convirtió en una cara.

—¿QUERÉIS GUERRA, MORTALES? —gritó el rostro barbudo de Zeus en la nube que se alzaba y rugía y se desplegaba lentamente—. LOS DIOSES INMORTALES OS ENSEÑARÁN LO QUE ES GUERRA.

El Anillo Ecuatorial

Próspero estaba allí sentado con una larga túnica azul marino cubierta de bordados de colores vivos que representaban galaxias, soles, cometas y planetas. Sostenía un bastón tallado en la mano derecha, manchada por la edad, y apoyaba la palma de su mano izquierda en un libro de treinta centímetros de grosor. El sillón labrado de amplios reposabrazos no era exactamente un trono, pero lo parecía bastante para infundir una sensación de autoridad magistral, reforzada por la fría mirada del magus. El hombre era casi calvo, pero una escasa melena blanca le caía sobre las orejas y caía en rizados hasta el azul de su túnica. La cabeza, antaño imponente, se erguía sobre el cuello arrugado de un anciano, sin embargo el rostro denotaba un carácter firme, férreo. Los ojillos eran fríamente indiferentes si no decididamente crueles, la nariz picuda, la barbilla sobresalía aún de pliegues y arrugas, y mantenía los finos labios de hechicero fruncidos en un antiguo gesto de ironía. Era, naturalmente, un holograma.

Daeman vio a Harman atravesar la membrana semipermeable y caer al suelo por efecto de la inesperada gravedad, igual que le había sucedido a él. Luego, al ver a Daeman sentado en un cómodo sillón sin la máscara de osmosis, Harman se quitó la suya, respiró profundamente el aire fresco y se acercó tambaleándose al otro sillón vacío.

—Es sólo un tercio de la gravedad terrestre —dijo Próspero—, pero debe parecer la de Júpiter después de un mes en casi cero-g.

Ni Harman ni Daeman respondieron.

La habitación era circular, de unos quince metros de diámetro, esencialmente una cúpula de cristal del suelo al techo. Daeman no la había visto durante su ascensión a la ciudad de cristal porque habían llegado por el polo sur del asteroide, pero imaginó que debía parecer un tallo largo y fino de metal con una brillante seta en el extremo. La luz procedía del suave resplandor de una consola circular de control virtual situada en el centro de la habitación, tras Próspero, y de la Tierra y la Luna y las estrellas, desde arriba y alrededor. Había iluminación suficiente para que Daeman distinguiera los ricos bordados de la túnica del mago

y la fina talla de su bastón.

—Tú eres Próspero —dijo Harman, el pecho subiéndole y bajándole rápidamente bajo la termopiel azul. El aire fresco de la habitación había sido una conmoción también para Daeman. Era como respirar un vino sabroso y espeso.

Próspero asintió.

—Pero no eres real —continuó Harman. El hombre *parecía* sólido. La túnica le caía en hermosos pero dinámicos pliegues y frunces en la escasa gravedad.

Próspero se encogió de hombros.

—Es cierto. No soy más que el eco grabado de la sombra de una sombra. Pero puedo veros, oíros, hablar con vosotros y compadecerme de vuestras cuitas. Es más de lo que algunos seres reales son capaces de hacer.

Daeman miró por encima del hombro. Sujetaba la negra pistola sobre el regazo.

—¿Vendrá aquí Calibán?

—No —dijo Próspero—. Mi antiguo sirviente me teme. Teme este recuerdo parlante que soy. Si la bruja de ojos azules que lo parió estuviera en esta isla, esa maldita bruja cuántica Sicorax, se abalanzaría sobre vosotros de inmediato, pero Calibán me teme.

—Próspero —dijo Daeman—, tenemos que salir de esta roca. Volver a la Tierra. Vivos. ¿Puedes ayudarnos?

El anciano apoyó el bastón en su sillón y alzó ambas manos moteadas.

—Tal vez.

—¿Sólo tal vez? —dijo Daeman.

Próspero asintió.

—Como eco de una sombra grabada, no puedo hacer nada. Pero puedo daros información. Podéis actuar si queréis, y si tenéis la voluntad de hacerlo. Pocos de vuestra especie hacen más.

—¿Cómo salimos de aquí? —preguntó Harman.

Próspero pasó la mano por encima del libro y un holograma se alzó sobre el centro de la consola circular que tenía detrás. Eran el asteroide y la ciudad de cristal vistos desde varios kilómetros de distancia en el espacio. Las torres de cristal dorado rotaban lentamente bajo el punto de observación mientras el asteroide giraba sobre su eje. Daeman miró el atrevido azul y blanco de la Tierra que se veía por las ventanas y advirtió que la imagen estaba sincronizada: era una vista en tiempo real del exterior.

—¡Allí! —exclamó Harman, señalando. Intentó levantarse de un salto, pero la gravedad lo hizo tambalearse y agarrarse al reposabrazos en busca de apoyo —. Allí —repitió.

Daeman lo vio. En un saliente situado a quince o veinte metros de aquella primera alta torre por donde habían entrado, su casco metálico brillando a la luz de la Tierra, había un sonie.

—Exploramos la ciudad —dijo Daeman—. Nunca se nos ocurrió que pudiera haber un vehículo aparcado fuera.

—Parece el sonie que nos llevó a Jerusalén —dijo Harman, inclinándose hacia delante para ver mejor la imagen holográfica.

—Es el mismo sonie —dijo Próspero. Movi6 de nuevo la mano y la imagen desapareci6.

—No —replic6 Daeman—. Savi nos dijo que los sonies no podían volar hasta los anillos orbitales.

—Ella no sabía que pudieran —dijo el viejo magus—. Ariel lo liber6 de las piedras de los voynix y lo program6 para que subiera hasta aqu4 arriba.

—¿Ariel? —repiti6 Daeman estúpidamente. Estaba muy hambriento y muy cansado. Rebusc6 en su memoria—. ¿Ariel? ¿El avatar de la biosfera de abajo?

—Algo parecido —dijo Próspero con una sonrisa—. Savi nunca lleg6 a encontrarse con Ariel. Todas sus comunicaciones se hicieron a trav6s de todonet. La anciana siempre pens6 que la personalidad de Ariel era masculina, cuando el esp6ritu prefiere considerarse un avatar femenino.

¿A qui6n le importa una mierda?, pens6 Daeman. En voz alta, dijo:

—¿Podemos volver a la Tierra con el sonie?

—Eso creo —respondi6 Próspero—. Creo que Ariel lo envi6 programado para que os devolviera a los tres a Ardis Hall. Otro *deus ex machina*. No me gusta que la m6quina est6 aqu4.

—¿Por qu6 no? —dijo Harman, pero luego asinti6—. Calib6n.

—S4 —dijo Próspero—. Incluso a mi antiguo duende se le retorcer4n las articulaciones con convulsiones secas y los nervios con calambres si intentara salir al vaci6 sin un traje o una termopiel. Pero se olvid6 y rompi6 a mordiscos la de la pobre Savi.

—Hab4a dos trajes m6s que podr4 haber conseguido el mes pasado —dijo Daeman, en voz tan baja que ni siquiera era un susurro. La habitaci6n dej6 atr6s la rebanada de la Tierra y rot6 sumergi6ndose en la luz de las estrellas. La mitad de la Luna se alz6 por encima de Próspero.

—Y lo habr4a hecho, pero Calib6n no es ning6n dios —dijo el magus—. Savi no mat6 a la bestia con la andanada de flechas que le dispar6 a bocajarro, pero la hiri6 de gravedad. Calib6n ha estado sangrando y recuper6ndose, intern6ndose en las profundidades de su gruta m6s honda, donde se cubre las heridas con lodo y bebe sangre de lagarto para recuperar fuerzas.

—Nosotros hemos estado comiendo y bebiendo lo mismo —dijo Daeman.

—S4 —dijo Próspero, mostrando la sonrisa amarilla de un anciano—. Pero a vosotros no os gusta.

—¿C6mo llegamos hasta el sonie? —pregunt6 Harman—. ¿Tienes comida aqu4?

—No a la segunda pregunta —dijo Próspero—, Nadie m6s que Calib6n ha

comido en esta pétrea isla durante los últimos quinientos años. Pero sí a la primera. Hay una membrana en la torre de cristal que os dejará pasar a la terraza de lanzamiento. Vuestros trajes puede... puede que os protejan lo suficiente para dejaros cargar el sonie y activar su programa de guía. ¿Recordáis cómo se pilota?

—Yo creo... observé a Savi... quiero decir... —tartamudeó Harman. Sacudió la cabeza como si apartara telarañas. Sus ojos parecían tan cansados como se sentía Daeman—. Tendremos que hacerlo. Lo haremos.

—Tendréis que pasar de nuevo por la fermería y Calibán para llegar a la torre —dijo Próspero. Los ojillos del anciano pasaron de Harman a Daeman, juzgándolos—. ¿Hay algo más que debáis hacer antes de huir de aquí?

—No —dijo Harman.

—Sí —dijo Daeman. Consiguió ponerse en pie y caminar tambaleándose hasta la curva pared-ventana. El reflejo que asomó allí era delgado, tenso y barbudo, pero había algo nuevo en sus ojos—. Tenemos que destruir la fermería —dijo—. Tenemos que destruir todo este maldito lugar.

Ilión y Olimpo

Por algún motivo, huyo con los troyanos hacia los portales más pequeños de las Puertas Esceas, entrada principal a Ilión, dejando atrás la colina de Espinos. El viento sigue aullando y todos estamos casi sordos por la explosión nuclear. Una última mirada al hongo antes de entrar en la ciudad con la turba de soldados troyanos me muestra que la columna de humo y ceniza empieza a ser empujada hacia el sureste por el viento. Todavía hay un atisbo del rostro de Zeus en la cima de la retorcida nube, pero el viento y el propio movimiento interno de la nube están borrando también ese rostro.

Docenas son aplastados en la puerta, así que Héctor ordena que abran de par en par la Puerta Escea central, algo que hace más de nueve años que no sucede. Miles de personas entran.

Los argivos han huido hacia sus naves. Igual que Héctor intenta conducir a sus aterrorizadas tropas hacia aquí, veo a Aquiles intentando retener a los griegos en fuga. En la *Iliada*, en la cólera de Aquiles tras la muerte de Patroclo, Homero cuenta que el hombre-dios combatió un río desbordado y lo venció haciendo una represa con los cadáveres de sus enemigos troyanos, pero ahora Aquiles no puede detener este *tsunami* de aqueos que huyen sin matar a centenares, y no está dispuesto a hacer eso.

Me empujan hacia la ciudad, mientras lamento ya haber corrido. Me doy cuenta de que debería haberme abierto paso entre la multitud hasta la colina donde vi al pequeño robot, Mahnmut, resguardarse tras los peñascos del túmulo de la amazona Mirina. ¿Sabe el robot...? ¿De qué tipo dijo que era? ¿Moravec? ¿Sabe el moravec que el arma de Zeus era nuclear, posiblemente termonuclear? De repente surge un recuerdo de mi otra vida, como tantas veces en la última semana: Susan intentando llevarme a la fuerza a una conferencia en el salón de ciencias de la Universidad de Illinois durante una semana multidisciplinar en la facultad. Un científico llamado Moravec iba a hablar de sus teorías sobre inteligencia artificial autónoma. ¿Fritz? ¿Hans? Yo no asistí, naturalmente. ¿Cómo podían interesarle unas teorías científicas a un experto en clásicas?

Bueno, eso ahora no importa.

Como para remachar este convencimiento, cinco carros aparecen por el norte (conozco el punto TC por el que han pasado) y empiezan a trazar círculos sobre la ciudad a una altura de noventa o cien metros. Ni siquiera con la amplificación óptica distingo las pequeñas figuras que van dentro de las brillantes máquinas, pero parece que hay dioses y diosas allá arriba.

Entonces empieza el bombardeo.

Los rayos caen sobre la ciudad como misiles balísticos esbeltos y plateados, y allá donde alcanzan se produce una explosión, se levantan polvo y humo, gritos. Ilión es una ciudad grande para los baremos antiguos, pero las flechas llegan rápidas (del arco de Apolo, advierto, aunque me parece distinguir a Ares disparando cuando el carro desciende para comprobar los daños), y las explosiones y los gritos no tardan en escucharse en todos los barrios de la metrópoli amurallada.

Me doy cuenta de que no sólo he perdido el control de todo, sino de que he perdido de vista a todo el mundo con quien tendría que estar hablando, conferenciando, a quien tendría que estar ayudando. Aquiles está probablemente a cinco kilómetros colina abajo ya, de vuelta con sus hombres, intentando impedir que zarpen llevados por el pánico. Al oír más explosiones (convencionales, no nucleares) que llegan del campamento aqueo, no veo cómo Aquiles podrá conseguir reagrupar a sus hombres. También he perdido de vista a Héctor, y veo que la gran Puerta Escea ha vuelto a cerrarse... como si eso pudiera mantener a raya a los dioses. El pobre Mahnmüt y su silencioso amigo, Orphu, probablemente habrán sido ya destruidos en la colina. No veo cómo nadie puede sobrevivir a este bombardeo.

Más explosiones en el mercado central. Soldados troyanos de cresta roja corren para reforzar las murallas, pero el peligro no está fuera. El carro dorado revolotea de nuevo, fuera del alcance de los arqueros, y cinco flechas de plata caen como misiles Scud y explotan cerca de la muralla sur, cerca de la muralla central y aparentemente justo en el palacio de Príamo. Esto está empezando a recordarme las imágenes de la CNN de la segunda guerra con Irak, poco antes de que Susan enfermara de cáncer.

Héctor. El héroe está probablemente arengando a sus hombres, pero como no hay nada que decirles excepto que se agachen y se pongan a cubierto, es posible que haya ido a su casa a ver cómo está Andrómaca. Pienso en esa habitación del niño, vacía y manchada de sangre, y hago una mueca incluso en medio del humo y el ruido de la calle bombardeada. La pareja real no ha tenido tiempo de enterrar todavía a su bebé.

Jesús, Dios, ¿todo esto es culpa mía?

Un carro volador se acerca. Una explosión destruye las almenas de la muralla principal y lanza al aire a una docena de figuras con capas rojas.

Miembros humanos caen a las calles y salpican los tejados como un granizo de carne. De repente regresa otro recuerdo, un horror similar, tres mil doscientos años en el futuro de este mundo, dos mil un años después del nacimiento de Cristo. En el ojo de mi mente veo cuerpos cayendo a la calle y una muralla de humo y piedras siguiendo a los miles que huyen, igual que veo la calle principal de Ilión en este momento. Sólo los edificios y la moda en el vestir son diferentes.

Nunca aprenderemos. Las cosas no cambiarán nunca.

Corro hacia la casa de Héctor. Caen más misiles, arrasando la plaza tras la puerta por la que he entrado. Veo a un crío pequeño tambaleándose entre los escombros de lo que unos minutos antes era una casa de dos pisos. No distingo si es niño o niña, pero tiene la cara ensangrentada, el pelo rizado cubierto de polvo de escayola. Dejo de correr y me arrodillo para recogerlo (¿adónde puedo llevarlo?, ¿no hay ningún hospital en Ilión!), pero una mujer con un pañuelo rojo en la cabeza recoge al niño y se lo lleva. Me seco el sudor de los ojos y avanzo hacia la casa de Héctor.

No está. Todo el palacio de Héctor ha desaparecido: no es más que escombros y boquetes en el suelo. Tengo que seguir quitándome el polvo de los ojos para ver, y ni siquiera cuando lo veo logro creerlo. Toda la manzana ha sido arrasada por los misiles. Los soldados troyanos están excavando ya en las ruinas con sus lanzas y con palas improvisadas, sus orgullosas crestas rojas convertidas en grises penachos por el polvo que hay en el aire. Crean una cadena humana para ir pasando cuerpos y partes de cuerpos a la multitud que espera en la calle.

—Hock-en-beee-rry —dice una voz. Me doy cuenta de que alguien ha estado repitiendo mi nombre una y otra vez, pero ahora ha empezado a tirarme del brazo—. ¡Hock-en-beee-rry!

Me doy la vuelta estúpidamente, parpadeo para apartar de nuevo el sudor, y contemplo a Helena. Está sucia, lleva el pepló ensangrentado, el pelo despeinado. Nunca he visto nada ni a nadie más hermoso. Me abraza y la sostengo con ambos brazos.

Ella se aparta.

—¿Estás malherido, Hock-en-beee-rry?

—¿Qué?

—¿Son graves tus heridas?

—No estoy herido —digo. Ella me toca la mano y la aparta roja de sangre. Me llevo la mano a la sien: tengo un corte profundo allí, otro en el nacimiento del pelo. Me veo los dedos de ambas manos ensangrentados y advierto que me he estado secando sangre, no sudor—. Estoy bien —digo. Señalo los restos humeantes—. ¿Héctor? ¿Andrómaca?

—No estaban aquí, Hock-en-beee-rry —grita Helena por encima de los gritos y la confusión—. Héctor envió a su familia al templo de Atenea. El sótano es seguro.

Miro a través del humo y veo el alto tejado del templo, todavía en pie. Naturalmente, pienso. *Los dioses no van a bombardear sus propios templos. Demasiado jodido ego.*

—Teano ha muerto —dice Helena—. Y Laódice.

Repito estúpidamente los nombres. Las sacerdotisas de Atenea, la mujer que me puso la fría hoja en las pelotas hace sólo unas horas. Y la hija de Príamo. Dos de mis cinco mujeres troyanas han muerto ya. Y el bombardeo acaba de empezar.

De repente me doy la vuelta, lleno de pánico. El ruido es distinto. Los estallidos han cesado.

Los hombres y mujeres de la calle señalan al cielo y gritan. Cuatro de los cinco carros han desaparecido y el quinto, el carro bombardero de Ares, creo, vuela hacia el norte y desaparece de la existencia, obviamente TCeándose de vuelta al Olimpo. Todo este daño (contemplo los edificios destruidos, los cráteres humeantes, los cuerpos ensangrentados en las calles) producido por el ataque de un solo dios con un arco y unas cuantas flechas de Apolo. ¿Qué vendrá a continuación? ¿Un ataque biológico? El Arquero Brillante (que posiblemente se estará recuperando en los tanques de curación ahora mismo) es famoso por lanzar plagas contra la gente.

Agarro el medallón que llevo al cuello.

—¿Dónde está Héctor? —le pregunto a Helena—. Tengo que encontrarlo.

—Salió por las Puertas Esceas con Paris, Eneas y su hermano Deífobo —dice Helena—. Dijo que tiene que encontrar a Aquiles antes de que todos los corazones se acobarden.

—Tengo que encontrarlo —repito. Me vuelvo hacia la puerta principal, pero Helena me agarra y hace que me gire.

—Hock-en-beeee-rry —dice, y tira de mi cara hacia la suya y me besa en medio de la calle llena de destrucción y de gritos. Cuando sus labios dejan los míos, sólo puedo parpadear estúpidamente, todavía inclinado para besarla—. Hock-en-beeee-rry —repite—. Si has de morir, muere bien.

Luego se da media vuelta y se marcha calle abajo sin mirar atrás.

El Anillo Ecuatorial

Daeman no se sorprendió mucho cuando vio que el holograma de Próspero podía incorporarse y caminar. El magus recogió su bastón y anduvo lentamente hacia la ventana-cúpula de la habitación. Cuando alzó el rostro para contemplar las estrellas pasar, la pálida luz marcó las arrugas de su garganta y sus mejillas. Toda aquella exposición a la vejez de los últimos días incomodaba a Daeman, todavía más teniendo en cuenta lo que estaba discutiendo en aquel momento. Trató de imaginar un mundo en que sus amigos y él (¡y su madre!) se volvieran viejos como Savi, como este holograma manchado y arrugado. Se estremeció de horror.

Entonces recordó el horror de los tanques, los gusanos azules y la mesa del comedor de Calibán.

¿No sería más práctico matar al monstruo? ¿Dejar la fermería intacta?

No, decidió Daeman a pesar del hambre y la fatiga. Aquel lugar era una obscenidad, se mirara como se mirase. Todo el sistema de creencias de sus Cinco Veinte se basaba en la convicción de que la gente iba a los anillos después de cumplir cien años, para unirse allí a los posthumanos en una vida de comodidad e inmortalidad. Daeman pensó en los cadáveres grises a medio devorar que flotaban en el aire escaso y rancio, y tuvo que reprimir una carcajada.

—¿Qué pasa? —preguntó Próspero, volviéndose a medias.

—Nada —dijo Daeman. Tenía ganas de llorar o de romper algo. Preferiblemente lo segundo.

—¿Cómo podemos destruir la fermería? —preguntó Harman. Temblaba a causa de la enfermedad. Su cara estaba aún más pálida que la de Daeman y le brillaba de sudor.

—Sí, ¿cómo? —preguntó Próspero, apoyándose en su bastón y mirándolos—, ¿Habéis traído explosivos, armas, aparte de esa tonta pistolita de Savi, o herramientas?

—No —respondió Harman.

—No hay ninguna aquí arriba —dijo Próspero—. Los post-humanos habían

auto evolucionado muy por encima de las guerras y los conflictos. Y de las herramientas. Los servidores hacían todo el trabajo, aquí arriba.

—Todavía trabajan —dijo Daeman.

—Sólo en la fermería —contestó el magus. Se acercó despacio a la consola central—. ¿Habéis pensado en los cientos de seres humanos que flotan Indefensos en los tanques de la fermería?

—Dios mío —susurró Harman.

Daeman se frotó las mejillas, notando la barba. Era una sensación extrañamente gratificante.

—No podemos usar los fax-nódulos de los tanques de curación para regresar a la Tierra —dijo—, pero es posible que la gente que está ya en los tanques pueda ser faxeada de vuelta a los portales de los que vino.

—Sí —dijo Próspero—. Si podéis convencer a los servidores para que lo hagan. O si os hacéis con los controles del fax. Pero hay un problema.

—¿Cuál? —dijo Daeman, pero incluso al hacer la pregunta vio el problema claramente.

Próspero sonrió sombrío, y asintió.

—Para aquellos que acaban de llegar a los tanques, o los que han terminado con el proceso de curación de los gusanos azules, es posible regresar. Pero los cientos que están en pleno proceso de curación... —Su silencio lo dijo todo.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Harman—. Habrá gente nueva llegando y marchándose, cientos en proceso.

—Si Próspero tiene razón y podemos hacernos con los controles del fax —dijo Daeman—, podríamos cerrar las llegadas, y luego continuar faxeando a los ya curados a medida que termine el proceso, hasta que todos los tanques queden vacíos. Ambos hemos estado en los tanques. ¿Cuánto suele tardar la curación de los Veinte... veinticuatro horas? ¿Cuarenta y ocho para heridas graves como ser devorado por un alosaurio?

—No te «curaron» de eso —dijo Próspero—. Te reconstruyeron de cero, usando tus códigos de memoria actualizados de los bancos de fax, el ADN almacenado y partes orgánicas de repuesto. Pero tienes razón, incluso los casos de curación más lentos no requieren más de cuarenta y ocho horas.

Daeman abrió las manos y miró a Harman.

—Dos días a partir del momento en que lleguemos a la fermería.

—Si podemos hacernos con la fermería y con el proceso de control del fax —dijo Harman, vacilante.

El magus se apoyó en el respaldo de su asiento.

—Yo no puedo hacer nada, pero sí daros información —dijo el anciano—. Puedo deciros cómo funcionan los controles del fax.

—Pero, ¿nosotros no podremos faxearnos? —preguntó Harman de nuevo. Obviamente, la idea de emplear el sonie le preocupaba.

—No.

—¿Podemos reprogramar los servidores para que se encarguen del faxeo?
—preguntó Daeman.

—No. Tendréis que destruirlos o desconectarlos. Pero no están programados para conflictos.

—Ni nosotros tampoco —rio Harman.

Próspero rodeó su sillón.

—Sí —susurró—. Vosotros sí. Con los seres humanos, no importa lo *civilizados* que podáis parecer, sólo es cuestión de despertar la vieja programación.

Daeman y Harman se miraron uno al otro. Harman se estremeció de nuevo dentro de la termopiel azul.

—Vuestros genes recordarán cómo matar —dijo Próspero—. Vamos, dejadme que os muestre el instrumento de destrucción.

El holograma de Próspero no podía manipular los controles virtuales de la consola central, pero enseñó a Daeman y Harman a usar sus manos con los complejos y brillantes manipuladores, interruptores, placas, dinamos y palancas.

Una imagen cobró solidez sobre la consola, luego rotó en tres direcciones para ser inspeccionada.

—Es uno de esos grandes artilugios del anillo-e que vimos al llegar —dijo Daeman.

—Un acelerador lineal con su anillo de recolección de agujero de gusano —dijo Próspero—. Los posthumanos estaban tan orgullosos de estas cosas... Como habéis visto, hicieron miles.

—¿Y? —dijo Harman—. ¿Estás diciendo que el sistema de fax de la Tierra está controlado por estas cosas?

Próspero negó pesadamente con la cabeza.

—Vuestro sistema de fax es terrestre. No mueve cuerpos por el espacio y el tiempo, sólo datos. Pero estos recolectores de agujeros de gusano son las arañas en el centro de la red de teleportación cuántica de los posthumanos.

—¿Y? —repitió Harman—. Nosotros sólo queremos regresar a la Tierra.

—Agarra ese controlador verde y aprieta dos veces el círculo rojo —dijo Próspero.

Daeman así lo hizo. En la imagen holográfica del acelerador lineal orbital, una pequeña cuadrícula de motores impulsores latió dos veces, enviando al espacio un diminuto cono plateado de gases cristalizados. La larga disposición de vigas, tanques, columnas y anillos empezó a rotar muy lentamente. Los contraimpulsores dispararon igual de brevemente, y el largo acelerador se estabilizó. El titilante agujero de gusano de su extremo, de cincuenta metros de diámetro, centrado dentro del enorme y brillante anillo de recolección, no había

girado con el acelerador.

Daeman se inclinó para acercarse a la imagen holográfica del acelerador y vio que el anillo de recolección se apoyaba en balancines. Metió una mano en la imagen, tocó distintos elementos, y vio la imagen vid convertirse en diagramas y letras descriptivas: *línea de retorno*, *inyector*; *cuadriimpulsores*. Apartó la mano y la imagen en tiempo real reapareció.

—Impulsores de traslación orbital y control de altitud —dijo Próspero—. Este asteroide se encuentra en órbita estable (sería un acontecimiento de los que provocan la extinción de especies si cayera a la Tierra), pero los aceleradores de recolección del agujero de gusano y los espejos Cachemira eran trasladados constantemente.

—Desde aquí —dijo Daeman.

Próspero asintió.

—Y desde las otras ciudades asteroidales.

Harman y Daeman volvieron a mirarse.

—¿Hay más ciudades posthumanas? —preguntó Harman.

—Tres más —respondió el magus—. Una en este anillo ecuatorial. Dos en el anillo polar.

—¿Hay posthumanos vivos en ellas? —preguntó Daeman. De repente vio una alternativa a la destrucción al final de los Cinco Veinte de vida.

—No. —Próspero se sentó en su sillón de alto respaldo—. Y no hay otras fermerías tampoco. Esta ciudad fue la única que se ocupó de vosotros, los antiguos modificados de allá abajo. —Indicó con una mano manchada la Tierra que asomaba por la curva derecha de la cúpula. La habitación de repente se iluminó de nuevo con la luz terráquea.

—Todos los posts están muertos —repitió Daeman.

—No, muertos no —dijo Próspero—. Se fueron a otro lugar.

Daeman miró el amanecer de la Tierra y la negrura del espacio sobre la titilante curva de la atmósfera.

—¿Adónde?

—A Marte, para empezar —dijo el magus. Miró sus expresiones de asombro y se echó a reír—. ¿Alguno de los hombres modernos tiene idea de dónde está Marte? ¿De qué es Marte?

—No —respondió Daeman sin el menor embarazo—. ¿Volverán los posts de allí?

—No lo creo —dijo Próspero, todavía sonriendo.

—Entonces no importa, ¿no? —dijo Harman—. Próspero, ¿estabas sugiriendo que podríamos usar este... este acelerador de partículas del agujero de gusano... como arma?

—Como el arma definitiva contra esta ciudad —contestó Próspero—. Los explosivos o las armas corrientes tendrían poco efecto contra la ciudad de cristal

o contra este asteroide. Estas torres están hechas para soportar el impacto de meteoritos. Pero tres kilómetros o más de materiales exóticos de masa pesada con un agujero de gusano en el morro, bajo presión, causarán un impacto definitivo, sobre todo si apuntáis directamente a la fermería.

—¿Sobrevivirá Calibán?—preguntó Daeman.

Próspero se encogió de hombros.

—Sus túneles y grutas lo han salvado antes. Pero tal vez una colisión semejante causará una extinción de la especie de Calibán propiamente dicha.

—¿Puede escapar antes del impacto?—preguntó Harman.

—Sólo si descubre el sonie y se apodera de una de vuestras termopieles—dijo Próspero. Sonrió de manera desconcertante, como si tal perspectiva no fuera del todo improbable.

—¿Cuánto tiempo necesitará esta monstruosidad de acelerador en llegar?—preguntó Daeman—. ¿Hasta el impacto?

—Podéis programarlo para que llegue tan rápida o tan lentamente como queráis—dijo el magus, levantándose y caminando hasta el interior de la consola central, donde la parte inferior de su cuerpo desapareció en los paneles metálicos y virtuales. Alzó un brazo, la túnica resbaló un poco, y el delgado antebrazo y el dedo huesudo señalaron el extremo del acelerador más apartado del anillo del agujero de gusano—. Justo aquí—dijo Próspero— están los impulsores de cambio de plano, los motores más potentes. Os mostraré cómo activarlos y apuntar con esta arma.

Los dos siguieron sus instrucciones para rotar el acelerador y programar lo que Próspero llamaba sus coordenadas de trayectoria y delta-v. El dedo de Daeman tembló sobre el botón virtual de *inicio*.

—No nos has dicho cuánto tiempo tenemos hasta el impacto—le dijo a Próspero.

El holograma agitó los dedos.

—Cincuenta horas no parece mal. Una hora para llegar a la fermería y haceros con el control. Cuarenta y ocho horas para permitir que las nuevas llegadas sanen y para enviarlas a todas de vuelta intactas. Una hora luego para encontrar el camino hasta el sonie y escapar antes de que este pequeño mundo se acabe.

—¿No hay tiempo para dormir?—dijo Harman.

—Yo no lo aconsejaría—respondió Próspero—. Calibán probablemente intentará mataros cada minuto de ese tiempo.

Harman y Daeman intercambiaron una mirada.

—Podemos turnarnos para dormir y comer y vigilar los controles—dijo Daeman. Sopesó la pistola y luego la guardó en la mochila de Savi—. Mantendremos a Calibán a raya.

Harman asintió, vacilante. Parecía muy, muy cansado.

Daeman miró de nuevo la imagen en tiempo real del acelerador lineal y colocó el pulgar sobre el botón de activación del *impulsor*.

—Próspero, ¿estás seguro de que esto no acabará con la vida en la Tierra o algo así?

El magus se echó a reír.

—Con la vida tal como la conocéis, sí —dijo—. Pero no será un acontecimiento que acabe con la especie como un asteroide de fuego. Al menos no lo creo. Tendremos que verlo.

Daeman miró a Harman cuyas manos estaban hundidas hasta las muñecas en el panel virtual.

—Hazo —dijo Harman.

Daeman pulsó el botón. En la pantalla sobre el proyector holográfico, ocho enormes impulsores situados en el extremo del acelerador lineal se iluminaron con sólidos y continuos latidos de ignición de iones azules. La larga estructura se estremeció levemente y empezó a moverse muy despacio, directamente hacia la cara de Daeman y Harman.

—Adiós, Próspero —dijo Daeman, recogiendo la mochila y encaminándose hacia la salida semipermeable.

—Oh, no —dijo Próspero—. Si llegáis a la fermería, yo estaré allí. No me perdería las siguientes cincuenta horas por nada del mundo.

Las llanuras de Ilión y Olimpo

Dejo la ciudad en llamas en busca de Aquiles y veo el caos extendiéndose hasta el mar. Troyanos y aqueos por igual apartan cadáveres de los cráteres humeantes de las Puertas Esceas y los llevan al borde del agua, y por todas partes hombres confundidos ayudan a sus camaradas heridos a volver a Ilión o a cruzar el foso defensivo que conduce a los campamentos griegos. Como sucede con la mayoría de los bombardeos aéreos de mi época, el ataque es más aterrador que efectivo. Imagino que hay varios cientos de muertos (guerreros troyanos y aqueos y civiles de Ilión incluidos), pero la mayoría escaparon ilesos, sobre todo lejos de las murallas que se desploman y los ladrillos que vuelan.

Mientras me acerco a la parte inferior de la Colina de Espinos veo al pequeño robot que se dirige hacia mí, arrastrando a su amigo flotante como si fuera un niño pequeño que tirara de una vagoneta Radio Flyer especialmente grande. Por algún motivo, me siento tan contento de verlos con vida (aunque quizás un término mejor sería decir que «siguen existiendo») que estoy a punto de echarme a llorar.

—Hockenberry —dice el robot, Mahnmut—, estás herido. ¿Es grave?

Me toco la cabeza y el cuero cabelludo. Casi ha dejado de sangrar.

—No es nada.

—Hockenberry, ¿sabes qué fue ese gran estallido?

—Una explosión nuclear —digo—. Podría haber sido termonuclear, pero a pesar de todo el ruido sospecho que fue sólo un arma de fisión. Un poco más grande que la bomba de Hiroshima, tal vez. No sé mucho de bombas.

Mahnmut ladea la cabeza para mirarme.

—¿De dónde eres, Hockenberry?

—De Indiana —respondo sin pensar.

Mahnmut espera.

—Soy escólico —le digo otra vez, sabiendo que él está transmitiendo todo esto a su silencioso amigo a través del enlace de radio que antes llamó tensorrayo—. Los dioses me reconstruyeron a partir de huesos viejos y ADN y algún tipo de

fragmento de memoria que extrajeron de los trocitos que encontraron en la Tierra.

—¿Memoria a partir del ADN? —dijo Mahnmut—. No lo creo.

Agito las manos, impaciente.

—No importa —replico—. Soy un muerto ambulante. Viví en la segunda mitad del siglo XX, probablemente morí en la primera mitad del siglo XXI. Estoy un poco pez con las fechas. Estuve un poco pez sobre mi vida pasada hasta hace unas semanas, cuando los recuerdos empezaron a regresar. —Sacudo la cabeza—. Soy un muerto ambulante.

Mahnmut continúa mirándome con esa oscura tira metálica que tiene por ojos. Entonces asiente juiciosamente y me da una patada (con bastante mala idea) en la espinilla izquierda.

—¡La madre que te parió! —grito, saltando sobre la otra pierna—. ¿Por qué has hecho eso?

—Me parece que estás vivo —dice el robotito—. ¿Cómo viniste aquí desde el siglo XX o el siglo XXI de la Edad Perdida, Hockenberry? La mayoría de nuestros científicos moravecs están seguros de que el viaje temporal es imposible a menos que te aproximes a la velocidad de la luz o nades demasiado cerca de un agujero negro. ¿Has hecho alguna de esas cosas?

—No lo sé —digo—. Y desde luego no *importa*. ¡Mira todo esto!

Indico la ciudad humeante y el caos de las llanuras de Ilión. Algunas de las naves griegas se están haciendo ya a la mar.

Mahnmut asiente. Para tratarse de un robot, su lenguaje corporal es extrañamente humano.

—Orphu se pregunta por qué han interrumpido los dioses su ataque —me dice.

Miro hacia el cascado caparazón que tiene detrás. A veces me olvido de que hay un cerebro ahí dentro.

—Dile a Orphu que no lo sé. Tal vez quieren disfrutar del miedo y el caos un rato antes de descargar el *coup de grâce*. —Vacilo un segundo—. Eso es francés y... —empiezo a decir.

—Sí, sé francés, por desgracia —dice Mahnmut—. Durante el bombardeo, Orphu me ha estado citando algunas tonterías irrelevantes de Proust en francés. ¿Qué vas a hacer a continuación, Hockenberry?

Miro hacia el campamento aqueo. Las tiendas arden, los caballos heridos corren despavoridos, los hombres se arremolinan, los barcos se aprestan a zarpar, otros se alejan ya de la costa, las velas hinchadas al viento.

—Iba a buscar a Aquiles y Héctor —digo—. Pero con este lío puede que tarde horas.

—Dentro de dieciocho minutos y treinta y cinco segundos va a suceder algo que lo cambiará todo —dice Mahnmut.

Lo miro y espero.

—Planté un... Aparato... allá arriba, en el Lago de la Caldera —dice el pequeño robot—. Orphu y yo lo trajimos desde el espacio de Júpiter. Llevar ese artilugio allá arriba era el objetivo principal de nuestra misión, aunque no tendríamos que haber sido nosotros los que... bueno, eso es otra historia. En cualquier caso, dentro de diecisiete minutos cincuenta y dos segundos el Aparato se disparará.

—¿Es una bomba? —pregunto roncamente. De repente tengo la boca completamente seca. No podría escupir ni aunque mi vida dependiera de ello.

Mahnmut se encoge de hombros a esa extraña manera humana suya.

—No lo sabemos.

—¡No lo sabéis! —exclamo—. ¿No lo sabéis? ¿Cómo habéis podido plantar un... un... Aparato allá arriba y colocar un temporizador si no sabéis qué es lo que va a hacer? ¡Es ridículo!

—Tal vez —dice Mahnmut—, pero para eso nos enviaron aquí... bueno... en realidad nos enviaron *allí*, los moravec que planearon esta misión.

—¿Cuánto tiempo has dicho? —pregunto, agarrando el brazalete de supuesto cuero de mi muñeca que me sirve también de cronómetro oculto. El brazalete tiene microcircuitos y pequeños proyectores holográficos para cuando necesito saber la hora.

—Diecisiete minutos y ocho segundos —dice el pequeño robot—. Y contando.

Pongo el contador en mi reloj y dejo visible la pequeña pantalla holográfica.

—Mierda —digo.

—Sí —conviene Mahnmut—. ¿Vas a TCear de vuelta, Hockenberry? ¿Al Olimpo?

Yo me he llevado la mano al medallón TC de mi garganta, pero sólo porque estaba pensando en ganar unos cuantos minutos teleportándome al campamento aqueo para buscar a Aquiles. Pero la pregunta de Mahnmut me hace detenerme y pensar.

—Tal vez debiera —digo—. Alguien tiene que ver qué pretenden los dioses. Tal vez pueda hacer de espía por última vez.

—Y luego, ¿qué? —pregunta el robot.

Ahora me toca a mí el turno de encogerme de hombros.

—Luego volveré a por Aquiles y Héctor. Luego, tal vez, digamos, por Odiseo y Paris. Eneas y Diomedes. Llevaré la guerra a los dioses, transportando a los héroes de dos en dos, como los animales del Arca de Noé.

—No parece una logística de campaña militar demasiado eficaz —dice Mahnmut.

—¿Sabes de estrategia militar, pequeña persona robot?

—No. En realidad, de lo único que sé es de un sumergible que se hundió en

Marte y de los sonetos de Shakespeare —dice Mahnmut. Se detiene—. Orphu acaba de decirme que no debería incluir los sonetos en mi currículum.

—¿Marte? —digo yo.

La brillante cabeza metálica se vuelve hacia mí.

—¿No sabías que el Olimpo es en realidad el volcán Monte Olympus de Marte? Has vivido allí durante nueve años, ¿no?

Durante un segundo, me siento tan mareado que tengo que acercarme tambaleándome a un peñasco y sentarme o temo que acabaré por despertarme en el suelo.

—Marte —repito. *Dos lunas, el enorme volcán, el suelo rojo, la gravedad reducida a la que tanto me gustaba regresar después de un largo día en las llanuras de Ilión*—. Marte. *Que me zurzan*. Marte.

Mahnmut no dice nada, sabedor quizá de que ya me ha avergonzado lo suficiente por hoy.

—Espera un momento —digo—. Marte no tiene cielos azules, océanos, árboles, aire para respirar. Vi llegar la primera sonda *Viking* en 1976. Vi en la tele, años más tarde, décadas más tarde, cuando aquel *Sojourner* echó a andar y se atascó con una roca. No había océanos. Ni árboles Ni *aire*.

—Lo han terraformado —dijo Mahnmut—. Y bastante bien, por cierto.

—¿Quién lo ha terraformado? —digo, oyendo la cólera defensiva en mi voz.

—Los dioses —dice Mahnmut, pero percibo un leve matiz de interrogación en su tersa voz robótica.

Miro mi reloj. Quince minutos treinta y ocho segundos. Planto la pantalla del cronómetro visual delante de los ojos, las cámaras o lo que sea que haya detrás de esa franja que tiene el robot en la cara.

—¿Qué va a pasar dentro de quince minutos, Mahnmut? No me digas que ni Orphu ni tú lo sabéis.

—No lo sabemos.

—Voy a subir a ver qué pasa —digo, agarrando el medallón.

—Llévame —dice Mahnmut—. Yo coloqué el temporizador. Debería estar allí cuando se active el Aparato.

Me detengo de nuevo, mirando al enorme caparazón situado tras Mahnmut.

—¿Vas a desactivarlo? —pregunto.

—No. Ésa era mi misión: entregar y activar el Aparato. Pero si el temporizador no lo dispara, debería estar allí en persona para activarlo.

—¿Estamos hablando... incluso aunque sea una posibilidad remota, del fin del mundo, Mahnmut?

La vacilación del robot me lo dice todo.

—Deberías quedarte con Orphu otros... ah... catorce minutos treinta y nueve segundos —digo—. Tal como está el pobre, el mundo podría acabarse y no saberlo a menos que se lo digas.

—Orphu dice que eres bastante gracioso para ser un escólico, Hockenberry —dice Mahnmut—. Sigo opinando que debería ir contigo.

—Uno —digo—, has agotado hablando todo tu maldito tiempo. Dos, sólo tengo un Casco de Hades y no quiero que me pillen porque los dioses ven un robot caminando a mi lado. Tres... adiós.

Me coloco la capucha del Casco de Hades sobre la cabeza, retuerzo el medallón y me marcho.

TCeo directamente en el Gran Salón de los Dioses.

Parece que están todos excepto Atenea y Apolo, a quienes supongo flotando a estas alturas en los tanques de curación con gusanos azules en los ojos y los sobacos. En los pocos segundos que me quedan antes de que la tortilla alcance el ventilador, veo que los dioses van armados para la guerra: el salón resplandece con corazas doradas, lanzas brillantes, altos cascos con penachos de plumas y escudos pulidos de su tamaño. Veo a Zeus de pie junto a su carro ardiente, a Poseidón con su armadura oscura, a Hermes y Hefesto armados hasta los dientes, a Ares con el arco de plata de Apolo, a Hera ataviada de brillante bronce y oro, y a Afrodita señalándome...

Mierda.

—¡ESCÓLICO HOCKENBERRY! —trueno el mismísimo Zeus, mirándome directamente a través del salón abarrotado—. ¡DETENTE!

No es sólo un consejo divino. Cada músculo y tendón y ligamento y célula de mi cuerpo se congelan. Siento el frío detener mi corazón. El movimiento browniano cesa en mí. Mi mano no avanza ni un centímetro hacia el medallón TC antes de convertirme en estatua.

—Quitadle el Casco de Hades, el aparato TC y todo lo demás —ordena Zeus.

Ares y Hefesto saltan y me desnudan delante de dioses y diosas. El casco de cuero es arrojado a un sombrío Hades, quien, vestido como va con una negra armadura brillante de exótico diseño, parece un terrible y sañudo escarabajo. Zeus avanza y recoge del suelo mi medallón TC, lo mira con mala cara y parece a punto de aplastarlo con su puño gigantesco. Los dos dioses terminan de destrozarme la ropa y ni siquiera me dejan el reloj ni la ropa interior.

—Muévete —dice Zeus. Me desplomo en el suelo de mármol y jadeo, sujetándome el pecho. Me duele tanto el corazón cuando empieza a latir de nuevo que estoy seguro de que voy a sufrir un infarto. Hago todo lo posible para no orinarme encima delante de toda esta gente.

—Lléváoslo —dice Zeus, dándome la espalda.

Ares, dios de la guerra, de dos metros y medio de altura, me agarra por el pelo y me lleva a rastras.

El Anillo Ecuatorial

—Piensa, Él mismo —susurró la voz de Calibán desde las sombras de la fermería—, que debería enseñar a la pareja razonadora lo que significa «deber». ¿Haz lo que él quiere, o por dónde, Señor? Así Él.

—¿De dónde demonios viene esa voz? —exclamó Harman. La fermería estaba casi toda a oscuras, la luz procedía de los brillantes tanques que se iban vaciando uno a uno, y Daeman saltaba de la pared semipermeable a la mesa del canibal, tratando de encontrar la fuente de los susurros.

—No lo sé —dijo Daeman por fin—. Un respiradero. Alguna entrada que no hemos descubierto. Pero si sale a la luz, lo mataré.

—Puede que le dispare —dijo el holograma de Próspero, apoyado contra el mostrador, cerca de los controles de los tanques de curación—, pero no es seguro que lo puedas matar. Calibán, un diablo, un diablo nato, de cuya naturaleza nunca puede fiarse nadie, de quien mis dolores humanamente tomados... ¡todo, todo perdido, perdido del todo!

Durante dos días con sus noches, cuarenta y siete horas y media, ciento cuarenta y cuatro revoluciones del asteroide de luz terráquea a luz estelar, los dos hombres habían supervisado el envío desde los tanques de curación hasta que sólo quedaron una docena, los más nuevos. Sabían cómo convocar holos externos del acelerador lunar que aceleraba de un modo más lineal directamente hacia ellos. Ya podían ver la enorme máquina, acercándose primero al agujero de gusano, visible y horrible en los paneles transparentes del techo de la fermería, los impulsores ardiendo azules detrás. Próspero y los indicadores virtuales les aseguraron que quedaban casi noventa minutos para el impacto, pero el instinto y la visión les decían lo contrario, así que ambos hombres dejaron de mirar.

Calibán estaba en algún lugar cercano. Daeman se dejó puesta la máscara de osmosis por las lentes aumentadoras de luz, pero también usaba la linterna de Savi y la pasaba bajo la mesa del canibal, donde la luz blanca destellaba en los huesos blancos.

Habían creído que el viaje desde la sala de control había sido lo peor (la larga

zambullida a través de las algas y la escasa luz, esperando que Calibán los atacara de un momento a otro). Dos veces algo verdigris se movió entre las sombras y dos veces Daeman disparó el arma de Savi al atisbar movimiento; una vez la cosa de las sombras se alejó nadando, y la otra flotó, muerta, las flechas brillando en su carne gris. Un cadáver posthumano entre las algas. Después de cuarenta y siete horas y media sin dormir y comiendo sólo rancia carne de lagarto, no podía haber nada peor. Sin embargo aquella última hora era la peor. Se habían detenido junto a la entrada de la gruta, golpeado la cubierta de hielo con las botas y la culata del arma, hasta que pudieron llenar su única botella con esferoides de agua sucia y repugnante, tan ansiada. Al menos habían hecho eso. Pero el agua ya se había acabado y ninguno de los dos podía dejar su puesto y salir de la fermería para ir a por más. Además, habían quitado las cubiertas de plástico de las partes superiores de los tanques y las habían clavado sobre la membrana semipermeable de la entrada para estar sobre aviso si Calibán entraba por ahí en la fermería, así que no podían salir con facilidad por ese camino aunque quisieran. Ambos hombres tenían la lengua hinchada y les dolía abominablemente la cabeza de sed y fatiga y aire enrarecido y miedo. Habían tenido pocos problemas con la docena de servidores de la fermería. Permitieron continuar trabajando a varios de ellos en sus tareas de enviar a los cuerpos sanados, mientras que otros (cuyos deberes se interponían en el trabajo de los hombres) fueron incapacitados. Daeman le disparó a uno, pero eso fue un error. Las flechas desgarraron la pintura y fragmentos de metal del servidor, y estropearon un manipulador y le arrancaron un ojo, pero no lo destruyeron. Harman resolvió el problema buscando un pesado trozo de tubería en los tanques, liberándolo (lo que permitió que el oxígeno líquido inundara el aire ya frío) y golpeando al servidor hasta dejarlo inmóvil. Eliminaron los servidores restantes de la misma forma.

Próspero llegó cuando estaban conectando la esfera comunicadora holográfica sobre el panel de control, y el magus se aseguró de que sus ajustes en los tanques de vaciado fueran correctos. Primero, desconectaron los fax-nódulos de entrada. Luego faxearon inmediatamente los Veinte ilesos de vuelta a sus nódulos terrestres antes de que empezara ninguna reparación. Próspero dijo que no era posible acelerar el trabajo de los gusanos azules y el fluido azul, así que dejaron esos tanques cumpliendo su ciclo. Los humanos que flotaban desnudos y estaban a punto de terminar su curación fueron faxeados pronto de vuelta. De los seiscientos sesenta y nueve tanques de la fermería, todos menos treinta y ocho estaban ya vacíos. Treinta y seis eran reparaciones masivas y dos eran corrientes, de Veintes que habían faxeado e iniciado su reparación normal antes de que Harman y Daeman consiguieran desconectar los ordenadores.

—Además, complace a Setebos trabajar —siseó la invisible voz de Calibán.

—¡Cállate! —gritó Daeman. Se movió entre los brillantes tanques, intentando

no flotar en la baja pero apreciable gravedad que allí había. Las sombras danzaban por todas partes pero ninguna de ellas era lo bastante sólida como para disparar.

—No logra hacer algo: apilado en vuestra pila de hierbas, y cuadrado y atascados tres cuadrados de suave tiza blanca —susurró Calibán desde la oscuridad—. Y, con un diente de pez, arañó una luna para cada uno, y puso boca arriba varias espinas de un árbol y lo coronó todo con un cráneo de perezoso en... cima, lo encontró muerto en el bosque, demasiado difícil para uno solo. No tiene sentido el trabajo por bien del trabajo solo. Alguien lo volverá en contra: así Él.

Harman se echó a reír.

—¿Qué? —Daeman caminó y flotó de vuelta a los controles virtuales, donde la holosfera permitía a Próspero estar de pie. Había piezas de servidores por todo el suelo, imitando la mesa del canibal entre las sombras.

—Tenemos que salir pronto de aquí —dijo Harman, frotándose los ojos enrojecidos—. Lo que dice el monstruo empieza a tener sentido para mí.

—Próspero —dijo Daeman, escrutando de sombra en sombra en el bosque oscuro de tanques de suave brillo—. ¿Quién o qué es ese Setebos del que Calibán no para de hablar?

—El dios de la madre de Calibán —dijo el magus.

—Y tú dijiste que la madre de Calibán está también por alguna parte. —Daeman empuñó el arma con una mano y se frotó los ojos con la otra. Veía la fermería borrosa, y sólo en parte debido al vapor flotante del oxígeno líquido vertido.

—Sí, Sicórax todavía vive —dijo Próspero—. Pero no en esta isla. En esta isla ya no.

—¿Y ese Setebos? —inquirió Daeman.

—El enemigo del Silente —dijo Próspero—. Como su congregación de dos, un amargo corazón que deja pasar el tiempo y muerde.

Las alarmas zumbaron sobre la consola. Harman activó los controles virtuales. Tres humanos curados más (casi curados, al menos) fueron faxeados. Quedaban treinta y cinco.

—¿De dónde vino ese Setebos? —preguntó Harman.

—Vino de la oscuridad con los voynix y otras cosas —dijo Próspero—. Un fallo menor de cálculo.

—¿Es Odiseo uno de los otros seres traídos de la oscuridad? —preguntó Daeman.

Próspero se echó a reír.

—Oh, no. Ese pobre tipo fue enviado aquí por una maldición, desde esa encrucijada a donde han huido la mayoría de los posthumanos. Odiseo está perdido en el tiempo, obligado a vagabundear por una dama malvada a quien yo

conozco como Ceres, pero a quien Odiseo conoció... en todos los sentidos... como Circe.

—No comprendo —dijo Harman—. Savi dijo que descubrió a Odiseo hace poco, dormido en una de sus criocámaras.

—Eso era verdad —dijo Próspero—, pero también mentira. Savi sabía lo del viaje de Odiseo y adónde pretende ir. Lo usó igual que él la usó a ella.

—¿Pero es el aqueo del drama turín? —preguntó Daeman.

—Sí y no —dijo Próspero a su enloquecedor modo—. El drama muestra un tiempo y un relato que se ha dividido. Este Odiseo es de una de esas ramas, sí. No es el Odiseo de todo el relato, no.

—Todavía no nos has dicho quién es Setebos —dijo Harman. Tenía poca paciencia. Seis humanos más partieron de sus tanques, terminados y curados. Sólo quedaban veintinueve. Faltaban veinte minutos para tener que correr hacia el sonie. El acelerador lineal estaba tan cerca que podían verlo por la ventana sin ninguna amplificación. El agujero de gusano era una esfera de luz y oscuridad cambiantes.

—Setebos es un dios cuya característica es el poder puro, arbitrario —dijo Próspero—. Mata al azar. Perdona a capricho. Asesina a muchos pero sin pauta ni plan. Es un dios del once de septiembre. Un dios de Auschwitz.

—¿Qué? —dijo Daeman.

—No importa —respondió el mago.

—Decid —susurró Calibán desde la oscuridad, bajo la mesa—. Puede que le guste, tal vez, lo que le beneficia. Ay, él mismo ama lo que le hace bien: pero, ¿por qué? No obtiene el bien de otro modo.

—¡Maldición! —rugió Daeman—. Voy a buscar a ese hijo de puta.

Empuñó el arma y se lanzó hacia la oscuridad. Cuatro cuerpos humanos más se faxearon y sus tanques se vaciaron con un sonido de ráfaga. *Quedaban veinticuatro.*

Había cuerpos en el suelo, cuerpos en la mesa, partes de cuerpos en la silla. Daeman sostuvo la linterna de Savi con la mano izquierda, la pistola en la derecha, la capucha y las lentes en su sitio, pero todavía había oscuridad entre las sombras. Observó y esperó algún movimiento por el rabillo del ojo.

—¡Daeman! —llamó Harman.

—Un momento —gritó Daeman, esperando, usándose a sí mismo como cebo. Quería que Calibán saltara. Tenía los cargadores de flechas preparados y sabía por experiencia que se dispararían rápidamente si pulsaba el gatillo. Podía meterle cinco mil dardos de cristal a aquel asesino hijo de puta si...

—¡Daeman!

Se volvió hacia el grito de Harman.

—¿Ves a Calibán? —gritó hacia la zona de control iluminada.

—No —dijo Harman—. Algo peor.

Daeman oyó entonces las válvulas de presión rugiendo y las suaves alarmas. Pasaba algo con los tanques.

Harman señaló los diversos indicadores que destellaban en rojo.

—Los tanques se están secando antes de que se curen los últimos cuerpos.

—Calibán ha encontrado un modo de interrumpir el flujo nutriente del exterior —dijo Próspero—. Esos veinticuatro hombres y mujeres han muerto.

—¡Maldición! —rugió Harman. Golpeó la pared con el puño.

Daeman entró en el bosque de tanques, iluminándolos con la linterna.

—El nivel de fluido baja rápidamente —informó a Harman.

—Los faxearemos de todas formas.

—Faxearas cadáveres con gusanos azules retorciéndose en sus tripas —dijo Daeman—. Tenemos que salir de aquí.

—Eso es lo que quiere Calibán —gritó Harman. Daeman no podía ver ahora la consola de control. Estaba en la fila trasera de tanques, en los lugares oscuros donde antes había temido ir. El arma le pesaba en la mano. Continuó pasando la linterna de un tanque a otro.

Próspero murmuraba con su voz de anciano.

*Te veo preocupado, hijo mío,
y como abatido. Recobra el ánimo.
Nuestra fiesta ha terminado. Los actores,
como ya te dije, eran espíritus
y se han disuelto en aire, en aire leve,
y, cual la obra sin cimientos de esta fantasía,
las torres con sus nubes, los regios palacios,
los templos solemnes, el inmenso mundo
y cuantos lo hereden, todo se disipará
e, igual que se ha esfumado mi etérea función,
no quedará ni siquiera polvo. Somos de la misma
sustancia de la que están hechos los sueños,
y nuestra breve vida culmina en un...*

—¡Cierra la puñetera boca! —gritó Daeman—. Harman, ¿puedes oírme?

—Sí —dijo el hombre mayor, desplomado sobre el panel de control—. Tenemos que irnos, Daeman. Perdimos estos últimos veinticuatro. No podemos hacer nada.

—¡Harman, escúchame! —Daeman se encontraba en la última fila de tanques, el haz de la linterna firme—. En este tanque...

—¡Daeman, tenemos que irnos! La energía se acaba. Calibán está cortando

la energía.

Como para demostrar lo que decía Harman, la holosfera se apagó y Próspero dejó de existir. Las luces de los tanques se apagaron. El brillo del panel de control virtual menguó.

—¡Harman! —gritó Daeman desde las sombras—. En este tanque. Es Hannah.

Las llanuras de Ilión

—Tengo que ir a buscar a Aquiles y Héctor —le dijo Mahnmut a Orphu—. Voy a tener que dejarte aquí, en la colina de Espinos.

—Vale. ¿Por qué no? Tal vez los dioses me confundan con un pedrusco gris y no me dejen caer una bomba encima. Pero, ¿quieres hacerme dos favores?

—Por supuesto.

—Primero, mantente en contacto por tensorsayo. Uno se siente solo aquí en la oscuridad cuando no sabe qué está pasando. Sobre todo cuando quedan sólo unos minutos para que se active el Aparato.

—Claro.

—Segundo, amárrame, ¿quieres? Me gusta este arnés de levitación (aunque que me zurzan si sé cómo funciona), pero no quiero que la brisa me empuje otra vez hasta el mar.

—Ya lo he hecho —dijo Mahnmut—. Te he amarrado a la roca más grande del túmulo de la ágil amazona Mirina.

—Magnífico —dijo Orphu—. Por cierto, ¿tienes idea de quién fue esa ágil amazona Mirina y por qué tiene una tumba justo ante las murallas de Ilión?

—Ni idea —respondió Mahnmut. Dejó atrás a su amigo y empezó a correr a cuatro patas por las llanuras de Ilión hacia el campamento aqueo, recibiendo unas cuantas miradas curiosas de los griegos durante el proceso.

No tuvo que buscar en la playa a Aquiles y Héctor. Los dos héroes acababan de cruzar el puente del foso y lideraban a sus capitanes y dos o tres mil guerreros hacia el centro del antiguo campo de batalla. Mahnmut decidió ser formal y se alzó sobre sus patas traseras para los saludos.

—Pequeña máquina —dijo Aquiles—, ¿dónde está tu amo, el hijo de Duane? Mahnmut tardó un segundo en procesar aquello.

—¿Hockenberry? —dijo por fin—. Antes que nada, no es mi amo. Ningún hombre es mi amo y yo no soy un hombre. Segundo, ha ido al Olimpo a ver que hacen los dioses. Dijo que volvería.

Aquiles descubrió sus blancos dientes en una mueca.

—Bien. Necesitamos información sobre el enemigo.

Odiseo, de pie entre Héctor y Aquiles, comentó:

—No le funcionó bien a Dolón.

Diomedes, tras los héroes, se echó a reír. Héctor frunció el ceño.

Dolón es el explorador que Héctor envió anoche cuando las cosas parecían estar feas para los griegos, envió Orphu. Aunque Mahnmut ya entendía el griego y lo podía hablar después de haberlo descargado de Orphu, todavía enviaba el diálogo completo a su amigo a través de subvocálicos. El mensaje de Orphu no había terminado: Diomedes y Odiseo capturaron a Dolón cuando iban de exploración nocturna, y después de prometerle al troyano que no le harían daño, obtuvieron toda la información que pudieron de él y luego Diomedes le cortó la cabeza. Creo que Diomedes lo mencionó porque todavía no se fía de Héctor como aliado y...

—Archívalo —dijo Mahnmut, olvidándose de subvocalizar. Cambió de frecuencia. Necesito concentrarme aquí. Mahnmut se creía capaz, de realizar tareas múltiples como cualquier otro moravec, pero la lección de historia de Orphu estaba interfiriendo en su concentración en tiempo real.

—¿Qué has dicho? —exigió saber Héctor. El héroe troyano no estaba contento. Mahnmut recordó que la madre y la hermanastra del caudillo troyano acababan de morir en el bombardeo aéreo, aunque no estaba seguro de que Héctor lo supiera todavía. Héctor estaba, simplemente, de mal humor.

—Sólo una breve oración a mis dioses —respondió Mahnmut.

Odiseo se había arrodillado y palpaba los brazos, el torso, la cabeza y el caparazón protector de Mahnmut.

—Ingenioso —dijo el hijo de Laertes—. Quienquiera que te creó hizo un buen trabajo.

—Gracias —dijo Mahnmut.

Creo que te has colado en una obra de Samuel Beckett, envió Orphu.

—Calla —dijo Mahnmut en inglés—. Maldición, sigo olvidándome de ajustar el tensorrayo sólo para subvocalizar.

—Sigue rezando —dijo Odiseo, poniéndose en pie—. Pero me gusta eso que dijo de que se llamaba Nadie. Lo recordaré.

—Aquiles de los pies ligeros —dijo Mahnmut en griego—, ¿puedo preguntarte cuáles son tus intenciones?

—Iremos a desafiar a los dioses para que vengan a librar combate singular —dijo Aquiles—. O su ejército de inmortales contra nuestro ejército de hombres: lo que prefieran.

Mahnmut miró a los escasos miles de griegos, muchos de ellos ensangrentados, que habían seguido a Aquiles desde el campamento. Volvió la cabeza y vio un millar o menos de troyanos que venían desde la colina para reunirse con Héctor.

—¿Éste es tu ejército? —preguntó Mahnmut.

—Los otros se unirán a nosotros —dijo Aquiles—. Pequeña máquina, si ves a Hockenberry hijo de Duane, dile que venga a verme al centro del campo.

Aquiles, Héctor y los capitanes aqueos se marcharon. El moravec tuvo que apañarse rápidamente para no ser pisoteado por el paso de los hombres que los siguieron y sus escudos.

—¡ESPERAD! —llamó Mahnmut. Usó más amplificadores de los que esperaba.

Aquiles, Héctor, Odiseo, Diomedes, Néstor y los demás se volvieron. Los hombres que los seguían abrieron hueco hasta el robot.

—Dentro de treinta segundos va a suceder algo —dijo Mahnmut.

—¿Qué? —exigió Héctor.

No lo sé, pensó Mahnmut. *Ni siquiera sé si notaremos los efectos desde aquí. Demonios, ni siquiera sé si mi temporizador va a funcionar a esa profundidad en el Lago de la Caldera.*

Estás subvocalizando, ¿sabes?, envió Orphu.

Lo siento, envió Mahnmut. En voz alta, dijo en griego:

—Esperad y lo veréis. Dieciocho segundos.

Los griegos, naturalmente, no usaban minutos ni segundos, pero Mahnmut pensó que había traducido bien las unidades.

Aunque el aparato reduzca Marte a cenizas, dijo Orphu, *no creo que esta Tierra esté en ese tiempo ni en ese universo. Pero claro, los llamados dioses han conectado este lugar, esté donde esté, al Monte Olympus a través de un millar de túneles cuánticos.*

—Nueve segundos —dijo Mahnmut.

¿Cómo se verá Marte explotando, a plena luz del día, desde este punto de Asia Menor?, envió Orphu. *Podría hacer una simulación rápida.*

—Cuatro segundos —dijo Mahnmut.

O podría esperar a ver. Naturalmente, tú tendrás que verlo por mí.

—Un segundo.

Olimpo

No recuerdo que Ares o Hefesto se TCearan mientras me sacaban a rastras del Gran Salón, pero obviamente lo hicieron. La habitación a la que me han arrojado (mi celda de contención) está en la planta superior de un edificio increíblemente alto en el lado este del Olimpo, La puerta se selló tras ellos y no hay ventanas, sino otra puerta que da a un balcón que cuelga a docenas de metros sobre la nada excepto las pendientes del Olimpo justo cuando caen cortadas a pico hasta los acantilados verticales. Al norte está el océano, bronce pulido a la luz de la tarde, y lejos, muy lejos al este, hay tres volcanes que, ahora lo advierto, son volcanes marcianos.

Marte. Todos estos años. Santa Madre de Dios... Marte.

Tirito. Veo la carne de gallina de mis brazos y muslos desnudos y la imagino en mi culo pelado. Siento heladas las plantas de los pies contra el gélido mármol. Me duele el cuero cabelludo después de haber sido arrastrado y el orgullo por haber sido capturado y desnudado con tanta facilidad.

¿Quién me creí que era? Llevo tanto tiempo viendo a dioses y superhéroes que olvidé que no era más que un tipo corriente cuando estaba vivo. Y, ahora, menos que eso.

Creo que los juguetes se me subieron a la cabeza: el arnés de levitación y la armadura de impacto y el brazalete morfeador y el medallón TC y el micrófono direccional y las lentes zoom y el bastón táser y el Casco de Hades. Todas esas chorradas me han permitido jugar a ser un superhéroe unos cuantos días.

Ya no. Papá me ha quitado los juguetes. Y está furioso.

Recuerdo la bomba de Mahnmüt y, por costumbre, alzo mi muñeca desnuda para ver la hora. *Mierda*. Ni siquiera llevo reloj. Pero tienen que faltar sólo unos minutos para que el Aparato del robot estalle. Me asomo al balcón, pero esta cara del edificio no da al Lago de la Caldera, así que supongo que no veré el destello. ¿Derribará la onda de choque este edificio situado en lo alto del Olimpo, o simplemente lo incendiará? Un nuevo recuerdo aflora: imágenes televisivas de hombres y mujeres condenados saltando al vacío desde unas torres en llamas en

Nueva York, y cierro los ojos y me aprieto las sienes en un vano intento por deshacerme de esas visiones desatadas. Sólo consigo hacerlas más vividas. *Demonios*, pienso, *si me hubieran permitido vivir otras cuantas semanas más, si yo me hubiera permitido vivir no cagándola con mis juguetes y el destino de tantas personas, tal vez hubiera recordado toda mi vida anterior. Tal vez incluso mi muerte.*

La puerta se abre de golpe detrás de mí y Zeus entra solo. Me vuelvo a mirarlo y regreso a la habitación desnuda.

¿Quieren una receta para perder toda la autoestima? Intenten permanecer desnudos, enfrentándose al Dios de Todos los Dioses que va vestido con botas altas, grebas doradas y armadura de batalla. Además de esa obvia diferencia, está la cuestión de la altura. Quiero decir que yo mido un metro setenta y cinco (no soy bajo, solía decir la gente, incluida mi esposa Susan, sino de «estatura mediana»), y Zeus mide cinco metros esta tarde. La maldita puerta fue hecha para estrellas de la NBA que lleven a hombros a otras estrellas de la NBA, y Zeus ha tenido que agacharse para pasar. Ahora cierra de golpe la puerta tras él. Veo que aún lleva mi medallón TC en su enorme mano.

—Escólic Hockenberry —dice en inglés—, ¿sabes los problemas que has causado?

Intento mirarlo desafiante, pero me contento con no permitir que mis piernas desnudas tiemblen incontrolablemente. Noto que mi pene y mi escroto se contraen hasta alcanzar el tamaño de una nuez y una zanahoria minúscula por el frío y el miedo.

Como si se diera cuenta de ello, Zeus me mira de arriba abajo.

—Dios mío, mira que erais feos los antiguos humanos —murmura—. ¿Cómo puedes ser tan flaco que se te notan las costillas y sin embargo tener barriga?

Recuerdo que Susan solía decir que yo tenía un culo como dos panderos, pero lo decía con afecto.

—¿Cómo hablas inglés? —pregunto, la voz temblando.

—¡CÁLLATE! —ruge el Padre de los Dioses.

Zeus, bruscamente, señala al balcón y me acompaña hasta allí. Es tan enorme que apenas hay espacio para mí, aquí fuera. Me refugio en un rincón, tratando de no mirar hacia abajo. Lo único que este colérico dios de dioses tiene que hacer ahora es alzarme con una mano y lanzarme por encima de la barandilla para conseguir su venganza. Yo me pasaría cinco minutos gritando y agitando los brazos en la caída.

—Has lastimado a mi hija —gruñe Zeus.

¿A cuál?, pienso, desesperado. Soy culpable de conspirar para matar a Afrodita y a Atenea, aunque sospecho que está hablando de Atenea. Siempre le ha tenido afecto a Atenea. Da igual. Conspirar para dañar a un dios, no digamos ya para derrocar a los dioses en general, tiene que ser una ofensa capital. Me

asomo de nuevo a la barandilla. Veo la escalera mecánica de cristal serpenteando en la bruma marina de abajo, aunque mis antiguos barracones escólicos, quemados hasta los cimientos, son demasiado pequeños para poder verlos con visión normal. Santo Dios, sí que está lejos.

—¿Sabes qué va a pasar hoy, Hockenberry? —pregunta Zeus, aunque supongo que la pregunta es retórica. Extiende los brazos y apoya los dedos (cada uno la mitad de largo que mi antebrazo) en la barandilla de piedra.

—No.

Él se vuelve a mirarme.

—Eso debe de ser preocupante después de todos estos años de sabiduría escólica —murmura—. Saber siempre lo que va a pasar a continuación aunque los dioses no lo sepan. Debes de haberte sentido como el mismísimo Hado.

—Me siento como un gilipollas —digo.

Zeus asiente. Entonces señala hacia los carros que despegan uno tras otro de la cumbre del Olimpo. Hay centenares.

—Esta tarde vamos a destruir a la humanidad —dice Zeus—. No sólo a esos idiotas de Troya, sino a todos los seres humanos, en todas partes.

¿Qué se puede decir a eso?

—Parece un poco excesivo —consigo decir por fin. Mi bravata sonaría mejor si mi voz no estuviera todavía temblando como la de un niño nervioso.

Zeus contempla los carros que despegan y la masa de dioses y diosas de armaduras doradas que aún esperan para subir a los suyos.

—Poseidón y Ares y otros llevan siglos detrás de mí para que elimine a la humanidad como el virus que es —dice Zeus, hablando más para sí mismo que para mí, creo—. Todos tenemos nuestras preocupaciones... esta Era del Hombre Heroico que ves en Ilión preocuparía a cualquier raza de dioses, demasiada interacción entre su raza y la nuestra... Estarás enterado de la cantidad de nanoingeniería del ADN que hemos transmitido a rarezas como Heracles y Aquiles a través de nuestro libidinoso folleto con los mortales. Y lo digo literalmente.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

Zeus me mira con desprecio. Se encoge de hombros, esos enormes hombros situados a tres metros por encima de mi cabeza.

—Porque vas a morir dentro de unos segundos, así que puedo hablar libremente. En el Olimpo, escólico Hockenberry, no hay ningún amigo permanente ni aliados dignos de confianza ni compañeros leales... sólo intereses permanentes. Mi interés es seguir siendo Señor de los Dioses y Dueño del Universo.

—Debe de ser un trabajo agotador —digo con sarcasmo.

—Lo es —dice Zeus—. Lo es. Pregúntaselo a Setebos o al Silente si lo dudas. Bueno, ¿tienes una última pregunta antes de marcharte, Hockenberry?

—La verdad es que sí —digo. Para mi sorpresa, el temblor ha desaparecido de mi voz y de mis rodillas—. Quiero saber quiénes sois en realidad los dioses. ¿De dónde venís? Sé que no sois los verdaderos dioses griegos.

—¿No lo somos? —dice Zeus. Su sonrisa, los afilados dientes blancos brillando entre su barba gris plateada, no es paternal.

—¿Quiénes sois? —repito.

Zeus Todopoderoso suspira.

—Me temo que ahora no tenemos tiempo para esa historia. Adiós, escólico Hockenberry.

Aparta la mano de la barandilla y se vuelve hacia mí.

Resulta que tiene razón: no tenemos tiempo para la historia ni para nada más. De repente el alto edificio se estremece, cruje, gime. El aire de la cumbre del Olimpo parece espesarse y ondular. Los carros dorados se tambalean en pleno vuelo y oigo los gritos y chillidos de los dioses y las diosas desde el suelo hasta aquí arriba.

Zeus se apoya contra la barandilla, deja caer el medallón TC sobre el suelo de mármol y extiende una mano enorme para apoyarse en el edificio mientras la alta torre se estremece sobre sus cimientos, balanceándose de un lado a otro describiendo un arco de diez grados.

Alza la cabeza.

De repente el cielo se llena de surcos. Oigo estallidos sónicos mientras línea tras línea de fuego cruzan el cielo marciano. Sobre el Olimpo, sobre nuestras cabezas, varias enormes esferas giratorias de negro espacio y rojo magma se abren contra el azul. Son como agujeros taladrados en el cielo mismo y están descendiendo.

Abajo, mucho más abajo, veo más de estos círculos dentados, cada uno del diámetro de un campo de fútbol al menos, girando en la base del Olimpo. Aparecen otros sobre el océano, al norte, algunos abriéndose en el mar mismo.

Se ven millares de hormigas en los círculos que se han posado en tierra, millares, y entonces advierto que las hormigas son hombres. ¿Humanos?

El cielo está lleno no sólo de carros dorados, sino de negras máquinas de afilados bordes, algunas más grandes que los carros, otras más pequeñas, todas con el letal e inhumano aspecto del diseño militar. Más feroces surcos llenan la atmósfera, cayendo hacia el Olimpo como misiles balísticos intercontinentales.

Zeus alza ambos puños hacia el cielo y grita a las pequeñas figuritas de los dioses de abajo.

—¡RECOGED LA ÉGIDA! —ruge—. ¡ACTIVAD LA ÉGIDA!

Me encantaría quedarme para ver de qué habla y qué sucede a continuación, pero tengo otras prioridades. Me lanzo de cabeza entre las poderosas piernas de Zeus, me deslizo sobre el vientre por el suelo de mármol, agarro el medallón TC con una mano y hago girar su dial con la otra.

El Anillo Ecuatorial

Al principio no pudieron sacar a Hannah del tanque. El pesado trozo de tubería no era capaz de mellar el cristal plástico. Daeman disparó tres veces con la pistola de Savi, pero las flechas apenas marcaron la superficie del tanque antes de rebotar por toda la fermería, rompiendo cosas frágiles, desviándose en los servidores ya desconectados y casi alcanzándolos a ambos. Finalmente Harman encontró un modo de subirse a la parte superior del tanque y usaron el tubo como palanca y luego arrancaron la complicada tapa. Luego Harman se colocó el visor de la termopiel, se puso la máscara de osmosis y saltó al líquido que se vaciaba para sacar a Hannah. Con la energía principal desconectada, las luces apagadas y el brillo del tanque reduciéndose a la nada, trabajaron casi a ciegas, usando sólo el haz de la linterna.

Desnuda, mojada, sin pelo, la piel irritada y nueva, su joven amiga parecía tan vulnerable como un pajarillo recién nacido mientras yacía tirada en el suelo mojado de la fermería. La buena noticia era que respiraba (jadeando, de manera entrecortada, alarmantemente rápida), pero respiraba por su cuenta. La mala noticia era que no podían despertarla.

—¿Vivirá? —preguntó Daeman. Los otros veintitrés hombres y mujeres del tanque estaban obviamente muertos o moribundos y no había manera de sacarlos a tiempo.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —jadeó Harman.

Daeman miró en derredor.

—La temperatura está bajando sin la energía para calentarlo todo. Dentro de unos minutos estaremos bajo cero, igual que en la ciudad principal. Tenemos que encontrar algo para taparla.

Todavía con el arma, pero sin buscar ya a Calibán, Daeman atravesó corriendo la oscura fermería. Había huesos humanos, trozos de carne putrefacta, servidores inmóviles, fragmentos y pedazos de instrumentos y tubos y tuberías, pero ni una sola manta. Daeman arrancó una placa de plástico transparente de la tapa que ya habían arrancado para sellar la entrada semipermeable y regresó.

Hannah estaba todavía inconsciente pero tiritaba incontrolablemente. Harman la rodeaba con sus brazos y le frotaba la carne con las manos desnudas, pero eso no parecía servir de nada. El plástico se adaptó torpemente a su cuerpo blanco y delgado, pero ninguno de los dos creyó que fuese capaz de retener el calor corporal.

—Va a morirse a menos que hagamos algo —susurró Daeman. De las sombras de los tanques de curación, ahora oscuros, llegó un sonido reptante. Daeman ni siquiera se molestó en alzar el arma. El vapor del oxígeno líquido y otros fluidos derramados llenaba la fermería.

—Vamos a morirnos pronto de todas formas —dijo Harman. Señaló hacia los paneles transparentes que tenían encima.

Daeman alzó la mirada. La estrella blanca del acelerador lineal estaba más cerca, mucho más cerca.

—¿Cuánto tiempo queda? —preguntó.

Harman negó con la cabeza.

—Los cronómetros desaparecieron con la energía y Próspero.

—Nos quedaban unos veinte minutos cuando empezaron los problemas.

—Sí —dijo Harman—, ¿pero cuánto hace de eso? ¿Veinte minutos? ¿Treinta? ¿Cuarenta y cinco?

Daeman miró hacia arriba. La Tierra había desaparecido y sólo las estrellas (incluyendo la forma brillante que se abalanzaba hacia ellos) ardían frías en los paneles.

—La Tierra era todavía visible cuando empezó esta mierda —dijo—. No pueden haber pasado mucho más de veinte minutos. Cuando la Tierra vuelva a aparecer...

La porción blanca y azul del planeta apareció a la vista entre los paneles inferiores.

—Tenemos que irnos —dijo Daeman. Hubo más roturas y fricciones en la oscuridad, tras ellos. Daeman se giró con la pistola preparada, pero Calibán no apareció. La gravedad de la fermería estaba fallando ahora también; los charcos de líquido empezaban a levantarse del suelo y trataban de flotar, adquiriendo forma de ameba, buscando convertirse en esferas. La linterna de Savi reflejaba su luz en las resbaladizas superficies, por todas partes.

—¿Cómo nos vamos? —preguntó Harman—. ¿La dejamos aquí?

Los párpados de Hannah no estaban cerrados del todo, pero sólo podían verle el blanco de los ojos. Sus temblores estaban remitiendo, pero eso a Daeman le pareció un mal signo.

Daeman se había quitado la máscara (había aire suficiente para respirar en la fermería, aunque seguía oliendo a una despensa de carne sin la energía) y ahora se frotó la barba.

—No podemos llevarla al sonie con sólo dos termopieles. Moriría de

exposición en la ciudad, no digamos ya en el espacio.

—Tenemos el campo de fuerza y el calentador del sonie —susurró Harman—. Savi los conectó cuando volábamos alto.

Se quitó también la máscara, y su aliento formó una nube en el frío aire. Había hielo en su barba y su bigote. Sus ojos parecían tan cansados que a Daeman le dolía mirarlos.

Daeman negó con la cabeza.

—Savi me contó cómo eran el frío y el calor en el espacio, lo que le hace el vacío al cuerpo. Hannah moriría antes de que consiguiéramos conectar el campo de fuerza.

—¿Te acuerdas de cómo conectarlo? —preguntó Harman—. ¿De cómo pilotar la maldita cosa?

—Yo... no lo sé —respondió Daeman—. La vi pilotarlo, pero nunca pensé que tendría que hacerlo yo. ¿Tú no te acuerdas?

—Yo estoy tan... cansado —dijo Harman, frotándose las sienes.

Hannah había dejado de temblar y parecía muerta. Daeman se quitó el guante de la termopiel y colocó la palma desnuda sobre su pecho. Por un segundo estuvo seguro de que había muerto, pero luego notó el leve y rápido latido de su corazón, como el de un pajarillo.

—Harman —dijo, con voz fuerte—, quítate la termopiel.

Harman lo miró y parpadeó.

—Sí —dijo estúpidamente—, tienes razón. Yo ya he tenido mis Cinco Veintes. Ella se merece vivir más que...

—No, idiota. —Daeman empezó a ayudarlo a quitarse el traje. El aire estaba convirtiendo ya en hielo la cara y las manos expuestas de Daeman; no imaginaba cómo sería estar desnudo con aquel frío. El aire escaseaba mientras hablaban, y sus voces sonaban más agudas y más débiles—. Comparte la termopiel con ella. Cuenta hasta quinientos, luego quítasela y caliéntate tú. Sigue intercambiándola con ella hasta que muera.

—¿Dónde vas a estar tú? —jadeó Harman. Se había quitado la termopiel y estaba intentando ponérsela a la muchacha inconsciente, pero sus manos y brazos temblaban tanto de frío que Daeman tuvo que ayudarlo. Inmediatamente la termopiel se adaptó al cuerpo de Hannah y ella empezó a temblar de nuevo, aunque el traje contenía ahora casi el cien por cien de su calor corporal. Harman le puso su máscara de osmosis.

—Voy a buscar el sonie —susurró Daeman. Le tendió a Harman la pistola, pero tuvo que alzarse la máscara para hacerse oír, ya que el otro hombre no tenía el comunicador del traje—. Toma. Quédatela por si Calibán viene a por vosotros.

Daeman recogió el tubo de cuatro palmos que habían usado como palanca.

—No lo hará —dijo Harman entre jadeos—. Irá a por tí. Luego podrá

devorarnos a placer.

—Bueno, espero causarle indigestión —dijo Daeman. Se puso la máscara de osmosis y se impulsó y corrió y flotó hacia la membrana de salida.

Sólo después de haber usado el extremo afilado del tubo para romper y rasgar un agujero del tamaño de un hombre en la membrana y pasar a la gravedad aún más baja y al frío aún más grande y oscuro del otro lado, advirtió Daeman que no le había dicho a Harman que su plan era regresar con el sonie, haciendo de algún modo que atravesara la ventana-pared para recogerlos a ambos. *Bueno, ya es demasiado tarde para volver y decirselo.*

Daeman siempre había tenido problemas para seguir el ritmo de Savi y Harman cuando los tres nadaban para abrirse paso a través de la ciudad de cristal hacia un mes (una eternidad ya), pero ahora Daeman nadó a través del fino aire como si fuera una criatura marina de baja gravedad, una nutria de la ciudad de cristal, encontrando siempre el lugar perfecto donde impulsarse con los pies justo en el instante adecuado, chapoteando en el aire con los tres miembros libres con pura economía de esfuerzo, dando volteretas y haciendo piruetas con perfecta sincronización para encontrar la siguiente viga o mesa o incluso el siguiente cadáver posthumano para impulsarse al siguiente tramo del viaje.

Seguía sin ser lo bastante rápido. Podía sentir que el tiempo le ganaba la carrera, mientras alzaba la vista y veía los paneles de la ciudad de cristal. Los paneles mostraban su brillo moribundo, proyectando una oscuridad aún más profunda a los lechos de algas y las terrazas cubiertas de cadáveres por donde él se impulsaba y nadaba, pero no había paneles transparentes por los que pudiera ver la llegada del acelerador lineal. *¿Lo oiré cuando atraviere el techo de la ciudad de cristal, o el aire es demasiado escaso para transportar el sonido?*

Apartó la cuestión de su mente. Lo sabría cuando llegara.

Daeman casi había pasado la torre de cristal mientras se encaminaba al sur cuando alzó la cabeza y vio que estaba ya directamente bajo los cientos y cientos de pisos de aire que se alzaban en la oscuridad.

Aterrizó en el asteroide, agarró el tubo con ambas manos, girando, usando sólo las lentes de su termopiel para penetrar la oscuridad. Allí flotaban formas humanoides, algunas cercanas, pero sus giros sin sentido sugerían que probablemente eran cadáveres de posts, no Calibán. *Probablemente.*

Daeman se colocó el tubo bajo el brazo, se agachó, recordó la pose encogida de Calibán, la imitó, y se impulsó con toda la energía que le quedaba en los brazos y piernas. Flotó hacia arriba, pero lentamente, demasiado lentamente. Sintió que apenas se movía cuando llegó a la primera terraza, situada a unos veinte o treinta metros, y advirtió lo débil que estaba mientras usaba la barandilla de la terraza para impulsarse de nuevo, contemplando las sombras mientras lo hacía.

Había demasiadas sombras.

Calibán podría saltar hacia él desde cualquiera de aquellas terrazas oscuras, pero Daeman no podía hacer nada al respecto: tenía que permanecer cerca de la pared y las terrazas para seguir impulsándose, moviéndose siempre, flotando hacia arriba, rápidamente al principio, luego con velocidad menguante hasta que escogía la siguiente terraza, sintiéndose como una rana que saltara de un lirio de metal y piedra al siguiente.

De repente Daeman soltó una carcajada. Su termopiel, bajo la suciedad y el lodo y la sangre y la mugre, era verde. Sí que parecía una rana torpe, famélica y achaparrada que se alzaba en vertical cada diez barandillas o cada diez terrazas. Su risa resonó hueca en sus comunicadores y le hizo guardar silencio, a excepción de su torturada respiración y sus gruñidos.

Con una punzada de temor, Daeman se detuvo y dio una voltereta mientras seguía flotando hacia arriba. *¿He sobrepasado el nivel donde está aparcado el sonie?* La distancia hasta el suelo de abajo parecía increíble: trescientos metros de vacío, al menos, y el sonie estaba solamente... *¿a cuántos pisos de altura?* Su corazón redobló de pánico. Daeman intentó recordar la imagen holográfica de la celda de control de Próspero. *¿A cincuenta metros o así? ¿A cien?*

Enfermo de terror por haberse perdido, Daeman flotó hasta separarse de la pared y comprobó los paneles de cristal. La mayoría brillaban con aquel resplandor enfermizo anaranjado cada vez más tenue. Algunos eran claros allí arriba, plateados a la luz terráquea. Ninguno mostraba la marca blanca de las membranas semipermeables de la primera compuerta y la puerta de Próspero. *¿Vi esa marca de la ventana en el holograma, o supuse que habría una visible desde dentro?*

Flotando ahora hasta casi detenerse en el apogeo de su último salto, Daeman se soltó la máscara de osmosis. Iba a vomitar.

No tienes tiempo para eso, gilipollas. Trató de respirar el aire de allí arriba, pero era demasiado escaso, demasiado frío, demasiado rancio. Apenas consciente, Daeman volvió a ponerse la máscara. *¿Por qué no he traído la linterna? Creía que Harman la necesitaría para atender a Hannah o dispararle a Calibán, pero ahora no puedo distinguir las puñeteras ventanas.*

Daeman se obligó a controlar la respiración y a calmarse. Antes de que la gravedad empezara a tirar de nuevo de él hacia aquel oscuro suelo situado mucho más abajo, se impulsó y se apartó de la pared, girando sobre su espalda como un nadador que buscara las estrellas.

Allí. Otros quince metros más arriba, en aquella pared. El cuadrado blanco en un panel opaco.

Daeman hizo una pirueta, sostuvo el tubo entre la barbilla y el pecho y uso ambos brazos y sus manos enguantadas en una poderosa brazada. Si no podía llegar a esa terraza cercana, perdería treinta metros o más de altura, y no creía

que le quedaran fuerzas para subir otra vez.

Llegó a la terraza, agarró el tubo con la mano izquierda y se impulsó con los pies en vertical, cronometrándolo tan a la perfección que se detuvo justo cuando llegaba al panel marcado de blanco. Jadeando, la visión oscurecida por el sudor, Daeman extendió el brazo derecho. Su mano y su antebrazo atravesaron la membrana como si fuera una gasa levemente pegajosa.

—Gracias a Dios —jadeó Daeman.

Calibán lo alcanzó entonces, surgido de los huecos en sombras de la parte inferior de la siguiente terraza, los largos brazos y las largas piernas abiertas, los dientes brillando a la luz de la Tierra.

—No —gruñó Daeman justo cuando el monstruo lo golpeaba, envolviendo brazos y piernas y largos dedos alrededor del hombre, los dientes buscando su yugular. El humano consiguió alzar el brazo derecho para protegerse la garganta (los dientes de Calibán rasgaron la carne y encontraron el hueso), mientras las dos formas, entrelazadas y debatiéndose, la sangre fluyendo en baja-g alrededor, caían juntos por el fino aire hasta la terraza siguiente, chocando contra cristal y plástico, contra madera y carne congelada posthumana mientras se hundían en la oscuridad.

Las llanuras de Ilión

Mahnmut puede que fuera el primero en advertir lo que estaba pasando en el cielo, el mar y la tierra alrededor de Ilión, pero fue porque lo esperaba. No sabía *qué* esperaba... pero desde luego no era lo que veía ahora.

¿Qué ves?, preguntó Orphu por tensorrayo.

Ah..., jadeó Mahnmut.

Una esfera giratoria de varios centenares de metros de diámetro había aparecido en el aire a varios cientos de metros sobre Ilión. Luego una segunda apareció justo encima del campo de batalla, centrada entre la ciudad y la Colina de Espinos. Mahnmut se volvió rápidamente y vio materializarse una tercera esfera sobre los campamentos aqueos, una cuarta apareció de pronto mar adentro, inmediatamente delante de las docenas de barcos aqueos en fuga. Una quinta apareció al norte de la ciudad. Una sexta al sur.

¿Qué ves?, exigió Orphu.

Uh..., dijo Mahnmut.

Todas las esferas, de colores deslumbrantes, se llenaron de pronto de cegadores diseños fractales, y todas se convirtieron en múltiples imágenes del Monte Olympus, visto desde diferentes distancias, visto desde ángulos distintos, y con perspectivas distintas, pero todas mostraban ahora el volcán marciano y el cielo azul marciano. Una de las esferas se posó en las llanuras de Ilión, de modo que el suelo marciano, en el círculo de cien metros de diámetro, se extendió suavemente por el suelo troyano. La enorme esfera del oeste se convirtió en un círculo en el cielo y luego se hundió hasta que el océano marciano quedó a ras del mar Mediterráneo. El agua manaba de un mundo a otro. Los barcos aqueos intentaron arriar sus velas, los hombres dejaron de remar, pero las naves de alta proa no pudieron parar a tiempo y atravesaron el círculo de burbujeadas turbulencias hacia el océano marciano, con el nevado Monte Olympus alzándose al fondo. No importaba en qué dirección mirara Mahnmut, veía el volcán marciano, incluso a través de las esferas que ahora se convertían en portales circulares en el cielo de Ilión.

¿Qué está pasando?, gritó Orphu por tensorrayo.

Ah..., repitió Mahnmut.

Docenas de negros objetos voladores atravesaron los portales circulares del cielo, el círculo que cortaba el mar detrás de Mahnmut, incluso el portal a nivel del suelo (más arco que círculo, ya que su base estaba bajo el suelo troyano), que se abría a menos de cien metros delante de Aquiles y Héctor y sus hombres. Los objetos voladores se abalanzaban en el cielo como avispa gigantesca y Mahnmut advirtió que eran negros, picudos, afilados, no mucho más grandes que Orphu, y que estaban impulsados por motores de pulsión visibles en sus vientres, costados y popas. Las máquinas tenían cabinas bulbosas y de cristal negro, y estaban festoneadas con antenas de comunicación y lo que parecían ser armas: misiles, ametralladoras, bombas, proyectores de rayos. Sí eran carros de nueva generación de los dioses, habían pasado a la alta tecnología industrial a toda prisa.

¡Mahnmut!, gritó Orphu.

Lo siento, dijo el pequeño moravec. Casi tartamudeando, se apresuró a describir el caos en los cielos, mares y campos de alrededor. Tuvo problemas para hacerlo en tiempo real.

¿Qué están haciendo Aquiles y Héctor y todos los otros griegos y troyanos?, preguntó Orphu. *¿Huyen?*

Algunos sí, dijo Mahnmut. *Pero la mayoría de los aqueos que me rodean y de los troyanos que hay cerca de tu colina corren hacia el portal-círculo más cercano.*

¿Corren hacia ellos?, repitió Orphu de Io. Mahnmut nunca había oído a su gigantesco amigo tan desconcertado.

Sí. Aquiles y Héctor empezaron: gritaron, ordenaron algo, alzaron sus lanzas y escudos y... bueno... se abalanzaron hacia allí. Supongo que vieron el Monte Olympus y supieron lo que era y entonces... atacaron.

¿Atacaron un volcán marciano?, repitió Orphu. Parecía cada vez más desconcertado.

Atacaron el Olimpo, el hogar de los dioses, dijo Mahnmut, bastante asombrado él también. *¡Oh, cielos!*

«¡Oh, cielos!» ¿Por qué oh, cielos?, exigió saber Orphu.

Esa cosa, ese portal círculo que tenemos detrás, tartamudeó Mahnmut. *Docenas de barcos griegos lo han atravesado...*

Sí, eso ya lo has dicho.

Pero se ven cientos de navíos más allá del portal.

¿Navíos griegos?, preguntó el ioniano.

No. La mayoría son barcos de los HV.

¿Los hombrecillos verdes?, Orphu hablaba como un pobre aparato de síntesis

de voz, pronunciando cada palabra como si nunca la hubiera oído antes.

Miles de HV. En cientos de barcos.

¿Faluchos?, dijo Orphu.

Faluchos, esas grandes barcazas que usaban para transportar las piedras para las cabezas, barcos de vela más grandes, barcos más pequeños... todos navegan hacia el Monte Olympus, mezclados ahora con los barcos griegos.

¿Por qué?, preguntó Orphu. ¿Por qué navegan los zeks hacia el Olimpo?

¡A mi no me preguntes!, gritó Mahnmut. Yo sólo trabajo aquí... oh-oh.

¿Oh-oh?

El cielo está lleno de surcos ahora, como meteoros en llamas que caen del espacio.

¿Reemprenden los dioses el bombardeo?, preguntó Orphu.

No lo sé.

¿En qué dirección?

¿Qué?, dijo Mahnmut. Si lo hubieran diseñado con boca, habría estado boquiabierto. El cielo era un entramado de tremendos surcos, los portales circulares mostraban ahora el Monte Olympus en una docena de lugares alrededor de Ilión y el cielo lleno de negras máquinas picudas que se entrecruzaban a altitudes cada vez más bajas. Miles más de aqueos y troyanos se habían abalanzado tras Aquiles y Héctor, mientras que docenas de miles de otros troyanos y sus aliados ocupaban posiciones defensivas en las murallas de Ilión y la llanura situada ante las Puertas Esceas. Los gongs resonaban. Los tambores redoblaban. El aire chisporroteaba de energía y los rugidos se repetían en eco. Los aqueos corrieron a sus puestos defensivos en el foso; el sol se reflejaba en sus armaduras pulidas. Un millar de arqueros troyanos en las almenas de Ilión tensaron sus arcos y apuntaron al cielo. Una docena más de negras naves zarpó en el campamento aqueo. Mahnmut no podía girar lo bastante rápido para abarcarlo todo.

¿En qué dirección van los meteoritos?, preguntó Orphu. ¿De oeste a este, de este a oeste, de norte a sur?

¿Qué demonios importa la dirección?, replicó Mahnmut. No, espera, lo siento. Vienen de todas partes del cielo. Se entrecruzan en el azul.

¿Alguno se dirige a Ilión?, preguntó Orphu.

No lo creo. No directamente. Espera, veo algo en el extremo de uno de esos círculos... Voy a hacer un zoom... santo cielo, es una...

¿Nave espacial?, dijo Orphu.

¡Sí!, jadeó Mahnmut. Alerones, casco, motor rugiendo... parece una nave de dibujo animado, Orphu. Flota sobre una columna de energía amarilla. Los otros meteoritos son también naves... algunas flotan... otras descienden. Oh, Oh, oh.

¿Otra vez oh-oh?

Por lo visto, la nave espacial está aterrizando, dijo Mahnmut. Igual que otras cuatro o cinco de las máquinas voladoras negras más pequeñas.

¿Sí?, dijo Orphu. El ioniano parecía tranquilo, quizás incluso divertido.

¡Están aterrizando en la colina, cerca de ti! ¡Los tienes casi encima, Orphu! ¡Espera, ya voy!

Mahnmut empezó a correr a cuatro patas a toda velocidad hacia la colina donde las toberas de la nave espacial amarilla levantaban polvo y piedrecillas a varios metros de altura. No distinguía a Orphu a través del polvo. Las diversas máquinas seguían, posándose junto al túmulo de la amazona. Las picudas máquinas voladoras extendían un complicado tren de aterrizaje en forma de trípode. Las armas de las naves parecidas a avispas giraron, concentrándose en Orphu, según vio Mahnmut antes de perderlo todo de vista en medio de la tormenta de polvo.

No voy a ir a ninguna parte, murmuró Orphu. Pero no te vayas a lastimar un servomecanismo con la prisa, viejo amigo. Creo que sé quiénes son estos tipos.

El Anillo Ecuatorial

Mientras rodaba en la oscuridad de la terraza con Calibán, a Daeman le pareció que el monstruo intentaba arrancarle el brazo. De hecho, eso era lo que intentaba hacer. Sólo las fibras metálicas de la termopiel y la respuesta automática del traje para cerrar todas las aberturas impedía que los dientes de Calibán rasgaran la carne del brazo de Daeman y luego le rompieran los huesos. Pero el traje no salvaría a Daeman mucho tiempo.

El hombre y la bestia-hombre chocaron contra mesas, rodaron entre cadáveres de posthumanos, rebotaron en una viga y volvieron a caer en la microgravedad de una pared de cristal. Calibán no soltaba su presa y agarraba a Daeman de manera férrea con sus dedos largos y prensiles y sus pies palmípedos. De repente la criatura relajó su mordedura, echó atrás la cabeza babosa y se lanzó de nuevo contra el cuello de Daeman. El hombre bloqueó otra vez el ataque con el brazo derecho, fue mordido otra vez hasta el hueso y gimió en voz alta cuando volvieron a rebotar en la barandilla de la terraza. A pesar del cierre automático del traje, la sangre chorreaba en esferas discretas, chocando con el traje de Daeman o la piel escamosa de Calibán.

Quedaron un segundo apoyados contra la barandilla de la terraza y Daeman miró los ojos amarillos de Calibán, a escasos centímetros de los suyos. Sabía que si su brazo mordido no lo bloqueaba, Calibán mordería a través de la máscara de osmosis y le desgarraría la cara en un segundo, pero lo que realmente le pasó por la cabeza en ese momento fue una frase sencilla y un hecho sorprendente: *No tengo miedo.*

No había ninguna fermería esperando su cadáver para arreglarlo en cuarenta y ocho horas o menos, ningún gusano azul esperando a Daeman: lo que sucediera a continuación sería para siempre.

No tengo miedo.

Daeman vio las orejas del animal, el hocico babeante, los hombros escamosos, y pensó de nuevo en lo físico y carnoso que era Calibán. Recordó de la gruta el obscuro color rosado del escroto y el pene desnudos de la bestia.

Cuando Calibán separó las mandíbulas para abalanzarse nuevamente, y aunque Daeman sabía que no podría bloquear el ataque a su yugular por tercera vez, el hombre avanzó la mano izquierda libre, encontró, los globos colgantes y apretó más fuerte de lo que había apretado jamás en su vida.

En vez de abalanzarse, el monstruo echó atrás la cabeza, rugió tan fuerte que el ruido resonó en el espacio casi sin aire y luego se debatió para liberarse. Daeman se agachó, bajó ambas manos (su brazo derecho sangraba, pero los dedos de esa mano todavía funcionaban), y apretó de nuevo, aguantando mientras Calibán lo arrastraba y se rebullía y pataleaba para zafarse. Daeman imaginó que aplastaba tomates con sus poderosas manos, manos humanas, imaginó que sacaba el zumo a las naranjas, a la pulpa carnosa, y aguantó (el mundo se había reducido a la voluntad de aguantar y apretar) y Calibán rugió de nuevo, agitó el largo brazo y golpeó a Daeman con tanta fuerza que lo hizo volar.

Pasaron varios segundos antes de que Daeman fuera lo bastante consciente para defenderse, o para saber siquiera dónde estaba. Pero la criatura no utilizó esos segundos: estaba demasiado ocupada agitándose y aullando y frotándose, con las rodillas escamosas levantadas mientras intentaba agacharse y encogerse en el aire. Justo cuando la visión de Daeman empezó a aclararse, vio que el monstruo volvía a la terraza, agarraba la barandilla y cruzaba de un salto los tres metros que lo separaban de Daeman. Los largos brazos y garras ya casi lo habían alcanzado.

Daeman tanteó a ciegas entre las sillas y mesas a su alrededor, encontró el tubo de hierro allí donde lo había dejado caer, lo alzó con las manos hasta la altura del hombro y descargó salvajemente el metal contra la cabeza de Calibán. El sonido fue absolutamente satisfactorio. La cabeza de Calibán se torció a un lado y sus brazos y su torso chocaron con Daeman, pero el hombre empujó a la bestia, sintiendo ahora que su brazo derecho se entumecía, y soltó el tubo, saltó hacia la barandilla de la terraza y luego se impulsó con los pies para ascender hacia la salida semipermeable, nueve metros más arriba. Demasiado lento.

Mas acostumbrado a la baja gravedad, impulsado ahora por un odio que estaba más allá de cualquier medida humana, Calibán empleó manos, pies, piernas e impulso para rebotar en la pared de la terraza, se asió a la barandilla con los dedos de los pies, se agachó, brincó y llegó antes que Daeman al panel que había sobre ellos.

Viendo que no podría ganar la carrera hasta el cristal, Daeman agarró una viga que sobresalía a cinco metros por debajo del panel y se detuvo. Calibán aterrizó en el saliente, los brazos extendidos, bloqueando el camino al cuadrado blanco. No había forma de que Daeman pudiera sortear o esquivar aquellos anchos brazos, aquellas afiladas garras. De repente sintió el dolor del brazo desgarrado y mordido golpear su mente y su torso como una descarga eléctrica, luego sintió el creciente aturdimiento como una advertencia de la debilidad y la

conmoción que pronto vendrían.

Calibán echó atrás la cabeza, rugió de nuevo, enseñó los dientes, y canturreó:

—*¡Lo que yo odio, Él consagra...! ¡Lo que yo como, Él celebra...! ¡No hay amigos para ti... más carne para mí!*

Calibán estaba dispuesto a saltar sobre Daeman en cuanto el humano se volviera para escapar.

Al ver las cicatrices en el pecho de Calibán, Daeman sonrió sombríamente. *Savi lo hirió con su disparo. No murió sin luchar.*

Yo tampoco lo haré.

En vez de volverse para huir, Daeman se colocó sobre la viga, se agachó, hizo acopio de toda la energía que le quedaba en las piernas, agachó la cabeza y se lanzó directamente contra el pecho de Calibán.

Tardó dos o tres segundos en cruzar el espacio que había entre ambos, pero durante un instante el monstruo pareció demasiado sorprendido para reaccionar. La comida no actuaba de manera tan impertinente, las presas no atacaban. Entonces la criatura advirtió que su cena iba hacia él con la termopiel que deseaba, y Calibán enseñó todos los dientes en una sonrisa que se convirtió en una mueca. La bestia envolvió al humano con brazos y piernas en una presa que no soltaría, Daeman lo sabía, hasta que estuviera muerto o medio devorado.

Atravesaron juntos la membrana, Daeman con la sensación de rasgar una cortina de gasa pegajosa, Calibán gritando en el fino aire un instante y en el frío silencio al siguiente. Juntos, salieron al espacio exterior, Daeman agarrando a Calibán tan ferozmente como el monstruo lo agarraba a él, la mano izquierda del humano apretada contra la quijada del monstruo, intentando mantener a aquellos dientes lejos durante los ocho o diez segundos que necesitaba.

El traje de termopiel reaccionó inmediatamente al vacío, tensándose sobre la carne de Daeman, constriñéndose hasta que actuó como un traje de presión, sellando incluso las aberturas moleculares que pudieran dejar escapar sangre, aire o calor al espacio. La máscara de osmosis infló el visor transparente y puso al máximo el movimiento y la purificación de la respiración del hombre. Los túbulos refrescantes de la termopiel permitieron que el sudor natural de Daeman fluyera rápidamente a través de canales, para enfriar la parte de su cuerpo expuesta al sol mientras el calor corporal era transferido a la parte de su cuerpo expuesta a menos doscientos grados a la sombra. Todo esto sucedió en una fracción de segundo y Daeman ni siquiera lo advirtió. Estaba demasiado ocupado empujando hacia arriba el hocico y la mandíbula de Calibán, manteniendo aquellos dientes lejos de su garganta y su hombro.

Calibán era demasiado fuerte. Sacudió la cabeza, la liberó de la presión cada vez más débil de Daeman, y luego abrió la boca para aullar antes de desgarrar la garganta del hombre.

El aire brotó del pecho y la boca de Calibán como agua de una cantimplora

pinchada. La saliva se congeló mientras salía al espacio. Calibán se cubrió las orejas con sus manos de largos dedos, pero no a tiempo: globos de sangre se desparramaron por el espacio cuando los oídos de la criatura estallaron. La sangre empezó a hervir en el vacío y, apenas un segundo más tarde, la sangre en las venas de Calibán empezó a hervir también.

Los ojos de Calibán empezaron a hincharse y más sangre brotó de sus lagrimales. Su hocico se movió arriba y abajo mientras su boca gesticulaba como la de un pez, silbando silenciosamente en el vacío, jadeando en busca de aire, pero sin que el aire acudiera. La superficie de los ojos hinchados de Calibán empezó a congelarse y a nublarse.

Daeman casi se había liberado, giró hacia la terraza exterior y casi cayó flotando hacia el espacio, pero logró agarrarse a la barandilla de metal, y luego se aupó mano sobre mano hacia el lugar donde estaba atracado el familiar sonie. No quería correr. No quería darle la espalda a Calibán. Quería quedarse y matar al monstruo con sus manos enguantadas.

Pero una de aquellas manos no funcionaba ahora: su brazo derecho dejó de funcionar y ahora colgaba inútil mientras se impulsaba con los pies los últimos tres metros hasta el vehículo. *Harman. Hannah.*

Un humano estaría ya muerto, sin protección en el espacio (aunque sabía muy poco de todo, Daeman supo instintivamente eso), pero Calibán no era humano. Escupiendo sangre y aire congelado como un horrible cometa que consumiera su propia superficie al acercarse al Sol, Calibán giraba, se agitaba, encontró asidero en la parrilla de metal de la terraza y se impulsó para atravesar la pared semipermeable, de vuelta al aire y calor relativo.

Daeman estaba demasiado ocupado para mirar. Tras colocarse boca abajo sobre los cojines del conductor, usó la mano izquierda para colocarse la red de cinturones de seguridad, y luego volvió la mirada hacia el estante de metal donde debería encontrarse el panel de control virtual. Estaba desconectado.

¿Cómo lo activo? ¿Qué hago si puedo hacerlo? ¿Cómo lo puso en marcha Savi?

La mente de Daeman estaba en blanco. Su visión se redujo cuando unos puntos negros bailaron ante sus ojos. Estaba hiperventilando y a punto de desmayarse mientras trabajaba frenéticamente para recordar la imagen de Savi pilotando el sonie, activando los controles. No podía recordarlo.

Cálmate. Tranquilo. Tranquilo. Era su voz, pero no era la suya: una voz mayor, firme, divertida. *Tómalo con calma.*

Lo hizo, obligando primero a su respiración a volver a un ritmo humano, luego deseando que los latidos de su corazón se calmaran, después concentrando su visión y su mente.

¿No usó Savi alguna orden de voz? Eso no habría funcionado en el espacio. No había aire, ni sonido: eso les había dicho Savi. O tal vez había sido Harman.

Daeman estaba aprendiendo de todo el mundo hoy en día. *Entonces, ¿cómo?* Se obligó a relajarse un paso más, y luego cerró los ojos y trató de recordar la imagen de Savi llevándolos a todos desde el iceberg en aquel primer vuelo.

Pasó una mano bajo este panel, cerca del asidero, para activar las cosas.

Daeman movió la mano izquierda. Un panel de control visual cobró existencia. Capaz sólo de usar la mano izquierda, cerrando los ojos cuando tenía que recordar con mayor claridad, Daeman movió los dedos a través de las secuencias de control del panel virtual multicolor. El campo de fuerza se activó. Un segundo más tarde, un ruido sobresaltó a Daeman y lo obligó a alzar la cabeza, pero sólo era el aire que entraba en el espacio asegurado, como había ordenado con los dedos. Con el aire, llegó una voz:

—¿Modo manual o piloto automático?

Daeman se subió un poco su máscara de osmosis, casi lloró al respirar el primer aire dulce que saboreaba en un mes, y dijo:

—Manual.

La palanca de control encajo en su sitio, rodeada por un aura virtual. La barra pareció sólida en la mano izquierda de Daeman.

Olvidando las ataduras hasta que vio las bandas elásticas liberarse y volar al espacio, Daeman alzó el sonie tres metros sobre la terraza metálica, giró la palanca, dio energía a los impulsores traseros, se desvió, se enderezó rápidamente antes de chocar con el metal en vez de atravesar la ventana y golpeó el cuadrado semipermeable a cincuenta o sesenta kilómetros por hora.

Calibán estaba esperando en el saliente interior. El monstruo saltó hacia la cabeza de Daeman y su trayectoria fue perfecta, pero el campo de fuerza estaba activado. Calibán rebotó y giró en el vacío del centro de la torre.

Daeman describió un amplio giro, acostumbrándose a conducir, giró la barra de control para añadir más potencia. El sonie iba a noventa o cien kilómetros por hora cuando Calibán alzó la cabeza. Los ojos llorosos de la bestia se abrieron de par en par y la proa del sonie se clavó en el torso del monstruo, haciéndolo volar por el espacio abierto y chocar contra las vigas y cristales del otro lado de la torre.

A Daeman le habría encantado quedarse a jugar (el *ansia* de hacerlo era más fuerte que el desgarrador dolor de su brazo derecho), pero sus amigos estaban muriendo allá abajo. Hizo girar al sonie y se zambulló directamente hacia el suelo de la ciudad, a más de cincuenta pisos por debajo.

Casi no frenó a tiempo (el sonie rozó la hierba, atravesó las algas e hizo volar hojas muertas), pero entonces Daeman consiguió estabilizar el vuelo y redujo un poco la velocidad. Su agónico viaje de veinte minutos desde la fermería le llevó ahora tres minutos en el vuelo de vuelta.

La pared de entrada no era lo bastante ancha para el sonie. Daeman hizo retroceder la máquina flotante, le dio más impulso, e hizo que la entrada

semipermeable fuera permanentemente permeable a partir de ahora. Fragmentos de cristal y metal y plástico siguieron al sonie mientras Daeman lo pilotaba entre los tanques de curación oscuros y vacíos. Dio un respingo cuando captó en algunos de aquellos tanques los cadáveres blancos de aquellos humanos que no habían salvado a tiempo. Entonces detuvo el sonie, desconectó el campo de fuerza y saltó hacia los dos cuerpos que había en el suelo.

Harman le había dejado a Hannah la termopiel azul, quedándose solo con la máscara de osmosis para los minutos finales. El cuerpo desnudo del hombre parecía demacrado y pálido a la luz de los faros del sonie. Hannah tenía la boca abierta, como en un último y vano esfuerzo por insuflar más aire a sus pulmones. Daeman no perdió tiempo en comprobar si estaban vivos. Usando sólo su brazo izquierdo, los recogió a ambos y los tendió en los dos camastros situados a ambos lados del suyo propio. Se detuvo sólo para salir otra vez, arrojar la mochila de Savi al camastro trasero y lanzar la pistola al reposabrazos del suyo antes de volver a su sitio y activar el campo de fuerza.

—Oxígeno puro —le dijo al sonie cuando empezaba a entrar aire. El aire limpio y frío se volvió más denso, tan puro que Daeman sintió que se mareaba. Tanteó el panel de control virtual, disparando varias alarmas antes de encontrar la calefacción. De la consola y varios respiraderos brotó aire cálido.

Harman empezó a toser primero, y luego Hannah, unos cuantos segundos más tarde. Sus ojos aletearon, se abrieron, finalmente se enfocaron.

—¿Dónde... dónde...? —jadeó Harman.

—Tranquilo —dijo Daeman, dirigiendo lentamente el sonie hacia la salida de la fermería—. Tómate tu tiempo.

—Tiempo... el tiempo... —jadeó el otro hombre—. El acelerador... lineal.

—Oh, mierda —dijo Daeman. Se había olvidado de la estructura que caía hacia ellos, pues no había mirado ni una vez al espacio para verla venir.

Daeman puso el sonie a toda marcha, atravesó el agujero donde antes estaba la membrana y aceleró hacia la salida de la torre.

No había ni rastro de Calibán en la torre. Daeman trazó una amplia curva, atravesó el panel de salida de la torre como si fuera el ojo de una aguja y salió al espacio desde la terraza exterior.

—Oh Dios mío —susurro Harman.

Hannah gritó: el primer sonido que emitía desde que la habían sacado del tanque de curación.

El acelerador lineal de cuatro kilómetros de longitud estaba tan cerca que el anillo de recolección del agujero de gusano de su proa llenaba dos tercios del cielo sobre ellos, ocultando el sol y las estrellas. Los impulsores ardían en los huecos de su absurda longitud, haciendo correcciones de curso finales antes del

impacto. Daeman no sabía los nombres de todo en ese momento, pero pudo distinguir cada detalle del brillante entramado, los pulidos anillos ahora surcados por incontables golpes de meteoritos, las filas de tubos refrigerantes, la larga línea de retorno de color cobre a lo largo del núcleo del acelerador principal, las distantes pilas de inyectoras, y la esfera de color tierra y mar que no paraba de girar, cubriendo las últimas estrellas de arriba, y la sombra que proyectaba sobre la ciudad de cristal de debajo.

—Daeman... —empezó a decir Harman.

Daeman ya había actuado, girando el anillo de impulsión a toda marcha y sorteando la torre, la ciudad, el asteroide, para lanzarse hacia la gran curva azul de la Tierra mientras el acelerador lineal cubría los últimos cientos de metros bajo ellos.

Las torres de la ciudad quedaron un instante sobre ellos mientras el sonie trazaba una pirueta. Justo un segundo después la enorme masa golpeó la ciudad y el asteroide, la esfera del agujero de gusano chocó contra las torres y la ciudad un segundo o dos antes que la estructura de metal exótico mismo. El agujero de gusano se colapso silenciosamente sobre sí mismo y el acelerador pareció plegarse limpiamente en la nada, pero luego la fuerza del impacto quedó clara cuando los tres humanos se volvieron en sus puestos y giraron el cuello para ver qué ocurría detrás.

No hubo ningún sonido. Eso fue lo que más sorprendió a Daeman, el completo silencio del momento. No hubo ninguna vibración. Ninguna de las habituales pistas terrestres de que estaba teniendo lugar un gran cataclismo.

Pero estaba teniendo lugar.

La ciudad de cristal explotó en millones y millones de fragmentos, cristal brillante y gas ardiente expandiéndose en todas direcciones. Grandes bolas hinchadas de llamas cubrieron un kilómetro, dos kilómetros, diez kilómetros, como intentando alcanzar al sonie que se zambullía, pero entonces los enormes fuegos parecieron plegarse hacia dentro (como una imagen de video reproducida al revés) mientras las llamas consumían los restos de oxígeno.

La ciudad situada en el lado opuesto del impacto fue expelida de la superficie del mundo pétreo. Sus pedazos se dispersaron en un millar de trayectorias discretas mientras el cristal y el acero y los pulsantes materiales exóticos volaban. La mayor parte de los pedazos vivieron su propia orgía de destrucción, recalcados en todas partes por más explosiones silenciosas y bolas de fuego que se autoconsumían.

Un segundo después del primer impacto, todo el asteroide se estremeció, enviando al espacio ondas concéntricas de polvo y gas tras los escombros de la ciudad. Luego el asteroide se rompió.

—¡Rápido! —dijo Harman.

Daeman no sabía lo que estaba haciendo. Lanzó la nave hacia la Tierra a toda

velocidad, apenas por delante de las llamas y escombros y olas de gases congelados, pero ahora varias alarmas rojas y verdes y amarillas parpadeaban en la consola de control virtual. Peor que eso, había sonido fuera del sonie por fin: un ominoso siseo y un crujido que creció en segundos hasta convertirse en un rugido aterrador. Peor aún, un brillo anaranjado alrededor de los bordes del sonie se estaba convirtiendo rápidamente en una esfera de llamas y plasma azul eléctrico.

—¿Que pasa? —gritó Hannah—. ¿Dónde estamos?

Daeman la ignoró. No sabía qué hacer con la impulsión y el control de altitud. El rugido aumentó de volumen y la capa de llamas se espesó a su alrededor.

—¿Hemos sido alcanzados? —gritó Harman.

Daeman negó con la cabeza. No lo creía. Pensaba que tal vez tuviera algo que ver con volver a la atmósfera de la Tierra a tanta velocidad. Una vez, en casa de un amigo en Cráter París, cuando Daeman tenía seis o siete años, a pesar de las advertencias de su madre para que no lo hiciera, se deslizó por un largo pasamanos hacia el suelo, a toda velocidad, y resbaló apoyándose en las manos y rodillas desnudas hasta llegar a la gruesa alfombra del amigo de su madre. Se quemó y nunca lo volvió a hacer. Esta fricción le parecía algo parecido.

Decidió no contarle a Harman y Hannah su teoría. Incluso a él mismo le parecía un poco tonta.

—¡Haz algo! —gritó Harman por encima del rugido y los crujidos que los rodeaban. Los pelos y las barbas de ambos hombres estaban erizadas en el centro de aquella locura eléctrica. Hannah (calva, su hermoso pelo desaparecido) miraba alrededor como si se hubiera despertado en un manicomio.

Antes de que el ruido apagara todo lo demás, Daeman gritó a los controles virtuales:

—¡Piloto automático!

—¿Conectando piloto automático? —La voz neutral del sonie era casi inaudible por el rugido de la entrada. Daeman notó el calor a través del campo de fuerza y supo que eso no podía ser bueno.

—¡Conecta el piloto automático! —gritó Daeman con toda la fuerza de sus pulmones.

El campo de fuerza cayó sobre los tres humanos, aplastándolos con fuerza contra sus camastros, mientras el sonie daba una voltereta y los motores de popa ardían con tanta intensidad que Daeman pensó que los dientes iban a salirsele por el otro lado de la cabeza. El brazo le dolía terriblemente con la presión de la deceleración.

—¿Reentrada según rumbo de vuelo preprogramado? —preguntó tranquilamente el sonie, hablando como el sabio idiota que era.

—Sí —gritó Daeman. Le dolía el cuello por la terrible presión y estaba seguro de que su espalda iba a romperse.

—¿Eso es un afirmativo? —preguntó el sonie.

—¡Afirmativo! —chilló Daeman.

Más impulsores se dispararon, y el sonie pareció rebotar como una piedra en la superficie de un estanque, quedó envuelto dos veces más en el fuego de la reentrada y luego, de algún modo, se enderezó.

Daeman alzó la cabeza.

Estaban volando, tan alto que el borde de la Tierra todavía se curvaba ante ellos, tan alto que las montañas bajo ellos eran visibles solamente por la textura de nieve blanca contra los colores marrones y verdes, pero volaban a fin de cuentas. Había aire ahí fuera.

Daeman vitoreó, abrazó a Hannah y volvió a vitorear, alzando el puño hacia el cielo en gesto de triunfo.

Se quedó inmóvil con el puño y los ojos levantados.

—Oh, mierda.

—¿Qué? —dijo Harman, todavía desnudo a excepción de la máscara de osmosis que ahora colgaba alrededor de su cuello. Entonces el otro hombre alzó la cabeza, siguiendo la mirada de Daeman.

—Oh, mierda.

La primera de un millar de bolas de fuego (escombros de la ciudad o el acelerador lineal o el asteroide roto) rugía junto a ellos a menos de un kilómetro de distancia. Dejó una estela vertical de fuego y plasma de quince kilómetros de largo y casi volcó el sonie con la violencia de su paso. Más meteoritos rugían tras ellos en el cielo ardiente.

Las llanuras de Ilión

Mahnmut llegó a la Colina de Espinos justo cuando nueve altas figuras negras salían de la nave espacial que había aterrizado entre las naves-avispa, y las nueve bajaron la rampa en medio de la tormenta de polvo creada por su aterrizaje. Las figuras eran humanoides con algo de insecto, cada una de unos dos metros de altura, cubiertas de brillantes y quitinosas armaduras de duraplast y un casco que reflejaba el mundo que las rodeaba como ónice pulido. Sus brazos y piernas recordaron a Mahnmut las imágenes que había visto de las extremidades de los escarabajos: terriblemente curvos, engarabados, con espinas y negros agujijones. Cada figura llevaba un arma compleja y de múltiples cañones que parecía pesar al menos quince kilogramos. La figura que dirigía a las demás se detuvo en medio del remolino de polvo y señaló directamente a Mahnmut.

—Tú, pequeño moravec, ¿es esto Marte? —La voz amplificada habló en el inglés básico interlunar y llegó a través de sonido y tensorsrayo.

—No —dijo Mahnmut.

—¿No? Se supone que es Marte.

—No lo es —dijo Mahnmut, enviando toda la conversación a Orphu—. Es la Tierra. Creo.

La alta forma militar sacudió la cabeza como si ésa fuera una respuesta inaceptable.

—¿Qué clase de moravec eres tú? ¿De Calisto?

Mahnmut se alzó al máximo sobre sus dos pies.

—Soy Mahnmut de Europa, antaño del sumergible de exploración *La Dama Oscura*. Éste es Orphu de Io.

—¿Eso es un moravec de durovac?

—Sí.

—¿Qué ha pasado con sus ojos, sensores, manipuladores y patas? ¿Quién ha abollado así su caparazón?

—Orphu es veterano de guerra —dijo Mahnmut.

—Tenemos que presentarnos a un ganimediano llamado Koros III —dijo la

forma acorazada—. Llévanos a él.

—Fue destruido —dijo Mahnmut—. En cumplimiento de su deber.

La alta figura negra vaciló. Miró a los otros ocho guerreros de ónice y Mahnmut tuvo la impresión de que conferenciaban vía tensorrayo. El primer soldado se volvió de nuevo.

—Llévanos entonces al calistano Ri Po —ordenó.

—Destruído también —dijo Mahnmut—. Y antes de que sigamos adelante, ¿quiénes sois?

Son rocavecs, envió Orphu por su canal privado de tensorrayo.

—¿No sois rocavecs? —preguntó el ioniano por la longitud de onda común del tensorrayo. Había pasado tanto tiempo desde que Orphu no se comunicaba con nadie más que con Mahnmut, que el moravec más pequeño se sorprendió al oír su voz en la banda común.

—Preferimos el nombre de moravecs del Cinturón —dijo el líder, volviéndose hacia el caparazón de Orphu—. Deberíamos evacuarle a un centro de reparación de combate, antiguo. —Hizo una señal a algunos de los otros moravecs de combate y éstos empezaron a acercarse al ioniano.

—Alto —ordenó Orphu, y su voz tuvo la autoridad suficiente para detener a las altas formas—. Yo decidiré cuándo abandono el campo. Y no me llares antiguo o me comeré tus menudillos. Koros III estaba al mando de esta misión. Está muerto. Ri Po era el segundo al mando. Está muerto. Eso nos deja a Mahnmut de Europa y a mí, Orphu de Io, al mando. ¿Cuál es tu rango, rocavec?

—Centurión líder Mep Ahoo, señor.

¿*Mep Ahoo?*, pensó Mahnmut.

—Yo soy comandante —replicó Orphu—. ¿Está clara la cadena de mando aquí, soldado?

—Sí, señor —dijo el rocavec.

—Infórmanos de por qué estáis aquí y por qué creéis que esto es Marte —dijo Orphu con el mismo tono de mando absoluto. Mahnmut pensó que la voz de su amigo por tensorrayo estaba pasando a subsónico, tan grave era el tono—. *Inmediatamente*, centurión líder Ahoo.

El rocavec hizo lo que le decía, y se explicó tan rápidamente como pudo mientras más aparatos-avispa zumbaban en las alturas y cientos de guerreros troyanos salían de la ciudad y lentamente avanzaban colina arriba hacia el grupo de desembarco, los escudos alzados, las lanzas prestas. En el mismo instante, cientos más de aqueos y troyanos atravesaban el portal circular, a unos centenares de metros al sur, todos ellos corrían hacia las laderas heladas del Olimpo visibles a través de la rendija abierta en el cielo y el suelo.

El centurión líder Mep Ahoo fue sucinto. Confirmó la anterior valoración que Orphu le había hecho a Mahnmut (su discusión cuando pasaban por el Cinturón de Asteroides camino de Marte), de que sesenta años-t atrás el ganimediano

Koros III había sido enviado al Cinturón por Asteague/Che y el Consorcio de las Cinco Lunas. Pero la misión de Koros había sido diplomática, no de espionaje. Tras pasar más de cinco años en el Cinturón, saltando de roca en roca y perdiendo en el proceso la mayor parte de su equipo de apoyo moravec jupiterino, Koros había negociado con los beligerantes líderes de los clanes rocavecs, compartiendo la preocupación de los científicos moravecs jupiterinos por la rápida terraformación de Marte y los primeros signos de actividad de túneles cuánticos que se acababan de detectar allí. Los rocavecs querían saber quién estaba haciendo esos peligrosos túneles TC: ¿posthumanos de la Tierra? Koros III y los moravecs del cinturón acordaron llamarlos EMD: Entidades Marcianas Desconocidas.

Los rocavecs ya estaban preocupados, aunque más por la visible (e imposible) y rápida terraformación de Marte que por la actividad cuántica, que su tecnología no detectaba con facilidad. Atrevidos y beligerantes por naturaleza, los moravecs del Cinturón ya habían enviado seis flotas de naves espaciales al relativamente cercano Marte. Ninguna de sus naves había regresado ni sobrevivido a la traslación a la órbita marciana. Algo en el Planeta Rojo, o en lo que había sido el Planeta Rojo hasta hacía poco (los rocavecs no tenían ni idea de qué) destruía sus flotas antes de que llegaran.

Con diplomacia, astucia, valor y algún que otro combate singular, Koros III se había ganado la confianza de los líderes de los clanes rocavecs. El ganimediano les explicó el plan del Consorcio de las Cinco Lunas: primero, los rocavecs diseñarían y biofabricarían guerreros-vecs específicos a lo largo de los siguientes cincuenta años, usando su ADN rocavec ya establecido como base reproductora. Los rocavecs serían también responsables de diseñar y construir vehículos avanzados para el combate en el espacio y la atmósfera. Mientras tanto, los científicos e ingenieros moravecs de las Cinco Lunas, más avanzados, desviarían la tecnología punta de su programa interestelar para la construcción de un perforador de túneles cuánticos y un estabilizador de agujeros de gusano propio.

Segundo, cuando fuera el momento y la actividad cuántica de Marte llegara a niveles alarmantes, el propio Koros lideraría un pequeño contingente de moravecs del espacio de Júpiter, con el objetivo de llegar sin ser detectados al Planeta Rojo.

Tercero, una vez en Marte, Koros III colocaría el perforador de túneles cuánticos en el vértice de la actual actividad TC, estabilizando no sólo esos túneles cuánticos ya usados por las EMD, sino abriendo nuevos túneles al Cinturón de Asteroides, donde otros aparatos perforadores diseñados en las Cinco Lunas estarían esperando su señal para activarse.

Cuarto, finalmente, los rocavecs enviarían a través de estos túneles cuánticos sus flotas y sus guerreros a Marte, donde se enfrentarían, identificarían,

someterían, dominarían e interrogarían a las Entidades Marcianas Desconocidas.

—Parece sencillo —dijo Mahnmut—. Enfrentarse, identificar, someter, dominar e interrogar. Pero, en realidad, vuestro grupo ni siquiera ha llegado al planeta adecuado.

—Navegar por los túneles cuánticos fue más complicado de lo que se esperaba —dijo el centurión líder Mep Ahoo—. Nuestro grupo conectó obviamente uno de los túneles de las EMD ya existentes y pasó de largo Marte, llegando... aquí.

La quitinosa figura de ónice miró alrededor. Sus soldados alzaron sus pesadas armas cuando un centenar de troyanos se acercó a la cima de la colina.

—No les disparéis —dijo Mahnmut—. Son nuestros aliados.

—¿Aliados? —dijo el soldado rocavec, su brillante visor vuelto hacia la muralla de lanzas y escudos. Pero al final asintió, tensorrayó a sus soldados y éstos bajaron las complejas armas.

Los troyanos no bajaron las suyas.

Afortunadamente, Mahnmut reconoció al comandante troyano de las largas presentaciones de capitanes que había visto antes. En griego, Mahnmut le dijo:

—Périmo, hijo de Megas, no ataques. Estos hombres negros son nuestros amigos y aliados.

Las lanzas y escudos permanecieron alzados. Los arqueros de la segunda fila bajaron sus arcos pero no retiraron sus flechas, dispuestos a apuntar y disparar en cuanto lo ordenaran. Los rocavecs podían sentirse a salvo de aquellas flechas empapadas en veneno, pero Mahnmut no quería probar la fuerza de su propia coraza de esa manera.

—«Amigos y aliados» —se burló Périmo. El pulido casco de bronce del hombre, la guarda de la nariz, la cobertura de las mejillas, los redondos huecos para los ojos y el largo borde en la nuca sólo mostraban la furiosa mirada de Périmo, sus labios estrechos y su fuerte barbilla—. ¿Cómo pueden ser «amigos y aliados», pequeña máquina, cuando no son ni siquiera hombres? Y ya puestos, ¿cómo puedes serlo *tú*?

Mahnmut no tenía una buena respuesta para eso.

—Me viste con Héctor esta mañana, hijo de Megas —dijo.

—Te vi también con Aquiles, el ejecutor de hombres —respondió el troyano. Los arqueros habían vuelto a alzar sus arcos y había al menos treinta flechas apuntando a Mahnmut y los rocavecs.

¿Cómo me gano la confianza de este tipo?, tensorrayó Mahnmut a Orphu.

Périmo, hijo de Megas, murmuró el ioniano. Si hubiéramos dejado las cosas tal como decía la Iliada, Périmo habría muerto dentro de dos días a manos de Patroclo, junto con Autónoo, Equeclo, Adastro, Elaso, Mulio y Pilartes en una salvaje refriega.

Bueno, envió Mahnmut, no tenemos dos días, la mayoría de los troyanos que

has mencionado (*Autónoo, Multo y los demás*) están aquí ahora mismo con los escudos alzados y las lanzas prestas, y no creo que Patroclo vaya a ayudarnos a salir de aquí a menos que venga nadando desde Indiana. ¿Alguna idea de lo que podemos hacer ahora?

Diles que los rocavecs son ayudantes, forjados por Hefesto y convocados por Aquiles para ayudarnos a ganar la guerra contra los dioses.

Ayudantes, dijo Mahnmut, repitiendo la palabra en griego. No conocía esta forma particular del nombre, no significa «criado» ni «esclavo» y...

Tú suéltalo, gruñó Orphu, antes de que Périmo te atraviere el hígado con una lanza.

Mahnmut no tenía hígado, pero captó la sugerencia de Orphu.

—Périmo, noble hijo de Megas —dijo Mahnmut—, estas formas oscuras son ayudantes, forjados por Hefesto pero traídos aquí por Aquiles para ayudarnos a ganar la guerra contra los dioses.

Périmo vaciló.

—¿Tú también eres un ayudante? —preguntó.

Di que sí, envió Orphu.

—Sí.

Périmo ladró a sus hombres y los arcos bajaron y las flechas fueron retiradas.

Según Homero, envió Orphu, los "ayudantes" eran una especie de androides creados en la fragua de Hefesto con partes humanas, y los dioses y algunos mortales los usaban como si fueran robots.

¿Me estás diciendo que en la Iliada hay androides y moravecs?, preguntó Mahnmut.

La Iliada tiene de todo, dijo Orphu.

—Centurión líder Aho —le ordenó Orphu al jefe de los rocavecs—, ¿habéis traído proyectores de campos de fuerza en esa nave?

El alto rocavec de ónice se puso firmes.

—Sí, comandante.

—Envía un escuadrón a la ciudad. A esa ciudad, Ilión. Y emplaza un campo de fuerza total para protegerla —ordenó Orphu—. Emplaza otro para proteger el campamento a queo que ves en la costa.

—¿Un campo de fuerza total, señor? —preguntó el centurión. Mahnmut sabía que eso probablemente requeriría toda la potencia del reactor de fusión de la nave.

—A toda potencia —dijo Orphu—. Que pueda repeler ataques con lanzas, láser, máser, balísticos, cruceros, nucleares, termonucleares, neutrones, plasma, antimateria y flechas. Son nuestros aliados, centurión líder.

—Sí, señor.

La figura de ónice se dio media vuelta y envió un mensaje por tensorrayo. Una docena de soldados descendieron por la rampa cargando con enormes proyectores. Los oscuros soldados corrieron a paso de marcha, dejando solo al centurión líder Ahoo junto a Mahnmut y Orphu. Los aparatos-avispa despegaron y trazaron círculos en el aire, las armas todavía girando.

Périmo se acercó más. La cresta del casco pulido pero abollado del hombre apenas llegaba al pecho cincelado del centurión líder Ahoo. Périmo alzó el puño y golpeó con los nudillos la coraza de duraplast del rocavec.

—Interesante armadura —dijo el troyano. Se volvió hacia Mahnmut—. Pequeño ayudante, vamos a unirnos a Héctor en la lucha. ¿Quieres venir con nosotros?

Señaló al amplio círculo que marcaba el cielo y el suelo al sur. Más unidades troyanas y aneas marchaban a través del portal cuántico, sin correr, sino marchando en orden, los carros y los cascos brillando, los estandartes ondeando, las puntas de las lanzas reflejando la luz del sol de la Tierra por un lado, la luz marciana por el otro.

—Sí —dijo Mahnmut—. Quiero ir con vosotros.

¿Te quedarás aquí, antiguo?, le dijo a Orphu por tensorrayo.

Tengo al centurión líder Mep Ahoo para protegerme, envió el ioniano.

Mahnmut marchó junto a Périmo colina abajo (los arbustos de espinos estaban ahora casi aplastados después de nueve años de ir y venir en la batalla), guiando al pequeño contingente de troyanos para reunirse con Héctor. Al pie de la colina se detuvieron cuando una extraña figura avanzó trastabillando hacia ellos: un hombre desnudo y sin barba, con el pelo revuelto y los ojos levemente enloquecidos. Caminaba con torpeza, abriéndose camino entre las piedras, los pies descalzos y ensangrentados. Sólo llevaba un medallón.

—¿Hockenberry? —dijo Mahnmut en inglés. Dudaba de sus propios circuitos de reconocimiento visual.

—Presente —sonrió el escólico—. ¿Cómo estás, Mahnmut? Buenas tardes, Périmo, hijo de Megas —añadió en griego—. Soy Hockenberry, hijo de Duane, amigo de Héctor y Aquiles. Nos conocimos esta mañana, ¿recuerdas?

Mahnmut nunca había visto antes un ser humano desnudo, y esperó que pasara mucho, mucho tiempo hasta que tuviera que ver a otro.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó—. ¿Y tus ropas?

—Es una larga historia —respondió Hockenberry—, pero apuesto que podría resumirla y terminarla antes de que atravesemos ese agujero en el cielo. —Se volvió hacia Périmo—. Hijo de Megas, ¿existe la posibilidad de que alguien de tu grupo me preste un poco de ropa?

Périmo obviamente reconoció a Hockenberry ahora y recordó cómo Aquiles y Héctor se habían dirigido a él antes en su interrumpida conferencia de capitanes en la Colina de Espinos. Se volvió y ordenó a sus hombres.

—¡Ropa para este señor! ¡La mejor capa, las sandalias más nuevas, la mejor armadura, las grebas mejor pulidas y la ropa interior más limpia!

Autónoo dio un paso al frente.

—No tenemos ropa ni sandalias ni armaduras de más, noble Périmo.

—*¡Desnúdate y entrégale las tuyas inmediatamente!* —gritó el comandante troyano—. Pero mata primero los piojos. Es una orden.

Ardis

El cielo continuó cayendo toda la tarde, hasta la noche.

Ada había salido corriendo a los jardines de Ardis Hall para contemplar los surcos marcar el cielo, mientras los estallidos sónicos se cruzaban y entrecruzaban en las colinas boscosas y el valle fluvial, y se quedó allí con los invitados y discípulos que gritaban y volcaban las mesas y corrían por el camino de arena hacia el distante fax-pabellón en su ansioso pánico por escapar.

Odiseo se reunió con ella y los dos permanecieron allí, una isla de dos personas inmóviles en un mar de caos.

—¿Qué es esto? —susurró Ada—. ¿Qué está ocurriendo?

Nunca había menos de una docena de terribles surcos en el cielo, y a veces el cielo de la tarde quedaba oculto por los meteoritos.

—No estoy seguro —dijo el bárbaro.

—¿Tiene algo que ver con Savi, Harman y Daeman?

El hombre de la barba y la túnica la miró.

—Tal vez.

La mayor parte de los surcos cruzaban el cielo y desaparecían, pero uno de ellos, más grande que los otros y audible, chirriando como un millar de uñas contra un cristal, se abrió paso hasta el horizonte oriental y se estrelló, levantando una columna de llamas. Un minuto después un terrible sonido los alcanzó, mucho más fuerte y grave que el roce de uñas de los meteoritos que había hecho que Ada rechinara los dientes. Luego se alzó un violento viento que arrancó las hojas del antiguo roble y volcó la mayoría de las tiendas que habían levantado en el prado justo al final del camino.

Ada se agarró al poderoso brazo de Odiseo y se aferró a él hasta que sus dedos le hicieron sangre sin que ella se diera cuenta ni Odiseo dijera nada.

—¿Quieres ir al interior? —preguntó él por fin.

—No.

Observaron la exhibición aérea durante otra hora. La mayoría de los invitados habían huido, corriendo camino abajo cuando no pudieron encontrar

ningún droshky ni carruaje ni voynix disponible, pero unos setenta discípulos se habían quedado con Ada y Odiseo. Varios objetos más golpearon la Tierra, el último más violento que el primero: todas las ventanas de la cara norte de Ardis Hall se rompieron, y llovieron fragmentos a la luz de la noche.

—Me alegro de que Hannah esté a salvo en la granja —dijo Ada.

Odiseo la miró y no dijo nada.

Fue el hombre llamado Petyr quien se acercó al anochecer para decirles que los servidores habían caído.

—¿Qué quieres decir? ¿Se han caído cómo? —preguntó Ada.

—Caído —repitió Petyr—. Al suelo. No funcionan. Están rotos.

—Tonterías —dijo Ada—. Los servidores no se rompen.

A pesar de que la lluvia de meteoritos brillaba más con la puesta de sol, le dio la espalda al espectáculo y guio a Odiseo y Petyr de vuelta a Ardis Hall, pisando con cuidado entre los cristales rotos y los trozos de escayola.

Había dos servidores en el suelo de la cocina, uno más en el dormitorio del piso de arriba. Sus comunicadores permanecían silenciosos, sus manipuladores flácidos, las pequeñas manos enguantadas de blanco colgaban. Ninguno respondió a los golpes, órdenes y patadas. Los tres humanos volvieron a salir y descubrieron dos servidores más, caídos en el patio.

—¿Has visto caer alguna vez a un servidor? —preguntó Odiseo.

—Nunca —respondió Ada.

Más discípulos se congregaron.

—¿Es el fin del mundo? —preguntó la joven llamada Peaen. No quedó claro a quién se dirigía.

Finalmente Odiseo habló, haciéndose oír por encima del rugido del cielo.

—Depende de lo que esté cayendo. —Señaló con su poderoso y grueso dedo a los anillos e y p, apenas visibles tras la pirotecnia de la tormenta de meteoritos—. Si es alguno de los grandes aceleradores y aparatos cuánticos que hay allí arriba, deberíamos sobrevivir a todo esto. Si es uno de los cuatro asteroides principales donde solían vivir los posts... bueno, podría ser el fin del mundo... al menos tal como lo conocemos.

—¿Qué es un asteroide? —preguntó Petyr, siempre el discípulo curioso.

Odiseo negó con la cabeza, evitando la respuesta.

—¿Cuándo lo sabremos? —preguntó Ada.

El hombre de la barba suspiró.

—Dentro de unas cuantas horas. Casi con toda seguridad mañana por la noche.

—Nunca pensé que el mundo podría terminarse —dijo Ada—. Pero desde luego nunca imaginé que moriría por el fuego.

—No —dijo Odiseo—, si termina, terminará por el hielo.

El círculo de hombres y mujeres lo miró.

—Invierno nuclear —murmuró el griego—. Si uno de esos asteroides, o incluso un trozo grande de alguno de ellos, golpea el océano o la tierra, lanzará suficiente basura a la atmósfera para que la temperatura caiga veinte o treinta grados en unas cuantas horas. Tal vez más. Los cielos se nublarán. La tormenta empezará como lluvia y luego se convertirá en nieve durante meses, tal vez siglos. Este invernadero tropical al que os habéis acostumbrado durante el último milenio y medio se convertirá en pasto de glaciares.

Un meteoro más pequeño rasgó el cielo al norte, golpeando los bosques en aquella dirección. El aire olía a humo y Ada veía llamas lejanas en todas direcciones. Se tomó un segundo para pensar en lo desconocido que era todo ese mundo para ella. ¿Qué había al norte de Ardis Hall, en los bosques de por allí? Nunca había caminado más que unos pocos kilómetros más allá de Ardis o de cualquier otro fax-nódulo, y siempre con una escolta de voynix como protección.

—¿Dónde están los voynix? —preguntó de pronto.

Nadie lo sabía. Ada y Odiseo rodearon Ardis Hall, comprobaron los campos exteriores y el camino y el prado donde los voynix solían estar esperando o vigilando el perímetro. No había ninguno. Nadie del grupito recordaba haber visto a ninguno incluso antes de que empezara la lluvia de meteoritos.

—Finalmente los espantaste de una vez por todas —le dijo Ada a Odiseo, intentando hacer un chiste.

Él negó con la cabeza.

—Esto no es bueno.

—Creía que no te gustaban los voynix. Cortaste por la mitad a uno de los míos el primer día que llegaste.

—Están tramando algo —dijo Odiseo—. Puede que por fin haya llegado su momento.

—¿Qué?

—Nada, Ada *Uhr*.

Le tomó la mano y le dio una palmadita. *Como un padre*, pensó Ada y, estúpida, sorprendentemente, empezó a llorar. No dejaba de pensar en Harman y en lo confusa y furiosa que estaba cuando él le dijo que quería ayudarla a escogerlo como padre para su hijo, y cómo quería que el niño supiera que él era el padre. Lo que entonces parecía una idea absurda, casi obscena, ahora parecía tan, tan sensata... Ada agarró con fuerza la mano de Odiseo y lloró.

—¡Mirad! —exclamó la muchacha llamada Peaen.

Un meteorito menos brillante descendía directamente hacia Ardis, pero con un ángulo más inclinado que los demás. Dejaba también un rastro ardiente contra el cielo oscuro (el sol se había puesto media hora antes), pero aquel rastro parecía más de llamas que de plasma caliente.

El brillante objeto trazó un círculo y pareció caer del cielo, chocando con un audible impacto en algún lugar, tras los árboles del prado superior.

—Ése ha caído cerca —dijo Ada. Tenía el corazón desbocado.

—No era un meteorito —dijo Odiseo—. Quedaos aquí. Voy a subir a comprobarlo.

—Voy contigo —dijo Ada. Cuando el hombre de la barba abrió la boca para discutir, ella simplemente añadió—: Es mi tierra.

Subieron juntos la colina en medio del crepúsculo, el cielo sobre ellos todavía encendido con llamas silenciosas.

Las llamas y el humo eran visibles más allá del borde del prado, tras los árboles, pero Ada y Odiseo no tuvieron que ir a buscar en la oscuridad. Ada los vio primero: dos hombres barbudos y flacos que caminaban hacia ellos. Uno de los hombres iba desnudo, la piel brillando pálida a la tenue luz del crepúsculo, las costillas visibles a quince metros de distancia, y parecía llevar a una criatura calva vestida de azul en brazos. El otro hombre, barbudo y esquelético, iba vestido con lo que Ada reconoció inmediatamente como una termopiel verde, pero el traje estaba tan desgarrado y sucio que apenas distinguió el color del tejido. El brazo derecho de este hombre colgaba inútilmente a su costado, la palma hacia delante, y su muñeca y su mano desnudas estaban oscuras de sangre. Ambos hombres caminaban tambaleándose, a trompicones, esforzándose por mantenerse erguidos y seguir moviéndose.

Odiseo desvainó a medias la espada.

—¡No! —exclamó Ada, obligando a Odiseo a bajar el arma y la mano—. ¡No, es Harman! ¡Y Daeman!

Corrió hacia ellos a través de la alta hierba.

Harman empezó a desplomarse cuando ella se acercaba y Odiseo corrió los últimos veinte pasos, recogiendo la carga de Hannah mientras el hombre caía. Daeman también cayó de rodillas.

—Es Hannah —dijo Odiseo, depositando a la joven semiinconsciente en la hierba y colocándole los dedos en la garganta para buscarle el pulso.

—¿Hannah? —repitió Ada. Aquella mujer no tenía pelo ni pestañas, pero los ojos bajo los aleteantes párpados eran los de Hannah.

—Hola, Ada —dijo la chica desde el suelo.

Ada se arrodilló junto a Harman para ayudarlo a ponerse de espaldas. El rostro de su amante estaba arañado y cortado bajo la barba, sus mejillas y su frente cubiertas de sangre reseca. Tenía los ojos hundidos, la piel de un blanco enfermizo, y los pómulos demasiado afilados por encima de la barba. Harman tiritaba de fiebre y sus ojos la miraron, ardientes. Sus dientes castañetearon cuando habló.

—Me encuentro bien, Ada. Dios, me alegro de verte.

Daeman estaba peor. Ada no podía creer que aquellos dos hombres

magullados, ensangrentados y enflaquecidos fueran los mismos que se habían marchado tan intrépidamente un mes antes. Sujetó a Daeman por debajo de un brazo para evitar que cayera de boca al suelo. Daeman se tambaleó y cayó de rodillas.

—¿Dónde está Savi? —preguntó Odiseo.

Harman negó tristemente con la cabeza. Parecía demasiado cansado para volver a hablar.

—Calibán —dijo Daeman. A Ada su voz le pareció veinte años más vieja.

Lo peor de la tormenta de meteoritos había pasado, los impactos audibles y lo más terrible de la lluvia se habían trasladado al este. Unas pocas docenas de surcos menores cruzaban el cenit de oeste a este casi con amabilidad, más parecidos a la lluvia de estrellas de cada agosto que a la violenta exhibición de un rato antes.

—Llévemoles de vuelta a la casa —dijo Odiseo. Se levantó, recogió con facilidad a Hannah con ambos brazos, y le ofreció a Daeman el hombro derecho para que se apoyara al levantarse. Ada ayudó a Harman a ponerse de rodillas, y luego en pie, rodeándole el hombro con el brazo derecho y ayudándole a descargar en el todo el peso posible mientras bajaban por el prado oscuro hacia las luces de Ardis Hall, donde los discípulos de Odiseo y los amigos de Ada habían encendido velas.

—Ese brazo tiene mal aspecto —le dijo Odiseo a Daeman mientras los cuatro descendían con la muchacha inconsciente—. Cortaré la termopiel y le echaré un vistazo cuando llegemos a la luz.

Ada usó la mano libre para tocar suavemente el brazo ensangrentado de Daeman, y el hombre gimió y casi se desmayó. Sólo el fuerte hombro de Odiseo y la mano derecha que Ada pasó rápidamente a su espalda mantuvieron a Daeman en pie. Los párpados del joven aletearon unos segundos, pero luego enfocó la mirada, le sonrió, y siguió caminando.

—Son heridas graves —dijo Ada, sintiéndose a punto de llorar por segunda vez esa noche—. Los dos deberíais faxear a la fermería.

No comprendió por qué los dos hombres empezaron a reír, vacilante y dolorosamente al principio, más tosiendo que riendo durante un rato, pero luego los ladridos se convirtieron en pura risa, aumentando de volumen y sinceridad hasta que los dos hombres magullados y barbudos parecieron casi irritablemente borrachos con los estertores de su diversión privada.

Olimpo

Monte Olympus, el volcán más alto de Marte, se alza más de veinticinco mil metros sobre las llanuras que lo rodean y el nuevo océano que hay en su base. Dicha base tiene más de seis mil kilómetros de diámetro. Con su cima verde elevándose a más de veinticinco kilómetros de altura, Monte Olympus casi triplica la altura del monte Everest en la Tierra. Las laderas de la montaña, blancas de nieve y hielo durante el día, brillan en rojo sangre esta noche por el sol poniente marciano.

Los afilados acantilados de la base noroeste del monte se elevan en vertical cinco mil metros. En esta noche marciana, la larga sombra del volcán alcanza casi la línea de los tres volcanes de Tharsis en el brumoso horizonte.

El ascensor de cristal de alta velocidad que solía recorrer su camino por esta cara del Olimpo ha sido cortado en dos no muy lejos de la cima de los acantilados, tan limpiamente como por una guillotina. Un poderoso campo de fuerza de siete capas generado por el propio Zeus (la *égida*) cubre todo el macizo del Monte Olympus de cualquier ataque y titila ahora a la luz roja de la tarde.

Justo más allá de los acantilados, cerca de la base donde el Olimpo se acerca al océano terraformado siglo y medio antes, un millar o más de dioses han venido a congregarse para la guerra. Un centenar de carros dorados, cada uno impulsado por fuerzas invisibles pero tirado visiblemente por poderosos sementales, vuelan por los aires cubriendo cientos de metros sobre la masa de dioses y armaduras doradas reunida en las altiplanicies y playas estriadas de abajo.

Zeus y Hera están al frente de este ejército inmortal, cada figura de seis metros de altura, marido y mujer, ambos resplandecientes con sus armaduras y escudos y armas forjadas por Hefesto y otros dioses hábiles; incluso los altos cascos de Zeus y Hera están forjados de oro puro, entrelazados con microcircuitos, y reforzados con aleaciones avanzadas. Atenea y Apolo faltan temporalmente de la primera línea de esta falange divina, pero los otros dioses y diosas están aquí:

Afrodita está aquí, hermosa incluso con sus arreos de guerra. Su casco está repujado de piedras preciosas; su arco diminuto está hecho para disparar flechas de cristal con puntas huecas rellenas de gas venenoso.

Ares está aquí, sonriendo bajo el ceño de su casco de cresta roja, feliz por la expectación ante el baño de sangre sin precedentes que se avecina. Lleva el arco plateado de Apolo y un carcaj lleno de flechas trazadoras de calor. Matará o destruirá cualquier objetivo al que dispare.

Poseidón está aquí, el sacudidor de la Tierra, enorme y sombríamente poderoso, vestido para la guerra por primera vez en milenios. Diez hombres, incluido Aquiles, no podrían alzar la enorme hacha que Poseidón empuña en su mano izquierda.

Hades está aquí, más oscuro en semblante, humor y armadura que el propio Poseidón, sus ojos rojos brillando desde las profundas cuencas de su casco de batalla. Perséfone se encuentra junto a su señor, armada de lapislázuli, un tridente de titanio sujeto con firmeza entre sus dedos largos y pálidos.

Hermes está aquí, delgado y mortífero, enfundado en su armadura de insecto rojo, dispuesto a teleportarse cuánticamente a la batalla, matar y volver antes de que ningún ojo mortal pueda registrar su llegada, mucho menos la matanza que dejará atrás.

Tetis está aquí, sus ojos divinos enrojecidos de tanto llorar, pero diligentemente vestida con una armadura de guerra, dispuesta a matar a su propio hijo, Aquiles, cuando Zeus así lo quiera.

Tritón está aquí, vestido osadamente con capas de armadura verde y negra: es el olvidado Sátiro de los mundos antiguos, el terror de las doncellas y el violador de niños y niñas, el dios que encontraba placer arrojando los cuerpos de los niños a las profundidades cuando había saciado su placer con ellos.

Artemisa está aquí, la diosa de la caza armada de oro, su arco de guerra en la mano, dispuesta y ansiosa por derramar litros y litros de sangre humana como primer paso para vengar las heridas sufridas por su amado hermano, Apolo.

Hefesto está aquí, armado con llamas y dispuesto a llevar la antorcha al enemigo mortal.

Todos los dioses excepto los convalecientes Apolo y Atenea están aquí ahora, una hilera tras otra de figuras gigantescas, blindadas, silenciosas, a la sombra de los acantilados. Sobre ellos, más dioses y diosas vuelan en sus carros voladores. Por encima de todo, la *égida*, arma ofensiva y defensiva, titila y acumula energía.

En tierra de nadie, más allá de los dioses, justo donde el brillo de la *égida* se clava en el suelo y la piedra y continúa hacia abajo, curvándose en una esfera que se extiende un tercio hasta el centro de Marte, están los cuerpos de los dos

cerbéridos. Dos perros de dos cabezas de más de seis metros de largo con dientes de acero cromado y espectómetros de masa cromatográfica gaseosa en los morros, los cerbéridos yacen muertos donde Aquiles y Héctor los mataron al llegar al Olimpo hace sólo unas horas.

Treinta metros más allá de los cerbéridos están los restos quemados de los antiguos barracones escólicos. Tras los barracones están los ejércitos de la humanidad, ciento veinte mil hombres esta tarde.

Las fuerzas de Héctor se extienden en hileras en la parte de tierra, cuarenta mil de los más valientes luchadores de Ilión. Paris ha recibido la orden de quedarse en Ilión, encargado por su hermano mayor de la pesada responsabilidad de proteger sus hogares y los seres queridos que están en la antigua ciudad, cubierta ahora por el campo de fuerza de los moravecs, pero más seguramente protegida, Héctor está seguro, por las lanzas de punta de bronce y el valor humano. Pero los otros capitanes y sus contingentes están aquí.

Cerca de Héctor se encuentra el hombre de confianza del supremo comandante troyano, Deífobo, a cargo de diez mil lanceros escogidos. Cerca está Eneas, forjando aquí su nuevo destino, ya no favorecido por los Hados. Tras el contingente de luchadores de Eneas está el noble Glauco a la cabeza de sus filas de carros y a los once mil salvajes licios dispuestos para el combate.

Ascanio de Ascania, comandante de los frigios, está aquí, completamente ataviado de bronce y cuero y ansioso de gloria. Sus cuatro mil doscientos ascanios están deseosos de derramar icor inmortal, si no hay sangre mortal disponible.

Tras los combatientes troyanos, demasiado viejos y demasiado valiosos para liderar a los hombres al combate pero vestidos con armadura de batalla este día y dispuestos a morir si ésa es la voluntad del universo, están reunidos los reyes y consejeros de Ilión: primero el mismísimo rey Príamo con la legendaria armadura forjada con el metal de un antiguo meteorito; luego el viejo Antenor, padre de numerosos héroes troyanos, muchos de los cuales ya han caído en la batalla.

Cerca de Antenor se encuentran los honorables hermanos de Príamo, Lampo y Clitio, y el barbudo y canoso Hicetaón (que hasta este día ha honrado a Ares, el dios de la guerra, por encima de todo), y tras Hicetaón los más respetados ancianos troyanos, Pántoo y Timetes. Junto a estos ancianos hoy, los ojos siempre fijos en su marido, vestida de rojo como si fuera un estandarte vivo de sangre y pérdida, está la hermosa Andrómaca, la esposa de Héctor, madre del asesinado Escamandrio, el bebé conocido por los cariñosos residentes de Ilión como Astianacte, «señor de la ciudad».

En el centro de este frente de batalla de cinco kilómetros de largo, comandando a más de ochenta mil aqueos expertos en la lucha, se alza el dorado Aquiles, hijo de Peleo, ejecutor de hombres. Se dice que es, a excepción de una

debilidad secreta, invulnerable. Esta tarde, vestido con la armadura de batalla al completo y arrebolado con la energía suprahumana de su cólera casi inhumana, parece inmortal. El puesto a la derecha de Aquiles ha sido dejado vacío en honor a la memoria de su querido amigo y camarada, Patroclo, de quien se dice que ha sido salvajemente asesinado por Palas Atenea menos de veinticuatro horas antes.

Detrás y a la derecha de Aquiles se sitúa un trío sorprendente: Agamenón, Menelao y Odiseo. Los dos hijos de Atreo están todavía magullados tras su combate singular con Aquiles, y Menelao tiene el brazo izquierdo demasiado herido para sostener el escudo, pero los dos caudillos depuestos han considerado necesario estar con sus capitanes y hombres en este día. Odiseo, al parecer perdido en sus pensamientos, contempla las líneas de batalla humanas e inmortales y se rasca la barba.

Repartidos por el resto de las filas aqueas, en carro o a pie, siempre a la cabeza de sus hombres, están los héroes griegos supervivientes tras nueve años de amarga guerra; Diomedes, todavía vestido con su piel de león y con una maza más grande que la de la mayoría de los hombres; Ajax el Grande, el Goliat de los aqueos, que se alza sobre toda su fila de guerreros, y Ajax el Pequeño, que lidera a sus soldados de Lócrice. A un tiro de piedra de estos héroes se encuentra el gran lancero, Idomeneo, a la cabeza de sus legendarios guerreros de Creta, y cerca, alto en su carro, Meriones, ansioso por entrar en combate junto al hermanastro de Ajax el Grande, el maestro arquero Teucro.

En el flanco derecho aqueo, más cerca del océano, una hilera tras otra de hombres armados vuelven sus cascos encrestados para mirar a su caudillo y el más viejo de los capitanes aqueos presente este día, el sabio Néstor, domador de caballos. Néstor se ha colocado por delante de todos los demás en el flanco derecho, con una capa roja y bien visible en su carro de cuatro caballos, así será el primero en este flanco en caer o el primero en abrirse paso a través de la línea de batalla de los inmortales. En los carros cercanos, obviamente ansiosos por entrar en combate con su padre, están los hijos de Néstor: Antíloco, el buen amigo de Aquiles, y su hermano, más alto y más guapo, Trasimedes.

Un centenar más de capitanes están aquí este día, cada uno llevando su orgulloso nombre y el orgulloso nombre de su padre, liderando juntos a miles de hombres más, cada uno de esos hombres defendiendo nobles nombres e historias complejas, cada uno llevando los orgullosos nombres de sus padres a la batalla por la gloria y la vida, o para llevárselos consigo a la Casa de la Muerte, este día.

A la derecha de los aqueos, desplegados por la orilla sin ningún orden concreto, silenciosos y verdes, hay varios miles de *zeks*, los hombrecillos verdes que han salido de sus barcazas y faluchos y esbeltos barcos de vela del Océano de Tetis y el Mar Interior del Valle Marineris y están presentes este día por razones conocidas sólo por ellos mismos, y quizá por su avatar Próspero y el dios simpár llamado Setebos. Esperan mudos a lo largo de la orilla, y ni los griegos ni

los troyanos ni los dioses inmortales se les han enfrentado todavía.

Un kilómetro mar adentro, tras los *zeks*, las velas capturan el rosado atardecer marciano y los remos reflejan el brillo dorado del mar: hay más de un centenar de barcos aqueos. Ahora las velas están sueltas, los remos en alto, y los escudos y las lanzas cubren los costados de los navíos. Crestas amarillas, rojas, púrpura y azules, y los brillantes remates de los cascos son todo lo que puede verse de los más de tres mil combatientes aqueos de esos barcos. En el espacio que hay entre los barcos, negros alerones con punta sobresalen de los mares dorados. Visibles sólo por sus periscopios y la parte superior de sus negras velas metálicas, tres submarinos de misiles balísticos de los moravecs del Cinturón surcan el mar marciano.

A lo largo de tres kilómetros tras los troyanos y aqueos, en tierra, está la infantería de los moravecs del Cinturón: veintisiete mil soldados-escarabajo acorazados de negro, con armas pesadas y ligeras. Las baterías de artillería energética y balística rocavecs se despliegan hasta quince kilómetros tras las líneas del frente, sus proyectores y tubos apuntando al Olimpo y los inmortales congregados. Por encima de todas las líneas humanas y moravecs revolotean y corren ciento dieciséis aparatos voladores, algunos en modo invisible, otros todavía tan osadamente negros como cuando fueron avistados por primera vez. En la órbita, según han informado los moravecs del Cinturón, hay sesenta y cinco naves de combate rodeando Marte en órbitas que van desde apenas un pelo por encima de la atmósfera marciana a varios millones de kilómetros más allá de Fobos y Deimos. El comandante militar moravec sobre el terreno ha informado al moravec europeo Mahnmut, quien ha traducido a Aquiles y Héctor, que todo tipo de bombas, misiles, campos de fuerza y armas de energía de esas naves están cargados y preparados. El informe no significa nada para los héroes y no le han hecho caso.

En la misma zona llana, cerca de Aquiles, a la derecha de Odiseo y los Atridas pero apartados, están Mahnmut, Orphu y Hockenberry. Mahnmut ha echado antes un vistazo a los ejércitos congregados y, con la ayuda del comandante troyano Périmo, inmediatamente ha dirigido un carro con el que traer a Orphu a través del túnel cuántico, arrastrando al ioniano flotante detrás como si fuera, en palabras del propio Orphu, « una grúa de tráfico con un cepo » . Mahnmut no sabía qué era eso exactamente (sus bancos de datos sobre la Edad Perdida no eran tan obsesivamente completos como los de Orphu) pero se ha prometido averiguarlo algún día. Si sobrevive.

El escolico Thomas Hockenberry, licenciado en clásicas, va vestido con la capa, la armadura y la ropa de un capitán troyano, y aunque parece entusiasmado al contemplar todo eso, por lo visto también tiene ciertos problemas para estarse quieto. Mientras los miles de guerreros que siguen al noble Aquiles esperan casi inmóviles que los últimos componentes de cada ejército, humanos e

inmortales, se reúnan, Hockenberry no para de pasar el peso de un pie a otro.

—¿Algún problema? —susurra Mahnmut en inglés.

—Creo que hay algo moviéndose dentro de mis calzones —responde Hockenberry con un susurro también.

Los ejércitos están congregados. El silencio es asombroso: no hay ruido alguno en ningún bando. Se oye sólo el lento susurro de las lejanas olas en la playa, el ocasional relincho de un animal sujeto a un carro de batalla, el suave sonido de la brisa marciana entre los acantilados del Olimpo, el siseo en el aire de los carros voladores y el agudo zumbido de los cazas-avispa, el ocasional choque inadvertido y suave de bronce sobre bronce cuando algún soldado cambia de postura, y el poderoso y omnipresente sonido negativo de decenas de miles de hombres ansiosos que intentan acordarse de respirar con normalidad.

Zeus da un paso al frente, atravesando la *égida* como un gigante que pasa a través de una cascada.

Aquiles se acerca a la tierra de nadie para enfrentarse al Padre de los Dioses.

—¿TIENES ALGO QUE DECIR ANTES DE QUE TÚ Y TU ESPECIE MURÁIS? —dice Zeus en tono tranquilo pero tan amplificado que llega hasta el último rincón del campo, incluso hasta los hombres de las naves griegas en el mar.

Aquiles se detiene, mira por encima del hombro a las masas de hombres que tiene detrás, se vuelve, mira más allá de Zeus hacia el Olimpo y las masas de dioses que tiene delante, y luego dobla el cuello para mirar al altísimo Zeus.

—Rendíos ahora —dice Aquiles—, y respetaremos las vidas de vuestras diosas para que puedan ser nuestras esclavas y cortesanas.

Ardis Hall

Daeman durmió durante dos días y dos noches, despertando solo cuando Ada le daba de comer caldo y Odiseo lo bañaba. Despertó de nuevo brevemente la tarde en que Odiseo lo afeitó, pasando una cuchilla recta por su barba correosa, pero Daeman estaba demasiado cansado para hablar o escuchar a nadie. Tampoco prestó atención a los ruidos en el cielo cuando los meteoritos regresaron la noche siguiente y luego a la otra. No despertó cuando un trozo pequeño de algo que viajaba a varios miles de kilómetros por hora golpeó el prado situado tras la casa, exactamente en el lugar donde Odiseo había enseñado durante semanas. El impacto abrió un cráter de cinco metros de diámetro y casi tres de profundidad y rompió todas las ventanas que quedaban en Ardis Hall.

Daeman despertó a media mañana del tercer día. Ada estaba sentada al borde de la cama (resultó que era su propia cama) y Odiseo se apoyaba en el marco de la puerta, cruzado de brazos.

—Bienvenido, Daeman *Uhr* —dijo Ada en voz baja.

—Gracias, Ada *Uhr* —respondió Daeman. Su voz era ronca y le pareció que tenía que usar una cantidad inusitada de energía sólo para croar unas pocas palabras—. ¿Y Harman? ¿Y Hannah?

—Están mejor los dos —dijo Ada, Daeman nunca se había fijado en lo perfectamente verdes que eran los ojos de la joven—. Harman se ha levantado de la cama y está abajo comiendo, y Hannah está aprendiendo a caminar de nuevo. Ahora mismo está en el jardín delantero, tomando el sol.

Daeman asintió y cerró los ojos. Sintió la abrumadora necesidad de mantenerlos cerrados y volver a dormir y a soñar. Dolía menos así y en aquel momento el brazo derecho le dolía y le ardía terriblemente. De repente abrió los ojos y apartó las sábanas de ese brazo, con la terrible certeza de que le habían amputado el miembro mientras dormía y que lo único que sentía era el dolor fantasma de un brazo fantasma.

El brazo estaba rojo, hinchado, cubierto de cicatrices, la herida de la terrible mordedura de Calibán cosida con un grueso hilo, pero el brazo seguía allí.

Daeman intentó moverlo, agitar los dedos. El dolor lo hizo jadear, pero los dedos se habían movido, el brazo se había levantado un poco. Lo dejó caer sobre la sábana y se quedó boquiabierto durante un rato.

—¿Quién lo ha hecho? —preguntó un momento más tarde—. Los puntos. ¿Los servidores?

Odiseo se acercó a la cama.

—Lo hice yo —dijo el fornido bárbaro.

—Los servidores ya no funcionan —dijo Ada—. En ninguna parte. Los fax-nódulos todavía siguen operativos, y nos llega esa noticia de todas partes; los servidores no funcionan, los voynix se han ido.

Daeman frunció el ceño, tratando de comprender lo que eso significaba, pero incapaz de hacerlo. Harman entró en la habitación, usando un bastón para caminar. Daeman vio que el hombre conservaba la barba, aunque parecía que se la había recortado. Se sentó en una silla junto a la cama y agarró el brazo izquierdo de Daeman. Daeman cerró los ojos un instante y luego devolvió el fuerte apretón. Cuando abrió los ojos, los tenía llorosos. La fatiga, pensó.

—La tormenta de meteoritos está pasando, es un poco menos violenta cada noche —dijo Harman—. Pero ha habido bajas. Muertos. Más de un centenar de personas murieron en Ulanbat solamente...

—¿Muertos? —repitió Daeman. La palabra no había tenido ningún significado desde hacía mucho, mucho tiempo.

—Habéis tenido que aprender a enterrar de nuevo —dijo Odiseo—. Se acabó el faxear a una feliz eternidad como posthumanos inmortales en los anillos e y p. La gente está quemando a sus muertos y tratando de atender a los heridos.

—¿Y Cráter París? —consiguió decir Daeman—. ¿Mi madre?

—Está bien —respondió Ada—. La ciudad no fue alcanzada. Tenemos corredores que vienen cada día con noticias. Envié una carta, Daeman: tiene miedo de faxear hasta que las cosas no se tranquilicen. Le pasa a mucha gente. Sin los servidores y los voynix y con la energía desconectada en todas partes, la mayoría de la gente no quiere viajar a menos que sea absolutamente necesario.

Daeman asintió.

—¿Por qué está desconectada la energía pero los fax-nódulos siguen funcionando? ¿Dónde están los voynix? ¿Qué está ocurriendo?

—No lo sabemos —dijo Harman—. Pero la lluvia de meteoritos no ha provocado... ¿cómo lo llamó Próspero? Un evento de extinción de Especies. Podemos alegrarnos de eso.

—Sí —dijo Daeman, pero en lo que estaba pensando era: *¿Así que Próspero y Calibán y la muerte de Savi fueron reales, no fue todo un sueño?* Movié el brazo derecho y el dolor respondió a su pregunta.

Hannah entró, vestida con una sencilla bata blanca. Parecía que ya había una leve pelusilla en su cuero cabelludo. Su cara parecía más humana y viva en todos

los aspectos. Se acercó al lado de la cama de Daeman, cuidando de no tocarle el brazo, y se inclinó y lo besó firmemente en los labios.

—Gracias, Daeman, gracias —dijo cuando el beso terminó. Le tendió un diminuto nomeolvides que había arrancado del jardín y él lo aceptó torpemente con la mano izquierda.

—No hay de que —respondió Daeman—. Me ha gustado ese beso.

Era verdad. Era como si él, Daeman, el mujeriego más ansioso del mundo, nunca hubiera recibido un beso antes.

—Esto es interesante —dijo Hannah, mostrando un paño turín que tenía en la otra mano—. Lo encontré junto a la mesa del viejo roble, pero ya no funciona. Lo intenté con otros dos. Nada. Ni siquiera los turín funcionan ahora.

—O tal vez el drama de la batalla entre griegos y troyanos se ha terminado —dijo Harman, llevándose a la frente los circuitos bordados en el paño y apartándolo luego—. Tal vez la historia del turín se ha acabado.

Odiseo contemplaba por la ventana el cielo azul y el césped verde, pero ahora se volvió hacia la pequeña reunión.

—No lo creo —dijo—. Sospecho que la guerra de verdad acaba de empezar.

—¿Sabes algo sobre el drama turín? —preguntó Hannah—. Creía que habías dicho que nunca te habías puesto debajo del paño.

Odiseo se encogió de hombros.

—Savi y yo distribuimos los paños turín hace casi diez años. Traje el prototipo de... muy lejos.

—¿Por qué? —preguntó Daeman.

Odiseo abrió la mano.

—La guerra se acercaba. Los seres humanos de la Tierra tenían que aprender algo sobre la guerra, su terror y su belleza. Y tenían que aprender algo sobre la gente del relato: Aquiles, Héctor, los otros. Incluso yo.

—¿Por qué? —preguntó Hannah.

—No somos parte de ella —dijo Ada.

Odiseo se cruzó de brazos.

—Lo seréis. No estáis todavía en el primer frente de batalla, pero se acerca. Tomaréis parte en este conflicto lo queráis o no.

—¿Cómo podemos tomar parte? —preguntó Ada—. No sabemos combatir. Ni siquiera queremos aprender a hacerlo.

—Unos sesenta de los jóvenes de ambos sexos que se han quedado sabrán algo de lucha dentro de unas semanas —dijo Odiseo—. Será cosa suya que quieran luchar o no cuando llegue el momento. Como siempre. —Señaló a Harman—. Lo creas o no, vuestro sonie puede repararse. He estado trabajando en él y puedo tenerlo en el aire dentro de una semana o diez días.

—No quiero ver ninguna lucha —dijo Ada—. No quiero estar en ninguna guerra.

—No —dijo Odiseo—. Tienes razón en no querer.

Ada bajó el rostro como para combatir las lágrimas. Cuando apoyó la mano cerrada en la cama. Daeman acercó los dedos a los suyos, y le tendió el nomeolvides de Hannah. Luego volvió a quedarse dormido.

Despertó en la oscuridad y la luz de la Luna y había una forma sentada junto a la cama. ¡Calibán! Daeman alzó instintivamente el brazo derecho, cerrando el puño, y el dolor llenó sus párpados de luces.

—Tranquilo —dijo Harman, inclinándose hacia él para enderezarle el brazo vendado—. Tranquilo, Daeman.

Daeman jadeaba, intentando no vomitar de dolor.

—Creía que eras...

—Lo sé —dijo Harman.

Daeman se sentó en la cama.

—¿Crees que está muerto?

El hombre de las sombras negó con la cabeza.

—No lo sé. He estado preguntándome... pensando. En los dos.

—¿En los dos? —dijo Daeman—. ¿Te refieres también a Savi?

—No... quiero decir, sí, pienso mucho en ella... pero estaba pensando en Próspero. En el holograma de Próspero que dijo que sólo era un eco de una sombra o lo que fuera.

—¿Qué pasa con eso?

—Creo que *era* realmente Próspero —susurró Harman. Se acercó más—. Creo que, de algún modo, estaba prisionero en la ciudad asteroidal de los posthumanos... lo que el holo de Próspero llamaba « mi isla », igual que también estaba prisionero Calibán.

—¿Quién los aprisionó?

Harman se echó atrás y suspiró.

—No lo sé. Últimamente no sé nada de nada.

Daeman asintió.

—Nos llevó mucho tiempo aprender lo suficiente para darnos cuenta de que ninguno de nosotros sabe nada, ¿verdad, Harman?

El otro hombre se echó a reír. Pero cuando volvió a hablar entre susurros, su tono era serio.

—Me temo que los hemos liberado.

—¿Liberado? —susurró Daeman. Un segundo antes estaba hambriento, pero ahora sintió como si su barriga se llenara de agua helada—. A Calibán y Próspero.

—Sí.

—O tal vez los matamos —dijo Daeman con dureza.

—Sí. —Harman se levantó y dio una palmada en el hombro del joven—. Voy a marcharme para dejarte dormir un poco. Gracias, Daeman.

—¿Por qué?

—Gracias —repitió Harman. Salió de la habitación.

Daeman se recostó contra las almohadas, exhausto, pero no pudo conciliar el sueño. Escuchó los sonidos de la noche que llegaban a través de la ventana abierta (grillos, aves nocturnas a las que no podía poner nombre, ranas croando en el pequeño estanque, tras la casa, el rumor de las hojas con la brisa nocturna), y descubrió que estaba sonriendo.

Si Calibán está vivo es una maldita lástima. Pero yo también estoy vivo. Estoy vivo.

Durmió entonces, un sueño limpio y sin pesadillas que duró hasta que Ada lo despertó después del amanecer con su primer desayuno de verdad en cinco semanas.

Cuatro días más tarde, Daeman paseaba a solas por los jardines, disfrutando de una tarde fresca pero hermosa, cuando Ada, Harman, Hannah, Odiseo, Petyr y la joven llamada Peaen bajaron la colina para reunirse con él.

—El sonie está arreglado —dijo Odiseo—. O al menos puede volar. ¿Quieres ver las pruebas de vuelo?

Daeman se encogió de hombros.

—No me interesa especialmente. Pero quiero saber qué vas a hacer con él.

Odiseo miró a Petyr, Peaen y Harman.

—Primero, voy a explorar un poco —dijo—. Voy a ver cuáles son los daños causados por el meteorito en las inmediaciones, y si la máquina puede llevarme hasta la costa y volver.

—¿Y si no puede? —preguntó Harman,

Odiseo se encogió de hombros.

—Volveré andando a casa.

—¿Dónde está eso? —preguntó Daeman—. ¿Y cuánto tardarás en llegar allí, Odiseo *Uhr*?

Odiseo sonrió, pero había una gran tristeza en sus ojos.

—Si al menos lo supiera... —dijo en voz baja—. Si lo supiera...

Seguido por sus dos jóvenes discípulos y por Hannah, el bárbaro volvió a subir la colina hacia la casa.

Harman y Ada pasaron con Daeman.

—¿Qué pretende en realidad? —le preguntó Daeman a Harman.

—Va a buscar a los voy nix —dijo Harman.

—Y luego, ¿qué?

—No lo sé.

Harman ya no necesitaba bastón, pero decía que se había acostumbrado a usarlo y ahora lo empleó para arrancar un hierbajo que crecía entre las flores.

—Los servidores solían arrancar los hierbajos del jardín —dijo Ada—. Yo lo intento pero estoy tan ocupada con las comidas, la colada y lo demás...

Harman se echó a reír.

—Es difícil encontrar buena ayuda hoy en día.

Harman rodeó la cintura de Ada con el brazo. La joven lo miró con una expresión que Daeman no pudo interpretar, pero supo que era importante.

—He mentido —le dijo Harman a Daeman—. Tú y yo sabemos que Odiseo planea atacar a los voynix, impedirles que hagan lo que estén planeando hacer.

—Sí —dijo Daeman—. Lo sé.

—Usará esta guerra para preparar a sus discípulos para lo que considera que es la guerra auténtica —dijo Harman, contemplando la blanca mansión en lo alto de la colina—. Está intentando enseñarnos a luchar antes de que llegue la verdadera batalla. Dice que lo sabremos, que la guerra vendrá con esferas giratorias que abrirán agujeros en el cielo, y que nos traerán nuevos mundos y nos llevarán a nuevos mundos.

—Lo sé. Le he oído decirlo.

—Está loco.

—No —dijo Daeman—. No lo está.

—¿Vas a ir a la guerra con él? —pregunto Harman, como si hubiera hecho esa pregunta muchas veces.

—No contra los voynix —dijo Daeman—. No a menos que tenga que hacerlo. Tengo otra batalla que librar primero.

—Lo sé —dijo Harman—. Lo sé.

Besó a Ada.

—Te veré en la casa —dijo, y se marchó colina arriba él solo, cojeando todavía débilmente.

Daeman se encontró de pronto sin energía. Había un banco de madera encarado hacia el prado inferior y el valle fluvial en sombras, y se sentó en él con alivio. Ada se sentó a su lado.

—Harman ha entendido de qué estabas hablando —dijo—, pero yo no. ¿Qué batalla tienes que librar primero?

Daeman se encogió de hombros, avergonzado de hablar del tema.

—¿Daeman? —Su voz sugería que iba a permanecer sentada en aquel banco hasta que él hablara, y Daeman no tenía fuerzas para levantarse y marcharse en ese momento.

—Hay un haz de luz azul que se alza en la noche en un lugar llamado Jerusalén —dijo por fin—, y en esa luz están atrapados más de nueve mil miembros del pueblo de Savi. Nueve mil judíos. Sean lo que sean los judíos.

Ada lo miró, sin comprender. Daeman advirtió que ella todavía no había

escuchado esa parte de su historia. Todos estaban volviendo a aprender lentamente el delicado arte de la narración: llenaba las noches iluminadas por la luz de las velas de algo más que platos por fregar.

—Antes de que la guerra prometida por Odiseo llegue aquí —dijo Daeman, la voz suave pero decidida—, antes de que yo no tenga más remedio que luchar en una enorme confrontación que no comprendo, voy a sacar a esas nueve mil personas de esa maldita luz azul.

—¿Cómo? —preguntó Ada.

Daeman se echó a reír. Fue una risa fácil, inconsciente, algo que había aprendido en los dos últimos meses.

—No tengo ni puñetera idea —dijo.

Se puso en pie con esfuerzo, seguido de Ada para sostenerlo, y subieron por la colina hacia Ardis Hall. Algunos de los discípulos estaban encendiendo ya las linternas de la mesa al aire libre, aunque todavía faltaba una hora para la cena. Esta noche le tocaba a Daeman el turno de cocinar, y estaba intentando recordar qué plato le tocaba. Ensalada, esperaba.

—¿Daeman? —Ada se había detenido y lo estaba mirando.

Él se detuvo y le devolvió la mirada, sabiendo que la joven amaría a Harman eternamente y de algún modo sintiéndose feliz por ello. Tal vez eran las heridas y la fatiga, pero Daeman ya no quería tener sexo con toda hembra a la que encontrara. Naturalmente, advirtió, no se había encontrado con muchas hembras nuevas desde la tormenta de meteoritos.

—Daeman, ¿cómo lo hiciste?

—¡Hacer qué!

—Matar a Calibán.

—No estoy seguro de haberlo matado.

—Pero lo *derrotaste* —dijo la joven, casi con ferocidad—. ¿Cómo?

—Tenía un arma secreta —dijo Daeman. Vio la verdad de lo que estaba diciendo incluso mientras lo hacía.

—¿Cuál? —preguntó Ada. Las sombras de la tarde eran largas y suaves sobre el jardín que los rodeaba, el cielo amable sobre Ardis Hall, pero Daeman vio nubes oscuras congregándose en el horizonte detrás de ella.

—La cólera —dijo por fin—. La cólera.

Indiana, 1200 antes de Cristo

Unas tres semanas después de la guerra para acabar con todas las guerras (sin coñas), uso mi viejo medallón para TCearme al otro lado del mundo. Le había prometido a Nightenhelser que volvería por él y me gusta cumplir mis promesas si puedo.

Me había marchado en plena noche según el horario de Ilión-Olimpo, tras salir de una reunión en una de las nuevas tiendas a prueba de bombas donde Aquiles se reúne ahora con sus capitanes supervivientes. Me TCeé por capricho, sabiendo que toda la teleportación cuántica personal será pronto un recuerdo, y es una sorpresa cuando aparezco en una colina boscosa en una mañana soleada, en la Norteamérica prehistórica. No hay mucha hierba alrededor de Ilión hoy en día y ninguna en las ensangrentadas llanuras de Marte.

Bajo la colina hasta el arroyo, luego cruzo el río hasta el bosque, parpadeando ante la luz y el relativo silencio que hay aquí. No hay explosiones, ni gritos de hombres moribundos, ni dioses teleportándose en medio de la violencia de hombres y caballos que chillan. Durante un minuto me preocupa que pueda haber indios por aquí, pero luego me río yo solo. No llevo una armadura de impacto ya, ni tengo un mágico Casco de Hades ni un brazalete morfeador, pero la armadura de bronce y duraplast que llevo puesta ha sido probada. Y sé cómo usar la espada que llevo al cinto y el arco que llevo ahora al hombro. Naturalmente, si me encuentro a Patroclo, y si ha conseguido armarse, y si me guarda rencor (¿y cuál de estos puñeteros héroes aqueos no lo guarda?), no apostarí mucho dinero a mis posibilidades.

A la mierda. Como le gusta decir a Aquiles, o tal vez sea al centurión líder Mep Ahoo: « Sin valor, no hay gloria.»

—¡Nightenhelser! —le grito al bosque—. ¡Keith!

A pesar de todos mis gritos, tardo una hora en encontrarlo, y lo hago sólo porque me topo con el poblado indio que hay en un claro a cosa de un kilómetro de donde he TCeado. No hay tipis en este poblado, sólo burdas chozas hechas con ramas dobladas, hojas y lo que parece ser barro. Una hoguera arde en el centro

de la aldea compuesta por seis *wigwams*. De repente los perros empiezan a ladrar, las mujeres gritan y se llevan a los niños, y seis indios me apuntan con sus arcos y flechas.

Yo empuño mi hermoso arco de cedro, fabricado por artesanos de la lejana Argos, cargo una hermosa flecha hecha a mano con un movimiento fluido y bien practicado y les apunto, dispuesto a abatirlos disparándoles al hígado mientras sus palos mal afilados rebotan en mi armadura. A menos que me den en la cara o en el ojo. O en la garganta. O...

El ex escólico Nightenhelser, vestido con las mismas pieles de animales que los delgados guerreros indios, se interpone entre nosotros y grita a los hombres unas sílabas. Los indios parecen hoscos pero bajan sus arcos. Yo bajo el mío.

Nightenhelser se encara conmigo.

—Maldita sea, Hockenberry, ¿qué crees que estás haciendo?

—¿Rescatarte?

—No te muevas —ordena. Ladra más extrañas sílabas a los hombres y luego les dice en griego clásico—: Y por favor, esperadme antes de servir el perro asado. Vuelvo dentro de un minuto.

Me agarra por el codo y me lleva de vuelta al arroyo, lejos de la aldea.

—¿Griego? —digo—. ¿Perro asado?

Él sólo responde a la primera parte de la pregunta.

—Su lenguaje es primitivo, me cuesta trabajo aprenderlo. Me resulta más fácil enseñarles griego.

Me río entonces, sobre todo porque imagino a los arqueólogos de dentro de cuatro o cinco mil años, cuando excaven en esta aldea prehistórica de nativos americanos en Indiana y encuentren fragmentos de vasijas con imágenes griegas de la guerra de Troya.

—¿Qué? —dice Nightenhelser.

—Nada.

Nos sentamos en unos peñascos bastante incómodos al otro lado del arroyo y hablamos durante unos minutos.

—¿Cómo va la guerra? —pregunta Nightenhelser. Advierto que ha perdido algo de peso. Parece sano y feliz. Me doy cuenta de que yo debo parecerle tan cansado y sucio como me siento.

—¿Qué guerra? —digo—. Tenemos una nueva.

Siempre hombre de pocas palabras, Nightenhelser alza las cejas y espera.

Le cuento algo sobre la guerra definitiva, sin referirme a algunos de los peores detalles. No quiero ponerme a llorar ni a temblar delante de mi viejo amigo escólico.

Nightenhelser escucha unos minutos y luego dice:

—¿Te estás quedando conmigo?

—No me estoy quedando contigo. ¿Me inventaría todo esto? ¿Podría inventarme todo esto?

—No, tienes razón —dice Nightenhelser—. Nunca has demostrado tener la imaginación necesaria para inventar una cosa así.

Parpadeo al oír esto, pero no digo nada.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—¿Rescatarte?

Nightenhelser se echa a reír.

—Parece que tú necesitas más que yo que te rescaten. ¿Por qué querría volver a eso que acabas de describir?

—¿Curiosidad profesional? —sugiero.

—Mi especialidad era la *Iliada* —dice Nightenhelser—. Parece que has dejado todo eso muy atrás. —Sacude la cabeza y se frota las mejillas—. ¿Cómo puede nadie asediar el Olimpo?

—Aquiles y Héctor encontraron un modo —digo—. Tengo que volver. ¿Vas a acompañarme? No puedo prometerte que pueda volver a TCear aquí otra vez.

El gran escólico niega con la cabeza.

—Me quedaré aquí.

—¿Te das cuenta —digo lentamente, pasando al griego por si su inglés se le ha oxidado— de que aquí no estás a salvo? De la guerra, quiero decir. Si las cosas salen mal, toda la Tierra...

—Lo sé. Te he estado escuchando —dice Nightenhelser—. Me quedaré aquí.

Los dos nos ponemos de pie. Toco el medallón TC, pero luego bajo la mano.

—Tienes una mujer aquí —digo.

Nightenhelser se encoge de hombros.

—Hice unos cuantos trucos con mi brazaletе morfeador, el taser y los otros juguetes. Impresionó al clan. O al menos fingieron estar impresionados. —Sonríe a su manera irónica—. Es un grupo pequeño y un gran país vacío, Thomas. No hay otras tribus en kilómetros y kilómetros. Necesitan ADN en su pequeña reserva genética.

—Mira qué bien —digo, y le doy una palmada en el hombro. Toco de nuevo el medallón, pero se me ocurre algo más—. ¿Dónde está tu brazaletе morfeador? ¿El bastón taser?

—Patroclo se lo llevó todo —dice Nightenhelser.

Miro por encima del hombro y coloco la mano en el pomo de mi espada.

—No te preocupes, se fue hace tiempo —dice Nightenhelser.

—¿Adónde?

—Dijo algo de volver a Ilión para reunirse con su amigo Aquiles —dice Nightenhelser—. Luego me preguntó en qué dirección estaba Ilión. Le señalé el

este. Se marchó en esa dirección... y me dejó vivir.

—Jesús —susurro—. Probablemente estará cruzando el Atlántico a nado mientras hablamos.

—No me extrañaría. —Nighthenheler extiende la mano y yo la acepto. La estrecho. Es extraño darle la mano a un hombre, después de las intensas semanas de apretones en el antebrazo—. Adiós, Hockenberry. No creo que volvamos a vernos.

—Probablemente no —digo—. Adiós, Nighthenheler.

Mi mano se dirige al medallón TC, dispuesta a girar su dial, cuando el otro escófico (ex escófico) me toca el hombro.

—¿Hockenberry? —dice, apartando la mano rápidamente para no teleportarse accidentalmente conmigo si me TCeo—. ¿Sigue Ilión en pie?

—Oh, sí. Ilión sigue en pie.

—Siempre supimos lo que iba a pasar —dice Nighthenheler—. Nueve años y siempre supimos, con un ligero margen de error, lo que iba a pasar a continuación. Qué hombre o qué dios haría qué cosa. Quién iba a morir y cuándo. Quién iba a vivir.

—Lo sé.

—Es uno de los motivos por los que tengo que quedarme aquí, con ella —dice Nighthenheler, mirándome a los ojos—. Cada hora, cada día, cada mañana, no sé qué va a pasar a continuación. Es maravilloso.

—Comprendo —digo. Es verdad.

—¿Sabes qué va a pasar allí? —pregunta Nighthenheler—. ¿En tu nuevo mundo?

—Ni la menor idea —digo. Me doy cuenta de que estoy sonriendo ferozmente, alegremente, y tal vez de manera aterradora; todo rastro de un escófico civilizado o de un intelectual ha desaparecido—. Pero va a ser condenadamente interesante descubrir qué pasa a continuación.

Retuerzo el medallón TC y desaparezo.

Dramatis Personae

Aqueos (griegos)

AQUILES. Hijo de Peleo y la diosa Tetis, el más feroz de los héroes aqueos, destinado al nacer a morir joven y obtener la gloria eterna o a vivir una larga vida en el anonimato.

ODISEO. Hijo de Laertes, rey de Ítaca, marido de Penélope, astuto estratega, favorito de la diosa Atenea.

AGAMENÓN. Hijo de Atreo, comandante supremo de los aqueos, marido de Clitemnestra. Es la insistencia de Agamenón en quedarse con la esclava Briseida, perteneciente a Aquiles, lo que precipita la crisis central de La Iliada.

MENELAO. Hijo menor de Atreo, hermano de Agamenón, marido de Helena.

DIOMEDES. Hijo de Tideo, capitán de los aqueos, y un guerrero tan feroz que recibe la *aristeia* (una oportunidad para mostrar valor individual en el combate) en La Iliada, sólo superada por la cólera final de Aquiles.

PATROCLO. Hijo de Menetio, el mejor amigo de Aquiles, destinado a morir a manos de Héctor en La Iliada.

NÉSTOR. Hijo de Neleo, el más viejo de los capitanes aqueos, « el claro orador de Pilos» dado a largos discursos en los consejos.

FÉNIX. Hijo de Amintor, tutor y viejo camarada de Aquiles, quien inexplicablemente tiene un papel central en la importante «embajada ante Aquiles» .

Troyanos (defensores de Ilión)

HÉCTOR. Hijo de Príamo, caudillo y principal héroe de los troyanos, esposo de Andrómaca y padre del pequeño Escamandrio (el niño también conocido como Astianacte, o « señor de la ciudad» por los ciudadanos de Ilión).

ANDRÓMACA. Esposa de Héctor, madre de Astianacte; el regio padre y los hermanos de Andrómaca murieron a manos de Aquiles.

PRÍAMO. Hijo de Laomedón, anciano rey de Ilión (Troya), padre de Héctor y Paris y de muchos otros hijos.

PARIS. Hijo de Príamo, hermano de Héctor, dotado combatiente y amante; fue Paris quien provocó la Guerra de Troya al secuestrar en Esparta a Helena, la esposa de Menelao, y llevársela a Ilión.

HELENA. Esposa de Menelao, hija de Zeus, víctima de múltiples secuestros debido a su belleza.

HÉCUBA. Esposa de Príamo, reina de Troya.

ENEAS. Hijo de Anquises y Afrodita, caudillo de los dárdanos, destinado en La Iliada a ser el futuro rey de los dispersos troyanos.

CASANDRA. Hija de Príamo, víctima de violaciones, torturada clarividente.

Dioses del Olimpo

ZEUS. Rey de los dioses, marido y hermano de Hera, padre de incontables dioses y mortales, hijo de Cronos y Rea, los Titanes a quienes derrotó y arrojó al Tártaro, el círculo inferior del mundo de los muertos.

HERA. Esposa y hermana de Zeus, defensora de los aqueos.

ATENEA. Hija de Zeus, firme defensora de los aqueos.

ARES. Dios de la guerra, impulsivo, aliado de los troyanos.

AFRODITA. Diosa del amor, aliada de los troyanos, intrigante.

HEFESTO. Dios del fuego, artificiero e ingeniero de los dioses, hijo de Hera; desea a Atenea.

Humanos antiguos

ADA. Acaba de cumplir su Primer Veinte, dueña de Ardis Hall.

HARMAN. Tiene noventa y nueve años y por tanto le falta un año para su Último Veinte; el único hombre de la Tierra que sabe leer.

DAEMAN. Se acerca a su Segundo Veinte, grueso seductor de mujeres y coleccionista de mariposas.

SAVI. La Judía Errante, la única humana antigua que no fue recogida en el último fax, mil cuatrocientos años antes.

Moravecs*

(*Organismos autónomos, sentientes y biomecánicos esparcidos por los humanos por todo el sistema solar exterior durante la Edad Perdida)

MAHNMUT. Explorador de los mares helados de Europa, la luna de Júpiter; piloto del sumergible La Dama Oscura; erudito aficionado a los sonetos de Shakespeare.

ORPHU DE IO. Moravec de durovac de ocho toneladas de peso y seis metros de envergadura, en forma de cangrejo y fuertemente blindado. Trabaja en el toro sulfúrico de Io; entusiasta de Proust.

ASTEAGUE/CHE. Europeo. Primer integrante del Consorcio de las Cinco Lunas.

KOROS III. Ganimediano de diseño humanoide recubierto de buckycarbono, con ojos de mosca, comandante de la expedición a Marte.

RI PO. Calistano, de diseño no humanoide, piloto espacial.

CENTURIÓN LÍDER MEP AHOO. Soldado rocavec del Cinturón de Asteroides

Otras entidades

VOYNIX. Misteriosas criaturas bípedas, en parte servidores, en parte perros guardianes. No son de la Tierra.

HV. Hombrecillos Verdes, también conocidos como *zeks*; obreros de Marte de organismo basado en la clorofila, cuya tarea es erigir miles de Grandes Cabezas de Piedra.

PRÓSPERO. Avatar de la logosfera evolucionada y autoconsciente de la Tierra.

ARIEL. Avatar de la biosfera evolucionada y autoconsciente de la Tierra.

CALIBÁN. Monstruo mascota de Próspero.

CALIBANI. Clones inferiores de Calibán, guardianes de la Cuenca mediterránea.

SICÓRAX. Bruja, madre de Calibán; según Próspero también se la conoce como Circe.

SETEBOS. Violento y arbitrario dios de Calibán, con « tantas manos como un pulpo ». No pertenece al sistema solar de la Tierra.

EL SILENTE. Dios de Próspero (tal vez), Némesis de Setebos, y entidad desconocida.